

# Viaje al moluco

Manuel Gisbert Orozco



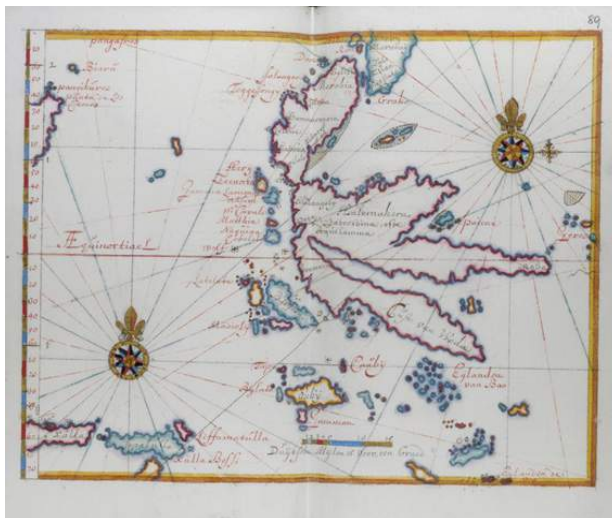
VIAJE AL MOLUCO

LA ODISEA DE

FRANCISCO GARCIA JOFRE DE LOAYSA

POR

MANUEL GISBERT OROZCO



## Capítulo I

### La Coruña, 17 de julio de 1525

El señor de Loaisa se repantigó sobre su silla construida de madera finamente labrada y con asientos y respaldo de cuero. Así y todo tuvo que colocar un par de almohadones para tranquilizar a la maldita almorrana que hacía ya varios días lo martirizaba.

Estaba sentado ante un escritorio repleto de papeles que conforme los leía y clasificaba, iban pasando a sendos cajones situados a ambos lados de la mesa, según su importancia y necesidad de resolver el contenido que planteaba.

El que terminaba de leer lo había dejado inquieto y notaba como si una mano revolviere su estomago. Detallaba, el mismo, una relación de las últimas expediciones enviadas al Moluco, que es a donde él estaba destinado a ir, y no podía decirse que hubiesen resultado muy exitosas.

La primera era la ya conocida de Magallanes, que al resultar muerto por los nativos en una de las islas Filipinas, concretamente la de Mactan, tuvo que completar uno de sus segundos, Juan Sebastián Elcano. De cinco naves y más de doscientos setenta hombres. Solo regresó una, La Victoria, con solo dieciocho tripulantes, mucho menos del diez por ciento de los que partieron, y fue una autentica sorpresa su llegada, pues ya nadie la esperaba. Pero como arribaba repleta de especies, que compensaban con creces todas las penalidades sufridas y sobre todo la inversión inicial, hizo que renacieran las esperanzas y un sospechoso espíritu de rescate de parte de la tripulación de la nao Trinidad, que medio inservible y sin saber nada de ella quedó allí.

El emperador Carlos se sentía inquieto, más que por el destino de esos hombres, por la urgencia de incorporar esas islas a la corona antes de que lo hiciesen los portugueses, ya que eran un verdadero maná de riqueza en especias y que le proporcionaría el oro que necesitaba para poder consolidar sus dominios en Europa.

A pesar de no tener todavía noticias de esa primera expedición y debido a su tardanza, el 13 de septiembre de 1520, organizó una expedición formada por tres galeones y un bergantín, al mando del acreditado piloto Andrés Niño, que había ya navegado por el mar del Sur, concretamente por las costas occidentales de Panamá. Aunque se suponía, se ignoraba el lugar exacto en donde se unían ambos océanos. Por ese motivo se optó por la solución más sencilla o por lo menos por la única se sabía cierta.

La expedición parte desde Sevilla hasta la isla Española y siguen hasta el Darién. Ante la posibilidad de que no hubiese ningún paso o que el mismo fuese tan peligroso que, tanto Magallanes como sus hombres hubiesen fallecido en el intento, las naves fueron trasportadas, no me pregunten cómo y con qué esfuerzo, a través del istmo de Panamá a la costa del mar del Sur, en donde se complementó dicha armada con otras cuatro naves construidas en aquel lugar.

La orden que tenían, era recorrer mil leguas hacia el oeste desde la costa panameña y virar entonces al sur otras doscientas, para encontrar las islas Molucas. Parten a principios del año de 1521. No se supo nunca la suerte de esa expedición.

Cuando finalmente regresó Elcano trayendo la buena nueva de que las naos Victoria y Trinidad habían logrado llegar a las Molucas, reavivó la llama, que en el fondo nunca se había extinguido, que el emperador Carlos guardaba en el fondo de su corazón y que no era otra que las de poseer las preciadas islas.

Poco más de dos meses después de la llegada de Elcano a Sanlúcar de Barrameda, concretamente el 13 de noviembre de 1522, y sin esperar noticias de la armada de Niño que partió de Panamá hacia ya casi dos años, la Corona firma unas capitulaciones con los armadores que estuviesen dispuestos a construir una flota de por lo menos seis naves que deberían partir hacia las islas de la especiería a no más tardar en Marzo de 1523 y en la que iría como Capital General: “Un caballero principal de nuestros reinos”. También se comprometía el rey a nombrar un gobernador general y lugarteniente

general para que “queden en las tierras e islas del Maluco, en nuestro nombre y con nuestro poder bastante”

En contrapartida ofrecía a los armadores una serie de derechos económicos sobre las especias y otras mercancías que se trajesen desde dichas islas a Castilla. Por otra parte se comprometía a establecer una Casa de Contratación en La Coruña para distinguirla de la de Sevilla que ya gozaba de la exclusividad de las indias.

La excusa, o por lo menos una de ellas, que se puso para justificar tal cambio al puerto de la Coruña fue, que al Mar del Sur se tenían que desplazar naves de mayor calado, y las condiciones del Guadalquivir, y sobre todo en la zona llamada la Barra que es el lugar en donde se acumulaba la arena que la corriente del río arrastraba formando bajíos, por lo que lo hacía poco recomendable para naos de ese porte que se dirigiesen a la capital andaluza.

Por otra parte el mercado de las especias estaba en el norte de Europa y las naves escandinavas, inglesas y francesas que se desplazaban anualmente a los puertos del sur en donde se comercializaba, se detenían en Lisboa y no les vendría a cuento continuar hasta Sevilla en el caso de instalar allí la casa de Contratación. De esta forma se habría un nuevo mercado antes de llegar a la capital lusa y dichas naos difícilmente pasarían de largo por el puerto de la Coruña sin intentar por lo menos probar allí su compra.

Estos movimientos levantaron los recelos en la nación vecina y las reclamaciones portuguesas no se hicieron esperar. Carlos I despachó dos emisarios a Lisboa proponiendo armar cada rey dos buques para que trasladasen a aquel lugar y enviar igualmente sendas comisiones que dictaminarían sobre el terreno los límites de las posesiones de cada país, según lo acordado en Tordesillas en el año del Señor de 1494.

Mientras tanto el emperador se comprometía a dejar en suspenso todos sus proyectos sobre las Molucas, si Portugal hacía lo mismo en Malaca, también reivindicada por los españoles.

Los portugueses se negaron a considerar al menos esa propuesta, pues no tenían todas consigo de que aquellas islas estuviesen en su parte de la demarcación, pero la insistencia de Carlos logró que el rey portugués enviase una comisión a Vitoria para negociar con otra española, en la que nada se logró excepto que las próximas reuniones se celebrasen cerca de la frontera entre ambos países.

Para esa reunión, que se antojaba definitiva, Carlos nombró a Hernando Colon, hijo del almirante Cristóbal Colon, Simón de Alcazar, el Doctor Salaya, Pedro Ruiz de Villegas, Fray Tomas Duran y al mismo Juan Sebastián Elcano que era el principal valedor de la causa y ansiaba regresar a aquellas islas aun conociendo el peligro que corría.

Lo único que les ordenó el emperador es que antes de acudir se pusieran de acuerdo entre ellos y acudiesen a la cita como un solo hombre y sin fisuras entre ellos. En definitiva que hablasen “con una sola voz”

Como signo de buena voluntad se acordó que las sesiones se celebrasen alternativamente en Elvas (Portugal) y Badajoz, para que nadie se sintiera forastero. El problema es que fue al único acuerdo al que llegaron. Ya que las primeras desavenencias aparecieron en las cuestiones de procedimiento y nunca llegaron a tratar lo esencial. El treinta y uno de marzo de 1524 se dieron las sesiones por terminadas con un fracaso rotundo.

Eso fue en definitiva lo que decidió acelerar unos preparativos, por otra parte ya previstos, para activar una gran expedición para dirigirse al ansiado archipiélago y tomar posesión de él en nombre del emperador.

El primer sorprendido de su nombramiento fue el propio Loaisa, pues no se juzgaba con las dotes necesarias para comandar una empresa de tal envergadura. Su único mérito era pertenecer a la Orden de San Juan, ser comendador de Barbales, de sangre noble y eso sí, hermano de un destacado obispo. Había nacido en Ciudad Real en 1490 y terminaba de cumplir los treinta y cuatro años.

Conoció la mar ya mocito y solo había navegado por el Mediterráneo, en las galeras de la Orden de Malta.

Todos esperaba que el Almirante de la flota fuese Juan Sebastián Elcano, pues era el marino más experimentado de la época y el más idóneo para localizar las islas objetivo del viaje y tratar con la gente que allí iban a encontrar. Pero según las estipulaciones previas, el que mandase tenía que ser necesariamente un noble y Elcano no lo era. En cualquier caso Carlos I invitó en privado a Loaisa a aceptar todos los consejos que del marino proviniesen, pues la gente de la época era más propensa a obedecer a un noble, por muy burro que fuera, que a un plebeyo inteligente. Como es natural este último consejo se lo comunicó con otras palabras, pero al buen entendedor...

Se levantó despacio de su asiento y soportó estoicamente el pinchazo que la dichosa almorrana, por suerte cada vez más en clara decadencia gracias a una crema con efectos antiinflamatorios facilitado por el boticario y colocada estratégicamente en la parte menos noble de su cuerpo.

Se dirigió al amplio mirador, con vistas a la bahía y al puerto de la Coruña, que presidía su despacho. Que no era otro que el amplio salón comedor de una casa que le habían cedido durante su corta estancia en la capital gallega. En el otro extremo estaba la mesa con capacidad para una veintena de comensales, cubierta de mapas y en donde se sentaban alrededor de la misma cuando convocaba, en reunión semanal, a los restantes capitanes.

Hacia calor. ¡Demasiada calor si cabe! Aunque no debía de olvidar que estaban en el mes de julio, en pleno estío, y era buena época para partir pues esperaba llegar al tan temido estrellado de Magallanes en pleno verano austral.

Desde el mirador pudo observar, uno por uno, las siete naos que componían la expedición, aunque entre ellos fondeasen otros galeones con base allí, o simplemente en tránsito.

En el centro mismo de la bahía se encontraba la Santa María de la Victoria de 300 toneles que equivalían a 360 toneladas, pues la proporción entre ambas medidas de capacidad era de 5 a 6. Es decir que cinco toneles equivalían a seis toneladas. Era la nao capitana de la expedición y en la que viajaría él. Le agradaba, sobre todo su nombre, pues la Victoria era la nave que había sobrevivido en la expedición que logró circuncidar la tierra bajo el mando de Elcano, y el hecho de que llevase su mismo nombre no dejaba de ser un buen augurio.

A su derecha estaba el Sancti Spiritu de 200 toneles, que estaría al mando de Juan Sebastián Elcano, que ostentaba el cargo de piloto mayor y que generalmente encabezaría la flota y al que las restantes naves tenían que seguir.

Más al fondo se encontraba la Anunciada de 170 toneles que comandaba Pedro de Vera.

En primer plano se encontraba el San Gabriel de 130 toneles al mando de Rodrigo de Acuña.

A la izquierda de la capitana y como si fuesen dos naves gemelas se encontraban la Santa María del Parral y la San Lesme, ambas de 80 toneles y al mando respectivamente de Jorge Manrique de Nájera y Francisco de Hoces respectivamente.

Adosada al muelle y en proceso de carga se encontraba el patache Santiago, de 50 toneles, que estaba al mando de Santiago de Guevara.

Los pataches de la época eran unas embarcaciones de dos palos cuyo desplazamiento oscilaba entre los 25 y 60 toneles, iban armados con ocho o diez cañones de pequeño calibre y su tripulación oscilaba entre los quince y cincuenta hombres. Aunque en ciertas misiones podían embarcar de entre veinte a cuarenta soldados, este no era ahora el caso. Se usaba, por su rapidez de desplazamiento, como aviso entre las distintas unidades de una flota o con la misión de descubierta al servicio de una nave de mayores dimensiones o como en este caso de una escuadra. Su nombre proviene del árabe *battas* que significa: rápido.

El Santiago podía considerarse como uno de los de mayor tamaño en ese tipo de naves y proporcionado a la aventura que iba a correr. Su tripulación no sobrepasaría en todo caso los cuarenta tripulantes y su mayor problema, era la escasa capacidad de carga que disfrutaba y que a cambio se

veía compensado en la rapidez en que se desplazaba. Esto hacía que en travesías largas como la que iban a emprender, dependiese en exceso de un barco nodriza que lo abasteciera periódicamente, por lo que en el caso de quedar aislado en mitad de un amplio océano se vería en serios apuros.

Loaisa entró de nuevo en el salón, su frente estaba perlada de sudor y tenía la garganta reseca. Agitó la campanilla que estaba sobre su mesa y pidió a la doncella, que se presentó casi inmediatamente, un refresco de limonada.

Se sentó de nuevo en su asiento no sin antes tomar todas las precauciones posibles. Se sorprendió al no sentir ningún dolor. Esto iba viento en popa, nunca mejor dicho, y esperaba que una semana después, fecha de la partida, hubiese desaparecido por completo, por lo menos de momento.

Se sorprendió que fuese la misma ama de llaves la que le trajese el refresco y no la doncella como esperaba. Era una mujer poco mayor que él, de aspecto agradable, bella y con un cuerpo proporcionado dentro de la baraúnda de ropas que la envolvía a pesar del calor que hacía. Aunque fruta prohibida, pues alguien ya le había insinuado, para evitar malas tentaciones, que era la querida del Marques que le había proporcionado la mansión, y no sería de caballeros traicionar su confianza.

-¡Cuánto honor! - se limitó a decirle.

-Forma parte de mis obligaciones - fue su escueta respuesta - Pero si vuestra merced me lo permite quisiera hablarle de mi sobrino Estebanico.

-¡Ah! Estebanico... ¿Qué le pasa al muchacho? - preguntó con displicencia, conocía al muchacho únicamente por haberlo visto un par de veces por la casa, pero en este casos sabía exactamente por donde iba a ir los tiros.

-Como bien sabéis no es hijo mío, sino de mi hermana, aunque lo quiero como si fuese propio.

El señor de Loaisa la miraba expectante y aparentemente interesado en lo que le iba a decir, aunque sus ojos aparentemente la estaban desnudando y su mente parecía estar en otro lugar. La mujer se dio cuenta de la situación y nerviosa hizo una pausa indecisa, mientras se atusaba los cabellos y se arreglaba un pliegue supuestamente mal colocado de su falda. El Señor de Loaisa se vio en la necesidad de echarle una mano. Al fin y al cabo era la mujer que indirectamente le había facilitado la pócima que tan bien iba para curar su íntima dolencia y en cierta forma quería agradecersele.

-Y bien... - La animó a continuar a la vez que desviaba la vista sin con ello dejar de prestarle su atención.

La mujer pareció sentirse más cómoda y continuó, después de un breve carraspeo para aclarar su voz.

-El muchacho ha cumplido los trece años y ya no puedo hacer nada mas por él, que darle una educación que por desgracia no me puedo permitir... - hizo otra pausa pero no dio pie para que el caballero la achuchase de nuevo - por eso quería pedirle que facilitase los trámites para que lo admitiesen en la expedición que se está organizando y de esa forma lograrse unos conocimientos que le permitiesen abrirse camino en esta vida.

Lanzó un suspiro al aire y descansó. Ya había dicho todo lo que tenía que decir y colocado la patata caliente en las manos de Loaisa. Ahora era él quien debía decidir. El hombre meditó apenas unos instantes.

-Es un viaje peligroso. A fuer de ser sincero le diré que hasta yo tengo serias dudas de que todo salga mínimamente bien. De la expedición de Magallanes apenas represaron el diez por ciento de los que partieron. De la de Andrés Niño, después de cinco años, nada se sabe. Cierto que contamos con la presencia de Juan (refiriéndose a Elcano) que tiene experiencia y por lo menos ahora sabemos a dónde vamos y lo que es más importante. ¡Por donde vamos! Aun así me daría con un canto en los dientes si logramos llegar a nuestro destino y regresamos el cincuenta por ciento de los que partimos...

-Él lo quiere... - respondió mientras unas lagrimas se desprendían de sus ojos y corrían por sus mejillas.

-Entonces no se hable más.

Tenía claro que la suplica era más deseo del muchacho que petición de ella y si él no accedía o su tía no la cumplimentaba, más pronto que tarde Estebanico se buscaría la vida por otra parte y la posible solución sería con toda seguridad mas enojosa que la presente.

-Si pudiese ser que estuviese bajo sus órdenes directas, me quedaría más tranquila.

-Por eso no sufras. Diré que lo admitan como paje y lo pondré a las órdenes de Elcano, en el Sancti Spiritu – hizo una señal con la mano para acallar la posible protesta del ama de llaves y continuó – con él aprenderá mucho más que a mi lado y sobre todo en su nave estará más seguro.

La mujer asintió con la cabeza dándose por satisfecha. Al fin y al cabo había logrado lo que pretendía. Se retiró de su presencia sin ni siquiera pronunciar unas palabras de agradecimiento. Que lo estaba, no cabía la menor duda, pues esa noche le preparó la mejor cena que Loaisa probó en los últimos años. Aunque posiblemente él hubiese deseado otra cosa, que de atreverse a pedirla, posiblemente se hubiese visto complacido

Reanudó su trabajo. Aun tenía mucho que hacer y quedaba poco tiempo. Buscó en uno de sus cajones la misiva en que el Rey le comunicaba su nombramiento a la vez que le dictaba unas normas que debía seguir. La había leído infinidad de veces, pero no estaba de más releerlas de nuevo.

Esa tarde tenía una reunión con los capitanes de cada uno de los navíos de la flota y quería refrescar su memoria para que nada le quedase en el tintero.

Por fin lo encontró. El documento estaba fechado el cinco de abril de 1525, hacía de ello casi tres meses y medio. Comenzó a leer. El contenido era difícil y enfarragoso y después de visionar una veintena de líneas solo había quedado claro que era nombrado Capitán General de la Armada y posteriormente, una vez llegado al archipiélago: “Gobernador y Capitán General de esas islas del Moluco” Eso quería decir que no tendría más remedio que quedarse allí, de por vida o por lo menos durante mucho tiempo. Si no es que perecía en el intento, pues tanto la ida como la vuelta serian muy peligrosas.

A continuación subrayó un párrafo que juzgó interesante:

“...que hayáis y tengáis la nuestra justicia civil (sic) e criminal en la dicha armada, y en las dichas islas e tierras del Maluco, así de naturales de ellos, como de otras cualquier persona, así de nuestros reynos y señoríos, como de fuera de ellos que en ellas estuviesen o que de aquí a adelante fueran y de las que fueren y anduviesen en la dicha armada.”

De ello dedujo que se convertían en señor, juez y porque no decirlo Dios de todo lo que allí ocurriese.

Después anunciaba la orden que trasmitía al Presidente y a los Consejeros de indias para que le tomen juramento a su persona, trámite que por otra parte ya había cumplido y que se había comunicado a los capitanes, oficiales, maestre, contra maestres, pilotos, marineros y se extendiese a otras personas y gente que en dicha armada fuese.

Poco más adelante el nombramiento recoge el salario que tenía que percibir por sus servicios y que comprendía el periodo de tiempo desde la salida a su regreso. Dos mil novecientos veinte ducados al año, que era el equivalente a un millón noventa y cuatro mil quinientos maravedíes, conminando a los oficiales de la casa de contratación de La Coruña para que le adelantasen 50.000 maravedíes para que mejor pudiese aderezar la armada.

Sonrió. El Rey nunca perdía. Ciertamente sería inmensamente rico si lograba regresar, pues esa cantidad se vería multiplicada por los años que estuviese fuera en cumplimiento de su servicio. Lógicamente se pagaría con los beneficios que las especias que trajese produjeran. Como ya ocurrió con la llegada de la Victoria hacia cuatro años al mando de Elcano, en el que el pobre cargamento que logró traer de regreso, pudo financiar con creces el coste de la expedición. En caso de ir mal, su inversión con respecto a su persona, se limitaría a los pocos más de 130 ducados que le anticipaban en esos momentos.



No quiso darle más cábalas al asunto, pues el dinero no era una prioridad por su parte y si finalmente había aceptado el encargo era por honor y la posibilidad de pasar a la historia por su hazaña.

También se le autorizaba y no era esta una cuestión baladí, transportar quince quintales de especias por su cuenta en cada uno de los viajes de vuelta que realizase la armada, mientras él estuviese al mando, aparte otras ventajas y el adelanto de 150.000 maravedíes de su sueldo.

De todas formas y aunque le había refrescado gratamente la memoria, no era eso lo que buscaba.

Continuó hurgando en el cajón, pues recordaba vagamente que existía otro documento que preestablecía el orden del mando de la armada y posteriormente la gobernación de tierra firme en el caso improbable pero siempre posible que ocurriese cualquier desgracia. Esta orden la tenían que conocer sus subordinados y este era el momento adecuado, pues posteriormente y ya embarcado la posibilidad de una nueva reunión en alta mar era prácticamente imposible o por lo menos muy complicado.

Finalmente lo encontró. El documento estaba datado el día trece de mayo de 1525. Era una Real orden que efectivamente establecía la disposición de sucesión en el mando, tanto en la mar como en tierra. Conforme leía iba subrayando los párrafos más interesantes para leerlos con más facilidad en la reunión de la tarde.

Con respecto al cargo de Capitán General de la armada, en caso de pasarle cualquier incidencia a él, se disponía el siguiente orden de sucesión: Elcano, Pedro de Vera, Rodrigo de Acuña, Jorge Manrique y Francisco de Hocés.

En cuanto a la gobernación de las islas del Moluco, estaban: Pedro de Vera, y muriendo este asimismo, sucesivamente: Rodrigo de Acuña, Jorge Manrique, Francisco de Hocés, el tesorero Bartolomé Simón Tarrago, el Factor Diego de Covarrubias y por último el contador Alonso de tejada. A todos ellos, en el caso de llegar al cargo, se le concedía al titular: “El mismo poder e tan cumplido como lo tenemos dado a dicho Comendador Loaisa”

En el segundo grupo resalta la ausencia de Juan Sebastián Elcano en el orden de sucesión, cosa lógica ya que en ningún caso se tenía que quedar en las islas y debía regresar al mando de la flota que se suponía daría la buena nueva: de objetivo cumplido y por supuesto llegar a la Coruña cargada de especias.

En el caso improbable que faltasen todos esos capitanes, pero que era una posibilidad que no se podía descartar. Quedaría como Gobernador de las Islas Molucas, por este orden, los que ocupasen en esos momentos los cargos de: tesorero de las islas, el factor general y el contador general. Y para regresar la armada, en el caso de que faltasen todos los designados. El tesorero, el factor y el contador, elegirían entre ellos quien tendría que ostentar dicho cargo. En caso de igualdad de votos se echaría a suerte.

No cabía ninguna duda que todo estaba “atado y bien atado”, como decía el refrán y no se había dejado nada al albur.

“Salvo que nos muramos todos” – pensó sonriendo el de Loaisa – “Entonces todos nos encontramos en el infierno”

Volvió a levantarse de su asiento, estaba entumecido, y consideró que ya había trabajado bastante esa mañana.

Agitó la campanilla que tenía sobre la mesa y cuando se presentó la doncella le pidió que le sirviese la comida.

Comió sosegadamente y sin prisas para posteriormente echarse a dormir una siesta, de las de camión de dormir y bacín, como solía decir su padre. Sospechó que posiblemente sería una de las últimas ocasiones en que podía hacerlo tranquilamente.

-Carmen. Para las cinco prepárame un baño.

La muchacha se limitó a asentir con la cabeza sin pronunciar palabra alguna.

Mientras se alejaba el de Loaisa observó las redondeces de la joven que hizo que su cuerpo reac-

cionara. Eso le recordó que tenía otras necesidades, que el trabajo de los últimos días había dejado pospuestas y que apenas le quedaba una semana para satisfacerlas.

XXXXX  
XXX  
X

Si algo le había sorprendido de todo este maremágnum en que se había convertido la salida de la flota al Moluco, y en cierta forma le tenía intrigado, es que partiese del puerto de la Coruña, desbancando en cierta forma a la ciudad de Sevilla que nadie discutía era la base de operaciones de todo el tráfico relacionado con las indias. Ejerciendo un monopolio en perjuicio de los restantes puertos castellanos.

Pero a pesar de que los españoles tenían fama de estar mal organizados e improvisar en todas y cada una de sus actuaciones. Debía reconocer que, en este caso, no lo era y quienes así lo afirmaban estaban equivocados. Todo ello estaba reflejado en un memorial presentado ante el Emperador para convencerlo de que estableciera la casa de Contratación para el comercio de especias, así como la partida de las naves hacia ese destino, desde la Coruña.

Lo terminaba de encontrar entre los muchos papeles que referentes a la expedición todavía no había leído. Ciertamente era que con anterioridad lo tuvo entre sus manos, pero en su día lo había catalogado como “asunto de poca importancia” pues en esos momentos tanto le importaba partir de Sevilla como de la Coruña.

El autor, del cual desconocía su identidad, y a fuer de ser sincero poco le importaría tenerlo bajo sus órdenes, afirmaba que la disposición del puerto gallego era el mejor de toda España. Estaba situado muy a propósito para las futuras negociaciones con futuros compradores, como para el seguimiento del viaje, tanto cuando partan las naves para seguir su derrota, como para recibir las en los viajes de regreso. Ya que es el menos peligroso y conveniente para las naves, teniendo en cuenta la navegación y derrota que traen.

Todo ello ya se sabía por experiencia propia, ya que muchas de las naves procedentes de Calicut, incluyendo algunas portuguesas, llegaban obligadas a estas costas. Recordemos que algo similar le ocurría a las naves españolas procedentes del Caribe, incluyendo la de Colon en uno de sus viajes, que tenían que recalar en Lisboa antes de dirigirse a Sanlúcar.

También se recomendaba instalar allí la casa de Contratación, ya que todos los clientes procedentes del norte de Europa, principalmente de Flandes, Inglaterra, Francia, Alemania, Escocia, Dinamarca, Noruega y otras muchas partes, que llegaban para comerciar con las especias, estarían mucho más cerca de sus puntos de partida y les resultaría más breve y seguro el viaje.

De esa forma evitaban además que tuvieran que pasar por las cercanías de Lisboa y la tentación de comprar allí o por lo menos comparar precios. Aparte de no tener que pasar el Cabo de San Vicente en el que existen periodos de tiempo de cuatro, e incluso cinco meses, en que es muy peligroso cruzar.

Otro motivo, y no de menor importancia, es que las naves que se fletasen tenían que ser grandes y en gran cantidad. Necesariamente tenían que repararse y en muchos casos ser sustituidas, antes de iniciar una nueva singladura. Como solían hacer los portugueses que tenían más experiencia en la navegación por esos mares. Sevilla desde luego no tenía posibilidades de albergarlas.

Por otra parte construir las naves en Galicia resultaba más barato que hacerlo en Sevilla. Ya que la mayoría de las materias primas necesarias se encontraban al norte de la península y las piezas que se traían de lugares como Flandes o Inglaterra, más cercanas.

No hay que olvidar que Sevilla no es puerto de mar y que para llegar es preciso navegar por un río, que según la época del año, lleva más o menos agua. Y que en ocasiones tarda, una nave de tamaño medio, más tiempo en navegar desde Sevilla a Sanlúcar, que otra grande desde La Coruña a Canarias.

Con independencia de otros factores, como que las riberas, al ser un río, son de agua dulces y que aparte las molestias de los mosquitos que allí depositan sus huevos, con el calor, se crían también gusanos que carcomen la madera y la dañan incluso antes de partir.

Por no hablar de la “Barra” que existe entre la desembocadura del Guadalquivir y la mar libre. Es una acumulación de arena que arrastra el río y allí se almacena formando una duna submarina.

Según lugares, y en el caso de mareas favorables, en ocasiones solo deja libres tres brazas de profundidad, impidiendo de esta forma el tránsito de las naves grandes y exigiendo en las pequeñas incluso la ayuda de un práctico.

Para viajes tan largos las naos grandes no se podían obviar, ya que para gobernarlas se precisaba casi el mismo número de tripulantes que las pequeñas y como contrapartida admitían mucha más carga.

Después seguían una serie de consideraciones que a juicio de Loaisa solo hacían que repetirse en lo dicho anteriormente y dejaban de ser de su interés, yéndose entonces su imaginación a otros lares.

Solo al final apareció otra alegación que rápidamente llamó su atención, y que decía más o menos literalmente que: Así mismo, cuando una nao llega de las Indias, entrando luego en el puerto en donde tiene que hacerse la descarga, no tiene ocasión el capitán, ni la compañía consignataria de sacar algunas de las cosas de las que traen. A diferencia de lo que ocurre en Sevilla, subiendo ribera arriba, que tardando de quince a veinte días en realizar el trayecto, pueden sacar de la carga todo lo que quieran.

#### Flota de Loaisa en el puerto de La Coruña



CAPITULO II  
La Coruña  
22 de julio de 1525  
Dos días antes de la partida.

Estebanico se presentó en el puerto de La Coruña a las diez de la mañana. Atada a su espalda llevaba una mochila de cuero, no muy grande, con la ropa necesaria para el viaje y que había adquirido su tía con el dinero que el Señor de Loaisa le había anticipado de su sueldo anual que ascendía a la para él fabulosa suma de nueve mil maravedís.

El ajuar consistía en dos camisas de lienzo blanco, dos calzoncillos de muselina del mismo color, calzas y sayo de terciopelo morado, con un gorrito a juego que lucía una enorme pluma de ganso y una faja de raso igualmente morada a juego. Un tabardo de paño de lana grueso de color azul, que ahora parecía de más, pero que lo agradecería cuando el frío apretase. Un bonete rojo de marino, un cinturón negro, zapatos de cuero de igual color, escarpines de cordobán y abarcas. Para servirse la fajina portaba una escudilla, cuchara y un vaso de estaño. Aparte una navaja de mediana dimensiones que tanto le servirían para comer como para defenderse.

Era Estebanico, en esa época, un muchacho de trece años, espigado y alto para su edad, con el cabello castaño y bello de rostro, armonioso de cuerpo y un carácter tranquilo que casi le aseguraban conquistar, en un futuro próximo, a cuantas hembras desease. Lo que más llamaba la atención de él eran sus ojos, almendrados, profundamente negros y provistos de grandes pestañas. Bondadosos y soñadores. Si alguien que lo conociese tratase de definir su carácter, diría de él que era: romántico, idealista, apasionado, enamorado y sobre todo inteligente.

Estebanico, desde la orilla del muelle, contemplaba las naos fondeadas en el puerto con ojos ansiosos. Tratando de identificar a la que le trasladaría a la otra parte del mundo. Desde allí todas le parecían panzudas, deformes, con palos y cordajes desordenados que la desbordan por su parte superior, como si fuese una cabellera mal peinada.

Todas le parecían iguales, aunque algunas eran sensiblemente más grandes que las otras. Aunque por la perspectiva en que estaban fondeadas, las más grandes al fondo, las pequeñas en un primer plano, todas le parecían iguales.

Por ese motivo no pudo identificar con certeza a la Sancti Spiritu en la que tenía que embarcar y según le habían dicho era la segunda más grande de la flota. Aunque eso, en ese momento, carecía de importancia pues no podía llegar a ella por sus propios medios y tendrían que encontrar a alguien que lo llevase.

Optó por preguntarle a un viejo, que sin importarle aparentemente el sol de justicia que caía sobre su cabeza, cubierta apenas por un sombrero de paja, remendaba con esmero unas redes de pesca.

-¿Puede decirme por favor que nao de todas esas es el Sancti Spiritu? Buen hombre – preguntó no sin muchas esperanzas de obtener una respuesta correcta.

-Lo siento muchacho. No conozco esa nave y mis ojos ya no me permiten ver más allá de un palmo de mis narices. Pero si vas a la taberna del Bizco, que está a menos de cien yardas en esa dirección – señaló con su mano a la derecha más o menos hacia un grupo de casas – Allí te dirán con certeza e incluso la hora de llegada y salida de su batel.

-¿El qué?

-El batel, junto con el esquife, es el bote de salvamento que suelen llevar todas las naos y sirven además para embarcar y desembarcar a la tripulación cuando está fondeado lejos de tierra.

-¡Muchas gracias! - dijo el muchacho mientras tomaba la dirección indicada, a la vez que el viejo murmuraba unas palabras ininteligibles que alguien, de haberlas escuchado, interpretaría como: “este muchacho no hará mucha carrera en la mar.

Se acercó a la casa de bebidas, que reconoció a pesar de no lucir ningún letrero que la identificase como tal, por las voces, tacos e imprecaciones que salían de su interior. Después de una breve conversación con el tabernero, que efectivamente era bizco del ojo derecho haciendo honor a su apodo, pudo averiguar que el batel estaba amarrado al muelle justo delante de su casa, lo reconocería porque llevaba el mismo nombre que su nao nodriza. También le dijo que su tripulación, después de tomarse unas copas, terminaban de marcharse y por la conversación mantenida con ellos deducía que no tenían previsto embarcar antes de las doce.

Quedaban todavía dos horas para la posible partida y pensó incluso en regresar a casa de su tía, pero ya había sido un drama la despedida de esa mañana y no le apetecía en absoluto repetirla.

Juzgó más prudente quedarse en los alrededores de la taberna, a la sombra de su muro, por si a sus tripulantes se les ocurriese adelantar la salida.

Aprovechó, en un estado de media somnolencia, en recordar su vida y los sucesos de los últimos días.

Su padre lo abandonó cuando él todavía era un feto de seis meses en el vientre de su madre. Tuvo por lo menos la decencia de entregarle a su primogenitora parte de la prima que recibió por engancharse en una expedición que partía hacia el llamado nuevo mundo.

Aunque prometió regresar rico para darles una vida regalada, ya nunca jamás tuvieron noticias de él. De ello ya habían trascurrido casi catorce años, pero su madre no esperó tanto, se enrolló con un comerciante rico, que cuando le propuso partir con él, aunque sin la carga del hijo que por entonces tenía unos dos años, su madre no se lo pensó dos veces.

Una día le encargó a su hermana lo cuidase por una noche pues tenía algo muy urgente que hacer y ya nunca regresó para recuperarlo.

La tía que no era otra que la ama de llaves de la casa que habitaba provisionalmente Loaisa, cedida gentilmente por su propietario, el Marques de las Dunas durante su estancia en la Coruña, era entonces una viuda reciente, sin hijos, y que malvivía restaurando ropa y trabajando en labores caseras en casas de gente rica, entre ellas la del Marques, con el que tuvo sus mas y sus menos. Finalmente la tomó como querida y para justificar su presencia permanente en la casa, la nombró ama de llaves.

El niño no fue nunca una carga para ella y además le vino de maravilla en unos momentos en que se encontraba sola y lo considero y quiso como si fuese propio.

Solo en una ocasión le preguntó por sus verdaderos padres, fue cuando cumplió los diez años y ya comenzó a comprender ciertas cosas. Ella le respondió con crudeza que su madre era una puta y su padre un sinvergüenza. Obviando que ella se comportaba como su hermana.

-A tu padre posiblemente se lo cenasen los indios una noche. Y seguro que se lo tendría merecido – añadió con crudeza.

-Pero también puede estar vivo y rico – le respondió el muchacho que ya había escuchado muchas de las cosas que ocurrían en las Indias.

-Más motivo para no regresar. Ese nunca compartiría ni un solo maravedí con vosotros – terminó con bastante resentimiento.

Ya no volvieron a hablar sobre el tema.

Actualmente, mientras el señor de Loaisa ocupaba la casa, el Marques de las Dunas y su familia, disfrutaba de unas largas vacaciones estivales en una casa de recreo que poseían en un valle del interior.

Nadie sabía a ciencia cierta si la esposa estaba al corriente del negocio que se traía el Marques con su ama de llaves, de todas formas de saberlo lo disimulaba demasiado bien. Se acostaba con él cuando le apetecía y cuando no, especialmente cuando llegaba borracho a altas horas de la madrugada después de una juerga con sus amigotes, le hacía ascos e indirectamente se lo endosaba al ama de llaves que no tenía más remedio que soportarlo.

Estebanico era inteligente y su tía logró de su amado que su sobrino asistiese, en un principio como mero oyente, a las clases que un reputado preceptor impartía a los tres hijos del marqués, que eran algo mayores que él. Esteban no puso ningún reparo pues estaba secretamente enamorado de la bella Lucía, la hija menor, que por entonces contaba quince años de edad. Era una muchacha delgada, todavía no formada como mujer, de largos cabellos rubios, ojos verdes y una sonrisa encantadora. Él se conformaba únicamente con poder mirarla y su asistencia a clase se lo permitía. El problema era que ella no le hacía el menor caso y a su lado solo era un mueble más de la habitación.

De todas formas el muchacho era una esponja que todo lo absorbía y a pesar de sus distracciones lo captaba todo. Solo respondía a alguna pregunta del maestro cuando los otros por ignorar la respuesta la obviaban y eso captó las simpatías del profesor que no tardó en incorporarlo al grupo.

Era Estebanico un genio de las matemáticas, o por lo menos así opinaban sus compañeros de estudios, y sobre todo del cálculo mental. Pasaba las horas perdidas en un colmado cercano escuchando las cuentas que el comerciante efectuaba de viva voz mientras anotaba los números en un pedazo de papel, y antes de iniciar la suma el muchacho le facilitaba el resultado. Anselmo, que así se llamaba el buen hombre, viendo que cuando el resultado no coincidía, el equivocado siempre era él, optó al final por hacer caso al muchacho y no calentarse más el caletre. Todo ello siempre redundaba en un regalo a final de la jornada, que al principio era una fruta y al final alguna moneda de escaso valor.

Cuando cumplió los trece años ya estaba perdidamente enamorado de Lucía aunque esta continuase sin hacerle menor caso. Sin pretenderlo se le aparecía en todas sus fantasías sexuales. Ella sin embargo continuaba pasando del muchacho, aunque en ocasiones coqueteaba con él, tal vez para hacerle la puñeta, pero eso le permitía concebir ciertas esperanzas.

La noticia recibida hacía casi un mes, de que Lucía se había comprometido en matrimonio con Adolfo el hijo segundón del Marqués de la Vega y que los doblaba a ambos en edad, fue el detonante para que quisiera abandonar la casa pues ya nunca podría mirarla a la cara y convivir en la misma casa.

Expuso a su tía sus intenciones de marcharse y aunque esta se resistió en un principio a su partida, al final no tuvo más remedio que ceder. Embarcarse en la expedición que se estaba organizando en el puerto era una buena solución. Por ese motivo intercedió ante el señor de Loaisa, para que lo integrase en la flota como grumete.

-¿Qué edad tiene el muchacho? – fue su pregunta cuando logró entrevistarse con él.

-Trece años... Señor

-Demasiado pequeño para ser grumete. De admitirlo tendrá que ser como paje...

Los grumetes, aprendices de marineros, ya tenían que realizar algunos trabajos duros y casi siempre peligrosos y su edad oscilaba entre los quince y dieciocho años. Los pajes sin embargo que solían tener doce o trece años eran los encargados de controlar los relojes de arena de la nave y de realizar algunos trabajos domésticos al servicio del maestro y oficiales mayores.

-Si pudieseis tenerlo a vuestro cargo... - mas que pidió, imploró la mujer.

-Me gustaría complacerlos pero en mi nave esos puestos ya están cubiertos por compromisos anteriores. Ambos pajes son hijos de oficiales de mi nave. Y no creo que el padre viera con buenos ojos que sustituyera a su hijo por su sobrino. Ya me entendéis...

La mujer asintió con la cabeza.

...pero – continuó – en el Sancti Spiritu hay una plaza vacante, la nave que comanda mi buen amigo Juan Sebastián Elcano, al que recomendaré, y con toda certeza estará más seguro que en la mía.

Con esas palabras dio la conversación por terminada. Dos días más tarde comunicó a mi tía que al día siguiente por la mañana debía presentarme en la nave. Y en eso estaba.

Cuando vio movimiento alrededor del batel de su barco, se levantó rápidamente y se presentó. Diez minutos después estaba a bordo de su nave.

El breve paseo en barca le produjo un leve mareo que por suerte no tuvo necesidad de exteriorizar. Lo peor fue la subida a bordo realizada con la ayuda de una inestable escalerilla de cuerdas que se balanceaba continuamente y que provocó los comentarios jocosos de sus nuevos compañeros de viaje. “A ver que hace cuando la mar este picada” Y las consiguientes risitas apagadas del resto.

La nave le pareció más pequeña de lo esperado. Tal vez por la infinidad de fardos acumulados todavía en la cubierta, esperando un lugar adecuado para su estiaje en la bodega, y la veintena de hombres que transitaban por allí sin aparente orden ni concierto y sorteándolos como podían.

Había llegado a estudiar en cierta ocasión, mas por placer o curiosidad que por necesidad, las partes en que se dividía una nave. Y mira por donde ahora posiblemente iba a sacar provecho de esa lección. Tal vez por no necesitarlo perentoriamente lo aprendido se había almacenado en un lugar vago de su cerebro que ahora a marchas forzadas trataba de recuperar.

Tuvo que estrujarse los sesos para recordar que el barco se dividía en cuatro parte: la proa que era la parte delantera por donde avanzaba, la popa el lado opuesto y visto el barco desde ese lugar tenía babor a la derecha y estribor a la izquierda.

Miró hacia arriba y solo contempló unos palos altísimos con unas traviesas que sostenían una velas enrolladas a su alrededor, sujetas por una serie de cuerdas que se prolongaban de palo a palo, para después caer y quedar sujetas a las bordas o a cualquier otro sitio. Era un galimatías que no comprendía y lo dejó para mejor ocasión. Se centró en la cubierta. Un poco más atrás del palo mayor, hasta la misma popa y por todo el ancho de la nave, había construida como una casa de madera sobre el suelo de la cubierta que estaba abierta por la parte que daba a la proa. Después supo que “eso” se denominaba el Alcázar y supuso que sería en donde se alojaba la tripulación.

En la parte contraria existía otra construcción similar pero esta de forma triangular adaptándose a la forma de la proa de la nave, que igualmente supo posteriormente se denominaba “el castillo de proa” y como el alcázar, también estaba abierto al “combes” que era el espacio que existía entre uno y otro.

Juzgo necesario dejar todas estas cavilaciones para mejor ocasión y a ser posible contar con la ayuda de algún mentor que le ayudase a entender el peculiar vocabulario con el que iba a enfrentarse en un futuro próximo.

Era como llegar a Francia, lugar elegido porque le tenía una especial ojeriza a los gabachos, y tener que aprender de nuevo un idioma. Lo único cierto es que el sol a mediodía y en el mes de Julio, aunque aquello fuese Galicia, caía con justicia y el sudor perlaba su frente y empapaba las delgadas prendas que vestía.

En el techo del Alcanzar y apoyado en la barandilla que lo rodeaba, había un hombre que no parecía muy principal pero que con toda seguridad estaba al mando en esos momentos de la nave y vigilaba cuanto acontecía en la cubierta, aunque aparentemente no mirase a ningún sitio en concreto.

Desechó la posibilidad de dirigirse a él, no fuese a enojarse e indisponerse con su persona. Juzgo más prudente dirigirse primero a cualquier de los marineros que transitaban por la cubierta.

Paró al que le pareció de más edad y lucía una barba más poblada y una cara menos colérica que el resto de sus compañeros.

-¡Perdone señor! - se presentó - Soy el nuevo paje destinado a esta nave y ante la imposibilidad de presentarme ante el Maestre, le agradecería me informase en donde puedo dejar mi equipaje y donde están los dormitorios de la tripulación.

El hombre miró de arriba abajo al muchacho, calibró las palabras que terminaba de recitar y cuando comprendió que actuaba de buena fe y no se estaba burlando de su persona, suavizó sus facciones y se avino a atenderle, entre otras cosas porque era la excusa perfecta para realizar una pausa entre su ir y venir y recuperar un tanto el resuello.



-Mira muchacho – le respondió – el petate puedes dejarlo allí debajo de la toldilla que hay en la amura de estribor...

Esteban iba a interrumpirlo para preguntarle aquello de la “amura” que era, pero como estribor sabia donde estaba y efectivamente existía un pequeño toldo adosado a la borda en aquel lugar, protegiendo del sol algunos bultos, en un lugar en que dicha borda era más baja, supuso con razón que aquello era la amura y resolvió tragarse la pregunta.

-...en cuanto a tu camarote – pronuncia esta última palabra con cierta sorna – y de paso desplazó su mirada por toda la cubierta, para continuar – cualquier lugar de esta cubierta es buena, porque el alcázar está reservado para la gente importante, sobre todo ahora que hace un tiempo excelente y estamos en buen puerto. Pero cuando las noches refresquen, la mar este picada y las olas salpiquen continuamente la cubierta, es aconsejable que te acuestes temprano y elijas un lugar seco y resguardado. No necesariamente el mejor, pues te expones a que otro más fuerte que tú te desaloje a patadas a media noche.

El hombre dio por terminada la conversación y se disponía a reanudar sus tareas, entre otras cosas porque el oficial situado arriba del alcázar ya los miraba insistentemente, aunque al viejo esas miradas parecían importarle un pimiento y se las pasaba por el forro de sus pantalones.

-Muchas gracias – le respondió un muchacho sorprendido y alucinado por lo que terminaba de escuchar – Pero si me lo permite quisiera hacerle una última pregunta ¿Están seguras mis pertenencias allí?

El hombre volvió a mirarlo de arriba abajo otra vez aunque en esta ocasión compasivamente.

-La ropa en los barcos no se roba y las tuyas en concreto menos pues solo le servirían al otro paje o quizás al enano Bellido. Aquí no se puede lucir lo robado ni tampoco esconderlo porque no hay sitio para ello. Si te cogen robando tienes asegurados por lo menos veinte latigazos, eso sí es la primera vez, pero si eres reincidente, y para que no lo vuelvas a hacer, te tiran por la borda para pasto de los tiburones, y en paz. Y ahora permíteme un consejo – le dijo en tono confidencias y acercando su boca al oído del muchacho – Si alguna vez te vez en la necesidad de robar algo en un barco, que sea comida y únicamente en caso de extrema necesidad. En primer lugar porque si te la comes inmediatamente y no dejas rastro, nadie puede acusarte de nada. Y si por desgracia te cogen, eso no debe preocuparte pues al fin y al cabo ibas a morir de una forma u otra.

-Le reitero las gracias – se asombró Esteban de la sapiencia de ese hombre. – ¿Cuál es su gracia? – preguntó por ultimo.

-Juan Rodrigo Bermejo, pero puedes llámame Rodrigo. Soy de Triana.

XXXXX  
XXX  
X

Vio como a primeras horas de la tarde embarcaba Juan Sebastián Elcano, junto con su hermano Martín. El Maese era un hombre de mediana edad, delgado pero fibroso. Lucía una larga barba y mostraba unos ojos inteligentes que emanaban confianza. No fue hasta el anochecer cuando le comunicaron que iba a recibirle. Era un honor que no esperaba, pero se alegró por ello. El hecho de que en su momento dijese que portaba una carta de recomendación del mismo Loaisa posiblemente tuvo mucho que ver en ello.

Se dirigió hacia el alcázar y ya allí le dijeron que pasase a la cámara.

-¿La cámara? – preguntó extrañado sin saber exactamente dónde dirigirse.

-Sí, la cámara – y ante la cara de estupor de su interlocutor. Concretó – está arriba – le respondió mientras señalaba un lugar indeterminado de la techumbre del alcázar.

Esteban subió por una escalerilla situada en un costado. Desde abajo no se podía apreciar pero la parte superior del alcázar, que se llamaba la tolda, era el suelo sobre el que se edificaba la cámara. De hecho la cámara solo ocupaba un tercio de esa superficie y estaba completamente arrimada a la popa. El resto era lo que propiamente se llamaba la tolda, y constituía el reino exclusivo del Maestre o Capitán y los oficiales mayores. Allí es donde hacen las guardias, se pasean y contemplan pensativos el espectáculo siempre cambiante y sorprendente del cielo y la mar. Y oteaba el Guardián, el personaje que vio esa mañana vigilando a los marineros mientras realizaban sus labores. Era el hombre encargado de mantener el orden y aunque la justicia la impartía el capitán, él era el encargado de aplicarla.

La tolda tiene a ambos lados una barandilla como en el combes, aunque sin portalones. En la frontal, que es la parte que daba a proa, se encuentra el barandal, desde donde el Maestre se relaciona con el resto de la tripulación, como un sacerdote que se dirige desde el pulpito a sus feligreses. Desde allí da las órdenes, reza, arenga a sus hombres y donde administra justicia. En unos de sus extremos estaba la puerta que da a la escalerilla que permitía su acceso.

Al fondo, adosado a la pared de la cámara hay un banco en donde el maestre y los oficiales mayores se sientan y delante mismo, en la parte central, una mesa en donde comen cuando el tiempo lo permite.

En la pared de la cámara se abren dos puertas y dos ventanas. La de estribor da acceso a la cámara propiamente dicha, donde duerme y vive el maestre. La de babor da a un camarote que comparten el contramaestre y el piloto.

El techo de la cámara, visto desde arriba, se llama la toldilla que también está protegida por barandillas y solo se emplea para vigilar la parte de la mar que da a popa, para manejar el fanal de señales y para maniobrar la mesana. Y al que tiene la posibilidad de acceder a ella, como posteriormente le ocurrió a Esteban, para estar solo y soñar.

El que lo recibió en la tolda era Martín Pérez de Elcano, hermano del Capitán, era una persona relativamente joven y apariencia simpática aunque no lo demostrase por la distancia que tenía que guardar, aunque solo fuese por disciplina, con la marinería. Lo acompañó hasta la cámara del maestre y los dejó a solas.

Estebanico se sentía cohibido ante aquel hombre que pronto rompió el hielo que los separaba. Visto de cerca era un hombre de edad madura, aunque aparentaba más edad, probablemente por las penalidades sufridas en su último viaje alrededor del mundo. Ante sus ojos se encontraba uno de los pocos hombres que en aquella época podía presumir de haber dado la vuelta alrededor de la tierra y haber transitado por todos sus océanos, y el muchacho lo tenía ante sus ojos y no se lo podía creer.

-Y bien... ¿Me han dicho que tenías que presentarte ante mí?

-Sí. Mi capitán. Traigo una carta de recomendación del Señor de Loaisa.

-¿Cómo sabes que es de recomendación? ¿Acaso la has leído? – preguntó bromeando mientras tendía su mano esperando que el azorado muchacho se la tendiera.

El chiquillo sensiblemente nervioso no replicó a la acusación y hurgaba en todos sus bolsillos

tratando de localizarla. Cuando la encontró pugnó por sacarla de su escondite, pues parecía que se resistía. Elcano se lo tomó con calma y optó por sentarse en una silla, delante de una mesilla que hacía las veces de escritorio. Finalmente el escrito salió a la luz todo arrugado. Rompió el lacre cuidadosamente y desplegó el papel, para posteriormente leer su contenido sin hacer ningún comentario.

-Si Joffre así lo quiere no voy a poner yo ningún impedimento. Solo espero que seas acreedor de las alabanzas que sobre tu persona menciona. Tu trabajo consistirá en limpiar y asear diariamente esta cámara y el camarote que comparten el piloto y mi hermano. Traernos la comida y más adelante, cuando sea necesario hacer las guardias del volteo del reloj. Tendrás mucho tiempo libre que espero aproveches aprendiendo cosas de la mar y no haraganeando por ahí. Eso de ti depende. Ahora ya puedes marcharte y mañana al finalizar el cuarto del alba te quiero ver con el desayuno ya preparado aquí.

Le hizo una señal con la mano dando por finalizada la conversación y se puso a leer uno de los muchos papeles que reposaban encima la mesita, sin darle opción a cualquier replica. Esteban salió de la estancia, raudo y veloz.

Su porvenir en el puesto y bienestar futuro pasaba por darle una buena impresión al Maestre y a fuer que tenía que conseguirlo.

De todas formas continuaba sin saber qué era eso del “cuarto del alba” hora en que debía presentarse ante el capitán con su desayuno en la mano. Preguntó al primer marinero que, ya en el combes, se le puso por delante.

-Es el último cuarto de la noche y termina a las ocho de la mañana.

-¿Cómo sabré que son las ocho de la mañana?

-Alguien tañera una campana y lo anunciará, pero no te preocupes porque el movimiento de la gente en cubierta en busca del desayuno y el olorcillo del caldo caliente te lo advertirá anticipadamente.

Luego sin darle opción a realizar más preguntas se lo dejó plantado.

La respuesta había resultado bastante convincente, pero Esteban ante la posibilidad que le hubiesen engañado para gastarle una broma de novato, decidió confrontarla con otra versión.

La campana volvió a sonar anunciando la hora de la cena. Ya se había dado cuenta que el tañido de la campana era diferente según lo que anunciaba. Este toque sin embargo no necesitaba ninguna explicación por la cola que inmediatamente se formaba delante del castillo de proa para recoger las viandas. Cogió su marmita y fue a formar parte de ella para recoger la cena. Tardó más de un cuarto de hora en recoger su ración porque algunos veteranos se colaban, con la excusa de que estaban de servicio, incluso por delante de los de su misma categoría. También se dio cuenta que la cola estaba formada por clases: oficiales de baja graduación que era los primeros, seguido por los marineros, los grumetes y por último los pajes. A la que él pertenecía, y a pesar de haber llegado entre los primeros, rápidamente se vio desplazado a las últimas posiciones. No le importó pues en la misma coincidió con Rodrigo de Triana, que no quiso hacer valer sus galones, le saludó jovialmente y cuando el viejo lo reconoció aprovechó para confirmar lo del cuarto del alba.

-¿Qué es eso del cuarto del alba? – preguntó sin darle mayor importancia y como si solo tratase de iniciar una conversación de cortesía.

El hombre lo miró perplejo pues ignoraba a que venía esa pregunta. Pero como el muchacho le caía bien, había tiempo por delante mientras esperaban y en esos momentos tenía ganas de conversar, se avino a responder.

-Conforme los frailes dividen el día en ocho partes de tres horas cada una y los llaman, a partir de las doce de la noche: Maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nonas, vísperas y completas. Los marineros para no ser menos lo dividimos en seis partes de cuatro horas cada una. A los cuatros diurnos no les hacemos el menor caso pues todos estamos despiertos y no le damos mayor importancia. Pero los nocturnos, en que casi todos duermen, son importantes para los que están de guardia y esos si

están bien definidos. El cuarto de prima va de las ocho de la tarde a las doce de la noche, el cuarto de modorra, desde esa hora a las cuatro de la madrugada y el cuarto del alba que se extiende hasta las ocho de la mañana. En la que ya estamos todos despiertos y los cuartos restantes, como ya te he dicho anteriormente, carecen de importancia.

-Por eso el capitán quiere que le sirva el desayuno al final del cuarto del alba.

-¡Al servicio del capitán! ¡Caramba! Buen enchufe has cogido.

La fila iba avanzando aunque lentamente pero ya solo quedaban un par de individuos delante de ellos, por lo que interrumpieron la conversación y se prepararon a recibir su cena.

La cola terminaba en la parte exterior del castillo de proa en donde estaba instalada la cocina. Cuando le tocó el turno, el cocinero, un tal Paolo de ascendencia italiana según decía él, pero con una pinta de morisco que no podía ocultar por ninguna parte, al reconocerlo como el paje del maestre le entretuvo, mientras le servía una ración más consistente que al resto de comensales al rebuscar entre el caldo y añadirle un par mas de trozos de carne y acallando de vez en cuando y con voz chillona a los que se quejaban.

-Me han dicho que eres el paje del maestre... - aseguró más que preguntó con voz queda.

-Si señor...

-Mañana no hagas cola, y por supuesto ningún día más, para recoger los desayunos del capitán y los otros oficiales de la tolda. Lo tendrás preparado en una bandeja encima de esa mesa, señaló una que tenia detrás, para que se la lleves calentita inmediatamente. Después de entregarla si me ayudas a repartir el rancho entre estos revoltosos, tendré preparado algo especial para mí y para ti.

Al final de su intervención le guiñó un ojo en señal de complicidad y lo invitó a marcharse aunque de eso último ya se encargaron los empujones de los que venían por detrás.

Buscando un lugar en donde cenar tranquilamente se topó de nuevo con el viejo Rodrigo que con un gesto lo invito a sentarse a su lado.

-Veo que Paolo te trata bien – sentenció después de echarle un vistazo a su escudilla llena hasta los bordes.

El muchacho casi se vio obligado a ofrecerle uno de los dos trozos de carne que el cocinero añadió de más. Pero el hombre lo rechazo.

-Soy parco en la comida – añadió para justificar su rechazo – comételes tu que estas creciendo y te hacen falta. Pero si quieres un consejo no te atiborres nunca de comida y hazlo con mesura. No es conveniente en nuestra situación a que el cuerpo se acostumbre a la abundancia, pues con toda seguridad llegaran tiempos peores. De los llamados de verdadera hambruna. Y si lo tienes acostumbrado te ayudará a soportarlo. Y coste que no lo digo por decir, pues tengo bastante experiencia en ello.

Después de hablar un rato más sobre asunto triviales, Rodrigo, alegando que esa noche tenía guardia en el peor de los turnos, el cuarto de Modorra, se marchó para acostarse en un rincón del alcázar.

El se acercó a la borda de babor para hacer aguas menores. No se veía haciendo las mayores como uno de los marineros, con los pantalones bajados, los pies apoyados en la borda por la parte exterior y cogido con ambas manos a un cabo colgado al efecto para evitar caer. Gracias Dios de momento su cuerpo se negaba a evacuar. Para no importunar al resto de la clientela se desplazó hacia la otra banda de estribor desde donde veía la silueta de la población de la Coruña. Luego sus ojos quisieron viajar a los valles del interior en donde con toda seguridad se encontraba su amada Lucia y posiblemente en esos momentos estuviese entre los brazos de su prometido.

Sintió su corazón acongojado y abandonó los pensamientos que tanto le apesadumbraban. Decidió marcharse a dormir. Comprobó que en cierta forma Rodrigo le había engañado, pues los restantes oficiales subalternos de la tripulación, incluidos los marineros veteranos, entre los que se encontraba el mismo Rodrigo, pasaban la noche protegidos en el alcanzar cómodamente acopetados sobre un jergón. Era únicamente los últimos incorporados, sobre todo pajes y grumetes, los únicos

que tenían que ganarse la vida como pudiesen. Por suerte estaban en verano, hacía calor, aunque por la noche refrescara bastante y en cualquier momento pudiese caer un chaparrón inoportuno que los dejase a todos calados hasta los huesos. Por suerte esa noche no pasó nada.

XXXXXX  
XXX  
X

El tañido de una campana lo despertó al día siguiente. Tenía ganas de orinar y de otra cosa peor. Vio que una buena parte de la tripulación, subida sobre la amura de babor, la que no estaba visible desde tierra, estaba haciendo aguas menores, mientras que otros, con los pantalones bajados, copaban los cuatro cabos disponibles para las mayores. Esperó a que uno terminase y antes de que alguien se le adelantara ocupó su puesto. Nunca en la vida había realizado esta operación inherente a todo ser vivo tan rápidamente.

Lavó su cara y las manos con el agua salada contenida en un cubo que encontró por allí y se presentó ante Paolo ignorando la cola de gente que se estaba formando.

Colgó la bandeja, que ya estaba preparada sobre la mesa, atendiendo al gesto con la cabeza que le dirigió el italiano y partió, esquivando gente, hasta la tolda.

El almuerzo para el Capital y sus hombres de confianza, no difería mucho del que estaba recibiendo la tripulación, una taza con caldo y un trozo de pan para mojar o hacer sopas, aunque posiblemente el caldo de estos contara con algún tropezón de más.

Dejó la bandeja sobre la mesas y aporreó con los nudillos de su mano tanto la puerta de la cámara como la del camarote, de donde sus ocupantes no tardaron en salir.

-Muy bien Esteban. Puedes ir a desayunar.

-Gracias señor. – respondió mientras corría como alma que lleva el diablo.

Como había quedado previamente, ayudó a Paolo a servir el desayuno y este aprovechó para continuar hurgando en el fogón.

Cuando finalmente lograron quedarse solos, el italiano ya había preparado el desayuno para ambos. Básicamente era lo mismo que habían servido, aunque el caldo en vez de beberlo tuvo que tomarlo con cuchara pues poseía más trozos de carne que el servido al capitán. Por otra parte el trozo de pan tenía la sorpresa de un trozo de cecina asada en su interior.

Después realizó el trabajo que le tenía encomendado el Maestro. Lo hizo con esmero para conocer el tiempo máximo que le ocuparía de su jornada de trabajo en el futuro. Empleó apenas dos horas en dejar tanto la cámara como el camarote limpio como una patena. Lo más desagradable fue limpiar el bacín en donde había de todo. Contuvo la respiración, hizo de tripas corazón y lanzó su contenido al mar lo más rápidamente posible desde la misma tolda. Luego se dirigió a la amura de estribor para limpiar el artilugio por el simple procedimiento de lanzarlo al mar con un cabo atado a su asa. Lo hundió un par de veces para posteriormente sacarlo limpio y reluciente, y después lo dejó un rato al sol para que se secase antes de devolverlo a su sitio.

XXXXXX  
XXX  
X

Era veinticinco de julio, el día en que se suponía partirían y cuando Estebanico se desperezaba después de despertarse tras escuchar el tañido de la campana de bitácora se sorprendió de que apenas hubiese cuatro o cinco hombres, principalmente grumetes, en la cola del desayuno. El resto de la tripulación dormía todavía sobre la cubierta en posiciones grotescas como si el más mortífero de los jinetes del apocalipsis hubiese transitado esa noche sobre la cubierta. Solo las vomiteras que aparecían junto a las cabezas de algunos anunciaban que era el vino, excesivamente bebido, la causa del desafuero.

El muchacho cogió la bandeja que Paolo tenía preparada y otras vez, haciendo equilibrio sobre las cubierta y sorteando cuerpos, llegó a la tolda.

Elcano ya estaba apoyado en la baranda con cara de circunstancias, contemplando el espectáculo a la vez que llamaba a gritos a dos de sus oficiales. Estos no tardaron en presentarse aunque tampoco en las condiciones más idóneas.

-Barredme la cubierta de cuerpos inútiles - gritaba - Y el que se resista me lo echáis a la mar, veréis que pronto se espabila.

Después considerando que ya había dicho cuanto podía hacer en tales circunstancias, y el resto era problemas de sus oficiales, se sentó sobre el banco y se puso a devorar el desayuno.

El día anterior fue una jornada intensa en lo que se refería a trabajo. Al mediodía ya se había cargados las últimas provisiones, principalmente los productos frescos; y estibado, en la bodega, los bultos que poblaban la cubierta, que ahora aparecía ante sus ojos, extrañamente desierta y despejada, si exceptuábamos los cuerpos de los borrachos. La escotilla de carga estaba ya cerrada a cal y canto y solo se podía acceder a ella por una pequeña trampilla.

Tratándose de la última tarde que iban a pasar en tierra el Maestre permitió que una buena parte de la tripulación desembarcase con la condición de que dos horas antes del cuarto de modorra estuviesen de vuelta a bordo. De entre los voluntarios para desembarcar apartó a voleo a dos de ellos. Simplemente, como reconoció más tarde, que por sus gestos, le dio el palpito que no regresarían.

En el recuento que se efectuó cuando ya todos estaban espabilados o por lo menos podían sostenerse de pie. Faltaban doce hombres. El maestre mandó que fuese a tierra el batel y el esquife, para recogerlos pues en ningún momento se creyó pudieran haber desertado.

A diez de ellos los encontraron en el muelle dormidos esperando ser rescatados ya que la noche anterior habían llegado tarde a la cita y carecían de medios para llegar a bordo. Encontrar a los otros dos fue un poco más difícil, los hallaron en la tercera casa de lenocinio que visitaron, acostados en la cama, completamente desnudos, de la furcia con que se habían acostado aquella noche.

A media mañana pasó el esquife de la Santa María de la Victoria, recabando la confirmación de que todo el personal estaba a bordo. Días más tarde, Esteban escuchó una conversación entre Elcano y su hermano, mientras estaba aseando su cámara, en el que el primero confirmaba que la expedición la componían 450 hombres y que el día de la gran juega solo habían desertado en total dos tripulantes de la nao capitana.

Después de la comida del mediodía, que se adelantó una hora excepcionalmente, comenzaron los preparativos para la partida, que se efectuaría esa misma tarde aprovechando la marea.

Don Juan de Areizaga, el sacerdote, improvisó una misa inmediatamente después de la comida en acción de gracia por el buen fin del viaje que iban a emprender y a la que acudieron todos que no estaban en esos momentos de servicio ineludible.

Fue breve porque el tiempo no daba para más y el nerviosismo del capitán en esos momentos así lo atestiguaba.

A las dos de la tarde muy próximo a la pleamar la corriente se había parado por completo. A proa de la nave se encontraban el batel de la nao y dos barcas que terminaban de llegar desde tierra en su ayuda. En una de ellas estaba embarcado el práctico y cada una de ellas estaba tripulada por diez remeros.

El esquife se acercó mientras a la boya de fondeo. Esta era una gran barrica flotante con un gran aro de hierro incrustado en su panza, por el que pasaba la maroma, asegurada con varios nudos, que se amarraba a su vez, a grandes piedras y pesos, situados en el fondo, que constituía el muerto.

Al chicote de dicha maroma, tenía una gaza a la que se amarraba, con varios nudos, el cable de fondeo de la nave. Con ello se evitaba emplear el ancla, costosa de recoger, nada segura y que causaba grandes destrozos en el fondo de la bahía.

Rodrigo, desde el esquife fue el encargado de desatar esos nudos. Tarea que no resultó sencilla, aunque menos que la alternativa.

La nave quedó finalmente libre del muerto al que había estado atada las últimas semanas. Una de las barcas, la que embarcaba al práctico, se situó en la popa siguiendo las instrucciones del contra-maestre. Cuando todo estuvo preparado, a una orden del Maestre, el batel y la barca de proa comenzaron a bogar furiosamente. Lo mismo hizo la barca de popa aunque en sentido contrario. Entre todas consiguieron que la nao girase lentamente sobre sí misma y quedase encarada con la bocana de la bahía. Las restantes naves, salvo la capitana que había efectuado el mismo proceso al unisonó, todavía no estaban preparadas por falta de efectivos ya que las mismas barcas de apoyo tenían que repetir la operación con todas ellas.

Una vez conseguido, las naves se ponían al paio y aguantaban la posición con la ayuda del batel.

Solo el patache Santiago se había librado de sus ataduras en solitario, ya navegaba entre las distintas naos para tomar una posición delantera.

Cuando todas las naves estuvieron preparadas, la marea por sí sola parecía querer expulsarlas de su refugio. Con la ayuda del batel cuya tripulación continuaba remando aunque sin mucha intensidad, la nave mantenía su posición. Mientras Elcano desde la tolda y su hermano Martín desde el Castillo de proa vigilaban la operación. A su vez Estebanico, medio escondido en la toldilla, contemplaba extasiado el espectáculo.

Algunos marineros subían por los palos para ocupar ya el lugar que le correspondía en las jarcias, esperando las órdenes del capitán para liberar el velame, mientras Bellido el enano saltaba de cuerda en cuerda presto a desplazarse a donde su presencia fuese necesaria. Este individuo era un tipo singular. Era un ser deforme, de edad indefinida y que apenas alzaba un metro veinte de altura, con una manos enormes y unos pies desproporcionados, con dedos grandes y planta pequeña, como si fuese un segundo par de manos.

Andaba con las piernas combadas como si fuese un simio y de forma torpe. Pero cuando se le ordenaba subir a la cofa o a alguna jarcia para soltar algún cabo enganchado en algún lugar de difícil acceso, saltaba como un felino de una cuerda a otra y ayudándose de manos y pies llegaba al lugar previsto, para enmendar cualquier entuerto.

En un momento dado el capitán dio la orden para que los del batel dejasen de bogar y subiesen a bordo.

La operación se hizo con limpieza y rapidez a pesar de que la nave continuaba desplazándose lentamente, y cuando el batel estaba prácticamente a bordo, Elcano levantó la mano y como si fuese una orden anteriormente pactada, las velas: mayor simple, el trinquete y la cebadera cayeron por su propio peso y comenzaron a gualdrpear, para posteriormente hincharse cuando fueron aseguradas.

La nave se desplazaba más rápidamente al no tener ningún obstáculo que se lo impidiese, mientras el muchacho sobre la toldilla recibía en su rostro el frescor de la brisa marina.

La nao comenzó a balancearse y ya no encontró tan seguro el lugar que ocupaba en la toldilla por lo que bajo de ella tan sigilosamente como había subido

La aventura no había hecho nada más que comenzar.





La escuadra navegando por aguas del Atlánt  
Capítulo III  
Del 24 al 28 de Julio  
De la Coruña a la Gomera

Los vientos son muy volubles e igual soplan a favor que los tienes en contra. A estos últimos puedes incluso usarlos para avanzar aun a costa de estar orzando constantemente. Pero cuando se detienen y no sopla ni una miserable brisa, no hay nada más que hacer que esperar.

Esperar todo el tiempo que sea necesario. Eso nos ocurrió el día veinticinco, encontrándonos entre el cabo Finisterre y Munguya.

La flota estaba prácticamente parada, pero Elcano opinaba que era una situación coyuntural, casi inédita en esa zona y en esa época del año, y no valía la pena esforzarse y solo cabía observar la mar y las nubes para presagiar por donde soplaría el viento. No ignoraba que estas circunstancias apenas durarían unas horas.

Perder medio día en un viaje que probablemente duraría meses, no tenía la menor importancia.

Paolo, el cocinero, pensó que era el día ideal para congraciarse con la tripulación, ofreciéndoles una buena comida ahora que disponía de toda clase de alimentos, incluso los frescos. Ya llegarían tiempos peores en el que sus compañeros de viaje se acordarían más de lo debido de la madre que lo pario.

Esteban, después de ayudar al cocinero a distribuir los desayunos, vio como este avivaba los restos del fuego en el fogón, en vez de dejarlos en un largo letargo cubierto por sus propias cenizas, hasta la hora en que normalmente se disponía a preparar la comida.

El fogón estaba situado a la entrada del castillo de proa y el fuego se encendía sobre una plancha de hierro, que se sostenían sobre dos gruesos maderos que lo aislaba de la cubierta para no dañarla. Luego colocó sobre él un enorme caldero que llenó de agua aproximadamente por la mitad. Posteriormente, cuando el agua comenzó a hervir, arrojó al recipiente: puñados de garbanzos y habas secas, tiras de cebollas y tres o cuatro cabezas de ajos. Todo ello acompañado por unos pedazos de cecina y una gallina troceada que había fallecido esa noche simplemente por del estrés al estar embarcada y no por alguna extraña enfermedad como solían afirmar los entendidos en la materia. Era un hecho comprobado que solía ocurrir frecuentemente y siempre durante el primer día de navegación.

Esteban ayudó a Paolo en cuanto pudo, principalmente removiendo continuamente el guiso con la ayuda de un enorme cucharón de madera, mientras el cocinero añadía los ingredientes.

Después, cuando no hubo nada más que hacer, salvo esperar el tiempo necesario de cocción de los alimentos, decidió subirse a la toldilla y contemplar desde allí lo que ocurría a su alrededor.

El aire, ahora procedente del sur, aunque ligeramente contrario a los intereses de la nave, por lo menos refrescaba un poco el sofocante calor de aquel día. Serían las once cuando una nave portuguesa dirigiéndose al norte, probablemente a Francia o a la lejana Albión, cruzó por en medio de la flota. Tenía el viento ligeramente a favor y a Esteban le pareció, que cruzó ante ellos como una exhalación, mientras algunos de los tripulantes les saludaban agitando los brazos. Por lo que había escuchado deducía que cuando llegasen a las Molucas los encuentros no serían tan amistosos.

Eran las doce cuando vio a Elcano y a su hermano maniobrar sobre la cubierta con un extraño instrumento en la mano, que posteriormente colocaron sobre un trípode, después miraron por turno cada uno a través de su óptica hacia el sol, anotaron el resultado de sus observaciones en un cuaderno y sin realizar más comprobaciones se dirigieron a la cámara del Maese.

Esteban se sintió intrigado por lo que terminaba de ver, aunque a fuer de ser sincero se intrigaba por todo lo que trascurría a su alrededor. Se juró que tenía que averiguar que era exactamente lo ocurrido.

Mientras, se entretuvo mirando como una bandada de delfines parecían jugar alrededor de la nao. En realidad estaban persiguiendo a las anchoas que a su vez perseguían boquerones. A la fiesta se unieron gaviotas y charranees, que entre un cumulo de estridentes chirridos, querían participar en el festín. Eso le recordó que ya debía ser hora de la comida, pues Paolo hacía ya un buen rato que dejó consumir el fuego y ahora la menestra que contenía la olla se terminaba de hacer al calor de los rescoldos. El tañido de la campana de bitácora tocando a fajina disolvió toda duda sobre la hora en que se encontraba. La una de la tarde.

El reparto de la comida no tardaría en comenzar y se dirigió rápidamente al fogón. Paolo ya estaba preparando las escudillas de los oficiales superiores y en un recipiente que tenía a su lado dejaba aparte, supuestamente para ellos, los mejores trozos de la gallina que iban saliendo.

Esteban pensaba que si algún día el Maese descubría tal circunstancia, les haría pasar a ambos por el corredor de la verga. Consistía este castigo en hacer pasar al condenado por un pasillo formado por dos filas paralelas de tripulantes, con sendas vergas en sus manos, al que golpeaban en la espalda. Las veces que tuvieran que recorrer tan cruel camino dependían de la gravedad de su falta. Paolo se limitó a sonreír la única vez que se lo insinuó.

- ¿Tú crees que se puede castigar al hombre que podría vengarse envenenándote...?

Dejó la frase en suspenso para que Esteban sacase las conclusiones que quisiese. Este por su parte fue a depositar la bandeja en la mesa de la tolda y regresó inmediatamente para ayudar en el reparto del condumio a su amigo.

Ya estaba formada la fila al completo, pues Paolo, que solía tomarse las cosas con tiempo, todavía no había comenzado a distribuir las viandas a pesar de que los comensales comenzaban a impacientarse.

Hasta ahora no había tenido ocasión de fijarse que la fila guardaba un cierto orden: en primer lugar formaban los oficiales inferiores, seguido de los marineros, grumetes y pajes. Si hubiese criados o esclavos ocuparían los últimos lugares. Dentro de cada grupo se formaba por orden de edad, con los mayores delante. Cuando alguien llegaba tarde a la fila, no se ponía en la cola sino que ocupaba el lugar que por derecho le correspondía o el primer lugar si su turno hubiese pasado.

También tuvo tiempo de darse cuenta que la mayor parte de la tripulación tenían más pinta de guerreros que de marineros y se notaba que la mayoría estaban ya curtidos en mil batallas.

El Sancti Espiritu estaba armado con quince cañones de diversos calibres, la Santa Barbará estaba repleta de pólvora, trabucos y ballestas, y en la sentina, parte de las piedras del lastre, habían sido

sustituidas por balas de cañón.

Iban en son de paz a las Islas Malucas, pero no ignoraban que los portugueses ya estaban allí y no se lo pondrían fácil. Solo de imaginárselo una sensación extraña recorrió su espinazo. Estaba deseoso de entrar en acción, pero no sabía si esa sensación era de emoción o miedo.

El final de la fila se acercaba, pues apenas quedaban los tres grumetes y el otro paje. Aparte un muchacho que tendría unos diecisiete años, bien vestido, que no podía ser paje por su edad ni grumete por el elegante vestido que portaba. Educadamente le dio las gracias cuando Esteban depositó el contenido del cucharón en su escudilla y en agradecimiento lo obsequió con una segunda ración que contenía el último trozo de gallina, que milagrosamente todavía estaba navegando en el ya abundante caldo y que hasta entonces había evitado ser capturado.

El detalle se lo premió además el muchacho con una sonrisa, para desaparecer inmediatamente con dirección a la tolda, en donde sorprendentemente se sentó al lado del capitán, el piloto y el contraestre, sin necesidad de pedir permiso alguno.

XXXXX

XXX

X

Por la tarde se juntó con Rodrigo, el de Triana, que era como le gustaba lo llamasen, y que no era un simple marinero como en principio había creído.

-En realidad soy el piloto mayor de esta nao, y me conformo con que ostentando ese cargo me paguen más que a los demás, la notoriedad se la dejo al hermano del maese y me limito a ejercer como timonel. Disfruto tanto realizando ese trabajo que en ocasiones hago hasta el cuarto que le corresponde a otro compañero.

-Pero yo te he visto trabajar como un simple marinero...

-Que no tengas la obligación no quiere decir que no disfrutes al hacerlo - se quedó mirando detenidamente a un punto indeterminado del cielo como si estuviese alelado, para inmediatamente continuar como si hubiese tenido un lapsus - Mira muchacho. En esta singladura tendrás mucho tiempo libre y si no lo empleas en tu provecho, terminarás como esos ociosos, aburridos como ostras o lo que es peor, desplumado como un pollo, si te da por meterte en partidas de dados o naipes.

-Yo pienso dedicar mi tiempo libre a aprender y para ello cuento con vuestra merced.

Le respondió con la mayor seriedad que pudo, pues después de decirle el alto cargo que ocupaba en la nave, Estebanico creyó que le debía un respeto.

-No me des honores que no tengo ni deseo. Llámame Juan o Rodrigo, como te apetezca, y sobre todo tutéame.

El muchacho asintió complacido, desde ese momento Rodrigo había pasado de ser un simple conocido a considerarlo un amigo. Vio que poco más tenían que decirse pero sobre todo no quería dejar la conversación que mantenían pues le agradaba la charla con el viejo.

-Por la noche ya refresca y me pregunto el porqué tenemos que dormir en cubierta o en el alcázar cuando podemos refugiarnos en la bodega.

Rodrigo sonrió benévolutamente.

-Tú no sabes todavía lo que es pasar frío, ya lo comprobaras y más si tienes la ropa empapada. En casos extremos sí nos refugiarnos en la bodega, pero ahora todavía no compensa.

-¿Por qué?

-Ven y te lo demostraré.

Se levanto del suelo con más agilidad de lo que era presumible y lo llevó hasta una escotilla situada en el alcázar. Al abrirla Rodrigo, un hedor insoportable invadió los alrededores de la trampilla, levantando las protestas de un par de tripulantes que dormitaban una siesta en las cercanías. Al darse cuenta de quién era el culpable del desaguisado disimularon su enojo a la vez que murmuraban unas disculpas.

Rodrigo invitó a su amigo para que entrase en el agujero. No precisaron ninguna escalerilla pues los mismos bultos estratégicamente estibados, hacían el papel de ella. La distribución era perfecta y los pesos estaban compensados como en una balanza para que el barco no se encorase a ninguno de los lados y bien sujetos para evitar se desplazasen y desestabilizasen la nave.

Esteban evitó como pudo una primera arcada apenas entró y posteriormente su cuerpo se fue acostumbrando al pestilente aroma hasta llegar casi a acostumbrarse. La carga casi llegaba al techo, pero aun así, por las escasas luces que se colaban por la trampilla de carga principal que se encontraba a la altura del combes, la bodega parecía mas grande que la propia nao. Rodrigo encendió un trozo de tea para alumbrarla un poco mejor.

-Los alimentos están en la parte superior - comenzó su disertación - e irán desapareciendo poco a poco hasta que tengamos ocasión de avituallarnos de nuevo. De esta forma los tenemos siempre a mano y en el caso improbable y no deseable de que el agua sobrepase la sentina están libres de mojarse. Mejor que se estropee la mercancía que lo que en definitiva nos salva la vida al quitarnos el hambre. Pero vayamos a lo importante y veamos cómo se estructura una nave. Ahora solo se trata de tener un concepto general in-situ, posteriormente ya en cubierta te lo volveré a repetir para que tomes nota y puedas aprenderlo.

Esteban asintió con la cabeza y el hombre continuó con su lección.

-...el plano inferior de la nave está estructurado por la quilla que es como la columna vertebral nuestra, de la que parten las varengas que son como las costillas. Luego viene la tablazón, que es como la piel, que poseemos aunque mucho más dura. Esto es lo que forma el casco de la nave que al cubrirla con la cubierta se convierte en la bodega. Pero esta está su vez separada de la parte inferior de la nave por otra plataforma debajo de la cual está la sentina. Allí van a parar todas las aguas que recoge la nave, bien sea porque se cuelan entre las cuadernas y se escurran hasta allí, caen directamente desde la parte más alta de la bodega o se cuelan por los portillos arrastrando generalmente suciedad. Eso y el agua putrefacta que allí se acumula es lo que produce ese hedor tan desagradable que estamos percibiendo. La mayoría de las naves transportan animales como alimento y otras, particularmente las que realizan la carrera de las indias, incluso caballos en donde son muy apreciados. Todo esto hace que la peste se incremente y sea incluso más desagradable. El punto más bajo de la sentina es el que llamamos el pozo y esta exactamente en la parte central de la nave y en donde se asienta sobre la quilla el palo mayor. Cuando el nivel de las aguas comienza a ser notorio, desde el pozo las evacuamos con las bombas de agua allí instaladas. Si no ha llovido ni hemos tenido un temporal con olas que barran la cubierta y embarquen mucha agua, la frecuencia de bombeo nos indica si algunos de los forros hace agua por estar dañado. Fermín el calafate es el encargado de estar al lero en este asunto y tratar de solucionarlo si es preciso.

-¿Se puede acceder a la sentina? – intuyendo el muchacho que había dicho alguna barbaridad por la cara que puso su interlocutor y trató de rectificar - ...cuando no esté llena de agua.

-La sentina, aparte de agua y por supuesto mucha mierda, está llena también por grandes piedras de río que constituyen el lastre...

-¿El lastre? – preguntó Esteban aunque solo fuera para darle un breve descanso a Rodrigo, que por su voz parecía se estaban quedando afónico.

-El lastre evita que la nave vuelque al bajar, por su peso, el centro de gravedad y que hace que pueda volver a estabilizarse al recobrase de las fuertes escoras que le pueden provocar los vientos y las olas gigantes para adrizarla de nuevo.

Rodrigo trataba de mezclar las palabras técnicas con una breve explicación que le hiciese comprender a su improvisado alumno el significado de las mismas. De repente una sombra se proyectó fugazmente sobre unos bultos que hizo que el muchacho diese un respingo.

-¿Qué es eso? – preguntó alarmado.

-No te preocupes. Es solo un gato.

-¿Hay gatos aquí?

-Cuatro... Si no se ha muerto ninguno.

-No sabía...

-Están controlando las ratas.

-¿También hay ratas?

-Como en todas las naves, pero no te preocupes pues no suelen abandonar la sentina... a menos que ésta esté inundada y entonces pasan a la bodega. Lo malo es cuando aparecen por la cubierta, quiere decir que la bodega se está inundando y el barco se hunde. Solo por eso ya es interesante tenerlas a bordo y si además se encargan de mantener a raya a las cucarachas, miel sobre hojuelas. – le respondió mientras se carcajeaba sonoramente.

A Esteban pareció que todo el cuerpo comenzaba a picarle, que ya estaba completamente infectado de esos horripilantes bichos y sintió una necesidad imperiosa de abandonar aquel lugar.

-¿Por dónde salimos?

Rodrigo reconoció que poco más tenía que añadir a lo dicho y que era el momento adecuado para dar la lección por terminada.

-Saldremos por donde hemos entrado. Aunque existe otro portillo en el castillo de proa que cum-

ple las mismas funciones. La escotilla principal está en el centro de la cubierta. Está siempre abierta cuando la nave esta atracada en un puerto. Pero una vez en la mar se cierra a cal y canto con los cuarteles, que son unas grandes tablas horizontales yuxtapuestas que dejan únicamente libre un portillo.

Cuando salieron de aquella pocilga y respiraron la suave brisa que les hizo reverdecer, Rodrigo se dio cuenta de que soplabla viento del norte y la nave avanzaba a buen ritmo.

Después de la cena fue el de Triana quien buscó la compañía del muchacho.

-¿Quieres que te repita los nombres de todas las partes inferiores de la nave?

-Quilla, varengas, forro, sentina...

Esteban recitó, una por una, todas las palabras técnicas que con anterioridad había mencionado al muchacho apenas un par de horas antes. No podía asegurarlo pero juraría que no había dejado ninguna. Quedo asombrado, pero el muchacho era como una esponja que absorbía todo lo que le decían y estaba seguro que si seguía aprendiendo de tal forma llegaría a piloto y quizás hasta a capitán de la una nave.

-¡Muy bien! Veo que has aprendido la lección. ¿Te ha quedado alguna duda?

-¿Es cierto Rodrigo lo que me has dicho sobre los gatos, las ratas y las cucarachas de la bodega?

No era esta precisamente la pregunta que el hombre esperaba, pero estaba dispuesto a aclararle cualquier duda ,por muy disparatada y de escasa importancia que fuese.

-Eso por no hablar de los chinches, piojos, pulgas y garrapatas que supongo será de lo que se alimentan las cucarachas, ya sabes que el pez grande siempre se come al chico. Pero estos insectos ya no nos interesan.

-¿Por qué?

-Simplemente porque no son comestibles... - le entró la duda - o quizás si lo sean, pero tendrían que cazar tal cantidad de estos insectos para poder alimentarte que el esfuerzo no valdría la pena.

Esteban consideró que su amigo estaba tomándole el pelo y rio con ganas.

-No me digas que has comido ratas - pareció reprocharle el muchacho.

-¿Tú has pasado alguna vez hambre? - preguntó con gesto adusto y mirándolo fijamente.

El muchacho negó con la cabeza pues realmente nunca había sufrido hambre, por lo menos desde que tenía uso de razón y estaba ya al cuidado de su tía.

-Tal vez ganas de comer... Pero lo que se dice hambre... creo que nunca. - volvió a negar con la cabeza.

-Entonces escúchame con atención pues lo que te voy a decir a continuación te puede salvar la vida en un futuro no muy lejano. En cierta ocasión, durante una inusual calma chicha atravesando el atlántico, estuvimos prácticamente dos mese parados. No llevábamos alimento para tantos hombres y tanto tiempo y la comida y el agua se terminó. Comíamos el pescado que podíamos pescar, pero era insuficiente. Gracias a Dios una tormenta providencial nos surtió del agua que necesitábamos perentoriamente cuando la calma terminó y ya navegábamos a nuestro destino. Pero antes tuvimos que sacrificar a los gatos para alimentarnos y beber nuestros propios orines. Cuando terminamos con ellos comenzamos con las ratas que llegaron a pagarse a precio de oro. Al final terminamos con las cucarachas antes de empezar a roer trozos de cuero.

-¿Por qué no embarcáis más gatos? Según tengo entendido saben cómo los conejos y en caso de necesidad...

-Hay que mantener el equilibrio en la cadena alimentaria. Si lo hiciéramos acabaríamos con las ratas en cuatro días y después las cucarachas nos comerían a nosotros - le respondió sonriendo.

-¿Y ese consejo que querías darme?

Rodrigo se lo pensó dos veces antes de responderle. No estaba seguro de querer aconsejárselo, pero finalmente lo hizo.

-Si tienes ocasión caza una cucaracha y cométela. Ahora dispones de agua en abundancia para posteriormente enjuagarte la boca y quitarte el mal gusto de boca, pero comprobaras que no es

necesario y su sabor no es tan desagradable como imaginas. Entonces muchos no se atrevieron a dar este paso y murieron de inanición. Solo tienes que convencerte que por hacerlo no pasa nada y que dar este paso te puede salvar la vida. Que esto pase en el atlántico como me ocurrió en cierta ocasión a mi es solo una casualidad o más bien un cumulo de casualidades, pero el mar del Sur es diferente, es inmenso, y tenemos muchas posibilidades de tener ese problema. Atravesarlo es como cruzar el atlántico cuatro o cinco veces seguidas por el golfo de las damas. Y existen muchas posibilidades de que nos ocurra lo mismo, sin necesidad de sufrir ninguna calma chicha. Cierto es que existen muchas islas que nos pueden sacar del apuro, pero también es fácil pasar entre ellas de noche sin ni siquiera darte cuenta. Sin comida y casi sin agua tendrás un gran dilema antes de probar ese alimento. Si lo haces ahora te evitaras ese problema. Yo puedo asegurarte que ya las he probado y que si tienes verdadera hambre no son tan asquerosas como parecen.

Luego se quedó mirando las estrellas, tal vez rememorando tiempos pasados y ya no intentó reanudar la conversación.

XXXXXX  
XXX  
X

El veintiséis de Julio el viento se enderrotó desde el Cabo de Finisterre y sopló sur un cuarto suroeste con más fuerza. Esteban andaba al cuidado de todo lo que ocurría sobre la cubierta de la nao.

Pero los personajes que le interesaban no estaban a tiro. A Rodrigo lo vio profundamente dormido en el alcázar. Y al joven elegante, al que Elcano llamaba Andrés, tampoco aparecía por ningún sitio. Posiblemente estaría dormido en las camarillas en donde ya descansaban dos personas o compartiendo Cámara con el mismo Maese lo que le parecía excesivo.

La incógnita se despejó poco antes del mediodía, cuando los vio aparecer a ambos por la puerta de la cámara. Andrés y Elcano se desplazaron los dos a un lugar despejado de la cubierta. El Maese llevaba en sus manos un extraño artilugio de forma circular. Desde allí se divisaba perfectamente el horizonte y el sol.

Manipulo el instrumento y se lo colocó a la altura de sus ojos mientras que su mano maniobraba en él. Después tomó nota de algo en un cuaderno y se lo ofreció a Andrés para que realizara la misma operación, asesorándolo con algunas instrucciones. Elcano escuchó el resultado que el otro le ofrecía, rio y negó con la cabeza, le ordenó repetir la operación. Esta vez el resultado debió ser correcto pues asintió y ambos regresaron a la cámara.

Esteban estaba nervioso y si no fuera por temor a un castigo hubiese despertado a Rodrigo. Ya iba siendo hora, pues aunque hubiese tenido guardia durante el cuarto de modorra, que iba de las doce de la noche a las cuatro de la madrugada, ya llevaba ocho horas dormido y era tiempo de despertarse. Disimuladamente armó ruido a su alrededor hasta que logró despertarlo.

Mientras el hombre se refrescaba la cara en un cubo con agua y se quitaba el sopor del sueño de encima. El muchacho fue donde Paolo, que ya estaba traficando en los preparativos de la comida de ese día, y le pidió un tazón de caldo para su amigo. El cocinero siempre tenía algo preparado y escondido para salir de un apuro si se lo pedía algún oficial y no tardó en proporcionárselo.

Con el cazo en la mano acudió de nuevo al encuentro del de Triana.

-Buen sueño Señor Rodrigo. Tómese esto que seguro le sienta bien – le dijo a modo de saludo mientras se lo ofrecida – solo es un caldo pero le servirá para calentar el estomago hasta la hora de la comida que ya está al caer.

El hombre se lo agradeció con una sonrisa y esperó las preguntas del muchacho pues ya comenzaba a conocerlo y sabía por experiencia que este no daba ninguna puntada sin hilo

-¿Qué se te ofrece ahora? – preguntó mientras bebía a pequeños sorbos el apetitoso contenido del tazón.

-Ha salido el Maese con el “nuevo” – pronunció esa última palabra con un tono de cierto reproche, como si ese “nuevo” le estuviese quitando protagonismo a su persona – y se han puesto a mirar al sol con un extraño aparato. ¿Qué estaban haciendo?

-¿Tenía forma de anillo?

El muchacho asintió con la cabeza y pronunció un tímido

-Si.

-Los entendidos lo llaman Astrolabio y sirve para pesar el sol.

-¿Para pesar el sol? – preguntó el muchacho extrañado.

-Es una forma de conocer la latitud en que nos encontramos.

-La latitud... - repitió el muchacho tratando de recordar si había escuchado con anterioridad esa misma palabra.

-Ya te explicaré con más tiempo que es eso de la latitud. En definitiva se trata de saber exactamente donde estamos.

Esteban miró a su alrededor y solo vio agua por todas partes.

-Pero si solo se ve el mar.

-Aunque también vieras tierras tampoco sabrías donde estas a menos que fuese una costa conocida.



-¿Y cómo lo sabe ese aparato?

-El aparato no lo sabe. Se limita a medir la altura del meridiano, con respecto a una estrella de declinación conocida. De día no hay otra que no sea el sol. En otras palabras averigua que ángulo existe entre el horizonte con el sol al mediodía. Luego se compara con unas tablas que todo buen maese debe llevar en su camarote y sabrá exactamente en donde se encuentra. Aunque mejor sería decir aproximadamente, pues nos sostenemos sobre una superficie inestable y las medidas no suelen ser muy exacta. Por ese motivo se toman dos veces y se saca una media entre ellas.

-¿Y ahora en donde estamos?

-Tendríais que preguntárselo al Maese, pero si la Coruña esta a 43 grados y 22 minutos... ahora debemos estar... - olfateó el aire y observo de donde rolaba el viento - ...aproximadamente a la altura de Oporto, que si no recuerdo mal está a 41 grados de latitud norte.

-¿Y eso que nos dice?

-Muchas cosas. En primer lugar en donde nos encontramos en estos momentos y adicionalmente la distancia recorrida desde que salimos.

Esteban abrió los ojos como si fueran platos.

-¿Cómo?

-Hemos recorrido dos grados y veinte minutos, que equivalen a un tercio de grado pues este está dividido en 60 minutos.

-¿Y...?

-Como un grado de latitud equivalen a 17,5 leguas... si tuviese pluma y papel te diría exactamente la distancia que hemos recorrido desde que salimos de La Coruña.

-Cuarenta y una leguas... aproximadamente - respondió el muchacho casi inmediatamente.

-¿Cómo lo has calculado? - replicó inmediatamente un asombrado Rodrigo.

-Muy fácil... - casi se disculpó Esteban - dos grados equivalen a treinta y cinco leguas, en cuanto al tercio si redondeamos a 18 cada tercio son seis, mas las treinta y cinco,, son cuarenta y una... aproximadamente por el redondeo antes citado.

El de Triana todavía no captaba como el muchacho lo había conseguido pero suponía que estaba en lo cierto. De todas formas estaba dispuesto a comprobarlo apenas tuviese entre sus manos los medios necesarios. Pero quería seguir probando la capacidad de cálculo del chico, así es que asintió con la cabeza como dando por bueno el resultado para informarle seguidamente.

-Y como cada legua tiene cuatro millas... - se preparó para esperar un largo rato antes de que el muchacho resolviese la incógnita.

-¡Ciento sesenta y cuatro millas! - respondió casi inmediatamente.

Rodrigo no daba crédito a lo que escuchaba. Que un muchacho de trece años, casi un niño, fuese capaz de efectuar esos cálculos, para él, a una velocidad increíble, carecía de toda lógica. Sobre todo en una época en que por lo menos el noventa por ciento de la población era analfabeta. Decidió dar también por buena la respuesta y apuntarse el ultimo tanto.

-Por lo tanto ciento sesenta y cuatro mil pasos, pues cada milla equivale a mil pasos.

-Esa respuesta era muy fácil.- rio el chico.

El sonido de la campana de bitácora tocando a fajina interrumpió la amistosa discusión entre ambos, ya que Esteban, consciente de su deber, partió inmediatamente para recoger la bandeja que contenía la comida de los oficiales.

El de Triana mientras tanto se quedó pensando para saber cuántos palmos serian, pues cada paso equivalía a cuatro palmos. Lo calcularía y cuando en otra ocasión reanudasen la conversación se anticiparía a la respuesta del muchacho. Tenía claro que si no se ahogaba en un desgraciado accidente durante el viaje o se lo comían los indios cuando llegasen a su destino, ese muchacho daría mucho que hablar.

Esteban incorporó un servicio más a los tres previstos que Paolo ya tenía preparados y como sabia

que el joven oficial comía en la mesa de la tolda, junto con los restantes, pensó que no le importaría que se lo llevase.

Cuando se dirigía hacia la tolda lo vio bajar por la escalerilla e interceptó su paso.

-Señor... - se detuvo pues desconocía su nombre, por lo menos oficialmente.

-Andrés Urdaneta... pero puedes llamarme Andrés... - luego recapacitó pues tal vez le reprocharan que no guardase las debidas distancias con un paje -... por lo menos cuando estemos a solas.

Esteban agradeció con una sonrisa la muestra de aprecio que le ofrecía.

-Señor Andrés, me he permitido traerle también a usted su comida a la tolda... si le parece bien.

-Mientras se lo parezca al Maese yo no tengo ningún inconveniente y de paso me evitas la enojosa cola.

-Entonces cuente con ello.

Juntos regresaron a la tolda. Las conversaciones con este oficial, apenas cuatro años mayor que él, pero a la edad que tenían ambos entonces, trece y diecisiete años, era una diferencia abismal, podían ser más interesantes que con Rodrigo. Aunque pensaba compatibilizar ambas. De momento ya había roto el hielo y podía abordarlo en el momento que creyese oportuno sin el sentimiento de poder ser rechazado.

XXXXX  
XXX  
X

Esteban se tomó un ligero descanso a primera horas de la tarde que pronto se tornó en una reparadora siesta.

Elcano sabía que el viaje sería largo y penoso y no quería desgastar en exceso a la tripulación. Existían capitanes que consideraban que un marinero ocioso era un peligro y los mantenían permanentemente en activo aunque solo fuese baldeando la cubierta a todas horas.

A él solo le interesaba que respondiesen inmediatamente a sus órdenes y no les importara levantarse sin rechistar a las cuatro de la madrugada, porque el viento a cambiado y hay que arriar o izar las velas del bonete. Permitiéndoles esas siestas o momentos de ocio siempre los tenía contentos, descansados y dispuestos a cumplir sus ordenes en cualquier momento.

Observo que el de Triana estaba disfrutando del timón, atento a la aguja de marear para no perder el rumbo y darle la vuelta al reloj de arena cuando llegase el momento. Navegando en solitario todas esas medidas eran imprescindibles, pero yendo en grupo muchos pasaban de tomarlas y se limitaban a seguir a las otras naos. En este caso el Sancti Espiritu iba en cabeza y tenía que tomar las máximas precauciones. Todas las restantes naves lo seguían, excepto el Patache de Santiago Guevara, que igual se lanzaba hacia adelante en descubierta para advertir a la flota de cualquier peligro, como regresaba airoso cortando el mar su proa como un cuchillo afilado, advirtiendo a la flota que todo marchaba bien. Ese era el motivo por el que Rodrigo tenía que seguir escrupulosamente todas las normas de navegación.

Vio que Urdaneta estaba solo en la tolda y decidió abordarlo. Paseaba nerviosamente y miraba continuamente tanto el cielo como la mar.

-¿Molesto? -preguntó mientras subía tímidamente a la tolda por la escalerilla de la derecha. De haber contestado afirmativamente hubiese continuado hasta la toldilla, para imitarlo sin incordiar.

Pero Andes lo recibieron con una sonrisa. Todo marchaba viento en popa y cuando los restantes oficiales habían delegado en su persona y lo habían dejado solo, es porque no preveían un cambio drástico en las condiciones atmosféricas.

-No. Esteban. Me vendrá bien un poco de conversación.

-Parece el Maestre de la nave.

-Todavía no llego a tanto pero voy avanzando en mi enseñanza. El capitán me ha nombrado ayudante del piloto y eso a mi edad representa un gran honor para mí, aunque reconozco que todavía me queda mucho por aprender. Rodrigo es el mejor complemento para un piloto, de hecho lo es aunque no quiera ejercer como tal. Perfectamente podría estar la nave a sus órdenes. Si el Maese me ha dejado solo es porque confía ciegamente con él.

-¿Cuál es la función de un piloto? -preguntó poniendo a su vez en funcionamiento la esponja de cerebro que tenía y lo absorbía todo.

-El piloto es el encargado de dirigir la nave. Controlar la dirección del viento para aprovecharlo en toda su intensidad, vigilar en las zonas peligrosas para que la nao no encalle en algún bajío y mil cosas más que todavía no he tenido tiempo de aprender.

-¿Por qué mirabas el cielo?

-El mar y el cielo te dicen todo. Hay que saber interpretar las nubes, según su forma y el reflejo que el sol ejerce sobre ellas, te informan, por ejemplo, si habrá viento próximamente, el color del mar y las nubecillas blancas que levantas las pequeñas olas en la lejanía te advierte que allí si esta soplando y a donde puedes dirigirte a buscarlo si estas en plena calma chicha. En fin mil cosas que quizás en pocos años pueda enseñarte, pero ahora todavía no estoy en condiciones de hacerlo.

El tema por otra parte parecía agotado y poco más quedaba por decir, pero era pronto, estaban solos y aparentemente a gusto los dos, por lo que la conversación derivó por otros derroteros.

Le contó a su nuevo amigo su breve vida, guardándose los asuntos escabrosos y limitándose a decir que sus padres habían muerto y que durante años estuvo al cuidado de una tía, concretamente desde los dos años. Y que gracias al Señor de Loaisa, que habitó durante su estancia en la Coruña,

la casa en donde servía su tía estaba él aquí. Lógicamente ocultó sus desamores con Lucía que en definitiva eran los que habían provocado esta situación.

El truco le dio resultado pues en reciprocidad Andrés abrió su corazón aunque este parecía no tener nada que ocultar.

Urdaneta nació a finales de 1507 o principios de 1508, ni él tenía este punto demasiado claro.

-Mi madre, Gracia de Cerain asegura que nació, como no podía ser de otra forma, el mismo día de la navidad. Pero si preguntas a mi padre, Juan de Ochoa de Urdaneta, no nació hasta después del día de Reyes que fue el día en que me bautizaron. Vi la luz por primera vez en Villafranca de Oria en donde mi padre residía por aquel entonces y fue su alcalde poco después. Era también un comerciante adinerado y no pasé ninguna privación. Realice en mi juventud estudios de filosofía y teología, porque mi madre se empeñaba en que fuese sacerdote, pero en realidad yo estaba atraído por la carrera de las armas, especialmente en la marina. Por eso realice un cambio sustancial en mis estudios y a fuer que me costó convencerlos. Estudié desde entonces matemáticas y astronomía. En ello estaba cuando me enteré que Juan Sebastián Elcano, estaba preparando una expedición a las Islas Molucas y no dudé ni un momento en marchar a Guetaria para pedirle me llevase con él. Juan no es gente que admita inepto por muy recomendados que estén. He de reconocer que sufrí un examen riguroso, y que coste que no quiero resultar pretencioso con ello, y solo al superarlo logre me admitiese como ayudante suyo.

Andrés pareció descansar cuando soltó a pequeños flases lo que había sido su vida. Se sentía un poco avergonzado por si su narración hubiese resultado un poco pretenciosa. Pero verdaderamente esa había sido su vida a grandes rasgos, hasta entonces, y no descartaba en el futuro hacer caso a su madre y profesar la vida monacal. A menos que alguna hembra le convenciese de lo contrario, pero eso de momento no había ocurrido.

XXXXX  
XXX  
X

Día 27 de Julio de 1525

A bordo de la Santa María de la Victoria

Durante esa jornada la flota continuó con el rumbo sur suroeste del día anterior. En la pesada del sol tomada esa misma mañana, al mediodía, se anotó en el cuaderno de bitácora que estábamos a 39° y medio, por lo que debían estar cerca de las Islas Berlanguas.

Desde la tolda de la Santa María de la Victoria, Loaisa miraba hacia el éste por la amura de estribor esperando contemplarlas de un momento a otro. Cosa harto improbable pues según la estimación que le habían dado pasarían a unas ocho leguas al oeste de las mismas. Las Berlanguas son tres islas: la Berlanga grande, la Estela y la Forcada, Pertenecen a Portugal aunque se encontraban deshabitadas. Era muy arriesgado habitarlas en una época en que los piratas berberiscos campaban a sus anchas por el mediterráneo y el atlántico próximo, especialmente por el mal llamado golfo de las Yeguas que no era otro que el Cádiz.

Tenía noticias que hacía apenas doce años la reina Leonor de Portugal fundó un monasterio de los Jerónimos con el objeto de ofrecer ayuda a los navegantes y naufragos. Sin embargo los frecuentes ataques de corsarios marroquíes, argelinos, franceses e ingleses, que frecuentemente desembarcaban únicamente para hacer aguada, pues no existía otra riqueza sobre su superficie, hacían la vida allí imposible. Aparte que las inclemencias del tiempo hacían que frecuentemente estuviese incomunicada.

Miró Loaisa por enésima vez al éste y solo vio una intensa bruma que impedía toda visión. No tenía nada que hacer en la tolda por lo que decidió pasar a su cámara para continuar resolviendo la infinidad de documentos, pendientes de atención, que esperaban su turno encima de la mesa.

Uno, sobre todo, le causaban una sensación de desazón terrible en el estomago. Estaba retrasando su apertura porque no ignoraba que eran malas noticias y estaba posponiéndolas como si por ello pudiese evitarlas.

Todo ocurrió apenas una par de horas antes de la partida, el pasado 24 de julio, en el puerto de la Coruña. Un esquife se acercó a la Santa María de la Victoria. Un hombre, bien trajeado, subió a bordo y requirió su presencia, pues solo podía entregar la documentación que portaba personalmente. Eran un pliego grande y otro más pequeño, ambos perfectamente lacrados, y que al verlo se dirigió inmediatamente hacia él, pues con toda seguridad lo conocía. Aunque Loaisa no recordaba haberlo visto nunca. Hizo una reverencia ante su persona y le entregó la documentación.

-Su excelencia ruega leáis primero el contenido del pliego pequeño y posteriormente hagáis la lectura del otro cuando ya os encontréis en alta mar.

-¿Quién os envía?

-Mi Señor me recomienda máxima prudencia – respondió mirando a su alrededor y comprobando que la mayoría de los presente estaban pendientes de sus palabras – mejor esperar a su lectura que os aclarará cualquier duda.

Cuando el mensajero partió de vuelta al esquife se introdujo en su cámara y después de dejar el legajo grande sobre su mesa, procedió a abrir el pequeño con todo el ceremonial posible.

Lo primero que miró fue la firma y le tranquilizó ver que procedía del mismísimo Duque de Alba. Era una carta personal en la que entre otras cosas lo felicitaba por el cargo obtenido, pero le advertía que había llegado a su conocimiento noticias que pudiesen perjudicarlo y que: “después de sopesar la lealtad al emperador y la amistad que nos une, he decidido advertirte”. Para terminar pidiendo: “destruye este documento en cuanto lo leas y el otro reserva su lectura a cuando estés en alta mar, pues no sería deseable se filtrara su contenido antes de vuestra partida”. Terminaba con un: “lógicamente también debéis destruir el otro con posterioridad a su lectura, para que no quede ninguna constancia de él”

El primer documento ya hacía días que sus cenizas reposaban en el fondo de la bahía de La Coruña. Consideraba que ya había llegado el momento de abrir el segundo, para tomar nota men-

talmente de su contenido y siguiese el mismo camino.

Lo abrió incluso más ceremoniosamente que el primero. Leyó el escrito en primera instancia rápidamente para enterarse de su contenido, que lo tenía en ascuas, y no pudo negar que los pelos se le pusieron como escarpas. Posteriormente procedió a su lectura más serenamente para poder sacar conclusiones.

Tenía claro que el Emperador Carlos era, como solía decir un amigo valenciano, “culo de mal sosiego”. Que más o menos, y concretamente en este caso, significaba que no se detenía incluso cuando tuviese una situación aparentemente controlada.

El emperador, después del sorprendente regreso de los supervivientes de la expedición de Magallanes, inmediatamente organizó otra, la de Niño, de la que no se sabía nada, pero todos se mostraban pesimistas sobre el posible éxito de la misma.

Ahora, sin el tiempo prudente de espera cumplido, se había programado la suya y la carta que terminaba de leer del Duque de Alba le anunciaba: “que paralelamente había proyectado otra”

¡No se lo podía creer! Desde luego él partía con una cierta ventaja en el tiempo pues ya se encontraba navegando y los otros por muy pronto que partiesen no lo harían hasta Octubre. Tres meses consideraba era una ventaja suficiente pero que se desharía como la miel en agua caliente con la menor incidencia que tuviesen y ya contaba con que tendría bastantes.

Según el escrito, y Jofre quiso extraerlo mentalmente para recordarlo antes de proceder a su destrucción. Francisco de Lizauz, personaje influyente ante el Rey, lo convenció para que organizase una armada con destino a las Islas del Maluco, para lo que estaba dispuesto a poner personas y dinero.

El tal Lizauz era un personaje que no carecía de relaciones en la corte. Fue secretario de Ovando y gracias al conocimiento que este cargo le proporcionaba, hizo una relación de todas las cosas que podían pedirse al Rey para salir beneficiado. No era un aventurero y mucho menos un hombre de armas. Podíamos considerarlo un agente administrativo, pues lo que solicitaba no lo era para él, sino para una tercera persona que en este caso no era otro que Sebastián Caboto.

Bien fuera por la recomendación de Lizauz, o sin ella, lo cierto es que Caboto logró firmar con Carlos I las capitulaciones que anhelaba. ¡Y todo ello en Marzo de este mismo año, incluso antes de las firmadas por él! En cierta forma se sentía traicionado por el emperador aunque en este aspecto no podía hacer nada. Parecía incluso que la alternativa era él y que solo representaba a un personaje secundario. Lo único que lo gratificaba era que la organización de su expedición transcurrió sin ningún traspie y la de Caboto salía de un problema para meterse en otro. Y eso solo podía ocurrir porque la mano del emperador estaba detrás para beneficiarlo. Se lamentaba haber dudado de él.

Lo único que estaba sacando claro de todo este enojoso asunto era que el rey quería certificar el éxito de la operación, jugando dos partidas a la vez, para asegurarse el éxito por lo menos en una de ella.

Se le ofrecía a Caboto la posibilidad de ir por lo menos con tres naves, que no bajasen de las cien toneles cada una de ellas, por el estrecho de Magallanes y “las otras islas e tierras de Tarsis e Ofir y el Catayo oriental o a cualquiera de ellas que hallase, y cargar allí, oro, plata, piedras preciosas, perlas, droguería, especiería, sedas, brocados y otras mercancías de valor, así en las dichas islas como en cualquier otra isla que encontrase.”

En este aspecto se le daba casi carta blanca para lograr sus objetivos. Las tres naves, o más, debían de estar abastecidas de armas, artillería y municiones y con un mantenimiento necesario para dos años y para ciento cincuenta personas que era el mínimo que se consideraba necesario para tripularlas.

El Rey participaba con 4000 ducados de oro en la expedición que era el coste de las tres naves aderezadas y armadas, aunque le abría la posibilidad de buscar otros armadores, para incrementar la flota. Los posibles beneficios se repartirían proporcionalmente a la aportación de cada uno.

Loaiza consideró que allí residía su ventaja. Pues no era lo mismo tenerlo todo prácticamente hecho como él, que ir buscando inversores para un proyecto, que salvo el emperador, pocos confiaban. Aunque los beneficios, de obtenerse, serían considerables.

Por lo menos tuvo la consideración de ordenar que esta saliera desde Sevilla para que no coincidiesen ambas en el mismo puerto. Saltándose el pretexto, que le habían dado a él, que el motivo de que partiesen de La Coruña era para separar los negocios de las islas del Mar de Sur (La Coruña) con los del Caribe (Sevilla).

Caboto se había comprometido a partir durante el mes de Agosto o como máximo a mediados de septiembre, que era aproximadamente seis meses después de firmar las capitulaciones el cuatro de marzo. Eso significaba un mes, o poco más, de ventaja como máximo, que en la práctica era casi nada. Aunque también tenía que reconocer que era mejor tener, la ventaja, que parecerla. Por otra parte el mismo Duque de Alba intentaba tranquilizarlo asegurándole que la salida no sería antes de mediado de octubre, pero no podía fiarse.

Posteriormente establecían una serie de condiciones como por ejemplo: “la de no tocar tierra asignada a Portugal en la línea de demarcación”. Cosa casi imposible de cumplir. Por qué... ¿dónde terminaba esa línea si todavía no se habían puesto de acuerdo con la de partida?

Loaiza recordaba que el famoso tratado de Tordesillas decía claramente que la línea de demarcación estaría 370 millas al oeste de las islas de Cabo Verde. Pero Cabo Verde no es una isla, sino un archipiélago, y no se ponían de acuerdo si contar desde la primera o desde la postrera isla. O en todo caso para ser más justos desde una isla intermedia.

Los expertos consideraban que las Molucas estaban tan cerca de esa línea de demarcación que posiblemente pasara entre ellas y esa era en definitiva la gran duda que embargaba a los portugueses, ya que por unas millas a la derecha o a la izquierda, en el punto de partida, pudiesen perderlas. Por ese motivo, ante la duda que les embargaba, se negaban a rubricar el acuerdo.

Esas eran las razones que puso Caboto sobre la mesa ante el emperador, y que en definitiva casi le obligaron a concederle su petición.

Pero lo que más molestaba a Loaiza era que además le permitiese disgregar su expedición, pues una vez cruzado el estrecho de Magallanes, podía si quisiese, enviar una carabela o nao de las que llevase: “por la parte de tierra firme, a la parte del sur en donde Pedrerías Dávila está presente, hasta donde vos pareciese que conviene, lo podéis hacer, así en dicha costa como en las islas que hallareis descubiertas o estuviesen por descubrir, hasta el día de la fecha de esta capitulación”. Esa era una opción que en ningún caso se le había ofrecido a él. Y por otra parte le intrigaba lo que podía encontrar Caboto en esa zona, inexplorada hasta el presente, pues tenía claro que esa capitulación se había incluido a petición suya.

Pensó seriamente, si ganaba la carrera de llegar primero al Mar del Sur, en enviar una de sus naves para explorar dicha zona. Se trataba de toda la costa occidental del sur del nuevo continente hasta llegar al istmo de Panamá en donde se encontraba el tal Pedrerías que ya se sabía había encontrado oro en abundancia en esa zona. Tal vez todas esas tierras, todavía por descubrir, estuviesen llenas del preciado metal.

Meditó sobre el tema, abandonando de momento la preocupación que le causaba el escrito que tenía entre manos.

Posiblemente la nave menos preparada para hacer frente al gran océano fuese el Patache Santiago, comandado por Guevara que era a su vez cuñado de Elcano, su hombre de confianza en la expedición.

Sin que se enterasen los restantes capitanes, y en el momento en que pudiesen, los tres se reunirían sin mucho escándalo y plantearía esa posibilidad para ver si era aceptada, lo que no le cabía la menor duda, máximo conociendo lo que él sabía.

Posteriormente se contemplaban algunas que otras ventajas para Caboto, como la posibilidad de

que la escuadra pudiese admitir como armadores o mercaderes a personas extranjeras, pero eso en si constituía un inconveniente más que una ventaja, pues él no tenía necesidad de ello.

Las otras posibles ventajas que se contemplaban en las estipulaciones era la de poder contratar extranjeros entre los tripulantes, excepto franceses, ya que estábamos en guerra con ellos y que los sueldos que cobrarían serían inferiores a los de ellos. Lógicamente todos estos detalles no le importaban lo más mínimo.

De todo lo que había leído, lo único que le preocupaba era tener un competidor directo en esta aventura, que no solo le pudiese arrebatarse la gloria sino también el oro que le pudiesen proporcionar los nuevos territorios.

La parte oriental del sur del nuevo continente era más o menos conocida, pero la occidental (que abarcaba todo lo que actualmente conocemos como Perú y Chile) era una completa incógnita. Resultaba interesante que una nave recorriese todos esos lugares, hasta contactar con Pedrerías en Panamá y pasar los oportunos informes.

Toda la parte oriental del nuevo continente, que algunos ya comenzaba a denominar América, estaba prácticamente toda ella explorada desde la península de Labrador hasta el estrecho de Magallanes y no se había descubierto ningún paso que permitiese atravesarlo navegando que no fuese el susodicho de Magallanes. Sin embargo cabía la posibilidad de que ese paso existiese y fuese más fácil encontrarlo por el otro lado.

Todo ello no eran simples especulaciones, sino hechos comprobados. Poco antes de partir desde la Coruña llegó Esteban Gómez, que trajo la noticia que desde la península de Labrador hasta la de Florida, no había logrado descubrir ningún estrecho que permitiese el paso por esa región. Más al norte el hielo existente hacía que cualquier otro paso que hubiese fuese impracticable.

La única posibilidad que quedaba, pensó Loaisa, era intentarlo de nuevo por el estrecho de Magallanes. Porque tratar de imitar a Niño en Panamá era una auténtica locura.

XXXXXX  
XXX  
X



Días 28 y 29 de Julio.  
A bordo del Sancti Espiritu

El día 28 tomaron rumbo suroeste que mantuvieron hasta el 31. Pero durante esos días tenían que pasar muchas cosas, entre ellas el avistamiento de la Isla de Madeira. Pero no adelantemos acontecimientos. En la pesada del sol de ese día, Urdaneta le informó que estaban en la latitud de 36° y algunos minutos, por lo que según sus cálculos avanzaban un par de grados cada jornada, es decir treinta y cinco leguas que no estaba nada mal.

Por la tarde vio a Urdaneta sentado en la tordilla, apoyada su espalda en la baranda y leyendo tranquilamente un libro.

Abajo en la tolda, Martin, el hermano de Elcano, ejercía su función de piloto, aunque sin mucho interés, aunque solo fuese de forma aparentemente, ya que todo parecía ir viento en popa y nunca mejor dicho.

Esteban se dirigió hasta allí y ya en la tolda con una mirada solicitó a Martin permiso para continuar hasta la toldilla. Este displicente se lo concedió con un gesto de la cabeza y una sonrisa en sus labios. Tenía claro que todos los hermanos estaban hechos de la misma pasta. Se congratulaba de poder servir en una nave con esos mandos.

Urdaneta lo recibió con un gesto de alegría y lo invitó a sentarse en el suelo a su lado.

-Sera solo un rato – le advirtió – esta noche Rodrigo piensa realizar otra vez su guardia durante el cuarto de modorra y me gustaría acompañarlo. ¿Qué estás leyendo?

-Es un libro de Plinio el Viejo que me ha prestado Juan. ¡Tiene la cámara llena de libros; Sobre todo de náutica. Me los ha ofrecido para que los lea – le dijo emocionado – por largo que sea este viaje creo que no me dará tiempo a leerlos todos. Por otra parte se ha ofrecido a darme clases de cosmografía astronómica.

Esteban lo miraba con una clara cara de envidia. ¡Que hubiese dado por compartir las clases con Urdaneta!

-Qué suerte tienes – se limitó a comentar el muchacho.

-También tiene un legajo que contiene varios documentos sueltos. Todos ellos referidos a cuestiones náuticas. ¡El más interesante es este; Parece que se trata de un interrogatorio, en algún juicio, sobre un suceso en concreto. Pero por mucho que lo leo y trato de sacar sus entresijos no logro averiguarlo. Pero dice cosas muy interesantes. ¡Míralo!

Los dos muchachos unieron sus cabezas para poder leerlo al unisonó. Esteban apenas podía seguir el ritmo de su amigo que lo leía a media voz. Finalmente desistió de su lectura y se limitó a escucharlo.

“Aquí habremos de filosofar un poco. Beatísimo Padre. Y pasar de la cosmografía a las causas de los Arcanos de la naturaleza. Todos confiesan unánimes que allí los mares corren hacia occidente, como los torrentes de las montañas. Por eso yo estoy en confusión sobre donde se dirigen aquellas aguas que, con perpetuo rodeo, corren del Oriente como huyendo hacia el Occidente, de nunca han de volver, y cómo ni por eso se llena mas el Occidente ni el Oriente se vacía. Si dijéramos que se encamina hacia el centro, según la ley de los graves, y pretendemos que el centro es la línea equinoccial, como dicen muchos, ¿Qué centro hay capaz de tanta y tanta agua? ¿O que circunferencia se encuentra bañada? Los que han recorrido aquella costa no dan ninguna explicación que sea verosímil

Piensen la mayor parte que hay inmensos tragaderos en el cabo final de aquel gran territorio, que dijimos es ocho veces mayor que Italia, al occidente de la Isla de Cuba los cuales absorban aquellas aguas y desde allí las arrojen hacia occidente, para que vuelvan a nuestro oriente; otros dicen que al septentrión. Algunos quieren que esté cerrado aquel seno del gran territorio, y que tiende hacia el septentrión a espaldas de Cuba, de modo que estreche las tierras septentrionales rodeadas por el mar glacial, y estén contiguas todas aquellas playas; por lo cual supone que, oponiéndose al gran

territorio, hace girar a aquellas aguas, como se puede ver en los ríos cuando se les ponen enfrente las revueltas de las orillas.”

Allí parecía terminar el escrito, por lo menos en aquella cara del papel. Esteban trato de hacer alguna pregunta para aclarar algunos conceptos que no tenía claro, pero Urdaneta con la mano hizo un gesto a la vez que le pedía paciencia.

-Aun no he terminado – le dijo mientras daba la vuelta al papel - ¡Aun hay mas; Si te parece lo terminamos de leer y luego lo comentamos. – Esteban aceptó con un gesto afirmativo de su cabeza.

“De la tercera pregunta dixo (sic) que lo que della (sic) sabe es que la dicha navegación para la dicha isla del Moluco dende (sic) estos reinos por el estrecho de Magallanes es muy peligrosa, , è que las armadas que han partido de estos reinos para las dichas islas del Maluco que fueron por el dicho estrecho de Magallanes no ha vuelto ninguna dellas a estos reinos, salvo la dicha nao (la Victoria) que vino con el dicho clavo a esta misma cibdad (sic), fue que vino por el cabo de Buena Esperanza, è que ninguna persona que haya ido por el dicho Estrecho a las dichas islas de Maluco haya vuelto por el mismo Estrecho, è lo sabe porque este testigo tiene experiencia de toda la navegación pata (sic) las dichas partes, y lo que este testigo sabe y ha visto y ha oído decir es que todos los navíos que han partido para las dichas islas del Maluco, ninguna ha vuelto, salvo la que vino por el Cabo de Buena Esperanza, porque si hubiesen vuelto este testigo lo hubiese visto é sabido, e así es público y notorio...”

Esteban todavía estaba asimilando el contenido de la última parte de la lectura, a la vez que rumiaba las preguntas que tenía que hacer a su interlocutor. Por suerte no había prestado la debida atención al párrafo “que este testigo sabe y ha visto y ha oído decir es que todos los navíos que han partido para las dichas islas del Maluco, ninguna ha vuelto,” porque probablemente se hubiese ensuciado los calzones.

-¿Qué quiere decir todo esto? – preguntó un Esteban que no había comprendido muy bien su contenido y no quiso inquirir por un tema en concreto y lo hizo en su conjunto.

-Quiere decir, refiriéndonos exclusivamente a la primera parte del escrito, que toda agua que lleva un rio va a parar al mar. Ese concepto lo tenemos claro. ¿Verdad? – Esteban asintió con la cabeza - Pero yo me pregunto ¿Dónde va a parar las corrientes de aguas marinas que arrastran las naves a su destino?

-¿No lo hace el viento?

-Ayuda. Y mucho. Pero ambas suelen ir al unisonó...

-No sé si te entiendo.

Andrés se preparó como si fuese a impartir una lección magistral. Guardó cierta distancia con su compañero, lo que no había ocurrido hasta entonces, porque desea expresarse no solo oralmente sino también con gestos de sus manos y convirtiendo la toldilla en un improvisado océano.

-¡Mira; Creo que en el mar hay caminos como los que puedan haber en la tierra. Lo malo es que no se aprecian a simple vista como en tierra podemos contemplar una calzada romana, pero de haberlos ahílos. Hay unos con dos direcciones y otros con solo una. La diferencia entre ambas es que en las primeras solo existen vientos, que pueden ser favorables o no a tus deseos, pero que solo tienes que apartarte un poco para encontrar los propicios – lanzó un suspiro para continuar seguidamente -En los otros lo que mandan son las corrientes marinas que te arrastran como si navegases sobre un rio con dirección al mar. Hacerlo a contracorriente, aun con vientos favorables, que generalmente no existe pues corrientes y vientos en la mayoría de las veces se complementan, es imposible.

Otra vez se detuvo para tomas aliento y de paso ordenar sus ideas. Ocasión que aprovecho Esteban para meter baza.

-¿Estás seguro de ello? – pues no podía creer que en agua sobre agua se pudiese formar un rio.

-Yo no estoy cierto de nada. Simplemente lo supongo. Pero este escrito lo confirma y parece darme la razón. Pero continuemos y trata de interrumpirme lo menos posible pues me cortas el hilo y

luego ya no sé por dónde continuar.- volvió a hacer otra pausa que esta vez no fue interrumpida y continuó – Como iba diciendo. Los portugueses cuando exploraron las costas occidentales de África navegaron siempre hacia el sur hasta que el miedo, como a todo marino prudente, les pudo. Fundaban un asentamiento en la zona y regresaban a Portugal sin problemas. La siguiente expedición lógicamente marchó más confiada. Conocían el camino y al final tenían un fuerte para refugiarse o abastecerse si las cosas pintaban bastos. De esta forma se atrevieron a recorrer unas leguas más al sur y con el tiempo y después de varias expediciones llegaron hasta el Cabo de Buena Esperanza, en donde ya encontraron el camino libre para llegar a las islas de las especias. Los españoles por nuestra parte hemos bajado desde el Caribe hasta el Río de la Plata y también hemos podido regresar sin problemas hacia el norte. Eso quiere decir que en ambos continentes que cierran el océano atlántico se puede costear sin problemas, simplemente porque existe un camino de dos direcciones.

Esteban estaba asombrado de la sapiencia de su amigo y absorbía toda la información que le facilitaba con ansia y la juzgaba verdadera. De ello no le cabía la menor duda. A pesar de la pausa no osó interrumpirlo.

-¿Quieres que te traiga un cacillo de agua?

-Te lo agradecería.

Bajo a la tolda y llenó un cazo en un barreño repleto de agua que allí se encontraba a disposición de los oficiales. Por suerte la próxima llegada a las Islas canarias, en donde la flota se reabastecería, no daba lugar a racionamiento alguno y por lo menos el agua era de libre disposición. El piloto estaba absorto contemplando el combes desde la barandilla y no se dio cuenta de su presencia.

Subió tan sigilosamente como había bajado y le ofreció el cazo a Andrés que apuró su contenido en un santiamén, reservándose únicamente un par de sorbos para más tarde.

-Colon – continuó – no sé si lo sabes, lo presentía o simplemente tuvo suerte. Apenas partió de las Canarias puso rumbo oeste, se dejó llevar por la corriente, y finalmente llegó al Caribe. Después a la vuelta, en vez de regresar por el mismo sitio, puso rumbo al norte para volver por la ruta de las Azores.

-¿Crees que se dio cuenta que estaba en un río y no quiso volver a contracorriente? – osó interrumpirlo para además dar muestras de su capacidad e interés por participar en la conversación.

-Con toda seguridad. Sin viento a favor una nave no avanza, pero si continua haciéndolo en plana calma es porque existe una fuerza en la mar que la desplaza hasta su destino. En diversos momentos de su viaje de ida pudo comprobarlo y por eso ni siquiera lo intentó. Sabía de antemano que no lo conseguiría. Está claro que las aguas de ese río, o mejor llamarla corriente marina, corren continuamente formando un círculo, ligeramente ovalado, que trascurre eternamente y nunca se detiene. Por ese motivo el agua no tiene que acumularse en un sitio en concreto porque viaja constantemente.

-¿Entonces solo se puede viajar en ese círculo y únicamente se sale para quedarse en un lugar en particular? – aseguró más que preguntó Esteban.

-Básicamente es así, o por lo menos de esa forma lo veo yo. Eso es lo que antes llamamos el camino de una sola dirección. Pero no son los únicos, pues fuera de esas corrientes marinas y las que hemos mencionado antes paralelas a la costa de África y del nuevo Continente. Existen unas que conocemos y otras pendientes de descubrir. Uno de esos viajeros portugueses que exploraron las costas africanas, Cabral creo recordar que se llamaba, tuvo la desgracia de que una tormenta lo sorprendiera y la suerte de que lo lanzase sobre las costas del nuevo continente, precisamente en el lugar en que ambos están más próximos. Se felicitó por ello, tomó nota de su descubrimiento, pero como su objetivo no era ese, solo pensó en regresar a su ruta original. Volver por la ya conocida era una barbaridad, primero por la pérdida de tiempo que representaba nortear hasta el Caribe y regresar por las Azores. Y segundo porque podía ser capturado por los españoles al haber invadido su zona y no verían con buenos ojos su presencia allí. Finalmente optó por jugársela. Puso rumbo sureste y regreso a las costas africanas, para continuar su camino.

-¿Fue cuestión de suerte?

-Probablemente no. En el sur no hay corrientes y es un camino de doble dirección. Ese viaje nos enseña dos cosas. Primera que al ir nosotros al Río de la Plata, cuando lleguemos a las Canarias no debemos poner rumbo oeste pues nos llevaría irremediablemente al Caribe. Debemos por lo tanto navegar rumbo sur, hasta por lo menos el Golfo de Guinea y allí, siguiendo la ruta de Cabral, aunque a ser posible sin tormentas de por en medio, alcanzar el nuevo continente.

Andrés se detuvo para tomar otro sorbo de agua y de paso recuperar un poco el resuello. Reconocía que hasta entonces nunca tuvo la oportunidad de hablar durante tanto tiempo, pero estaba disfrutando de ello. Y no se detendría hasta que su reducida audiencia desapareciera. Aunque por el interés que ponía su interlocutor daba la impresión que no iba a ser nunca.

-¿Y la segunda? – pregunto ansioso Esteban.

-La segunda es que si tenemos la suerte de completar nuestro viaje y poder regresar por la ruta del Mar del Sur y atravesamos de nuevo el Estrecho de Magallanes en sentido contrario, no precisamos nortear para seguir la ruta de Colon, sino atravesar el atlántico por el sur, como ha demostrado Cabral que se puede hacer. Recientemente he sabido por Elcano que un tal Esteban Gómez partió de España hacia Terranova y luego descendió hasta la Florida. No es una novedad pues sé que los balleneros Vascos acuden y vuelven de esas aguas con frecuencia. También lo hizo en su tiempo Juan Caboto al servicio de Inglaterra y se dice que hasta los Vikingos llegaron a esas tierras en la antigüedad. Aunque con los barcos que tripulaban cuesta de creer. Lo único que tenemos claro es que el atlántico no guarda ningún secreto para nosotros. Otra cosa en el Mar del Sur que resulta una verdadera incógnita. Pero si hay una corriente de ida, como parece estar demostrado, seguro que existe otra de vuelta aunque nadie hasta el presente la haya encontrado. Lo único cierto es que nadie ha vuelto por ese camino. Elcano regresó por el Cabo de Buena Esperanza, con la nao Victoria. Pero allí quedo la Trinidad que según me ha confesado el mismo Maestre, al no encontrarse en un estado idóneo para la aventura, pensaba regresar en un tornaviaje hasta las costas de Nueva España. No existen noticias de que lo hayan conseguido. Y lo más probable es que tuviesen que regresar, han perecido en el intento o se encuentran abandonados en alguna isla perdida de las que existen en medio del océano. Esperemos que sea lo primero y los encontremos vivos a nuestra llegada al Maluco.

El tañido de la campana de bitácora tocando a fajina interrumpió una vez más la conversación y pareció sacar a Esteban de su éxtasis. Dejó a su acompañante prácticamente con la palabra en la boca y después de ofrecer una breve disculpa, salió disparado hacia el fogón, aunque aun le pareció escuchar la voz de su amigo anunciando “Si el tornaviaje es posible, yo lo encontraré.”

XXXXX  
XXX  
X

Día 31 de Julio de 1525

A treinta y dos leguas de la isla de Madeira.

Ese día pesaron el sol y anotaron 33º latitud norte, con viento nornordeste y buena marcha. Desde su salida de La Coruña habían recorrido diez grados de latitud lo que representaba 175 leguas. Más si contamos que la trayectoria era oblicua, con tendencia a ir al suroeste. En las clases de geometría aprendidas en la casa del Marqués de las Dunas, la hipotenusa era siempre mayor que cualquiera de los dos catetos y las 175 leguas correspondían al mayor de ellos.

Pero eso en realidad carecía de importancia. Lo único cierto es que pasarían o estarían pasando a treinta y dos leguas al oeste de la isla de Madeira y que por lo tanto no las verían. Hablaba en plural porque en realidad no sabía si era un archipiélago o una sola isla. Aunque en el caso de ser una sola siempre tendría unos islotes aislados de escasa importancia a su alrededor. Lo único cierto, según le había comentado Andrés es que pasarían a una distancia que le impediría verla. ¡Viajar para qué! Comentó para sus adentros.

Sabía que la flota tenía que esquivar las posesiones portuguesas, para evitar posibles altercados, pero a Esteban le pareció que se lo estaban tomando demasiado a pecho.

También le extrañó que se hubieran adentrado tanto en la mar después de abandonar la costa portuguesa al internarse en el Golfo de Cádiz o de las Yeguas como se empeñaban en llamarlo los marineros.

Preguntó a Rodrigo y se limitó a decirle que el rumbo era el correcto y que si había tomado el capitán esa determinación era para aprovechar mejor los vientos o posiblemente para evitar a los piratas berberisco.

No añadió nada más y lo único que consiguió fue dejar en ascuas y preocupado a nuestro amigo.

Intentó posteriormente requerir más información sobre el tema a Urdaneta, pero este reconoció su ignorancia en ese aspecto, aparte de no interesarle demasiado hablar sobre una cuestión que él consideraba menor.

¡Que te ataquen los piratas era una cuestión menor!

Por la tarde vio descender de la cofa al enano Bellido y decidió entablar conversación con él apartando un encuentro casual. Bellido era un ser muy retraído, continuamente ensimismado en sus pensamientos y desde luego enemigo de participar en las timbas, juergas o tertulias de los demás marineros. Aunque eso no quería decir que lo rechazasen. Ya que valoraban su trabajo en la nao, llegando por las gavias a lugares que estaban vedados para los otros.

En principio se extrañó que el muchacho le dirigiese la palabra, pero como le pareció simpático y agradable, y era sin duda un protegido del Capitán, del nuevo oficial y sobre todo de Rodrigo, no tuvo ningún inconveniente en entablar conversación con él.

-¿Conoces a los piratas berberiscos?

El enano se extrañó que por allí fuesen los tiros. Sencillamente no lo esperaba y en cierta forma le resultaba desagradable entablar esa conversación pues le traía malos recuerdos que hubiese preferido olvidar.

-¿De los moros de Salé? ¿Qué quieres saber de ellos?

-Nada en concreto. Rodrigo me ha comentado que pronto pasaremos por sus costas y quisiera conocer más detalles sobre ellos.

-Gente muy mala. Mejor no toparse con ellos.

-¿Corremos peligro?

-No – respondió tajantemente – hace días que navegamos sureste y cada legua que recorremos nos alejamos un poco más de ellos. No suelen alejarse tanto de la costa...

A Esteban le pareció que el enano no parecía excesivamente interesado en hablar de esa cuestión y dejó de presionarlo. Guardó silencio, dispuesto a marcharse si su interlocutor no reaccionaba y reanudaba la conversación por su cuenta y riesgo.

-... yo fui un esclavo de ellos... - rompió su silencio con voz entrecortada.

Eso era más de lo que podía esperar el paje. Ahora si estaba verdaderamente interesado y dispuesto a soportar carros y carretas antes de rendirse.

-¡No me digas; ¿Cómo ocurrió? - preguntó sorprendido y exaltado

-Ya hace mucho tiempo vivía en un pueblo de pescadores sito en las costas de Málaga. Poca gente. Apenas lo habitábamos una treintena de personas - hablaba con frases cortas según acudían los recuerdos a su mente - Nos sorprendieron por la noche, mientras dormíamos. A los hombres que se resistieron los mataron a todos. No dieron cuartel. Daba igual. Porque después asesinaron a los tres o cuatro que sobrevivieron a la matanza y a un par de ancianos que solo eran una carga para ellos. Solo se llevaron a las mujeres jóvenes y a los niños. Yo por entonces tenía veinte años y en condiciones normales no hubiese sobrevivido. Simplemente me confundieron, por mi aspecto, con uno de ellos.

Esteban no osaba interrumpirlo con alguna de sus preguntas, para evitar que lo aprovecharse, buscando cualquier excusa para dar por finiquitada la conversación. Lo más que llegó fue a invitarle con gestos de su cara para que continuase la narración.

-Esa noche de navegación, con los piratas borrachos y contentos, pues finalmente regresaban a sus casas con el barco repleto de un botín logrado en anteriores rapiñas, pues de nosotros nada pudieron conseguir salvo los rehenes, fue terrible. Se dedicaron a forzar a todas las mujeres e incluso a algunos niños. Yo por suerte me libré, probablemente porque mi cuerpo no fue de su agrado. Fue la noche más triste de mi vida. Y puedo jurarte que de ellas he tenido bastante. Pero no así... - negó con la cabeza.

-¿A dónde os llevaron? - se atrevió a decir Esteban.

-A Salé...

-¡Salé; Nunca antes escuché ese nombre.

-No sabes la suerte que has tenido. Salé es una ciudad autónoma, independiente del Sultán de Marruecos y ni siquiera él se atreve a meterse con ellos. Su puerto está situado en la desembocadura del río Bou Regref. No es muy bueno para navegar, pues tiene una barra peligrosa.

-¿Qué es una barra? - se atrevió a interrumpirlo viendo que estaba tan absorto en la narración que ya no había peligro de que la evitara.

La curiosidad le podía y no quería perder detalle al ignorar el significado de ciertas palabras.

-Todos los ríos arrastran sedimentos y cuando llegan al mar se encuentran con otra fuerza que los detiene. Las aguas chocan y los sedimentos van a parar al fondo formando una duna de arena submarina. La parte exterior está abierta a los enormes y profundos mares del atlántico. Mientras que el interior de la ría es pequeña y de escaso fondo, pero suficiente para la clase de bajeles que usa los piratas y un serio peligro para los galeones que se atreven a acercarse para bombardearlos. Ellos solo usan faluchos y jabeques de velas ligeras y de poco calado. Apenas pueden portar cuarenta personas a bordo y no van provistos de artillería, por el excesivo peso que ello representa, pero son capaces de desplazarse a largas distancias y con una rapidez increíble. En ocasiones han atacado puertos de Inglaterra e Irlanda. Y no es preciso que te diga que los nuestros y los portugueses son el pan de todos los días. También poseen galeotas a velas y remo para abordar a las naves de la carrera de las indias que circulan por el golfo de las Yeguas.

-Pero una flota como esta nunca se atreverán a atacarla.

-Desde luego, dando la cara, seguro que no. Pero a traición...

-¿Conoces algún caso?

-Uno. Mientras estaba allí prisionero. No fue con una galeota armada, sino con un simple jabeque tripulado por únicamente cuarenta piratas. La flota la componían cinco carabelas y una nave de guerra, fuertemente armada, que las protegía. Navegaban una noche con una brisa suave. Una de esas sin luna y donde el resplandor de las estrellas es insuficiente para poder apreciar algo sobre el mar. Las naves españolas eran claramente visibles en la oscuridad de la noche por el fanal de popa

que marca su posición y evitan los choques entre ellas. Mientras el jabeque, pintado de negro y con el velame teñido de oscuro se deslizaba sobre las aguas como una sombra. Las carabelas formaban un rombo perfecto con el quinto elemento situado en su centro. La nave de guerra cubría las amuras de estribor, la parte más cercana a tierra y la más propensa a sufrir un ataque. La situada a babor y la que cerraba el rombo, por su posición, eran indiscutiblemente las más expuestas a sufrir un ataque y por supuesto las que estaban en situación más vigilante. Eligieron la del centro. La que mas protegida se sentía. Aprovecharon el momento en que la situada en retaguardia se descolgó unos pasos, para atacar desde el exterior colándose entre la que cerraba la formación y la situada más a occidente. Ninguna alarma sonó. Eso solo quería decir que la maniobra pasó desapercibida. El capitán de Jabeque era un experto marino y se acercó a la carabela desde un ángulo que le permitiese arriar las velas e interceptarla a remo en un punto en concreto y abordarla – Bellido narraba la escena emocionado y como si lo hubiese vivido personalmente – Los tripulantes estaban dormidos incluso el que vigilaba desde la cofa y únicamente un soñoliento timonel, en pleno cuarto de modorra, pilotaba la nave. Varios ganchos de abordaje cayeron sobre la baranda de babor. Sujetándose. Con el suficiente sigilo para no inquietar a nadie. El primero en caer fue el timonel. Poco a poco fueron degollados los restantes miembros de la tripulación sin darles tiempo a emitir un murmullo. El último fue el de la cofa, que tampoco llevo a despertarse hasta el afilado acero de una daga le rebajó el gaznate. El fanal de popa se apagó como por encanto. A nadie de las restantes naves se le ocurrió contar las luces encendidas y que faltaba una. Quedaban dos horas para que amaneciera y restaba tiempo. El jabeque con la tripulación imprescindible ya se había dejado caer. En la carabela los piratas arriaron los bonetes de la mayor y las cebaderas, perdiendo velocidad y descolgándose sin que la nave que cerraba la formación se apercibiera. Cuando las cinco luces de la escuadra se perdieron por el sur, el jabeque y la carabela se habían unido y navegaban hacia Salé.

Bellido se tomó una pausa para respirar e incluso para dar por finalizada la conversación. Amena tal vez para el muchacho pero cansina para él.

Esteban por su parte quería más y no estaba dispuesto a liberar al enano de su compromiso.

-¿Quieres un cazillo de agua...? – ofreció el muchacho para animarlo en su charla.

-Si fuese de vino... aun.

-Ahora vuelvo.

Esteban se dirigió a la cocina en donde Paolo no había comenzado todavía a preparar la cena y se encontraba ausente. Sabía en donde el cocinero lo guardaba y sirvió en un cazo una buena ración. Era el que servía a los oficiales y de vez en cuando usaba él mismo para pegarse un lingotazo.

El enano bebió el contenido del cazillo como si fuese agua. No quería que nadie detectase que estaba bebiendo a destiempo.

-¡Este si es del bueno; ¡Condenado sea el diablo; Y no la bazofia que nos dan mezclada con agua. No sé de donde lo has sacado, pero si en el futuro me proporcionas mas vino como este te contaré todas las historia que quieras.

-No sé si será posible... pero no te preocupes que lo intentaré – con esas palabras Esteban intentaba no comprometerse.

Paolo cuando tomaba ese delicioso mosto en su presencia siempre le ofrecía una ración, que él normalmente rechazaba. Pero que a partir de entonces aceptaría y guardaría, pues se daba cuenta que en una nave, repleta de sedientos de tan esplendido vino, era una excelente moneda de cambio.

-¡Bien;... ¿Por dónde íbamos...?

-Por como son los habitantes de Salé... - intervino el muchacho para dirigir sus ideas a donde a él le interesaba.

-¡Ah; Si. No creas que allí son todos moros. Aquello es una Babel en donde hablan mil idiomas. Estaban, claro está, los bereberes que son los habitantes originales de la zona, pero a ellos se les unía árabes, llegados de Egipto con la invasión de los Beni Hamil varios siglos antes. Corsarios turcos

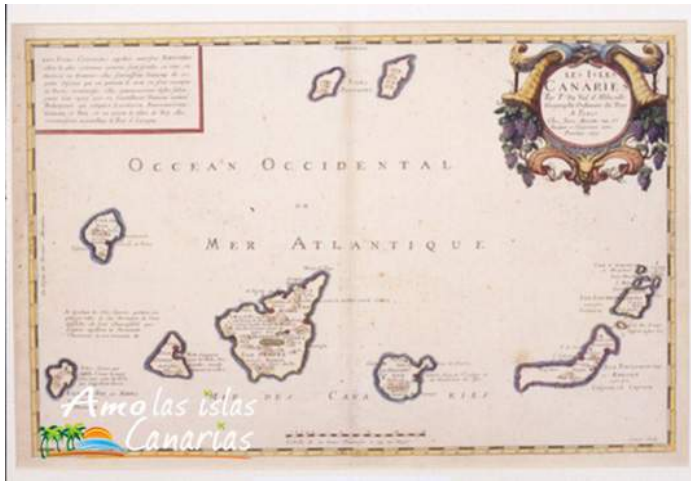


venidos recientemente, aunque la mayoría de ellos fuese de origen griegos o fenicio. Judíos llegados de todas las partes del mundo y renegados, sobre todo renegados que acuden de Noruega, Alemania e Inglaterra, pero sobre todos portugueses y españoles. Los tintes de color lo dan los africanos, en su mayoría procedentes de Sudan o Guinea que anteriormente habían sido transportados por el desierto en reatas para venderlos como esclavos en Canarias o España, aunque su destino final fuesen las Indias. Algunos lograban liberarse de sus captores y se refugiaban allí en donde poco importaba su origen si se trataba de buenos guerreros. El único nexo que los une en común es la fe mahometana, en muchos casos, por no decir en casi todos, fingida para poder ser liberado de la esclavitud.

Bellido le echó un enésimo vistazo al cazillo para convencerse de que estaba realmente vacío, cuando no encontró nada al intentar echarse un trago al colete. Esteban prometió traerle más, pero el enano denegó con la cabeza. De aceptar tendría que compensar al muchacho con más de lo mismo y en realidad ya le quedaba poco que contar.

-¿Cómo lograste liberarte?

-Como hacían los otros, aparentando que me había convertido al Islam y enrolándome como marinero en algunas de sus naves. Allí fue en donde aprendí el oficio e incluso llegué a estar bien considerado. Pero no es lo mío. Odio ver matar a seres indefensos y aproveché la primera ocasión que tuve para desertar. Hace un par de años atacamos una aldea cerca de Palos. Aproveché el fragor de la batalla para esconderme y no regresé al barco cuando se marcharon. Supongo que creyeron que era una baja más a la que no daban la menor importancia. Y eso es todo.







Isla de la Gomera con el puerto de San Sebastián en su parte oriental

## CAPITULO IV LLEGADA A LA GOMERA

El día uno de Agosto volvieron a poner rumbo sur un cuarto suroeste, esperando que al mediodía del siguiente llegasen a la isla. Poco después el viento roló al nornoroeste lo que obligó a la flota a navegar en bolina.

Los primeros que lo notaron fueron los animales que comenzaron a quejarse por la inclinación de la nave. Poco a poco todos comenzamos a notarlo cuando la inclinación de la nao se hizo evidente al aumentar sensiblemente la fuerza del viento.

Elcano y su hermano desde la toldilla analizaban la situación por si tenían que tomar alguna medida.

-¿Ocurre algo anormal? – preguntó Esteban a Rodrigo, que con aparente indiferencia estaba tomando el desayuno, aunque haciendo prodigios con el cazo para no derramar el caldo que contenía.- Esto en definitiva es una buena señal. Quiere decir que nos estamos acercando al archipiélago.

Esteban miró al horizonte a su alrededor tratando de encontrar algún vestigio de tierra y solo vio el mar y las naves que lo rodeaban.

-¿Cómo lo sabes?

-Este rolar del noroeste es debido a la proximidad de las islas, concretamente la de Tenerife, ya veras, cuando dejemos atrás el gran volcán que la culmina, como el viento vuelve a rolar al nordeste.

-¿Lo veremos?

-Seguro. Esa neblina nos cubre su visión, pero cuando el sol caliente un poco más y la disuelva, veras al Teide, que así lo llaman, con toda su majestuosidad.

Poco después el muchacho pudo contemplar, por la amura de babor, la inmensa mole, con la cumbre completamente nevada a pesar de que estaban en pleno verano. Toda la tripulación que estaba libre de servicio se agolpaba allí para poder contemplar el bello espectáculo. La mayoría no era la primera vez que lo veían, pero tampoco querían privarse de tan hermosa visión.

-¿Entonces hoy mismo desembarcaremos? – preguntó a Rodrigo cuando ya era mediodía y el tañido de la campana anunciaba la hora de comer.

-No tengas tanta prisa muchacho. Hemos llegado pero no es ese nuestro destino. Desembarcamos en la Gomera.

La isla de Tenerife es grande y estuvieron toda la tarde pasando ante ella. Parecía que no tenía fin.

De la emoción o quizás por nerviosismo, Esteban no pudo dormir en toda la noche. Al día siguiente, dos horas antes de que terminase el cuarto del alba, ya estaba en cubierta.

Al timón estaba el gallego, que a pesar de su mote era de origen vasco. Nadie sabía porque lo llamaban así. Quizás porque había navegado durante mucho tiempo en una nao denominada La Gallega. Era un individuo de gesto adusto y hombre de pocas palabras, así es que lo evitó. Bien abrigado se subió a la toldilla y esperó a que amaneciera.

Cuando lo hizo la isla de Tenerife continuaba viéndose por babor, pero la de la Gomera ya aparecía por la misma proa.

Esta isla, como todas las de origen volcánico, tenía su pico particular, el Garajonay, que alcanzaba casi los 1500 metros de altitud.

Esteban no comprendía cómo se había despreciado una isla muy grande para el avituallamiento y se elegía, otra ínsula, mucho más pequeña, y aparentemente con menos recursos. No pudo reprimirse e hizo la oportuna pregunta a Rodrigo que ya campaba por allí.

-Lo ignoro, pero recuerdo que cuando pase en 1492 con Colon, ya repostamos aquí.

-¿Pero debe haber algún motivo en particular? – insistió

-Sinceramente no lo sé. Tal vez sea porque encuentran lo mismo en un espacio más reducido o porque las cosas son más baratas.

-O porque el Señor de Loaiza tiene en este lugar a su barragana particular y desea visitarla,- dijo entre rizas y en tono de chanza Esteban.

Rodrigo no tomo sus palabras en el tono de broma que emanaba el muchacho y su rostro se torno serio.

-Puede ser – respondió escuetamente – pero mantén el debido respeto con los superiores, que por menos de esto he visto desollar la espalda de mucha gente.

Luego se retiró, dejando a Esteban en un mar de dudas.

Ese mediodía pesaron el sol, como era costumbre, aunque todos supiesen el resultado de antemano. Latitud 28º norte que es la que tiene la isla de la Gomera, la cual ya estaban bordeando todas las naves formando en fila para introducirse en la ensenada que era a su vez puerto de la población de San Sebastián de la Gomera.

En ese lugar estaba previsto fondear máximo tres días. El tiempo necesario para reabastecer la flota, y conceder, en dos turnos un día de asueto a la tripulación. Bien fuese para emborracharse, pues hacerlo en la nave se castigaba con veinte latigazos, o evacuar fluidos corporales, ya que a partir de entonces pasarían una larga temporada sin catar hembra.

El primer día Elcano distribuyó a la tripulación en diversos grupos para abastecerse de: agua, leña, carne fresca, repuestos para velas, legumbres, frutos secos, galletas, frutas y hortalizas.

-Agua... ¿cuánta? – pregunto Rodrigo.

-La suficiente para rellenar las barricas vacías...

-¿Las otras no las renovamos?

-Sería lo ideal, pero no tenemos tiempo suficiente

Elcano y Rodrigo sabían de qué hablaban. El agua almacenada con el tiempo se corrompe. Y cuando se tiene la oportunidad era conveniente renovarla toda, aunque solo fuese para quitarle unos pocos días de antigüedad.

-No vale la pena - añadió el Maese – apenas llevan un par de semanas en las bodegas. Muy mal nos tienen que ir las cosas para arrepentirnos de lo que hacemos.

Rodrigo no insistió en el tema, pero las cosas pronto se complicaron. Esa misma tarde hubo una reunión de capitanes y pilotos, ya prevista de antemano, pero que se complicó con una novedad que nadie esperaba y que tampoco estaba en el orden del día.

-Acuña me ha informado que la San Gabriel hace agua – expuso Loaisa - ¿Qué tienes que decirnos al respecto? Rodrigo.

-Durante el viaje he ordenado achicar agua más de lo que es aconsejable en condiciones normales.

-¿Qué son para ti condiciones normales? – le interpelo Elcano.

-Media hora. Una a lo sumo para que el pozo de la sentina se vacíe. Hemos tardado en vaciarlo como media dos horas diarias durante el viaje. Y ayer tardaron dos hombres dos horas y media a buen ritmo de bombeo.

-Si solo fuese regresar a España la nave podría soportarlo – intervino Vera, el maese de la Anunciada – pero al comienzo de este largo viaje es una autentica locura el intentarlo. Si solo fuese ir a la española... tal vez aguantara.

-Pero no vamos a la Española – replicó un Loaisa pensativo – así es que mañana la pondremos en seco y comprobaremos el mal que tiene. No podemos jugarla de ninguna forma. Esto nos retrasará una semana...y que no sean dos. De momento dar las órdenes oportunas de no cargar productos precederos hasta un par de días antes de concretar la partida. Únicamente los necesarios para el consumo de estos días.

-Esto retrasará sensiblemente el viaje – intervino Hocés - ¿No será perjudicial para nuestros intereses?

Loaisa iba a responder, pero decidió ceder la palabra a Elcano! Claro que los perjudicaba ¡Y mucho ¡ Nadie lo sabía excepto él, pero suponía que Caboto ya habría salido de Sevilla e iba detrás suya. No podía consentir que le adelantara en la carrera que iban a iniciar e incluso estaba dispuesto a dejar la nao averiada si durante la espera veía aparecer las naves de Caboto.

-Juan... ¿Qué opinas?

-El problema no lo tenemos aquí, sino que será el tiempo que nos encontremos cuando lleguemos al Río de la Plata. Igual nos vemos obligados a invernar cuatro meses.- negó con la cabeza mientras meditaba su respuesta – El tiempo que pueda hacer allí, cuando lleguemos, no se puede predecir.

Eso preocupaba menos a Loaisa, pues el mal tiempo era para todos. Lo que no podía consentir es que Caboto lo adelantase y ese mal tiempo impidiese que su flota lo siguiese.

Pero eso no iba a ocurrir, pues el piloto con experiencia en esa zona, Elcano, iba con él y no con su rival.

-De todas formas, si que quiero aprovechar esta reunión para dar una serie de instrucciones que una vez embarcados me será muy difícil dar – después de un par de carraspeos y de aclararse la garganta con un trago de un vino excelente, Elcano continuó – Las aguas cercanas al estrecho de Magallanes, o el posible paso que pueda existir más al sur, son muy traicioneras. Y que coste que lo sé por experiencia y no es una simple posibilidad. Por ese motivo a partir de ahora mi nao, el Sancti Espíritu, ira siempre en cabeza y a ustedes les ruego sigan mis aguas para evitar riesgos innecesarios.

-¿Pero si una tormenta imprevista dispersa las naves?-

Elcano no supo exactamente cuál de sus compañeros le hizo la pregunta, pues partió de tres o cuatro gargantas a la vez, con la misma inquietud.

-A eso iba. Conozco un par de lugares en el sur del nuevo continente descubiertos en los que una flota como esta puede refugiarse un tiempo prudencial a resguardo de tormentas y avatares, en donde además puede hacer aguada y abastecerse de productos frescos. Los nativos, por lo menos la última vez que los visité, eran pacíficos. Esperemos que no hayan tenido un mal encuentro con otros españoles o los portugueses y se hayan malvado.

-No hay nada que no se pueda arreglar con cuatro tiros – intervino Acuña con una siniestra sonrisa en sus labios.

Loaisa le lanzó una mirada furibunda aunque no quiso reprochar sus palabras. Si lo hizo Elcano.

-Hay que respetar a los nativos Sea donde sea. Tener en cuenta que serán los únicos posibles aliados que tendremos cuando nos enfrentemos a los portugueses. Pero no nos desviemos de lo que realmente nos interesa. Aproximadamente a 13º latitud sur se encuentra la Bahía de Todos los Santos Es un puerto natural en donde las naves se pueden resguardar de posibles tormentas. Allí podemos esperar la llegada de las que se hayan retrasado. Pero la espera no puede ser eterna, nunca más de veinte días. – anunció mientras con la mirada consultaba la aprobación de Loaisa, que se limitó a asentir con la cabeza. - Hay varias islas en el interior de dicha bahía, pero una es la más grande y ocupa el centro de la misma. Trascorrido ese plazo, si los que se encuentran allí tienen que partir, deben construir una gran cruz al pie de la cual enterrarán una jarra con instrucciones de adonde se dirigen, para que las que lleguen posteriormente sepan, primero que sus compañeros ya han estado allí y segundo, que deben ya iniciar la persecución sin perder más tiempo, ni esperar a nadie.

-¿Por qué se llama Bahía de Todos los Santos – preguntó el capitán de la San Lesme, que parecía querer saberlo todo o únicamente intentaba dar un pequeño descanso a Elcano en su perorata.

-Según parece porque el primero de los cristiano que la vio, fue Américo Vespucio, en el año del Señor de 1501 y precisamente un uno de noviembre, el día que conmemoramos la festividad de Todos los Santos.

-Di ya el segundo punto de encuentro y no divaguemos en datos innecesarios – intervino el Señor de Loaisa evidentemente nervioso.

Elcano murmuró unas palabras de disculpas ininteligibles y continuó.

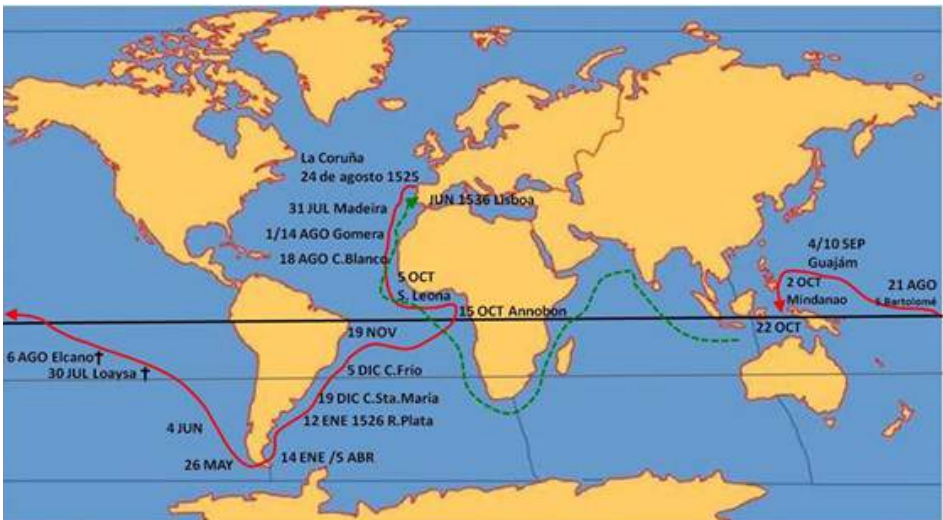
-El Rio de la Santa Cruz está situado a 50° latitud sur. Entre la Bahía de San Julián y la desembocadura del rio gallegos. Es también un refugio natural que ya tuve la oportunidad de visitar hace cinco años en mi viaje con Magallanes. Lo descubrió el capitán Serrano que iba al mando de la nao Santiago. Pero no hay que confiarse pues a ese mismo capitán lo sorprendió una tormenta pocos días después y se vio arrastrado a una zona de acantilados que hay al sur de la desembocadura de dicho rio, en donde se estrelló. No tiene mucha fama precisamente por este suceso, pero puedo asegurarles que no existe otro refugio que lo iguale en un buen tramo. En la desembocadura, hay al sur un promontorio visible desde el mar en donde se puede colocar otra cruz y dejar el correspondiente mensaje. Esperemos que todo esto no sea necesario, pero más vale prevenir que curar.

-Bien señores – intervino Loaisa, sensiblemente molesto por la rapidez con que pasaban los minutos y lo mucho que todavía quedaba por hacer – Mañana o pasado sabremos con certeza la importancia de la avería de la San Gabriel y el tiempo que nos llevará repararla.

Los diversos capitanes y pilotos se dirigieron a sus esquifes para que los trasportaran a sus respectivas naves. Loaisa llamó a Elcano como si quisiera transmitirle algo de escasa importancia y apenas lo tuvo a su lado le susurró al oído

-Mañana a las doce acercarte por aquí. Comeremos juntos y tráete a tu cuñado Santiago... Pero de esto que no se entere nadie más.

Bahía de Todos los Santos. Brasil, en donde se encuentra la actual población de Bahía



Día cuatro de agosto y siguientes.

A primera hora de la mañana un par de buenos buceadores se sumergieron en las cristalinas aguas



de la Bahía de San Sebastián, por el costado de babor del San Gabriel. Comprobaron que a medio metro por debajo de la línea de floración de la nave y entre la multitud de organismos marinos que se habían fijado al casco, surgían una infinidad de burbujas de aire.

Rasparon para limpiar la tablazón y poder comprobar el estado del forro de la nao. Una de las tablas se resquebrajó como si fuese una galleta. Mientras que las burbujas, ahora más grandes, se alejaban de la nave con mayor rapidez.

Los buzos dieron inmediatamente la voz de alarma, pero los marineros que se encontraban en la bodega, ya se habían percatado de la cantidad de agua que comenzaba a entrar en la nave, inundando la sentina, y amenazando con trasladarse a la bodega y estropear la carga.

Las bombas comenzaron a funcionar a muy buen ritmo y aunque no daban abasto por lo menos contenían la inundación.

No daba tiempo a colocar la nave en seco y decidieron acometer la reparación como si el incidente hubiese ocurrido en alta mar, pero con la seguridad y la calma de estar refugiados en un puerto. Como primera medida contrachapearon el interior de la nave para evitar la entrada masiva de agua.

Después procedieron a descargar cuanto pudieron a otras naves de la flota que se acercaron cuidadosamente por la banda de estribor. Con ello lograron que la línea de flotación bajase y se situase apenas a un palmo por debajo de la superficie. Posteriormente vaciaron el lugar de la bodega en donde se encontraba la avería y la trasladaron a la parte contraria. La descompensación de la carga hizo que el barco encorase al lado de babor dejando al aire el desperfecto y facilitando su reparación.

Así y todo para obtener un resultado perfecto el trabajo se extendió durante una semana, a pesar de contar con la colaboración de carpinteros y calafates de todas las otras naves.

Esteban acompañó a Urdaneta que como responsable de un grupo de marinos era el encargado de recorrer los alrededores de San Sebastián de la Gomera en busca de leña. No encontraron casi nada. La visita de anteriores flotas con destino a las indias había comenzado a hacer mella en este recurso. Y esto no había hecho más que empezar. Si no se tomaban medidas inmediatamente, pronto no quedaría títere sin cabeza ni árbol con ramas. A todo esto se unía la tala indiscriminada que realizaban los nativos y que la acumulaban en sus casas para venderla a las naos que tenían prisa o no querían molestarse en su búsqueda.

Se desplazaron a un bosquecillo, distante una legua, al que por orden expresa de Urdaneta solo despojaron de las ramas secas que colgaban a diferencia de otros que cortaban arboles enteros y esperaban a que se secasen durante el viaje. Mientras unos realizaban esta labor, otros la recogían y apilaban en un lugar adecuado, para que un par de hombres la trasportaba hasta la nave con ayuda de una reata de cuatro mulas que habían previamente alquilado.

Por la tarde buena parte de la tripulación desembarcó para pasar una noche de asueto. San Sebastián no estaba preparado para soportar el impacto que representaban la presencia de un par de centenares de marinos de nuestra flota, sedientos de bebidas alcohólicas y hambrientos de carne en el otro sentido de la palabra. A los que había de añadir la tripulación de las dos o tres naos que como media diaria llegaban o permanecían en el puerto, abasteciéndose, dispuestas a dar el salto a las indias.

Solo existían dos puntos de reunión: un par de tabernas y una casa de lenocinio. Aparte las prostitutas locales, no más de tres, todas ellas rellenitas y cuarentonas, pero de buen ver y que tenían su mercado. El prostíbulo estaba compuesto por un número indeterminado de mujeres de color, traídas como esclavas de África. La plantilla del burdel, en caso de excesiva demanda como eran estos días, se ampliaba con la aportación, durante la noche, de varios vecinos avariciosos, que cedían a sus esclavas, después de explotarlas durante el día en las labores de la casa o del campo, para obtener un beneficio extra.

Los oficiales solían visitar a las barraganas locales, que aunque posiblemente no fuesen tan exquisitas, gustos había para todos, guardaban su intimidad y les evitaba mezclarse con la marinería.

Esteban era virgen en este aspecto y su única experiencia sexual se limitaba a la que practicaban en la intimidad y en solitario todos los jóvenes. Conocía el placer efímero y en ocasiones demasiado fatigoso que esos tocamientos proporcionaban, pero tenía noticias captadas aquí y allá, que ese mismo placer, practicado con la compañía de una mujer se multiplicaba por mil. Y si además imaginabas que la mujer que tenías debajo de tu cuerpo era la adorable Lucía, podías incluso alcanzar el éxtasis.

Ignoraba si por su edad le pondrían alguna pega para acudir, en primer lugar los oficiales, y posteriormente para entrar, los encargados del mismo prostíbulo. Decidió no acudir solo y si respaldado por alguien mayor. En primer lugar pensó en Urdaneta pero este no parecía propicio a acudir a dichos lugares y prefería dedicar su tiempo libre al estudio. Esteban supuso que esa negativa se debía más a convicciones religiosas que a posibles inclinaciones prohibidas, pues no se le detectaban gestos amanerados ni indicios de preferir el contacto con los hombres en vez de mujeres. Pensó por su parte que tal vez él fuera demasiado joven todavía para estos menesteres y lo mejor que podía hacer era imitarle. Pero el tiempo pasaba y las ganas de desembarcar se intensificaban.

Vio a Rodrigo vestido con sus mejores galas, casi irreconocible, y cuando se acercó percibió que olía muy bien, exactamente a una mezcla de rosas y jazmín. El hombre imaginó inmediatamente lo que tramaba el muchacho y decidió convertirse en su padrino de desfloramiento. Juntos parecían padre e hijo, aunque más acertado podía decirse que nieto y abuelo. No había la menor duda que ambos formaban una buena pareja.

-Te vendrá bien – le dijo cuando el muchacho le mostro su interés por acompañarlo. Vamos a estar una buena temporada sin poderle dar satisfacción al cuerpo. A las indias tenemos prohibido tocarlas para evitar conflictos con la población nativa. Aunque he de reconocer que nadie hace caso de esa orden. ¡Cuando el cuerpo te lo pide; No hay nada que te detenga. Pero he de advertirte que muchas de ellas te pueden transmitir la buba y es mejor no tocarlas.

-¿Qué es la buba?

-Una enfermedad que te transmiten y se muestra por unas pustulencias que te salen en el glande.

-¿El qué...?

-La punta del instrumento que empleas para mear. No me preguntes mas porque no lo sé, pero yo he visto a gente echarse por la borda, por desesperación, en pleno océano.

-¿Y las negras...?

-Por esas no te preocupes, pues no sé porque designio de los infiernos parecen libres de esa enfermedad. Aunque supongo que solo será cuestión de tiempo, hasta que alguien las contagie.

Esteban dio un suspiro de alivio.

Decidieron ir a cenar a tierra, para no tener que esperar el rancho, y lo hicieron en el batel que hacia el primer viaje. A la ida bogaban los viajeros, para descansar a los remeros que lo tendrían que hacer de vuelta a la nave y solo Dios sabía cuantas veces. Todavía quedaba un par de horas para que el sol se ocultase y según Rodrigo la hora más propicia para hacer el amor.

Cenaron en un rincón de la taberna un trozo carne guisada que igual podía ser de vacas, mulo o camello, acompañado por unas papas, pimientos y cebollas asadas.

Después, cuando estar allí era más un suplicio que una satisfacción, decidieron marchar al prostíbulo. A Esteban los nervios lo atenazaban. Quería volverse atrás y regresar a la nao, más que continuar su aventura, pero por otra parte la curiosidad le podía y deseaba fervientemente conocer los secretos de la reproducción humana. Había visto fornicar a perros y caballos con sus respectivas parejas y ambos lo hacían por detrás, como le dijeron actuaban los sarasas. Peros los hombres y mujeres lo hacían cara a cara incluso se besaban durante el acto. ¿Se atrevería a besar a la mujer con la que lo hiciera? Un escalofrío recorrió su espalda.

Por fin llegaron. Estaba fuera del pueblo pero no muy alejado. El prostíbulo era una nave insuficientemente iluminada, que posiblemente con anterioridad fuese una cuadra. Tenía un amplio pasillo central que daba acceso a diversas habitaciones. Estas no eran más que unos pequeños habi-

táculos de apenas un metro de ancho por dos de largo, separados de los contiguos por unos trozos de lienzo que todavía olían a mar y que con toda seguridad vivieron tiempos mejores colgados del palo mayor o del trinquete de alguna nave.

El suelo estaba completamente cubierto por un jergón, compuesto por una tela más fina y relleno con algas secas, según pudo apreciar Esteban más tarde. Antes, en una especie de vestíbulo, un hombre, desdentado y tuerto del ojo izquierdo, ajustaba el precio de los servicios detrás de una mesa escritorio con los clientes que formaban fila delante de él.

Después de cobrar daba al usuario un número.

-Cámara veintiséis, el número lo encontrara en la cortina que lo tapa – pronunciaba a cada uno con una voz monótona y cansina.

A la vez que tachaba ese número con un trozo de tiza en un plano dibujado sobre un trozo de madera oscura. De vez en cuando se acercaba una mujerona que con toda seguridad había vivido momentos mejores y que con un trapo borraba la cruz de los habitáculos que iban quedando libres.

Finalmente les llegó su turno.

-¿El muchacho también? – preguntó displicente.

-Sí. Pero no con la misma.

-Por supuesto. A ver... tengo una muchacha de su edad... que todavía es virgen y le vendrá como anillo al dedo. – después de unos momentos de duda insinuó – Aunque eso claro le costará un poco más cara.

-No me vengas con milongas que soy perro viejo en estos negocios. Si quieres sacar más dinero por romper una virginidad dudosa, endózasela a un idiota que valore esas cosas. Yo paso y por supuesto el muchacho también.

-Aquí no hay Cristo que pague por eso – murmuró entre dientes – En fin te la dejo por el mismo precio que la otra. El chico la quince, tú la veinte.

Mientras caminaban por el pasillo Esteban vio que algunas mujeres salían corriendo, detrás de los hombres que abandonaban la cámara apenas cubierta sus necesidades y todavía ajustándose los calzones, y se ocultaban detrás de unas cortinas existentes en el fondo. Suponía que para hacer sus propias necesidades o lavarse después de cada servicio.

Iban desnudas, tratando de ocultar su sexo detrás de sus manos, y todas parecían jóvenes, altas, más delgadas de lo que era aconsejable, pero de piel tersa, constitución atlética y unas piernas largas que parecían volver locos a los hombres.

-Comparadas con las indias que son bajitas y algo gordas, estas resultan un regalo para la vista.

Se iba animando Rodrigo mientras golpeaba a su amigo con el codo.

Esteban mientras tanto parecía mudo y notaba como a cada paso le iban flaqueando las piernas. Creía que no iba a llegar nunca. Cuando alcanzaron el número quince dibujado toscamente sobre la cortina. Rodrigo lo acompañó hasta la misma puerta.

Acostada tan larga como era sobre el jergón se encontraba una muchacha que aparentaba tener trece o catorce años, posiblemente la misma edad que Esteban. Miró con grandes ojos a los dos intrusos y probablemente se quedó más aliviada cuando comprobó que el viejo, después de pronunciar unas palabras que no entendió, se retiró dejando solo al muchacho.

Más o menos sabía lo que tenía que hacer pues en su casa había visto infinidad de veces como actuaban su madre y que incluso podía resultar placentero si lo hacías con la persona amada. Ella no lo había hecho nunca, se mantenía virgen como mandaban las leyes de su tribu. Cuando la capturaron tuvo suerte ya que nadie se fijó en una escuálida niña cuando había presas mucho más apetecibles entre sus compañeras de infortunio. Después cuando fue vendida su nuevo dueño sí que quiso yacer con ella la primera noche que estuvo a en su casa, pero sus gritos alertaron a la esposa que pronto le puso los puntos sobre las íes. Ya no volvió a molestarla, pero como podía ahora comprobar su venganza fue terrible pues no había dudado en entregarla a la chusma. Su amo la había cedido al



prostíbulo durante esa noche, y quizás algunas mas, como venganza por haberlo rechazado.

Tal vez hubiese sido mejor tragar con uno que tener que soportar a muchos. Pero ahora ya era tarde para arrepentirse y solo le quedaba retrasar en lo posible la ruptura de su virginidad por si un milagro llegaba a producirse.

Desde la primera hora de la tarde llevaba allí tendida sin que entrase nadie. Continuamente escuchaba los gemidos de placer de los hombres y los de dolor, y algún que otro llanto contenido, de sus compañeras de fatigas. La de la derecha ya había recibido a cinco clientes y la que estaba situada a su izquierda a cuatro, y el día como el que dicen todavía no había ni comenzado.

Tenía claro que a todo cerdo le llega su San Martin y ese momento para ella ya había llegado. Contemplaba como el joven se desnudaba delante de ella sin perderla de vista ni un solo instante. Principalmente a sus partes más íntimas que tapaban los incipientes pelos del pubis. El ya mostraba sus atributos, que no estaban mal pero los había visto más grandes y aunque el joven trataba de evitarlo ya parecían alcanzar su máximo tamaño.

Ella permanecía quieta con las piernas juntas y los brazos estirados paralelos a su cuerpo. No podía evitar que la violaran si el muchacho era experto, aunque no se lo pondría fácil. El chico se echó sobre ella como si formara parte del jergón. Lo único que hizo fue desviar su rostro para no recibir directamente el aliento fétido que esperaba. No fue el caso. Metió, como pudo, su miembro entre sus piernas aunque sin alcanzar su objetivo. Y se movió frenéticamente como si estuviese realizando el coito. Su miembro se limitaba a rozar sus muslos y ella instintivamente cerró todavía más sus piernas.

Esteban creyó que ya lo había conseguido y se esforzó un poco más si cabe. Sin embargo no resultaba tan placentero como le habían contado, o él imaginado, e incluso era peor que hacerlo con sus propias manos.

El glande le dolía y notaba un escozor que no había sentido nunca. Sus jadeos eran más de dolor que de placer y deseaba fervientemente que la experiencia terminase cuanto antes.

La mujer comprendió inmediatamente que era un muchacho inexperto y que era la primera vez que lo hacía siguiendo únicamente sus instintos. Estuvo tentada de ponérselo fácil. Solo precisaba abrir sus piernas y doblar las rodillas para levantar su pelvis un par de centímetros. Seguro que no le haría daño pues comenzaba a estar excitada a pesar de todo y se notaba húmeda Pero no podía consentirlo. Se lo había prometido a su tótem y no quería incumplir su promesa. Aunque también estaba segura que al final se arrepentiría, como ya lo estaba de no haberse entregado a su amo.

Finalmente el suplicio para el muchacho, no para ella, terminó al derramar su semen entre las piernas de la mujer. Para Esteban fue un alivio pues su mismo fluido se encargó de lubricar su miembro dolorido, que junto al orgasmo le hicieron creer que su objetivo estaba cumplido.

Ya no regresó a ese prostíbulo a pesar de que Rodrigo lo visitó un par de veces más, antes de embarcar, y en ambas lo invitó a acompañarlo. Esteban no volvió a visitar otro en toda su vida.

XXXXXX  
XXX  
X

En los días siguientes se dedicó a ayudar a Paolo en la Cocina y a holgazanear por la nave para resistir la tentación de regresar otra vez a tierra. Solo en una ocasión volvió Rodrigo a referirse otra vez al suceso. Fue mas una reflexión por parte de su mentor que un intento de conversación que Esteban no deseaba y se extinguió tan pronto como había comenzado.

-Con lo planchada que está, no le auguro ningún futuro como puta. Por muy virgen que sea, si no tiene un par de buenas tetas en donde agarrarte mientras te la follas, no sirve de nada. ¿Y ahora ya no es ni virgen? ¿Verdad?

El muchacho alzo los hombros y entre un mar de dudas susurró.

-Supongo...

Una tarde recibieron en la nao, la visita de Santiago de Guevara el maestre del patache con su mismo nombre. La visita no le extrañó en absoluto pues era cuñado de Elcano y ambos se llevaban muy bien. Lo sorprendente fue cuando una hora más tarde, y cuando la mayoría de la tripulación estaba en tierra firme, embarcara en el Sancti Espiritu el mismo Loaisa. Eso si era una verdadera novedad, pues si se trataba de una reunión de capitanes solían hacerlo en la nao almirante.

Los tres, acompañados por Urdaneta se metieron en la cámara del maese, poco después de que le ordenase a Esteban, le dijese al despensero que les trajese una botella del mejor vino.

-Creo que no está...

-Pues díselo a Paolo que él sabrá encontrarla.

Diez minutos después se presentó el muchacho con una botella en la mano. Después de dejarla sobre la mesita que hacía las veces de escritorio o para comer cuando el mal tiempo impedía usar la existente en la tolda, se quedó plantado en un rincón dispuesto a escuchar cuanto allí se dijese.

-Eso es todo. Esteban – advirtió el de Loaisa que no quería más testigos de los estrictamente necesarios, para lo que se tenía que escuchar allí.

El muchacho un poco molesto pero con la mejor de sus sonrisas se dispuso a salir de la cámara.

-Estaré fuera. En el banco de la tolda – aclaró – Por si necesitan alguna cosa.

Todos asintieron con la cabeza.

Esteban salió de la estancia, cerró la puerta y se sentó en el banco, lo más cerca posible de la abertura, dispuesto a escuchar todo lo que allí se dijese.

-Se trata de desobedecer una orden expresa del emperador – dijo el almirante sin más preámbulos, simple y llanamente. Esperó unos instantes, pacientemente, hasta que desapareció el rostro de incredulidad de sus interlocutores. Para continuar – Ahora bien. Esta conversación, cuando terminemos, no ha tenido lugar. No he dicho nada de lo que a continuación voy a decir. El que quiera oírme, que me escuche y el que no, que haga oídos sordos. Nadie posteriormente se lo reprochará.

-¿De qué se trata? – preguntó Elcano más confiado y tranquilo al comprobar que el Almirante no iba a dar una orden. Simplemente buscaba el consenso entre todos.

-Ante todo les advierto que no estamos solos en esta empresa. Existe otra expedición con el mismo objetivo que nosotros y que puede estar a solo un par de días de nosotros, como que quizás no hayan abandonado todavía la península. Tal es el secretismo con que se lleva este asunto.

-¿Eso es inaudito? ¿Cómo puede consentir eso el rey? – se expreso indignado Elcano, mientras su cuñado, con gesto adusto, se mantenía a la expectativa.

-Está claro que el emperador quiere asegurar el éxito de esta misión y con esto solo pretende duplicar sus posibilidades – aclaró el almirante intentando restar importancia al asunto.

-Si jugamos con las mismas cartas, tenga por seguro su excelencia, que no nos ganaran. – intervino Guevara en la conversación por primera vez. Mostrándose interesado.

-Puedo interesarme por quien comanda esa expedición. – intervino de nuevo Elcano.

-Caboto...

-Lo imaginaba... No podía ser otro. Pero si me lo permitís os diré que para el Atlántico...bien. Pero le faltan agallas para internarse en el mar del sur.

-Puede ser. Pero eso es únicamente una suposición tuya...y no podemos confiarnos. Por lo que sé, recibió la orden antes que nosotros, pero a fuer de ser sincero no se lo han puesto tan fácil, y posiblemente todavía este en Sevilla salvando escollos. Pero no me fio de ese hombre...

-Ni yo tampoco – respondieron al unísono los otros dos.

-Bien, dejémonos de divagaciones y vayamos directamente a lo que nos interesa. Según me han informado tiene la potestad, de una vez atravesado el Estrecho de Magallanes, desviar una nave en dirección norte, para explorar toda la costa occidental del nuevo continente y tomar posesión de todas las islas que encuentre en el camino. Que tal vez sean tan ricas en especias como las que buscamos. Y esas, seguro que están dentro de nuestra jurisdicción y no como las otras...

-¿Creéis que el Moluco está en la parte portuguesa? – preguntó Elcano.

-Si vos, que habéis estado allí, tenéis duda, imaginaros yo que no sé exactamente en donde están. Lo único cierto es que a cuantos cosmógrafos he preguntado, todos afectos a nuestra causa, la mitad me han dicho que sí y los restantes tienen sus dudas. Por suerte a los portugueses les ocurre lo mismo.

-La latitud no tiene secretos para nosotros, pero la longitud... - se excusó Elcano.

-De todas formas no es un problema que nos atañe... - continuó Loaisa – por lo menos momentáneamente. Nuestra misión es ocuparlas y defenderla con las armas si es preciso. Pero nos estamos desviando demasiado del motivo de esta reunión. De lo que se trata es que una de nuestras naves realice ese viaje hacia el norte, y haga, antes que Caboto, dichos descubrimientos si realmente tales islas existen, y posteriormente termine su viaje en Nueva España en donde dará los informes preceptivos. ¿Os consideraréis Guevara capacitado para realizar esa misión?

-Con vuestra aprobación... ¡Claro que sí!

-Ya he dicho anteriormente que esto no es una orden y que si finalmente no la cumplís, nadie os lo reprochará. Únicamente tener en cuenta, si finalmente desistís, que perderéis una gran oportunidad, para que la historia os recuerde. Cierto es que vuestro destino final será Nueva España y la primera pregunta que os harán es: ¿Qué hacéis aquí? ¿De dónde salís? Y posiblemente muchas más que con toda seguridad carecerán de importancia si lográis salir airoso de las dos primeras.

-Eso es cierto – aseveró Guevara.

-¡Exacto! - exclamó Loaisa – Solo tenemos que buscar una excusa que permita que una vez atravesado el estrecho, os podáis separar de la flota. El mal tiempo sería lo ideal, pero nadie nos asegura que lo habrá, por lo que hay que tener una alternativa, para que una noche oscura, sin luna, os separéis de la flota por una avería, pongo por ejemplo, y toméis rumbo norte.

-¿Qué distancia habrá hasta mi nuevo destino? – se interesó Guevara.

Elcano duro durante unos instantes.

-Deben de haber por lo menos unos...-intentó un rápido cálculo mental sin conseguirlo - ...unos sesenta grados de latitud, que a 17,5 leguas el grado... son...

Se puso inmediatamente a hacer un cálculo de la distancia ayudado por una tabla oscura y un trozo de yeso.

Esteban, desde fuera, pero escuchando perfectamente lo que dentro se hablaba, estuvo a punto de meter la pata pronunciando en voz alta el resultado de la operación aritmética. Diez mil quinientas leguas, pero se contuvo a tiempo para no delatarse.

-¡Serán unas 10000 leguas...! - expuso Elcano.

-¡Imposible...!- respondió inmediatamente Guevara.

-¿Por qué? – se interesó Loaisa.

-Como bien sabéis – respondió dirigiéndose a ambos, pero en concreto al almirante de la flota – el patache depende de un abastecimiento periódico de otras naves. Concretamente de la que vos dirigís, la Santa María. En condiciones normales no podemos afrontar una singladura tan larga y eso contando en que los vientos nos sean favorables.

Todos sabían que el patache era un barco ligero que alcanzaba grandes velocidades precisamente porque no se le cargaba en exceso para que pudiese cumplir su misión. Por ese motivo se le abastecía periódicamente desde las otras naves.

Loaisa sonrió antes de responder.

-El abastecimiento lo tengo previsto. En cuanto a los vientos... Solo Dios los sabe y proveerá.

-¿Cómo? – se interesó inmediatamente Santiago.

-Ordenar que saquen del patache todo lo prescindible, incluso algunos cañones si lo juzgáis necesario, no creo que cuando os encontréis solo, tengáis un mal encuentro con franceses o ingleses en esos lugares, y aprovechéis el máximo espacio disponible para llenar la nave de comida y agua para ese viaje. De todas formas durante la travesía del atlántico y mientras navegemos juntos os continuaremos abasteciendo como está previsto. No quiero que nadie sospeche. Procuraremos que cuando llegue el momento oportuno para separarnos tengáis las bodegas repletas, aunque lógicamente en el informe que posteriormente pasareis digáis todo lo contrario.

Guevara asentía cada una de las palabras que escuchaba de su jefe.

-Esperemos que los vientos acompañen...

-De no ser así – intervino su cuñado – navegar nornoroeste hasta alcanzar la latitud de la isla de los ladrones en donde encontrareis una posición que os permita virar al este. Si no la encontráis seguir hasta las Molucas. Nadie os lo reprochará. Y con un poco de suerte podéis incluso alcanzar a la flota. Velocidad no le falta al patache.

-Bien – intervino de nuevo Loaisa – Creo que ya está todo dicho. De vos depende el éxito de esta misión. Que no cambiaremos a menos que las circunstancias del viaje o cualquier acontecimiento inesperado así lo aconsejen.

Cuando Esteban consideró que la reunión había llegado a su fin, marchó al encuentro de Paolo para ayudarlo en sus labores y evitar que los participantes de la misma, cuando saliesen de la cámara, pudiesen sospechar que el muchacho hubiese podido escuchado parte de la conversación al encontrarlo sentado en el banco de la tolda.



Línea roja.-Recorrido de la armada de Loaisa.

Línea verde.- Regreso de los expedicionarios supervivientes en naves portuguesas.

## CAPITULO V

### De la Gomera al Golfo de Guinea

El catorce de agosto, al ponerse el sol, salió la flota del puerto de San Sebastián de la Gomera con rumbo sur. Esta deriva continuó hasta el día dieciocho en que se alcanzaron los 20° 20', desviándose entonces al oeste para alejarse de Cabo Blanco, distante apenas veinte leguas y que no ofrecía más peligro que el de ser territorio portugués. Las órdenes eran evitar el más mínimo altercado con ellos y la única forma de lograrlo era sorteándoles en lo posible. Todo ello a pesar de que las últimas noticias es que en esos momentos estaban en paz... Aunque nunca se sabía cuando las cosas cambiaban.

Dicho cabo, es su vez una península con dirección sur que deja en su interior una ensenada que proporciona un excelente refugio, el último para la naves portuguesas que regresaban de ultramar hacia la metrópoli.

Esos cuatro días fueron tranquilos y sin incidentes dignos de mención, salvo la muerte por estrés de un cabrito embarcado en la Gomera y que proporcionó un buen guiso para la comida del primer día de navegación.

Paolo no permanecía ocioso y en vez de tirar las vísceras al mar como era habitual para deleite de tiburones y demás fauna marina, la aprovechó para cebar su palangre, lanzarlo al mar y esperar acontecimientos. Dos horas después requirió la ayuda de algunos marineros, a los que se añadió Esteban, para recoger el cable pues por su peso no podía arrastrarlo solo.

Seis monumentales merluzas, o un pescado muy parecido pues nunca las había visto el paje tan grande, se debatían sobre la cubierta ante el alborozo de la marinería, que ya preveían otra excelente comida para el día siguiente, hasta que finalmente quedaron exhaustas.

Ayudó a Paolo a trocearlas, la cabeza, cola y espinazo, las dejó en un caldero aparte para preparar un buen caldo, que sería la base para la menestra de la cena. Después trocearon los lomos en las porciones necesarias, para proporcionar una ración a la marinería, dos a los oficiales y tres, los más jugosos, para él y Esteban que al fin y al cabo eran los que hacían el trabajo sucio.

A este último lo que más le molestaba era no ver tierra firme en el horizonte. Salieron de la Gomera al atardecer y cuando se despertó al día siguiente, las islas afortunadas ya habían desaparecido de su vista. Ahora solo podía contemplar agua por todas partes, y en donde se suponía que estaba la costa africana, de poderse ver, una espesa neblina la cubría perennemente.

-Sin embargo está ahí - aseguraba Urdaneta - aunque en la mayoría de las veces lo que cubre la costa no es bruma, sino la calima que es mucho peor.

-¡Calima! - exclamó el paje que era la primera vez que escuchaba esa palabra.

-Tierra del desierto en suspensión. En ocasiones nos separamos de la costa para evitarla.

-Pero estaríamos más seguros.

-No lo creas. Los navegantes antiguos no tenían más remedio que hacerlo para poder orientarse, ya que carecían de otros medios. Navegar cerca de la costa es un peligro pues no solo puedes tropezarte con algún escollo, sino también porque una racha imprevista de viento te puede lanzar sobre la misma y encallar...

-Pero puedes salvarte nadando, que en alta mas...

-No dudes nunca que allí es donde estas más seguro. Alcanzar una costa desértica no es un seguro de vida. Allí no perecerías ahogado pero si de hambre y sed. Y entre una muerte rápida y otra lenta siempre es mejor la primera.

Esteban iba a insinuarle que no todas las costas son inhóspitas. Pero para entonces Urdaneta ya lo había dejado con la palabra en la boca al detectar la salida de Elcano a la tolda desde su cámara.

Durante el tercer día de navegación, Esteban se despertó agobiado por el calor que hacía. Su propio sudor mezclado con un extraño polvillo que solo el demonio podía saber de dónde había salido,

formaba un barrillo en su cara que le molestaba con solo tocarlo.

Se lavó y refrescó con el agua de mar contenida en un cubo que para estos menesteres siempre estaba disponible en algún rincón del combes y que ya contenía un poso de arena amarilla en su fondo de por lo menos un centímetro.

Por el silencio de la noche, solo interrumpido por el flamear de alguna vela al recibir una brizna de viento, debían estar en el cuarto de modorra. Decidió visitar al timonel, para que si fuese de su agrado, entretenerse charlando un rato hasta que el sueño le venciera o terminase su guardia. De lejos contempló el perfil de Rodrigo y se alegró. Seguro que lo recibiría con agrado.

La noche era clara y la luna llena se mostraba en todo su esplendor. Las estrellas especialmente brillantes una vez desaparecida la lengua de arena que terminaban de atravesar, ayudaba bastante.

-Buenas noches Rodrigo – se limitó a saludarlo esperando que la ansiada conversación partiera de él.

-Buenas noches. Muchacho. ¿Qué extraño sueño te ha desvelado?

-¡Ah! ¡Eh! ... ninguno – reiteró negando a su vez con la cabeza.

-¿Ni siquiera el recuerdo de la bella dama que dejaste al partir. ?

Esteban negó otra vez con la cabeza, mostrando una sonrisa melancólica en sus labios.

-No he dejado a nadie – mintió.

-Mejor así. Los amores dejados en tierra siempre son un quebrantador dolor de cabeza para los marinos... Pero hablemos de cosas más agradables ¿Qué es lo que te ha despertado?

-Nada. Tal vez el calor que hace.

-Esto no es nada para lo que vamos a encontrarnos.

Una fuerte y rápida ráfaga de viento seguida de un chasquido que sonó en lo alto de la arboladura. Hizo que Rodrigo interrumpiese la conversación y fijase su mirada en lo alto del palo mayor. Al no comprobar nada anormal lo considero una falsa alarma.

-¿Qué ha pasado? – preguntó inmediatamente Esteban sobresaltado.

-Nada que no ocurra por lo menos un par de veces durante una guardia. Lo que tenemos ahí arriba – señaló el velame sin dirigirse a ningún sitio en concreto – es muy fuerte. Capaz de resistir los fuertes vientos que lo someten a grandes presiones. Pero a la vez es muy delicado y puede romperse con facilidad si el golpe lo recibe de improviso y cuando no lo esperas.

-En cierta ocasión me dijiste me explicarías los secretos de la arboladura...

-Tienes razón. Y esta noche es tan perfecta como el mejor de los días. Pero antes mejor me traes un cazillo de ese vino que guarda Paolo para las grandes ocasiones y yo mientras voy ordenando mis ideas.

Esteban tardó nada en cumplir su demanda. Después de servirse también él una buena ración se aprestó a escucharlo atentamente.

-El otro día hablamos de lo existente debajo de la cubierta de una nao y hoy te hablare de lo que está sobre ella, y a la vista de todos. Para que un casco pueda navegar ayudado con la fuerza del viento, necesita velas que lo recojan, y para que esta fuerza se trasmita al casco, hace falta una arboladura que sirva de trasmisor – se fijó en el muchacho y al ver que asentía con la cabeza a todo cuanto le decía, comprendió que asimilaba, como siempre, sus enseñanzas sin dificultad – Los elementos principales de la arboladura son los palos machos, llamados así porque penetran como grandes falos en el vientre de la nave. Estos son: el palo mayor, que se asienta en el mismo pozo de la sentina, y es el que mayor altura alcanza y el palo de la mesana sito en la popa de la nave – señaló hacia atrás sin necesidad de volverse – Después esta el palo bauprés, que es un vestigio de los antiguos espolones que tenían las naves para embestir al enemigo y que ahora se ha convertido en el soporte de otra vela, que sale del castillo de proa, inclinado unos 45° como si fuese una lanza presta a ser abatida a la llegada de la caballería enemiga; y por último el palo del trinquete, vertical, con una ligera inclinación hacia adelante, también en el castillo de proa. Como puedes ver cada uno de esos palos,

soporta, formando una cruz, otro menor que se llama verga que es el encargado de sostener la vela correspondientes.

Rodrigo hizo una pausa para refrescar su gaznate, sorbiendo una mínima parte del contenido de su cazillo, para continuar.

-El palo mayor, por su longitud, es el único que generalmente no está formado con una única pieza, aunque de haberlos ahílos. Para prolongarlo, o repararlo en caso de rotura, se le añade uno más pequeño llamado mastelero que soporta a su vez una pequeña verga llamada gavia. En la zona de unión de ambos palos se dispone la cofa que es esa especie del pulpito en donde el vigía otea el horizonte y está a salvo de los vaivenes y oscilaciones que provoca el balanceo de la nave en esa zona. Para poder resistir la fuerza del viento, el palo mayor y mesana, se apoyan en la misma quilla, mientras que el bauprés y trinquete lo hacen sobre los baos de la cubierta, al soportar velas más pequeñas. De todas formas todo esto resultaría insuficiente si no disfrutasen de otros anclajes que los mantenga firmes y enhiestos a la nave. Es lo que se llama las jarcias muertas, que son esos cabos fuertes, que amarrados a los extremos de los palos, se dirigen oblicuamente hacia proa o popa y que llamamos estay y otros que van a babor o estribor y que se llaman obenques. Y que son los que permiten subir con toda rapidez a los palos o a la cofa. ¿Te has enterado de algo? – preguntó finalmente alarmado pensando que toda su perorata había sido en vano o por lo menos inútil.

-De todo. Pero me gustaría subir a la cofa.

-Seguro que lo haremos algún día que la mar no esté muy movida. Desde allí te explicaré todo lo relacionado con el velarme y los que representan las llamadas jarcias vivas.

Esteban amagó un gesto de disgusto. En realidad hubiera querido estar escuchando a su mentor hasta que amaneciese.

-Queda tiempo...

-No lo creas- señaló el reloj – Cuando la arena termine de caer del todo y ya lo ha hecho en más de su mitad, terminará el cuarto de modorra y con él mi guardia. Esperó pegar todavía una buena cabezada antes de despertarme mañana. No te preocupes muchacho, pues el viaje será largo y tendremos todo el tiempo del mundo para continuar hablando. Más del que puedas imaginarte.

XXXXX  
XXX  
X



Al día siguiente, 18 de agosto, terminó la tranquilidad y comenzaron los problemas. El palo mayor de la capitana, la Santa María de la Victoria, se rompió por debajo del calces y Elcano la socorrió enviando, con el esquiife, a dos de sus mejores carpinteros y el material necesario.

Lograron repararla, por lo menos provisionalmente, no sin gran esfuerzo, pues la mar súbitamente se había arbolado acompañada por un gran aguacero. Esteban que en un principio se había brindado para acompañar a los carpinteros ahora se congratulaba que su petición no hubiese sido aceptada, viendo los apuros que estaban pasando para regresar a la nao con el batel.

Pero las desgracias nunca vienen solas. La escuadra navegaba únicamente con los trinquetes y a un ritmo muy lento, a pesar de eso o tal vez por ello, la Santa María del Parral, en un falso movimiento, fue abordada por la nave averiada, rompiéndole el palo de mesana, produciendo graves desperfectos en su popa y dejándola mal parada.

Nuevos traslados de material y carpinteros a las naves afectadas para reparar los desperfectos.

Esteban no quiso de todas formas perderse el espectáculo de las reparaciones, pues estaba intrigado en ver cómo se solucionaban unos problemas como los ocurridos en medio de un gran temporal como el que estaban sufriendo, ya que el aguacero, los truenos y la mar algo movida así se lo hacía creer. Por ese motivo en cuando tenía un rato libre se sentaba en la toldilla, o en el castillo de proa, y se empapaba de cuanto ocurría a su alrededor. Ya que la distancia que separaba al Sancti Espiritu de la Victoria apenas era de un centenar de yardas.

Para tener una idea más o menos exacta de los trabajos a realizar, el paje buscó a Rodrigo y cuando lo localizó ocioso apoyado en la baranda de babor, se dirigió a su encuentro pues era la persona más adecuada para darle una explicación convincente.

-En realidad no es nada grave. Es una avería que se reproduce con harta frecuencia. Ten en cuenta que un palo mayor mide más de veinte metros y aunque su anchura en la base puede ser de cincuenta centímetros, en el otro extremo apenas llega a los treinta. Por muy bien que los elijas, la madera puede tener su punto débil en el interior, que con el tiempo y la fuerza que soporta, es el lugar por el que se rompe.

-¿Qué hay que hacer?

-Simplemente sanarlo. Limpiar la zona afectada y como se ha roto un poco por debajo de la cima del calces. Tiene un relativo fácil arreglo.

-¿Qué es el calces? – preguntó ansioso Esteban.

-Es el pedazo de palo o mastelero que va desde los asientos de los baos, hasta el tamborete. Aunque en realidad también se prolonga por debajo para asentarse en el pozo de la sentina. Pues los baos, antes que me lo preguntes, te diré que son los soportes sobre los que se sustenta la cubierta. ¿Estás satisfecho?

Esteban dudó unos instantes, pero inmediatamente hizo la pregunta que Rodrigo estaba esperando.

-¿Cómo unen el palo que ha quedado con el que van a añadir. ¿Con sogas? ¿Con clavos?

-Eso no soportaría el mas mínimo envite. Se unen por medio de un tamborete, que es un trozo de madera gruesa y rectangular que sirve para sujetas dos palos superpuestos.

-¿Cómo? – preguntó el muchacho cuyas ansias de aprender no tenían límites.

-Se hace de tablones gruesos y capaces o por dos trozos de madera unidos y fortalecidos por dos pernos encajetados. En una punta se abre un cuadrado capaz de enganchar en la cabeza del árbol y en el otro extremo un agujero circular por donde entra el mastelero de la prolongación. Se aseguran con cuerdas y quedan ceñidos para que no se muevan.

-¿Y...?

-Ya te lo he dicho todo. Ahora observa y comprobas que hacen paso por paso todo lo que te he dicho. Si no lo hicieran así me lo dices y ya me encargaré de darles el oportuno rapapolvo... - respondió antes de retirarse y tratando de ocultar la sonrisa que pugnaba por salir de su boca.



XXXXX  
XXX  
X

Los días siguientes fueron monótonos. El ocho de agosto pusieron rumbo sur para tratar de evitar la pequeña borrasca que los azotaba e impedía que las reparaciones avanzasen a buen ritmo.

El veintiuno de ese mes cuando pesaron el sol al mediodía estaban a 17° 38' de latitud norte y a más de cincuenta leguas al este de las islas de Cabo Verde. Esa misma tarde terminaron las reparaciones del palo mayor de la capitana que quedó como nuevo.

El veintidós se continúa rumbo sur.

El veinticuatro, pasan a una distancia de veintiocho leguas al oeste, un cuarto al suroeste, de Cabo Verde.

Con toda seguridad sería la distancia más cerca que llegarían a estar de las mencionadas islas. Y posiblemente en un día claro, un vigía avisado desde la cofa, las hubiese contemplado o por lo menos avistado los blancos nubarrones que suelen acumularse alrededor de las islas.

Si observó sin embargo como Elcano, esa tarde, miraba con insistencia hacia el oeste. Sino con interés si con cierta nostalgia. Como si esperase que aparecieran dichas islas a la vista de un momento a otro, aunque ello resultase imposible. El rumbo que portaban les impedía acercarse a ellas.

Conocía prácticamente toda la historia referente a Elcano, salvo quizás esos pequeños detalles que pasan desapercibidos a la vista de todos, y que solo conocían muy poca gente.

Las indiscreciones de Urdaneta, el que más sabía de todo ello, al tener acceso a su documentación privada; las confidencias de Rodrigo, que era la voz de la experiencia y la ingenuidad del Enano Bellido, capaz de captar las noticias más interesantes desde los sitios inverosímiles en que solía colocarse sin que los interesados se apercibieran de su presencia; para posteriormente transmitirlos, sin ser consciente de su importancia, al que supiera sonsacarle; y por último las palabras sueltas recogidas por si mismo mientras, aparentemente ajeno a lo que ocurría a su alrededor, realizaba las labores domesticas en su cámara. Estas eran resumiendo las fuentes de su información.

Recibidas todas ellas de forma de retazos inconexos, pero que habían sido recopiladas por su cerebro, procesadas cronológicamente y construido con todo ello una historia.

“Según parecía, Elcano nació en el puerto guipuzcoano de Guetaria en 1476 por lo que debía rondar los cincuenta años de edad. Hijo de Domingo Sebastián del Cano y Catalina del Puerto. Sus padres fueron unos pescadores acomodados, con casa y embarcación propia. ¡Unos auténticos privilegiados! Que les permitió formar una familia con cinco vástagos. Elcano fue pescador desde su adolescencia y llegó a tener una nave de 200 toneles, con la que sirvió en la flota que auxilió a Gonzalo Fernández de Córdoba, EL Gran Capitán, durante su campaña de Italia. Así como en las operaciones realizadas por el Cardenal Cisneros en Oran, Bujía y Trípoli.”

“Todo lo hizo por patriotismo, pues no obtuvo ningún beneficio por ello, salvo si acaso incrementar sus dotes como marino y guerrero que en realidad no le hacían ninguna falta.”

“Lógicamente tuvo que endeudarse logrando un préstamo del Duque de Saboya al que naturalmente no pudo hacer frente y no tuvo más remedio que entregarle la prenda que lo avalaba y que no era otra cosa que su nave.”

“Para colmo de males existía una ley que prohibía vender navíos armados a extranjeros, por lo que fue perseguido por la justicia y por ese motivo no tuvo más remedio que huir, abandonando a su esposa María Hernández y a su hijo Domingo.”

“En 1518 se refugió en Sevilla, nido de facinerosos y aventureros y para librarse de la justicia que lo acosaba se enroló en la expedición de Magallanes, cuya única misión era descubrir las islas de las especias o Molucas y no la de dar la vuelta al mundo.”

“Al conocerse su experiencia como hombre de mar se le dio el cargo de maese en la nave Concepción, el equivalente a segundo de a bordo, siendo su Capitán Gaspar de Quesada y yendo de piloto un portugués: López de Carvalho”

“Durante todo el trayecto, que no era otro que el que estaban siguiendo o iban a seguir en esta nueva aventura. Hizo todo lo posible en no significarse en nada. Bastantes problemas tenía ya con la

justicia para buscarse otros. Así y todo se vio involucrado en el motín del Puerto de San Julián, al sur de Río de la Plata, el día uno de abril de 1520 y que se inició precisamente en la nave Concepción, la de Elcano.”

“De ella partieron su capitán, Gaspar de Quesada, y Juan de Cartagena con treinta hombres, para abordar a la nao San Antonio y pedir a su capitán se unieran a la revuelta. No lo lograron, aunque pudieran tomarla y encargaron a Elcano para que custodiada y guardase su artillería.”

“Parece ser que esa fue su única intervención en la revuelta y siempre bajo las ordenes de su inmediato superior, Gaspar de Tejada. De todas formas en el juicio celebrado a su regreso en 1522, amparado por su notoriedad recientemente conseguida al ser el artífice de la circunnavegación de la tierra, no tuvo reparos en confesar que Magallanes no era santo de la devoción de los españoles, por su autoritarismo y por pretender marginar a los españoles en el mando de la armada, inclinándose siempre a favor de sus compatriotas.”

“Lo cierto es que el almirante portugués consiguió recuperar el control de la flota y realizar un juicio sumarísimo en el que se condeno a morir a cuarenta hombres entre los que se encontraba Elcano. Lógicamente no pudo cumplir la sentencia pues se quedaba sin tripulación y daba con el traste a la expedición, al final todo quedó con la decapitación de Gaspar de Quesada y el abandono en una isla de Juan de Cartagena y del clérigo Pedro Sánchez”

Lo que venía después era de sobra conocido por la tripulación del Sancti Espíritus.

“Tras perderse la nave Santiago en una exploración hacia el sur para tantear el terreno, se abandonó el puerto de San Julián a finales de Agosto de 1520. Se costeó la Patagonia hasta encontrar el estrecho que ahora llamaban de Magallanes. Fue entonces cuando desertó la San Antonio, según unos, por el miedo de su tripulación en adentrarse en un mundo desconocido o, según otros, fue enviada a España por el mismo Magallanes para informar del hallazgo, ya que este hecho se juzgaba más importante que continuar la misión.”

“Las tres naves restantes cruzaron el estrecho y el 27 de noviembre llegaron al mar del sur, llamado así porque desde la posición en que lo descubrió Balboa, en el fondo de un golfo desde la que se atisbaba tierra por el norte, este y oeste y solo agua por el sur.”

“Posteriormente, después de comprobar la placidez y tranquilidad de sus aguas (por lo menos momentánea y ocasionalmente) comenzaron a llamarlo océano pacífico, aunque como pudieron comprobar más tarde, solo tuvieron mucha suerte, pues generalmente no solía comportarse así.”

“Luego llegó la espantosa travesía sin escalas hasta las islas Marianas en donde llegaron el seis de marzo, y de donde pasaron a las Filipinas el dieciséis de marzo. Magallanes desembarcó en la isla de Cebú y posteriormente murió en Mactán el 27 de abril de 1521.”

Fue entonces cuando comenzaron los grandes problemas.

“Se decidió un mando bicéfalo a cargo de Juan Rodríguez Serrano y Duarte de Barbosa, De esta forma los portugueses se quedaban en la práctica con el mando de la flota castellana. Nuevos problemas determinaron que Juan López de Carvalho, fuese nombrado General de la Armada, estando al mando de la Trinidad, mientras que Gonzalo Gómez de Espinosa, capitaneaba la Victoria y Juan Sebastián Elcano la Concepción.”

“El poder castellano iba ganando posiciones. Al regresar la flota a Mindanao, Carvalho fue destituido, y en Bohol decidieron quemar la Concepción que tenía los bajos podridos y hacia aguas por todas partes.”

“Quedaban únicamente las naves Trinidad, mandada por Gómez de Espinosa y la Victoria capitaneada por Elcano.”

“Finalmente la flota española alcanzó su ansiado objetivo, el cuatro de noviembre de 1521, Tidore, una de las islas del archipiélago de las Molucas. Hacía ya ocho meses desde la muerte de Magallanes y casi dos años desde la partida de España. Los españoles hicieron amistad con el rey de Tidore, cargaron especias y se dispusieron a regresar.”

“Lo intentaron el dieciocho de noviembre de 1521, pero la Trinidad hacia mucha agua y no tuvieron más remedio que regresar. En Tidore se consideraban seguros y podrían reparar las naves, aunque ello costase meses de trabajo. Nadie se había replanteado, ni siquiera el mismo Magallanes, ya fallecido, regresar por otro sitio que no fuese navegar hacia el este en busca de las costas occidentales de Nueva España, pues regresa a la metrópoli en las condiciones en que se encontraban las naves resultaba una quimera. Todo ello siempre que se encontrasen los vientos favorables que lo permitiesen.”

“Al fin y al cabo eran las instrucciones que tenían del emperador Carlos I, suscritas el ocho de mayo de 1519, en las que se autorizaba a Magallanes a dejar en el viaje de ida a algunos desterrados en las islas que fuese descubriendo, para que mientras continuaban su viaje, comprobaran las ventajas que esas tierras ofrecían, hiciesen amistad con los indígenas y procurasen aprender su idioma para poder entenderse. Siendo de nuevos recogidos cuando regresasen siguiendo la misma ruta. A la vez que se les conminaba a llevar un exhaustivo control de las provisiones consumidas, para poder proveerse de lo necesario para el camino de regreso.”

“Elcano tenía el presentimiento que no sería factible cruzar de nuevo el Pacífico en sentido contrario y desde luego a muy pocos le apetecía. Por otra parte estaba seguro que marchando hacia occidente estaban más cerca de España que si fuesen por oriente. La prueba estaba en que los portugueses tardaban únicamente seis meses para regresar desde allí a la península cuando ellos, aparte incidencias, habían tardado dos años por el lado contrario.”

Fue entonces en Tidore y no antes, cuando Elcano trató de convencer a Gómez de Espinosa para dividir sus fuerzas y asegurar de esa forma el éxito de la expedición si uno de los dos barcos lograba regresar.

-Pero las ordenanzas del emperador – insinuó Espinosa.

-Al fin y al cabo solo las incumplo yo. Vos quedáis libre y yo asumiré toda la culpa. Ya tengo demasiadas condenas a mis espaldas: Venta de nave al enemigo, la revuelta de San Julián... para que me preocupe una más.

-Por esa ruta si os cogen los portugueses os mataran a todos. No les interesa que todo esto se sepa.

-Todavía no han tenido tiempo de saber de nuestra presencia aquí, pues de conocerla no sabemos cómo reaccionaran y desde luego no me imagino nada bueno. Un factor más a mi favor. Si ellos sospechan que alguien ha podido volver para contarle se guardarán muy bien de tomar cualquier represalia.

Finalmente Espinosa acepto.

-De todas formas navega por alta mar y lo mas apartado que puedas de las costas de Asia para no ser detectada tu presencia por los Lusos. – fue el último consejo que recibió Elcano de su compañero y amigo.

“La Victoria fue aligerada de la carga en especias acumuladas para la anterior salida y afrontar de esa forma y con ciertas garantías de éxito la espantosa travesía que se le esperaba. Le sacaron 50 quintales de clavo y partió de Tidore el 21 de diciembre de 1521 con cuarenta y siete europeos y trece indios a bordo. Allí quedó la Trinidad en reparación. Terminada esta intentaría inútilmente encontrar los vientos favorables que la condujesen hasta América. No los hallaría, por lo que optaron por regresar y finalmente fueron capturados por los portugueses.”

“Elcano puso rumbo sur hasta la isla de Mare, donde cargó madera, luego a la de Moa, donde carenó la nave durante dos semanas y siguió a Timor, en donde en su puerto se abasteció de agua y alimentos. El 11 de febrero de 1522 zarpó de dicha isla, dispuesto a navegar medio mundo sin escalas, para llegar a Europa. Un viaje de más de cinco meses por el sur de Asia y las costas orientales y meridionales de África, alejados de la costa para no ser descubierto por los portugueses.”

“Durante cinco meses pasaron hambre, sed y sufrieron enfermedades de las que murieron varios hombres. El seis de mayo de 1522 pasaron frente al Cabo de Buena Esperanza y doblaron por la

costa del África occidental”

“El nueve de julio avistaron las islas de Cabo Verde y decidieron desembarcar en la de Santiago.”

Lo que pasó allí más o menos todo los sabían, pero existían detalles que no habían sido suficientemente aclarados. Ahora parecía tener a Elcano a su disposición y tal vez rememorando, por la nostalgia que le producía la cercanía de las islas, lo ocurrido allí tres años antes.

-Buenos días tenga usted. Maese

-Buenos días. Esteban – respondido el aludido más por educación que por deseos de entablar conversación.

Estaba claro que Elcano no tenía ganas de hablar, pero el muchacho no era de los que se rendían fácilmente y trató de buscarle los tres pies al gato.

-¿Estamos a la altura de las islas de Cabo Verde – preguntó exponiendo su cara más inocente.

-Si...

-¿Vos las habéis visitado? Me han dicho que son como las Canarias. Incluso mejores.

-No llegan a tanto. Pero cuando las visite no tuve la ocasión de desembarcar y en realidad no puedo opinar.

-¿Estuvisteis; ¿Cuándo?

Elcano podía perfectamente negarse a responder y enviar al muchacho a hacer gárgaras. Pero en realidad la operación de cabo Verde fue casi un éxito y se solventó de forma satisfactoria. Rememorarle le vendría bien e incluso le serviría para desembarazarse el nudo que constreñía en ocasiones su estomago.

-Era un nueve de julio, lo recuerdo perfectamente, no quedaban más que galletas agusanadas y de agua, racionada, solo disponíamos de un cuartillo al día por tripulante. No podíamos pasar de largo. El problema era que si los portugueses llegaban a sospechar que veníamos de las Molucas, nuestro destino era la prisión momentánea y finalmente la muerte pues los portugueses no podían consentir que la buena nueva de nuestra llegada a esas tierras fuese conocida. Así es que urdimos un plan antes de desembarcar. Decirles que veníamos del nuevo continente, que una tormenta nos había desviado de nuestra ruita y una calma chicha agravado la situación en que nos encontrábamos. Le pedimos al gobernador de la isla de Santiago, en donde hicimos escala, que nos facilitara agua, productos frescos, carne, pan y algunos negros para poder extraer el agua que embarcaba la nave y que la extrema debilidad de la tripulación nos impedía achicarla. Reunimos todo el dinero y el oro que disponíamos para pagar la mercancía. Desembarcaron 12 hombres con el esquiife que lograron traer dos o tres cargas a bordo. Pero no era suficiente para los 29 hombres que íbamos a bordo. La quincalla que tan bien nos venía para negociar con los indígenas no nos servía con los lusos. Alguien propuso pagar con cinco de los quinientos quintales de clavo que llevábamos en la bodega. Eso era mucho más que oro para los portugueses. Urdimos un plan para tratar de engañarlos diciéndoles que ese clavo era del que se cultivaba en América. Nos preparamos para levar anclas apenas regresasen nuestros hombres bien fuese con la mercancía o las manos vacías. No se tragarón el anzuelo y cuando comprobamos que lo que regresaba no eran nuestros compañeros con el esquiife lleno de comida, sino una chalupa repleta de soldados armados hasta los dientes, di la orden de partida, pues de nuestra huida dependía la vida de todos nosotros, ya que no se atreverían ajusticiar a los prisioneros si cabía la posibilidad de que nosotros los denunciáramos. Logramos huir. No sin antes advertir a los de la chalupa con un cañonazo que estábamos dispuestos a llevárnoslo por delante antes de rendirse. Los víveres ya embarcados insuficientes para veintinueve tripulantes, si lo eran para los dieciocho que quedábamos. Existía la posibilidad de reabastecernos de nuevo en la Gomera, pero también de encontrarnos con una nao portuguesa, bien por casualidad o porque nos persiguiera. Desde allí quedaban unos dos meses de viaje antes de llegar a Sanlúcar de Barrameda. Si racionábamos los alimentos nos permitiría salir de las rutas habituales, adentrándonos mar adentro y evitar el tráfico marino. Pocos días después, el quince de julio, todavía tuvimos que sortear una tormenta en las Islas Azorres,

que por poco no nos llevó a los dominios de Neptuno. Finalmente el 6 de septiembre de 1522 llegamos a Barrameda en donde nos remolcaron hasta Sevilla. Llegamos 18 hombres con 500 quintales de clavo y otras especias, además de algunas maderas de sándalo de la isla de Mare y una sola nave. El problema es que habíamos partido cinco naos y 275 hombres. El recibimiento fue apoteósico pues después de tres años ya casi nadie esperaba que regresásemos vivos. Lo primero que hice, antes incluso de reclamar honores y la parte del botín que nos correspondía fue interesarme por la suerte de los compañeros que habíamos dejado en Cabo Verde. Los mismos ya se encontraban presos en Lisboa y fueron inmediatamente repatriados. El emperador ordenó que le visitásemos en Valladolid. Fui acompañado de Francisco Albo y Fernando de Bustamante. Todo el mundo nos admiraba ya que éramos los únicos que habíamos recorrido océanos ignotos y demostrado experimentalmente la redondez de nuestra tierra dado la vuelta al planeta aunque hubiésemos empleado tres años de nuestras vidas en el intento y sin contar que muchos la perdieron por esta causa. El emperador se portó muy bien con nosotros cediéndonos incluso el veinte por ciento del valor total de la mercancía que le correspondía. Estaba claro que visto el éxito obtenido pensaba resarcirse en el futuro.

Elcano se encontraba cansado y con la boca seca después de su larga charla, aunque en el fondo se sentía contento del resultado de la misma. Definitivamente se había sacado el fantasma de lo ocurrido en el pasado y esperaba que esta nueva aventura que terminaba de comenzar le sirviese para averiguar el paradero de algunos de los compañeros perdidos durante el periplo anterior. Se metió en su camareta después de hacer un gesto al muchacho para que no se marchase y salió casi inmediatamente, saboreando, antes de trágaselo, el último trago de vino que había tomado.

-¿Por dónde íbamos?

-Por el premio que les entrego el emperador, dado el buen fin de la aventura.

-¿Ah; Si. Pues bien. A título personal me nombró caballero y me otorgó un escudo que es el que luce el gallardete que se encuentra debajo de la bandera imperial.

Esteban miro inmediatamente a lo alto buscando el banderín, del que hasta ahora no había reparado, y pudo ver una enseña dividida en dos cuarteles, en el superior tenía un castillo sobre campo rojo; en el inferior dos palos de canelas, tres nueces moscadas en aspa y dos clavos de especie, representado sobre campo dorado. Como cimera un yelmo cerrado sobre un globo terráqueo con la leyenda, que desde la distancia no pudo leer, pero posteriormente el Enano Bellido que llegaba a todas parte le confirmo que decía “Primus circumdediste me”

-También tuve que responder de todas las causas pendientes que tenía con la justicia y de nuestra actuación en los hechos oscuros que ocurrieron durante el viaje. Pues parece que lo que pasa en la lejanía nunca llegará a saberse pero por experiencia sé que todo al final se sabe. Así es que más vale ponerlo sobre la mesa en el momento oportuno que esperar a lleguen otros para sacarte los trapos sucios. Así es que relaté lo ocurrido en el Puerto de San Julián, defendiendo el honor de Juan de Cartagena y acusando a Magallanes de haber desobedecido las órdenes reales. Reconocí haber aceptado las órdenes de los amotinados al quedarme a la guardia y custodia de la artillería de la nao San Antonio y afirmé que la dureza de Magallanes con los amotinados no tuvo más objeto que entregar el mando de las naves a sus amigos y parientes portugueses. Y eso es todo. Ahora si me lo permites voy a continuar con mis obligaciones que he desatendido durante la última hora.

Después a modo de despedida le dio un cariñoso cachete en el cogote, retirándose posteriormente a su cámara.

-Por cierto. Tengo una duda que me ha quitado el sueño muchas noches y aun no he podido aclarar – dijo parándose a pocos metros del muchacho y volviéndose.

-¿Cuál es? – respondió un intrigado Esteban.

-Cuando llegamos a Cabo Verde, uno de la tripulación que regresó a la nave con el primer viaje de bastimento de los dos que pudimos hacer. Mencionó que ese día era viernes para los portugueses cuando en nuestro diario de a bordo aparecía que era jueves. “Alguna día se nos debió olvidar ano-

tarlo” Fue su comentario. Luego ya no volvió y no pude confirmar estas palabras. Cuando llegamos a Sanlúcar lo comprobé y efectivamente habíamos olvidado anotar un día.

-¿Y qué? – respondió un escéptico Esteban.

-Que estoy seguro que no se me ha olvidado hacer la anotación de por lo menos poner: “nada digno de mencionar” ningún día, y por mucho que me caliente la cabeza no sé que puede haber ocurrido – luego alzó los hombros e hizo un gesto de impotencia y dejó al muchacho también con un mar de dudas dentro su cabeza.

Que el emperador recibió con agrado y satisfactoriamente el relato de Magallanes, según supo posteriormente por mediación de Urdaneta, es que le concedió una pensión vitalicia de 500 ducados anuales y lo indultó del delito que tenía pendiente al haber vendido su nave armada al Duque de Saboya.

Desde entonces Elcano disfrutó de tres años de tranquilidad bien merecida. Se instaló en la corte de Valladolid, y tuvo amores con María Vidaurreta con la que tuvo una hija.

Pero Juan Sebastián era un alma inquieta. Olvidó pronto las penalidades sufridas y como ya se estaba gestando una nueva empresa para visitar de nuevo las islas Molucas quiso participar en ella. Primero se involucró en las conversaciones con los portugueses que tuvieron lugar en Elvas y Badajoz. Y posteriormente solicitó un puesto en la expedición.

El resto, todos los expedicionarios lo sabían.

XXXXXX  
XXX  
X

El día treinta de agosto la latitud era de 9° 54', pusieron rumbo sur un cuarto sureste y el treinta y uno únicamente sureste, porque el escaso viento no permitía otro rumbo. El día uno de septiembre, siguieron esa misma derrota y la continuaron hasta el día cinco, encontrándose por entonces a la altura de Sierra Leona, distante cincuenta y cuatro leguas al éste.

Nada especial ocurría y Esteban comenzaba a estar aburrido. No encontraba la oportunidad de entablar alguna conversación o sonsacar a alguien algún asunto de mediana importancia. Todos parecían huir de su lado, o por lo menos así se parecía, farfullando la menor excusa.

Hacia días que iba detrás de Rodrigo para subir a la gavia juntos y que le explicase las diversas partes del velamen como le tenía prometido, pero parecía que nunca era el momento oportuno.

Gracias a Dios el día seis hubo una novedad que le tuvo entretenido por los menos un par de días. Simplemente nos cruzamos con una nave que iba en sentido contrario al de la flota. La nao trató de evadirse y emprendió rápidamente una veloz huida. La maniobra no era lógica si se trataba de una nave amiga, por lo que todos supusieron era enemiga. Loaisa dio inmediatamente la orden de caza, variando el rumbo a norte noroeste a pesar de que íbamos en sentido contrario a nuestros intereses. Por ese motivo y ante la imposibilidad de alcanzarla antes de las doce de la noche disparó un cañonazo para que las naves se reunieran dando fin a la persecución.

Pero las más ligeras, que hasta entonces estaban ralentizando la marcha al ritmo que marcaban las más lentas. Se sintieron liberadas y Rodrigo de Acuña con el San Gabriel y Santiago de Guevara con el patache Santiago la continuaron.

El problema era que desconocían la nacionalidad de esa nave que había surgido de la nada. Probablemente sería portuguesa, pues era una ruta frecuente para las naos de esa nacionalidad, pero igualmente podía ser francesa, nación con la que estábamos en esa época perennemente en guerra, dada la rivalidad de sus respectivos monarcas, el español Carlos y el francés Francisco. Y era una buena oportunidad para conseguir un excelente botín.

Las banderas nacionales eran en aquella época muy variables y bastantes similares. Sobre todo vistas de lejos y cuando el viento estaba calmado y no flameaban. La española era blanca con la cruz de borgoña, desde el casamiento de la reina Juana con Felipe apodado el Hermoso, pero muy parecida a los pabellones de Francia, Nápoles, Toscana, Parma o Sicilia. Eso motivó que años después Felipe II cambiase el blanco por el amarillo y como no parecía suficiente casi tres siglos más tarde Carlos III la cambiase por la vistosa bicolor actual, con sus llamativos colores rojos y amarillo gualda.

Se cruzaron incluso apuestas entre la tripulación y casi todos deseaban que fuese una nao francesa por el beneficio económica que de la presa pudiesen obtener.

El Santiago fue el primero en darle alcance y solo con su presencia consiguió que el navío se rindiese sin ofrecer resistencia. Finalmente resultó ser una nave portuguesa. No la abordó Guevara pero si conminó a su capitán para que se acercase a la flota y rindiese cuentas ante el Almirante. En ello estaban cuando llegó a su altura el San Gabriel. Acuña, su capitán, disparó un cañonazo de aviso e intimidación, ordenando a los lusos que arriasen las velas y se diesen por presos.

Esa aptitud de dar por suya la presa, molestó a Guevara, que aunque era un capitán de inferior rango, no por ello dejaba de ser suya la captura. Ante el estupor de los portugueses, que no daban crédito a cuanto estaban viendo y escuchando, comenzó una discusión, acompañada de alguna que otra palabra soez, que el pudor me impide reproducir. Lo único cierto es que los cañones de las respectivas naves estuvieron a punto de intervenir en la dialéctica en sustitución de las palabras.

Hay que entender que en aquella época el tema de la superioridad en el mando, especialmente entre oficiales de igual graduación, era muy imperativo y dependía más de su apellido que de su ejecutoria militar. Acuña era un Acuña y quiso hacer valer su apellido.

El problema que tuvo, y eso lo veremos más adelante, es que Guevara, aparte de cuñado de Elcano, tenía pendiente una misión secreta ordenada por el mismo Loaisa.



La nao portuguesa fue liberada inmediatamente apenas estuvo bajo la jurisdicción del Almirante. Los lusos fueron agasajados más de lo que las normas de cortesía de esa época aconsejaban. Brindándose por su parte a trasladar a la península el correo que tuviesen a bien entregarles. Todo ello gracias al pacto de no agresión que “oficiosamente” existía entre ambas naciones.

Los trapos sucios internos que se había creado, llamémosles Acuña y Guevara, se lavarían apenas la expedición tocara tierra firme.

XXXXX  
XXX  
X

Esteban rememoraba una de las maravillosas tardes de primavera en la que, tomando el tibio sol de su tierra, platicaba con la bella Clara, medio escondidos en el cenador del espacioso jardín que disfrutaban en su casa los marqueses de las Dunas. Los encuentros no eran tan íntimos como el muchacho hubiese deseado, pero por lo menos le servían para reafirmarse en el amor que por ella sentía. Se limitaban a conversar, discretamente separados y sin osar tocarse el uno al otro. De saberlo lo hubiese definido como un amor platónico. Mas que una charla entre ambos, el dialogo no era más que un monologo por parte de la marquesita abusando de su superioridad, bien fuese intelectual, por edad o simplemente por su apellido. En definitiva siempre era ella la que llevaba la voz cantante.

Pero a Esteban todo ello le encantaba. Se quedaba prendado escuchando aquella armoniosa voz y absorbiendo toda la información que le proporcionaba, bien fue real o ficticia.

En cierta ocasión le contó la historia de un personaje llamado Ulises que era rey de Ítaca o tal vez le dijo Italia. Ya no recordaba muy bien.

Había participado en la guerra de Troya y al finalizar esta, emprendió el camino de regreso a su casa para reencontrarse con su esposa Penélope y su hijo Telémaco. Pero por causas que tampoco recordaba, se desvía de su ruta, muy lejos de su destino, hasta más allá del mundo conocido y, un viaje que no tardaba en recorrer más de siete días, se prolonga durante diez años.

Las aventuras que corrió, luchando contra el gigante Polifemo o resistiendo el encanto de las sirenas que querían arrastrarlo al fondo del océano, no vienen al caso y las obviaba. Pero de aquella historia lo que más le fascinó fue el amor de Penélope por Ulises, que hubiese deseado fuera de Lucia para él, rechazando el continuo acoso de sus convecinos, que creyendo muerto a su esposo, la rondan y pretenden seducirla para adueñarse de su palacio.

Pero de todo ello lo que más le impresionó fue la estrategia para eludirlos o por lo menos para retrasar en lo posible su inexorable destino final que no sería otro que ceder a las presiones de sus pretendientes. Penélope puso como plazo para acceder a sus pretensiones la terminación de una labor. Pero todo lo que tejía durante el día lo deshacía por las noches, para que su trabajo no tuviese nunca fin.

Venia todo ello al caso y lo recordaba porque durante esos días le ocurría a la flota un hecho similar. Ya que todo lo que avanzaban durante el día lo retrocedían por la noche. Como si una fantasmal Penélope los vigilase y quisiera impedir que llegasen a su destino.

Lo cierto es que tardaron mes y medio en recorrer las ciento cincuenta leguas que en esos momentos los separaba del Golfo de Guinea. Eso hace una de media de poco más de tres leguas al día. Pero si tenemos en cuenta que los últimos días de ese plazo se le dio un buen arreón, quiere eso decir que en los restantes no solo no se avanzó casi nada, sino que incluso se retrocedió.

La culpa la tuvo entrar el seis de septiembre de 1521 en una zona de calmas, los velámenes se quedan sin empuje y la flota quieta. Todo ello cuando los vientos no nos eran contrarios que obligaban a hacer rumbos de 2º, 3º y 4º cuadrantes. Tampoco se podía decir que aquello constituía una sorpresa pues Elcano ya lo experimentó cuando viajó, por aproximadamente la misma época, con la flota de Magallanes.

A Esteban se le ocurrió llevar la cuenta con los datos que se sacaban diariamente pesando el sol y anotó los más significativos, tratando de comprender lo que ocurrió durante esos días. El diecinueve de septiembre se encontraban a 4º 6' latitud norte, es decir a unas ciento ocho leguas de Sierra Leona.

El veintiuno estaba la flota a 5º latitud norte y con una corriente que les empujaba al septentrión. En dos días no habían avanzado nada sino que incluso habían retrocedido, alejándose de su destino. La situación sino crítica si era por lo menos desesperante.

Loaisa comenzaba a quejarse no solo de los días perdidos durante la estancia en la Gomera, sino también en esta zona de calmas. Daba por sentado que Caboto, que con toda seguridad habría tomado un rumbo más seguro, ya lo habría adelantado y estaba predestinado a llevarse toda la gloria.

El veintiocho de septiembre la latitud norte era de  $3^{\circ} 45'$  y se estimaba se encontraban a noventa y seis leguas de Sierra Leona.

El treinta la latitud era de  $3^{\circ} 51'$ . En dos días no se habían vuelto a mover del sitio, por no reconocer que incluso habían retrocedido.

Ya desesperado Loaisa ordeno el uno de octubre con latitud norte de  $3^{\circ} 36'$  hacer rumbo sureste, éste sudeste e incluso hacia el éste puro y duro. Ante un Elcano, que para no contradecir a su patrón, veía con escepticismo todas estas maniobras, hasta que finalmente se le hizo caso al piloto oficial de la expedición que ordenó tomar la ruta de éste sureste, hasta el día siete de octubre y luego al sureste un cuarto al éste y finalmente otra vez al éste hasta el doce de octubre en que se alcanzó el ecuador.

Siguieron ese día al sureste un cuarto al éste hasta el día quince, en que al amanecer descubrieron una isla a la que pusieron el nombre de San Mateo, y que se encontraba a únicamente diez leguas de distancia.

Así y todo estuvo la flota durante cuatro días, del 16 al 19 de octubre, para poder tomarla pues no sabían por donde atacarla, ya que su única playa estaba cubierta por la marea y solo emergió al bajar esta. Por fin al mediodía del día veinte se pudo desembarcar. Se encontraban entonces a  $2^{\circ} 30'$  de latitud sur. Desde ese día dejaron de ver la estrella polar.



Isla de Annobon (llamada San Mateo entonces) con el lago en su cumbre. Estuvieron cuatro días para poder abordarla pues sus costas rocosas lo impedían. Las playas, como la de abajo a la izquierda, solo se manifestaban durante la marea baja.

## CAPITULO VI

### Del Golfo de Guinea hasta Suramérica

Se ordenó lanzar las anclas y bajar a tierra para recomponer los desperfectos del pasado temporal, cargar productos frescos y sobre todo hacer aguada, para llenar las botas y toneles y resarcirse por el mucho tiempo empleado en hacer tan poca mar.

La dicha isla de San Mateo es conocida actualmente con el nombre de Annobon, del portugués “ano bom” que significa año nuevo por ser descubierta un uno de enero. Fue posteriormente colonia española hasta la segunda mitad del siglo XX.

Pero en esos momentos estaba deshabitada. Un portugués que participaba en la expedición y no era la primera vez que la visitaba, dijo que aquella isla había sido poblada por portugueses, pero los esclavos negros que poseían mataron a sus señores y a todos los cristianos en una revuelta. Para confirmar todos estos hechos encontraron huesos humanos, edificios de casas medio derruidas e incluso una cruz de madera con unas letras inscritas que decían: “Pedro Fernández pasó por aquí el año de 1515”

El pequeño archipiélago lo forman una isla grande, la que habían llamado de San Mateo, que era alta y muy poblada forestalmente, y en su parte este se apreciaban dos peñascos, uno más grande que el otro. Estaban separados de la isla por un canal que no permitía la navegación de una nao, al tener una braza o a lo sumo braza y media de profundidad.

En uno de los lados de la playa existía un surgidero de agua que bajaba en cascada y formaba una pequeña laguna en su base antes de correr hacia el mar. El agua era de excelente calidad.

Mientras unos hacían aguada llenando las pipas y barriles vacíos y en algunos casos renovando el agua de los que todavía estaban completos, otros se dedicaban a recolectar naranjas, palmitos, cocos y a la caza, especialmente de los llamados pájaros bobos a los que mataban a palos ya que no huían ante la presencia de los humanos. Sin despreciar a las gallinas, tórtolas y otras aves, que encontraban a su paso, así como recoger los huevos que hallaban en sus nidos.

Loaisa, que ya daba por pérdida su carrera con Caboto, sin sospechar que este todavía no había abandonado la península, decidió quedarse unos días en la isla para que la gente se recuperase, tanto física como anímicamente, de las penalidades sufridas, y afrontaran con éxito la travesía del atlántico, que por la parte en que lo harían. apenas le llevaría un mes de navegación hacerlo. Poco podía imaginar, en esos momentos, que por causas imprevistas, que relataremos en su momento, la estancia se prolongaría algunos días más.

Aprovecharon también para pescar, ya que en esos lugares los pescados abundaban. Los encargados de esta misión eran Paolo, en sus ratos libres como cocinero, y Esteban, que siempre estaba dispuesto a ayudarlo en sus aventuras, acompañados de cuatro marineros que se encargaban del manejo del esquite y ayudar en lo que pudiesen, intuyendo que posteriormente serían recompensados debidamente en sus raciones de comidas. Un día capturaron un pescado grande, de un aspecto feroz, y cuyos dientes parecían los de un perro. Nadie sabía con exactitud a que especie pertenecía y cuando fue expuesto en cubierta recibió hasta tres nombres diferentes. Algunos incluso apuntaron que era muy común en el Caribe y que su carne resultaba deliciosa.

Pero en esos momentos Paolo ya tenía decidido que ese pescado constituiría el plato principal para la cena que tenía ordenada preparar, a bordo del Sancti Espíritu, para agasajar a la mayoría de jefes y oficiales de la flota.

No se sabe a ciencia cierta si fue por esa causa o alguna otra, porque muchos de los oficiales no asistieron, y si alguno de los asistentes comió o dejó de comer. Pero lo cierto es que al día siguiente comenzaron a enfermar algunos de los participantes en el ágape, entre los que se encontraban: Loaisa; Elcano; Rodrigo Bermejo, el piloto mayor y Alonso de Tejada el contador. Posiblemente

también algunos otros de otras naves que quedaron fuera del control de Esteban. Los síntomas fueron vómitos y diarreas, que como cesaron a los pocos días nadie les dio la más mínima importancia. Y sobre todo nadie acusó al pescado sacrificado como causante del desaguado.

La única consecuencia de estos hechos es que la partida se demoró unos días más. A nadie parecía afectarle este retraso y otros incluso se alegraron.

Loaisa, a pesar de su enfermedad, considero necesario solucionar de una vez el conflicto surgido entre sus dos capitanes a raíz del apresamiento de la nao portuguesa. Se efectuó un juicio sumarísimo, presidido por el propio almirante, que después de ser informado con todo detalle de lo ocurrido, determina que Acuña pasase como detenido a la nao Capitana por espacio de dos meses, suspendido durante ese plazo de empleo y sueldo. Con Guevara fue sin embargo más condescendiente, pues aunque lo suspendió igualmente del sueldo, no lo apartó del mando.

Con esta sentencia, claramente se gana la enemistad de Acuña y el agradecimiento de Guevara pues era lo mínimo que le podía pasar al enfrentarse con otro capitán de mayor rango. Hay que tener en cuenta que Rodrigo de Acuña ocupaba el cuarto puesto en la línea de sucesión del mando de la flota.

Para sustituir a este en el cargo de capitán de la San Gabriel se nombra a Martin de Valencia, que en principio era el destinado a tomar el mando de las carabelas que se quedasen en las Molucas.

El mismo tribunal tomó medidas disciplinarias contra ocho hidalgos que oficialmente se habían sublevados. Esteban se mostró sorprendido pues no se había enterado de nada a pesar de que los hechos trascurrieron en su propia nave. Al final Loaisa echó agua sobre el fuego considerando que el incidente carecía de excesiva relevancia, ya que se juzgaba la aptitud de unos hidalgos demasiados quisquillosos con el mando de marinos, como Elcano, de menor rango social, y con independencia de que fuese el segundo en el mando de la flota. Una incongruencia actualmente, pero así era la España de aquella época.

Finalmente todo quedó en un arresto y la advertencia de que en el caso de reincidencia las consecuencias serían mucho más graves.

Fue entonces cuando Esteban pudo comprobar que en la flota pululaban una serie de personajes y personajillos, algunos con algún cargo que a él le parecían más simbólicos que reales, mientras que otros eran simplemente parásitos que no hacían otra cosa que aburrirse e intrigar a espaldas de los oficiales. A bordo del Sancti Espíritu curiosamente le habían pasado desapercibidos, pero durante su estancia en tierra, en un espacio reducido de la isla y todos juntos, resultaban más evidentes.

Según Urdaneta, al que preguntó tan pronto como pudo por la procedencia de esos lechuguinos, le respondió que una flota no se compone únicamente de naos y tripulantes, que indiscutiblemente son muy importantes, sino también son necesarios los fondos para armarla y abastecerla.

Luego hizo una pausa y comenzó una conversación entre ellos.

-Has de tener en cuenta que banqueros como Jacome Fucar han aportado diez mil ducados a los fondos de la flota; Bartolomé Bilzer, dos mil y otros como el Conde Hernando de Andrade seiscientos ochenta y cinco.

-¿Por qué cantidades tan diferentes?

-Cada uno pone lo que tiene, puede o le da la gana. Después según lo aportado recibirá luego los beneficios que le correspondan, y se prevén serán cuantiosos los correspondientes a esta expedición. Incluso el emperador Carlos ha aportado, según parece, dos o tres mil ducados de su peculio particular, y de los que obtendrá beneficios independientemente de lo que le corresponda por el llamado quinto real.

-Y esos lechuguinos que se pavonean con las manos en sus bolsillos, sin hacer nada. ¿Qué pintan?

-En primer lugar no está bien que te burles de ellos, pues por muy grotescos que te parezcan son hidalgos y merecen un respeto. Y en segundo lugar te diré que también son promotores de esta expedición, aportando cada uno la cantidad de ochenta ducados que equivalen a treinta mil

maravédies. Y aunque solo fuese por eso merecen nuestra gratitud pues han hecho posible este viaje.

-¿También cobrarán beneficios?

-Lógicamente. Aunque también creo, al pagar todos igual, que lo que han hecho es comprar o asegurarse un cargo importante en la expedición. Bien sea de contador o tesorero en las naos. O posteriormente en el asentamiento que con toda seguridad tenemos que establecer en las islas Molucas para defender nuestros intereses ante los portugueses o ante quienes traten de usurparlos.

-¿Quiénes son?

-En nuestra nao, el Sancti Espíritu, están Hernando de Bustamante como tesorero y Diego de Estella como contador; en la Victoria están Luis de Buzón e Iñigo Cortes de Perea ocupando respectivamente los mismos cargos; en la Anunciada, Francisco de Peña y Alonso de Victoria; en la San Gabriel Gonzalo de Salmerón y Diego Hortiz de Hurue – recitó en un prodigio de memoria- luego están la Santa María del Parral y la San Lesme, que no tienen tesorero pero sí contador y son respectivamente el Bachiller Simón Tarragón y Toribio de Salazar. Luego ya está el patache Santiago que no lleva a bordo ningún cargo de esos.

-Hay muchos más...

-Efectivamente. Pero esos de momento no tienen ningún cargo en las naves, pero en el futuro no te extrañe que los veamos luciendo alguno cuando lleguemos a nuestro destino. Ahí tienes por ejemplo a D. Joan de Benavides que será el tesorero de las carabelas y fustas que se queden en el Moluco...

Viendo la intención de Esteban de continuar con sus preguntas, le advirtió.

-... y por favor no preguntes más pues ya te he dicho cuanto se.

Se lo dejó plantado.

Aquella zona era muy rica en pescado y para darnos cuenta de ellos vale la pena recordar el relato con el que Urdaneta nos obsequia en su “Relación Inédita”:

“En todo este golfo, desde que pasamos a Cabo Verde había muchas pesquerías é cada día víamos (sic) una cosa ó pesquería la mas fermosa de ver que jamás se vio; y es que hay unos peces mayores que sardinas, los cuales se llaman voladores, por respeto que vuelan como aves en aire, bien un tiro de pasamano, que tiene alas como casi de murciélago, aunque con de pescado y estas vuelan y andan a manadas; y así hay otros pescados tan grandes como toninos, que se llaman albacoras, los cuales saltan fuera del agua, como en el aire, que muchas veces víamos que, yendo volando las tristes de los voladores, saltando en el aire, los albacoros las apañaban, é asimismo que llaman rabihorcados, los cuales se mantienen de los peces voladores que cazan en el aire; que muchas veces los voladores, aquejados de los albacoros y de otros pescados que le siguen, por guarecerse vuelan donde topan luego con los rabihorcados, é apañan de ellas; de manera que, ó de unos ó de otros siempre corren los voladores, é venían a dar dentro de la nao, y como tocaban en seco no se podían levantar, é así los apañábamos.”

La abundancia de pescado por otra parte era tanta que resultaba prácticamente imposible de consumir. Por otra parte se aproximaba una travesía de por lo menos un mes por en medio del Atlántico en donde sería casi imposible conseguir más piezas y seguro que echaríamos mucho de menos la abundancia de estos días.

Paolo expuso a Elcano la posibilidad de limpiarlo y conservar sus partes más nobles secándolas al sol o sazónándolas con abundante sal. La idea fue inmediatamente aceptada por Elcano, que sabía lo que era pasar hambre en mitad de un océano. Pasó la idea a Loaisa para involucrar al resto de las naves y que cada una de las naos se abasteciera en la cantidad que juzgase necesaria.

Para no menguar las existencias de sal se envió a los hombres para que la recolectasen en las charcas de salpicadura que se formaban fuera de la zona de marea y que se alimentaban únicamente por las salpicaduras del mar.

XXXXX  
XXX  
X

La súbita enfermedad de alguno de los mandos hizo que la partida se retrasase y de los cuatro días de permanencia en la isla se pasó a diez o doce.

Esteban aprovechó esos días extra y el tiempo libre que ello le permitía, para realizar excursiones por los alrededores o incorporarse a algunos de los grupos que se organizaban para localizar plantaciones y hacer un buen acopio de frutos frescos. Todo ello sin despreciar a cualquier animal que se cruzase en el camino y les proporcionase carne fresca, pues ya estaban comenzando a cansarse de tanto pescado. Para ello iban acompañados de un par de buenos ballesteros que donde ponían el ojo colocaban la flecha.

La isla, que habían bautizado con el nombre de San Mateo, es de origen volcánico, un tanto ovalada alargada, compuesta de roca basáltica, muy peñascosa y desde un punto elevado pudieron comprobar la existencia de unos islotes rocosos situados a poco más de una milla de distancia. El centro de la isla estaba presidido por el cono del volcán que le dio origen.

El mismo no presentaba signos de actividad desde hacía mucho tiempo y el cráter, que tendría una longitud de 600 metros y una anchura de 400, estaba repleto de agua, de un maravilloso color verde, y que con los reflejos del sol parecía una esmeralda.

Existen muchos riachuelos que se desplazan serpenteando por la ladera de las montañas y que en ocasiones caen con estrepito desde lo alto de una roca formando una cascada. Al pie siempre se formaba una pequeña laguna, de poca profundidad, que la tripulación aprovechaba para refrescarse y quitarse el sostro de varias semanas en convivencia con el ambiente marino.

Esteban se maravillaba de la forma en que algunos de sus compañeros se deslizaban por el agua, mientras él se mantenía en lugares en donde el agua apenas superaba sus partes nobles, para evitar que averiguasen que no sabía sostenerse sobre el agua.

Comenzó a preocuparse en ese aspecto. ¿Qué pasaría si el barco se hundiese o él cayese accidentalmente al agua? Un preocupación más que estaría rondándole la cabeza durante unas cuantas semanas.

La costa de la isla es muy abrupta, que en cierta manera justificaba el tiempo, cuatro días, que tardaron en abordarla. Contrastan los acantilados con las colinas quebradas con hermosos valles en el interior, mientras que en la costa los arrecifes abruptos se intercalan con playas de fina arena dorada, que los más veteranos comparaban con la del Caribe. El problema es que generalmente, esas playas, estaban cubiertas por la aguas durante las mareas altas y solo se mostraban cuando esta bajaba. También dejaba al descubierto unos fondos rocosos con sus pozas repletas de pescados que se podían coger con las manos.

Aquello resultaba un paraíso en el que Esteban no le hubiese importado quedarse una buena temporada, pero la dicha no era eterna y se acercaba el momento de la partida. Y que para el Sancti Espíritu fue un par de días antes que para el resto.

Por suerte las tripulaciones se retiraban por la noche para dormir en las naos y muy pocos se quedaban en tierra. Principalmente porque la marea podía inundar las playas en cualquier momento y a nadie le apetecía dormir en el linde del bosque en compañía de los insectos que por allí pululaban. Aunque algunos los preferían a los piojos que infestaban las naves.

El día treinta y uno de octubre se levantó un viento imprevisto que hizo que la nao Victoria comenzase a garrear. Desplazándose sobre la Sancti Espíritu. Elcano, ante la inminente colisión, reaccionó rápidamente. Ordenó soltar las amarras y puso a toda la tripulación en estado de alerta máxima. Bellido, juntos con otros marinos, subieron a los mástiles para liberar alguna velas menores para desplazarse más rápidamente y evitar el embate. Lograron sin problema salir de la ensenada, alejándose de la costa en donde estarían más seguros.

Quedaron voltejando a la vista de todos. Situación que continuó al día siguientes. Elcano comprendió que no valía la pena entrar de nuevo en la rada dado los esfuerzos que ellos comportarían. Pues salir era una cosa y entrar otra muy diferente, además de difícil. Por otra parte voltejear por



delante de la ensenada, únicamente para estar a la vista de los restantes miembros de la flota, era someter a la tripulación a un esfuerzo innecesario dado la gran cantidad de maniobras a realizar. Estar al paio tampoco era una solución, pues por muy anclado que estuviesen las fuertes rachas de vientos que en ocasiones los sorprendían les podían hacer garrear y lanzarlos sobres los acantilados que flanqueaban la ensenada.

El maese no ignoraba que la escuadra no saldría antes del día tres de noviembre, así es que decidió dar una vuelta a la isla para coincidir con ellos a la salida de la flota. Cuando amaneció el día dos y no vieron al Sancti Espirita Loaisa se preocupó. ¿Habría sido arrastrado por alguna corriente durante la noche? Desde luego el viento no había soplado especialmente fuerte durante la vigilia y no parecía ese el motivo pero la preocupación era máxima pues a bordo de esa nao iba el piloto mayor y quien en definitiva tenía que dirigirles a su destino.

Como tenía previsto el día tres ordenó la partida para ir inmediatamente en busca de la nave de Elcano. Felizmente la encontraron a las pocas horas y después de lanzar un disparo de lombarda en señal de aviso y alegría, partieron las siete velas juntas poniendo rumbo al oeste un cuarto noroeste, para pasar seguidamente a suroeste un cuarto sur, empujado por los alisios.

El día cinco de noviembre, que era domingo, teníamos a la isla de San Mateo al sureste y nos habríamos alejado de ella unas catorce leguas. Ese día todavía recorrimos siete leguas más siguiendo la dirección que nos marcaba el viento y que nos era favorable. Oeste una cuarta suroeste.

Al día siguiente no se pudo pesar el sol al encontrarse el cielo nublado. Continuamos con el mismo rumbo y según apreciaciones de algún tripulante experto, estimó que se habían recorrido doce leguas.

El día siete si pudo Urdaneta tomar el sol y nos encontrábamos a cincuenta leguas de San Mateo. Teniéndola al este sureste. La flota continuaba con el rumbo oeste cuarta al sudoeste.

Al día siguiente nos encontrábamos en la misma latitud sur de grado y medio y Alejados de nuestro punto de partida sesenta y cinco leguas.

El viernes 10 de noviembre se tomó el sol y estábamos a 2° de latitud, seguíamos con el mismo rumbo y nos habíamos alejados cien leguas de San Mateo.

Después de una semana de navegación Urdaneta estaba contento pues la marcha que llevábamos era bastante buena y se estaban cumpliendo los objetivos. Sin embargo en lo que respecta a Esteban la navegación en esas circunstancias resultaba muy aburrida, máximo teniendo en cuenta que no sucedía ningún hecho que rompiera la monotonía del viaje. Salvo conocer la distancia que nos alejaba de San Mateo y nos acercaba al nuevo continente. Por suerte el tiempo y sobre todo el viento nos acompañaban.

Un día coincidió con Urdaneta en la tolda que durante esos días estaba protegida por una especie de lona, improvisada con un trozo de vela que la tapaba parcialmente para proteger a los oficiales de el calor y los implacables rayos de sol que caían inmisericordes, en ese lugar durante todo el año al encontrarse prácticamente en la línea equinoccial.

Esteban no comprendía como en la época del año en que se encontraban hiciera esa calor, ya que en La Coruña, el lugar en donde había residido casi toda su vida, ya llevaría un buen chaquetón y debajo un cuerpo de lana, tejido por su tía, y que no era otra cosa que una especie de chaleco de pura lana que se llevaba debajo de la camisa para proteger el torax de los rigores invernales gallegos.

-Ten en cuenta que ya nos encontramos en el hemisferio sur y que cuando en España es invierno, aquí es veranos y viceversa – le explico Urdaneta- por ese motivo tendrás unas navidades calurosas. Ahora sin embargo nos encontramos tan cerca de la línea ecuatorial que prácticamente hace la misma temperatura en cualquier época del año.

Esteban palmoteaba de alegría pues no se lo podía creer. Bañarse en navidades y posiblemente en alguna isla o playa paradisíaca era más de lo que podía imaginar. Mientras tanto Urdaneta continuaba su trabajo anotando letras y fechas sobre una hoja de papel que tenía ante sus ojos.

-¿Qué haces? – le interrumpió de nuevo el muchacho.

Urdaneta que ya se encontraba algo cansado, o por lo menos hastiado del trabajo que estaba realizando, decidió hacer una pausa en su labor y paliar por enésima vez la curiosidad de Esteban.

-Elcano, cuando sufrimos la calma y los vientos contrarios a la altura de las costas de Sierra Leona, y que nos llevo mes y medio recorrer unas pocas leguas. Recordó que durante su único y postrer viaje con Magallanes le ocurrió una cosa similar cuando pasaron por allí hace de eso ya cinco años aproximadamente y durante la misma época del año. Vista esta nueva experiencia, cree con razón, y yo opino lo mismo, que nos encontraremos con las mismas condiciones meteorológicas, salvo algunas excepciones, si pasamos por los mismos lugares de entonces, que en definitiva es lo que vamos a seguir y posiblemente en la misma época del año. Pues entonces no les fue tan mal y no tendría ningún inconveniente en repetirlos. Por algunas notas que guarda y hurgando en su memoria me ha comunicado unas fechas y notas de los lugares en que se encontraban en esos momentos. Ahora lo estoy pasando a limpio. Y son las siguientes.

Le mostró entonces el papel en que había estado escribiendo y donde, cronológicamente, aparecían escritos unas fechas y el lugar en donde se encontraban ese día.

“10 de agosto de 1519 Salida de Sevilla”

“20 de septiembre de 1519 parten de Sanlúcar de Barrameda”

“26 de septiembre de 1519 Llegan a las Islas Canarias”

-Como recordaras – continuó Urdaneta – nosotros partimos de la Coruña el día 24 de junio y llegamos a las Canarias el uno de agosto es decir únicamente ocho días después. Magallanes empleó seis días en hacer el trayecto partiendo de Sanlúcar. La diferencia es lógica si tenemos en cuenta que nosotros partimos del norte de la península y ellos desde el sur.

-Lo que no me parece tan lógico es que se tarden cuarenta y cinco días en descender por el Guadalquivir desde Sevilla a Sanlúcar – apuntó inmediatamente Esteban que ya se había hecho mentalmente una composición de lugar.

-¡Efectivamente; A mí también me ha parecido un tiempo excesivo para un trayecto relativamente corto. Pero he consultado con marinos que lo han realizado a menudo, y me han confirmado que se tarda bastante, aunque no me han podido especificar el tiempo exacto. Aducen, debido a no sé qué extraña creencia, que cuando embarcas no es aconsejable llevar la cuenta de los días que permaneces en la mar. Posiblemente para no volverse loco. Pero, como ya te dije el otro día, únicamente por la pérdida de tiempo que representa el partir desde Sevilla ya justifica el traslado del punto de partida y de la casa de contratación a la población de la Coruña, de todos los asuntos referente al Moluco. Todo ello sin tener en cuenta que para viajar a estas islas se precisan unas naos más grandes que difícilmente podrían navegar por ese río.

Urdaneta mostró de nuevo sus apuntes al paje.

“El tres de octubre, Magallanes puso rumbo al sur y el trece de diciembre llegaron a Rio de Janeiro”

-En Canarias solo estuvieron siete días – apuntó el muchacho – y nosotros...doce- añadió después de realizar un rápido calculo mental.

-Así y todo en estos momentos aun les llevamos una ventaja de más de cuarenta días. Pero esa diferencia ya no tiene importancia debido al tiempo que perdimos en Sierra Leona. Aunque posiblemente el plan de Elcano se vaya al traste por ese motivo.

-¿Y ahora como vamos?

-En ello estaba- respondió el aludido, alzando sus hombros – Tengo claro que no hemos acertado con el rumbo. Elcano ha querido bajar hasta el Golfo de Guinea, para que una vez allí los alisios nos empujen sin problemas hasta el nuevo mundo. Pero las calmas y los vientos contrarios nos han penalizado en exceso.

-A Magallanes le pasaría lo mismo... - intentó Esteban lanzar un soplo de consuelo.

-No lo parece. Elcano no me ha dicho nada, pero posiblemente el portugués se la jugó tomando un rumbo más directo y la singladura le salió bien. Ya que según los datos que tengo – revisó de nuevo sus apuntes – el trece de diciembre de 1519 llegó a Rio de Janeiro. Ya me daría con un canto en los dientes si llegamos a ese mismo lugar en la misma fecha.

-Y que por supuesto será la fecha tope que tenemos nosotros para llegar...- sentenció el muchacho

-Efectivamente. Hoy es diez de noviembre y nos quedan exactamente treinta y tres días para por lo menos poder igualarlos. Pero en estos momentos ni siquiera sé que distancia nos separa de Río, pues nuestra única referencia es la recorrida desde que partimos de San Mateo. Ahora mismo lo único que me interesa es conocer la distancia que nos separa de Rio de Janeiro o por lo menos del continente americano.

-Pregúnteselo... Elcano lo debe saber – aportó el muchacho con gesto tímido e intuyendo que se estaba metiendo en camisa de once varas.

Urdaneta afirmó con la cabeza.

-Mañana lo haré. Mejor descontar lo que nos queda que sumar lo corrido.

XXXXX  
XXX  
X

Al día siguiente, que era el sábado once de noviembre, ni el posterior domingo, se pudo pesar el sol al salir el cielo nublado.

El lunes Esteban se despertó nervioso y lo primero que hizo al levantarse es comprobar que la esfera celeste se encontraba libre de nubes. Eso tampoco quería decir nada pues en las cuatro horas que quedaban hasta el mediodía podía pasar de todo, sin embargo resultaba un alivio. En realidad ya lo intuía pues cada vez que se despertó esa noche comprobó que el trozo de firmamento, que desde su pequeño trozo de recogimiento en el alcázar se podía ver, estaba repleto de estrellas.

Después de servir el desayuno y ayudar a Paolo en la preparación de la comida del mediodía, estuvo rondando a Urdaneta que también parecía atareado esa mañana y no osaba interrumpirlo en su labor. Finalmente se introdujo en la cámara y salió a los pocos minutos con los instrumentos de medir debajo del brazo.

Se acercó inmediatamente para ayudarlo en las labores de montar los artilugios. Después de unos momentos de tensa espera, mientras realizaba las oportunas mediciones que tomó hasta en dos ocasiones para evitar cualquier error. Posteriormente desmontó toda la parafernalia de instrumento y se introdujo de nuevo en la cámara de Elcano para comunicarle el resultado y que este las confrontara con unas tablas que guardaba celosamente.

Al cabo de casi media hora salió, casi exclusivamente para ofrecerle el resultado a Esteban que aguardaba nervioso sentado en el banco de la tolda.

-He tomado casi cuatro grados de latitud sur y la isla de San Mateo la tenemos a 150 leguas al este.

-Pero eso nos deja como el otro día, sin saber exactamente lo que nos falta...

-No. Porque hoy tenemos otro dato. Tenemos la isla de la Ascensión a setenta y cinco leguas al sureste

-¿Y eso que nos revela?

-Mucho. Esa isla se encuentra en mitad del océano entre África y América.

-¿Una isla en mitad del océano?

-Naturalmente es de origen volcánico y con multitud de cráteres durmientes.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que a diferencia de San Mateo cuyo cráter esta extinto, en esta puede haber alguna erupción en cualquier momento.

-¿Y por eso nadie la visita...?

-Las Canarias tienen volcanes en activo y por eso no dejan de estar habitadas. El problema de la isla Ascensión es que no tiene agua y por eso nadie la visita salvo en casos de extrema necesidad. Según he podido saber por Elcano solo llueve durante el periodos de tiempo que va de Enero a Abril, que es la época en que se puede recoger algo de agua si fuese estrictamente necesario, ya que tampoco es excesivamente buena. Ahora después de casi seis meses sin llover, aquello debe de ser un erial. Y desde luego no hay ningún motivo para visitarla.

-Y con respecto a Brasil. ¿Qué distancia nos separa?

-No lo he podido todavía calcular. Pero creo que con la medición de mañana ya te podre decir algo.

Al día siguiente la distancia con Ascensión era de setenta leguas y marchaba con rumbo al oeste pues la latitud continuaba siendo la misma de cuatro grados.

-¿Solo hemos navegado cinco leguas en una jornada? – pregunto el muchacho desconsolado.

-No exactamente. Como no vamos a abordarla, la distancia que nos separa de ella es solo una referencia.

Para ilustrar su explicación Urdaneta dibujo sobre un papel un triangulo invertido, marcando los tres vértices.

- En el inferior esta la isla; este punto – dijo mientras señalaba el que estaba situado en una

posición más oriental- era la posición de la flota ayer y el otro marca la posición en donde nos encontramos hoy. Parece un triángulo isósceles, aunque no lo es porque los dos lados son distintos, miden 75 y 70 leguas respectivamente. Lo que nos interesa es la longitud de la base que representa la distancia recorrida durante este día y que con toda seguridad es superior a esas cinco leguas. Posiblemente entre diez y quince leguas. Casi con toda seguridad, mañana o pasado te podré decir más exactamente la distancia que nos separa de Brasil.-

En realidad el territorio que ocupaban los portugueses todavía no se llamaba Brasil. Pero a falta de otro nombre los navegantes que lo frecuentaban comenzaron a llamarlo así porque el único producto con que se beneficiaban de esa tierra aparentemente hostil, era el llamado Palo de Brasil, que al principio lo usaban únicamente como madera, pero alguien descubrió sus propiedades medicinales y en Europa comenzaba a tener tanta demanda como las especias.

El jueves dieciséis de noviembre se tomó el sol y se encontraban a 5° 45' de latitud sur y tenían el Cabo de San Agustín, ya en el continente suramericano, al oeste, un cuarto sudoeste y a 237 leguas de distancia. Ese día pusieron rumbo al sudoeste un cuarto al sur.

Esteban brincaba de contento. ¡Por fin sabía la distancia que le separaba de América! A partir de ahora tocaba descontar y ya sabría la distancia recorrida cada día. Ahora solo le quedaba esperar a las próximas mediciones y cuando conociese dos o tres podría sacar la media diaria y calcular los días que quedaban para avistar tierra.

Al día siguiente se volvió a tomar el sol. La latitud era la misma que el día anterior. Eso quería decir que navegaban directos hacia el oeste empujados por los vientos alisios.

-Estamos a doscientos seis leguas del Cabo de San Agustín.

-¡Treinta y una leguas en un solo día! ¡En menos de una semana llegamos!- exclamó un alborozado Esteban ya que la singladura en medio de la mar oceánica se le estaba haciendo demasiado larga.

-No seas tan optimista - le respondió Urdaneta - En estos momentos más que navegar estamos volando... Y no todos los días brilla el sol.

La confirmación a la advertencia de su mentor no se hizo esperar. Al día siguiente la latitud bajo hasta los 6° sur; pero la distancia hasta el cabo, concretamente la bahía de San Alejo, continuaba siendo la misma. Doscientos seis leguas.

El domingo 19 de noviembre descendimos un grado y medio, concretamente hasta los 7° 30' y nos encontrábamos a la altura de Fernambuco, pero continuábamos a ciento noventa y ocho leguas de tierra firme.

El lunes, veinte de noviembre, habíamos descendido otro grado. Estábamos a la altura del río Santos Alejos y la distancia con tierra era de ciento setenta y ocho leguas.

-¡Solo veintiocho leguas en tres días!- exclamo Estebanico para sí mismo -¡Esto es desesperante!

XXXXXX

XXX

X

El hecho de que poco después Rodrigo lo reclamase para subir con él a la gavia, hizo que Esteban se olvidase de la distancia que les quedaba por cubrir y se dirigiera alborozado hacia el lugar en que ya los esperaba el Enano Bellido

Los palos que forman la arboladura están sujetos de proa a popa por cabos muy fuertes que se denominan estayes y los que van de babor a estribor por otros que se denominan obenques. Allí estaba Bellido. Estos últimos se afirman en la llamada mesa de guarnición, situada por fuera de la borda en los costados de las naos, mediante aparejos que se llaman acolladores. Entre los obenques de una misma banda, enlazados horizontalmente, se disponen unos cabos, llamados flechastes, que funcionan como peldaños de una escalera de cuerda y permite subir con toda rapidez, si eres experto en ello, a los palos y a las cofas.

Esta primera lección sobre las diversas escalas ya se la había sacado al Enano Bellido hacia algún tiempo. Lo que sorprendió a Rodrigo, que se creía su mentor en exclusiva y no recordaba habérselo enseñado con anterioridad. Comenzado el ascenso Bellido tomó la delantera, seguido de Esteban y cerrando el grupo Rodrigo. El enano hubiese ascendido en un santiamén, ya que mientras estaban embarcados siempre iba descalzo y empleaba los dedos de los pies como su tercera y cuarta mano. Pero una vez vista la inseguridad con la que se manejaba el muchacho, inmediatamente se adaptó al ritmo que este le marcaba. Por su parte Rodrigo bastante hacia con seguir los pasos de los otros dos.

Dos largos minutos tardaron en llegar a la cofa. Y mientras Bellido saltaba de palo en palo agarrándose a todo cable que se encontraba suelto como si fuera un saltimbanqui, y aparentando ir reparando pequeños desarreglos, el piloto y el muchacho se acomodaban en la cofa, lugar redondeado a modo de pulpito desde donde se domina el horizonte y por supuesto todo el exterior de la nave y que apenas daba abasto para albergar a los dos.

El piloto apenas se tomó unos segundos para recuperar el resuello y rápidamente comenzó la lección.

Había escogido un día bonancible para realizar la experiencia que le tenía prometido al muchacho., pero a pesar de todo la cofa se movía des derecha a izquierda, como si fuese un péndulo, por lo menos un par de metros de distancia. Ya que el movimiento de la nave, apenas imperceptible en cubierta, se multiplicaba en una cantidad indeterminada al otro extremo del palo mayor.

Rodrigo no recordaba haber ascendido otra vez a la cofa, desde aquel doce de octubre de 1492 en el que por primera vez avistó las tierras de América en el primer viaje de Colon.

-Contempla el espectáculo desde aquí, ya que no hay ningún lugar, en cualquier nave, más idóneo. -comenzó su disertación mientras Esteban ponía sus cinco sentidos en escucharlo - La arboladura es el esqueleto de la parte aérea de una nao. La jarcia muerta, que son las cuerdas que aseguran los palos a la nave, son como los ligamentos de una persona; la jarcia viva, que son los hilos con los que se manejan las velas, corresponde a los tendones y por último las velas son los músculos. Siguiendo esta misma comparación te diré que las naves son como los hombres, que cuando las escuchas quejarse es como oír el jadeo de un hombre tras el esfuerzo. Pero pasemos ya a las velas, pues en ellas está concentrada toda la belleza de una nave y es sin duda la parte que más llama de atención de sus admiradores. Aunque únicamente solo sean unos retazos de tela, cortados en líneas muy sencillas, pero capaces de contener el viento. Ese viento que se puede sentir pero muy pocos ven, y es el que empuja la nao mostrándola con toda su belleza. Una vela no tiene más secretos. Estas en concreto son de lino y sus fabricantes tienen que tener en cuenta muchos detalles. Pues según el corte que le den adquieren más o menos firmeza y sobre todo que las costuras estén cosidas a conciencia para evitar que se desgarren al menor esfuerzo y sobre todo son muy importantes las relingas de cuerda que rodea a las velas por los bordes y les da consistencia. Haz de tener en cuenta que la tela debe ser la suficientemente elástica para henchirse con el viento y recuperar su forma original cuando este cese. Y por supuesto soportar las inclemencias del tiempo, ya que la mayor parte de su vida están expuestas: al sol, la humedad y el salobre, que con el tiempo las pudren y las destruyen. Podría estar

largo rato hablando sobre sus propiedades pero no es este nuestro objetivo y nos vamos a limitar a nombrarlas, pues cada una de ellas tiene un nombre específico para que en un momento dado puedas reconocerlas. Cada nave lleva un tipo de vela en particular pero voy a generalizar un poco para que puedas identificarlas en cualquier nave que embarques. Las que tienen un contorno cuadrangular se denominan velas cuadradas. En el palo mayor tenemos la vela mayor o papahigo, que es esa más grande y la vela de la gavia situada en la parte superior en su mastelero. Puede haber un segundo mastelero y por lo tanto dos velas gavias. La del trinquete recibe el mismo nombre del palo que la sostiene y se distinguen de este por los verbos y predicados que se aplican al nombrarla.

Esteban comenzaba a hacerse un lío y decidió cortar el monólogo para pedir alguna explicación.

-¿Y cómo sabré ese vocabulario?

Rodrigo agradeció esa pequeña interrupción para recuperar el resuello. Tenía la boca seca y un buen trago de agua no le vendría nada mal. Viendo que Bellido estaba sentado en el mastelero y daba signos inequívocos de aburrimiento, hizo un gesto como el de llevarse un cazillo al colete y este lo comprendió inmediatamente. En apenas unos segundos bajo y volvió subir con un cazo lleno del preciado líquido y sin derramar una sola gota. Una vez resuelto el problema reanudó la disertación.

-Con lo listo que parece me extraña que hagas esas preguntas.- le respondió haciendo uso de la sapiencia que le proporcionaba los años, ya que no los estudios - Si te ordeno arriar o cargar el trinquete... ¿A que me referiré, a la vela o al palo?

Esteban asintió avergonzado.

Rodrigo continuó su disertación sabiendo que el muchacho no volvería a interrumpirlo, máxime teniendo en cuenta lo poco que le quedaba.

-En el bauprés se encuentra la cebadera. Por último, la generalmente quinta vela, es de contorno triangular y se denomina vela latina. Como se enarbola en el palo de mesana su nombre es igualmente palo de mesana. Por hoy creo que ya es suficiente y lo que pueda quedar son cuestiones menores que ya iras aprendiendo con el tiempo.

Después permanecieron un buen rato contemplando a las otras naos que navegaban a su alrededor y la inmensidad del océano, desde un lugar privilegiado, mientras el Enano Bellido los miraba sentado, en un equilibrio impensable, sobre el mastelero de la vela gavia.

El martes veintinueve de noviembre nos encontrábamos a 10° latitud sur. Continuábamos con el rumbo hacia el suroeste acercándonos al Cabo de San Agustín del que nos separaba 150 leguas.

No volvimos a tomar el sol hasta el viernes 25 de noviembre. Navegábamos hacia el suroeste y la latitud era de 13° 30'. El cabo de San Agustín quedaba al noroeste y ya había dejado de ser una referencia para nosotros. Según el rumbo que llevábamos teníamos la Isla de Santa María a 145 leguas a poniente y la bahía de Todos los Santos a 160 leguas al oeste, pero estábamos prácticamente en la misma latitud del día anterior, exactamente 12° 48'.

La bahía de todos los Santos es un refugio natural extraordinario en el caso de que nos sorprendiera una tempestad por aquella zona y el hecho de tenerla cercana era una garantía de seguridad. Esteban estaba seguro que no era nuestro destino y que no pararíamos hasta llegar por lo menos a Río de Janeiro. De todas formas estábamos demasiado alejados de la costa para pensar en tomar tierra.

El día veintiséis de noviembre tomamos el sol y nos encontrábamos a 15° latitud sur. Hacíamos rumbo suroeste y la Isla de Santa María, que tampoco íbamos a tocar y solo se cruzaría en nuestro camino, se encontraba a cien leguas.

Dos días después estábamos a 17° 15'. Continuábamos con rumbo suroeste y la dichosa isla se encontraba solo a cuarenta y cinco leguas. Al día siguiente miércoles 29 la teníamos a veinticinco leguas.

Esteban tenía claro que pronto pasarían por su lado sin tener la oportunidad de visitarla y de continuar siendo una referencia. Por primera vez desde que partieron de San Mateo tenía la extrema

necesidad de tocar tierra firme. Pero parecía que los mandos no opinaban lo mismo.

El primer día de diciembre de 1525 se tomó el sol a 20 grados latitud sur. Navegábamos rumbo al suroeste y la isla de Santa María ya la habíamos dejado atrás. Encontrándose a treinta y cinco leguas al noroeste. Y las Islas Barrocas, que según un veterano tripulante aseguraba se trataban de un paraíso natural, se encontraban ya a 200 leguas al noroeste. Pero todas esas referencias ya eran agua pasada y Esteban comenzó a acosar a Urdaneta o Rodrigo para averiguar en donde se encontraban. Sospechaba que se hallarían ya en las cercanías de Río y creía que ese sería el final de etapa.

Hubiese querido preguntárselo al mismo Elcano en una de las ocasiones que tuvo. Pero no se atrevió.

No hizo caso de las nuevas referencia que Urdaneta le ofrecía, como la de tener la isla de Santa Bárbara a setenta leguas al oeste-noroeste pues también era agua pasada. No así las Tierras de Payró al oeste cuarta al suroeste a 145 leguas.

El Payró ya no le parecía una isla y rezaba para que fuese tierra firme. Pero así y todo estaba todavía a 145 leguas de distancia.

-Hace ya un mes que salimos de San Mateo y la fecha tope para tocar tierra en las cercanías de Río se acerca. ¿Cree que lo conseguiremos?

-Seguro.- le respondió Urdaneta – Río está en la latitud sur de aproximadamente 23 grados. Nosotros ya nos encontramos en los 20° 30'. Apenas un par de grados nos separaran y quedan todavía diez días por delante.

-Diez días que se me harán eternos.

El domingo y el lunes días tres y cuatro de diciembre se tomo la misma latitud, 20° 30' ya anunciada por Urdaneta. Pero navegaban a toda vela rumbo al oeste e hicieron cincuenta leguas en esas dos jornadas.

La ansiada tierra firma se aproximaba y al mediodía del lunes nos encontrábamos a quince leguas de ella La marcha se ralentizó y se arriaron algunas velas.

Elcano ordenó medir el fondo que era de treinta y tres brazas, Estábamos encima de los bajos del Pargos.



## CAPITULO VII

### La aventura americana

Esteban estaba convencido que apenas avistasen tierra firme, desembarcarían para hacer aguada, recolectar frutos con los que rellenar la despensa y cazar algún que otro animal, en el primer lugar propicio que encontrasen.

Falta en realidad no hacía, pues en ningún momento habían racionado la comida o el agua y en la bodega, según Paolo, existían alimentos suficientes para aguantar otro mes por lo menos, antes de tener que comerse a los gatos y comenzar a cazar ratas, le comentó en tono de chanza el cocinero.

Cuando partieron de San Mateo, las naves estaban aprovisionadas para atravesar el mar del Sur si fuese preciso. Solo habían cruzado el atlántico, con vientos favorables, y quedaban provisiones de sobra.

Loaisa, aconsejado por Elcano, no quiso poner pie en tierra. En primer lugar porque la primera tierra que tocaban era territorio portugués y aunque su superioridad era manifiesta lo último que necesitaban en esos momentos era un altercado con ellos; y segundo porque querían llegar lo más rápidamente posible a las inmediaciones del Estrecho de Magallanes, antes de que el invierno austral les alcanzase. Allí si se aprovisionarían a tope para atravesar el mar del Sur y alcanzar sin problemas el Maluco.

Según Elcano en la anterior expedición con Magallanes llegaron a Rio de Janeiro el trece de diciembre del año 1519. Pero posteriormente en su recorrido hacia el sur perdieron demasiado tiempo, explorando todas las entradas de agua que encontraban a su paso tratando de hallar el ansiado estrecho que les permitiera franquear el continente.

Antes de conseguirlo les alcanzaron los fríos y tuvieron que invernar durante cuatro largos meses y no llegaron a la entrada del estrecho, hasta el veintiuno de octubre de 1520. ¡Más de diez meses para cubrir la etapa, que ahora comenzaban a afrontar!

Por ese motivo Elcano deseaba avanzar lo más rápidamente posible para eludir la invernada y alcanzar el mar del sur antes de que llegasen los fríos.

No contaba desde luego con la gran cantidad de vicisitudes que el destino les tenía preparado. Pero no avancemos acontecimientos y vayamos de momento con el día por día.

XXXXX  
XXX  
X

A Esteban le gustaba conversar, estar en compañía de otras personas e intercambiar opiniones. Pero tampoco le desagradaba encontrarse a solas y concentrarse en sus propios pensamientos.

Esto le hacía pensar y descubrir muchas cosas que de otra forma le pasarían desapercibidas.

De esta manera tan sencilla descubrió, mientras descendían por las costas africanas buscando los alisios que les ayudarían a atravesar el atlántico, que cada cierto tiempo el sol amanecía por la banda de estribor de la nao; al mediodía estaba en su cenit, casi tocando la punta del palo mayor, para posteriormente ocultarse en lo que parecían las profundidades del océano.

Ese simple hecho significaba que ya había trascurrido un día en su corta pero interesante vida.

Meses después, cuando partieron de la isla de San Mateo con destino a Brasil y el viaje se tornó rápido caminando hacia el oeste ayudado por los constantes vientos alisios que empujaban a la nave sin ninguna pausa, el sol salía entonces por la popa de la nave y se ocultaba por delante mismo de su proa.

El sol ya no solo le indicaba que había pasado otro día de su vida, sino que también los acompañaba en su camino. Su rumbo sería siempre con dirección a poniente a menos que algún obstáculo se interpusiera en su camino y tuvieran que vadearlo, como iba a ocurrirles con el continente americano.

A bordo, todos los días eran iguales, diferenciándose algunos de ellos únicamente por las misas que celebraba el cura diariamente en un rincón del alcázar y que los domingos y fiestas de guardar, aparte de ser obligada su asistencia, resultaban más solemnes.

Eso no evitaba que en ocasiones Esteban perdiese la noción del tiempo y a mitad de una semana no supiese exactamente si ese día era miércoles o jueves, simplemente porque no recordaba lo comido la jornada anterior, pues Paolo solía castigarlos a un menú idéntico para cada día de la semana. Y eso también era una referencia para la mayoría de la tripulación. Si tocaban lentejas, era lunes; si garbanzos, martes; si alubias, miércoles... Pero si eso le ocurría a él, tenía una ventaja sobre los demás para averiguar en que día se encontraban, pues diariamente una de sus obligaciones era poner en orden la cámara de Elcano, y encima de su mesa siempre aparecía abierto, por el día en que se encontraban, el diario de a bordo.

Una vez incluso se atrevió a ojearlo, comprobando que no pasaba un solo día sin su correspondiente anotación, aunque solo fuese una escueta nota como: "Nublado. Hoy no hemos podido pesar el sol". Que por otra parte estaban compensadas por otras anotaciones que, debido a un suceso extraordinario, la referencia ocupaba dos o tres páginas.

La vista de ese diario le hacía recordar constantemente el misterio de ese día perdido en el diario de bitácora del anterior viaje de Elcano a bordo de la nao Victoria y con la que consiguió dar la vuelta al mundo, finiquitando lo iniciado por Fernando de Magallanes. Y que aquel tuvo la gentileza de relatarle en la única conversación seria que habían mantenido ambos.

En un momento determinado esa inquietud se la transmitió a su amigo Urdaneta, que en esos momentos tampoco supo darle una explicación correcta y sobre todo convincente. Pero que no era óbice para que en cada ocasión que se encontraran para pasar el rato charlando, y esos en la estrechez de la nao no eran inusuales, saliese el tema a relucir y pasasen largas horas hablando sobre ese tema.

La sorpresa fue la vez que Urdaneta se acercó a su amigo a media tarde y le susurró al oído.

-Ya tengo la solución a tu problema.

-¡No puede ser! - grito alborozado el muchacho.

-Esta noche te lo demostraré. Después de la cena quedamos en la tolda.

Esteban pasó ese día en ascuas esperando el momento en que Urdaneta le desvelase el misterio. Ese día se devanó los sesos más que nunca tratando de desvelarlo él solo, pues el hecho de que finalmente lo hiciese su amigo le resultaba casi una afrenta.

Cuando después de despachar la cena, los oficiales y el capitán se retiraron a sus respectivas cámaras y la tripulación, excepto los componentes de un par de timbas que se organizaron, buscaba un

lugar resguardado en donde recogerse. Urdaneta ocupó la mesa de la tolda.

Al llegar Esteban se encontró sobre la misma una bala de cañón que representaba el mundo; una pequeña palmatoria que no le cupo la menor duda que representaba al sol, al estar ya encendida; una nuez situada encima de la mesa, al costado de la bala, y que posteriormente supo que hacía el papel de puerto de Sanlúcar, de donde partió la armada de Magallanes, y a su lado una vulgar aceituna negra, no encontró otra cosa, para hacer el papel de la nao Victoria.

-¡Bien! - le dijo Urdaneta, después de repetir la función que representaban cada uno de los objetos situado encima de la mesa -aquí tenemos todos los elementos necesarios. Contabilizaremos un día de viaje cada vez que el sol - señaló con su mano la palmatoria - pase por el cenit del elemento fijo que representa a Sanlúcar - marcó a su vez con su índice la nuez - y también por encima de la aceituna que representa nuestra nave. Y que de momento está en buen puerto - dijo al colocarla junto a la nuez- En este supuesto obviaremos los rumbos norte - sur, es decir la latitud que solo nos modifica el tiempo empleado en la travesía y como nos da lo mismo tardar un mes, un año o una década, pues eso no modifica en nada los condicionantes, ya que solo se trata de demostrar que para nosotros, al final de viaje, ha transcurrido un día menos que para el resto de los mortales, como le ocurrió en su momento a Elcano. ¿Lo entiendes?

-Si. Pero no. -respondió un dudoso Esteban que por primera vez en su vida no veía una cosa nada clara.

Urdaneta colocó la palmatoria, al lado de la nuez y la aceituna, y comenzó su función. Trasladó la luz alrededor de la bala de cañón, a partir de ahora haciendo el papel de globo terráqueo, empujándola con una mano, mientras con la otra desplazaba mínimamente la aceituna hacia lo que se suponía era el oeste de la tierra, y cuando la primera llegó a la altura de Sanlúcar, es decir la nuez, la detuvo.

-Cuando el sol pasa por segunda vez sobre el cenit de Sanlúcar y de la nave, lo hace en primer lugar por la ciudad y poco después por encima del barco ya que este ya está ligeramente más lejos. Lógicamente en los días posteriores esa diferencia se va acrecentando.

Mientras hablaba, Urdaneta continuaba dándole vueltas a la palmatoria alrededor de la bola de cañón, mientras con la otra mano alejaba cada vez un poco más la aceituna de la nuez pero sin separarse demasiado del globo.

-En realidad - continuó - el tiempo es igual para todos: los habitantes de Sanlúcar y la tripulación de la nave, pero para estos últimos los días son más largos y tardan un poco más en percibir que el nuevo día ha llegado.

-¿Más largos? - preguntó intrigado el muchacho.

-Exactamente una hora cada quince grados de longitud que recorremos, pero como tardamos varios días en hacer ese trayecto, ese alargamiento apenas lo percibimos al diluirse en varias jornadas. Si dispusiéramos a bordo de un reloj fiable podía demostrarte que entre el cenit del sol de un día con el posterior han transcurrido más de veinticuatro horas debido al desplazamiento de la nave - cuando quedaban apenas unos centímetros para que tanto la nuez como la aceituna ocupasen de nuevo la posición inicial. Urdaneta hizo una pausa y añadió - el penúltimo día de viaje el sol tarda, después de pasar por Sanlúcar, casi un día en alcanzar la nave y que su tripulación pueda anotar que se encuentran en el mismo día. Finalmente al llegar al puerto coinciden ambos con la llegada del sol, pero mientras los de la ciudad contabilizan el día (n) para los de la nave únicamente es (n -1)

-¿Entonces el capitán Elcano por el simple hecho de dar la vuelta al mundo ha vivido un día menos?

-Visto de esa manera tal vez sí. Pero si en vez de días contamos el tiempo empleado por horas resulta que ha vivido exactamente las mismas que el resto de los mortales. Eso se puede demostrar más fácilmente.

Dejó la nuez en su lugar, la aceituna en su puerto y la palmatoria en el lado contrario de la bala

de cañón.

-¿Qué hora es? – preguntó únicamente para saber si el muchacho seguía con interés sus indicaciones o ya estaba cansado del juego.

-Medianoche, porque el sol está en las antípodas – le respondió sonriendo por no haber caído en ninguna trampa, y observar como su maestro asentía con la cabeza.

-Bien. Imaginemos que la aceituna es una nave o mejor un pájaro capaz de volar a la misma velocidad del sol y por lo menos durante veinticuatro horas seguidas sin descanso.

-Eso es imposible – respondió inmediatamente el muchacho.

-No te precipites porque ignoramos si en algún lugar hay un ave capaz de hacer esa proeza, otra cosa es que quiera. Y por otra parte he dicho únicamente imaginemos, por si no me has escuchado

-Esteban asintió con la cabeza un poco avergonzado por la reprimenda - ¿Qué ocurriría?

-Que si ambos corren a la misma velocidad nunca se encontraran y que el sol permanecerá todo el tiempo en las antípodas.

-¡Exacto! Chico listo. Pero el ave o la nave realizara el recorrido en la más completa oscuridad y según los cánones con los que nos guiamos ahora no contabilizaríamos ningún día hasta que el sol no alcanzase de nuevo nuestro cenit, a pesar de haber trascurrido veinticuatro horas, ¿Lo comprendes ahora?

-¡Capitán! ¡Capitán! - gritaba Esteban mientras aporreaba la puerta de la su cámara – Ya he descubierto el misterio del día perdido.

Mientras que Urdaneta lo observaba con estupor pero con una sonrisa en sus labios.

XXXXXX

XXX

X

Al día siguiente, el martes día cinco de diciembre, vimos, al amanecer, la tierra firme por primera vez. Estábamos apenas a tres leguas de ella. Esteban comenzó a meter en un hatillo las cosas que juzgaba necesario llevarse pues deseaba ser uno de los primeros en poner pie en tierra firme.

Esta costa parecía propicia y con toda probabilidad se podría acampar en la playa sin problema. Como pensaba que la operación requeriría de tres a cuatro días de permanencia en tierra, preparó la muda disponible compuesta por unos calzones y una camisa de algodón, una pequeña navaja que le había regado su tía, algunos bizcochos y garbanzos tostados, por si encontrar comida se retrasaba y una cantimplora de cuero con agua por si igualmente no lograban hallar el preciado liquido inmediatamente. En San Mateo no le hizo falta pues todas las noches las pasaban en la nao, pero aquí no pensaba embarcar de nuevo hasta el último momento.

Sin embargo la flota no hizo ningún movimiento para tomar tierra, probablemente porque no era la zona adecuada y se buscaba un lugar mas propicio. Hicieron camino hacia el oeste suroeste es decir ir paralelo a la costa y acercarse el máximo posible pero sin aparente intención de abordarla.

Vieron unas tierras llanas en la costa. Mas adentro en las montañas del fondo había unas tierras altas. Ese día hicimos camino hacia el suroeste, guardando una distancia prudencial de la costa, vigilando con regularidad los fondos que en ningún momento bajaban de las treinta brazas de profundidad.

Tomamos el sol al mediodía y nos encontrábamos a 21° 30' latitud sur. Eran tierras altas a la mar y desde la distancia parecían islas. Esa misma mañana, dos horas antes del mediodía nos topamos con una montaña elevada cerca de la mar. Era alta en su parte central y cada uno de sus lados descendía paulatinamente en dirección nornordeste una y sursureste la otra. Tenía forma de sierra y parecía la de Monserrate, según apreció uno de los marineros de origen catalán.

Casi en la cima de la montaña existía una señal blanca, posiblemente una piedra grande o una acumulación de otras más pequeñas que alguien con anterioridad había dejado como aviso o señal para otros.

Esteban inmediatamente se interesó por ello y si de él hubiese dependido con toda seguridad hubiese detenido la flota y desembarcado para averiguar el motivo de su existencia y posible significado, pero parecía que Elcano no estaba por la labor.

- No te preocupes- respondió Rodrigo a su preocupación- han pasado por aquí varias expediciones. Posiblemente solo sea una señal de encuentro con otras naves o simplemente un aviso de que estas tierras ya han sido descubiertas y tiene dueño.

Alguien advirtió que se trataban de las montañas de San Nicolás y horas después todos se habían olvidado de ellas.

Ese mismo día, ya atardeciendo, se nos puso el sol en el extremo de los bajos que están entre la Bahía del Salvador y las dos islas que hay al nordeste de esos bajos y que son el marco de unas montañas muy altas que están situadas tierra adentro. En el espacio intermedio existe una montaña más pequeña y entre esa montaña y la grande sobresalen dos enormes peñascos en forma de frailes, parecidos a las agujas de Oran pero mucho más altas.

Esteban contemplaba el paisaje extasiado pues nunca había visto tanta belleza junta ni tanta maravilla reunida en un mismo plano.

Aquello no era comparable a ninguna costa europea, ni tampoco a lo poco que había contemplado de África.

Esa imagen desapareció al llegar la noche, cuando pusieron rumbo al suroeste cuarta del sur. Estábamos en esos momentos a tres leguas de tierra y el fondo lo teníamos a únicamente veinte brazas.

Desde el domingo anterior hasta el día de hoy que era martes la profundidad de la zona que navegábamos oscilaba de treinta a quince brazas.

La noche de ese martes y la madrugada del día siguiente corrimos sobre fondos de doce a quince

brazas. Y cuando amaneció nos encontrábamos a cuatro leguas de la costa y delante de una tierra baja y llana y que alguien identificó como la Isla del Cabo Frio. El piloto de guardia esa noche tuvo la precaución de alejarse un tanto de ella, para evitar cualquier incidente.

El miércoles seis de diciembre nos encontrábamos marchando siempre hacia el sur, a una o dos leguas de la costa y la tierra era tan baja que más que tierra firme parecía una isla.

Medimos entre doce y quince brazas de profundidad y cuando al mediodía tomamos el sol nos encontrábamos a 22° 20'. Pusimos rumbo sudoeste pero caminamos muy poco porque apenas soplaba el viento.

El jueves siete del diciembre, cuando tomamos la altura del sol, la flota se encontraba en la misma latitud que el día anterior. En ocasiones tuvimos incluso que nortear y cuando terminó la jornada no habíamos avanzado ni una sola milla y la Isla de Cabo Frio se encontraba a doce leguas al noroeste.

El viernes día ocho estábamos a veinticinco grados de latitud sur, habíamos sobrepasado la de Rio de Janeiro y sobre todo la esperanza de desembarcar allí, continuábamos haciendo camino hacia el suroeste y nos encontrábamos a la altura del rio Cananea.

La isla de Cabo Frio que habíamos sobrepasado el miércoles anterior se encontraba a treinta y dos leguas al norte.

El sábado nos encontrábamos en la misma latitud pues el viento lo teníamos otra vez en contra. Hicimos camino al sursuroeste tratando de esquivarlo. Nos encontrábamos a sesenta y cinco leguas del rio San Sebastián y recorrimos únicamente doce leguas.

Los días diez y once de enero Esteban notó algo extraño, ya que el sol al amanecer apareció ese día por la amura de babor en vez de la de estribor como era costumbre en los últimos días.

Eso solo quería decir que estaban navegando con rumbo norte en vez de sur. Cuando pesaron el sol al mediodía se encontraban a veintiséis grados, latitud sur.

Desde hacia algunas semana se estaba dedicando a anotar en un pequeño cuaderno que le facilitó Urdaneta, todos los datos referente a la navegación, como algunas tomas de posición y algún que otro hecho relevante.

Lo consultó.

La última tomas del sol que tenia anotada correspondía al seis de enero y era de 22° 20'. Ciertamente que habían avanzado tres grados y dos tercios, equivalentes a más de sesenta y tres leguas,

¡Pero en cinco días! La media de doce leguas diarias con vientos desfavorables no estaba mal, pero añoraba las distancias recorridas de más de treinta leguas diarias en la travesía del Atlántico cuando los vientos alisios empujaban por popa con fuerza a la nave, haciéndola crujir y amenazando con romperse por todas partes.

Pero lo que más le fastidiaba era ir a contrapié, es decir en sentido contrario a la ruta trazada. Volvíamos de nuevo al síndrome de Penélope de deshacer por la noche lo conseguido durante el día, como ya les ocurrió costearo Sierra Leona, y motivo por el que tardaron mes y medio en recorrer una distancia similar a la que ahora les quedaba para llegar al estrecho.

Ese día todavía continuaron cinco leguas más en sentido noroeste.

El día doce el viento soplaba del sudoeste, así que Elcano ordenó poner rumbo sudoeste un cuarto sur. Más tarde lo cambiaron a sudoeste y lo mantuvieron hasta el día dieciocho. Esa jornada, según Urdaneta, la nao se encontraba a dieciocho leguas del Cabo de Santa María

Para situarlo en el horizonte que lo rodeaba extendió su brazo en una dirección imaginaria en donde solo se veía agua y un cacho de cielo azul rodeado de nubes blancas, pero que Esteban que ya comenzaba a estar ducho en muchas cuestiones de navegación, contempló la posición del sol y entendió que estaba señalando al oeste un cuarto suroeste.-

Como casi todos los días sondaron el fondo, que era de arena limpia y distante cincuenta brazas

Ese mismo día, al atardecer, regreso de nuevo el temido viento contrario. Por suerte esta vez no

tuvieron la necesidad de virar al norte y anduvieron toda la noche con rumbo suroeste.

El día diecinueve, al amanecer, cambiaron a sureste un cuarto éste, pero a las diez de la mañana tomaron la vuelta otra vez y viraron hacia el noroeste. La latitud a mediodía era 34° 20' y se suponía que el Cabo de Santa María, se encontraba al oeste distante 24 o 25 leguas y se sondaron de 38 a 40 brazas de profundidad.

Al mediodía regresó de nuevo la temida calma. Las naves estaban completamente detenidas a pesar de tener desplegado todo el trapo. El silencio era absoluto y la Sancti Spiritu no crujía por ninguna parte. Esteban notó una sensación extraña, que era precisamente la de no escuchar quejarse a la nave, cuando no había dejado de hacerlo en todo el viaje desde que salieron de la Coruña.

Elcano salió de su cámara, profundamente alterado, dando instrucciones que nadie entendió. Luego pareció disculparse haciendo un gesto con la mano y más tranquilo ordenó preparasen el esquife para dirigirse a la capitana que se encontraba apenas a cien metros de distancia.

Regresó al cabo de cuatro horas, pero en esta ocasión, ni siquiera por mediación de Urdaneta que juraba ignorar lo tratado e incluso el motivo de esa reunión, pudo Esteban averiguar lo que había ocurrido.

Por suerte al anochecer sopló el viento del norte y navegaron al suroeste un cuarto oeste.

El veinte de enero tomaron el sol a 35° 40'. Continuaron con el mismo rumbo y sondaron el fondo a cuarenta brazas.

Continuaron sin ninguna incidencia hasta el día veintidós, siguiendo el mismo rumbo. Como medida preventiva más que necesaria, pues estaban lo suficientemente alejados de la costa, se sondaba todos los días y la profundidad oscilaba entre las 40 y 45 brazas.

Esa aparente buena marcha tranquilizó los ánimos y comenzaron a filtrarse parte del contenido de la súbita, más que misteriosa, reunión de Elcano con Loaisa.

Según parecía el Maese estaba preocupado por los contratiempos meteorológicos surgidos últimamente y que retrasaron la marcha de la flota hacia el sur. Temía que el invierno les alcanzase antes de llegar al estrecho. Ya que si el mismo era difícil atravesarlo en condiciones normales, si estas eran adversa resultaba prácticamente imposible.

El problema era que la llegada de ese invierno, o mejor dicho de sus consecuencias, eran impredecibles, igual podía adelantarse como retrasarse. Fijarse una fecha en concreto para la llegada no servía para nada, ya que ignoraban lo que iban a encontrarse. Lo único claro es que cuando antes llegasen. Mejor.

Pero en realidad los verdaderos problemas todavía no habían llegado y en definitiva serían esos los que marcarían el buen fin de la expedición.

Esa misma tarde volvió a soplar el suroeste los que les obligó de nuevo a navegar al reparo con los papahígos del trinquete bajos, ese día y el siguiente.

Por suerte el veintidós cambió a noroeste y pudieron poner rumbo oeste suroeste. Los sondajes, ahora necesarios al acercarse a tierra, dieron unas tranquilizadoras 35 o 36 brazas y arena limpia.

El veinticinco se encontraban en la latitud sur de 37° 40'. Continuaron en dirección oeste suroeste y se encontraban al este de Arenas Gordas a una distancia de doce leguas.

Ese mediodía, como parecía ser ya una costumbre, llegó de nuevo la calma. Ya casi todos se lo tomaban con cierto conformismo pues no ignoraban que al anochecer regresaría el viento.

Efectivamente, a la hora prevista volvió a soplar, esta vez del sur y más fuerte de lo esperado. Esto les obligó a navegar hacia el oeste y únicamente con el papahígo del trinquete.

El veintiséis ya pudieron desplegar todas las velas aunque continuaban navegando hacia el oeste, hasta encontrarse apenas a dos leguas de Arenas Gordas. Con fondos de arena y apenas diez brazas de profundidad.

Demasiado peligroso para una navegación nocturna, por lo que regresaron a la mar y al caer la noche ya se encontraban a cinco leguas de tierra.

El veintisiete fueron hacia el sur ocho leguas, pero a las diez de la mañana tomaron la vuelta a la tierra navegando rumbo oeste noroeste. Por la tarde el viento del suroeste arreció y fueron hacia el sureste durante ocho leguas, con el papahígo del trinquete y después de medianoche, con vientos éste noreste se puso rumbo suroeste.

Esa noche pocos pudieron dormir.

El veintiocho se continuó con el rumbo suroeste andando unas ocho leguas, desde la medianoche anterior hasta el mediodía. Continuaron ese mismo rumbo hasta la noche en donde tuvieron un viento tan fuerte del suroeste que no permitió desplegar ninguna vela, salvo el papahígo del trinquete muy bajo para poder gobernar la nave, en vuelta de éste sureste.

De pronto arreció el viento, acompañado de truenos y una cortina de agua que impedía ver más allá del contorno de la nao. Por seguridad y para evitar accidente por choques entre ellas, como estaba establecido, las naves se dispersaron.

XXXXX  
XXX  
X



Después de una noche terrible a Esteban le costaba despertarse. Un disparo de culebrina le sacó momentáneamente del sopor profundo en donde estaba sumido. Un segundo disparo, esta vez más lejano y procedente de otra nao, le despertó de inmediato.

No había amanecido, pero la escasa claridad que le llegaba desde el éste ya le permitía distinguir algunas siluetas y los contornos de la nao. Pensó en continuar durmiendo pero la remota posibilidad de que pudieran estar siendo atacados, no se le ocurría nadie que no fuesen los franceses, terminó de espabilarlo.

Mientras, aparte los dos primeros disparos, sonaron otros tres. Y después el silencio más absoluto. ¿Qué significaba eso?

No podía preguntar a Rodrigo o Urdaneta pues no los distinguía entre la marinería que corrían de un costado al otro del la nave, sin parecer tener un fin determinado. Al Enano Bellido si intuyó verlo subir fugazmente por un cabo hasta la cofa para luego perderse entre los masteleros. Con toda seguridad se trataba de él pues era el único que podía realizar esa proeza. Los otros tripulantes continuaban yendo de babor a estribor y el número mágico que sonaba en la boca de todos era el mismo. ¡El cinco;

-¡Cinco; Solo se ven cuatro velas y nosotros.

Al amanecer, o cuando tocaba la campana de bitácora a las ocho de la mañana, por una extraña superstición cuando se navegaba en flotilla, lo primero que hacían los tripulantes, incluso antes de refrescarse y espabilar su mente con el agua salada que en cubos se encontraba dispuesta en el combes, era contar las velas que les acompañaban alrededor. Era una costumbre ancestral de todos los marinos, que al encontrarse acompañados, les insuflaba ánimo y sobre todo confianza, ante un previsible incidente.

Los disparos fueron efectuados por cada una de las naves que continuaban en la flotilla. Si dos no habían respondido es porque, por lo menos momentáneamente, se encontraban perdidas. Ahora solo quedaba averiguar que naos faltaban.

Esteban no esperó a que otros lo descubrieran. Probablemente el enano Bellido desde las alturas ya lo sabía, aunque mientras no descendiera no podría comunicárselo al resto. Él desde luego no iba a esperar hasta que bajase de su privilegiada posición en el observatorio de la cofa para que se lo contase.

Descartado ese, por lo peligroso que resultaba ascender a esas horas, el único observatorio factible que quedaba era la toldilla, espacio restringido para la mayoría de la tripulación, pero franco para él.

El barco, después del diluvio de la noche anterior, más que mojado estaba todavía chorreando. Y aunque la lluvia hacía un par de horas que había cesado continuaban cayendo gotas por el agua acumulada en los más recónditos lugares de la arboladura. Resbaló un par de veces antes de alcanzar su objetivo. Tomó precauciones sabiendo lo peligroso que podía resultar le pasase lo misma estando ya en la toldilla, en donde no existía protección alguna que le impidiese caer al mar si le ocurría lo mismo.

Cuando llegó a la misma ya había aclarado lo suficiente para distinguir el contorno de las naos que navegaban a su alrededor.

El patache Santiago iba como siempre en cabeza. Seguida por la suya que era el Sancti Espíritu. A babor y apenas a un centenar de metros navegaba el San Lesme y finalmente a estribor, aunque una poco más alejada, pudo vislumbrar a la Anunciada y a la Santa María del Parral.

Faltaban entonces la capitana, la Santa María de la Victoria y el San Gabriel.

Esperaron durante algún tiempo sin inquietarse demasiados pues generalmente ese mismo día, máximo el siguiente, las naves perdidas se incorporarían a la flota. Era una situación que se repetía con bastante frecuencia sobre todo después de una tormenta como la que terminaban de superar y en la gran mayoría de los casos se solucionaba sin mayor incidencia. De no ser así tratarían de localizarlas o como última oportunidad acudirían al punto de encuentro previamente pactado.

Aunque Esteban ignoraba en donde era.

Al día siguiente, treinta de enero, se les unió la San Gabriel, ante los gritos de alegría del resto de la flota y algún que otro disparo de bienvenida. Al principio solo era un pequeño punto blanco, que llegaba desde el norte en medio de un gran prado verde. Poco a poco fue haciéndose más grande a medida que se acercaba cada vez más rápidamente merced a que la flota estaba ralentizando su marcha para acelerar el encuentro.

Decidieron esperar ese día por si la Victoria se presentaba espontáneamente como había ocurrido con la nao San Gabriel. Incluso redujeron su marcha navegando a medio trapo, en perjuicio de sus intereses, para esperarla.

La duda comenzó a invadir a Elcano, pues muy bien podía ir por delante navegando a toda vela para alcanzarlos y con su actitud de esperar lo único que hacía era aumentar las diferencias. Reconocía que con cualquier otra nave no se hubiese tomado tantas molestias, pero se trataba de la capitana y la figura de Loaisa era esenciales en esta empresa.

Tenía que tomar una decisión. Convocó a Martín de Valencia, capitán interino de la San Gabriel, que sustituía a Acuña arrestado todavía en esos momentos a bordo precisamente de la Victoria, por aquel incidente, ocurrido en las costas africanas, con Guevara el capitán del patache tras el apresamiento de la nao portuguesa, ordenándole marchase a sotavento en donde sin ninguna duda la hallarían, mientras ellos seguían la ruta.

A esa orden se avino sin rechistar Martín de Valencia, pero no su piloto, Juan de Pelota, que se negó a cambiar su derrota y decidió seguir su viaje atendiendo a las órdenes que en su día recibió del Capitán General.

Surgió entonces un conflicto de intereses. Elcano debía de tomar el mando si fallecía Loaisa, pero eso no había ocurrido, ni se tenía constancia de ello y solo se encontraba perdido. Por otra parte carecía de la autoridad suficiente para emitir esa orden, otra cosa hubiese sido si se tratase de un noble, pero Elcano no lo era de nacimiento. Finalmente la opinión de un piloto era tan buena como la de otro. Y Juan de Pelota continuó en sus trece.

En vista de todo esto el Maese optó por no discutir ni imponer su criterio por la fuerza, decidió finalmente que serían ellos los que buscasen en sotavento a Loaisa y que Valencia continuase la ruta prevista.

El tiempo le daría la razón a Juan de Pelota, aunque la decisión de Elcano fuese la más correcta.

El San Gabriel fue perdiéndose de vista rumbo sur mientras que la flota buscaba a sotavento a la Capitana. Durante tres días estuvieron haciendo bordos a una y otra parte sin resultado positivo.

Habían perdido un tiempo precioso y Elcano decidió dar por finalizada la búsqueda y continuar su derrota hacia el estrecho con la esperanza de alcanzar a la nave de Valencia.

Finalmente llegaron al paraje de Santa Cruz, que era uno de los puntos de encuentro pactados con anterioridad, y al no hallarlos decidió esperarlos.

-Si no están ellos aquí es que todavía no han llegado – explicó con la mayor lógica posible.

La desembocadura del río Santa Cruz está situada en los cincuenta grados de latitud sur. Al ser muy caudaloso, en su unión con la mar, forma una ensenada, casi paralela a la costa, en dirección norte sur que la protege de los vientos y los embates del océano, formando un puerto natural. Era sin ninguna duda el lugar ideal y más seguro para esperar a las naves perdidas...si en realidad se quería esperarlas.

Por la tarde manda recado al resto de capitanes de la flota allí presentes para que comparecieran en su nao junto con algunos oficiales de su majestad que viajasen en sus respectivas naos. Pensaba proponerles que se quedasen allí algunos días para esperar tanto al Capitán General como a Martín Valencia.

-Me parece bien tu idea y seguro que las tripulaciones te lo agradecerían pues sin duda precisaban de un buen descanso.- le respondió su cuñado Guevara que era el capitán del patache – Pero hemos

perdido mucho tiempo y si nos detenemos aquí, aunque solo sean unos pocos días, puede que después sea tarde para atravesar el estrecho.

-Puede que incluso ahora ya sea tarde- añadió Hoces, capitán del San Lesmes- cada noche huelo a tormenta en el ambiente. Y el día menos pensado nos va a caer la de Dios.

Se debatió el asunto aportando cada uno sus pros y sus contras y al final hasta el mismo Elcano quedó convencido que la mejor opción era emprender la marcha de nuevo en dirección al sur.

-De acuerdo, partiremos con la ayuda de la marea. Tú - se dirigió exclusivamente a su cuñado - entraras con el patache en esta ensenada; erige una cruz de madera en la isleta que hay a la entrada y, a su pie, coloca la carta que voy a escribir. Para saciar vuestra curiosidad les diré que vamos por delante y que les aguardamos a la entrada del estrecho, concretamente en el puerto de las Sardinias. Allí aparejaremos las naves, haremos leña y aguada y nos aprovisionaremos de cuanto podamos. Después a su llegada les ayudaremos para hacer lo mismo y adelantar todo lo que nos sea posible. No creo que esta misión te lleve mucho tiempo - volvió a dirigirse exclusivamente a Guevara - pero de todas formas con el patache no creo tardes demasiado tiempo en alcanzarnos. De todas formas, de no lograrlo, te esperaríamos en el estrecho.

Horas después el Santiago entró en el río mientras las restantes naves se dirigían al estrecho.

El domingo catorce de enero de 1526 por la mañana, Elcano, creyendo que se encontraba ya en el estrecho se metió en una manga de agua, que resultó ser la desembocadura de un río en donde creyeron que lo perdería todo. Cometieron un error de principiantes que no podían permitirse. Sencillamente nadie se preocupó de sondearlo pues lo consideraban profundo.

Se trataba del estuario del río San Idelfonso, error en parte disculpable pues lo cometieron muchos después de él. Ocurrió que al poco de entrar, comenzaron a escucharse crujidos de los cascos, y ruidos enormes procedentes de los bajos de las naves que demostraban habían tocado fondo, por lo que dio orden de parar en el avance de las naos. Casi no fue necesario atender esa orden pues cuando pudieron cumplimentarla ya habían quedado varados. Elcano ordenó bajar una chalupa para que reconociera el lugar, pues no comprendía lo ocurrido.

El esquife lo patroneaba su hermano Martín Pérez de Elcano, piloto; acompañado por el tesoro Bustamante, que participó en el viaje de Magallanes; el clérigo Juan de Areizaga; el artillero Roldan, que también intervino en la primera vuelta al mundo y como en el caso de Bustamante se suponía conocía el entorno; y otros cuatro hombres que manejaban la embarcación. Tenían orden de reconocer el estrecho y verificar se tratase del de Magallanes. Si así lo fuese tenían que encender tres fuegos y en caso contrario abstenerse.

Curiosamente Bustamante y Roldan que eran los únicos que anteriormente habían pasado por allí, daban como bueno el lugar, querían encender las tres hogueras y regresar, pero tanto Martín como Areizaga, no lo tenían tan claro y demandaron una verificación mas intensiva. Ordenaron que la barca se acercase a tierra y desembarcaron

Resultaba curioso que los que ya lo habían pasado no lo reconocieran y entre ellos incluyo al mismo Elcano. Suele ocurrir viajando en tierra que el que conduce una reata que tira de un carro, pongo por ejemplo, está pendiente del camino y toma mentalmente nota de todos los detalles para reconocer la ruta y repetirla si se presenta la ocasión. Por el contrario el que va a su lado en el pescante simplemente se deja llevar y no se preocupa en tomar nota de nada porque la responsabilidad es del otro. Eso es sencillamente lo que le ocurrió a Elcano, Roldan y Bustamante, por entonces simples comparsas, en su día se dejaron llevar y ahora eran incapaces de reconocer el terreno. Seguro que con Magallanes presente eso no hubiese ocurrido. Por eso viene a colación el comentario que Urdaneta incluyó en su diario:

“A la verdad que fue de gran ceguera de los primeros (que) habían estado en el estrecho, en además de Juan Sebastián Elcano que se le entendía cualquier cosa de la navegación”

Finalmente tanto el piloto como el cura, aunque solo fuese por sembrar la duda y no meter a las

naves en un callejón sin salida. Expresaron su opinión de que aquello no era el estrecho. Ante aquella discrepancia decidieron ir a una punta que vieron más adelante. Llegado a esta, Roldan que ahora tampoco lo tenía tan claro, recomendó pasar a otra distante unas tres leguas a la que fueron andando, ya que en barca ni la corriente ni el viento les era favorable.

Una vez allí Roldan reconoció que no se encontraban en el estrecho y si en un río que no recordaba haber apreciado en su anterior viaje.

Mientras regresaban la marea subió y libero a las naves, lo que aprovecho Elcano para remediar su error y sacarlas inmediatamente de allí y regresar a mar abierta. Por suerte las naos no habían sufrido ningún desperfecto. Sin embargo el esquife no regresaba, nadie había encendido los tres fuegos y su posición era precaria pues estaba a expensas de las corrientes.

Decidió navegar a lo largo de la costa, ya que si no era esta la entrada del estrecho no podía estar muy lejana. No por ello abandonaba a sus hombres, entre los que se encontraba su propio hermano, simplemente los consideraba capaces de seguirlo con el esquife costeano y en ultimo termino enviaría una misión para socorrerlos.

Después de seis leguas de marcha reconocieron el cabo de las once mil vírgenes que era la puerta del buscado estrecho. Al atardecer se introdujeron en la abertura que tenían por delante, sin profundizar demasiado para estar a la vista tanto de los hombres que habían dejado atrás como de las dos naves perdidas. Eso en definitiva resultó fatal.

XXXXX

XXX

X

Quando el hermano de Elcano y los restantes exploradores llegaron a donde habían dejado el esquife, lo encontraron encallado en la arena y muy lejos del canal del río que la marea baja había dejado al descubierto.

Trataron de arrastrarlo para ganar tiempo, pero eso resultaba una tarea de titanes. Apenas podían mover el esquife mientras las piernas se hundían en el lodo hasta las rodillas impidiéndoles cualquier movimiento. Ahora, si tenían la absoluta certeza de encontrarse en un río y el motivo por el cual las naos quedaron varadas.

Finalmente tuvieron que esperar a que llegase la marea creciente y les permitiese salir. Eso no ocurriría hasta el día siguiente por la mañana. Tuvieron que beber de una charca cercana que albergaba agua limpia y comer algunas raíces que encontraron por los alrededores. Pasaron una noche horrible, pues cargó tanto el tiempo esa madrugada que parecía llegaba otra vez el diluvio universal. El esquife se les había llenado de agua y al amanecer perdieron un tiempo precioso vaciándolo. Cuando intentaron partir ya estaba otra vez la marea baja. Parecía que Dios o el diablo estuviesen jugando con ellos.

Ante la imposibilidad de partir, pusieron pie en tierra y encendieron fuego pues tenían toda la ropa mojada y hacia frío. El invierno sin duda había llegado. A partir de entonces las tormentas se sucederían y la posibilidad de pasar el estrecho comenzaba a convertirse en una quimera. Estuvieron cuatro días alimentándose de las mismas raíces del primer día, bebiendo el agua de la charca y sobre todo del marisco que encontraron adherido a las rocas o enterrado en la arena.

Lograron recuperar el esquife al quinto día y se dirigieron a una isla que se encontraba en medio del río y donde habían visto desde la orilla posarse algunas aves en los días precedentes. Encontraron huevos y muchas aves blancas que parecían palomas pero tenían el pico y los pies rojos, pero que eran difíciles de cazar; un poco más adelante, en la misma isla, encontraron infinitos ánsares marinos, probablemente crías que no sabían o podían volar. Cada pájaro, pelado y destripado pesaba por lo menos ocho libras. Saciaron el hambre, cargaron cuantas pudieron y con ese bastimento partieron a la entrada del estrecho en donde con toda seguridad se habría refugiado la flota ya que no esperaban encontrarla en la desembocadura de ese río, dado el tiempo trascurrido y las adversas condiciones atmosféricas que habían sufrido.

Aquel día pudieron llegar a la desembocadura, pero el viento contrario que encontraron les impedía continuar su ruta. Las naos como suponían ya no se encontraban allí, pero Bustamante y Roldan, que como sabemos participaron en la pasada expedición de Magallanes, intuían que no se encontraban lejos del estrecho y que podrían llegar con el esquife apenas el tiempo se lo permitiera. Desembarcaron de nuevo en la orilla de la mar y pusieron el esquife a buen recaudo. Al día siguiente intentaron reanudar el viaje, al tiempo que llegó a pie hasta ellos Bartolomé Domínguez, vecino de Córdoba, con otros cuatro hombres enviados por Elcano y con una carta en las que les daba a conocer la pérdida del Sancti Espíritu y anunciándoles que las otras naves se encontraban ya en el estrecho y que una vez leída su carta fuesen hasta donde se encontraba.

Los trece hombres no cabían en el esquife, las condiciones de la mar no eran las más adecuadas para navegar y como los recién llegados aseguraban que el camino podía hacerse perfectamente a pie. Decidieron regresar andando por la costa, abandonando el esquife y su carga de pájaros. La distancia a recorrer era únicamente de veinte leguas pero el camino no era tan fácil como se lo habían pintado, pues aunque el terreno no era de montañas, si tenía arbustos espesos y árboles cerrados que hacían fatigosa la marcha al tener que ir abriéndose paso. A pesar de todas las dificultades llegaron finalmente al sitio en donde había naufragado el Sancti Espíritu

XXXXX  
XX  
X

## El hundimiento del Sancti Espiritu

Esteban estaba dormido cuando lo despertó un enorme trueno, mientras que el relámpago que lo precedía caía en un lugar cercano. Sería media noche, el viento soplabla de oeste suroeste, con tanta fuerza que las cuatro naves comenzaron a garrear a pesar de que algunas se sujetaban incluso con cuatro anclas. Las aguas de la bahía comenzaron a moverse de forma alarmante; el viento encajonado rugía como un león herido de muerte y el tamaño de las olas era tal que en alguna ocasión bañaban la mitad del palo mayor.

La costa estaba cada vez más cercana y parecía inminente que la nao se estrellase contra las rocas.

Ya que la nave parecía imposible salvarla, Elcano en un supremo esfuerzo intento por lo menos proteger a sus hombres. Para evitar los escollos el maese ordenó a la tripulación largara la vela del trinquete para intentar gobernarla y encallarla lo más cerca posible de la costa rocosa ya que no existía ninguna playa cercana en donde poder dirigirse. Pero la violencia de la resaca le impedía hacerse con ella.

La gente, viendo la costa cercana se lanzó al agua buscando la salvación. Las rocas en donde podían apoyarse, en la mayoría de las veces eran sobrepasadas por las olas arrastrando a la mar a nueve buenos nadadores que lo intentaron. Luego la resaca y las rocas hicieron el resto.

Esteban rezaba y se encomendaba a todos los santos que en un momento así podía acordarse y se lamentaban no saber nadar para poder salir indemne de este trance. Se juró que si salvaba esta situación pasaría todo su tiempo libre intentando aprender. Ya nadie se atrevía intentar llegar a tierra por sus propios medios, mejor era esperar junto con su compañeros la muerte que creían inminente o un milagro que les salvase, que echarse a un infierno en donde la muerte era segura.

Fue entonces cuando apareció la figura del Enano Bellido. Sin cuerdas en donde agarrarse con pies y manos no era nada, pero su agilidad continuaba indemne y no tenía límites. Con tres prodigiosos saltos, apoyando los pies en sendas rocas y aprovechando el intervalo entre una ola y la siguiente, logro alcanzar el límite de la costa para después rodar sobre sí mismo.

Posteriormente todo resultó más fácil pues después de varios intentos fallidos a la tercera pudo recoger un cabo que le lanzaron y que aseguró atándolo a unas rocas cercanas y a la postre sirvió para que los otros se salvaran.

Urdaneta en sus memorias cuenta el final de este episodio:

“...salimos todos con la ayuda de Dios, con harto trabajo y peligro, bien mojados y en camisa y el lugar donde salimos es tan maldito que no había en él otra cosa que guijarros, y como hacía mucho frío hubimos de parecer, sino tomábamos por partido correr a una parte y a otra por calentarnos”

Posteriormente vinieron las lamentaciones ya que alguien insinuó que si hubiese sido el enano Belido el primero en saltar a tierra las primeras nueve víctimas se hubiesen salvado.

-O hubiéramos fenecidos todos –sentenció – pues sus muertes no fueron estériles ya que me mostraron el camino en que debía intentarlo y poder conseguirlo.

Después de la tempestad, como suele ocurrir vuelve la calma, que aprovecharon para salvar de la nave siniestrada todo lo posible. Pero a las pocas horas el mar comenzó a moverse de nuevo, y en esta ocasión el Sancti Espiritu, ya herido de muerte, fue lanzado sobre las rocas y terminó por hundirse.

La mañana siguiente amaneció con la mar repleta de pipas de vino, mercaderías y el pan y los bizcochos se perdieron todos.

Por suerte el resto de las naves pudieron soportar mejor el temporal y se salvaron.

Cuando la calma regresó de nuevo las otras naos enviaron sus botes para rescatar la comida que se había salvado y posteriormente reembarcar a los tripulantes.

A pesar de que el capitán debía ser el último en abandonar el barco, en este caso la tierra de acogida, en esta ocasión Elcano era demasiado importante para continuar con esa norma. El maese era el único conocedor de la travesía del estrecho y quien podía llevar las naves a buen puerto. En ese viaje no habían todos y el capitán designó a Urdaneta para ocupar la plaza vacante que quedaba

en el batel.

Estaba anocheciendo y el resto debía esperar al día siguiente. Así lo relata el salvado in-extremis en su diario.

“Así yo solo me embarque con dicho capitán y nos fuimos a la nao Anunciada”

Pero continuaban pintando bastos y el lugar no era nada seguro para las tres naves que quedaban, por lo que Elcano decidió adentrarse en el estrecho buscando un lugar más resguardado, quedando de esa forma los naufragos bastante alejados de la flota. Para colmo de males, antes de tomar la primera angostura, les dio un viento suroeste, tan fuerte que creyeron naufragar a media noche y entre embate y embate y alguna que otra indecisión perdieron las tres naves los bateles. Elcano, tal vez escarmentado por lo ocurrido la noche anterior y ahora al mando de la Anunciada, decidió salir a la mar ancha, en donde tuvo que resistir los embates del mar pero sin peligró alguno de encallar.

Al día siguiente abonanzó el tiempo; las dos naos que quedaban: el San Lesme y la Parral se internaron por la primera angostura, que era un boquerón, que luego se abría formando una acogedora bahía que llamaron de la Victoria y en la que suponían estaban seguros. Ese mismo día la Anunciada volvió a entrar en el estrecho y al no ver a las otras naves se internó también en la angostura para descubrir que las otras naves se encontraban allí resguardadas. Estas al verla llegar se alegraron muchísimo pues la consideraban perdida.

En la bahía de la Victoria los tripulantes de las naos vieron en tierra a varios patagones que los miraban con curiosidad y habían llegado hasta donde estaban las carabelas. Elcano ya pensaba que la travesía del estrecho ya no sería posible en esa temporada y tendrían que esperar a que el tiempo mejorase, máximo si tenían que aguardar la llegada de Loaisa.

Se preveía una larga estancia en la zona y para ello era necesario mantener unas excelentes relaciones con los naturales para evitar altercados. Por ese motivo optó por enviar el esquife de la Anunciada a tierra para invitarles a subir a bordo. Uno de ellos aceptó. Le dieron a beber vino, lo invitaron a comer y le entregaron algunos regalos. Lo que más le llamó la atención fue un espejo en donde pudo ver reflejado su rostro. El individuo se espantó tanto, que era digno de ver las cosas que hacía.

Le mostraron oro y plata para ver su reacción, pero no presto atención a ninguno de los metales preciosos y no demostró alteración alguna, por lo que dedujeron los desconocía.

El sujeto, en resumidas cuentas era feo, grande de cuerpo y se abrigaba con una pelleja de cabra, lucía en la cabeza un cerco de plumas que parecían de avestruz, su única arma era un arco y en los pies calzaba abarcas. Al amanecer expresó su deseo de bajar a tierra y así lo hicieron, pues interesaba comunicase a su tribu una buena impresión de los visitantes.

El mal tiempo se cebó de nuevo con los naufragos que no pudieron ser rescatados ni al día siguiente ni al otro. La situación se volvió tensa entre los que se creían abandonados, ya que habían perdido de vista a la flota, refugiada ahora tras un promontorio e ignoraban que las naves al carecer de los bateles no podían ir a rescatarlos.

Tuvieron que pasar siete días desde aquel fatídico catorce de enero para que Elcano pudiese convocar consejo de capitanes y decidir que el propio Urdaneta, que por otra parte se sentía culpable de haber abandonado a sus compañeros, fuese con doce hombres al lugar en donde se habían quedado los naufragos del Sancti Espiritu. La misión no era fácil, pues lo angosto del terreno, el frío y los vientos constantes hacían de aquella tierra uno de los lugares más inhóspitos del planeta.

A Urdaneta y los seis hombres que le acompañaban se les proporcionó comida y agua para varios días y se les trasladó a tierra con el esquife. La intención es que llegase a contactar por tierra con el factor general Diego de Covarrubias, que estaba al frente de los naufragos de la nao perdida, con la orden de juntar toda la mercancía, vino, artillería, munición y jarcias, a fin de que lo tuvieran todo preparado para cuando las naos pudiesen acercarse, recoger tanto los enseres que se salvaron como a la gente.

Al cabo de unas horas de pisar tierra, cuando ya llevaban unas quince leguas recorridas se presen-

taron una veintena, entre hombres y mujeres, de indios del lugar, los llamados Selknam, que impresionaron a los españoles por su elevada estatura. No era el momento de procurarse más problema y Urdaneta, lo más diplomáticamente posible, trató de convencerlos de que no venían a quedarse, solamente a recoger a unos compañeros y en cuanto lo hicieran regresarían a las naves.

Sin embargo al ver que iban bien provistos de bastimentos en las mochilas que portaban, los patagones les pidieron por señas algo de comer y beber; atendieron su petición y fueron invitados a ver sus estancias que estaban hechas de pellejos de cabras en forma de chozas; en donde tenían a sus mujeres e hijos, cuando querían ir a otra parte cogían sus pellejas, se las echaban a las mujeres a cuesta, y ellos portaban únicamente sus arcos y flechas.

Se brindaron a acompañarlos hasta donde se dirigían. Unos diez patagones lo hicieron durante día y medio, el tiempo que tardó en agotarse la comida que portaban en sus mochilas. Después desaparecieron sin dejar rastro, quedándose solos y sin comida.

A tanto llegó el desespero en los días siguiente que Urdaneta lo cuenta en su diario.

“Era tanta la sed que teníamos que la mayoría de nosotros no nos podíamos ni mover, y nos ahogábamos de sed; y en esto me acordé que quizás me remediaría con mis propias orinas, y así lo hice; luego bebí siete u ocho sorbos de ella, y orné en mí, como si hubiese comido y bebido...”

Prosiguieron la búsqueda de sus compañeros y lograron encontrar un charco de agua dulce, a cuyo lado crecían unos matojos de apio, con los que se saciaron. Eso ocurría el tercer día de marcha. Siguiendo su camino se encontraron unos riachuelos que tuvieron que cruzar con el agua helada hasta las rodillas, para después tener que escalar unos acantilados de piedra cortante, que solo pudimos subir con mucho trabajo y la ayuda de nuestro Señor.

Volvieron a sentir el azote del hambre, pero entonces divisaron unos conejos y patos y se dedicaron a cazarlos, lo que les deparó una opípara cena. Pero las alegrías siempre vienen acompañadas de las desgracias. Para asar los animales capturados y al intentar encender el fuego para cocinarlos no podían hacerlo pues las ramas que querían aprovechar como combustibles estaban algo mojadas. A alguien se le ocurrió echar un poco de pólvora para facilitar el encendido, pero un descuido, acompañado por una inesperada ráfaga de viento, llevó una de las chispas hasta un frasco de pólvora que inexplicablemente se encontraba abierto, el cual explotó y quemó a Urdaneta. El mismo nos describe el suceso de esta manera.

“Me quemé todo, que me hizo olvidar todos los trabajos y peligros pasados.”

Al atardecer del día siguiente, cuarta jornada de marcha, consiguieron llegar al lugar en que se encontraban los naufragos, cuya alegría fue increíble pues todos se daban ya por perdidos. Pero la llegada de estos hombres les afirmaba que pasarían a recogerlos. Urdaneta les conminó a que lo tuviesen todo preparado pues el rescate era inminente.

El que más se alegró de su llegada fue Esteban que apenas vio a Urdaneta se lanzó en sus brazos sin reparar en su estado y haciendo caso omiso de sus gritos de dolor.



## CAPITULO VIII

El invierno terrible y la no menos dificultosa travesía del estrecho.

La aventura de la Santa María de la Victoria.

La noche del temporal del 28 de diciembre de 1525, la Santa María de la Victoria iba en cabeza abriendo camino, detrás la seguía la San Gabriel y a continuación el resto de la flota.

Ya de noche, una luz que apenas se apreciaba por la popa, indicaba que la nao comandada por Valencía continuaba siguiéndolos y el resto se suponía, pues no se veía a nadie más. Nada preocupante, pues la noche era cerrada y la neblina que surgía de la mar dificultaba la visión.

Sin embargo cuando amaneció el día veintinueve y se disipó la niebla matutina ya no había nadie tras ellos. Intentaron retener la nave para esperarlos, por si los habíamos dejado atrás, pero soplaba tal viento del oeste sudoeste, que a pesar de ir a palo seco, sin ninguna vela desplegada, corrieron diez leguas al éste noreste, hasta que a las diez de la mañana comenzó a abonanzar el viento.

Después del mediodía fueron al norte durante seis leguas, obligados por el viento pero con la esperanza de darse de bruces con la flota que se suponía debía estar a barlovento. Por la noche cesó el mal tiempo. Tenían la zona de Arenas Gordas al noroeste y sondaron cuarenta y cinco brazas.

El sábado treinta de diciembre tomaron el sol a 39° latitud sur y tenían el cabo de los Humos al norte a una distancia de dieciséis leguas. Lo llamábamos así porque los naturales encendían grandes hogueras, no sabíamos si eran para llamar nuestra atención o simplemente para intimidarnos. Hallaron fondo a 44 brazas. Del resto de la flota que se suponía habían tenido las mismas dificultades que ellos. Ni rastro.

El domingo treinta y uno de diciembre tomaron el sol a 39° 20', caminaban en dirección suroeste y tenían la Bahía de los Bajos anegados al oeste y a una distancia de cincuenta leguas. Ese día por la mañana tuvieron la inmensa alegría de ver al San Gabriel acercarse por el norte. El problema es que llegaba solo. Fueron a su encuentro y lo tomaron en compañía.

El primer día de enero de 1526 no pudieron pesar el sol porque el cielo se encontraba nublado. El fondo estaba a cincuenta brazas. Navegábamos ya un poco escasos de la pesca capturada en San Mateo y como aquí parecía abundante, se detuvieron con la esperanza de hacer una buena recolecta de pescado fresco y que la flota les alcanzase. Para este último extremo no se dio el caso.

Lo cierto es que por causas ajenas a sus voluntades se encontraban el mismo sitio que dos días antes. Efectivamente el dos de enero tomaron el sol y se encontraban a 39° 40' y estábamos haciendo camino al oeste noroeste.

Al día siguiente no pudieron tomar el sol, pero por lo menos se dirigían al sudoeste una cuarta al oeste y el fondo era de 44 brazas.

El jueves, cuarto día del mes de enero, se pudo tomar el sol, estaban prácticamente a la altura de la latitud de 47 grados, tenían la Bahía de los Bajos Anegados a 25 leguas. Avanzaron ese día más que los cuatro anteriores juntos, pero al mediodía comenzó de nuevo a soplar del sureste y no tuvieron más remedio que dar la vuelta al norte noroeste.

El día cinco el viento volvió a ser favorable. Pusieron rumbo suroeste un cuarto al oeste. Esa jornada se tomó el sol y nos encontrábamos a 42° 14' latitud sur. Tenían las Barreras blancas al noroeste distantes unas treinta leguas y el fondo era de arena limpia, hallándose a 38 brazas de profundidad.

Al mediodía siguiente el sol se encontraba 48° 48', caminaron al suroeste un cuarto al oeste. La bahía sin fondo o de los Bajos Anegados se encontraba ya al noroeste y distante catorce leguas. Se sondaron 44 brazas.

Avanzaban pero no lo esperado. Loaisa suponía que si la flota navegaba por una zona con vientos más favorables podían incluso haberlos rebasados.

Navegaban sin incidencia alguna y lo único que se anotaba en el diario de abordó era la latitud, cuando se podía pesar, la profundidad y la descripción de algún que otro accidente geográfico para

que las naos que en el futuro siguiesen la misma singladura pudiesen orientarse.

El siete enero tomaron el sol 44° 48'. En vez de avanzar habían retrocedo cuatro grados que equivalían a setenta leguas. Loaisa pensó que si por desgracia tenían que regresar, porque cualquier incidencia grave les impidiese continuar con su misión, costear por el continente sudamericano les permitiría una rápida llegada al Caribe en donde serían auxiliado y posteriormente seguir la ruta habitual de regreso a España.

El general solía cenar con Acuña, en su cámara, la mayoría de las noches, ya que aunque el capitán estaba arrestado por el incidente con el navío portugués en Sierra Leona, no podía considerarse un prisionero ya que su pena era de privación de sueldo y mando. Una de esas noches le hizo saber a Acuña su inquietud. Este que todavía no tenía nada previsto, en su subconsciente rumiaba la idea de abandonar al General, que tan mal consideraba se había portado con su persona, y dejarlo plantado a la menor oportunidad que tuviese.

Ya hacia algunos días que se había cumplido los dos meses de suspensión de empleo y sueldo, pero Loaisa no hacía nada para reintegrarlo a su puesto. El general se sentía más cómodo con Valencia en la capitania de la San Gabriel, que atendía sin rechistar todas sus ordenes, que tener que bregar con el incomodo Acuña. Ese y no otro era el motivo de que estuviese dilatando la cuestión.

Una noche después de una opipara cena, gracias al pescado recién cogido, y regada con abundante vino gallego y sin aparente rastro de fricción entre ellos, Acuña decidió exponer la cuestión que lo acuciaba.

-Sobre el asunto de mi arresto.- le interpeló casi por sorpresa – Creo que el mío esta cumplido con largueza.

-Efectivamente y cuando se liquide la mesada recibirás tu parte como todos. El tesoro ya ha recibido las ordenes oportunas.

-Los maravedís poco me importan, pues tampoco hay lugar en donde gastarlos. Pero si me interesa recuperar mi puesto, pues jornada que pasa día que pierdo el respeto de mis hombres.

-Sabrás recuperarlo inmediatamente.

-Mi orgullo también se resiente.

-Estamos alejados de la flota...

-Pero mi barco navega a menos de una milla de nosotros. Cualquier día de calma podemos hacer el trasbordo con el esquife sin ningún problema.

-En la singladura que estamos realizando considero que no es el momento adecuado para realizar un cambio en la capitania del San Gabriel. – Acuña hizo un gesto de protesta pero el General lo paró con un ligero movimiento de su mano izquierda.- Considero que es mejor que permanezcas a mi lado para aconsejarme en las difíciles decisiones que sin duda he de tomar. Me comprometo a reintegrarte en el mando apenas nos incorporemos a la flota.

-¿Y si no lo logramos?

-Hombre de poca fe. Pero si no lo logramos nos tocara terminar esta aventura los dos en solitario.

-¿Sin Elcano?

-Tengo la información suficiente para llegar a las Molucas incluso con los ojos cerrados.

Después hizo un gesto para dar por concluido el tema, ya que no quería continuar polemizando con él

Acuña consideró que ya había llegado lo suficientemente lejos en ese asunto y era el momento de dejarlo latente para aprovechar otra ocasión más factible. De todas formas el odio que sentía contra Loaisa se había incrementado notablemente tras esta conversación y esperaba con ansias la ocasión para devolverle la injuria que había sufrido.

“Un día me la tiene que pagar” – Pensó para sí Acuña.

Ese día siete de enero fue fructífero, ya que tuvieron el Cabo de Santo Domingo a escasas cinco leguas al noroeste e hicieron camino al sudoeste una cuarta al oeste. Al sur de dicho cabo hay dos

islas. Una cerca de tierra y distante de ella solo una legua, y tres desde esta a la de fuera. La primera es alta y pequeña, mientras la otra es llana y casi rasa con el mar, igualmente pequeña, más larga que ancha y cortada por el medio. Al sur de esta isla hay unos bajos y a media legua al sur sondamos cuarenta y cinco brazas de arena limpia.

Los días ocho y nueve de enero, apenas nos movimos del sitio, pues la primera jornada medimos 45° y la segunda 45° 55'. Nos pasamos los dos días yendo de aquí para allá unas veces rumbo norte y otras rumbo sur. Cuando nos cansábamos nos limitábamos a plegar las velas y esperar a que el tiempo fuese favorable. El cabo Blanco lo teníamos al oeste a 23 leguas de distancia.

Este cabo son en realidad tres y el que suele recibir ese nombre es el de en medio. Dista unas dos leguas del que está situado al norte, que es tajado al mar y llano sobre él. Como a una legua tierra adentro existe una montaña llana no muy alta y que en algunas partes tiene unas manchas blancas. Entre esta montaña y el cabo, más cerca de la primera que de la segunda, hay una montañita que parece un montón de trigo. Desde el cabo del norte hasta el cabo blanco toda la costa es tierra llana, aunque se va alzando conforme se separa de la ribera.

El cabo blanco, propiamente dicho, es delgado y bajo y tiene a una y otra parte una barrancada blanca. Al sureste de este cabo, distante unas tres leguas, está el cabo del sur que desde la perspectiva que lo mirábamos aparentaban ser tres islas, siendo la menor la de en medio. Pero en realidad las dos del norte son tierra firme y solo era una isla la del sur.

A tres leguas de distancia de esta costa hay veinticinco brazas de profundidad y en esos momentos navegaban hacia el suroeste.

Llegamos a estar a la altura del cabo del sur al mediodía. Medimos en esos momentos el sol y nos encontrábamos a 47° latitud sur.

Una vez dejados atrás los tres cabos tomamos el rumbo suroeste y por la tarde topamos con una seca sobre el agua en donde rompían las olas. Dimos gracias a Dios por no darnos con ella de noche pues con toda seguridad hubiésemos embarrancado y difícil hubiese sido salir de allí pues por la hora debíamos estar en marea alta.

Las secas son en realidad bancos de arenas de escasa altura y poca longitud. Esta en concreto tendría la longitud de un ayuste (unos treinta metros) y corría de nordeste a sureste. Estaba a dos leguas de tierra en donde se supone se puede navegar con ciertas garantías. La posicionaron a ocho leguas del cabo como advertencia para futuros navegantes.

A una milla de esta seca hallamos fondo a dieciocho brazas.

El jueves día 11 no anduvieron nada, pues hubo calma desde la noche anterior hasta ponerse el sol ese día. Por la tarde, ya casi oscureciendo, vieron una isla que por tener una depresión en medio parecía que fuesen dos. De esa isla a la costa había por lo menos una legua, diecisiete nos separaban del Cabo Blanco y cuatro de la seca que vimos el día anterior. Esa jornada no apareció el sol y no pudimos tomarlo. Sondearon 42 brazas de profundidad.

Al amanecer del día siguiente hicieron rumbo oeste un cuarto suroeste, para acercarnos a tierra. Serían las diez horas cuando encontraron otra seca que iba de este a oeste con relación a la isla de los Patos, distante de ella cinco leguas.

La seca era llana, rasa con el mar y del ancho de una nao. Alrededor, a solo un tiro de ballesta, sondaron treinta y siete brazas. El piso era de piedra, que les extrañó, pues no recordaban hallar otro igual desde la Bahía de los Santos. Y desde entonces hasta aquí era siempre de arena limpia. A mediodía observamos el sol y estábamos a 48° 40' latitud sur.

A la mañana siguiente y hasta el domingo por la mañana no anduvieron nada por estar la mar en calma. Ese día catorce de enero sopló el viento del nordeste. Hicieron camino, hasta el mediodía rumbo oeste sudoeste para acercarnos de nuevo a tierra y encontraron una isla pequeña con cuatro islotes a su alrededor. Tomaron la latitud a 49° y navegaron alejados de la costa una legua. Sondaron diecisiete brazas de fondo con rocas cuando serían las diez horas. Ese día por la tarde, tres horas

antes de que el sol se ocultase, llegamos a la altura del puerto de San Julián.

La zona es perfectamente reconocible pues diez leguas antes de llegar a ese puerto la tierra comienzan a ser más alta que la dejada atrás. Esa tierra es alta, de cimas llanas y se pueden ver muchas mesas y cotillones redondos que llegan hasta el mismo puerto. En la misma costa, hacia al nordeste hay sucesivamente dos cabos tajados, y sobre ellos una montañita plana que se asemeja a una isla; tierra adentro de estos cabos y al final de las montañas blancas, se puede observar una montaña redonda y puntiaguda más alta que todas las anteriores; junto a ella al suroeste hay otra semejante pero mucho más pequeña y que desde esta desciende por espacio de media legua, hasta hacer una punta baja que está a la entrada del dicho puerto de San Julián. Al existir una isleta pequeña y llana cercana a la tierra, creyeron que de ella al cabo habría poco fondo.

La entrada al puerto de San Julián no es sencilla ya que no se ve, hasta encontrarse prácticamente junto a ella. Para poder entrar fácilmente, debes dirigirte a los cabos que están al noroeste y para ello debes correr al suroeste, o si lo prefieres a la punta que baja desde la montaña y desde allí podrás ver perfectamente la entrada que corre de noreste a suroeste. Dicho puerto está en la latitud de 49° 30'.

Una vez vistas todas las dificultades y tomada nota de las mismas, pues su misión aparte la encomendada de llegar a la islas Molucas era la de tomar nota del camino a recorrer para facilitar la labor de las futuras expediciones que sin ninguna duda les seguirían, decidieron no entrar pues no era su destino ni el tiempo el apropiado para intentarlo.

Durante tres días, el 15, 16 y 17 de enero estuvieron voltejando con malos tiempos y mar a través, ganando muy poco terreno y al final del último día se encontraban en el mismo sitio.

Loaisa ya daba por seguro, debido al tiempo transcurrido, que el resto de la flota, a pesar de que al principio de la separación iban por detrás, ya lo habían sobrepasado. Posiblemente al transitar por una ruta más bonancible. Por ese motivo cuando el día dieciocho de enero, ambas naos se situaron en la desembocadura del río Santa Cruz, esperaban encontrar allí al resto de la flota, ya que era el punto de encuentro pactado con anterioridad.

Para su desesperación allí no había nadie.

La duda comenzó a roer la cabeza del Capitán General. ¿Todavía no habían llegado? ¿Se habrían perdido? O lo que era peor. Ya se habían cansado de tanto esperarlos y continuaron la marcha ya que el invierno se estaba acercando a pasos agigantados y cada día que pasaba era una opción más para tener que quedarse, durante la temporada invernal, en esta inhóspita zona. Lo esencial era en esos momentos encontrar el mensaje, que sin duda hubiesen dejado de ocurrir el último supuesto.

Fue el piloto del San Gabriel el primero en descubrir la cruz de madera plantada sobre la superficie de la pequeña isla.

Botaron el esquife y hasta allí fueron varios hombres que no tuvieron ningún problema en hallar el mensaje. El pie de la cruz estaba reforzados por un montón de piedras a su alrededor y entre ellas salía el cuello de una botella, debidamente lacrada, que contenía el mensaje, que inmediatamente llevaron a manos del Capitán General.

Loaisa lo leyó para sí y posteriormente viendo el gesto de ansiedad en los rostros de Acuña y su piloto se lo resumió de esta manera.

-Hace ocho días que la flota estuvo aquí. Pero como el tiempo era bueno y queda poco verano, la junta de capitanes acordó ir al estrecho, en donde unas quince leguas adentro, en la parte del noreste, al pie de la sierra más alta los encontraremos. Probablemente se estén abasteciendo y cuando llegemos tendremos que hacerlo nosotros. Pero este es un lugar tan bueno como cualquier otro y me gusta estar siempre preparado para cualquier eventualidad. Así es que nos quedaremos dos o tres días pescando y cazando y haciendo aguada en un arroyo que hay en la ribera de la derecha. ¡Tu! -dijo al marino que le había traído el mensaje - Dile al Capitán Valencia que quiero se presente aquí para informarle de la buena nuevo tan pronto esté disponible.

Acuña creyó que era el momento de realizar el relevo y pasar a su nave.

-Creo que es el momento de reintegrarme a mi nave.

-Yo solo tengo una palabra y en su día te la dije. Se hará cuanto nos reunamos con la flota- le respondió con tono y gesto agrio.

Acuña contuvo el odio que sentía por el Capital general, pero se juró a si mismo que se vengaría a la primera ocasión que tuviese.

Loaisa había acertado. El riachuelo que vislumbró a lo lejos era real y de aguas claras y cristalinas en donde llenaron todas las barricas que tenían vacías. Hicieron leña en abundancia y mientras unos se dedicaban a pescar peces que casi se podían coger con las manos, otros se dedicaban a cazar una especie de animales que parecían cerdos. Mientras que Hernando de la Torre se dedicó a realizar un exhaustivo estudio de las características de ese puerto, detallando todos y cada uno de los datos que fuesen de interés para futuros navegantes. Tales como la profundidad de las diversas zonas, tanto en la marea baja, como en la alta. El lugar más seguro para fondear en caso de tormenta, variando el lugar si el viento sopla del sur o del norte. Y muchos datos más que omitimos por no cansar al lector.

El día veinte por la tarde, aprovechando la marea salieron del puerto de Santa Cruz, tomando la dirección suroeste.

En la jornada siguiente nos dio el viento sudoeste y fuimos voltejeando con poco viento. Ese día no se tomó el sol.

El lunes veintidós si lo pudimos pesar y se encontraba a 52° 15'. No hicimos camino pues los vientos eran inexistentes o contrarios del sur suroeste. Continuamos voltejeando unas veces de vuelta a la mar y las otras con dirección a tierra.

El veintitrés de enero amanecemos en las cercanías del Cabo de San Idelfonso. Anduvimos ese día en medio de una calma hasta la boca del rio que está a 51° 27'.

Allí encontramos al patache Santiago esperando que el tiempo mejorase para reintegrarse a la flota. Recordemos que se había quedado retrasado cumpliendo la orden de Elcano de levantar una cruz y colocar en su base el mensaje, que unos días antes rescataron.

La parte norte del rio de San Idelfonso forma un cabo alto, tajado y de cumbre llana; en la parte sur de la boca se ven siete montañitas que parecen un órgano.

La primera del norte es más baja que la segunda y tercera, que son las más altas; a partir de estas van bajando paulatinamente hasta la última del sur que es la más pequeña de todas. Entre estas siete hay cinco puntas que parecen frailes de forma que desde la primera del norte hasta las dos altas casi se ven tantas puntas, como desde allí a la del sur.

Antes de llegar a este rio y sobre su boca hay muchas secas, en este caso de peñas, que salen hasta cuatro leguas a la mar y la entrada tiene poco fondo por lo que solo admite naos de poco calado. Esta desembocadura se puede confundir con la del estrecho y después de que se reconozca es aconsejable apartarse de ella. Recordemos que allí es donde unos días antes habían encallado las cuatro naves que iban con Elcano y solo pudieron salir, más o menos indemnes, gracias a la pleamar.

El día veinticuatro de enero, a las diez de la mañana, partieron de las bajas que hay a la entrada del rio San Idelfonso con destino al cabo de las once mil vírgenes o Santa Úrsula que señalan la puerta del estrecho.

La distancia entre ambos puntos apenas es de doce leguas y como el tiempo era favorable pensaban cubrirla durante esa misma jornada.

El cabo de las vírgenes es alto, esta tajado y tiene la cumbre llana como una meseta. A la mitad del cabo, entre este y la mar, existen playas de arena que a dos leguas al suroeste de dicho cabo forman una punta aguda como la de un cuchillo; desde el cabo hasta esta punta, encima de la playa y a una milla de distancia de la mar, toda la costa es plana y alta como la tierra del cabo y pasada esa punta que se llama de las Vírgenes hay en la parte suroeste una bahía que lleva el mismo nombre.

Cerca de esa punta hallaron compungidos los restos de una nao que pronto identificaron como el Sancti Espíritu que mandaba Elcano.

Ya oscurecía cuando llegamos a cuatro leguas de la entrada del estrecho, la profundidad era de dieciocho brazas, pero como no sabíamos con lo que nos encontraríamos o si era mejor navegar por una orilla que por la otra, decidimos hacer noche allí.

El día veinticinco embocamos el estrecho pero antes de que saliésemos de la boca nos llegaron vientos contrarios que nos obligaron a salir.

El fondo estaba allí a únicamente cinco brazas. Estuvimos en ese lugar hasta que la marea nos levantó y pudimos partir hasta la llamada bahía de la Victoria.

Allí encontramos a la Anunciada y las carabelas San Lesme y Parral.

### Estrecho de Magallanes



## CAPITULO IX

### Comienzas las deserciones

Esteban hubiese querido olvidar los días que pasaron abandonados junto a los restos del Sancti Espiritu, pero no podía asegurar que hubiesen resultado estériles como cabía esperar. Comida no les faltó en ningún momento, así como agua o buen vino que es lo primero que salvaron cuando se les ordenó rescatar los enseres. Algunos, hay que reconocerlo, se dedicaron a la dulce vida y a falta de un mando efectivo se pasaban el día haraganean cuando no estaban borrachos perdidos.

Durante el día la temperatura todavía resultaba agradable e incluso hacia un poco de calor, lo que me animó a realizar algunas prácticas de natación con bastante buen éxito. Las noches sin embargo eran frías, y cuando menos te lo pensabas caía un chaparrón que te dejaba empapado y tiritando toda la noche.

En un primer momento nadie se molestó en buscar o construir un buen refugio para estos casos pues todos creían que el rescata sería inminente y no valía la pena tanto esfuerzo. Pero los días pasaron y allí no acudía nadie.

A fe que nunca creímos ser abandonados, pero por otra parte sospechábamos que algún problema tenían los mandos de la flota para no hacerlo. Y eso preocupó a algunos, mientras los otros continuaban ahogando sus penas con alcohol.

Por fin el tesorero de la nao Parral, Juan de Benavides, que por diversas circunstancias se encontraba a bordo de la siniestrada, y que aparentemente era la máxima autoridad allí presente, un día se puso los galones y trato de poner un poco de orden entre el caos que allí reinaba. Lo primero que ordenó es que el vino fuese custodiado las veinticuatro horas del día por personas sensatas, aparte de abstemias, y puso a todo el mundo a trabajar. Improvisaron una especie de jaima con las velas de la nao que por lo menos los guarnecía del frío y los libraba de las inclemencias del tiempo.

El día veinticuatro de enero tuvieron la inmensa alegría de ver aparecer por allí a Andrés Urdaneta con sus acompañantes. Esteban se abrazó a él y no lo soltaba a pesar de las tímidas protestas de su amigo todavía convaleciente de las heridas sufridas la jornada anterior. Tenía toda la parte derecha de la cara chamuscada pero no parecía ser nada grave.

Los abrazos eran más por la alegría de volver a verle que por la esperanza de ser salvados.

Urdaneta los tranquilizó resumiendo la situación de la flota que estaba intacta salvo el hecho de haber perdido los bateles y que la distancia que les separaba impedía que el rescate lo efectuasen los esquifes. Traer hasta allí a las naos grandes era una temeridad y un riesgo que no podían o querían afrontar. Sencillamente estaban esperando el regreso del patache para que fuese él quien procediese al rescate. En ello estaban cuando escucharon unos gritos de:

-¡Mirad! ¡Mirad! - que comenzó en un pequeño coro de voces que fue extendiéndose paulatinamente hasta que casi la totalidad de los presentes les imitaron.

En realidad aullaban más que avisaban de la presencia de las tres naves. Una era indiscutiblemente el patache que conocían perfectamente. Pero a las otras dos les costó identificarlas pues tanto a la Nao Victoria, como al San Gabriel la mayoría de los presentes ya los daban por perdidos, como al Sancti Espiritu

-¡Son la Victoria y el San Gabriel! - gritó uno de los presente e inmediatamente el resto les hizo el coro.

Aumentaron el tono de los aullidos, levantaron los brazos, saltaron y hasta uno de ellos enarboló la bandera de la nao siniestrada que desde lo alto del mástil había rescatado, el enano Bellido.

No tardaron en darse cuenta los recién llegados del grupo que reclamaba su atención y aunque las dos naos grandes pasaron de largo sin inmutarse y sin aparentemente haberse dado cuenta, si lo hizo el patache Santiago abandonando la ruta que seguían las otras dos y se acercó a la costa, hasta una distancia prudencial, para averiguar quiénes eran.

Guevara, el capitán del patache, se comprometió para rescatar al resto de los náufragos al día siguiente y de momento embarco a Hernando de Bustamante, al clérigo Juan de Areizaga y al tesorero de la Parral, Juan de Benavides que fueron los encargados de comunicar a Guevara el hundimiento del Sancti Espiritu, de la muerte de nueve de sus tripulantes y que tanto la Anunciada, como las carabelas Parral y San Lesme, al mando de Elcano, habían perdido los bateles, por lo que no podían acudir al rescate de los náufragos, y refugiado en el estrecho.

Mientras tanto Loaisa se dirigió, para hacer noche, a una distancia de cuatro leguas de la embocadura, acompañado por el San Gabriel.

El veinticinco de enero por la mañana intentó atravesar la primera angostura; pero antes de poder hacerlo tuvieron la marea vaciante que les obligó a dar en fondos de cinco brazas; en bajar se levaron y fueron a la bahía Victoria en donde hallaron la nao Anunciada, acompañada de la San Lesmes y la Parral, ancladas dos leguas mas allá de la angostura. Fondeando cerca de ellas.

La flota volvía a reunirse después de casi un mes de separación, aunque hubiese de lamentar la pérdida del Sancti Espiritu.

Desde el mismo momento en que Loaisa fondeó en la bahía Victoria, tomó el mando de la misma y comenzó a impartir las primeras ordenes. Mandó a Martin de Valencia que junto con sus criados y amigos se trasladase a la nao Anunciada; cumpliendo con lo prometido autorizó a Rodrigo de Acuña se trasladase y tomase el mando de la San Gabriel y que Elcano, con la San Lesme, la Parral y el patache Santiago fuesen al sitio de la nao perdida para recoger a la tripulación y salvar los enseres rescatados.

Acuña tuvo que entregarle su batel a la Parral, para facilitar el rescate, recordemos que en estas dos carabelas habían perdidos este medio indispensable para poder tomar tierra, a consecuencia de la misma tormenta que hundió el Sancti Espiritu, y el patache por su reducido tamaño no lo poseía. A cambio recibió Acuña el esquite de la capitana para que se sirviera de él.

XXXXXX  
XXX  
X



El veintiséis de enero partió Elcano para cumplir el mandato; desde el mismo momento que llegó al lugar del naufragio comenzó a embarcar en las carabelas cuanto allí había.

Mano de santo fue, pues apenas terminado el embarque se levantó un viento recio que les obligo a salir de aquel peligroso paraje. Elcano lo sabía por experiencia propia.

Dejaron metido en un arroyo cercano al patache, ya que el fondo se lo permitía y el viento le era contrario; así como el batel, que en esos momentos tenía el encargo de embarcar las bombas de achique del Sancti Espiritu pero no les dio tiempo.

Del resto de la flota fue un sálvese quien pueda. Mientras la carabela Parral, al mando de Jorge Manrique, y en la que iban embarcados: Elcano, Urdaneta y Esteban, pudo entrar en el estrecho y refugiarse en un lugar adecuado, la San Lesme, capitaneada por Francisco de Hocés, no tuvo tanta suerte y fue barrida hacia afuera.

De esta última, en los próximos días, se perdió el rastro, aunque todos tenían la esperanza de que volviese.

El resto de la flota, medio protegidas en la bahía de la Victoria continuó capeando el temporal como podían, ya que, el mismo, continuó en los días sucesivos con la misma fuerza del primer día y sin tener intención de detenerse. Durante esas jornadas poco pudieron hacer, salvo aguantarse y rezar cuanto supieran.

Sin embargo el ocho de febrero las cosas comenzaron a complicarse.

Tanto Loaisa como Elcano ya habían asumido el aplazamiento del pase del estrecho hasta que el invierno finiquitase. La travesía sería larga y no podían exponerse a que les cogiese una tormenta como la que estaban pareciendo en esos momentos, pero en un lugar angosto, en donde no pudiesen maniobrar, y lleno de peligros por todas partes.

Ese mismo día, a pesar de estar bastantes alejados de la costa, con vientos oeste suroeste, las tres naves: la capitana, la Anunciada y el San Gabriel comenzaron a garrear. La Victoria a pesar de estar asegurada con cinco anclas y otros tantos ajustes llegó hasta cerca de la tierra, comenzó a culear e hizo infinitas tocadas con el fondo que la llenaron de agua.

Para intentar salvarla echaron al mar todo lo que tenían en cubierta y cortaron la obra muerta para aligerar su peso. Estuvo casi perdida, pues incluso el Capitán General con toda su camarilla saltó a tierra para salvar su culo. Por suerte el maestre y toda la tripulación continuaron haciendo todo lo que estaba en sus manos e incluso lo que parecía imposible para librarla del fin que parecía inminente.

El día nueve por suerte cedió un poco el viento y pudieron alejar la nao, un poco de la costa.

Al día siguiente, las condiciones atmosféricas, por lo menos se mantuvieron, y pudieron apartarla un poco más, incluso por detrás del lugar que ocupaba antes de comenzar a garrear.

Esa jornada la dedicaron a desmontar el timón que estaba roto. Lo subieron a bordo para tratar de recomponerlo. Lo hicieron en un tiempo récord pues para el día once ya se encontraba colocado en su lugar. Mientras tanto los carpinteros se afanaron en evitar las entradas de aguas y las bombas de achique funcionaban las veinticuatro horas del día.

A las once de la mañana de ese mismo día, el San Gabriel, sin venir a cuento y ante la sorpresa de los restantes miembros de la flota, izó las velas y salió de la bahía de la Victoria y de la angostura, yendo a parar a la boca del estrecho en su cara norte.

Por la tarde la Anunciada hizo otro tanto, con la excusa de no considerar la bahía tan segura como se suponía.

De la San Gabriel se envió por tierra a su tesorero, Juan Salmerón, para que comunicase al General que había encontrado un puerto en donde razonablemente se podía aderezar a la capitana. Al mismo tiempo la Parral, en donde se encontraban: Elcano, Urdaneta y Estebanico, que procuraba no separarse de estos ni por equivocación, cargada ya con las mercancías salvadas del Sancti Espiritu y parte de sus hombres, fondeaba cerca de donde se encontraba el San Gabriel.

El día doce de febrero paso por allí la Anunciada, intentó incorporarse a la pequeña flotilla pero no pudo tomar el surgidero en donde se encontraban las dos naves y salió a mar abierta en donde la vieron andar bordeando.

La nao Capitana, que ya había recuperado a Loaisa y la gente que le acompañaba, y que unos días antes desembarcaron, ya se encontraba en condiciones mínimas para navegar, dio a la vela en la bahía de la Victoria y salieron del estrecho después de la puesta del sol.

Envío Acuña el esquife para enseñarle a la Capitana el lugar más adecuado para entrar en el refugio en donde se encontraba, haciéndole a su vez señales con una bandera. La Victoria no vio o quizás no entendió las señales que le hacían y fue a parar en la costa sur a tres leguas de aquellas naos.

El San Gabriel y la Parral se dieron a la vela y fueron a fondear igualmente en donde se encontraba la Capitana. Cuando llegaron a su altura se encontraron con la sorpresa de que se les había unido Hoces, a bordo del San Lesme, que fue barrida días antes por el temporal.

XXXXX  
XXX  
X

La primera aventura del San Lesmes

Aquella noche, cuando comenzó la borrasca, no pudieron buscar refugio junto con las otras naos y no tuvieron más remedio que dejarse llevar por los vientos que la obligaron a salir por la embocadura

Cargaron la cebadera y aferraron el trinquete. Como aquello parecía ir en serio, se cuidaron de sujetar bien las escasas piezas de artillería que les quedaban para evitar que barriesen la cubierta y causasen un mayor estropicio.

Como estaban muy enmarados, creyeron que era mejor correr el tiempo con mar de popa que intentar capear el temporal o navegar a palo seco. Rizaron el trinquete y lo cazaron. El timón iba a barlovento y la nao se portaba bravamente, no se le podía exigir más en esos momentos.

Cargaron las cargaderas del trinquete, pero la vela se rajó y arriaron la verga. Una vez dentro la vela, la desaparejaron de todo laboreo.

La tempestad era horrible, la mar se agitaba inquietante y amenazadora. Hoces, a pesar del cansancio de la tripulación, ordenó que se afanzaran los aparejos y se reforzase el servicio del timón, ya que al que lo llevaba en esos instante le resultaba imposible manejarlo.

No calaron los masteleros y los dejaron en su lugar, porque el barco corría muy bien con el mar de popa y el capitán no ignoraba que con los masteleros izados la nao no sufría y surcaba la mar sin ningún riesgo.

Hoces sabía que las borrascas son circulares y si ahora les empujaba hacia el sur llegaría un momento en que cogerían los vientos del norte y los empujarían hasta el lugar de origen.

El problema era saber el diámetro de ese círculo y conocer hasta donde les llevaría. En ningún momento intentó escapar de su influencia. Entre otras cosas porque no podía.

Lógicamente, debido a las condiciones atmosféricas, no se pudo pesar el sol en ningún momento y por lo tanto conocer la distancia recorrida y la latitud en donde se encontraban. En cualquier otro lugar del mundo esa circunstancia carecía de importancia, pero se encontraban en el límite del mundo conocido en esa época y saber hasta dónde habían podido llegar tenía su importancia, ya que sin duda eran los primeros hombres en ollar esas aguas.

Podían realizar desde luego una estimación de lo recorrido y las opiniones más pesimistas alegaban que se encontraban, por lo mínimo, en los cincuenta y cinco grados de latitud sur, cuando el viento comenzó a rolar hacia el norte y navegaban ya en esa dirección.

Habían dejado el continente americano al norte y navegaban por un mar libre, que ahora llamamos de Drake y deberíamos llamar de Hoces, que fue el primero en atravesarlo, pero eso ahora no viene al caso.

Lo que estaba claro es que se encontraba al sur del continente, sin ningún obstáculo de tierra por esa parte y que con solo haber tomado la dirección oeste en vez de la del norte que seguía, hubiese llegado al pacífico obviando el estrecho de Magallanes.

No por ello hay que quitarle todo el merito a Hoces, pues cuando Drake lo descubrió, bastante años después y aunque intentó pasar por allí al Pacífico no lo consiguió y tuvo que hacerlo por el estrecho.

Lo único cierto es que cuando volvieron a reintegrarse con la escuadra aseguraron que habían llegado al fin del mundo. Concretamente dijeron: “parecía que era allí el acabamiento de la tierra”

Para recompensar su merito, hay que imaginar una tripulación de esa época sin prendas especiales para combatir el frío extremo de esas regiones y poder soportar las bajas temperaturas que sufrieron.

Tal vez la única información con un poco de credibilidad que ha llegado hasta nosotros es la que facilitó años después el cartógrafo Pedro de la Reina, al decir que el supuesto gran territorio inexplorado estaba formado por tres o cuatro islas deshabitadas, que son precisamente las que existen en las proximidades de la llamada península de la Antártida. ¿De dónde sacó esa información? ¿Es cierto que llegaron efectivamente hasta allí?

No lo parece, La singladura de ida y vuelta apenas duró dos semanas, ya que la nave fue arrastrada

el veintiocho de enero y no regresó hasta doce de febrero. Cierto también es que el viaje, más que navegando, lo hizo prácticamente volando por la fuerza del viento. Pero de todas formas es demasiada distancia para tan poco tiempo.

XXXXXX  
XXX  
X

La trama de Acuña

Después del accidente de la nao Victoria que la dejó malparada, aun se agravó todavía más su estado por la rotura del ancla por la cruz.

El Capitán General convocó a los restantes capitanes, excepto a Guevara que se encontraba resguardado en el arroyo con su patache, en espera de que amainase el temporal, para llegar a un acuerdo y decidir volver al río de Santa Cruz, para tratar de solucionar los problemas de su nave y dejarla en condiciones de afrontar con el éxito el largo viaje que todavía tenían por delante, ya que estaba muy maltratada por los golpes que había dado sobre la costa. Desconocían realmente el mal que tenía, pero si sabían que hacía mucha agua y las bombas de achique no paraban las veinticuatro horas del día

El problema es que no podían avisar al patache Santiago de sus intenciones, ya que no podían ir por tierra pues se encontraban en la ribera opuesta y enviar una nave era exponerse a perderla. Por otra parte quedarse allí era imposible pues estaban a expensas de que el temporal se recrudeciera y a la Victoria, al tener rota el ancla principal, le costaba Dios y ayuda mantenerse sin garrear.

Visto lo acordado por unanimidad, decidieron partir sin demora al río de Santa Cruz, dejando al Santiago y al batel a su suerte.

Pero ya llevaban recorridas como quince leguas cuando el tiempo, en aquel lugar, mejoró ostensiblemente, aunque nadie sabía el que haría todavía en la zona del estrecho. Fue entonces Loaisa, que no terminaba de tener su conciencia tranquila, el que decidió mandarle aviso.

Ordenó a la San Gabriel que se acercase lo máximo posible a la capitana y a grito pelado se inició este diálogo de sordos.

-¡Rodrigo! Ve al estrecho, localiza el arroyo y dile a Santiago que, apenas pueda, se dirija al río Santa Cruz en donde nos encontrará

-Con la tormenta que hay. ¿Qué quieres que vaya allí para perderme? – fue su escueta respuesta.

-Si no lo haces, puede perderse el patache, y este nos es muy necesario para el buen fin de la expedición - en esos momentos Loaisa pensaba más en la misión que le tenía encomendada cuando llegasen al mar del sur, que no era otras que acceder por la costa occidental de América hasta Nueva España, que en lo necesario que podía ser para la flota - Por otra parte tienes que recuperar el batel, ya que con la escasez de ellos que tenemos nos resultará muy necesario en el futuro y es un lujo ahora el abandonarlo.

-¿Por qué tengo que ir yo? – le interpelo -En donde tú no quieras ir, no envíes a nadie.

Aquello era un plante en toda la regla que Loaisa no podía tolerar y máxime encontrándose a oídos de los tripulantes de las dos naos si no lo estaban ya de toda la flota.

-O vas tú o envío a Martín Valencia después de destituirte esta vez a perpetuidad.

Acuña no tuvo más remedio que acatar la orden por temor a verse destituido otra vez del mando. Esta era sin duda la gota que colmaba el vaso de su paciencia y derramaba el agua de su ira.

De todas formas Acuña ya hacía algún tiempo que tenía decidido abandonar la flota para regresar a la península. No soportaba a Loaisa y creía firmemente que intentar atravesar el Mar del Sur era una auténtica locura. Pero en el fondo era un cobarde y no se atrevía a afrontar la aventura de regresar en solitario, necesitaba un cómplice, alguien que lo acompañara en la singladura y le sirviese para diluir la responsabilidad que sin duda le acarrearía su anticipado regreso a España.

En la reunión de capitanes que se celebró en el estrecho para decidir su partida hasta el río de Santa Cruz, Acuña intentó captar adeptos. El más receptivo fue sin duda Pedro de Vera, el capitán de la Anunciada, que después de los incidentes sufridos en los que se presumía la parte más fácil del viaje, tenía serias dudas de que la travesía del mar del Sur fuese factible, todo ello sin contar que atravesar el estrecho, después de lo que había podido comprobar, era una auténtica locura.

Le respondió a Acuña que estaba de acuerdo con él, pero no iba a seguirle en su viaje de vuelta a España, pues eso era traicionar la confianza que el Emperador puso en él. Pretendía sin embargo ir

al Moluco por la ruta portuguesa, es decir ir por el Cabo de Buena Esperanza y atravesar el Indico, en vez del Pacífico, que resultaba más accesible. Prueba de ello era la cantidad de naves lusas que transitaban por esa zona sin problemas aparentes, mientras que por la otra parte solo lo había conseguido Elcano “por casualidad y con mucha suerte”

-Cierto es que después tendré problemas con el Emperador Carlos por haber contravenido sus ordenes, pero cuando regrese cargado de especias todo me será perdonado.

El otro intento lo hizo Acuña con Hoces, del San Lesmes. Que se negó en redondo a secundar sus planes. No denunció inmediatamente su proposición, porque Acuña viendo que había metido la pata, le aseguró que solamente era una pequeña encuesta para conseguir apoyos de sus compañeros y tratar de interrumpir una expedición que se estaba complicando demasiado, pero visto lo conseguido él era el primero en desestimarla.

Indiscutiblemente no se lo propuso a Elcano, al que consideraba el alma mater de la expedición, ni a Jorge Manrique, el maese de la Parral, por viajar el piloto mayor (Elcano) en esa nave y se lo hubiese impedido. Tampoco contó posteriormente con Santiago de Guevara, el capitán del patache, cuando conversó con él para trasmitirle la ultima orden recibida de Loaisa. En primer lugar porque desde el incidente con la nao portuguesa en Sierra Leona, no se podían ver ni en pintura. Y en segundo, porque era cuñado del piloto mayor y se hubiese ido de la lengua y llevado al traste todos sus planes.

Decidió hacerlo solo.

Aunque sobre este punto existen serias discrepancia, pues este pequeño motín encabezado por Acuña no aparece en ninguna de las declaraciones que posteriormente se celebraron, bien sea en los virreinos, como en España, para aclarar lo sucedido en la expedición. Si que existe, sin embargo, una cierta coincidencia en los hechos acaecidos.

La Anunciada y el San Gabriel se separaron de la flota casi en el mismo momento como si se hubiesen puesto de acuerdo. Eso es incuestionable. Y con respecto al San Lesme existen unas declaraciones de sus tripulantes que aclaran bastante el asunto.

“Este gallego (Hoces) los tiene bien puestos, lo demostró cuando nos convenció de no seguir el ejemplo de la amotinada San Gabriel, antes de llegar al paso de Magallanes...”

Puertos de la costa sur Argentina antes de llegar al Estrecho de Magallanes



XXXXX  
XXX  
X

## La deserción de la Anunciada

Recordemos, que el día doce de febrero de 1526 no pudo la nao Anunciada tomar el surgidero en que se hallaba la San Gabriel en la costa del norte de la boca oriental del estrecho de Magallanes y se salió a la mar donde la vieron andar bordeando.

En las crónicas oficiales consta que lo último que se conoce fue: “se marchó bordeando y nunca se supo de ella.”

Pero no es del todo cierto. Porque se volvió a saber de ella cuando Rodrigo de Acuña, el capitán del San Gabriel, la halló cerca del Rio de Santa Cruz y cuyo puerto no lo pudieron tomar por tener viento contrario de tierra.

Propuso entonces Pedro de Vera, su capitán, a Don Rodrigo de Acuña la continuación del viaje de ambas naos al Moluco por el Cabo de Buena Esperanza, porque los bastimentos se consumían y el tiempo parecía favorable para tomar esa decisión, pero Acuña no determinó hacer eso, y la Anunciada puso rumbo hacia ese cabo para ella hacer sola el viaje. La Nao iba sin piloto, que ya había muerto, sin batel, sin anclas y sin ayustes y desde entonces sí es cierto que nadie la vio o por lo menos comunicó a alguien su paradero.

Con estos datos difícilmente se puede hacer una crónica de lo que pasó o pudo pasarle a la nao a partir de su desaparición. Pero ojo, con el San Lesme ocurrió algo similar, y gracias a las perspectivas que nos ofrece el tiempo y la suerte de encontrar algunos vestigios arqueológicos y culturales en otros lugares por donde posiblemente pasó, nos da una pequeña idea de lo que le pudo ocurrir.

La segunda aventura del San Lesme, ya lo narraremos cuando corresponda.

Por desgracia en este caso no se ha encontrado nada y solo nos quedan las suposiciones y sobre todo algo de imaginación.

De no naufragar, y perecer todos en el suceso, cosa por otra parte muy probable en esa época y sobre todo por el estado en que se encontraba la nao. El otro peligro era aventurarse por un territorio desconocido y sobre todo hostil.

Hostil no solo por los nativos de las islas y tierra firme que recorrieron, a los que se les podía dominar más o menos fácilmente, ya que la evidente inferioridad numérica se compensaba con creces con la superioridad tecnológica. Pero estaban en territorio Portugués, para lo que aventurarse por una ruta prohibida estaba penado con la muerte y la que siguieron los hombres de Pedro de Vera lo era. Y en estos caso los lusos no se andaban con bromas.

Existe una tercera cuestión y esa si la conocemos perfectamente.

El capitán de la Anunciada estaba condenado a muerte, aunque ni él ni sus hombres en esos momentos lo sabían. En una época en que los hombres de su época siguen ciegamente a su líder, cuando este, por cualquier circunstancia desaparece, el resultado suele ser fatal. Ya que se pierde el orden y una vez llegado el caos el fin es inminente.

¿Pero porque Vera estaba condenado a muerte?

Por la misma causa que lo estaban: Loaisa, Elcano y muchos más. En concreto todos los capitanes y altos cargos de la flota que participaron en un convite de Loaisa cuando se encontraban en la isla de San Mateo.

Entonces no se supo, ni siquiera se llegó a sospechar, que lo ocurrido en esos momentos tendría consecuencias fatales para muchos en los próximos meses. De hecho, de los participante que comieron del pescado causante de todos los males que eran todos los capitanes y gente importante de la expedición, solo se salvaron Acuña y Guevara que no acudieron, involuntariamente, por encontrarse arrestados por los sucesos con la nave portuguesas que todos conocemos.

Vamos a refrescar la memoria del lector y relatar brevemente lo ocurrido y las consecuencias que tuvo, gracias a los adelantos de la ciencia moderna.

Recordemos que Paolo, el cocinero, ayudado por Esteban pescaron un pez grande que ofrecieron a Loaisa para que pudiese celebrar una cena. Al encontrarse en tierra pudo invitar a todos los ca-



pitanes y oficiales de la flota a un ágape. Tenemos dos versiones de los hechos, la de Fernández de Oviedo en su “Historia General y Natural de las Indias” y la de Urdaneta, más completa, que a pesar de no añadir nada nuevo si sirvió pata que investigadores modernos pudiesen deducir las causas de las muertes, que sin ninguna causa aparente, ocurrieron meses más tarde.

Fernández de Oviedo dice:

“Un día se tomó un pescado que parecía corvina, tan grande como un salmón de veinte libras. Todos los que comieron en la mesa del General, enfermaron de tal manera que no se pensaban escapar; y creyeron que morirían sino eran socorridos con triaca y otros remedios, y a pesar de eso estuvieron varios días enfermos.”

Aunque Fernández no estuvo presente, todo ello se lo comunico un testigo presencias, el Padre Areizaga, que si lo estuvo. Para continuar:

“Decía este reverendo padre clérigo, que él vio ese pescado y que tenía los dientes como un perro grande; y que él mismo mató uno igual, pero mayor, que los tenía (los dientes) de la misma manera. Pesó más de cincuenta libras pero no osaron comer de él y lo devolvieron al mar”

Hay que recordar que Areizaga no estuvo invitado, o reusó ir, al mencionado banquete.

Urdaneta es incluso más escueto. Él tampoco asistió, por ser en esos momentos muy joven y no estar todavía integrado en el grupo de mando, como lo estuvo con posterioridad.

“En esa isla (San Mateo) se pescó un pescado en la nao capitana muy fermoso ,(Sic) que llaman picuda, y el capitán General convidó a algunos de sus capitanes y oficiales del Rey, todos los que comieron de la picuda cayeron malos de cámara, que se iban sin sentir, que pensamos que se morían, pero quiso nuestro creador que guarescieron todos”

La medicina contemporánea conoce sobradamente que la picuda o barracuda es un voraz es-ciéndido de gran tamaño, propio de los arrecifes tropicales, cuya ingestión puede producir en el ser humano la ciguatera: una enfermedad originada por las toxinas contenidas en determinadas algas microscópicas, inocuas para el pez pero peligrosas para la especie humana. Los problemas gastrointestinales (el mal de cámara que llamaban entonces) constituyen únicamente los primeros síntomas de la enfermedad que se supera a los pocos días. Permanecen sin embargo otros efectos más perniciosos que afectan al sistema neurológico y cardiovascular, y que, aunque se traten adecuadamente, perduran durante meses; como puede ser: fatiga, trastornos del equilibrio, el llamado sabor a metal, taquicardia, hipertensión etc.

Conocida la dieta habitual de las naos españolas del siglo XVI, es más que presumible que los intoxicados en la isla de San Mateo, es decir la plana mayor de la expedición de Loaisa, fueran empeorando en su enfermedad durante el viaje en los meses siguientes, buena parte de ellos transcurrieron en el inhóspito estrecho de Magallanes y en condiciones extrema. El consumo de vino y pescado, muy contraindicado en los diagnosticados de ciguatera, explicaría perfectamente lo que resulta especialmente incomprensible para la hipótesis ancestral de que tanto Loaisa como Elcano habrían fallecido de escorbuto, depresión etc.

Casi un año después de la estancia en San Mateo y la intoxicación por la ingestión de picuda, ninguno de los hipotéticos comensales permanecía vivo en la expedición. Unos: Loaisa, su sobrino, Elcano, T Alonso de Salazar, Covarrubias, Antonio de Tejada, Rodrigo Bermejo,... sucumbieron en la nao capitana. Posiblemente Urdaneta marró en la conclusión del restablecimiento de sus jefes, pero aportó los datos necesarios para entender lo que ocurrió.

Se sabe con certeza que Pedro de Vera si sé intoxicó en esa cena y como los otros tenía los días contados. Su muerte, como la de Loaisa y Elcano debió producirse durante los tres o cuatro meses posteriores a su huida, probablemente en pleno Océano Indico y eso posiblemente dio al traste con su aventura.

De vuelta al río Santa Cruz

El día trece de febrero entraron en el río Santa Cruz las naos: Victoria, Parral y San Lesmes. De la capitana desembarcaron cuanto pudieron para aligerarla de peso y posteriormente dejarla en seco.

Cuando bajó la marea el mal que sufría quedó al descubierto. Le hallaron rota tres brazas de la quilla y todo el codaste. La tuvieron varada durante ocho mareas para reparar sus daños lo mejor que pudieron. Primero con tablas y después con planchas de plomo, todo ello favorecido por buenas mareas que en aguas vivas llegaban a crecer cinco brazas. Finalmente lograron repararla con grandes penalidades ya que la mayoría del tiempo se tuvo que trabajar con el agua hasta el cuello.

XXXXX  
XXX  
X

A bordo del Santiago

La gente del patache Santiago se había quedado junto a su nave y el batel de la nao San Gabriel, en el arroyo en donde al principio de la tormenta habían buscado refugio. Ignoraban lo que les había ocurrido al resto de la flota, como fue la avería de La Victoria o la desaparición del San Lesme, y temían que la misma se hubiese dispersado y ellos quedado allí abandonados.

Para cerciorarse de esta circunstancia y salir de dudas acordaron el capitán Guevara y el clérigo Juan de Areizaga, que este último fuese por tierra, junto con tres compañeros, en busca del Capitán General y las naos que le acompañaban.

Cargaron comida para cuatro días sabiendo que tenían que caminar una distancia de por lo menos cuarenta leguas. Anduvieron por lugares cubiertos de ciénagas y otros con lagunas de aguas limpias en donde pudieron saciar su sed, antes de llegar a la mencionada bahía de la Victoria en donde se suponía se encontraba la flota. Cuál sería su desolación cuando no hallaron a nadie. Caminaron todavía una legua más, hasta detrás de un pequeño promontorio para asegurarse que no estaban allí refugiados.

Optaron por regresar a donde estaba el patache, todos ellos bastante preocupados pues no esperaban encontrarse en estas circunstancias.

Mientras volvían inspeccionaron minuciosamente la costa en busca de cualquier detalle que les diera una pista sobre lo que pudiese haber ocurrido. En un lugar vieron cepos de artillería, maderos y pipas de la capitana, señal evidente de que había tenido que aligerar peso para poder salir a flote. Intuyeron lo que pudiera haber ocurrido. Pero ignoraban en qué condiciones se encontraba y donde habría buscado refugio para reparar sus males. Tenían que advertir a Guevara de esta nueva situación en que se encontraban y ver qué decisión tomaba.

Al día siguiente reanudaron la marcha a primera hora del día, allí, en esa época del año, las noches eran muy largas y los días muy cortos por eso debían aprovechar cualquier minuto de luz. Las reservas de comida se habían terminado y no les quedaba nada con que llenar el estomago. Probaron unas frutas silvestres, desconocidas para ellos y de un gusto horrible, pero era lo único que podían llevarse a la boca. Esperaban que por lo menos no les sentara mal.

Descubrieron al San Gabriel que iba en busca del Patache y su batel. Desistieron de hacerle cualquier señal pues se encontraba muy lejos, en dirección éste.

Acuña localizó al Santiago y le comunicó el puerto en donde estaba fondeada la flota en esos momentos. Pero también le advirtió que antes de reunirse con ellos, cuando el tiempo se lo permitiera, debían recuperar los cepos y cureñas de las piezas de artillería que en su momento había tenido que aligerar la capitana.

Mientras tanto, Areizaga y sus hombres, tuvieron un mal encuentro con los patagones, ya que a falta de comida que robarles se conformaron con robarles la ropa que portaban, dejándolos completamente desnudos a pesar del frío que hacía.

Juan Pérez de Higerola se resistió y recibió un saetazo que le quitó la vida. Los restantes se presentaron al día siguiente en donde estaba el Patache como Adam y Eva en el paraíso.

Mientras, Rodrigo de Acuña tomaba la dirección del Cabo de las Vírgenes, con posterioridad a recuperar el batel que le pertenecía. Los vientos contrarios que le impedían salir del arroyo al Santiago, menguaron, y finalmente le permitieron desplazarse a la Bahía de la Victoria para recuperar lo que la capitana aligeró en su día.

Recogió algunas botas y poco más, ya que lo que podía haber de valor ya lo habían afanado los patagones, y se fueron con ellas hasta el río de Santa Cruz para reunirse con la flota.

Llegó allí el uno de marzo y se extrañaron de no encontrar al San Gabriel junto con los restantes barcos de la flota. Dieron la noticia de que había recuperado su batel, pero ignoraban en donde podía encontrarse en esos momentos.

Hoces si conocía lo ocurrido y se maldecía por dejarse engañar y no comunicar a Loaisa la inten-

ción de desertar que tenía Acuña. Sin embargo ocultó todo lo que sabía para no verse involucrado en este turbio asunto.

Allí aderezaron también a las restantes naves, preparándolas para la penosa travesía que iban a emprender y haciendo aguada y leña.

En el río Santa Cruz había gran cantidad de pesca, especialmente el chinchorro, y cuando diariamente bajaba la marea podían recoger gran cantidad de peces que quedaban en seco. Aparte de eso en una isleta salían diariamente para tomar el sol una gran cantidad de lobos marinos. Una mañana fueron hacia ella treinta y seis hombres, formando equipos de seis individuos por grupo, que era la cantidad que juzgaron necesaria para poder capturar un animal cada equipo.

Por suerte en el camino hasta allí pasaron por un lugar repleto de patos sin alas que apenas les permitían transitar y ni siquiera se molestaban en apartarse. Los obviaron, por lo menos de momento, pues su objetivo era otro. Cuando llegaron al lugar en donde se concentraban los lobos marinos la desbandara fue apoteósica y en cuestión de segundos prácticamente desaparecieron todos sin darles ni siquiera la oportunidad de organizarse.

A pesar de que iban provistos de garfios, porras, lanzas y alabardas para cazarlos solo pudieron capturar uno que se encontraba algo distante, dormido o tal vez enfermo y que no se enteró de lo ocurrido hasta que estuvo bien muerto.

El lobo pesaba tanto que resultaba imposible trasportarlo e incluso pensaron en abandonarlo. Pero habían roto o perdido tanto material en la “batalla” que finalmente decidieron despiezarlo, para llevárselo más cómodamente y poder despreñar las partes inservibles.

Se sorprendieron de que el buche estuviese lleno de piedras planas y grandes, del tamaño de un puño; los cuartos delanteros tenían tanta carne como los de un buey, pero los traseros casi no tenían nada y los despreñaron. Algunos de ellos se comieron el hígado que resultaba al parecer ser la pieza más apetitosa, pero en mal día lo hicieron pues muchos de ellos enfermaron en las jornadas siguientes. Aunque gracias a Dios sin fatales consecuencias.

Visto el fracaso de la expedición al regresar se cebaron con los patos sin alas, que no debían ser otra cosa que pingüinos, e hicieron una buena recolecta.

Estuvieron allí inútilmente esperando que en cualquier momento se presentara la Anunciada o el San Gabriel, pero nada de eso ocurrió, en el casi un mes de espera.

Parte de ese tiempo lo emplearon en reubicar a la gente que disponían entre las cuatros naos que les quedaban y teniendo en cuenta que el patache tenía una tripulación limitada.

Hay que recordar que el Santiago, rescató y trajo hasta aquí a los supervivientes del Sancti Espíritu, después de su naufragio, y llegó al río excesivamente cargado. Un viaje corto lo podía soportar sin problemas pero uno largo era prácticamente imposible. De ahí la congoja que tenían cuando pensaban que la flota les hubiese podido abandonar.

Loaisa se reunió con los restantes capitanes para reestructurar las plantillas de todas las naos, respetando la antigüedad de cada uno en su puesto si era posible y atendiendo las solicitudes de cambios de destino en algunos casos para zanjar antiguos conflictos entre tripulantes, y que a la larga pudiesen devengar en perjuicio de la expedición.

Pero a su vez dotando a cada una de las naos con todos los oficios imprescindibles a bordo que pudiesen necesitar, como eran, aparte el de piloto y capitán que ya estaban designados, los de contramaestre, guardián, despensero, calafate, carpintero, cocinero, artillero, vigía y timonel. Así como los ayudantes correspondientes que en un momento dado pudiesen incluso sustituirlos.

El resto hacia las funciones de las tripulaciones no especializadas, pero que tenían la suficiente experiencia, como ya se había demostrado, para realizar cualquier trabajo que se le encomendase.

El Capitán General quería a Elcano a su lado pues a partir de ahora, incluyendo la peligrosa travesía del estrecho, comenzaba la parte más complicada del viaje y el piloto mayor era el único con la experiencia y sabiduría suficiente para sacar adelante la misión encomendada.

También le dio carta blanca para que eligiese los compañeros de equipo que deseara le acompañarse. Entre los que se encontraron imprescindible y no dudó en incorporarlo a su equipo fue a su pupilo Urdaneta. Loaisa intervino para que también Esteban fuese con ellos, que si bien era claramente prescindible, recordaba la promesa hecha a su tía de cuidar de él. Desde un principio consideró que el lugar más adecuado para el muchacho era junto a Elcano, y ahora no iba a desdecirse.

Esteban cuando se enteró no pudo ocultar su alegría, pero tampoco quería abandonar a sus otros amigos e influyó cuanto pudo sobre Urdaneta para que también se incorporara en esa lista a Rodrigo, que por otra parte ya lo estaba, y al enano Bellido, exaltando para ello todas sus virtudes para encaramarse a las gaviás y a los lugares más peligrosos de la arboladura para solucionar cualquier problema que surgiera.

En este caso lo logro, pero no para su otro recomendado, Paolo, el cocinero. Ya que la Victoria ya tenía uno, Márquez, que Loaisa juzgaba muy bueno y sin embargo la Parral carecía de un cocinero competente, por lo que fue allí destinando.

Finalmente el veintinueve de marzo partieron del río Santa Cruz, completamente aparejadas, las naos: Victoria, Parral, San Lesmes y el patache Santiago. Navegaron en demanda del estrecho con tiempo alternativo, bueno y malo.

El día dos de abril amanecieron en las inmediaciones del río San Idelfonso. En donde y por causas del mal tiempo se separaron la capitana y el patache, que entró en ese río para refugiarse. En una isleta, para aprovechar el tiempo, mataron a palos tantos patos que no podían volar, (los pingüinos) que llenaron ocho pipas en donde los pusieron en salmuera.

Cuando el tiempo mejoró salió del río el patache y dada su velocidad de desplazamiento dio alcance a las otras naos, el día cinco, cuando se aprestaban a doblar el cabo de las Vírgenes.

El día ocho al amanecer embocaron la primera angostura y a las nueve ya habían salido de ella. El patache navegaba a sus anchas con viento fresco. Bueno es que fuera por delante para detectar algún bajo, porque por su calado podía transitar por sitios no permitidos a las otras naos, o cualquier otro peligro, pero no tan alejado. Tanto se adelantó ese día que cuando embocó la segunda angostura su gente vio como la capitana y el resto de la flota comenzaba a atravesar la primera, por lo que decidieron detenerse y esperarlos.

Al día siguiente Guevara tuvo que dar explicaciones y alegó que el viento favorable lo había empujado y que para detenerse había tenido que plegar velas.

Cuando llegaron al lugar en el que la Victoria estuvo a punto de hundirse, Loaisa envió una chalupa para que recogiera algunos cepos de lombarda y toneles, que la Santiago, cuando fue a rescatarlos no pudo recoger, cuando llegaron a tierra fueron atacados por los indios que con fechas defendían aquellos enseres como si fueran propios. Finalmente tuvieron que abandonarlos y gracias a Dios sin lamentar ninguna baja.

Al oeste un cuarto suroeste de la primera angostura y distante unas diez leguas se encontraron con la segunda que tiene una anchura de dos leguas, por cuatro de largo. Corre de norte noreste a sur suroeste y entre ambas estrecheces existe un golfo de diez leguas de ancho con innumerables ensenadas.

Partiendo de la primera angostura y siguiendo el rumbo oeste un cuarto suroeste se verá luego la boca de la segunda angostura. Por ella se puede ir por en medio del canal o más cerca de la costa norte que la del sur y si se querían detener solo tenían que arrimarse a la costa del norte, con el escandallo en la mano hasta encontrar un fondo limpio.

Saliendo de esta estreches se encontraron un golfo de por lo menos treinta y dos leguas de ancho; en la costa del éste se forman dos bahías grandes y en la opuesta hay otra que entra en tierra más de doce leguas en forma de vuelta, con dirección oeste noroeste y tendrá unos cinco de ancha, yendo de noreste a suroeste.

Antes de llegar a esta bahía hay un buen fondeadero, hacia el sureste, que también puede servir como abrigo y cuyos fondos son limpios.

Fuera de la segunda angostura se encontraron con una isla pequeña, probablemente la actual Santa Marta, que dista tres leguas de la citada estrechez y esta a casi una legua de la tierra más cercana de la parte norte del estrecho. Se dirigieron a esa isla para posteriormente dejarla a babor y pasar algo distante de ella pues el fondo no tenía la profundidad suficiente.

Desde esa isla nos fuimos a la tercera boca situada cerca de las Montañas Nevadas situadas al sur suroeste y cuya boca dista veintitrés leguas contando desde la entrada de la segunda angostura. Siguiendo ese rumbo se encontraron otra isla que distaba dos leguas y media de la anterior. Pasaron por su lado sin acercarse demasiado por existir algunos bancos e arena situados apenas a cinco y siete brazas de profundidad.

En unas de esas isletas se detuvieron las naos para realizar unas pequeñas reparaciones ya que la capitana baldeaba, cada día más tiempo de lo aconsejable, y eso solo quería decir que tragaba agua por alguna parte. Comprobaron que no había nada roto pero si importantes filtraciones entre la tablazón por lo que el calafate preparó una caldera para sellar las juntas.

Nadie sabe si fue un ligero movimiento de la nave o una leve ráfaga de viento, lo que produjo que el caldero cayera sobre cubierta y la brea se derramase sobre las brasas provocando un impresionante incendio que alarmó a mucha gente. El pánico se apoderó de la dotación, los más ingenuos se agolparon sobre el batel para intentar salvarse botándolo al agua mientras que los sensatos actuaron con diligencia y se apresuraron a apagar el fuego. Las consecuencias pudieron ser desastrosas.

Loaisa no se anduvo con rositas cuando todo terminó y cuando vio el fuego sofocado y el peligro pasado. Fue entonces cuando se enfrentó a los que intentaron abandonar la nao y “afrentó de palabra a todos lo que entraron en el batel”

Un poco más delante de dichas islas erraron en la elección de una canal y encallaron en un lugar que estaba cubierto de algas que llegaban casi hasta la superficie. Finalmente lograron salir ayudados por la chalupa que tiraba de la nao para que retrocediera y aprovechando que en esos momentos la mar era tan llana como la de un río manso.

Algunos opinaban que más que algas parecían hierbajos y por lo tanto habían encallado sobre una tierra firme anegada.

Por suerte mientras estuvieron allí no bajó la marea, pues hubiesen estado irremediamente perdidos. Dieron gracias al creador por su ayuda.

Continuaron su singladura y pronto se encontraron a la altura de la segunda isleta. Teniéndola al este, si miraban hacia el oeste vieron una abertura que llamaron puerto de la Concepción.

Era bueno, cerrado y de fondo limpio por si alguien quería detenerse allí. Pero ellos llevaban prisa y solo se acercaron a la distancia de un tiro de escopeta de la punta de babor de su entrada. No se aproximaron mas porque había una recuesta y el fondo estaba situado a solo veinte brazas, aunque dentro posiblemente estuviese entre las dieciocho y veinticinco brazas.

Saliendo de este puerto y para ir hasta la tercera boca de las Montañas Nevadas tomaron el rumbo sur un cuarto suroeste.

Después se pusieron al éste de la segunda isla para poder ver al oeste el puerto de la Concepción. Luego siguiendo el rumbo suroeste supieron cual era la boca del estrecho de las Montañas Nevadas, llamado así porque se veía por proa una montaña elevada con la forma de un tejado a dos aguas, cuya mayor altura esta en medio y desciende por una parte al noroeste y por la otra a éste sureste, haciendo en cada una de las dos partes, cuatro cabezas en forma de dientes de sierra; a la parte del suroeste hay otra montaña pequeña y entre esta y la grande forma una quebrada.

Bajando una legua de la montaña pequeña estaba la mar; la bajada es semejante al hocico de un atún y este paraje es la entrada del estrecho nevado.

Esteban estaba maravillado por tanta belleza que le hubiese gustado plasmar en su diario, pero

las letras, tenía que reconocer que no eran su fuerte y se limitaba a dibujar toscamente los paisajes que contemplaba.

El dibujo no se le daba mal y como sus amigos estaban absortos en la navegación en una zona tan complicada como la que estaban atravesando y como con el actual cocinero, que aun siendo andaluz más bien parecía un vasco amargado y de pocas palabras, no se llevaba demasiado bien como con Paolo, se dedicaba a pasar el tiempo soñando con su amada Lucia y dibujando desde la toldilla que la había convertido en su espacio habitual.

Para entrar en el estrecho se acercaron hasta la bajada e inmediatamente vieron la entrada.

En la costa del este, a ocho leguas de la montaña antes descrita, hay un golfo grande, que exploraron y descartaron pues no tiene salida y no se podía confundir con el estrecho. Después existe otra boca que igualmente se debe dejar, para seguir siempre por la costa del oeste.

Elcano estaba hecho un lio y aunque lo reconocía interiormente no exteriorizaba sus sentimientos para no ponerse en evidencia. Recordaba solo una pequeña noción de los que era el estrecho, pero existían tal gran cantidad de vericuetos que necesariamente tenía que equivocarse. Ahora estaba anotando fielmente en un cuaderno todos los detalles, tal vez demasiado exhaustivamente, por donde se debía pasar y descartando los lugares sin salida. Todo ello en beneficio de los que sin duda les seguirían y que pasasen por allí en el futuro. Ahora se lamentaba que hacía ya cinco años, cuando pasó por allí con Magallanes, nadie tuviese esa precaución.

El día dieciséis de abril llegaron las naos a la punta delgada de la montaña que da entrada a la tercera boca del estrecho que era corto y apenas tenía una anchura de legua y media.

Navegando en línea recta la costa del sureste se va alejando paulatinamente y formando una ensenada grande. Al sur de la ya expresada punta delgada existe una abertura que en opinión de algunos debía salir a la mar, pero no era el momento de jugársela y se decidió apostar por lo seguro.

Después de doblar esa punta delgada, vieron otra en la costa del noreste que dista unas diez leguas de la anterior y corre de noreste a suroeste. Una milla antes de llegar a esa punta, hay tres isletas junto a tierra, dos son pequeñas y la otra grande y juntas forman un buen puerto, cerrado y pequeño que junto al peñón allí existente solo tiene siete brazas de profundidad. Se puede entrar en él por cualquiera de las bocas que dejan las islas y según por donde sople el viento. Luego, una vez dentro, el mejor sitio para fondear es dejar las islas en la parte del mar.

Pasado este refugio y llegado a la punta suroeste, hay, una legua al oeste, otra punta y una vez doblada esta se descubre el cabo del Puerto de las Sardinas, también llamado cabo Deseado. Desde la última punta al Puerto de las Sardinas hay tres leguas y a una legua de camino se encuentra un valle grande que tiene enfrente, a un cuarto de legua de tierra, una isleta pequeña. De dicho valle sale un río de agua dulce en donde se podría hacer aguada si fuese necesario.

En la costa del suroeste hay muchas entradas e indicios de grandes bahías y refugios. Al sur suroeste de la punta, cuando la costa comienza a correr de noroeste a sureste, hay dos islas, una más grande que la otra, y se encuentran a media legua de distancia de la costa suroeste.

Enfrente de estas islas existen aperturas que indican que allí se pueden encontrar buenos puertos y más adelante otra apertura que según algunos podía tener salida al mar. Pero no eran momentos de suposiciones sino de certezas.

Debían de encontrarse a la mitad de la travesía pues una noche, no recordaba exactamente cual, el mar comenzó a rugir y la tablazón de las naves parecía que iban a romperse. El fenómeno se debía al encuentro de las dos mareas, una la del océano atlántico, se juntaba con la otra del Pacífico. A partir de entonces las aguas corrían en sentido contrario a como lo habían hecho en los días precedentes.

En aquel paraje comienza a correr la costa de éste a oeste y el estrecho a ensancharse hacia la abertura lo que no dejaba de ser una buena señal. Para reconocer el puerto de las Sardinas es preciso seguir la costa al noreste y llegar hasta una isleta, dos leguas más adelante, en donde se verá un cabo tajado al mar y antes de llegar a él existe una playa pequeña que tiene en medio un río que

proporciona agua dulce de excelente calidad y luego un abrigo al oeste suroeste que llaman el Angla (cabo) de San Jorge.

Desde este mismo cabo hasta el puerto de las Sardinias apenas hay legua y media, pero este puerto no es más que una playa pequeña sin abrigo alguno. Antes de llegar a ese puerto hay una seca a un cable de tierra y en dirección éste a oeste y delante de esta playa una isla en medio del canal.

Finalmente el diecisiete de abril, llegaron las naves al renombrado puerto de las Sardinias, pero este renombrado y supuesto refugio les pareció malo para permanecer en él, máxime cuando en el ambiente se oía una tormenta. Así es que optaron por regresar al Angla de San Jorge, para recoger agua y leña. Enfrente de este cabo, hay en la costa del sur tres aberturas que predicen otros tantos buenos puertos.

El buen tiempo había sido una constante desde el inicio de la travesía del estrecho, pero todos sabían que la furia de Eolo se podía desatar en cualquier momento y la necesidad de tener un buen puerto a mano, se había convertido en una obsesión.

Fue en este puerto de San Jorge en donde murió el factor general Diego de Covarrubias, se dijo que de muerte natural porque se desconocen las causas. Este hombre fue uno de los que participaron en el ágape organizado por Loaisa en la Isla de San Mateo en las que se comió un pescado que causo cagaleras a todos los que comieron de él. Posiblemente fue la primera cuenta del rosario de fallecimiento que ocurrió en los meses sucesivos y en el trascurso de esta expedición. Con toda seguridad era el eslabón más débil y el primero que se rompió.

Para colmo de males esa noche se llevaron un gran susto. Ya que se acercaron dos canoas de patagones que gritaban en su lengua sin que nadie entendiera lo que decían. Por otra parte se aproximaban a gran velocidad y con tizones encendidos en las manos. Posiblemente para poder alumbrarse, pero la mayor parte de la tripulación pensaban que se disponían a lanzarlos sobre la nave para incendiarla y más de uno aprestó sus armas para defenderla. Por suerte a mitad de camino depusieron su aptitud y regresaron a tierra.

Urdaneta resume el incidente con una docena de palabras: “no les pudimos entender, no llegaron a las naos y se volvieron”

Al día siguiente se desató la tormenta que todos presentíamos y que nos obligó a permanecer en el puerto. Por suerte estábamos a buen resguardo.

El veinticinco de abril partieron del Angla de San Jorge con poco viento del éste y con dirección a Buen Puerto en donde no llegaron hasta el día siguiente por la tarde.

Entre este lugar y la costa del éste, de donde partieron, hay cuatro islas, una grande y las tres restantes más pequeñas. Estas islas se han de dejar a babor, pasando entre ellas y la costa del noroeste.

Desde el cabo que dista cuatro leguas de la playa de las Sardinias, hasta la salida del estrecho de Cabo Deseado hay veintidós leguas sin obstáculos y muy buenas para transitar por ellas.

Al final de este trayecto se encuentra el ya antes mencionado Buen Puerto, que tiene a su entrada tres islas pequeñas. Para entrar en este puerto es conveniente dejar las tres islas a babor y se puede fondear donde se quiera pues tiene un fondo excelente, aparte de agua y leña en abundancia.

Con todas estas ventajas no es difícil suponer el porqué denominarlo Buen Puerto. Dicho abrigo corre, tomando como referencia la isla grande, de noreste un cuarto norte a suroeste un cuarto sur. Cuando salieron de él, fue preciso ir de nuevo por el canal grande para dejar todas estas islas a babor y acercarse a la costa noroeste, porque en el canal de la costa suroeste no había ningún pasaje seguro. Rebasada la isla grande que está en la dirección a este puerto hay otra tercera isla que también se debe dejar a babor. En camino a esta tercera isla y en la costa del suroeste existen dos brazos de mar que en opinión de algunos tenían salida al mar del Sur.

Todas estas opiniones no eran meras suposiciones ya que se debían a la observación de las corrientes de marinos expertos.

Un día preguntó Esteban por este asunto a Urdaneta.



-¿Cómo lo saben?

-Si el agua entra en un brazo de mar cerrado pronto o tarde debe de salir, si no lo hace es sencillamente porque tiene otra salida.

-¿Al mar?

-Con toda seguridad. Porque no se puede engolfar eternamente.

-¿Entonces por qué no la tomamos?

-Que tenga salida no quiere decir que esta sea factible. Probablemente será más complicada y laberíntica que la que estamos tomando en estos momentos. No te quepa la menor dura que esta es la mejor, pues diariamente hay una marea entrante y otra saliente y ambas no vienen desde el Atlántico y vuelven a él, sino que la corriente va y viene por la proa que es la dirección que estamos siguiendo hasta el Mar del Sur.

Llevábamos ya una semana resguardados en el Buen Puerto pues el temporal que corría no nos dejaba salir y tampoco parecía aconsejable que los hiciéramos. El día dos de mayo pareció amainar un poco el viento y tanto el Capitán General como el Piloto Mayor tomaron la decisión de salir. Antes de tomar la ruta prevista tuvieron que voltejear durante un buen rato pues la marea era entrante y les impedía avanzar.

Entre dos islas encontraron otro puerto excelente que denominaron San Pedro y San Pablo. Posteriormente pasaron entre dos islas, una más grande que la otra, y una legua después se toparon con un puerto maravilloso que denominaron San Juan de Ante Portam Latiman. Dentro tiene una isleta pequeña y como en casi todos los refugios antes visitados, abundancia de agua y leña.

La leña era tan necesaria como los bastimentos en aquella época Pues servía para cocinar y calentar los alimentos que se consumían. El problema es que era muy voluminosa y no se podía cargar en exceso. Cuando se terminaba se alimentaban de cualquier cosa.

Todo esto ocurría el seis de mayo. Al noroeste un cuarto al éste se puede ver un gran valle enfrente mismo del puerto de San Juan y llegados a las tierras del noroeste se aprecia otra abertura que con toda seguridad también desembocaba en la mar.

Todo este canal por el que estaban transitando se extiende desde la playa de las Sardinias hasta el cabo existente delante del Buen puerto y distante doce leguas. De aquí hasta San Cristóbal corrieron cuatro leguas, de noroeste a sureste, y finalmente hasta Cabo Hermoso hay tres leguas. Es un canal muy seguro pues tiene legua y media de ancho en su parte más estrecha.

Entre el abra de San Cristóbal y el Cabo Hermoso existe otro buen puerto llamado Bahía Nevada que tienes varias opciones para poder entrar o salir según de donde sople el viento.

Ese mismo día, en las cercanías del puerto de San Juan, la expedición se vio obligada a correr otro temporal logrando, no sin esfuerzos, llegar al mencionado puerto. Estando ya fondeados comenzó a nevar y hacia un frio enorme. En su diario Urdaneta puso: “que no había suficiente ropa que nos pudiese calentar”.

El nueve de mayo salieron las naves del puerto de San Juan; entre Bahía Nevada y Cabo Hermoso, y a igual distancia de uno que del otro. A una milla de allí localizaron una seca que en esos momentos solo tenía una brazza de agua, por lo que tuvieron que ir, por seguridad, por el centro del canal o arrimados a la costa del suroeste para evitar sorpresas.

Pasado cabo hermoso corre la costa del noroeste un cuarto norte a sureste un cuarto sur. Hasta otro puerto muy bueno llamado de la Ascensión que tiene fácil acceso y se puede fondear donde se quiera.

Sin embargo el día diez de mayo regresaron las naos al puerto de San Juan pues el tiempo empeoraba por momentos y no podían seguir para adelante.

El frio continuaba siendo devastador y la gente se refugiaba por las noches donde podía huyendo del frio alcázar. El lugar elegido era la bodega, que aparte su repugnante hedor era también el lugar elegido por todos los insectos de la nave para cobijarse.

Urdaneta describe las horribas condiciones de vida en el barco. “Por la noche eran tantos los piojos que se criaban que no se podía dormir”

Esos días falleció un marinero con evidentes signos de asfixia y no hubo nadie que no creyera que los piojos lo habían ahogado.

Allí permanecieron hasta el día quince de mayo en que volvieron a salir del puerto y al día siguiente se detuvieron en otro que distaba doce leguas del anterior. Está en la costa del suroeste y lo llamaron puerto de Mayo, en honor al mes en que estaban. Tiene en medio una isla y a su alrededor se puede fondear sin problemas.

Desde Cabo Hermoso y durante unas doce leguas corre el canal de noroeste un cuarto oeste a sureste un cuarto éste y tiene una legua y media de ancho. Siguiendo esa dirección se llega hasta una isla grande que se encuentra situada en el mismo canal a la salida del estrecho.

En la costa noreste encontraron cuatro brazos de mar que todos resultaron buenos puertos y antes de llegar a esa isla, en la costa del noreste, se forma una gran bahía que también puede proporcionar buenos fondeaderos.

El veinticinco de mayo, después del mediodía, salieron las naos del puerto de Mayo con viento suroeste. A media legua de este puerto encontraron otro, también muy bueno, que llamaron del Espíritu Santo. Se interna en tierra una legua, tiene la boca estrecha pero es ancho por dentro.

Los buenos puertos abundaban por esta zona hasta llegar a cabo Deseado. En la costa noreste existen muchas abras y puertos en donde refugiarse hasta el cabo de San Idelfonso.

El veintiséis de mayo por la mañana estaba la flota a la altura de Cabo Deseado. La costa dobla entonces al sur, en donde se puede ver un islote redondo, agudo y muy alto. Encima del cabo también se puede ver una montaña con un aspecto muy similar al islote.

Parecían dos almas gemelas situadas en lugares diferentes.

En la costa que vira al sur, existen dos islas pequeñas, cerca del cabo y este se halla a 52° 20' latitud sur.

Urdaneta tomaba diariamente las distancias recorridas, obviando las leguas realizadas por lugares equivocados y sin salidas que les obligaban a regresar al punto de partida, calculó en ciento diez leguas de largo la longitud del estrecho contando desde el cabo de las Vírgenes, hasta el Deseado. Con tres ancones (ensenadas) grandes y tres angosturas, siendo la última la entrada a las Montañas Nevadas, que continuaban hacia occidente por ambas costas y desabocaba en el estrecho.

Estas sierras eran tan altas que parecían llegar al cielo. El sol no entraba allí casi en todo el año. Eso y no tener un horizonte marino de referencia les impedía tomar el sol cada mediodía como acostumbraban durante el resto del viaje.

Estaban casi perpetuamente en la oscuridad más absoluta pues la noche llegaba a durar hasta veinte horas. Nevaba ordinariamente más que llovía y la nieve acumulada durante largos periodos de tiempo, ya que parecía no derretirse nunca, en vez de blanca, parecía tener un leve tinte azulado.

El agua de excelente calidad abundaba por todas partes. Y cada cien pasos te encontrabas con un río, un arroyo o un riachuelo que te permitía beber cuando lo deseabas.

Qué diferencia, pensó Urdaneta, con la parte oriental del mismo estrecho que le obligó a beber su propia orina para poder saciar la sed.

La arboleda que prácticamente cubría toda la tierra disponible era especialmente de robles, que se mezclaban con otras especies desconocidas para él.

Sin embargo estos árboles que perennemente parecían estar verdes y frescos, en el fuego ardían como leños secos.

En el Angla de San Jorge los hallamos con hojas parecidas al laurel. Y su corteza tenía el mismo sabor que la canela.

Vieron con frecuencia fuego en las dos costas del estrecho y generalmente tierra adentro. Por lo que supieron que ambas vertientes estaban habitadas por los patagones.

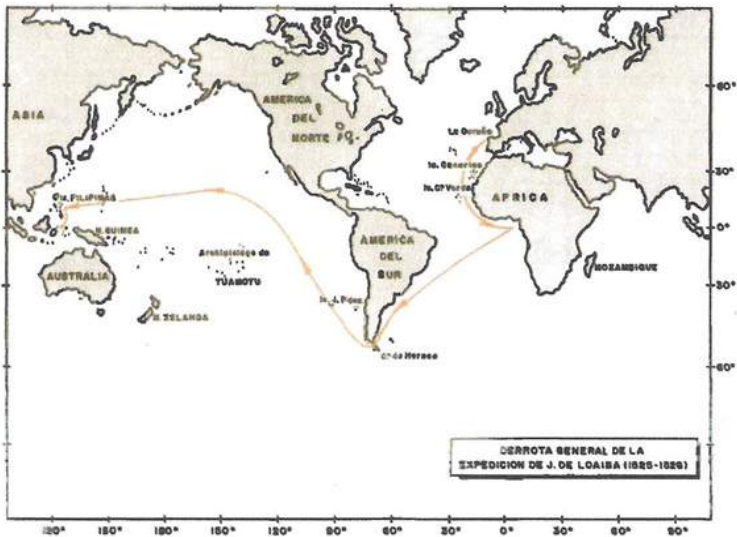
Hallaron mucha pesquería, ballenas, toninos, marrajos, merluzas y mucha cantidad de pesca menor como la sardina y la anchoa; también otros peces desconocidos para ellos y que obviaron comer, para evitar episodios como los sufridos en la isla de San Mateo; así como ostras, mejillones, navajas y almejas.

Lo que más le llamó la atención en su día a Urdaneta, es que las mareas de ambas vertientes subían por lo menos cincuenta leguas o más y se juntaban en la mitad del estrecho haciendo un gran estruendo.

Tanto la marea creciente como la vaciante solo tenían una hora de diferencia, dándose la circunstancia de que por una parte corría el agua y por la otra no.

Posiblemente lo que más mal le supo es no poder recorrer algunas de las gargantas que encontraron, principalmente por falta de tiempo y de bastimentos.

Mapa de 1529. Demuestran que las especias están en la parte española



## CAPITULO X

### La aventura del San Gabriel

Rodrigo de Acuña tenía entre sus manos el documento fechado el cinco de Abril de 1525, en el que el Emperador Carlos y su madre Juana, le conferían el mando de la cuarta nave de las siete que iban a participar en la expedición al Maluco comandadas por Frey García de Loaisa.

Volvió a leer por enésima vez el párrafo en que se especificaban sus derechos:

“Os damos poder y facultad para que durante el tiempo que en ella anduviéseris, hasta que, con la bendición de nuestro Señor, la dicha armada regrese a estos reinos podáis usar y uséis de este oficio de nuestro capitán de la cuarta nao, así por mar como por tierra en todas las cosas anejas o pertenecientes a dicho oficio y todo lo que vieres beneficia a nuestro servicio.

Por ese motivo, mandamos al Capitán General Frey García de Loaisa, a nuestros oficiales de la Casa de Contratación de la especiería con residencia en La Coruña, que luego de que por ella fuéseris requerido, reciban de vos, el dicho Rodrigo de Acuña el juramento, con la solemnidad que el acto requiere, y cuando esté hecho, os entreguen la cuarta nao de la escuadra, para que vos la llevéis y seáis nuestro capitán en ella.

Una vez hecho, mandamos al Capitán General de la dicha armada, a los oficiales de ella, y a los maestros, contramaestres, pilotos marineros, grumetes, calafates y toda otra gente que en dicha nave vayan, os tengan por nuestro capitán y como tal acaten, obedezcan y cumplan vuestros mandamientos en todo lo que vos de nuestra parte les mandéis.”

Él mismo había subrayado esas tres palabras. Estaba claro que lo que pensaba hacer no era lo que el Emperador le confió en su día pero estaba decidido a desertar. En primer lugar porque ya no aguantaba a Loaisa y en segundo porque consideraba una estupidez y un suicidio colectivo continuar con esta aventura.

Pero retrocedamos unos días en el tiempo.

Todo comenzó cuando en febrero de ese mismo año, estando a quince leguas del cabo de las Vírgenes, le inquirió Loaisa, a que volviere en donde se encontraba el patache Santiago, y dijese a su capitán, Santiago de Guevara, que la flota marchaba rumbo a Santa Cruz, a cuyo puerto debía él dirigirse, en cuando le fuera posible y tan rápido como pudiese.

También le recomendaba tomase su batel, que lo tenía el Patache y no le servía de nada al no poder cargarlo y como ya no quedaban bateles en toda la flota, por perderse el día de la tormenta que lo trastabilló todo, su recuperación era un asunto prioritario.

Tardó seis días en poder cumplir, a regañadientes todo hay que decirlo, su misión y rescatar su batel; le acompañaban diez o doce hombres de la tripulación del patache y naufragos del Sancti Espiritu, ya que el Santiago estaba excesivamente cargado de gente por culpa del rescate y tuvo que hacerse cargo él..

Muchos de dichos hombres quisieron regresar al patache, pero Acuña no lo permitió. Necesitaba esa gente para su proyecto.

Finalmente el San Gabriel regresó al río de Santa Cruz. Cerca de él se encontró con la nao Anunciada al mando de Pedro de Vera, que le advirtió de los problemas de entrar en ese río ya que estuvo encallado en su boca durante cuatro o cinco horas cuando lo intentó. Las dos naves estuvieron voltejeando tres o cuatro días sin poder entrar, por tener vientos contrarios de tierra.

Pedro de Vera envió al tesorero de la Anunciada a hablar con Acuña y este mandó echar fuera el esquife que tenía la capitana para que se lo dieran a Pedro de Vera, tomando a cambio el suyo que era más pequeño.

Rodrigo con su nao se detuvo por allí para ver si podía finalmente tomar el río, y de no lograrlo bajar por la costa hasta encontrar un sitio apropiado para hacer aguada. Pedro de Vera le insinuó la posibilidad de emprender ambos naos el viaje al Maluco por el Cabo de Buena Esperanza, porque

los bastimentos se consumían y el tiempo era adecuado para marchar en esa dirección.

Pero Acuña no estaba por la labor y si era una barbaridad, en su opinión, emprender el viaje por el Mar del Sur, hacerlo por el Índico era una locura. Tampoco quiso decirselo claramente y descorazonarlo pues cada cual es como era y él ya tenía sus planes trazados.

Trató de evadirse por las ramas y le soltó la primera excusa que le vino a la mente: No tenía agua. Vera le ofreció cinco o seis pipas.

Rodrigo negó con la cabeza alegando eran insuficientes para la gente que llevaba a bordo y Pedro de Vera optó por no discutir mas y partir en busca del Cabo de Buena Esperanza.

Acuña tenía mentalmente sus planes trazados y completamente decididos, pero no ignoraba que cuando regresase a España tendría que rendir cuenta y tenía que aparentar que todo lo realizado era por fuerza mayor y sobre todo en contra de su voluntad.

Esperó otro par de días para intentar entrar en el río, aunque era más la apariencia que la voluntad, y al no lograrlo decidió bordear la costa en busca del agua. Lo lógico era ir hacia el sur por si la flota salía de su refugio toparse con ella, pero él tomó dirección norte, alejándose de un posible encuentro, y aunque en un par de ocasiones tuvo vientos favorables que le permitían regresar no lo hizo pues su prioridad, según él, era encontrar agua. Finalmente fondeó en la Bahía de los Patos que estaba en 27° 30' donde tomó agua y se abasteció de frutos frescos.

Al poco tiempo llegó allí un indio trayendo la carta de un cristiano al que los naturales del país le habían comunicado que había fondeado allí una nao, y deseaban respuesta a su escrito.

Acuña decidió enviar al contador de la nao para que negociase con ellos, y a los tres días regresó acompañado de un hombre que dijo a Rodrigo que en su día se perdió en este ignoto lugar, procedente de un galeón de la expedición de Juan Díaz de Solís. Lo hizo junto con diez compañeros, de los cuales cuatro habían decido medrar en ese lugar.

Le propuso que mandase la nao cerca de su casa, distante unas quince leguas de allí, en donde le podría ofrecer bastimentos y rescatar alguna plata y otros metales que poseía, y que allí no tenían ninguna utilidad.

Don Rodrigo ante la perspectiva de negocio que se le ofrecía y con el fin de rentabilizar el viaje, fue con la nave al puerto que le indicaba el cristiano. Envió al contador y al tesorero a tierra para que se asentasen en una casa y negociaran con los indios, mientras que el clérigo ejercía su labor pastoral bautizando a cuantos indios se le pusieron por delante.

El día cuatro de mayo, consideró Rodrigo que por esa fecha la flota estaría terminando su singladura por el estrecho, por lo que envió Acuña el batel a tierra, para que tanto el contador como el tesorero metiesen en él todo lo que tenían y lo trasladasen a la nave. Y de paso trajesen con ellos al cristiano para hacer cuentas y pagarle el bastimento, las dos arrobas de metal y los dos marcos de plata que tenía en su poder.

Cuando el batel regresaba con ese rescate y veintitrés personas a bordo, tuvo la desgracia de anegarse y hundirse cuando ya estaban cerca de la nave, pues la mar estaba algo movida ese día. A pesar de los esfuerzos y la ayuda que desde el San Gabriel se les prestó murieron quince personas, entre ellas el tesorero y el contador.

El batel era esencial para la nave y apenas el tiempo mejoró un poco, contrataron a unos indios para que lo rescatasen del fondo del mar y lo llevasen a tierra. Al día siguiente fueron allí Alonso del Río y algunos calafates y carpinteros que, aunque tardaron cuatro días en repararlo, lo dejaron casi como nuevo.

Llevaron el batel a bordo y los hombres que lo trajeron le comunicaron que el contra maestre Sebastián de Villareal se quería quedar allí, y le suplicaba echase su ropa y pertenencias a tierra. Acuña respondió que cada uno podía hacer de su ropa un sayo y que hiciesen lo que les viniera en gana.

Según parecía había muchas oportunidades de negocio, se podían conseguir tierras fácilmente y las nativas resultaban complacientes si se las sabía ganar. Lo cierto es que en nueve o diez días que

estaban allí, ya se habían quedado nueve hombres en tierra, unos con licencia pero la mayoría sin ella.

De momento no le preocupaba pues la nave estaba bien atendida, gracias a los hombres del Sancti Espíritu que embarcaron con él. Pero si la noticia se extendía podría ser un problema.

Del dicho al hecho, pues cuando se disponía a ordenar el envío a tierra de las pertenencias del contramaestre se le acumuló la gente delante de él para uno a uno pedirle licencia para quedarse.

El capitán cortó esa demanda con la excusa de celebrar una misa para sacramentar a un enfermo que se encontraba a bordo. Concluida esta, aprovecho que todos estaban reunidos, para decir a toda la gente, que veía mal el proceder de algunos compañeros que deseaban quedarse en tan mala tierra, por lo que acuciaba a los que querían ser servidores de Su Majestad, se manifestasen y lo jurasen en el altar del Sacramento; para no ponerse en evidencia, todos juraron servir a Su Majestad con todas sus fuerzas.

Como ya había dado algunos permisos de los que inmediatamente se arrepintió. Acuña llamó al Maestre y le mandó que hablase con el guardián, un carpintero en concreto y con el marinero Morelos, para que los convenciera de que no se fuesen. Con el mismo fin se puso en contacto con el sobresaliente Francisco de Dávila, para que hiciese lo mismo con otro marinero llamado Castrillo y él por su parte se encargó de convencer a otros, para hacer lo propio.. Al final se logró que la totalidad de los interpelados no se fuesen. Aunque no todos estuviesen de acuerdo.

Al día siguiente y en ese estado, el capital ordeno al batel que levaran un ancla, para quedarse solo con una y poder hacerse a la vela más fácilmente. Pero en un momento dado el guardián Miguel Genovés, que otra vez se arrepentía de haberle hecho de nuevo caso a Acuña, estando situado en la popa del batel, se alzó y con un machete cortó la cuerda que les unía a la nao a la vez que les decía a sus compañeros que bogasen para dirigirse a tierra.

Al día siguiente hubo sus diferencias entre unos y otros de los que huyeron, y cuando Acuña pensaba que había perdido el batel, este regresó a bordo aunque se quedaron en tierra cinco o seis hombres.

No quiso esperar más tiempo so pena de encontrarse con una tripulación diezmada. Ese mismo día, sin previo aviso, dio el capitán a la vela y puso rumbo a Cabo Frio, y estando fondeados a quince leguas del mismo, una mañana, antes de amanecer y cuando la mayoría estaban todavía dormidos dos pajes tomaron el esqui fe sin que nadie los viese y se fueron a la costa. No era una playa sino un lugar de rocas y el esqui fe se deshizo entre ellas. Cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido envió Acuña cinco hombres a tierra para saber de los pajes. Los indios del lugar les informaron que llegaron a la costa vivos y sin aparente daño, y posiblemente temiendo las consecuencias, los dos jóvenes huyeron tierra adentro. Las desercciones continuaban y la única forma de evitarlas era buscar el consenso entre la tripulación y encontrar una mayoría que justificase, por lo menos en parte, la decisión que iba a tomar.

Partieron apenas regresaron los hombres enviados a tierra y al día siguiente, bien meditado su decisión, hizo subir a cubierta a toda la gente. Abrió la carta de marear que tenía en sus manos y dijo.

-Ved aquí tres caminos, uno es el del Cabo de Buena Esperanza, decisión que ya tomaron en su día los de la Anunciada, el segundo es continuar por el estrecho y tratar de alcanzar la flota – esto ya sabía que era imposible y que la tripulación que no era tonta nunca lo aceptaría – y por ultimo regresar a España. Tan presto me hallareis para tomar una decisión como otra. Vosotros tenéis la palabra. Decirme cual queréis que tomemos y también vuestro parecer.

Acuña, mientras anunciaba cada una de sus propuestas miraba las caras de los que se encontraban a su alrededor y pudo comprobar que esta ultima parecía la preferida.

Se inició el debate. El maestre Alonso del Rio, fue el primero en intervenir, y dijo.

-A la nao no se le había redoblado la estopa, las jarcias y velas no están para realizar ningún viaje, las velas se encuentran rotas y no hay aparejos que resistan tan larga navegación.

-Alonso, las jarcia suelen durar siete años en una nao – le respondió el Piloto Juan de Pilola, que entró inmediatamente al quite – eso lo sabes tú muy bien. Y en todo caso, aunque estuviesen rotas, había en la nave cañamazas suficientes y si no holandas para repararlas. La nao es muy buena y hay otras mucho mas ruines navegando por ahí. Tomemos la decisión que queramos, pero no le echemos la culpa a la nao, que no la tiene.

La mayoría, ante la desesperación de Acuña, acordó continuar el viaje al Maluco según estaba previsto. Pues eso les aseguraba recibir el estipendio que habían acordado al enrolarse, aparte los beneficios que conseguirían si regresaban con la nao llena de especias. Los otros decían que no y aunque eran minoría Acuña lo aprovechó para dilatar la decisión y aprovechar cualquier circunstancia para cambiarla. Resolvió el capitán que de momento irían a la Bahía de Todos los Santos a cargar Palo de Brasil con objeto de poder llevar algo de valor a su regreso a la península.

Una incongruencia para las gentes que creían se iba a continuar hasta el Moluco, pues esa mercancía restaría un muy buen espacio a la hora de cargar especias. Pero en este caso nadie solicitó su opinión ni tampoco se podían discutir las decisiones del Capitán.

El día uno de julio entró la nao en esa bahía, y estando cargando Brasil, del que ya tenían abordo cuatro toneladas, los indios mataron por sorpresa a los siete hombres que estaban recolectando ese palo.

Al no volver a la nao a la hora prevista y carecer de noticias de ellos, Acuña envió al maestre y a dos grumetes para que viesan que había ocurrido. Apenas saltaron los dos grumetes a tierra fueron igualmente asesinados ante el estupor del maestre que lo contemplaba todo desde el esquiife. Al no poder hacer nada huyó lo más rápidamente posible entre una lluvia de flechas que por suerte no lo alcanzaron.

Visto lo ocurrido, y para no verse envuelto en una guerra sin sentido con los nativos, Acuña abandonó la bahía. Cuando se encontraban en la boca, a punto de salir de ella desde la costa un individuo extrañamente vestido pero con pinta de europeo les hacía señas para llamar su atención. Aunque parecía improbable, pudiera ser uno de los recolectores que se hubiese salvado de la matanza y reclamase su auxilio. Detuvo la nao y echó al agua el esquiife para que, tomando todas las precauciones, averiguase de quien se trataba.

No era ninguno de sus hombres, pero si un cristiano que dijo que hacia quince años que se encontraba allí, ya que el galeón en que viajaba se perdió en ese lugar. No recordaba más datos, pero uno de los veteranos de la nave recordó que hacia exactamente quince años que estuvo por allí la expedición de Diego García. Y lo sabía con tanta certeza porque estuvo a punto de enrolarse en ella.

Acuña se conformó con esta explicación y decidió darle cobijo e integrarlo en la flota. Conocía bien el lugar y muchos dialectos que allí se hablaban y podía serle muy útil.

Por la noche, después de la cena convencieron al nuevo integrante de la flota que relatase su aventura. A la reunión se apuntaron todos los que estaban libres de servicio que eran la mayoría, pues una circunstancia similar no ocurría todos los días.

Efectivamente era el superviviente del naufragio de un galeón junto con otros siete supervivientes que fueron falleciendo a causas de enfermedades, accidentes y por enfrentamientos con otras tribus. El único que había quedado para contarle era él. Al principio los indios de lugar eran pacíficos y los acogieron cuando ya estaban a punto de morir, pues no sabían que cosas comer ni dónde encontrar el agua para beber, pues no toda la existente en el lugar era sana.

Él supo integrarse tan bien en el grupo que era considerado uno de ellos, tenía varias mujeres y ni se sabe el número de hijos, pues era la tribu quien se encargaba de ellos y no tenía que preocuparse ni en su educación ni mantenimiento.

Pero últimamente las cosas cambiaron para mal. Comenzaron a llegar muchos europeos en busca del dichoso palo. Son generalmente portugueses, españoles, franceses e incluso holandeses, pero también los hay de otras nacionalidades. Comenzaron los robos, las disputas y las desavenencias y



cuando a uno se le fue la olla y mató a una india y al indígena que trató de defenderla, la paz terminó.

Desde hace ya algún tiempo, a todos los que acuden por aquí se les trata como a vosotros. Lógicamente algunos no se limitan a marcharse en busca de un lugar más tranquilo y responde. Y ahí es donde tenemos todas las de perder, sobre todo si intentamos luchar en campo abierto, pues no disponemos de las mismas armas.

Desde hace muchos años que a falta de otra ropa tengo que vestir como los indios. Al reconocer por el idioma, que los recién llegados eran españoles he intentado salvarlos, pero al ver cómo iba vestido no me han hecho mucho caso y así les ha ido. Finalmente no he tenido más remedio que rescatar la ropa con la que llegué, y que guardaba para un momento como este, y me he presentado a vosotros que por suerte me habéis acogido.

Tuvo el San Gabriel vientos contrarios hasta el veintidós de agosto y navegó sin mayores incidencias, salvo hechos puntuales sin importancia, hasta finales de septiembre fecha en que llegó al río San Francisco. En donde halló a tres galeones franceses, que tuvieron la gentileza de enviarles un batel para mostrarle la entrada a ese refugio; el capitán del San Gabriel correspondió saludando con una salva de artillería.

La sorpresa fue encontrar galeones franceses en esta zona, cuando por lógica tenían que ser portugueses o españoles, y desde luego no los esperaban. El problema que tenían es que cuando salieron de La Coruña hacia un año, España y Francia estaban en guerra, como lo estuvieron en casi todo el reinado de Francisco I de Francia y Carlos I de España. En esos momentos ignoraban en qué situación se encontraban. ¿Terminó la guerra? ¿Estaban en plena contienda y trataban de disimular, para sorprenderlos en cuánto se descuidasen?

Por la forma en que los habían recibido parecía que respondían a la primera pregunta, pero de los gabachos nunca te podías fiar.

La nao hacía mucha agua y era una locura seguir navegando sin repararla. Así es que hicieron de tripas corazón y entraron en el remanso que a su entrada formaba el río San Francisco. La amabilidad fue hasta términos insospechados cuando, enterados del problema, el mismo capitán de los franceses se presentó en el San Gabriel acompañado por su carpintero y calafate.

Después de una breve conversación en francés, idioma que Acuña parecía dominar, el oficial se marchó dejando allí a sus hombres. Rodrigo por su parte se limitó a decir a su gente que todo iba bien y estaban en un periodo de paz con el país vecino, y que ellos les facilitarían lo que fuese necesario para aderezar la nao.

Tras dos días de intensos trabajos y cuando parecía que la reparación llegaba a su fin. Se acercó un batel con tres hombres, llamaron al carpintero y calafate que les habían prestado auxilio para que regresasen con ellos a su nave y amablemente pidieron que Acuña se presentase allí.

Rodrigo estaba enfermo en su cámara y el aguacil le transmitió la petición de los franceses, no sin antes advertirle que mostraban una actitud sospechosa que no auguraba nada bueno.

Rodrigo intentó en un principio hacerse el remolón y retrasar en lo posible el encuentro con los galos, intentando a su vez disimular su nerviosismo.

-¿Es que no quiere presentarse? – espetó uno de ellos en un tono demasiado altanero para el caso.

-Tened calma señores. Como bien sabéis el capitán se encuentra algo indispuerto y en estos momentos se está vistiendo. Esperadlo. Pues ya sabéis que Roma no se construyó en un día – le respondió el sobresaliente Francisco Dávila para seguidamente disculparse y dirigirse a la cámara para conversar con Acuña.

Dávila insto al capitán a que saliese y tratase de averiguar qué pasaba.

-La actitud de los franceses es hartito sospechosa y no debéis fiaros de ellos. Si os sentís apurado o precisáis de nuestra ayuda, solo con alzar vuestra mano los echamos a todos por la borda.

-No creo que la sangre llegué al río.

Cuando salieron a cubierta, el del gesto agrio que parecía llevar la voz cantante entre los franceses,



le comunico en la lengua de allende los Pirineos, cuando antes con Dávila se había expresado en un castellano macarrónico, probablemente para que la tripulación española allí presente no se enterase.

-Nuestro Rey está en guerra con vuestro Emperador, por lo que os pedimos os rindáis, pues en caso contrario os mataremos a todos y cortaremos vuestras cabezas.

Rodrigo creyó que hablando se entiende la gente y que esta situación tenía salida si se empleaba la diplomacia y se obviaban las armas. Mandó a seis de sus marineros que lo acompañasen en el batel y a un criado suyo que le trajese dinero y un chifle de plata. Después de metérselo en la manga les dijo que quería ir a hacer paces con los franceses, por lo que se introdujo en el batel y se marchó en dirección a sus naves.

Desde el San Gabriel observaron como los subieron a una de sus naves y sin mediar más palabras y con toda presteza comenzaron a bombardearles. Y como si todo estuviese debidamente estudiado y planificado de detrás de una de ellas salió un batel repleto de hombres armados con muchas escopetas que se acercaron mientras disparaban.

-¡Ríndete; ¡Ríndete; ¡Marrano; - decían gritando los que se acercaban mientras no cesaban de disparar.

La nao, a media reparación, estaba todavía muy empachada y tumbada para que comenzara a correr. Aun así el piloto Juan de Pilola, que ya había manifestado en otras ocasiones tener dotes de mando, no se anduvo con chinitas e inmediatamente gritó desde su puesto.

-¡Adrizar la nao;

Luego ordeno a un grumete que desplegara, bien visible, la bandera que se encontraba en la gavia, mientras gritaba.

-¡España; ¡España;

El batel se acercaba mucho a la nao y amenazaba con abordarla.

-¡Maldita sea! ¡Colocar dos falconetes en la amura de babor;

Luego se dirigió al costado de la nave, arrebató la mecha al artillero y apuntando concienzudamente disparó uno de ellos.

Acertó de pleno en el mismo, ya que la tenía a tiro de piedra, matando a tres hombres. El batel no se atrevió a continuar y regresó junto a su nao nodriza.

Los gritos de júbilo de los españoles se apagaron cuando momentos después volvieron a ver al batel, esta vez repleto de más gente y dispuesto a tomar la nao.

-¡Muramos; Muramos antes de ver la bandera de España en poder de los franceses – gritaba mientras apuntaba de nuevo con el otro falconete y disparaba seguidamente.

Esta vez no acertó, pero intimidó tanto a los galos que dieron media vuelta y regresaron a sus navíos.

A todo esto notaron que el capitán Rodrigo daba voces desde la nave francesa, aunque por la distancia no entendían lo que decía.

No tuvo más remedio finalmente que enviar a uno de los hombres que le habían acompañado, junto con dos franceses, enarbolando bandera blanca, para advertirles que no disparasen pues todavía estaba negociando. Pero mientras tantos los franceses no cesaban de disparar lombardas a la nao española.

Juan de Pilola pregunto al marino español, que querían los franceses.

-Las cuatro lombardas gruesas, los lombarderos, el piloto, el maestre y el tesorero.

-¡No piden más que eso? – respondió el piloto en tono de chanza – supongo que después ellos se tomaran lo demás. – Tras una breve pausa añadió- Decidles que queremos morir debajo de la bandera de España y que esta es la decisión que hemos tomado.

Pero el marinero no quería volver atrás y prefería quedarse en la nave pues no vea la cosa muy clara con los franceses. Les dijo a estos que quería subir a bordo para tratar de convencer al piloto y mientras tanto, la respuesta la enviaba por mediación de un pajecito del capitán.

Mientras el paje cumplía su misión en compañía de los dos francés, el piloto, que desde el primer momento tuvo la precaución de encarar la proa de su nave a la desembocadura para en un momento como este no tener que hacer maniobras innecesarias, observó que el viento soplabo de tierra y le era favorable, cortó el mismo los cables y dio la vela mareando el trinquete.

Salió la nao de la barra ante el estupor de los franceses que no esperaban esa maniobra.

Navegaron durante ocho o nueve días sin problemas, pero al toparse con el cabo de San Agustín tuvieron viento en contra y no pudieron doblarlo. Al amanecer dos de los galeones franceses que desde el primer día los persiguieron, se le acercaron. En vez de intimidarse y tratar de huir, y aprovechando que el viento les venía de popa se lanzaron sobre ellos con la intención de abordarlos. Los franceses ante tanta osadía, y a pesar de eran clara mayoría, salieron huyendo como alma que lleva el diablo, lo lograron porque en definitiva eran navíos más veleros que el de ellos.

Una vez solucionado el problema más acuciante que no era otro que quitarse a los franceses de encima. El maese Alonso del Rio mando llamar a toda la gente a cubierta y los arengó

-Señores; Ya sabéis que nuestro capitán quedó en poder de los franceses, y no podemos vivir sin tener cabeza; si os parece nombraremos un nuevo capitán mientras recuperamos al nuestro.

Como todos estuvieron de acuerdo nombraron capitán a Juan de Pilola.

Dos días después se acercaron a la costa pues la nave continuaba haciendo mucha agua, ya que la reparación iniciada en el rio no tuvo continuidad y se quedó a medias. Cuando se acercaron a tierra se toparon con la nao mayor de los franceses ya que las otras dos probablemente todavía tenían el canguelo encima y continuaban huyendo.

La mayoría de la gente quería que se fuese sobre ella, pues suponían que tanto el Capitán como el resto de los compañeros retenidos se encontrarían en esa nave. El piloto, que ahora ejercía de capitán, más sensato respondió

-Más vale remediar los desperfectos de la nao, que ir buscando quien acabe de deshacerla. Lo mejor que podemos hacer es regresar a la Bahía de Todos los Santos en donde se dan todas las condiciones para poder carenarla. Y después, si volvemos a encontrarnos con ellos, y se terciá, ya veremos.

En efecto se dirigieron a esa bahía y entraron en ella. A los ocho días de estar allí lograron finalmente reparar la nave.

Estaba demostrado que no iban a gozar ni un solo momento de tranquilidad pues ese mismo día se acercó el batel de una nave francesa, que estaba a la expectativa, para reconocerlos.

-¿De dónde es esa nave? – preguntaron los galos cuando estuvieron lo suficientemente cerca.

-¿De dónde es la vuestra? – respondieron los españoles, haciéndose el gallego, con otra pregunta.

-De Francia – les respondieron – Y podéis visitarla, si queréis, en donde seréis bien recibidos.

-Posiblemente mañana lo hagamos – respondieron los españoles.

Lo que parece un dialogo de tontos era común en aquella época. En primer lugar las naves apenas se distinguían una de otras, aun pertenecientes a países distintos. Y la enseña que portaban permanecía plegada en las gavias para no mostrar las cartas a un potencial enemigo.

Recordemos que en el rio San Francisco, Juan de Pilola ordenó a un grumete desplegar la bandera que estaba en la gavia únicamente cuando decidió comenzar el ataque y que la nao a la que pertenecía el batel, podía ser una de las dos francesas que huyeron cuando las atacó en el cabo de San Agustín.

Al día siguiente por la tarde intentaron salir, pero la nave francesa que ya estaba presente, intentó impedirlo. Tuvieron una refriega y finalmente los españoles salieron de allí, con la pérdida de un hombre y la nao haciendo agua.

Con viento contrario la única opción que tenían era regresar a Cabo Frio, donde fondearon y permanecieron durante dos meses para aderezar la nao.

Al fin de ese plazo se hicieron a la vela creyendo que en esos momentos ya lo tenían todo controlado, pero estando a diez leguas de la costa continuaron haciendo tanta agua que les obligó a

mantener las bombas en funcionamiento gran parte de la jornada.

Algunos propusieron acercarse otra vez a tierra y finalmente acordaron dirigirse al río en donde estuvieron con anterioridad, lo que hicieron echando todo el Brasil que portaban al mar, para que no se les pudiese acusar de nada, y dirigirse a ese puerto.

En aquella tierra había indios pacíficos; y según el agua que hacia la nao les pareció acertado tomar algunos esclavos para que realizasen la penosa labor de darle a las bombas. Para ese fin, rescataron una veintena de esclavos a los mismos naturales del país que cedieron gustosos cada uno por dos hachas.

En ese estado partió la nao el miércoles de ceniza de 1527. Confiaban en que la entrada de agua no iría a más y que con la ayuda de los esclavos podrían controlarla. Su derrota fue ir directamente a España, no podían hacer otra cosa y al final que fuese lo que Dios quisiese.

No fueron directamente a la Coruña pues sospechaban, no sabemos por qué extraña razón, que habría franceses en la costa esperándoles y decidieron entrar en el puerto de Bayona, cerca de Vigo, para recabar noticias. Era el veintiocho de mayo de 1527, la tripulaban únicamente veintisiete castellanos y veintidós indios. Quedaban solamente bizcochos para cinco o seis días y tres botas de vino.

Toda la hacienda de Su Majestad llegó buena y bajo la llave del tesorero, así como la de Don Rodrigo que era importante y alguna caja y ropa de marineros que habían muerto.

La nao estaba comida de gusanos y todos los arreglos que se hicieron para solucionarlo no habían servido de nada.

Y como la gente de la nave y tripulación tuvieron en su día cuestiones, debates y sus más y sus menos, y como no ignoraban que al final todo se sabe y los trapos sucios más pronto que tarde saldrían a relucir, se entregaron al Corregidor de Bayona cinco personas, supuestamente delincuente, para que se depurasen responsabilidades y la verdad fuese por delante.

XXXXXX  
XXXX  
X

¿Qué fue de Rodrigo de Acuña?

En un momento dado de la historia anterior se separaron los destinos del Capitán de la San Gabriel, Rodrigo de Acuña, y algunos de sus hombres, de los restantes miembros de la tripulación.

¿Qué paso con ellos?

Iba Don Rodrigo en batel para subir a aquellas naves, cuando ya comenzó a arrepentirse de haber aceptado. Quizás lo hizo para salvar a su nave y tripulación, dándole tiempo a Juan de Pilola para pensar y buscar una salida.

Ya estando a mitad del camino, entre el San Gabriel y aquellas naves, comenzó a hablar a sus captores: unas veces rogando y otras reprendiendo su aptitud y la traición que hacían. Pero ya no había ninguna posibilidad de una vuelta atrás.

Una vez embarcados en una de las naos francesas, todos los capitanes, maestre, pilotos y demás oficiales franceses se reunieron con él en el Galeón y le jurado que no tenían nada contra él y lo que deseaban era ir en paz y amistad, siempre que Don Rodrigo les proporcionara a cada uno de ellos una bota de vino y un barril de aceite.

Llegaron a un acuerdo e incluso hubo un solemne juramento colectivo para comprometerse a cumplir lo acordado. Nunca sabremos si se trataba de otra añagaza, pues cuando estaban a punto de dejarlo volver al San Gabriel, vieron como la nave castellana mareaba, y que estando ya fuera del puerto no esperó al capitán ni a su gente, sino que forzó la vela.

Los franceses posiblemente creyeron que habían ido demasiado lejos y podían provocar un conflicto internacional, ya que inmediatamente proporcionaron un batel, velas, remos y dos hombres suyos, para que Acuña y sus hombres siguiesen al San Gabriel y lo abordase. Lo persiguieron durante ese día y su noche correspondiente hasta cerca del mediodía del siguiente, en que lo perdieron de vista.

Ya estaban medio muertos de hambre y sed, y cansados de tanto bogar. Por otra parte ya no podían hacer nada más y se detuvieron exhaustos. El problema es que se encontraban a nueve o diez leguas de su punto de partida, pero por suerte fueron costeanado y no se encontraban muy lejos de la orilla del mar.

Como las desgracias nunca vienen solas, desembarcaron en un lugar de roca empujados por la fuerza del mar y la resaca, quedando el batel, si no destrozado, si inservible para navegar.

Comieron unos frutos conocidos y bebieron de un arroyo. Pasaron unas horas terribles temiendo ser sorprendidos por los nativos y atacados. Se dirigieron hacia el sur costeanado y finalmente llegaron al paraje en donde habían dejado a las naos francesas. A su llegada ya se habían ido las dos naves, según supieron posteriormente en persecución del San Gabriel. Allí solo quedaba el galeón que estaba embarcando el palo de Brasil que habían recogido anteriormente. Subieron a todos los prisioneros a bordo, ya sin tantas atenciones, y los tuvieron durante treinta días encerrados hasta que completaron su carga.

A su partida, despojaron a Acuña y a sus hombres de todas sus pertenencias y los dejaron abandonados, junto a un batel sin velas, sin comida, sin agua ni cosa que pudieran aprovechar. Por su parte el galeón se llevó los tres cables y las tres anclas que dejó allí el San Gabriel cuando huyó precipitadamente.

Se vieron perdidos, ya que a falta de vela, el batel solo podían manejarlo con un par de remos. Esfuerzo que sus cuerpos derrengados apenas podían realizar. Los gabachos no se habían mostrados pródigos en la comida y desde que habían estado retenidos allí apenas habían podido comer unas frutillas y algún que otro marisco, que pudieron recoger.

De todas formas para no llamar la atención de los nativos, se desplazaban a cortos trechos y en el trascurso de veinte días llegaron a una isla llamada San Alejo y en donde encontraron una pipa de pan mojado, harina de trigo, un horno abandonado y anzuelos con los que pudieron pescar y se repusieron pues ya estaban medio muertos de hambre.

De allí, ya con las fuerzas recuperadas, pudieron llegar a Pernambuco, en donde fueron auxiliados en lo que necesitaban hasta que llegó la armada del Rey de Portugal, al mando del capitán mayor Cristóbal Jaques con el que nunca congeniaron.

Cuando la primera nave cargada de Palo de Brasil partió hacia la península, Acuña solicitó pasaje para él y sus hombres, pero como no disponía en esos momentos de nada de valor, ya que sus propiedades se encontraban en el San Gabriel y el poco dinero que logro llevarse se lo habían robado los franceses, se comprometió a pagar, apenas llegasen a la península el valor de cien quintales de Brasil, mucho más de la mercancía que dejaría de trasportar por llevarlos.

Pero ni aun así quisieron. Entonces recurrió a cuantas personas buenas se avinieron a escucharlo, pero tampoco así logró su propósito.

El capitán mayor los tenía prácticamente presos como si estuviesen en galeras. Se los llevaba a donde iba para evitar que durante su ausencia conspirasen contra él y sin que les sirviese de nada la razón y la justicia.

Pero cuando pasado un año partió otra nave con destino a la península y como tampoco quiso embarcarlos en ella montó en cólera.

Primero volvió a rogarle le dejase partir, pues no había razón para tenerlos presos, pero nunca quiso hacerlo ni tomar consejo en este asunto.

Fue entonces cuando Acuña se dedico a escribir cartas al Rey de Portugal contándole su situación. Este apenas tuvo conocimiento de ello, lo mando redimir. Siendo a la sazón capitán mayor de aquella armada Antonio de Ribeyro, caballero de la casa del Rey, y encontrándose ya en noviembre de 1528.

## CAPITULO XI

### Un largo paseo por un océano no tan pacífico

Era el 26 de mayo del año del Señor de 1526, día de San Idelfonso, cuando finalmente salió la flota del estrecho. En cabeza iba como siempre el patache Santiago, seguida por la nao capitana, la Santa María de la Victoria y las carabelas San Lesme y Santa María del Parral.

Soplaba viento del suroeste e inmediatamente pusieron rumbo al nornordeste para alejarse tan pronto como pudiesen de esas heladas tierras. Ciertamente es que con el calor llegarían las plagas, principalmente de pulgas y ratas, pero a decir verdad nunca lograban sacársela de encima, ni con el frío ni con el calor, ya que siempre permanecían ocultas en los lugares más recónditos de la bodega.

Esteban no estaba muy católico esa mañana. Pasó mala noche con retortijones incluidos en el estómago. Vació el estómago por lo menos una vez que recordara y en otra ocasión visitó el trono, instalado en la amura de babor, pues padecía del mal de cámara, vulgo cagaleras para entenderse.

Después de servir el desayuno ese día, buscó a Rodrigo para pedirle le disculpase si alguien lo buscaba o preguntaba por él, pues con su permiso iba a retirarse a su refugio en el alcázar que en esos momentos estaba todo a su disposición.

Acostado notó inmediatamente el bamboleo de la nave y esos crujidos espeluznantes surgidos de lo más profundo de sus entrañas, que ponían como escarpías los pelos de los neófitos, pero que pronto llegaba uno a acostumbrarse.

El problema era que en los últimos cuarenta y cinco días apenas los había escuchado y ahora eran continuos. Durante la travesía del estrecho también sufrieron tormentas, tres o cuatro creía recordar, pero entonces siempre se encontraba un buen puerto a corta distancia en donde poder refugiarse, e incluso la posibilidad de bajar a tierra para dormir, si lo juzgaban oportuno. Aunque ello significase ser la antítesis de un buen marino.

Nuevamente tuvo que levantarse para aligerar el cuerpo. Primero en la borda y después en la poltrona. No le sirvió de nada pues todo eran sensaciones sin resultado efectivo. Finalmente decidió ayudarse con los dedos de su mano derecha que al tocar su garganta hicieron reaccionar a su estómago. Únicamente un poco de una sustancia amarilla salió de su cuerpo ya que allí no quedaba nada que evacuar.

Rodrigo al verlo en tan lamentable estado le proporcionó una tisana, por medio del barbero cirujano, que le hizo reaccionar para bien. Parecía encontrarse mejor y le agradeció la ayuda con una amplia sonrisa.

Se dirigió a la borda por si el líquido amargo que terminaba de ingerir le jugaba una mala pasada. Fue entonces cuando vio por primera vez el llamado mar del Sur. Era inmenso pero no más que el océano Atlántico. Al fin y al cabo la grandeza de una cosa no llegas a apreciarla pues tu visión está limitada por lo que alcanza la vista.

-La inmensidad del mar es grande o pequeña según los días que empleas en atravesarlo – le dijo en cierta ocasión Rodrigo.

Y era cierto pues la vista solo llega hasta el horizonte e ignoras lo que hay detrás. Ese día apenas comió algo y se pasó la jornada acostado.

A la mañana siguiente se levantó algo mejor y según le dijeron se habían alejado veinticinco leguas de Cabo Deseado.

Continuaron con el mismo rumbo. Siempre al noroeste con el viento en la popa empujando con fuerza. Cada vez el mar estaba más encabritado y las olas que los envestían por detrás hacían que la nao cabeceara en exceso.

Que se mascaba una tormenta, eso era seguro. Y los marinos veteranos olisqueaban el ambiente previniendo que ya la tenían cerca.

-Esto va a peor. Nos quedan a lo sumo dos días de cierta tranquilidad – sentenció un vasco cuyo

nombre Esteban no lograba recordar por su extraña pronunciación.

El veintiocho de mayo ya se encontraban a ochenta y cinco leguas de Cabo Deseado. Si todo el viaje se desarrollaba con el mismo ímpetu, Esteban se veía en su destino en apenas un par de semanas.

El rumbo que tomaban cada día: nornoroeste o noroeste un cuarto oeste, dependía de donde soplara el viento para que el trapo lo tomase con toda su intensidad.

Iban hacia el norte para alcanzar el ecuador de la tierra, en donde más o menos, pero hacia el oeste, se encontraba las islas que buscaban. Posiblemente ascendieran un poco más si los vientos les eran favorables pues allí se encontraban la mayoría de las islas conocidas en aquel entonces, para posteriormente descender por el imaginario globo que el muchacho tenía en su mente.

Pocos sabían que esa ruta no era la prevista para todos pues Santiago Guevara en su patache estaba a la expectativa y buscaba la excusa y el momento oportuno, para separarse de la flota y poner rumbo a Nueva España. No se trataba de una desertión ya que solo era la culminación del plan trazado con anterioridad y con el beneplácito del Capitán General de la flota. El Señor de Loaisa.

De momento el rumbo que llevaba la flota, noroeste, les era favorable pues les acercaba a su objetivo, el norte y los separaba de una costa desconocida y por lo tanto peligrosa que era necesario evitar, el oeste.

Guevara recordaba que hacia escasamente una semana, en el último puerto en que estuvieron durante la travesía del estrecho, llenaron las barricas de agua, se proveyeron de productos frescos, especialmente caza, ya que la fruta, en esa zona, brillaban por su ausencia. Se traspasó de su buque nodriza, la Santa María de la Victoria, un par de barricas de aceite y varios pellejos de vino, más de lo que era habitual y con la excusa de que iban a transitar por un océano peligroso y nunca se sabía en donde se podría realizar un nuevo trasiego de productos. No se olvidaron de las alubias, lentejas y garbanzos, así como del pan de bizcocho que era básico en la dieta marina de la época.

Los días 28, 29 y 30 continuaron con el mismo rumbo y el uno de junio se dirigieron al oeste noroeste y distaban ya ciento cincuenta y siete leguas de Cabo Deseado.

Esteban por suerte ya se había recuperado de sus malatías y se reincorporó a su trabajo en plenitud de facultades.

La primera noticia de que algo grave se aproximaba fue cuando Elcano ordenó se apagaran todos los fuegos y lámparas encendidos a bordo, para evitar que cayesen y provocasen un incendio indeseado. Es curioso comprobar que el principal temor de una nao fuese el fuego, a pesar de estar rodeados de agua y que provocase más pánico que ver, por ejemplo, subir el nivel del agua en las bodegas.

Después se recogió todo el velamen, navegando únicamente con el trinquete y papahígo para poder manejar la nao. Pero pronto hasta estas fueron arriadas para poder capear, cada una como pudiese, el temporal.

La nave surcaba la tempestad como dejada por la mano de Dios. El temor se veía reflejado en el rostro de cuantos se cruzaban en el camino de Esteban. Zandeada por el oleaje, empujada por el viento con la única oposición de su casco y obra muerta, pues todo el velamen estaba recogido, la Victoria aguantaba como podía.

El cielo oscureció dejándolos en la más completa oscuridad, a la vez que se abría para derramar sobre ellos toneladas de agua, que de tenerla racionada o estar un poco más cálida hubiese sido nuestra felicidad, pues hubiese saciado nuestra sed y limpiado nuestros cuerpos de las impurezas acumuladas. Pero en esos momentos más bien parecía una maldición divina que se derramaba sobre nosotros para redimir, ignorábamos que pecados.

Esteban inconscientemente se arrió a la amura de estribor para contemplar el temible espectáculo que se estaba representando ante él y que no olvidaría en el resto de su vida.

La mar enfurecida, completamente blanca pues solo se veía su espuma, levantaba su zarpa sobre la nao amenazando con hundirla a la vez que aullaba y rujía como un animal herido.

Instintivamente se agarró a un cabo para evitar ser arrastrado por una ola que barrió la cubierta y se estrelló sobre las mamparas de madera que cerraban provisionalmente el alcázar, destrozándolas. La resaca sacó de su guarida: mantas, colchonetas y equipajes para que la siguiente introdujera de nuevo lo que no cayó por la borda y vuelta a empezar. Una danza sin fin.

Por suerte su mochila con todas sus pertenencias se encontraba sujeta con una alcajata a la pared y rezaba para que no se desprendiese. Aunque del correspondiente remojón seguro que no se había librado.

Quiso correr hacia allí para comprobarlo y de paso asegurarla si fuese necesario. Pero en esos momentos la cubierta se convirtió en una balsa que derramaba toda el agua contenida por los huecos y troneras. Lo inaudito era que no hubiese arrastrado a nadie y la mar océano no se cobrase su tributo, aunque eso no lo sabrían con certeza hasta que no hiciese el oportuno recuento de personal.

A una buena distancia pudo ver como el patache Santiago se dirigía al éste como buscando la tierra.

A Esteban no le hubiese gustado encontrarse en esos momentos en tan frágil barquichuelo en donde las olas llegaban por momentos hasta la mitad del palo mayor.

El San Lesme parecía dirigirse al suroeste, como si buscase un lugar por donde pudiese escapar de tan terrible temporal.

Y finalmente a la Santa María del Parral, simplemente ya no la veía por ninguna parte como si el mar se la hubiese tragado como aperitivo de lo que pensaba hacer con las otras naves.

La nao en que se encontraba cabeceaba de forma alarmante y unas veces parecía encontrarse en la cima de una ola en donde el mar no se veía por ninguna parte para seguidamente caer en un abismo, completamente rodeados de agua, e inmediatamente volver a emerger como si nada hubiese pasado.

La mayoría de la gente fuera de servicio se habían refugiado en la bodega en donde si la nao se hundiera encontrarían una tumba tranquila que no les permitiría brincar, sin esperanza y por breve minutos, en un mar enfurecido.

El brazo le dolía por el esfuerzo de estar continuamente sujeto a un cabo y soportar los embates que el mar ejercía sobre su cuerpo. Por otra parte ya había visto lo suficiente y el lugar en que se encontraba no era muy seguro

Aprovechó una pequeña pausa de apenas unos segundos, en que el agua desapareció del combes, para correr hacia el castillo de proa en donde estaban refugiados la tripulación que se encontraba de servicio y que en esos momentos estaban realizando el único trabajo que era posible. Rezar y esperar.

A la mañana siguiente, después de una noche infernal, la mar parecía calmarse. El sol se dejaba entrever entre las desgarradas nubes situadas en levante. La triste realidad era que no se podía ver ni una solitaria vela a nuestro alrededor.

La flota se había disuelto como un azucarillo en una tisana caliente.

Esto en principio no preocupaba a nadie, pues era cosa usual después de una tormenta de tal calibre. En los próximos días se esperaba que tanto las carabelas como el patache acudiesen a la vera de la nao nodriza como los polluelos siguen a su madre.

Pero no sería así.

Ahora, pasado ya unos días, el Océano Pacífico volvía a hacer honor a su nombre y en comparación con los días precedente parecía una balsa de aceite. Lo mejor de todo eso era que la nave, ayudada por los vientos del sureste, mantenía una velocidad constante en dirección noroeste que parecía ser la preferida de Loaisa. No era desde luego el de los primeros días de navegación por este océano, pero sí el que convenía para que alguna de las carabelas retrasadas pudiese alcanzarles. Y si por el contrario fuesen por delante reteniéndose pudiesen avistarlas sin problema.

Loaisa prometió un ducado de oro al primero que viese velas en los días siguientes, pero finalmente pudo ahorrarse el invite. Al patache, el Capitán general no esperaba avistarlo, porque Guevara, fiel cumplidor de su palabra como era, si no se había hundido en esos momentos estaría



navegando en dirección contraria hasta Nueva España como le prometió en su día.

De todas formas la situación actual no era la esperada y maldecía el instante en que dio esa orden. Pues en estos momentos lo añoraba y contar con su presencia en esas circunstancias era una garantía para volver a unir a la flota. Pero a lo hecho pecho.

Ahora navegaban claramente al norte un cuarto noroeste y el día dos avanzaron cuarenta leguas. A pesar de las aguas aparentemente tranquilas, el viento dominante del sur les obligó a asegurar su velamen y luego a correr con el papahígo con mucha mar.

Al día siguiente continuaron con el mismo rumbo pues el viento del sur persistía y a pesar de correr toda la noche únicamente con el papahígo del trinquete, ya que solo al amanecer desplegaron la mayor, recorrieron veinticuatro leguas.

El día cuatro midieron el sol y se encontraban a 42° 30' de latitud sur. El cabo deseado ya lo habían dejado atrás doscientas leguas.

El cinco de junio fueron oeste noroeste durante veinte leguas para cambiar a noroeste durante otras doce.

El seis se navegó hacia norte y midieron 41° latitud sur. El cabo deseado, que continuaba siendo nuestra única referencia que teníamos en la inmensidad del océano, distaba doscientas ochenta y ocho leguas al sureste.

Al día siguiente varió la dirección de los vientos e igual soplaba del norte como del noreste un cuarto este. El piloto tenía que amoldarse a ellos y rectificar su rumbo cuando era necesario adaptándose a las circunstancias. A mediodía pesaron el sol y se encontraban a 39° 40' latitud sur.

El día ocho se tuvo poco viento y además soplaba del noroeste, por lo que pusieron rumbo suroeste un cuarto oeste.

El nueve observaron la latitud a 38° sur y fueron noroeste un cuarto norte, para cambiar a media mañana y volver a hacerlo por la tarde. Más parecía que estaban voltejando que siguiendo una ruta en concreto. Navegaban exclusivamente con el papahígo y cercana la noche aferraron la mayor porque el viento arreciaba y no querían tener problemas. Corrieron únicamente con el trinquete hasta el mediodía y dándole la popa al viento según iba rolando.

Habían cambiado en tanta ocasiones el rumbo y este era tan dispar, que Elcano daba ya por hecho que no iban a encontrarse con el resto de la flota. Todo ello suponiendo, y era mucho suponer, que hubiesen sobrevivido al temporal.

Esteban por su parte comenzaba a quejarse, a quien quisiera escucharlo, de la monotonía del viaje. Todos los días eran iguales. ¿Qué rumbo corríamos? ¿Cuánto habíamos avanzado ese día? Era la pregunta que todos se hacían y cuando obtenían una respuesta, fuese satisfactoria o no, iban a lo suyo.

Ya que no existían moscas a bordo con las que entretenerse contemplándolas, posiblemente por proceder de un clima frío y no haber embarcado ninguna, Esteban, mientras los restantes miembros de la tripulación haraganeaban, se entretenía, cómodamente echado sobre unos rollos de cable, contemplando las piruetas que realizaba el enano Bellido en las alturas como si de un titiritero se tratase.

Un día logró coger desprevenido a Urdaneta, que cansado de la lectura del libro que tenía entre manos, lo dejó a su lado y recostado sobre un tabique de madera parecía soñar con algún paraíso lejano.

No era que, el ahora ayudante de piloto le huyese, pero había recogido mayores responsabilidades, tenía menos tiempo libre y las largas conversaciones de antaño menguaron como la luna lo hacía todos los meses. Consideró que era el momento oportuno para reiniciar aquellos diálogos y se acercó sin ninguna prudencia para no sobresaltarlos. Y como solía ser habitual iniciaba las conversaciones con alguna pregunta tonta que no tenía nada que ver con el tema que le interesaba tratar.

-¿Estaremos ya cerca de nuestro destino?

-Todavía nos falta mucho. Mi buen Esteban...

-¿Es cierto que tierra a donde vamos pertenece a los portugueses?

-Yo no sé a ciencia cierta a quien pertenece ni me importa y me atrevería a decir que ellos tampoco, de ahí sus dudas y remilgos y no querer descubrir sus cartas, como nosotros no lo hacemos con las nuestras. Lo único cierto es que en el año 1519 nuestros reyes, que son los señores naturales de Castilla y de otras muchas tierras incluidas las del Maluco, ya enviaron cierta armada, cuyos capitanes fueron un portugués al servicio de España, Fernando de Magallanes y nuestro bravo capitán Juan Sebastián Elcano, que fue quien le dio un buen fin a esa aventura. Sin olvidar a Gonzalo Gómez de Espinosa que también participó activamente en la expedición. Tampoco me quisiera olvidar de otros capitanes, pilotos, maestre y gentes de estos reinos que envió Castilla para señorear, tener y gozar de estas islas del maluco y otras tierras e islas anejas a la misma. Así como la sumisión a nuestro emperador de otros reyes y señores de esas tierras que actualmente nadie discute.

-Pero los portugueses, según me han dicho, ya estaban allí.

-No exactamente. Ellos indiscutiblemente tienen el camino más fácil que nosotros, ya que nos toca ir por la ruta más difícil y penosa, el llamado estrecho de Magallanes que ambos ya hemos tenido la ocasión de comprobar.

-¿Cuál es el motivo de esa disputa?

-España y Portugal se repartieron sus respectivas áreas de influencia por decisión Papal y eso tampoco lo discute nadie. El problema es saber a quién pertenecen esas islas en concreto. Lo único cierto es que en su día esos capitanes antes mencionados tomaron posesión de esas islas y que los reyes, gobernantes y gente principal de esos lugares se dieron y se constituyeron como vasallos y servidores de sus majestades. Como prueba de ello, esos reyes proporcionaron a Elcano mucho clavo y les ofrecieron muchos servicios para poder ganarse la protección de nuestro emperador.

-¿Entonces porque nos lo discuten?

-Después de que los portugueses tuviesen noticias de nuestra presencia en esos lugares y aprovechando nuestra temporal ausencia. Han ocupado algunas de esas islas. Nosotros solo acudimos ahora para poner las cosas en su sitio.

-Opino que pocos somos si vamos a una guerra

-No hay que contar los que somos sino por cuantos valemos.

He de reconocer que las palabras de Urdaneta me llenaron de orgullo. Pero todavía quedaban muchas preguntas en mi mente antes de cortar la conversación.

-¿Quién es ese Gonzalo Gómez de Espinosa que anteriormente habéis mencionado junto a tan ilustres nombres como lo fue en su día Magallanes y lo sigue siendo actualmente Elcano.

-Otro capitán que para volver eligió una ruta opuesta a la de Elcano, para diversificar las opciones, minimizar los riesgos y tratar de asegurar el éxito de la empresa. Si Elcano navegó con la nao Victoria hacia occidente, Gómez de Espinosa lo hizo con la Trinidad con dirección a oriente. Partió cargado de clavo para alcanzar las costas de Nueva España. Pero lo único cierto que sabemos de él en estos momentos es que no pudo llegar. ¿Qué ha sido de él? ¿Después de navegar muchas leguas con vientos contrarios tuvo que regresar? No lo sabemos esa es una de las cosas que tenemos que averiguar. Lo más probable es que este preso de los portugueses y en ese caso nuestra misión sería liberarlo.

-¿Cuál es el otro?

-Tengo claro que Espinosa tomó la ruta equivocada y yo me he propuesto encontrar la correcta para no tener que dar siempre la vuelta a nuestro planeta para conseguir el dichoso clavo.

XXXXX

XXX

El diez de junio fueron al nornordeste. Al pesar el sol al mediodía se encontraban a 37° latitud sur. Navegaban cómodamente con el papahígo del trinquete y la mesana. El cabo Deseado se encontraba ya a 355 leguas y todo parecía ir a las mil maravillas.

Sin embargo el Mar del Sur no parecía sentarle bien a la Victoria. Los continuos embates de las olas la maltrataban continuamente y por todas partes, principalmente por las juntas de las cuader-nas, en donde comenzó a filtrarse el agua hasta el extremo que las dos bombas de achique apenas bastaban para evacuar el líquido embarcado. Cada día pensaban que la nao iba a anegarse por completo e irse a pique.

Por otra parte Loaisa, después de una larga conversación con el despensero, decidió acortar las raciones. En primer lugar porque llevaban embarcada mucha gente del Sancti Espiritu y en segundo porque al Capitán General se le había ido la mano proporcionando alimentos al patache para que pudiese completar su singladura. Por suerte esa operación ya no tendría necesidad de repetirse.

Con tanto trabajo y falta de alimento comenzó la gente a enfermar y como consecuencia vinieron los primeros fallecimientos. Más que por la enfermedad las muertes llegaban por la falta de espe-ranza en poder sobrevivir, en las condiciones que se encontraban, y lo que se avecinaba ya que lo peor todavía no había llegado.

El primero en perecer fue el contador Alonso de Tejada y le siguió Rodrigo Bermejo, piloto ma-yor de la nao e íntimo amigo y protector de Esteban.

Este lo sintió y lloró desconsoladamente como si el muerto fuese su padre. Ejerció como tal cuando quiso iniciarlo como hombre acompañándolo al prostíbulo de la Gomera y facilitándole el contacto con una hembra. Que el tiro al final le saliese por la culata al conjugarse una serie de con-diciones adversas, fue otro cantar, pero eso no era óbice para agradecerse. Por lo menos si ejerció como maestro al enseñarle todos los trucos y secretos de una nao, tomando como ejemplo al Sancti Espiritu, e iniciándolo en el fascinante mundo de la mar.

Hasta el mismo Capitán General se sentía enfermo y apenas salía de su cámara. Cansancio ge-neralizado, taquicardias y dolor en el pecho era los síntomas. Pero el barbero curandero que ejercía como médico le diagnosticó que padecía de “enojo” una especie de culpabilidad al encontrarse solo y separado de las restantes naves de la flota. Era lo más fácil y lo primero que se le ocurrió ya que en realidad desconocía que pudiese tener, ya que los problemas con la alimentación que pudiesen parecer el resto de la tripulación de momento no le habían afectado a él.

En realidad la gente importante de la nave, o por lo menos la mayoría, comenzaban a tener los primeros síntomas de la enfermedad que le inculca el malhadado pez que consumieron, hacia me-ses, en San Mateo una olvidada isla del Atlántico sur.

Una venganza tardía pero efectiva. Y lo malo de todo esto es que no sería el único en sufrirla.

El día once se dirigieron al noroeste. Observaron la latitud sur en 35° y distaban de Cabo Desea-do trescientas ochenta y siete leguas.

El doce navegaron al noreste un cuarto norte y al siguiente se encontraban a 32° 20' latitud sur y se separaban cuatrocientas leguas de Cabo Deseado.

Continuaban navegando hacia el norte y el dieciséis de junio estaban a 29° 30' y separados de Cabo Deseado 435 leguas según la carta de navegar de Nuño García, pero si le hacemos caso a Diego Rivero la distancia era de 460 leguas. ¡Ni los cosmógrafos se ponían de acuerdo! Esto es por lo menos lo que le confió un día Urdaneta a Esteban, rogándole la máxima discreción por confiarle unos datos que no debían estar a disposición de la tripulación ya que generalmente no salían del círculo de oficiales, simplemente por razones psicológicas.

En realidad Esteban comenzaba a estar harto de la distancia que les separaba del innumerable-mente mencionado Cabo Deseado, como ya lo estuvo mientras transitaban por el atlántico con la isla de San Mateo, pues lo que quería era saber, no lo recorrido, sino lo que les quedaba por recorrer. Lo malo de todo esto, como siempre solía ocurrir, es que nadie parecía conocer este dato.

A bordo ya nadie duraba, por el conservadurismo que mostraba Loaisa, que su destino no era otro que la llamada isla de los Ladrones descubierta por Magallanes en su periplo.

-A menos que antes encontremos otra – mencionó como de pasada Urdaneta.

-¿Tú crees?

-En realidad no sabemos a qué distancia estamos y si me aprietas no sabemos ni siquiera cierto en donde está esa dichosa isla. A menos que Elcano guarde un as en su manga... que no creo.

-Entonces vamos a ciegas... - declaró el muchacho desolado.

-Más o menos. Yo creo que si por Elcano fuese, apenas lleguemos al ecuador iríamos directamente al oeste en busca del Moluco aunque los vientos no nos sean demasiado favorables.

El veinticuatro de junio, día de San Juan, estábamos en la latitud sur de 27° 4' y al siguiente a 26° 30', para llegar a los 23 grados el día veintinueve. Nos acercábamos lentos pero sin pausa al punto crítico que no era otro que la latitud 0° o poca más. Entonces sabríamos que opción ganaba, si la de Loaisa: ir a lo conocido y abastecernos en la isla de los ladrones o la primera que nos saliese al paso; o la de Elcano: ir claramente a ciegas al oeste noroeste en donde acortaríamos probablemente tiempo pero ignorando que encontraríamos.

Lo único cierto es que estábamos en medio de un océano inmenso y con pocas posibilidades de salir de él con vida. Aunque como muy bien hubiese dicho el bueno de Rodrigo, de estar en esos momentos vivo, la esperanza es lo último que se pierde.

Esteban consideraba que no podía marcharse de este mundo de forma tan incógnita y decidió escribir un mensaje a su tía contándole, más o menos, la situación en que se encontraban. Lo guardó esperando el modo en que podría enviarlo. Un día se topó con un frasco de vidrio en los alrededores de la enfermería y lo metió dentro. Comprendió que con el tiempo el agua entraría en su interior y lo estropearía así es que decidió sellarlo aprovechando la barrita de lacre que siempre estaba sobre el escritorio de Loaisa. Luego lo echó al mar con la esperanza de que algún día llegase a sus manos.

El día uno de julio navegaron cinco grados al oeste y el mismo rumbo lo continuaron al siguiente. Cuando midieron el sol se encontraban a 20° 18'. En las jornadas siguientes se mantuvieron en la misma latitud, como si la tesis de Elcano hubiese triunfado y encontrado la ruta correcta.

Pero en ocasiones el viento del sur les hacía nortear más de lo deseado y el trece de julio llegaron hasta los 13°

Urdaneta consideraba que eso no era un problema pues tenían aun suficiente margen para derivar al norte si era necesario.

Comenzaba a hacer calor, que por una parte era bueno por las pocas prendas de abrigo que portaban pero por otra mala pues el agua comenzaba a escasear. No habían comenzado todavía a racionarla pero por los mentideros de la nave ya corrían rumores sobre el tema y ya se sabe que cuando el río suena agua lleva, y nunca mejor dicho.

Los veteranos que sufrieron sed en algún viaje precedente comenzaron a guardarla en los lugares más insospechados de la bodega, aun sabiendo que esa acción se penaba severamente. El aguacil, encargado de repartirla, ya andaba ojo avizor y la negaba a los que reincidían demandándola con harta frecuencia.

Otra consecuencia de las altas temperaturas era que las pulgas comenzaban a ser inaguantables y las ratas proliferaban por doquier. A diferencia del Sancti Espíritu, y por motivos que nadie supo explicarle, en la Victoria no había gatos para controlarlas. Unos decían que murieron antes de que ellos se incorporaran a la nao, otro que Loaisa era alérgico a su pelo y no los podía ni ver, lo cierto es que eso, más la inundación casi perenne de la sentina hacia que la bodega estuviese llena de roedores e incluso se dejaban ver por la cubierta a pleno sol.

Algunos sacos aparecieron rotos y parte de su contenido derramado por alrededor. Elcano tocó a rebato y dio la orden de caza sin cuartel. Solo faltaba que aparte de sed sufriésemos además hambre. Los hombres libres de servicio provistos de largos palos se dedicaban a la caza indiscriminada de

tales roedores. Indiscutiblemente Esteban se situó en primera línea.

Lo que al principio solo era un juego ya se lo tomaba como una obligación y ponía tan ímpetu en la tarea que más de uno le llamó la atención.

-Cálmate muchacho -le dijo uno de los marineros veteranos - Las que mates ahora, son solo para meterlas en un saco y tirarlas por la borda. Pero llegará un día, que preveo no será muy lejano, en que las cazaremos para comerlas y si logras muchas, para venderlas a precio de oro a otro menos afortunados.

-¿Yo comerme una rata? - le respondió incrédulo el muchacho.

-Más altas torres han caído. Algún día recordaras lo que hoy te digo- sentenció el marinero - Entonces querrás que abunden como ahora, pero te costará encontrar una.

-¿Entonces las dejamos?

-Hay que cumplir las órdenes del capitán y cubrir las apariencias, pero ese ímpetu que pones en el trabajo guárdalo para las mozas que seguro te lo agradecerán.

A partir de ese día ya no se vio en la necesidad, más bien en la obligación de bajar a la bodega.

Cada día la situación era más grave o por lo menos al muchacho así se lo parecía e inocentemente se dedicó a escribir largas cartas a sus seres más queridos, que en realidad eran únicamente dos: su tía y la bella Lucia. Unas veces les contaba sus afanes, otras la vida a bordo y siempre la desesperada situación en que se encontraban. Por otra parte la posibilidad de que alguien encontrada una de las cartas era muy difícil y que además la hiciera llegar a su destino, prácticamente nula. De todas formas Esteban persistía en su intento pues en realidad no tenía otra cosa que hacer y demasiado tiempo libre.

El problema era que el primer mensaje le había costado Dios y ayuda encontrar un frasco en donde enviarlo, pues la mayoría de los objetos que se usaban en la nao era reciclable. Si el primero lo encontró cerca de la enfermería suponía que era allí en donde tenía que buscar.

Lacrarlo era otro problema pero sobre la mesa de Loaisa siempre había una barrita disponible que bailaba de un lado a otro sobre la mesa de la cámara del Capitán. Todo era cuestión de no abusar y que nadie se diese cuenta de que menguaba de forma alarmante.

Un día aseando la cámara encontró media barra en el suelo, debajo de un mueble. La rescató para dejarla en su lugar y solo entonces se percató que ya había sido sustituida por otra nueva. Nadie la echaría en falta.

La guardó en un lugar secreto de la bodega. Toda la tripulación tenía uno, en donde se guardaba el dinero y los objetos personales más preciados. No quería que lo encontrasen entre su equipaje y lo tachasen de ladrón.

Ahora solo necesitaba frascos de cristal y en gran cantidad. Como el primero lo encontró en los alrededores de la enfermería y el único que los poseía era el barbero cirujano que hacía las veces de médico, acudió allí. Esos frascos los empleaba para guardaba todos sus elixires y suponía que cuando consumiera algún paciente su contenido el frasco iría a parar al mar.

Nunca había visitado la enfermería desde que se incorporó a la nao Victoria , ni cuando estuvo enfermo de cagaleras, y no tenía ninguna confianza con el matasano como para pedirselo. Como un entretenimiento mas se limitó a vigilar la consulta esperando, como la primera vez, que algún frasco apareciese por los alrededores. Pasaron varios días sin ningún éxito y como muy bien dice Mahoma si la montaña no viene hacia ti, ve tú a la montaña.

Se introdujo en la enfermería para curiosear mientras Vázquez, el matasanos, estaba atendiendo a un paciente y otro esperaba su turno. Tuvo tiempo suficiente para comprobar que toda la basura generada iba a par a un cubo de madera y suponía que posteriormente, al final de la jornada, sería arrojada por la borda. Como no podía esperar tanto tiempo se anticipó.

-¿Quiere que le ayude a arrojar la basura por la borda?

-Si te apetece... - le respondió en tono displicente

Cuando comprobó que cogía el cubo y se dirigía para cumplir su promesa. Le interpeló.

-¡Eh; ¡Muchacho! Todo no es para tirar por la borda. Las vendas se lavan para reutilizarlas y los frascos también.

-Los frascos...

-Si... Si deseas ayudar lávalos concienzudamente y después los dejas secar escurriendo el agua que pueda haber en su interior.

La improvisada enfermería estaba situada en un apartado del castillo de proa, insuficientemente iluminada y casi siempre llena de humo o de los variados perfumes de la comida pues tenía el fogón de la cocina prácticamente a su lado. La superficie que ocupaba apenas daba para albergar a dos o tres personas incluido el médico, si excluías el espacio ocupado: por una plataforma que hacía las veces de escritorio y mesa de operaciones y un armario adosado a la pared que contenía sus instrumentos... y perfectamente alineados en un estante todos los frascos que pudiese desear. Unos llenos pero otros completamente vacíos.

La enfermería era a su vez el camarote del médico y difícilmente podías llegar y encontrártelo vacío para poder afanar los frascos.

El galeno no tenía ayudante ni lo necesitaba. Pero ya estaba haciéndose viejo y deseaba transmitir sus conocimientos a alguien que estuviese interesado en el oficio. Como los pajes estaban para ayudar a la tripulación y este parecía dispuesto, decidió adoptarlo o por lo menos facilitarle las cosas para no espantarlo.

Ahora necesitaba un ayudante con urgencia pues en caso de ocurrirle algo no había nadie que lo sustituyese. En condiciones normales lo podía hacer el galeno de otra nao cuando iban en flotilla, pero ahora no era el caso. Decidió tratar al muchacho con extrema amabilidad.

Esteban lavó las vendas y después de aplicarle una sustancia que el barbero le ofreció las dejó secar al sol. Posteriormente hizo lo mismo con los frascos y después de dejarlos escurrir los depositó cuidadosamente en uno de los estantes del armario. Aquello era maravilloso pensó Esteban. Habían frascos rellenos de líquidos de varios colores en un estante y en el de abajo una auténtica colección de frascos vacíos, suponía que prestos a ser rellenados de nuevo.

-¿Para qué sirven? - preguntó mientras señalaba el repertorio y cuando finalmente se encontraron solos.

El galeno comenzó su lección magistral.

-Esta es para la tos, esta para las flemas... para el mal de barriga y estas otras para el mal de encías - le respondió mientras señalaba cada una de ellas.

-¿Para el mal de muelas?

El hombre denegó con la cabeza.

-Para cuando las encías crecen tanto que llegan a cubrir los dientes y te impiden comer.

-¿Entonces qué ocurre?

-Simplemente te mueres... - sentenció a la vez que levantaba los hombros y se asombraba de la candidez del muchacho.

-Los frascos vacíos... ¿para qué los guardas?

-Simplemente para rellenarlos de nuevos cuando tenga ocasión. Ese es el motivo por el que los guardo con tanto afán.

-¿Cómo?

-Cuando lleguemos a tierra lo sabrás. Hay que buscar hierbas, secarlas y luego cocerlas para extraer sus sustancias medicinales. Posteriormente se guardan en los frascos hasta que las necesites. Lo difícil es saber para qué sirve cada hierba - se anticipó antes de que el muchacho se lo preguntase - pero en este cuaderno - le mostró uno roído por todos sus bordes de tanto usarlo - están todos mis conocimientos y desde luego puedes ojearlo y leerlo cuando quieras. Si es que sabes leer... - Esteban asintió únicamente con la cabeza pues no quería interrumpirlo y el hombre sonrió satisfecho ya que

la mayoría de los pajes no sabían hacerlo.

Ahora estaba seguro que había topado con el ayudante perfecto.

Esteban por su parte no pudo resistir la tentación y tomó el cuaderno entre sus manos y comenzó a ojearlo. Allí había infinidad de nombres en latín de diversas hierbas, acompañadas mayoritariamente con unos dibujos que representaban los tallos, las hojas, las flores e incluso sus frutos si los tenía. Seguido por un minucioso detalle de sus propiedades y forma de prepararla.

Algunas las reconocían pero no las había vuelto a ver desde que salieron de Europa y en esas condiciones difícilmente podrían renovar sus existencias.

-¿Dónde encontrarlas? – inquirió el muchacho, aunque el galeno ya comenzaba a conocerlo y trataba de intuir las.

-Eso es más difícil. Normalmente se crían en el viejo continente, pero en ocasiones también se pueden localizar en otros lugares o ser sustituidas por otras similares que produzcan el mismo efecto. Y no me preguntes como se reconocen – se anticipó a su pregunta sonriendo y satisfecho de que el muchacho fuese tan curioso – pues eso solo se consigue aprovechando las oportunidades y consultando a los médicos de aquí.

-¿Aquí hay médicos?

-No exactamente pero si brujos, hechiceros, chamanes y en último lugar a los más viejos del lugar que en definitiva son los que atesoran la sabiduría.

El toque de la campana de bitácora advirtió a Esteban que tenía otras obligaciones y se despidió hasta el día siguiente, no sin antes depositar un par de los frascos en los bolsillos de su jubón en un momento de descuido de su interlocutor.

Esa noche, después de la cena y mientras unos cantaban canciones nostálgicas de su tierra, jugaban a las cartas o a los dados o bebían a pequeños sorbos las sobras de la ración diaria de vino el muchacho se dirigió a su escondite, escogió dos de las numerosas cartas que tenía escritas y las metió dentro de sendos frascos para lacrarlos inmediatamente. Posteriormente en la tranquilidad de la noche las echó al mar rezando para que alguien las recogiese y las hiciese llegar a su destino.

Después se acostó en lo más recóndito de la bodega, soportando estoicamente el olor putrefacto que allí se respiraba hasta que se acostumbró, y al tránsito constante de toda clase de bichos a su alrededor. No era precisamente el mejor sitio para su propósito, pero necesitaba sobre todo intimidad, y solo allí podía encontrarla.

Esa noche soñó con su amada. La tenía a su lado y estaban haciendo el amor. ¡La primera vez que lo hacía con ella! Luego se durmió. A la mañana siguiente apenas recordaba nada de sus sueños, pero lo cierto es que el jubón estaba manchado en cierta parte y no era precisamente de orina.

XXXXX  
XXX  
X



El catorce de julio estuvimos prácticamente detenidos pues no corrió ni una brizna de viento.

La tripulación comenzó a inquietarse. El agua ya no se repartía con la prodigalidad de antes y la comida comenzaba a escasear en cantidad, ya que la calidad hacía tiempo que no existía, solo una marmita por barba y no se admitían reenganches.

Por suerte el quince y el dieciséis sopló del éste y pudieron navegar rumbo oeste un cuarto noroeste y después noroeste, llegando a la latitud de 11° 30'. Por lo menos nos habíamos movido y la moral aumentó un tanto.

Ese día acudió un hombre a la consulta del barbero cirujano, en donde Esteban ya se había instalado, como si estuviese en su casa, apenas tenía un momento libre. Tenía las encías tan crecidas que le tapaban completamente los dientes.

-Mal de encías – me dijo por lo bajo Vázquez, el cirujano.

Este Vázquez era un cadiseño gracioso y de mucho hablar. A falta de anestésico eficiente entretenía a sus pacientes contándoles historias graciosas para que no cayesen en la cuenta de lo que les estaba haciendo.

-¡Vaya! Esto no parece tener buen aspecto, pero has tenido suerte pues precisa de una operación que ya hice hace tiempo y no carezco de experiencia. – le dijo entre grandes risotadas y tono de chanza.- De lo que hay solución no debes preocuparte. ¡Tomate esto;

Le dijo mientras le pasaba uno de los frascos. El hombre lo tomó sin rechistar y de un solo trago.

-¡Ahora esto! – le entregó un segundo bebedizo - ¡La suerte que has tenido! ¡Ladrón! pero no me hagas propaganda de lo que te he dado, que mañana no me quite a toda la tripulación de encima.

-¿Qué le has dado? – pregunto por lo bajo Esteban.

-Solo un cuartillo de vino. ¡Pero del bueno! Para reforzar la acción del jarabe. Pues como tiene la boca, no creo sea suficiente.- respondió por lo bajini, para posteriormente dirigirse al paciente en un tono más alto - ¡Vamos a ver!... Eso lo dicen los ciegos – volvió a reír de su propia ocurrencia – Ahora ábreme la boca, pero antes júrame que no intentarás mordirme – nuevas risas.

El pobre hombre reía por no llorar. Mientras el barbero le metió en su boca un trozo de madera para evitar que pudiese cerrarla, pero era tal el dolor que le producía el simple contacto que no tardó en expulsarla de su boca. No pareció importarle demasiado a Vázquez que obviando aparentemente lo ocurrido, comenzó a cortar las encías con una afilada navaja, que de tanto ponerla en la muela de afilar, estaba reducida a la mínima expresión.

Esteban tuvo que hacer de tripas corazón para poder soportar el espectáculo y el paciente seguro que hubiese preferido, de darle la ocasión de elegir, estar en esos momentos ante el verdugo de la Santa Inquisición haciéndole mil perrerías, que soportar la operación. Las lágrimas bañaban sus mejillas y los gritos de dolor se escuchaban en toda la nao. Por suerte para todos, el pobre hombre finalmente se desmayó.

-Ahora sí que podremos hacer un buen trabajo. Esto es lo que estaba esperando – insinuó Vázquez.

Le quitó por lo menos un dedo de encías para lograr volver a ver sus dientes. Luego le metió unas gasas en la boca para tratar de parrar la hemorragia,

-Cuando estén empapadas – le dijo al muchacho – se las cambias por otras y cuando dentro de una hora o dos, si ves que no sangra, que alguien lo lleve a su camastro.

El galeno se dedicó a atender otros casos, aunque algunos de los que estaban presentes sigilosamente fueron desapareciendo ofreciendo una pobre escusa.

Al día siguiente el paciente se presentó en la consulta. Parecía más muerto que vivo por el aspecto cadavérico que presentaba, debido probablemente a la pérdida de sangre y no haber comido alimento sólido alguno. Su estomago solamente contenía una sopa que alguna alma caritativa le ofreció.

Cuando volvió a abrir la boca ante un incrédulo aprendiz y un expectante cirujano, las encías ha-



bían crecido de nuevo y vuelto a tapar los dientes. Pero ahora no ofrecían el aspecto sonrosado con algún que otro tinte amarillento, sino que solo eran una masa negra putrefacta.

-Tendremos que repetir la operación – sentencio Vázquez, mientras comenzaba a preparar los instrumentos.

El hombre asintió con la cabeza a la vez que, por señas, pedía permiso para antes evacuar parte del contenido de su cuerpo no fuera hacerlo en plena operación.

Vázquez se lo concedió complacido, pues no esperaba tanta voluntariedad para soportar una segunda operación e incluso tenía preparado un par de hombre para que lo sujetasen si fuese necesario.

En su camino hacia la borda mil cosas debieron pasar por su cerebro, aunque decidió rápidamente. Se agachó para recoger una de las bombas de uno de los cañones, que siempre estaba a mano, y asíéndola fuertemente contra su pecho se lanzó por la borda.

Esteban no pudo evitar lanzar un grito de espanto al contemplar la escena, mientras que Vázquez se limitó a santiguarse.

El día 25, cuando midieron el sol, la latitud sur era únicamente de 41'. Prácticamente ya había llegado al ecuador. Al mediodía siguiente volvieron a repetir la operación y el sol marcó 20' pero esta vez de latitud norte. Habían atravesado la invisible frontera de la línea equinoccial durante la noche.

Continuaron con rumbo noroeste y el treinta y uno de julio ya se encontraban a 4º 28'. Pero la noche anterior ocurrió un hecho que iba a trastocar la expedición. La muerte del Capitán General Loaisa.

XXXXXX  
XXX  
X



La alimentación en las naos de aquella época era muy compleja y tal vez por ello se tenía muy en cuenta no solo el almacenaje y conservación de los alimentos, sino además las raciones necesarias para una larga singladura y la forma de condimentarlas.

En esta expedición en concreto se tenía orden de tomar nota minuciosa de todos los alimentos consumidos y de los lugares en que se podía repostar durante la ruta, pues se tenía la intención de regresar siguiendo el mismo camino, como si ello fuese la cosa más fácil del mundo, y de esa forma saber lo que iban a consumir en el regreso y donde se podía repostar para no parecer ninguna carestías.

Todo ello sobre el papel era un plan perfecto, pero en la práctica resultaba una utopía. Todos coincidían que quien lo había propuesto no tenía ni idea de navegación. Dicho plan incluso iba más lejos, pues se pretendía dejar gente en cada isla descubierta para que aprendiesen el idioma de los naturales y mientras, se dedicasen a acumular alimentos, para ser recogidos, tanto ellos como la carga, durante el viaje de regreso.

En toda nave existía una persona, el dispensero, que se encargaba de controlar los alimentos y otra, el aguacil, que distribuía el agua.

Cierto es que los robos en las épocas de carestía existían, pero eran tan duramente reprimidos que al final resultaban anecdóticos. Con esa crueldad que a algunos puede parecer excesiva lo único que se pretendía era asegurar la supervivencia de todos y que la nave no se convirtiese en una jungla.

Hambre, lo que se dice hambre, no se pasaba. Ya que la suficiencia calórica para poder llevar a cabo los esfuerzos que el manejo de una nave de esas características precisaba, estaban generalmente garantizados. Pero si hablamos de un desequilibrio nutricional ese es otro cantar.

Habían casos como el que nos ocupa en estos momentos, escorbuto, principalmente porque el viaje se alargaba en más de lo previsto y esos síntomas se evidenciaba.

Al principio del viaje todo fue bonito y la comida sana y abundante. Pero cuando se consumieron los productos frescos, como frutas y verduras el menú se torno monótono y comenzaron los problemas.-

La comida del mediodía era la principal, la más abundante y por supuesto la mas calórica. Aparte de que se podía servir caliente y el estomago, por lo menos en épocas fría, lo agradecía. Pero no siempre se daban las condiciones atmosféricas que lo permitieran.

No se autorizaba hacer fuego cuando se encontraban inmersos en una tormenta y la leña no solía durar eternamente, pues cargarla en exceso no era una prioridad, ya que el espacio disponible en la bodega estaba destinado a los alimentos y la carga. El desayuno se comía frío y la cena otro tanto. Cualquier alimento generalmente galletas y queso se engullía alrededor de un candil si no se hacía a oscuras.

Los oficiales tenían unos pequeños privilegios, como la de tomar un vino de mejor calidad, comer bizcochos blancos o pescado en salazón un poco más selecto para la época ya que comían bonito en vez de atún. Pero también era cierto que cuando la comida escaseaba se terminaban todos los privilegios.

De lo que todos estaban seguros, aunque ignorasen exactamente el motivo, era que cuando pasaba un tiempo prudencial, desde la última toma de productos fresco, llegaban los problemas. Comenzaban a aparecer los primeros síntomas del escorbuto, una enfermedad típica de los hombres del mar provocado por la carencia de la vitamina C, pero naturalmente ellos eso no lo sabían.

Esos mismos problemas se repitieron en más gente, aunque con una intensidad más benigna, lo que hizo que algunos, a base de cuidados, lograran salvarse.

Según Urdaneta los síntomas de la enfermedad, aparte la hinchazón de las encías era un cierto dolor de pecho. Y lo describe así en su diario.

“Murió de crecerle las encías en tanta cantidad que no podía comer ninguna cosa y mas (además) un dolor de pecho”

Esteban no creía que el dolor de pecho tuviese que ver algo con el escorbuto pero si la pérdida de los dientes, que pudo comprobar un día cuando el paciente, para evitar que el cirujano metiese mano en su boca, agitó la cabeza tan violentamente que los dientes salían de su boca de dos en dos.

El dolor de pecho era, más que un síntoma del escorbuto, el de un infarto o más concretamente las secuelas de la enfermedad que llevaban latente algunos miembros de la nave desde la famosa ingesta de la picuda en la isla de San Mateo.

Esa y no otra fue la causa de la muerte de Loaisa y de algunos que le siguieron. Pero cuando se tiene una epidemia, si se le puede llamar así a esa enfermedad, es más fácil atribuir cada muerte a ella que a una situación vivida varios meses antes y que todos parecían haber olvidado.

Eso es por lo menos lo que le contó el barbero cirujano Vázquez a Esteban, tras la muerte del Capitán General.

-A muerto de cualquier cosa menos de escorbuto, pero como no sé el motivo diremos que por el mal de encías y sanseacabó. – le confesó mientras apuraba los restos de una botella de buen vino que encontró en la cámara de Loaisa mientras lo atendía.

-Por cierto. ¡Enseñame la boca!

-¿Pasa algo? – preguntó el muchacho mientras la abría desmesuradamente.

-Creo que no... ¿Notas algo en las encías?

-En ocasiones como si las tuviera dormidas... no sé exactamente. Es como una sensación un poco rara.

-Entonces más vale prevenir que curar. Toma esto...

De un tarro cogió el médico una pequeña porción en una cucharilla y se la ofreció depositando su contenido sobre la lengua del muchacho, luego tomó otro tanto y lo metió en la suya. Saboreándolo lentamente.

A Esteban le pareció una mermelada, porque estaba dulce, aunque no pudo identificar la fruta de la que estaba hecha.

-Es mermelada de membrillo. Según dicen los expertos previene el escorbuto. Magallanes solía tomar una pequeña porción cada día y en sus múltiples viajes nunca contrajo esa enfermedad.

-¿Entonces porque no la ofrecemos al resto de la tripulación?

-Lo propuse pero no me hicieron caso. Esto es cosa mía y para mi uso personal. La comparto contigo porque me caes bien, pero por desgracia no tengo la cantidad suficiente como para ir proporcionándola a todos. Se terminaría inmediatamente y no serviría a ninguno. Yo solo tomo una dosis cada semana cuando debía hacerlo diariamente...

XXXXX

XXX

X

Según un mandamiento secreto de Su Majestad, quien tenía que sustituirlo en el cargo al Capitán General, era Elcano que por entonces también se encontraba ya enfermo, con toda seguridad por la misma enfermedad, ya que parecía los mismos síntomas que su antecesor.

Poco podía hacer el piloto en las condiciones que se encontraba, salvo cubrir las vacantes, que con tantas muertes se habían producido, y dejarlo todo lo mejor atado que fuese posible.

Al primero que nombró fue a un sobrino del mismo Loaisa como contador general; a su hermano Martín Pérez de Elcano lo nombró piloto y a Hernando de Bustamante, contador de la nao. Ya que estaba vacante desde la muerte de su antecesor Iñigo Cortes de Perea.

El día uno de agosto navegaron al noroeste hasta la posición de 5° 16' latitud norte. El dos siguieron el mismo rumbo hasta los 6° 45'. El tres fueron claramente hacia el oeste y el cuatro volvieron a dirigir su proa hacia el noroeste.

Después de los nombramientos efectuados para cubrir los cargos vacantes y durante los días sucesivos, Elcano cayó en un estado de semiinconsciencia, provocado probablemente por los remedios que intentaba darle Vázquez para mitigar en lo posible el dolor que parecía. Ese día cuatro finalmente falleció. El barbero tampoco quiso en este caso complicarse la vida y acusó de nuevo al escorbuto de tan lamentable pérdida.

Para colmo de desgracia, el sobrino de Loaisa, recientemente elevado al cargo de Contador General, no quiso quedarse solo y cargar con toda la responsabilidad, motivo por el cual decidió acompañar a su tío en su largo viaje.

El problema era para los que quedaban, ya que entre muertes, pérdidas y desertiones los eslabones de la cadena de sucesión, inicialmente propuesta por el mismo emperador, se rompieron por tantos lugares que era imposible repararla.

Al no existir ya nadie relevante a bordo y para evitar cualquier conflicto de intereses, decidieron otorgar el mando de Capitán General a la persona que la mayoría prefiriese, pues al fin y al cabo así estaba dispuesto en las disposiciones de su Majestad.

Realizaron la oportuna votación y salió elegido Toribio Alonso de Salazar, un hidalgo montañés, que comenzó por arrojarse con gente afín a su causa.

A ese efecto nombró a Martín Iñiguez de Carquizano, contador general, y para sustituirlo en su cargo de aguacil mayor a Gonzalo del Campo. La cadena de muertes continuaba y el siguiente en la lista, que solo Dios sabía pero se le veía venir, fue el tesorero de la nao que a su vez lo substituyó Gutiérrez de Tuñón.

Lo raro de todo esto es que Toribio Alonso de Salazar, elegido por sufragio universal Capitán General, estaba accidentalmente en la nao Victoria. Su cargo original fue como contador de la carabela San Lesme hasta la llegada al estrecho de Magallanes en donde pasó a la nao capitana para poder controlarlo mejor, ya que Loaisa tenía noticias de que quería alzarse contra Hoces, para desertar y llevar la nave a Castilla como con anterioridad lo hicieron, Acuña y Vera, capitanes respectivos de las San Gabriel y Anunciada.

¿Lo votaron para terminar con esta desventurada expedición?

Posiblemente, pero el punto de no retorno, el estrecho, hacía tiempo que lo habían pasado y volver atrás, en las condiciones en que se encontraban, era una locura superior a continuar hasta su destino del que estaban más cerca que nunca.

A pesar de que Elcano era el piloto mayor, el encargado de marcar la ruta a seguir, el que decidía al fin y al cabo era Loaisa que por otra parte tenía su criterio particular. Este era un personaje muy conservador y prefería ir a lo seguro, por ese motivo decidió seguir la ruta de Magallanes e ir en busca de la isla de los Ladrones

Elcano por su parte hubiese preferido seguir una ruta más directa, que una vez vistos los problemas surgidos posteriormente, posiblemente fuera la más acertada. Pero cuando pudo decidir ya era demasiado tarde pues se encontraba gravemente enfermo y su mando efectivo apenas duró unos

días.

Si observamos un mapa actual veremos que la ruta seguida por Magallanes y Loaisa hasta la isla de los Ladrones es un amplio pasillo, sin ninguna otra isla y que si siguieron es por verse favorecido tanto por el viento como por las corrientes. El problema lo tuvieron cuando siguieron la ruta norte – sur en busca de las Molucas.

Sin embargo la ruta más al sur que pretendía seguir Elcano, posiblemente no estuviese tan beneficiada por vientos y corrientes, pero está plagado de numerosos archipiélagos, todos ellos dentro del área de influencia española y que le hubiesen proporcionado comida fresca durante el viaje.

Claro está que ante la inmensidad del Pacífico hubiesen podido pasar entre ellos sin darse cuenta, cosa bastante improbable pues los marinos de aquella época, sin instrumentos adecuados, “olían” la cercanía de una isla que no estuviera en su ruta, bien fuese por la presencia de pájaros, restos de vegetación arrastrados por las corrientes e incluso por la sospechosa presencia de una nube, con ciertas características, en un lugar determinado del horizonte.

Pero en esos momentos a Alonso de Salazar solo le quedaba, como única alternativa, seguir la ruta trazada por Loaisa. Y sobre todo rezar.

El día cinco de agosto continuaron rumbo noroeste. El seis noroeste un cuarto oeste y de esta forma alcanzaron la latitud norte 8° 40'. El siete llegaron a los 9° 40' y el ocho anduvieron veintiséis leguas al noroeste un cuarto oeste y al siguiente otras treinta y siete.

Por entonces ya consideraban la posibilidad que siguiendo esa ruta, en realidad obligados por vientos y corrientes, llegarían a Cipango, el actual Japón, e incluso que se les hubiese pasado en su derrota la isla de los Ladrones.

En definitiva parecían perdidos, o en realidad ya lo estaban, en la inmensidad del océano.

Lo que para muchos era un castigo para otros, especialmente Urdaneta era una lección. Esos vientos persistentes de levante que les empujaban inmisericordemente hacia occidente eran un obstáculo infranqueable, en el caso de un hipotético tornaviaje, de regresar por esa misma ruta. Tenía claro que debía encontrar otra alternativa, y esta no podía estar en otro lugar que no fuese más al norte.

La gente estaba ya muy fatigada, principalmente por tener que mantener, las veinticuatro horas del día, en funcionamientos las bombas de achique para evitar que la nave se hundiera. Eso solo dejaba a la tripulación apenas unas pocas horas diarias de descanso.

La comida ya era escasa y mala de solemnidad. Con respecto a la carencia de agua los salvaba el hecho de no dejar pasar ningún chubasco si existía la posibilidad de recoger, con lonas, un par de barriles.

Raro era el día que trascurría sin su entierro correspondiente. En la actualidad ya no tenían la solemnidad de apenas unos días antes, cuando se realizaba una breve pero emotiva ceremonia de despedida, ya que ahora se limitaban a echar al finado a la mar con la única presencia del cura.

El día ocho de agosto el capitán y los oficiales, asesorados por Urdaneta que ya comenzaba a convertirse en un personaje importante dentro de la expedición, decidieron no navegar más hacia el norte y en derroarse al Moluco. Para ello tenían que mantenerse en la dirección oeste y en la latitud norte de los 12°.

Pero los vientos continuaban empujándoles hacia el norte y alcanzaron la latitud 13° 34' el veinte de agosto.

El veintiuno, después del mediodía se descubrió una isla hacia el norte. Todos se alegraron al tener la posibilidad de pisar tierra firme, comer algún alimento fresco que aliviara sus dolencias y si las condiciones de la isla y las mareas lo permitían hacer una reparación de urgencia en la nao para que no tragase tanta agua.

No les costó llegar hasta a tres leguas de ella, pero siendo ya por la tarde no se atrevieron a seguir pues ignoraban lo que podían encontrarse. Tomaron pues la dirección de mar adentro hasta la

segunda guardia de la noche, para posteriormente regresar para dirigirse a tierra y llegar inmediatamente después de amanecer.

El veintidós por la mañana se encontraban a menos de una legua de distancia de tierra y bautizaron a la isla con el nombre de San Bartolomé. Sondaron para hallar fondo cerca de la costa sur y no lo consiguieron. Al mediodía midieron la latitud norte 14° 02'.

La isla no parecía tener buena pinta, mirándola por su parte sur de éste a oeste tendría unas diez leguas de larga y la punta del oeste distaba de otra más al norte nueve leguas. A su alrededor el agua era de un color verde, sobre todo en una especie de laguna en su parte occidental. Abundaban los arboles y por lo tanto la posibilidad de recolectar algún fruto que les vendría muy bien. Pero pasaron toda la tarde y la noche tratando de abordarla sin conseguirlo pues las corrientes no los acompañaban.

Por otra parte al no poder fondear y asegurar su posición con las anclas, no podían esperar ya que cavia la posibilidad de ser arrastrados hacia la isla y estrellarse en sus costas.

Finalmente desistieron y acordaron seguir en dirección al Maluco y la añorada isla de los Ladrones. La posibilidad de rechazar un posible desembarco no era de extrañar, debido a que antes se tenían que valorar las ventajas e inconvenientes del mismo.

Ventajas: La posibilidad de unos días de asueto en tierra firme, hacer aguada, leña y recolectar algunos frutos frescos, bien fueran animales o vegetales.

Inconveniente: No encontrar lugar en donde fondear, como era el caso, y la posibilidad de toparse con gente hostil.

Agua, gracias a las últimas lluvia tenían suficiente y el esfuerzo de buscarla y embarcarla con el batel, estando la gente cansada como estaba, no compensaba. Comida, no en muy buen estado, también había. Y únicamente, si hubiesen conocido que la ingestión de fruta fresca era el remedio para el peor de sus males, concretamente el escorbuto, con toda seguridad hubiese desembarcado aunque fuese a sangre y fuego. Pero no lo sabían. Posiblemente algunos comenzaban a sospecharlo pero ello no era suficiente.

Ese y no otro fue el motivo de que partiesen inmediatamente. Por otra parte la nao no descansaba y continuaba haciendo agua a pasos agigantados y esa era la tarea más urgente ya que su principal temor era que ni con la ayuda de las bombas, funcionando a pleno rendimiento, pudiesen desalojar el agua embarcada y la nao terminase por hundirse irremediamente.

Durante la semana del 23 al 31 de agosto navegaron entre el oeste un cuarto suroeste y oeste. Logrando bajar de la latitud norte de 13° 40' a la 12° 27'. Los días siguientes navegaron hacia el oeste pero en ocasiones guiñando hacia el norte por culpa de los aguaceros.

Agua que continuaban cogiendo en cubierta con lonas embreadas para sustituir a la que ya comenzaba a pudrirse en los toneles, y que comenzaron a usas con mesura para lavarse.

En esos días de tranquilidad y ausencia de novedades, la consulta de Vázquez volvía a llenarse. Exceptuando el escorbuto que eran el noventa por ciento de los casos y que el galeno ya no se atrevía a extirpar radicalmente por las graves consecuencias de su última intervención y dejando que siguiese su curso. La única solución que encontró era triturar hasta la saciedad la comida, mezclarla con agua, que por suerte no faltaba, y beberla como si fuese caldo. Todo ello añadiendo unas gotas al plato de un jarabe que actuaba más como placebo que con efectividad, y que consiguieron que las mejorías aparentes igualasen por lo menos a las defunciones.

Pero lo más novedoso, por lo menos para Esteban, era cuando se presentaban casos que no tenían nada que ver con la dichosa enfermedad. Como fueron una dislocación de un miembro, que Vázquez solucionó rápidamente y de improviso, cuando el paciente todavía creía que estaba realizando los preparativos previos a la operación. De repente daba un fuerte tirón al miembro afectado y colocaba la articulación en su sitio. En esto si debía reconocer el muchacho que el barbero era un artista.

Otros casos eran los que el galeno calificaba de “constipados de vientre” y que no era otra cosa

que cagar duro y solo ir al trono de semana en semana y deponer unas bolitas insignificantes, como cagadas de cabra, que de ninguna forma justificaban lo comido.

La disentería era el caso contrario, es decir, no abandonar el trono casi las veinticuatro horas del día ante la desesperación de los que esperaban turno. Después estaba el mareo, pues aunque pareciese mentira, pues la gente ya llevaba embarcada más de un año, algunos continuaba mareándose a la más leve variación del estado del mar.

Vázquez siempre tenía a mano unas gotas de cualquiera de sus elixires para solucionar todos los problemas que se le presentaban.

Esteban se dio cuenta que el galeno ya no era tan prodigio en la dispensación de sus jarabes. Ahora dando gotas cuando antes distribuía botellines. Eso sí, con la obligación de devolver el frasco.

-En estos momentos no sé cuándo podré renovar las existencias y lo importante no es la cantidad, sino que el enfermo sepa que se le atiende y se le ofrezca un remedio para sus males. No por tomar más cantidad es más efectivo aunque el paciente crea lo contrario.

El día tres siguieron navegando hacia el oeste y el cuatro, al amanecer, se volvió a avistar tierra.

Era la parte sur de la tan esperada y añorada isla de los Ladrones, visitada por Magallanes años atrás y de infausto recuerdo por la manía de sus naturales en hacerse con el hierro ajeno. Tomaron las debidas precauciones escondiendo cuanto objeto metálico estuviese a la vista y especialmente la de no permitir el acceso a los naturales ni siquiera para el intercambio comerciales de productos que deberían de hacerse desde las canoas.

Se encontraban en la posición oeste suroeste con respecto a la isla. Amainaron la velocidad para ir sobre ella, pero cuando estaban cerca escaseo el viento y las corrientes los echaban poco a poco hacia afuera, obligándolos a bordear lo que quedaba de día y toda la noche.

Parecía que se encontraban en la misma situación que en la isla que visitaron días atrás. E incluso hubo alguien que criticó por lo bajini la incompetencia de los mandos actuales para abordar una isla. Y que todo esto, si estuviese Elcano, no pasaría.

El día cinco de septiembre bolinearon todo el día sin poder tomar la isla. Comenzaban a desesperar y la opción de abandonar la isla sin recalarla aumentaba sus opciones. Fue entonces cuando vieron acercarse una canoa con nativos, aunque uno de ellos les saludo desde lejos siguiendo la costumbre española.

Se extrañaron más que maravillaron al verlo y al comprobar que efectivamente era de ascendencia hispana lo invitaron inmediatamente para subir a bordo. El hombre en un principio se mostró remiso y no se atrevió a subir a menos que con anterioridad le ofrecieran “seguro real”.

Algo tendría que esconder para no querer caer en manos de la justicia. Pero en el lugar en que se encontraba poco había que temerla aunque sus manos, como en otros casos veremos, eran muy alargadas.

El capitán Toribio Alonso la verificó inmediatamente pues su curiosidad era mayor que los hechos que obligaban, a este ya claro español, a solicitarla.

Apenas subió a bordo, les dijo que era gallego, se llamaba Gonzalo de Vigo y procedía de la nao Trinidad al mando de Gonzalo Gómez de Espinosa. Como no podía ser de otra forma ya que no había ollado esos mares ninguna otra nave europea. No desertó cuando pasaron por esa isla la primera vez, sino posteriormente, durante el viaje de regreso a Nueva España desde el Moluco. Según les dijo, Elcano, con la nao Victoria intentó regresar a Castilla por la ruta de los portugueses y se alegró mucho cuando le confirmaron que pudo llegar con éxito. Gonzalo Gómez, por su parte, con la Trinidad, intentó lo mismo por la ruta del Darián, que está en la costa norte de las Indias de Castilla.

-La cosa no iba bien – continuo – teníamos a menudo vientos contrarios que apenas nos dejaban avanzar. Murió mucha gente y decidimos volver al Moluco. Llegamos a esta isla que es la más septentrional del archipiélago. La vida que nos esperaba allí, ante la imposibilidad de poder regresar a casa no sería muy diferente a la que podíamos sufrir o disfrutar aquí. Quedándonos nos evitábamos



un incierto periplo por el esos mares, muchos sufrimientos y la posibilidad de morir en el intento. Desertamos dos compañeros, ambos portugueses y yo. Mientras la nao Trinidad emprendía su viaje de regreso al Maluco. ¿Lo consiguieron?

-No lo sabemos – le respondió Urdaneta pues Alonso parecía absorto en sus pensamientos – Parte del objetivo de esta expedición es averiguar la verdad de lo acaecido e intentar rescatarlos si están abandonados en cualquier lugar. Como ya te hemos informado brevemente con anterioridad, Elcano si logro su objetivo llegando a Castilla, con únicamente dieciocho hombres, y después de sufrir grandes peripecias. Su regreso fue, en realidad, el génesis de esta expedición

-¡Loado sea el Señor! A fuer de seros sincero os diré que no esperaba la presencia de cristianos por estos lares, por lo menos durante el tiempo que pudiera quedarme de vida. Por eso ha sido una grata noticia, cuando esta mañana me han comunicado que una nao parecida a la que yo llegué estaba volteando la isla.

-¿Cómo has logrado sobrevivir? – inquirió Toribio que parecía salir de su ensimismamiento.

-Los indios de este lugar, que en todo caso son justos, mataron a mis dos compañeros portugueses por un par de sinrazones que cometieron y yo me salve porque era ajeno a ellas. Después me deportaron a esta isla más para librarme de las iras de los otros que como castigo.

-¿Cuáles son tus intenciones – inquirió de nuevo Toribio.

-No hay nada aquí que me retenga y os agradecería que me llevaseis con vosotros.

-Tened en cuenta que las condiciones de este viaje son idénticas a las que no quisisteis afrontar con la Trinidad...

-Un año con vosotros es mejor que diez en este maldito agujero, aparte de que os puedo ser muy útil...

-Ya tendremos ocasión de hablar de eso con más calma- cortó Toribio – de momento indicarnos en donde podemos fondear.

Lo hicieron esa misma noche en una ensenada que sondaron a cuarenta brazas de profundidad. Y por donde habían pasado hasta tres veces por delante sin descubrirla. La sospecha de que estaban dirigidos por unos mandos ineptos cundió de nuevo en buena parte de la tripulación

-Los indios son malos – les dijo el de Vigo en la velada que tuvieron después de una frugal cena y ante la presencia de los mandos y todo tripulante que estaba libre de servicio y quiso escucharlo – andan desnudos, sin llevar siquiera un diminuto taparrabos. Entre ellos son bien dispuestos, de cabellos largos y barba cumplida. Veneran a sus muertos pues cuando sucumbe un personaje importante lo entierran y pasado cierto tiempo desentierran sus huesos para adorarlos como si fueran los de un Dios. Hay muchas tribus y cada pueblo tiene un rey. Hacen continuamente la guerra entre ellos por cualquier nimiedad y sus armas son de pedernal. Ese es el motivo de tenerle tanta pasión al hierro que no poseen. De todas formas carecen de medios para trabajarlo y el poco que consiguen lo emplean en su forma original. Por ese motivo, ¡hasta para labrar la tierra emplean instrumentos de piedra! Sus armas principales son las hondas y unos palos largos que rematan en punta de forma semejante al pico de un pájaro o al espolón de un barco, También casquillos hechos con las carrilladas de sus enemigos y huesos de pescados. Nada que un buen arcabuzazo no pueda remediar. De haber tenido uno aquí me hubiese convertido en el rey de todos ellos.

-¿Podemos avituallarnos aquí? – le preguntó Urdaneta que después de este interesante preámbulo que le había permitido conocer a sus anfitriones, deseaba entrar en materia que fuese útil.

-En la isla hay agua buena en abundancia y leña. También muchas clases de frutas, mucho aceite de coco que lo hacen al sol, aparte de coger mucho pescado que los pescan con anzuelos que hacen de palo o hueso y los atan con cordeles que fabrican con la corteza de algunos árboles. A cosa de media milla de aquí hay otra isla completamente llana y muy poblada de gente.

-¿Hay animales?

Gonzalo negó con la cabeza.



-No comen carne. ¡gracias a Dios! - suspiro el de Vigo . Considerando que en el caso de que lo hiciesen posiblemente serian canibales – No hay ganado, gallinas u otros animales. Sus bastimentos, como he dicho antes, se limitan al arroz, que producen en grandes cantidades, pescados, cocos, co-  
pra y sal. Sin embargo tienen en grandes jaulas unos palominos que no consumen, ignoro por qué causas los tienen, alimentan y no los comen, pero posiblemente podamos hacernos con ellos si los cambiamos por pequeñas cantidades de hierro. Pues a cambio de ese metal son capaces de vender a sus propias madres. Ahora bien no lo ofrezcamos con prodigalidad para que continúen apreciándolo en más de lo que vale.

-¿Cuántas islas tiene este archipiélago? – preguntó Urdaneta dispuesto a tomar nota de cualquier dato de interés.

-Yo he contado hasta trece y creo que no se me escapa ninguna y deben de estar entre los doce y quince grados de latitud norte.

Los cuerpos estaban cansados y optaron en este punto dar la reunión por concluida.

El día siguiente fue el destinado para repostar. No fue necesario realizar ninguna proclama, pues a primera hora se vieron sorprendidos por una gran cantidad de canoas que rodearon la nao y subieron a bordo agua, que traían en calabazas vacías, sal, pescado, batatas, arroz, cocos, plátanos y otras frutas de la tierra alguna de ellas desconocidas para los españoles.

A cambio de ello solo querían hierro a base de clavos u otras puntas fabricadas de este metal a las que llamaban de forma genérica “Horrero” que era el nombre común para designar cualquier cosa hecha con ese metal.

También apreciaban el caparazón de las tortugas con la que fabricaban peines y anzuelos para pescar. Uno de la tripulación que guardaba una como recuerdo, recogida en una playa de San Mateo durante su estancia en esa isla, hizo negocio con ella aunque con menor beneficio pues era un producto que podían conseguir, de vez en cuando, por sus propios medios.

La mayoría de las canoas eran de una sola pieza y por lo común alcanzaban las cuatro o cinco brazas aunque las había de mayor o menor tamaño. Eran muy angostas, pues apenas tenían dos codos de anchas y un puntal que llegaba únicamente a la rodilla de un hombre.

Algunas estaban unidas con tablas, de dos en dos, para darles una mayor estabilidad. Al carecer de clavos, les agujereaban los bordes y las ataban con sogas hechas con cortezas de arboles, fortificándolas por dentro y embreándolas por fuera con una mezcla de un betún de cal con aceite, que las dejaban completamente estancas.

Las que no estaban unidas, llevaban a su lado un contrapeso de madera que tenia la forma de un atún y era tan largo como la mitad de la canoa. Lo amarraban a esta por medio de dos palos que salían de la canoa y los mantenía separados cosa de una braza. Tanto la proa como la popa eran exactamente igual y las destinadas a transitar de isla en isla portaban velas latinas hechas de esteras muy bien tejidas. Para dar la vuelta no viraban y solo cambiaban la vela de posición, pues sus extremos hacían a la vez de proa y popa cuando querían.

El día siete de septiembre, al mediodía, tomaron la latitud en la bahía en donde habían fondeado: era de trece grados norte.

La tarde del día nueve la tripulación estaba realizando los trabajos necesarios para partir tan pronto como la marea o los vientos lo permitiesen. Fue entonces cuando el capitán General, Toribio Alonso, tomó la decisión de secuestrar a una docena de aquellos indios para que les ayudasen durante el viaje en los trabajos de achique durante lo que restaba de travesía, ya que la nave hacia mucha agua y la tripulación estaba demasiado debilitada.

Ese día no hubo mucho movimiento pues todos los tratos estaban prácticamente cerrados y cuando solo quedó una canoa, con una docena de indios adosada a la nave, les invitaron a subir, para celebrar un último trato y para celebrarlo les ofrecieron el vino necesario para que se emborrachasen lo suficiente y pudieran ser retenidos sin ofrecer demasiada resistencia.

Esta era una práctica que muchos capitanes se negaban a tomar, pues predisponía a los nativos en contra de los futuros navegantes que pudiesen llegar con posterioridad, después de una larga y penosa singladura, y generalmente en condiciones únicamente de pedir ayuda y no de exigirla. Acciones como esta eran suficiente motivo para que los posteriores navegantes se sorprendieran al ser recibidos hostilmente sin saber a ciencia cierta el motivo. Y es que hay cosas que no se olvidan.

A la mañana siguiente, antes de amanecer y de que los nativos echasen en falta a sus compañeros, subieron a bordo la canoa porque podría serles útil y sobre todo para no dejar ningún rastro de su fechoría, y partieron de la isla. Lógicamente Gonzalo de Vigo los acompañaba por voluntad propia.

Se dirigieron al oeste suroeste durante dos o tres jornadas y el día trece, cuando se encontraban a 11° 18' de latitud norte, murió repentinamente y sin que nadie lo esperase, el capitán general Toribio Alonso de Salazar.

Solo era uno más en la larga lista de fallecidos, pero otra vez quedaba la expedición descabezada y como no se llevaba bien con todos, únicamente con sus amigos, no faltó quien asegurase que podría haber sido envenenado, por no cumplir su promesa de regresar a Nueva España que hizo para ser elegido. Lo cierto es que ni el mismo Vázquez encontró una mínima causa que le pudiese ocasionar la muerte.

Como a rey muerto, rey puesto. Se nombró como capitán general a Martín Iñiguez de Carquizano, natural de la guipuzcoana villa de Elgoibar, que por entonces ejercía el cargo de contador general.

El mismo día murió Juan de Belba, piloto de la nave que fue sustituido por Iñigo de Lorriaga.

Los días siguientes navegaron con dirección suroeste un cuarto oeste, llegando hasta los siete grados de latitud norte el diecisiete de septiembre. Pero esa misma noche tuvieron un aguacero que les obligo, otra vez, a navegar hacia el norte y después de medianoche cambiar a noroeste, porque el viento les impedía tomar otro rumbo.

Al día siguiente volvieron al suroeste para desandar lo recorrido indebidamente y por obligación la noche anterior. Los días sucesivos trapichearon al viento cuanto pudieron, yendo unas veces al suroeste y otras al noroeste. Simplemente porque les impedía avanzar claramente hacia su destino.

Gonzalo de Vigo actuaba de traductor de los indios presos, tratándoles de convencer, para que colaborasen, indicándoles que su situación era transitoria y si colaboraban en el viaje de ida, los dejarían en su isla cuando regresasen. El mismo sabía que su promesa nunca se cumpliría, pues el regreso por el pacífico era imposible, pero actuaba como hombre bueno para evitar males mayores.

Urdaneta, que por el continuo y necesario cambio de capitanes, algunos de ellos no suficientemente preparados para el cargo que desempeñaban, se estaba, a pesar de su juventud, haciéndose cargo de la dirección de la nave lanzando consejos, que ante su sorpresa, en la mayoría de las ocasiones eran aceptados.

Esas continuas rachas de viento que sin desearlo les empujaba hacia el norte, Urdaneta estaba seguro, que en algún momento virarían hacia oriente, lanzándolos sobre las costas americanas.

Era sin duda la ruta idónea para los que algunos comenzaban a llamar tornaviaje. Y consistía en ir mucho más al norte que lo habían hecho otros. El único problema era que eso alargaba el viaje en muchas leguas pero él estaba convencido que finalmente se haría en mucho menos tiempo.

De momento lo único que le interesaba era navegar hasta el sur y eso parecía una misión imposible. Tal vez en este caso el problema era haber realizado la singladura demasiado al norte, para beneficiarse de las corrientes y los vientos, y no haberlo intentado por una latitud más al sur. Incluso sin tener la necesidad de atravesar el ecuador, para posteriormente evitarse el problema que ahora estaban sufriendo.

De momento todo eran notas que tomaba para posteriormente estudiarlas y poder sacar conclusiones.

Lo cierto es que durante el último mes solo había navegado una distancia indeterminada en di-

rección oeste, en zigzag, y sin poder bajar en ningún momento de los cinco grados de latitud norte. Urdaneta, en el mucho tiempo que disponía libre, trataba de sonsacar a Gonzalo de Vigo las dificultades que tuvieron durante su tornaviaje con la Trinidad en la expedición dirigida inicialmente por Magallanes.

Le contó las tempestades que sufrieron así como los continuos vientos contrarios que impedían su avance. Pero ignoraba las medidas tomadas en su momento para evitarlas, pues no eran de su incumbencia.

-Posiblemente erramos en la fecha de salida. ¿Pero cuál es la buena?- continuó diciéndole - No sé. Todo esto es demasiado complejo e intervienen muchos factores.

Urdaneta sin embargo continuaba tomando nota. Gonzalo ya no recordaba exactamente la fecha de salida de aquella expedición, pero era un dato importante y se comprometió a averiguarlo, si encontraba más supervivientes, cuando llegasen al Moluco.

Esteban por su parte ya había cumplido los catorce años e iba camino de los quince. Su cuerpo comenzaba a pedirle guerra y como no tenía con quien, se desfogaba en los breves momentos de intimidad que disfrutaba como cualquier hijo de vecino a su alrededor.

¡Quien tuviese en esos momentos a la muchacha de color ébano que tuvo entre sus brazos en la Gomera y no supo sacarle punta a su miembro.¡

Consideraba a Lucia, la futura Marquesa de las Dunas, como foco receptor de todas sus fantasías sexuales. El problema es que no esperaba volver a verla y tampoco quería morir virgen y sin tener descendencia.

Ante la perspectiva de no poder regresar, pues la nao ya no se aguantaba ni con alfileres, ya se conformaban con llegar vivos a las Molucas y no dar con sus huesos en el fondo del océano. No tendrían más remedio que vivir y morir, en cualquiera de las tierras con que se toparan y su única posibilidad era amancebarse con una nativa, ya que no concebía la posibilidad de casarse con una atea o como mucho pagana.

El único que podía asesorarle en este aspecto era Gonzalo de Vigo y sobre él dirigió todos sus tiros, cuando Urdaneta decidió dejarlo tranquilo, al considerar que ya le había exprimido todo cuanto sabía y el precisaba conocer.

Le entró de forma sibilina como solo él sabía manejarse y lo interrogó sobre ese aspecto, pues cinco años en común con mujeres de otra raza y en un lugar exótico daban para mucho.

-No me case porque el matrimonio, tal como lo conocemos nosotros por lo menos en el archipiélago en el que me tocó vivir, no existe. Cada uno se acuesta con quien le apetece, siempre contando con el consentimiento de la mujer, aunque si el que lo intenta es un personaje principal ese requisito no es imprescindible. Después si os entendéis y la pareja te resulta agradable la puedes mantener el tiempo que desees, siempre respetando los condicionantes antes dichas. Yo he de reconocer que por mi peculiaridad física he gozado de ciertos privilegios, pues ninguna a las que le he propuesto la unión física me ha rechazado.

-¿Has tenido hijos?

-Si he de serte sincero, lo ignoro. Pero si hubieses tenido la oportunidad de fijarte en algunos de los niños, menores de cuatro años, que campan a sus anchas en el poblado en donde habitaba verías que lucen rasgos que no son los característicos de esa raza. Y yo personalmente he podido comprobar que en su día cohabitó con sus respectivas madres.

-¿Y los has dejado allí?

-Mejor que en ese lugar no estarán en ningún sitio de este mundo. Aparte de que al no criarlos personalmente no forman parte de tu círculo más íntimo y no les coges cariño. Pero no me cabe la menor duda que portan parte de mis genes.

Esteban comprendió, después de escuchar estas palabras, que la vida continua estás en donde estás. Y que tenía un alto grado de posibilidades de no irse de este mundo sin haber gozado antes

con una hembra y dejando la debida descendencia.

El día dos de octubre, al salir el sol, vieron tierra a unas doce leguas hacia el oeste. Pero no pudieron acercarse ya que el mar estaba en calma y decidieron esperar. Pero les sorprendieron unos aguaceros que soplaban del sur y los lanzaron al norte como si fuesen una marioneta y perdieron de vista la isla.

Las jornadas siguientes también fueron de calma hasta que algún agujero los lanzase a cualquier parte, menas, tal vez por la acción del diablo, a la que querían ir.

Finalmente el día seis entró de nuevo el viento del noroeste, el que ansiaban, y pudieron dirigirse hacia el suroeste, en dirección, y para encontrar de nuevo, la tierra que vieron unos días antes.

Se acercaron pero no encontraron fondo para surgir, por lo que la inspeccionaron navegando a lo largo de su costa hasta que encontraron una bahía que se internaba unas cuatro o cinco leguas tierra adentro. Entraron en la laguna y encontraron fondo a cuarenta brazas alrededor de una isla que existía en su interior. Al día siguiente fueron a tierra con el batel para ver: que territorio era ese, si había gente allí y si existía un mejor fondeadero más cercano a la costa.

Lo encontraron, aparte de un inmejorable lugar en donde poder hacer aguada.

El día ocho levaron anclas y dirigieron la nave hasta el final de la bahía. Como ya habían avisado los del batel, fondearon a cincuenta brazas, porque era bastante profunda y a escasamente un cuarto de legua desembocaba un río en donde hacer agua.

Estando allí se acercó el rey de una aldea cercana con varios acompañantes.

Se mostraron pacíficos y cambiaron varias gallinas por algunos abalorios. Lo que más motivó a los navegantes era que los nativos lucían sortijas y pendientes que parecían de oro y pesaban por lo menos un ducado y medio.

Estaban dispuestos a canjearlas por cualquier cosa pero el capitán, no sabemos si con buen criterio pero si a disgusto de su tripulación, no lo consintió ni quiso hacer mención de la palabra oro para que no creyesen que era de nuestro interés. Tal vez con las perspectivas puestas en transacciones más importantes. Visto lo cual los indígenas se retiraron.

Al día siguiente, nueve de octubre, por la mañana el batel fue de nuevo a tierra. Gonzalo de Vigo los acompañaba como intérprete ya que conocía algo de la lengua malaya.

Solo trataban de trabar amistad con el rey como base de futuras operaciones, y este a su vez les ofreció alimentos. Fue entonces cuando se presentó otro personaje malayo que los confundió con portugueses, y advirtió al rey que no hiciese tratos con ellos, que no les diese nada ni tomase amistad con ellos, pues los conocía muy bien, eran mala gente y a la mínima oportunidad que tuviesen los engañaría y matarían.

Apenas tuvieron conocimiento de esta noticia los nativos huyeron como alma que lleva el diablo, sin dar oportunidad a los españoles para defenderse de tales infamias. No tuvieron más remedio que regresar con el batel, y de vacío, a la nave.

Los esclavos que capturaron en la isla de los ladrones para achicar el agua que entraba en la nave fueron tratados con respeto visto el excelente papel que les hacía. Estaban bien alimentados y aunque en un principio les pusieron un grillete en uno de sus pies para mantenerlos confinados en la bodega antes de partir de su isla y posteriormente para tenerlos controlados durante las horas de sueño, lo cierto es que por su buen comportamiento, debido a la promesa que les hizo Gonzalo de Vigo, de reintegrarlos a su isla en el viaje de vuelta y su buen hacer en el trabajo encomendado hizo que esa norma se relajase. Ya en alta mar el capitán Martín Iñiguez quiso librarles de sus grilletes pero los nativos no lo consintieron pues eran de hierro y los consideraban de su propiedad como una compensación al trabajo que estaban realizando. Gonzalo de Vigo reconoció entonces que efectivamente así se lo había comunicado a ellos como justificación de habérselos puesto.

El capitán se limitó a alzar los hombros pues ya parecía no sorprenderse de nada, pero al observar que algunos presentaban heridas en los tobillos, hizo que Vázquez se las curada y vendara para evitar

complicaciones y a Gonzalo que les ofreciera una llave para que se los quitaran cuando quisiesen y se desentendió del tema.

Por ese motivo fue una sorpresa para los españoles cuando al amanecer de día diez, comprobaron que los once esclavos que tomaron en la isla de los Ladrones, y que parecían integrados en la tripulación, habían desaparecido.

Ni que decir tiene que los hispanos se levantaron cabreados ese día. No solo se encontraban en un lugar en que los nativos, cubiertos de oro, no querían saber nada de ellos, negándoles incluso la comida, sino que también los onces hombres que realizaban la labor más dura de la nao en esos momentos habían desertado.

Lo hicieron en su propia canoa, que los españoles recogieron en su día para no dejar huella de su fechoría y realizar, en el futuro, trabajos de inspección en las costas desconocidas que sin duda iban a visitar y en donde no era recomendable exponer al batel. Paradójicamente no se llevaron nada que no considerasen de su propiedad ya que solo desaparecieron: los grilletes, el candado y la cadena que lo mantenía unidos cuando los encerraron en la bodega.

Llenos de ira y para vengarse de todos los infortunios acaecidos el último día, botaron el batel para intentar ir en busca de los fugados y arramblar con todo lo que encontrasen por delante antes de irse. Lógicamente no los hallaron pues parecía que la tierra se los había tragado. Lo único que consiguieron fue capturar a un indio, que portaba un cerdo, y que casualmente pasaba por allí. Lo llevaron a bordo. Se encontraban entonces a 8° 4' de latitud norte.

Por el indio capturado supieron que a la isla la llamaban unos: Polo y otros Vendenao (la actual Mindanao) y que el puerto en que se encontraban lo llamaban Vizaya. (posiblemente la actual Bahía de Lianga)

Sus habitantes eran cafres idolatras, cuyos ídolos los hacían de madera y los pintaba lo mejor que podía su rey. Siempre estaban en guerra con sus vecinos Sin embargo la gente vestía bastante bien con paños de algodón, seda o raso de China, por lo menos los pudientes. Siempre andaban armados de azagayas o lanzas arrojadizas en las manos; alfanjes y puñales en la cintura y escudos para protegerse. En definitiva eran gente muy belicosa y traicionera.

Prueba de ello es que en unos de los viajes a tierra que hicieron, les atacaron e intentaron tomarles el batel, pero los castellanos que estaban sobre avisados no lo consintieron y pudieron salir indemnes de la escaramuza

En otras ocasiones fueron con canoas de remos hasta la nao con intención de cortar las amarras, pero un tiro bien pegado en el momento oportuno fue suficiente para que huyesen.

Tiempo después supieron que llegaron a la isla que posteriormente llamaron Mindanao y pertenecía a un archipiélago que posteriormente rebautizaron con el nombre de Filipinas en honor del entonces rey de las Españas. En esos momentos recibía ese archipiélago el nombre de San Lázaro, bautizada así por Magallanes, porque llegaron al lugar medio muertos, después de su travesía del Pacífico, y allí pudieron renacer.

El indio que capturaron junto con su cerdo, al que ya habían dado debida cuenta, también les dijo que en la parte occidental de esa isla había mucho oro, que lo sacaban de debajo de la tierra y que anualmente llegaban unos juncos, que era como se llamaban las naos que llegaban de China, a Verenao para comprar oro y perlas. Y que también visitaban las restantes islas.

-¿Hay más islas? – preguntó Urdaneta por señas pues ni siquiera Gonzalo conocía muy bien el idioma en que les hablaba.

-Tantas como en una vida puedas contar o estrellas hay en el cielo – interpretaron que decía.

También les dijo que al oeste de esa isla habían arboles de la canela.

Parecían tener tanta riqueza que juzgaron que eran islas interesantes para ser ocupadas en nombre del rey de España, por lo que decidieron explorarlas.

El día quince salieron de ese puerto para dirigirse a otra isla que estaba en el noroeste y según les

dijo su nuevo confidente se llamaba Zebú (Cebú)

Pero estando fuera de la bahía se encontraron con vientos nornordeste que les impidieron seguir y finalmente optaron por dirigirse a las islas del Maluco directamente.

Navegaron a lo largo de la costa de Verenaio que parecía más grande de lo que habían previsto.

El día diecisiete tenían navegadas cuarenta y siete leguas desde el punto de salida en la Bahía Vizaya y observaron la latitud 5° 32' norte. Recorrieron en los días sucesivos varias islas grandes, sin contar las pequeñas, que el indio embarcado iba nombrando con su nombre al paso de la nave: Sandigar, Sarragam y otras muchas cuyo nombre ya no recordaban. Se notaba que era un buen conocedor de la zona y que tomaron una buena decisión al llevarse.

El día veinte continuaron con rumbo sur un cuarto sureste y avistaron otra isla al nornordeste. Arribaron sobre ella y cuando llegaron calmó el viento.

Apenas a una legua de distancia había otra que les pareció muy grande, pero era tal la cantidad de islas con las que se topaban y tan cercas estaban unas de otras que llegaron a creer que tenía razón su informante y que no se podrían contar en toda una vida y que a vista de pájaro se verían tantas como estrellas hay en el cielo.

El problema es que no podían fondear en donde se encontraban por falta de fondo y no se atrevían a arrimarse más a la costa por desconocerla. Enviaron al batel para buscar un lugar en donde echar el ancla y aunque lo logró no pudieron llegar a él por falta de viento.

El veintiuno estaba la nao cerca de la costa, al suroeste de la última isla y se encontraban a 3° 38' de latitud norte, por lo que se dirigieron nornordeste para fondear y les separaba en esos momentos de la isla de Terrenate (o Ternate para los portugueses) que es la más septentrional del archipiélago de las Molucas, cincuenta y cinco leguas.

La isla que estaban costeanado en esos instantes era la de Talao (Talut) y al día siguiente fondearon en su parte noroeste de la misma en donde encontraron un fondeadero de cuarenta brazas.

Allí encontraron hombres pacíficos, “de buena conversación” aunque les costaba entenderse, y trabaron amistad con su rey que también era un cafre idolatra, como en su mayoría lo era toda su gente.

No iban tan bien vestidos como los otros y se apañaban con unos taparrabos de algodón. Por lo que dedujeron que no poseían oro o que la influencia de los chinos todavía no había llegado.

Les vendieron muchos puercos, cabras, gallinas, papagayos, pescado, arroz, vino de palma y otros bastimentos, con lo que se refrescaron toda la tripulación. Al rey le dieron como agradecimiento una hermosa bandera con las armas del emperador.

Al noreste un cuarto al norte de la isla de Talao, distante unas tres leguas se encontraba la isla de Aso. El rey les informó que más al noreste existía otra con mucho oro y que la principal de la zona se llamaba Galium.

Los indios se ofrecieron a ir allí con los castellanos para guiarlos, pero en el estado en que se encontraba la nao, con mucha agua embarcada y ser demasiado grande, no se atrevieron a navegar entre islas.

Una vez llegado a este archipiélago de las islas Célebes el capitán general, Martín Iñiguez de Carquizano, realizó los últimos nombramientos que quedaban por designar y fueron: Martín García de Carquizano como tesorero general, a Diego de Solier como factor general y a Francisco de Soto como contador general.

Por otra parte aparejaron la nao y aseguraron la artillería y revisaron las armas, sencillamente porque estaban cerca del Moluco y los portugueses esperaban.

Refrescada la gente y con todo a punto, salieron de la isla de Talao el día 27 de octubre por la mañana. Pusieron rumbo al sur un cuarto sureste en busca de las islas de las especias.

Al este de la isla de Talao. A distancia de unas tres leguas, se toparon con un bajo del tamaño de una galera, en donde rompía el mar y no sabían si era de arena o piedras. Al día siguiente ya les separa quince leguas de esa isla.

El veintinueve por la mañana se avistó la isla de Batachina, que los de la expedición de Magallanes llamaron de Gilolo y llegaron a estar a tres o cuatro leguas de tierra. Pero el viento calmó y no pudieron acercarse.

Durante los días treinta y treinta y uno observaron que se encontraban a 2° 25' latitud norte y no pudieron andar nada por la calma existente. Los dos días siguientes, uno y dos de noviembre tampoco pudieron moverse por el mismo motivo.

Por la tarde se acercaron unos indios que les informaron del lugar exacto en donde se encontraban y como podían manejarse por esos lugares. Entre otras cosas les dijeron que al norte de cabo de la isla de Gilolo que tenían a la vista, existía una isla que los indios le llamaban Ravo y al este, distante unas tres leguas, otra llamada Moro. (Morotai) Separadas ambas, en la parte más cercana, por solamente media legua.

Por la noche tuvieron viento del norte y pudieron pasar por en medio de ambas islas para dirigirse al pueblo de Zamafo que estaba en la costa noreste de Gilolo, concretamente al suroeste de la isla de Morotai, y en donde les podrían dar noticias de los portugueses que se encontraban allí.

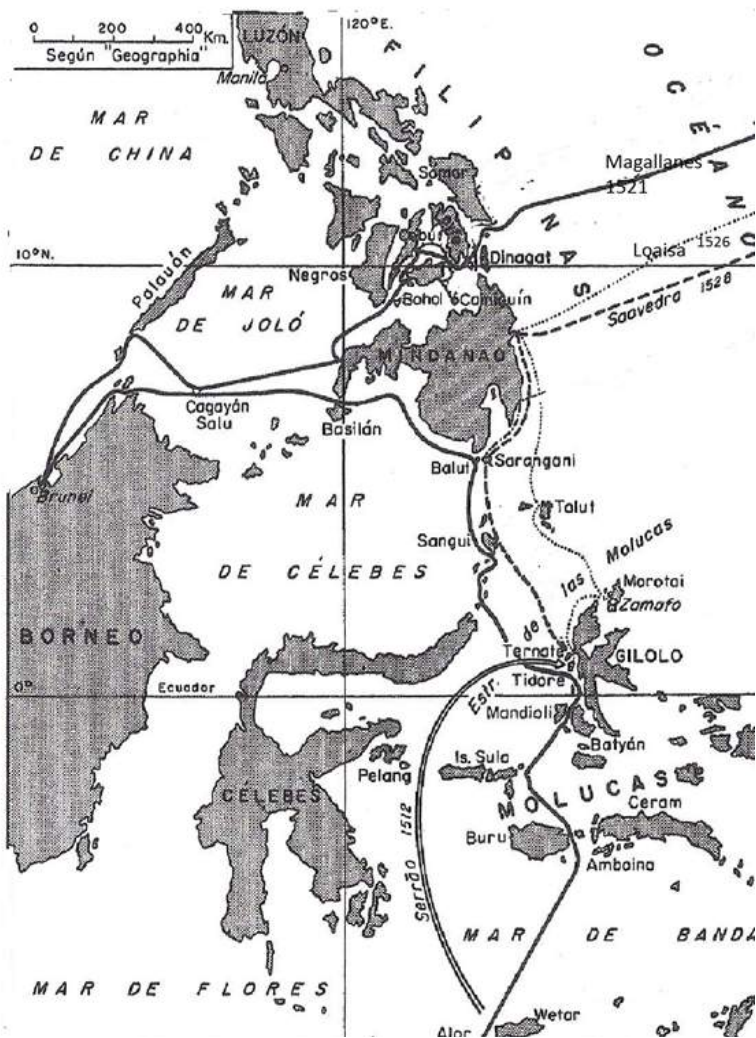
El día tres continuaron bordeando la costa y estando a tres leguas de ella y a seis de la punta sur un cuarto suroeste que daba entrada a la isla, hallaron un bajo de apenas dos brazas de profundidad que estuvo a punto de embarrancarlos y con lo débil que estaba la nave con toda seguridad la hubiese hundido.

Gracias a Dios lograron evitarlo, pero con el nerviosismo propio del momento pasaron por delante del pueblo que buscaban sin avistarlo. Tuvieron que reversarlo y retroceder para abordarlo.

Al día siguiente pudieron por fin entrar después de pasar por en medio de una docena de islitas arboladas que los protegían de la vista de los navegantes indiscretos.

Finalmente lograron fondear a un tiro de piedra del pueblo y a cuarenta brazas de profundidad.

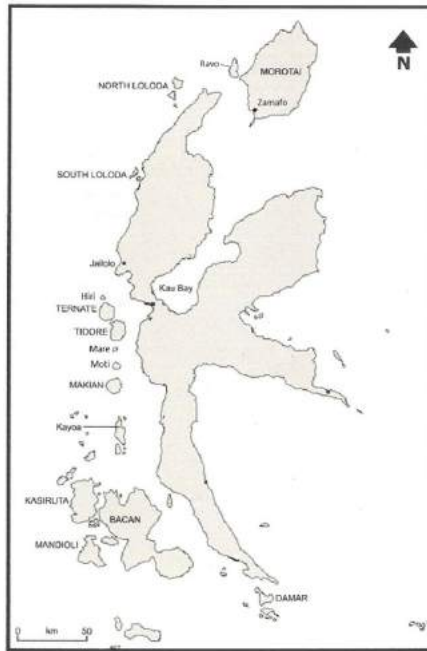




Plano parcial de las islas del Moluco, en las que solo están marcadas dos de sus cinco islas (Ternate y Tidore. La llamada Halmahera en la que en la novela aparece como Gilolo y en la parte sur de Morotai está situada la población de Zamafa



Map 3 Halmahera



Vista general de la zona que marca las rutas seguidas por las expediciones llegadas desde Europa y Nueva España. Todas por el norte. La del sur, seguida por Serrão en 1512, en la que señala la entrada de los portugueses en la zona para ocupar las Isla de Ternate

## CAPITULO XII

### Llegada al Moluco

Ahora, que finalmente habían llegado, era cuando Esteban se preguntaba. ¿Qué cojones hacían allí? ¿En donde se encontraban? Y en definitiva que es lo que iban a hacer a continuación.

Preguntas que desde luego precisaban de respuestas pero para eso ya contaba con Urdaneta que parecía saberlo todo.

En esos momentos le hubiese venido de perlas un Elcano vivo, que ya visitó en su día esta zona y le hubiese aclarado muchas dudas. Repasando los rostros con los que se cruzaba en la nave mil veces al día, cayó en la cuenta, que Bustamante, el único superviviente que quedaba allí de la expedición de Magallanes podía sacarle de muchas dudas. Aunque por su carácter retraído y poco amable no tenía muchas esperanzas.

Ahora era un personaje muy importante del que se decía era incluso el tesorero de la flota reducida ahora a una sola nave, aunque tampoco lo hubiese jurado sobre la sagrada biblia de haberlo obligado. Pero entonces solo era el barbero incapaz por otra parte de ejercer las funciones de cirujano.

Por Urdaneta supo que después del descubrimiento del nuevo continente por Cristóbal Colon, y conocerse que no habían llegado a las Indias ya que existía un mar que separaba esas tierras del auténtico Cipango.

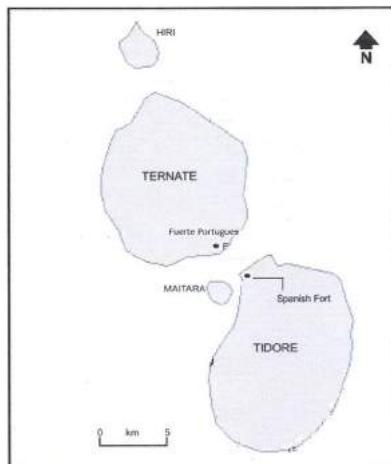
-Fue entonces cuando el Papa, haciendo de juez – le dijo Urdaneta – dividió el mundo en dos partes para que fuesen exploradas por portugueses y españoles

-¿Por qué nosotros y no también los franceses e ingleses...?

-Por suerte para nosotros somos los únicos que contamos con los medios y la capacidad técnica para realizar esa tarea. Prueba de ello es que tanto lusos como nosotros estamos aquí y hemos llegado cada uno por el lugar que nos corresponde y tenemos asignado.

La conversación sobre ese tema continuó en los días sucesivos y apenas tenían ocasión para hacerlo. Con Bustamante lo intentó pero como la primera vez que quiso preguntarle algo le respondió con un ladrido, finalmente lo dejó por imposible.

Ahora, cerca de tierra, la vida se activaba y siempre existía alguna novedad que atender o problema que solución, ya no eran las monótonas jornadas sufridas en alta mar, que daban tiempo para todo. En estos momentos era todo a la inversa no había tiempo para nada aunque siempre existía un momento cuando caía la noche para conversar. Gracias a ello supo Esteban como se realizó ese reparto.



-Lo lógico es que esa línea imaginaria que yendo de polo a polo dividía el mundo en dos partes, partiese desde Lisboa – puso su amigo como ejemplo- y todos los territorios que hubiesen a oriente de esa línea cayese bajo el área de influencia de Portugal y para España que fuesen las aguas y tierras existentes en dirección a occidente. Pero esa decisión hubiese dejado parte del continente africano bajo la influencia castellana y como sus costas era el camino seguido por los lusos para llegar a las indias no lo pudieron consentir. Había que trasladarla hacia occidente para evitar ese problema y de paso que las islas de Madeira y Cabo Verde, ya portuguesas, cayesen dentro de su zona de influencia. Lógicamente respetando la españolidad de las Islas Canarias con las que se hacía una excepción. Finalmente decidieron que esa línea imaginada estuviese a cien leguas al oeste de Cabo Verde, que posteriormente se trasladó a las 370 leguas, creo recordar, para que no hubiese ninguna duda de que las Islas Azores entraban también dentro del área de influencia lusitana.

-¿Por qué ceder tanto en el atlántico? – arguyó Esteban.

-Allí ya no hay mas intereses importante y lo único que nos interesaba es que no alcanzasen las islas del Mar Caribe. Conseguido ese objetivo cuando mas allá estuviese esa línea mejor para nosotros, pues lo verdaderamente importante no es esa línea sino la opuesta, la antípoda a esta, que vuelve a dividir el mundo en dos partes pero en esa lo que hay en oriente es para nosotros y los que existe en occidente es para los portugueses.

-Y ahora que hemos llegado. ¿En qué parte estamos?

-Supongo que en la nuestra. Hasta ahora sabíamos la distancia que según los portugueses hay de Lisboa a Malaca, pongo por ejemplo. Pero las Molucas están más hacia el oriente de ese reino y el punto de partida no es Lisboa, sino que parte desde la misma América ya que toca hasta una porción de la tierra que ahora les da por llamar Brasil. Nuestro viaje ha sido largo, hemos partido desde España, bordeado toda América del sur y atravesado un mar enorme, pero en ocasiones con vientos contrarios que han retrasado nuestro camino. Si medimos desde el punto correcto... ¿Qué quieres que te diga?

Efectivamente la duda existía, pero era por ambas partes y el primero que tomara posición en esas islas sería indiscutiblemente el ganador y a ello iban.

Actualmente no cabe la menor duda, pues sabemos que ese meridiano, según lo pactado en Tor-desillas, pasa por las islas japonesas y parte Australia por la mitad. Por lo que indiscutiblemente las islas de las especias están en la parte que les correspondía a Portugal y finalmente, aunque lo intentamos, no nos pudimos hacer con ellas. Aunque en realidad se la vendimos, o pignoramos por 350.000 ducados de oro a los

Lusos lo que demuestra que ellos tampoco estaban convencidos de tener la propiedad plena. Pero en río revuelto ganancia de pescadores y al final, entre tanta duda, nos apropiamos de las islas Filipinas.

Si actualmente preguntáramos a un alumno de un colegio, para que sirviera la expedición de Magallanes, secundada magníficamente por Elcano, probablemente nos respondería, una gran mayoría, que para que los españoles fuéramos los primeros en dar la vuelta al mundo. Y solo unos pocos, responderían que fuimos para hacernos con las especias, que por entonces se pagaban mejor que el oro, y que lo de dar la vuelta al mundo fue un accidente ya que no estaba previsto.

-¿Cómo supimos de su existencia? – preguntó un día Esteban a su amigo de confianza.

-Un piloto portugués, Francisco Serrão, se embarcó con destino a Malaca en la expedición de López de Sequeira en el año de 1509 y le acompañaba un primo suyo que no era otro que Fernando de Magallanes. Este último finalmente regresó a Portugal, mientras Serrão se quedaba por allí para hacer fortuna. En 1511 se embarcó en la escuadra de Albuquerque, como segundo de la flota y al mando de una de las tres naves que formaban la expedición, que partió de Malaca para localizar las islas de las especias. Islas de las que todos habían oído hablar pero ninguno sabía en donde se encontraban. En principio fueron a las islas de Banda en busca de la nuez moscada y la macis que era el único lugar en que se producía. La misma se empleaba como saborizante y conservante de alimentos. Para localizar esas islas contrataron a la fuerza a pilotos malayos para que los condijeran. Estos lo llevaron a la isla de Java en donde el barco de Serrão encalló perdiéndose. Eso les obligo a permanecer en aquel lugar durante treinta días, que aprovechó para casarse con una princesa del lugar. Finalmente el portugués abandonó la isla de Banda con un junco chino que allí pudo adquirir, mientras sus compañeros de expedición inspeccionaban la zona. Con una tripulación de nueve lusos y otros tantos indonesios la nave fue sacudida por una tempestad, que le impidió reagruparse con la flota de Abreu y fue empujada hasta las costas de Ternate. Sus habitantes eran por entonces reconocidos saqueadores de naufragos y cuando tuvieron noticias del suceso acudieron para capturar a los integrantes del naufragio. Pero el porte, las armas y la forma de luchar de los recién llegados impresionaron a los locales que los tomaron como aliados, proporcionándoles cuanto necesitasen a cambio de que participaran en la guerra que mantenían con sus vecinos de Tidore, dejando a estos últimos claramente en inferioridad.

Esteban embelesado por la historia que le narra Urdaneta no osaba interrumpirlo por ningún motivo.

-Trabó entonces amistad con el sultán del lugar – continuó – un tal Bayan Sirruyah y prácticamente se estableció en ese sitio dedicándose al tráfico de especias. Las cartas que le enviaba a su primo, Fernando de Magallanes, contándole las bondades de estas islas, le sirvieron a este último, para convencer al rey de España para que se embarcara en esta aventura.

-¿Por qué al de España y no al de Portugal?

-No te precipites que todo llegará a su tiempo. Si lo hizo en primer lugar pero este no le hizo el menor caso y fue entonces cuando partió para España. Primero lo hizo con el regente Fernando de Aragón, que para ser sincero te diré que le hizo el mismo caso que el rey luso, pero tuvo la suerte de que llegase para sustituirlo en el trono de Castilla el rey Carlos y este si se dejó seducir. Ese y no otro es el motivo de la expedición de Magallanes, cuyo objetivo era conquistar las Molucas y no dar la vuelta al mundo ya que tenían orden de regresar por el mismo camino tomado a la ida. Por suerte no lo hicieron así.

-¿Por suerte?

-Así es pues probablemente de haberlo hecho no lo hubieran conseguido, como le ocurrió a los de la nave Trinidad cuando lo intentaron.

-¿Llegaron a encontrarse los dos primos?

Urdaneta negó con la cabeza antes de responder.

-La mala suerte, o quizás el destino hizo que tanto Serrão como Magallanes murieran casi simultáneamente. Magallanes en Mactan, cuando se dirigía a reunirse con él. Mientras que Serrão lo hacía envenenado por el rey de Tidore al sentirse perjudicado por la ayuda que le prestaba a su rival.

Urdaneta aprovechó para mostrarle un párrafo de diario de Pigafetta, que heredó de Elcano, y que solía llevar siempre encima como si fuese la biblia o un libro de cabecera para el buen curso de esta expedición.

“No hacía todavía ocho meses que había muerto en Ternate Francisco Serrão, capitán general del Rey de la isla del mismo nombre, en su lucha con el de Tidore... Después de que la paz entre ambos estuvo declarada, yendo un día a Tidore para contratar clavo, este rey lo mando envenenar y no vivió más de cuatro días, dejando un hijo y una hija de la princesa javanesas con la que se desposó.”

-Esto en parte demuestra que el tal Serrão- aclaro Urdaneta- era únicamente un mercenario al servicio del rey de Ternate. Trabajaba por su cuenta y riesgo, apenas tenía relación con sus compatriotas de Malaca, y desde luego los portugueses no ocupaban estas islas cuando llegaron los españoles.

Efectivamente, cuando los españoles de la expedición de Magallanes llegaron allí no encontraron ocupándolas ningún portugués que únicamente se presentaban allí para comprar clavo a los reyes de Ternate y Tidore, con los que tuvieron sus mas y sus menos especialmente con el segundo.

Este último se sentía constantemente amenazado por los lusos, en caso de disputa con sus vecinos, siempre se colocaban a favor de ellos. Por ese motivo, cuando se presentaron por allí las tres naves españolas, después de que tanto Espinosa como Elcano se deshicieran de Carvalho heredero provisional de Magallanes y el último que mantenía el espíritu claramente portugués de la expedición, se lanzó en sus brazos solicitando su ayuda.

Los españoles trabaron amistad con Almanzor, en esa época rey de Tidore, que les proporcionó el clavo suficiente a los capitanes de la Trinidad y la Victoria, para que regresasen a España siguiendo rutas diferentes, y pudieran consolidar el éxito de una expedición que sin duda atraería a nuevas armadas a estas tierras que consolidaría la hegemonía hispana, en las mismas.

-Como ya sabes - continuó de nuevo Urdaneta - Elcano pudo regresar para informarnos de lo aquí ocurrido. Y si tenemos la suerte de que Espinosa no pereciera en su intento de tornaviaje y nos lo encontremos aquí esperándonos nos sería de gran ayuda. Y si además contamos con la ayuda del rey Almanzor, ten la seguridad de que todo nos ira sobre ruedas.

Lo que no sabía Urdaneta entonces, pero no tardamos en enterarnos, era que Espinosa y sus hombres fueron capturados y deportados para posteriormente pasar a la península, años después. Pero esa circunstancia, en esos momentos, todavía no se había producido y se encontraban en algún lugar recóndito de las costas de Asia.

Cuando llegaron supieron igualmente que el Rey Almanzor de Tidore fue envenenado por los portugueses, no sabemos si como represalia por la muerte de Serrão o por haberles facilitarles tanto a Espinosa, como a Elcano, el cargamento de clavo que intentaron, o llevaron, a Europa.

Cuando Espinosa regresó de su fallido intento de tornaviaje y previniendo el posible éxito de Elcano, al que no habían logrado cazar, y la llegada de nuevas expediciones por la nueva ruta trazada y que se había demostrado factible. Los portugueses se apresuraron a ocupar las islas de las especies y construir una fortaleza al lado mismo de la población de Ternate, al sur de la isla del mismo nombre.

Las islas Molucas, actualmente pertenecen a Indonesia y ocupan una extensión de mar limitada por el norte con el archipiélago de las Filipinas, por el sur, con la barrera que forman las islas de Java, Flores y Timor; por el oeste con la enorme isla de Borneo y por el éste, la de Nueva Guinea.

Las islas llamadas de las especias, se limitan a las cinco que entonces producían clavo:

Ternate o Terrenate, que es como la llamaban los españoles, y en donde los lusos tenían su fortaleza; Tidore, en donde se encontraba el fuerte castellano; Mare, la más pequeña de todas; Moti y finalmente Makian. Existen otras dos de mucha menor importancia y que entonces estaban desha-

bitadas como la de Hiri, al norte de Ternate y Maitara un islote situado en el estrecho que separaba Ternate de Tidore.

Más al sur existen otras islas, enclavadas también en el Moluco pero que no son productoras de clavo y si de otras especias como son las de: Kayoa, Kasiruta, Bacan y Mandioli, pero ya fuera del área de influencia que nos ocupa.

Las llamadas islas de las especias están flanqueadas por dos grandes islas: Célebes y Gilolo, que curiosamente ambas tienen un aspecto similar en forma de estrella de mar a las que le falta uno de sus apéndices.

En esta última se encuentra el reino de Gilolo, cuya capital, de igual nombre, se encuentra al noreste de la isla de Ternate y a poca distancia de ella.

El reino de Gilolo solo ocupaba una parte de esa isla, principalmente hacia el norte de la misma y el resto estaba dominado por los reyes de Ternate Y Tidore, entre otros. Al norte de esa isla se encuentran las ínsulas de Ravo, muy pequeña, y Moro, al que algunos llamaban Morotai. Y en donde en su parte suroeste se encontraba el puerto de Zamafo, perteneciente al rey de Gilolo y que tiene un especial protagonismo en este relato.

Así como la única expedición portuguesa, la de Serraô, llegaba a estas tierras desde el sur, concretamente de Java; las españolas de Magallanes; Loaisa, también llamada de Iñiguez, pues era quien la comandaba a su llegada y la de Saavedra, que son las que protagonizan este relato, así como las dos posteriores de Villalobos y Legazpi, que llegaron todas desde el océano Pacífico y arrastradas por unos vientos que hacían que se dieran con sus narices con las islas Filipinas. Que hacían de barrera y anunciaban que ya habían llegado a su destino, únicamente con poner rumbo a al sur.

La importancia de las islas llamadas de la especias, no se media por su tamaño sino por la cantidad de clavo que eran capaces anualmente de producir.

Ternate o Terrenate, tenía rey propio, y como hemos dicho anteriormente, fue el lugar elegido por los portugueses para construir su fortaleza, en el sur de la isla. Es la que está situada más al norte y la primera que se encuentra en la ruta de aproximación al Moluco que seguían los españoles. Es tierra alta y muy montañosa y los árboles del clavo se encuentran en la mitad de la sierra situada en su parte norte. Eran árboles grandes y su producción media anual era de tres mil quintales. La isla tiene un aspecto circular y tiene unas ocho leguas de circunferencia, así como un pequeño lago de agua dulces, en el sur, cerca de la costa.

Tidore es la isla en donde los castellanos decidieron instalar su fortaleza, en la parte septentrional de la isla, en la costa y encarada prácticamente con la portuguesa. La construyeron en ese lugar, en donde estaba su capital de Tidore, destruida por los portugueses poco antes de su llegada, como prueba irrefutable de que no iban a abandonar a sus aliados y su determinación de quedarse. La isla tiene un pico que le da una altura superior a su competidora, tiene forma ovalada y parece ligeramente un poco más grande aunque su perímetro sea el mismo, ocho leguas. Posee rey propio y produce igualmente tres mil quintales de clavo al año.

Las dos islas anteriores están separadas por un canal que apenas tiene una legua pequeña de anchura.

Motil tiene clavo, es la más pequeña de todas y no tiene rey. Dependía, según las circunstancias, de cualquiera de los dos reyes anteriores. Es decir que se arriman al árbol que más sombra daba en cada momento. Recoge unos mil doscientos quintales de clavo al año. Tiene cinco leguas de perímetro y distan tres leguas de las primeras tierras de Tidore por el sur.

Mare, más pequeña si cabe que la anterior. Está situada entre Motil y Tidore, como la anterior no tiene rey y está gobernada indistintamente por los reyes de Ternate y Tidore como la anterior. Su producción de clavo es testimonial y apenas tiene un par de leguas de perímetro.

Makian es menos alta que Ternate y Tidore y más que Motil. Tiene un perímetro de siete leguas y esta posicionada a tres leguas al sur de Motil. Produce, como las dos primeras, tres mil quintales

de clavo, pero con la ventaja de ser el suyo de mayor calidad y más apreciado. No tiene rey pero si señores importantes que la gobiernan y que se denominan a si mismo Zagagi, que viene a ser como al equivalente a Duque o Conde en España. En definitiva es un rango superior al de otros señores sin llegar al de rey.

El señor de Motil, tenía un rango similar.

Gilolo, es grande, muy irregular y con cerca de doscientas leguas de perímetro, gracias a las cuatro digitaciones que posee, intercaladas por tres profundas bahías Una de ellas, la bahía de Kau, en la parte oriental, está separada por la aldea de Doringa, en la parte occidental de la isla, por un istmo de cuatro leguas de tierra. Único lugar por donde se puede atravesar la isla y pasar de un mar a otro, en menos de una jornada.

Actualmente la llaman Halmahera, pero antiguamente los nativos las conocían como Aliore o Gilolo, su nombre más común entre ellos y como la denominamos en este relato. Gilolo en definitiva solo era una provincia o parte de ella en donde gobernaba su rey.

Esta isla esta apenas a dos leguas de Tidore en su parte occidental. El pueblo de Tidore, situado junto a la fortaleza de la isla, al norte de la misma, se encuentra a ocho leguas del pueblo de Gilolo hacia el nordeste.

Tanto los reyes de Tidore y Ternate, tienen tierras en esta isla.

La cercanía de estas islas y reinos tiene su importancia, pues el lector se sorprenderá en ocasiones de que batallas o hechos de armas se suspendan por unas horas marchando los combatientes a sus puertos de origen para regresar a la lucha a la mañana siguiente. Que de estar más alejados, como perfectamente se podía presumir, no sería posible.

La gente de esta zona no eran los típicos salvajes, medio desnudos y que estaban los españoles acostumbrados a encontrarse cuando visitaban otras islas.

Eran personas inteligentes y cultas que tenían su propia moneda, pesos y medidas. Todo ello propio de una población civilizada. También tenían sus propias leyes y a los delincuentes se les desterraba o incluso se les condenaba a muerte según la magnitud del delito. Aunque generalmente y en la mayoría de las ocasiones el castigo se veía reducido a una simple multa.

La gente de esto lugares era de mediana estatura, muy parecidos a los españoles y de una constitución física similar, por lo que cualquiera de nosotros se podía integrar completamente en su cultura y pasar desapercibido entre ellos.

La mayoría son moros, aunque entre ellos hay algunos gentiles.

Tienen cuantas mujeres quieren, aunque sus maridos tienen que dar una dote al padre de ella, por lo que su número va en proporción a su riqueza, y con la ventaja de poder descasarse cuando uno lo desee.

En fin, un paraíso, pensó Esteban, siempre que tengas dinero de sobra.

## CAPITULO XIII

### La aventura del Patache Santiago

A principios de un capítulo anterior describimos como Esteban, desde la amura de estribor de la nao Victoria, observaba al San Lesme alejarse siguiendo el rumbo suroeste, mientras que el patache tomaba el opuesto dirigiéndose al noreste. A la Santa María del Parral simplemente no se la veía por ninguna parte.

Por su parte Guevara, desde el patache trataba de comprobar la situación de la flota. Observó como la nao Victoria se dirigía al noroeste y el San Lesme al suroeste. A la Parral tampoco la vio por ninguna parte como si la mar se la hubiese tragado cobrándose su tributo.

No le hubiese costado nada virar y seguir el rumbo de la Victoria con la seguridad de alcanzarla en pocas horas. El mar no estaba desde luego para demasiadas florituras, pero en el Gran Sol, al norte de su tierra natal, toreó en ocasiones temporales peores del que en estos momentos estaba sufriendo y su patache los aguantó sin problemas.

Incluso en ese momento era más aconsejable seguir el rumbo de la Victoria que el que él tomaba, ya que situaría la tormenta a popa en vez de tenerla de cara.

Pero era la última oportunidad que tenía de cumplir las instrucciones dadas por Loaisa y con quien había empeñado su palabra.

Así es que ordenó poner rumbo al noreste, ante el estupor de la tripulación que no esperaba esta jugada, con la excusa de que en esas condiciones, y sin saber exactamente lo que podía durar el temporal, lo mejor era buscar refugio en tierra, ya fuese en una bahía o a la desembocadura de un río, en donde el patache estaría como pato en un estanque.

Posteriormente ya trataría de buscar una excusa más convincente

Pasaron una noche horrible pero al día siguiente la tormenta amaino, mas por haber salido de su área de influencia, que porque perdiese fuerza.

Ahora solo era cuestión de buscarse una excusa para poder justificar su acción en el futuro, pues si salía con vida de este embrollo con toda seguridad le exigirían cuentas por la decisión tomada de abandonar la flota de Loaisa. La excusa de que se trataba de una orden directa del Capitán General no le valdría pues con toda seguridad él no estaría presente cuando se realizase el juicio y lo más probable, dadas las circunstancias, es que no volviesen a verse con vida.

Momentáneamente anotó en su diario de a bordo que el último barco que vio en el fragor de la tormenta fue al San Lesme que se dirigía con rumbo suroeste. Ignoró que también pudo ver a la Victoria simplemente porque no le convenía. Y de la que dependía totalmente en singladuras tan largas como la que iban a emprender. Tenía claro que el hecho de perderla de vista era su principal baza para justificar el posible abandono de la flota, si así tomaban su decisión.

Tenía el pañol y parte de la bodega de carga repleta de alimentos, gracias al último trasvase desde la Victoria que realizaron antes de salir del estrecho, pero eso solo lo sabían él y el dispensero. Pero en el informe oficial que estaba preparando y era el que pensaba transmitir a la tripulación, era que solo tenían cuatro quintales de bizcocho en polvo, ocho pipas de agua y ninguna otra comida más. Todo ello para las cincuenta personas que componían la tripulación.

Estaban, según sus cálculos, a 2,200 leguas de la primera isla conocida en mitad del océano y que no era otra que la de los Ladrones. Imposible de llegar aun contando que tenía la bodega casi repleta de alimentos Pero esta si le daba para cubrir las ochocientas o mil leguas que lo separaban de Nueva España.

En condiciones normales y sin mediar otras órdenes por en medio, lo lógico hubiese sido lanzarse en persecución de la Victoria y tratar de alcanzarla durante un tiempo prudencial, ya que con la velocidad que desarrollaba el patache tenía muchas posibilidades de conseguirlo y en caso de no encontrarla regresar al rumbo que ahora pensaba tomar.



Tomada la decisión, lo esencial ahora era salir de la zona fría en que se encontraban y que les tenía ateridos y buscar, más al norte, otras más cálida y que les proporcionara alimentos.

Por la tarde reunió a la tripulación para explicarles la situación en que se encontraban. Lógicamente les expuso la peor de las versiones que disponía con objeto de acallar cualquier acto de patriotismo que impulsase a la gente a seguir a la flota. Por suerte no ocurrió y todos estuvieron de acuerdo en que la opción que Guevara les proponía era la más acertada.

Que posteriormente apareciese en el menú diaria mas comida de la inicialmente anunciada carecía de importancia, pues los estómagos hambrientos si son convenientemente reconfortados no suelen hacer preguntas. Y si Jesús fue capaz de multiplicar los peces y los panes para dar de comer a una multitud hambrienta, no les importaban que el despensero, en menor escala, pudiese hacer otro tanto.

Con la aprobación unánime de la tripulación pusieron rumbo al norte, con dirección a Nueva España, en donde hallaría a Hernán Cortes y podría obtener ayuda.

Las tierras situadas al este y que correspondían a la costa occidental de la América meridional, era un autentico desierto, aunque eso ya lo sabía Guevara por su cuñado Elcano, que ya lo había recorrido cinco años antes con la expedición de Magallanes. Conocía que allí no encontraría arboles para abastecerse de frutos frescos; ni arroyos para hacer aguada, ni troncos para poder hacer leña, salvo algún que otro matojo que ocupaban mucho espacio en la nao y ardían con celeridad, y por supuesto pocos animales para abastecerse de carne, salvo quizás algún lagarto o alguna culebra.

Dedicaron pues todos sus esfuerzos a la pesca pero tampoco encontraron peces. Pájaros si los había y en abundancia y se dedicaron a cazarlos mediante redes que colocaban estratégicamente en la nave o simplemente a palos cuando osaban posarse en cubierta o alguna jarcia. Aunque el provecho no era nunca el pretendido.

Poco a poco iban acercándose a su objetivo sin más problemas.

Después de un mes de navegación cortaron la equinoccial y al mes y medio de separarse de la flota ya se encontraban a trece grados de latitud norte

La situación había cambiado radicalmente, pues la pesca ahora era abundante y vieron en la mar peces de distintos tamaños parecidos a las culebras, así como atunes y otras clases de peces que capturaban sin mucha dificultad.

Avistaron una isla al día siguiente y no pudieron apreciar exactamente si otra tierra que aparecía más al éste se trataba de una segunda isla o tierra firme.

El doce de julio se acercaron a la costa. No se parecía en nada a la que vieron con anterioridad, pues estaba cubierta de árboles frondosos y en donde con toda seguridad habrían muchos riachuelos en donde hacer aguada. La zona estaba habitada pues en primer lugar vieron humo y después como mucha gente se acercaba a la playa en donde estaba el patache. Este estaba fondeado a un cuarto de legua de la costa. Les hubiera gustado saber si eran indígenas o españoles los que trataban de llamar su atención, pero carecían de un simple esquife para desembarcar y era imposible acercarse más por el riesgo de perder la embarcación.

Decidieron partir en busca de algún puerto que les permitiera fondear cerca de la costa. No encontraron ninguno adecuado a pesar de que al patache, por su poco calado, le valía cualquier cosa.

El día treinta de julio volvieron a llamar su atención desde tierra, mostrándoles incluso una bandera blanca. Señal de que quienes la ondeaban eran cristianos o por lo menos tenían contacto con ellos, a menos que se tratase de una aña gaza. De todas formas la expectación que despertaban demostraba que no era muy habitual ver costear una nave de ese tamaño por la zona.

Finalmente llegaron a una isla pequeña a la que se llamó Magdalena en donde fondearon.

No sabían exactamente en donde tenían que detenerse finalmente pero estaban convencidos de estar cerca de su destino si no es que ya habían llegado. A la mañana siguiente volvieron a darle a las velas, y el veinticinco de Julio, casi exactamente dos meses después de la dispersión de la flota, pudie-

ron finalmente fondear cerca de un cabo gordo a quince brazas de profundidad y sobre arena limpia.

Los que les esperaban en la costa eran indios y no se apreciaba entre ellos la presencia de ningún cristiano, por lo que desconocían si eran amigos o enemigos. Tampoco sabían si habían llegado a Nueva España que para ellos solo era un nombre en medio de una enorme masa de tierra desconocida.

Pero no podían continuar yendo a ciegas y necesitaban desembarcar para obtener ayuda y sobre todo información, para saber en donde se encontraban. El problema era que carecían de medios para acercarse a tierra y tampoco se veía ninguna canoa en la playa con la que pudiesen acudir para ayudarlos

Convenía que alguien fuese a tierra en busca de ayuda, pero todos estaban tan débiles que ninguno se atrevía a recorrer a nado los casi dos kilómetros que los separaban de la costa. La otra opción era embarrancar de través el patache en una playa, pero eso era jugárselo todo a una baza y si salía mal se quedaban sin más posibilidades.

Alguien se acordó, que a falta de un batel, en la bodega vegetaba una caja o baúl sin tapa, de buen tamaño, que unido a la nave con una soga, podía acercar a la playa a un hombre en su interior, por poco que el oleaje existente en esos momentos ayudase.

Si la cosa no iba bien y la caja volcaba, el pasajero podía asirse a la soga y ser rescatado por los del barco que tirarían de ella.

El problema era encontrar un voluntario para la misión, pero como nadie se presentaba si lo hizo el sacerdote de la nao, Juan de Areizaga, que era primo del capitán y, aparte de eso, se consideraba un buen nadador.

Varios hombres de la tripulación le rogaron que no lo hiciese, pues tanto el médico como el clérigo eran imprescindibles en una nave ya que eran los encargados de salvar uno el cuerpo y el otro el alma, y la operación que se proponía realizar, era harto peligrosa. Pero como alguien tenía que hacerlo, hizo de tripas corazón, y sin atender más ruegos, se encomendó a Dios, se metió en la caja únicamente con calzas y jubón para de esa forma poder nadar más libremente en caso necesario.

Alguien le metió también una espada en la caja.

-Por si vuestra merced la necesita para defenderse - le dijo quien se la ofreció.

-Ya que piensas en ello, pon también unas baratijas para ofrecer a los nativos, pues en ocasiones esos objetos son más persuasivos que el filo de mi acero.

Alguien trajo, como si ya estuviese preparado al efecto, un saco en donde convivían: tijeras, espejos y otras cosas que estaba demostrado eran del gusto de los indígenas. Lo aseguraron al cajón y cuidadosamente lo bajaron hasta el agua.

Llegó sin problemas a la mitad del trayecto, pero entonces una ola rompió sobre la caja y consiguió volcarla. El clérigo se tenía como un buen nadador y considero que estaba lo suficientemente cerca de la costa para poder alcanzarla nadando, por lo que obvió la posibilidad de asirse a la soga y que lo arrastrasen de nuevo hacia la nave, y optó por dirigirse a la playa.

Pero la resaca le impedía avanzar y cuando parecía que estaba a punto de alcanzar su objetivo era arrastrado de nuevo mar a dentro. Pronto las fuerzas comenzaron a abandonarlo. Estaba agotado y se hundió. Opto por lo más fácil, o tal vez lo único que podía hacer, darse por vencido, dejarse llevar por las olas y que Dios decidiese su destino.

Estaba claro que el ser supremo no quería llevárselo todavía con él. Una mano lo asió fuertemente por sus cabellos y lo sacó a la superficie.

Ocurrió que viendo sus problemas, cinco fornidos indios se lanzaron al agua y lo sacaron medio muerto. Lo depositaron sobre la arena con la cara boca abajo para que él mismo fuese sacando el agua tragada y se apartaron de su lado, observándolo desde la distancia.

En el Patache todos creían que estaba muerto, pues no se movía y desde allí nadie se atrevía, después de lo ocurrido, a ir para averiguar lo que le pasaba y ayudarlo.

Con esta incertidumbre pasó media hora, los indios lo observaban manteniéndose a una distancia prudencial como si temiesen que cuando despertase se abalanzase sobre ellos, mientras que sus compañeros de viaje, rezaban por él desde el patache incapaces de intervenir. Finalmente el clérigo se recuperó. Se levantó e hizo señas a los indios para que se acercaran. Estos en vez de aproximarse se postraron en el suelo y abrazaron la tierra.

Areizaga, creyendo que aquello era una muestra de paz y amistad, se limitó a imitarles e hizo lo mismo.

Posteriormente los mismos nativos que lo salvaron se lanzaron otra vez al agua para recuperar la caja y los objetos existentes en su interior. Los trajeron hasta la playa y los dejaron a su lado sin atreverse a tocarlos.

El clérigo intentó recompensarlos dándoles algunas de las baratijas que portaba, pero no quisieron tomarlos. Si le hicieron, sin embargo, señas para invitarle a que los siguiera.

Si no le habían dejado morir en la mar, ni asesinado posteriormente cuando estaba a su merced, es porque no pensaban hacerle ningún daño. Así es que se ciñó la espada a la cintura y acompañó a los indios, llevando uno de ellos las cosas del rescate sobre la cabeza.

Paso a paso se internaron en tierra perdiendo de vista el Patache. Primero atravesando un valle y posteriormente subiendo a un cerro en donde desde lo alto pudo componer una gran población con muchas torres y arbolado.

Mientras se acercaban a ella salió a recibirlos una gran multitud de aproximadamente veinte mil personas, todos ellos armados con varas y arcos con su respectiva provisión de flechas. Lo más curioso es que a partir de allí, varias miles de personas comenzaron a limpiar el camino por donde iban a pasar, como si estuviesen recibiendo al mismo Dios.

Al llegar a las afueras de la población, y a la sombra de un árbol, le aguardaba un personaje que debía ser importante por las ropas que vestía y por las numerosas personas que formaban su séquito.

Los hombres que le acompañaban y que eran los mismos que le habían salvado la vida le decían por señas que ese personaje era el cacique del poblado.

Después, cuando estuvo a su lado, el hombre se levantó de su asiento y le invitó a que lo acompañase al interior de la población. Ambos hablaban entre ellos sin llegar a entenderse, salvo en lo que podían decirse por señas.

Su sorpresa fue, cuando delante de lo que parecía el palacio, vio una cruz de madera hincada en la tierra. Era lo que le faltaba al clérigo para emocionarse más de lo que ya estaba, hasta el extremo de que se le saltasen las lágrimas de gozo.

Llegado a ella se postró de rodillas y mientras la señalaba con los dedos, miraba al cielo como si estuviese hablando con el mismo Señor y pronunció las palabras: “Santa María”, para después orar ante ella, mientras lo contemplaban todos los presentes atentamente.

Posteriormente supo el clérigo que hacía ya nueve años que los cristianos colocaron la cruz en dicho lugar. Después el cacique lo invitó a comer en su palacio en donde le ofrecieron ricos manjares entre los que no faltaban: carnes guisadas y frutas variadas, todo ello aderezado por un excelente vino del que gastaban los indios.

Ni que decir tiene, que después de tanto tiempo de ayuno forzado la comida le supo a gloria.

Fue entonces cuando el clérigo, en agradecimientos por las atenciones recibidas, ofreció al cacique todos los presentes que portaba y que este recibió con agrado.

Areizaga sin embargo continuaba preocupado por la situación de sus compañeros y pidió al señor del lugar que deseaba volver a la nao y si era posible llevarles algo de los ricos manjares comidos allí, a sus compañeros.

Mandó entonces el cacique que trajesen tres venados y otras muchas provisiones, deseando a la vez poder acompañarlo para llevárselo.

Una vez en la playa el clérigo se subió a un cerrillo, para ser visto y oído, y desde allí avisó a los de

la nao, que aquello era buena tierra, sus gentes aun mejor y había mucho para comer. También les dijo que estuviesen alegres pues pronto serian rescatados.

Tanta fue la alegría, que los del buque dispararon salvas con toda su artillería. Los indios, incluido el cacique, se lanzaron al suelo de miedo pues nunca vieron una cosa como esa. Areizaga les cogió por la mano uno a uno mientras les ayudaba a levantarse y les decía que no temiesen que Dios estaba con ellos.

Sin embargo esa tarde no se dieron las condiciones apropiadas para poder rescatar a la tripulación pues la marejada en vez de amainar había incluso empeorado.

El patache estaba sin embargo bien anclado y no había porque temer por su integridad. Así es que pospusieron el salvamento para el día siguiente y regresaron al pueblo. Aquella noche le dieron al clérigo de cenar y lo acomodaron en una estancia esterada en donde pudo dormir.

Al día siguiente volvieron a la costa: el clérigo, el cacique y diez mil hombres de acompañamiento.

Varios de ellos se lanzaron al agua y nadando trajeron del patache varios barriles vacios y el chicote de un cabo, que amarrado a su vez a otros y a una guindaleza, que en conjunto alcanzaban las setecientas cincuenta brazas de longitud.

Una vez completada la operación, el cacique y el clérigo se amarraron en tierra al cabo, mientras los de la nao ataban el otro chicote a un cabestrante y viraron arrastrándolos hasta que llegaron a bordo.

A la vez, unos quinientos indios, todos excelentes nadadores, subieron hasta la nao los alimentos traídos. Unos dentro de los barriles que eran arrastrados por varios nativos y otros colocando los alimentos sobre sus cabezas y en un equilibrio imposible llevados hasta la nao.

Una vez bien abastecidos y espléndidamente comidos se dieron a la vela, doblaron el promontorio o cabo gordo existente un poco más al norte y tuvieron la sorpresa de fondear delante mismo de la población.

Al día siguiente pudieron desembarcar gracias a una balsa de madera que construyeron los nativos esa noche asesorados por los marinos españoles. Pues aunque buenos nadadores no eran gente de mar y carecían incluso de canoas.

La tripulación se instaló en la misma playa, en unas chozas que construyeron sin perder de vista al Patache y en donde les traían periódicamente algo para comer. Mientras tanto, acompañados por el cacique, el clérigo, el capitán y otros seis allegados fueron al palacio en donde fueron agasajados. Pero antes de llegar se sorprendieron de la curiosidad que despertaban en esa genta, pues una multitud salió a su paso únicamente para mirarlos.

Estuvieron allí durante cinco días, bien tratados y regalados, porque los nativos no sabían qué hacer para complacerlos y Los cantos, las danzas y las fiestas eran continuos.

Sin embargo el cacique, que era vasallo del rey de las Españas y aliado de Cortes, no había permanecido ocioso mientras tanto y sin decir palabra envió un informe sobre lo sucedido a un gobernador cristiano que residía en otra localidad, distante veintitrés leguas de su poblado. Al cuarto día llegó la respuesta a su mensaje anunciando, para el día siguiente, la llegada de un embajador cristiano.

Efectivamente al quinto día de su llegada y mientras paseaban por una de las plazas de la población, apreciaron un remolino de gente y cuando se acercaron para averiguar lo ocurrido, vieron a un cristiano sentado cómodamente en una hamaca que portaban doce indios y que resulto ser el gobernador de aquellas tierras.

El mandatario recibió muy bien a sus compatriotas y estos a su vez le dieron cuenta de su aventura a la vez que mostraban su interés por saber que tierra era esa que tan bien les trataba.

-Nueva España. Tenéis suerte de caer en esta zona en donde no os faltará de nada. Ya que si por desgracia hubieseis desembarcado unas leguas más al sur, habitadas actualmente por tribus salvajes pendientes de pacificar, el resultado no hubiese sido el mismo.

Si hasta esos momentos habían sido tratados bien a partir de entonces aun lo fueron mejor.

La aventura de Guevara, planeada por Loaisa no salió como ambos habían previsto. Ni había explorado la costa occidental de Suramérica, entre otras cosas porque no había nada que explorar, pues parecía un territorio desértico, estéril y falto de interés en todos los aspectos. Mientras que por otra parte no se toparon con ninguna isla que fuese interesante y pudiese competir con las de la especiería.

A su vez tenían serias dudas de que, cuando se disperso la flota, algunas de las naves, teniendo en cuenta las malas condiciones en que se encontraban, pudiesen llegar al Moluco. De hecho por el tiempo transcurrido, apenas dos meses, de andar todavía por esos mundos de Dios, se encontrarían actualmente en mitad de Océano Pacífico. Por lo que de llegar alguna, lo harían en condiciones penosas y faltos de recursos y gentes para disputarles las islas a los portugueses que allí esperaban bien establecido.

Necesitaba por lo tanto transmitir su opinión al Emperador, para que si lo estimara conveniente enviase otra expedición en su ayuda. Aunque bien mirado y según fueron las cosas en las dos expediciones precedentes dudaba que hubiesen mas inversores que apostasen un solo maravedí en esta clase de empresas ruinosas.

Por ese motivo insistía ante el gobernador para que le facilitase una entrevista con alguien que pudiese autorizar una expedición de ayuda por su cuenta y riesgo, pues tratar de acudir en presencia del emperador era perder un tiempo que se le antojaba precioso.

Estando en todo ello de acuerdo el gobernador, le dijo que el único que en suelo americano podía autorizar y organizar una empresa similar, no podía ser otro que Hernán Cortes, que se encontraba en la ciudad de Méjico a una distancia de ciento cincuenta leguas.

El gobernador por su parte solo pudo comprometerse a facilitarles los medios: porteadores y escolta, para que llegase sano y salvo hasta la capital. Después tratar de convencer a Fernando Cortes para que tomase una decisión que les satisficiera ya era cosa suya. Mientras tanto la tripulación, si lo deseaban, podía quedarse allí, reponiéndose de las penalidades sufridas, y a la espera de acontecimientos.

Guevara no se había recuperado muy bien de las penalidades sufridas durante la aventura y se encontraba algo enfermo. O por lo menos fue la excusa que ofreció, a su primo el clérigo, para no ser él el que se presentara ante Cortes y lo persuadiera de iniciar esa nueva aventura, pues él personalmente no se consideraba capacitado para lograrlo.

Juan de Areizaga acepto encantado el encargo, ya que por su parte estaba deseando en esos momentos, por lo menos acompañarlo, y el hecho de poder ir de máximo mandatario en esa misión lo colmaba de alegría.

La ciudad en donde estaban y residía el cacique aliado de los españoles, se llamaba Macatán y en la que residía el gobernador, distante veintitrés leguas, Tecoantepeque.

La gente del patache, al mando de Guevara, se quedó en la población costera construyendo un batel para poder seguir sus derrotas, por esos mares, si se terciaba y poder desembarcar en donde les viniese en gana.

El día treinta y uno de Julio salió el Padre Areizaga de Tecoantepeque cómodamente sentado en una hamaca que portaban doce indios, aunque la mayor parte del recorrido lo hizo a pie, escoltado por un centenar de indios y cuatro soldados españoles de la guarnición.

El viaje trascurrió sin incidencias dignas de mención y más cómodo de lo que preveía el clérigo pues la mayoría del camino se hizo por rutas previamente construidas.

Llegado a Méjico contó a Cortes, que lo recibió y trató muy bien, la aventura particular del Patache y la general de la flota, haciendo hincapié en todas las desgracias y deserciones habidas en el pasado. Y muy bien aleccionado por Guevara, dramatizo la precaria situación en que se encontrarían el resto de los expedicionarios en esos momentos.

Tuvo la suerte que el Emperador, ansioso por recibir noticias de Loaisa pues hacia un año que

carecía de ellas, había remitido un escrito a Cortes para que enviase al Moluco las naos que se habían construido en Zacatula, para evitar que tuviesen que atravesar el atlántico y el peligroso estrecho de Magallanes y buscarse las naves de Loaisa y las de Caboto, las cuales suponía se encontraban también en medio del Pacífico y resultaba que, desobedeciendo sus ordenes, navegaban campando a sus anchas en esos momentos por las costa atlántica sudamericana, y de paso tratase de localizar incluso a la nave Trinidad, de la expedición de Magallanes, que podía estar en cualquier parte.

Determinó Cortes hacer inmediatamente caso a la petición del Emperador y seguidamente ordenó se botaran las tres naves que prácticamente estaban terminadas en Zacatula.

Se intentó también aprovechar el patache para la nueva expedición pero en una revisión que se le hizo, se pudo apreciar que su tablazón estaba prácticamente comida por la broma. Y que si bien aun se podían usar en misiones de cabotaje por la costa occidental de Nueva España, ya no estaba en condiciones de atravesar el Mar del Sur.

## CAPITULO XIV

### La segunda aventura del San Lesme

El desventurado día de finales del mes de mayo de 1526 en que una aparatosa tormenta dispersó la flota de Loaisa, tanto Guevara desde el Patache Santiago, como Esteban desde la nao Victoria vieron como el San Lesme tomaba el rumbo suroeste y se perdía en la inmensidad del océano.

Oficialmente es la última vez que se le vio y posteriormente se la dio por desaparecida pues en aquella época a diferencia de la Parral que también se perdió ese mismo día pero sus restos y parte de su tripulación se localizaron meses después en las islas Filipinas y se pudo saber algo más de ella, de La San Lesme no se encontró el menor rastro... Hasta varios siglos después.

Lo interesante de esta nave es que siguió en su viaje la ruta que a Elcano le hubiese agrado tomar y posiblemente su Capitán, Diego Alonso de Solís, que había sustituido a Francisco de Hoces por enfermedad, la tomó posiblemente influenciado por él.

Aunque esa noche fue un sálvese quien pueda y cada uno escogió la ruta que mejor pudo.

A diferencia de la deriva del norte que eligió la Victoria, que era un pasillo limpio de islas y favorecidos por los vientos del sureste y las corrientes que aparentemente solo les llevarían a la isla de los Ladrones, un archipiélago de trece islas a dos mil leguas de distancia; en la ruta sur, que es la que tomó el San Lesme, se encuentran hasta setenta y siete islas esparcidas de sureste a noroeste y situadas entre los 134 y 150 grados de longitud occidental y catorce y veinticuatro grados de latitud sur.

Ocupan una superficie marina de 600.000 kilómetros cuadrados formando un rectángulo irregular de 1800 km de largo por 600 de ancho, en las partes más distantes. Cuando la superficie de las setenta y siete islas es de solo 600 kms cuadrados, es decir un km cuadrado de tierra por cada 1000 kms cuadrados de agua.

En conjunto forman uno de los mayores grupos de islas coralinas del mundo y el más marginales y aislado del planeta. Ya que se encuentra a 7000 kms de América del sur, 6000 de Australia y 11000 del Japón.

Vista una, vistas todas. Pues no son más que atolones, antiguos volcanes hundidos y que sobre cuyos flancos creció el coral. Sobre ellos se depositaron en primer lugar partículas de arena hasta formar islotes, y posteriormente elementos vegetales, traídos por el viento o las corrientes, que hicieron posible algún cultivo.

No fueron poblados por los polinesios hasta época muy tardía, concretamente a finales del primer milenio o principios del segundo. Y sus características principales son muy similares: Una isla cónica, con una laguna central y en muchos casos unida al mar por un canal que suele ser navegable.

Fuera de la visión idílica que las rodea actualmente, no lo fueron tanto para los primeros navegantes que las visitaron. Pues apartes sacarles de algún puntual apuro, ofreciéndoles sus frutos para comer, especialmente cocos, y para beber el agua contenida en su interior, pues la que podían encontrar en alguna charca estaba generalmente putrefacta, no encontraron nada más que los satisficiera.

Por ello recibieron nombres tan despectivos como: Islas infortunadas para Pigafetta que las puso en su sitio en comparación con las Canarias; los holandeses que las visitaron mucho más tarde les dieron los poéticos nombres de: Malas aguas, Islas de Perros, Islas sin fondo, Islas de las moscas o el laberinto. Por nombrar únicamente algunos de los apelativos que les dieron. Los franceses fueron más benévolos pues les dieron nombres como: Archipiélago Peligroso o Archipiélago del Mar Malo, más acorde con la realidad de las mismas.

Los españoles de la San Lesmes, que fueron los segundos, después de Magallanes, en pasar por allí, se limitaron a beneficiarse de lo bueno que les ofrecían. En casos puntuales agua y alimento y sobre todo tratar de evitar los peligros que en el caso del San Lesme no fue muy efectivo, pues termino sus días en uno de esos archipiélagos o posiblemente en la misma Australia.

La dificultad estribaba en su localización, pues una isla alta como Tahití de 2200 metros de altura



se puede ver a 170 kilómetros de distancia y Hawái de 4880 metros de altura a 330 km.

Pero localizar un atolón es muy difícil pues están prácticamente a nivel del agua y no los ves hasta que los tienes prácticamente encima. Solamente a base de experiencia, y los primeros navegantes está claro que no la tenían, se puede “ver” su paradero por el reflejo en las nubes del color turquesa de sus lagunas. Pero a simple vista en las condiciones más optimas, un vigía subido en lo alto del palo mayor podía ver, en un día claro, un cocotero de treinta metros de altura, lo máximo que pueden alcanzar, a la distancia de treinta kilómetros.

En condiciones críticas esto era suficiente para poder abordarlas con el batel, manteniendo la nave al paio y guardando una prudente distancia, para abastecerte de agua y alimentos. A la vez que rezabas para que el tiempo no cambiase e impidiese que ambas embarcaciones se reencontraran de nuevo. Pero si tenías la desgracia de toparte con ellas de noche, cuando no podías verla, lo lógico es que terminarás encallando en las mismas. Un recurso, en las noches de calma, era mantener el oído bien abierto para escuchar como las olas batían los arrecifes u observar si en la superficie del mar se formaba una espuma blanca, al romper las olas sobre ellas, y que delataban su presencia, para cambiar inmediatamente el rumbo. Pero en la mayoría de los casos, aun así, era demasiado tarde.

Sirva lo anterior únicamente para informar al lector de las dificultades con que pudo tropezarse el San Lesmes.

Cuando esta carabela se separó de la flota y tomó la dirección suroeste ya estaba en la práctica, como hemos indicado anteriormente, capitaneada por Alonso de Solís ya que Francisco de Hoces se encontraba convalciente de la enfermedad contraída en el Golfo de Guinea por la ingestión de aquel ya célebre pez y que también se llevó por delante a otros miembros de la expedición entre ellos a Loaisa y Elcano.

Solís sabía o por lo menos sospechaba las dificultades con que iba a encontrarse pues con toda seguridad leyó la información que sobre la zona facilitó Pigafetta.

Solo dos meses después de que la expedición de Magallanes entrase en el pacífico, en noviembre de 1520, descubrieron las islas de San Pablo y Tiburones. La primera el 24 de enero de 1521 y le pusieron su nombre por celebrarse ese día la conversión de dicho apóstol y la segunda el 4 de febrero de ese mismo año, por estar sus costas plagadas de ese terrible escualo.

Ambas recibieron el apodo de “desventuradas” o “infortunadas” por la decepción que sufrieron los navegantes. Ginés de Mafra, embarcado a bordo de la nao Trinidad la describe: “Rodeada de arrecifes como si con ellos quisiese defenderse del embate del mar”

Fue la primera travesía realizada por europeos en el Océano Pacífico, nombre que le puso el mismo Pigafetta en vez de su original nombre de Mar del Sur por las magníficas condiciones atmosféricas y el viento favorable con que se encontró la expedición de Magallanes.

En realidad tuvieron mucha suerte pues recorrieron las 3760 millas en únicamente cincuenta y nueve días a razón de sesenta y tres millas por días, casi cinco kilómetros de media a la hora. Que para las naves de aquella época expuestas a grandes calmas y vientos contrarios, como hemos podido comprobar anteriormente describiendo la singladura de la Victoria, era un autentico record.

Así se entiende que Pigafetta escribiera: “Si Dios y su Santa Madre no hubiera concedido tan feliz navegación, hubiésemos perecido en tan basta mar”.

Con esta frase reconocía que habían tenido demasiada suerte para poder salir airosos de tal aventura y como posible aviso para navegantes, nunca mejor dicha la frase, de que todos los días no son domingo; y para advertir de los peligros de tal insensata aventura continuaba. “nadie en el futuro por venir, se aventure ni emprenda un viaje parecido”

Pero no solo tuvieron suerte en ese aspecto ya que sin duda, y por la ruta seguida, pasaron por el lado de islas sin verlas, que de haberse tropezado con ellas en la oscuridad de la noche hubiese significado la destrucción de la nave afectada.

Lo verdaderamente inaudito es que no descubrieron ninguna isla en el trayecto que les llevó de la



Isla de San Pablo a las Marianas a pesar de tardar un mes en recorrerlo.

Después de todo este preámbulo para posicionar al lector en el escenario en que se desarrollaron los hechos hay que recurrir a dos hipótesis para aclarar que pudo ocurrir con el San Lesmes.

La primera, proporcionada por el científico de la Biblioteca Nacional de París, Roger Hervé nos dice que posiblemente navegó al sur en donde grandes vientos intermitentes la empujaron hacia Nueva Zelanda y posteriormente a Australia. Todo ello sin confirmar por algún vestigio arqueológico por lo que la consideraremos simplemente como una posibilidad.

La segunda teoría, propiciada por el investigador australiano Robert Langdon, resulta más factible.

En primer lugar hay que resaltar la dificultad de encontrar restos arqueológicos en una zona tan vasta y poco transitada como es el pacífico sur. Si a eso le añadimos que pueden estar sumergidos la misión se torna casi imposible.

Los datos que facilitamos gracias a este investigador y periodista pueden ser erróneos y desmentidos en el futuro, tal vez ya lo estén, pero eso no es óbice para considerar que verdaderamente ocurrieron así o de una forma muy similar.

La carabela, después de una inicial escapada hacia el sur, viró al noroeste, que era su ruta natural ya que tenía constancia de la seguida anteriormente por Magallanes, y que según Pigafetta no les fue tan mal. Pero ellos no tuvieron tanta suerte y llegaron una noche oscura al atolón de Amaru, no lo pudieron detectar a tiempo, y en su arrecife encalló la nave.

Por suerte el daño no parecía irremediable, ya que la mar estaba en calma e hizo que esa noche trágica el embate de las olas no destrozase la nao. Echaron al mar sus cuatro cañones y como no fue suficiente, también parte de las piedras situadas en la sentina para lastrar la carabela.

Con ello y la subida de la marea pudieron reflotar la nave al quedar ahora los desperfectos por encima de la línea de flotación. Los repararon más o menos bien, pero lo suficiente para permitirles continuar su viaje hasta la isla de Ralatea, situada a seiscientas millas del lugar del accidente.

El lugar estaba habitado y la gente era amable por lo que decidieron asentarse algunos allí, por algún tiempo, y otros lo hicieron definitivamente. Estos últimos juzgaron que era el lugar ideal para terminar de pasar el resto de sus días y, casándose o no, se dedicaron a repoblar la zona. Unos individuos con la piel y cabellos más pálidos de lo normal en la zona y con ojos claros, encontrados con posterioridad por otros exploradores, así lo confirma.

Con respecto a los primeros, los que pensaban continuar, decidieron poner la nao en seco y repararla de forma eficiente o tal vez con los restos de la misma se construyó otra nueva. Su intención era regresar a España por el cabo de Buena Esperanza ya que regresar por el camino ya recorrido, en una especie de tornaviaje, les parecía muy difícil por no decir imposible.

Siguiendo ese criterio los que decidieron retornar a la península pusieron rumbo al suroeste hasta llegar a la isla más septentrional de Nueva Zelanda, en donde ante la imposibilidad de continuar por problemas en la nave, se asentaron definitivamente después de recorrer dos mil millas desde su anterior destino.

Todos estos datos se confirman porque en 1929, cuando esta parte de la polinesia estaba bajo dominación francesa, se encontraron cuatro cañones en el arrecife oriental de Amaru, así como unas piedras, que no eran las habituales de esa zona de origen volcánico, y que con toda seguridad eran los restos de una nave que hacía siglos encalló allí.

Los cañones eran de hierro colado y posiblemente del San Lesme al que le fueron inmediatamente atribuidos, ya que el tráfico por esa zona y durante aquel tiempo no era muy abundante y el próximo que pasó por allí, fue Quiroz ochenta años después. Pero este último pudo contarlos y no costa que tuviese necesidad de aligerar su nave en Amaru echando los cañones al fondo del mar.

Siglos después pasaron muchos más: británicos, holandeses, franceses e incluso más españoles pero para entonces los cañones ya eran todos de bronce.

El cañón sacado en su día con grandes esfuerzos, fue depositado en el museo de Papeete hasta que misteriosamente desapareció.

Años después se intentó recuperar los otros tres cañones, pero en el lugar solo quedaban dos, fueron sacados, pero actualmente permanecen en algún lugar dejados de la mano de Dios.

Si el descubrimiento de esos restos arqueológicos y el hecho de que algunos pobladores de la zona tuviesen la piel y los ojos claros no fueran suficientes, existen otras evidencias, como el invento de la piragua doble por los indígenas de esa zona en exclusiva, las creencias religiosas de ascendencia católica, como coincidencia en los aspectos relacionados en la creación del mundo, el misterio de la Santísima Trinidad y otras sacadas de la Biblia e incluso una construcción que es una copia exacta de un hórreo gallego no dejan ninguna duda de la presencia española en aquella época.

Con anterioridad hemos dejado como destino definitivo para los supervivientes del San Lesme la isla septentrional de Nueva Zelanda, pero parece ser que no fue así.

Otras evidencias nos dicen que desde allí fueron costeano hasta el sur de Australia a la zona conocida actualmente como las dunas de Warnambool en donde tuvieron que construir otra embarcación, eso no era ningún problema para ellos, que les llevó hasta el Cabo de York, aunque otra versión prolonga su viaje hasta Melbourne.

Fuese en un sitio u en otro lo cierto es que fueron sorprendidos por los portugueses, posiblemente una partida de integrantes de la expedición de Gómez de Sequeira, que supuestamente los apresó y asesinó. Prueba de ello es que no quedó nadie para contarlos.

La presencia de portugueses en Australia no nos debe de extrañar, ya que Timor, el principal asentamiento luso de la zona, se encuentra apenas a 500 kilómetros de distancia y Cristóbal de Mendoza, uno de ellos, pudo llegar tres o cuatro años antes que los españoles. Descubriendo, entre otros lugares, el Mar de Arafura, la isla Melville, la península Cobourg o la Tierra de Arnhem.

Pero ignoraban la ruta para llegar hasta allí desde oriente. Por ese motivo después de asesinar a los españoles ya que tenían órdenes de matar a los castellanos (o cualquier intruso que encontrasen) para proteger las tierras colonizadas por Portugal. (Esta orden de la que no cabe la menor duda ya que se encuentra escrita a mano por el Capitán Mayor del Moluco, el portugués Jorge Meneses y que fueron recogidas en su día por el Capitán Hernando de la Torre conservándose en el Archivo General de las Indias.) Después de consumir dicho asesinato, cometieron el error de quedarse con los datos cartográficos de la expedición, que demostraba hubo un contacto entre ellos y la posibilidad de una matanza que ellos negaban. Años después, en 1546, Pierre Desceller presentó una copia de estos datos al delfín francés Enrique II y procedentes de un lugar que se llamaba Java la Grande, que no era otra cosa que Australia. Este no le prestó la debida atención y posteriormente espías ingleses llevaron estos datos a su país, que sirvieron a Joseph Bank, presidente de la Royal Society y pasajero de lujo de Endeavour, en la primera expedición de Cook en 1768, a que este ayudase a su capitán a descubrir Australia.

Si esto no les convence por rocambolesco y trascurrir mucho tiempo entre la causa y el efecto, no importa porque existen otras razones para refrendar lo anteriormente dicho.

En 1762, solo seis años antes de la aventura de Cook, Manila fue ocupada y saqueada por los ingleses. En los archivos del convento de San Pablo estaba depositada la memoria histórica de los españoles en el sureste asiático. Entre ellos la relación de los viajes y diarios de a bordo de cerca de dos siglos de navegación hispana en el pacífico. Entre ellas la relación de los viajes de Quiroz que escribió, el mismo, en 1607 y que terminaron en manos de Dalrymple, cartógrafo, geógrafo y botánico que también acompañó a Cook en sus viajes. Según parece el tal Dalrymple se los entregó a Joseph Banks y este a su vez a James Cook.

En realidad Cook no descubrió nada pues, de una forma u otra, tenía la ruta trazada de antemano y sabía exactamente a donde ir y como encontrar Australia.

De forma anecdótica les diré que antes de que estos datos arqueológicos salieran a la luz, ya en el

siglo XX, del San Lesmes no se sabía todavía absolutamente nada. Pero en 1772 salió del puerto de Lima, con destino a Otaheiti la fragata Magdalena al mando de Domingo Boenechea. Cuando iba por los 17° 32' de latitud sur avisto una isla que llamó de San Narciso y desde esta hasta occidente reconoció otras diecinueve islas llamadas: Noaroa, Erua, Tepua, Tabao, Huaravá, Tepujoé, Mathea, Maitú, Teturoa, Otaheiti, Morea, Tupuemanú, Manua, Oajaine, Orayatea, Tajaa, Porapora, Maurua y hasta llegar al isla de Oroybabay ya en la latitud sur 23° 55'. A algunas de estas islas cambió su nombre original polinesio por otro en castellano, ya que su misión era cartografiar y explorar toda esa amplia zona.

Todas las islas que quedan nombradas desde la de San Narciso hasta la Mathea, inclusive, son rasas, compuestas de lengüetas de tierra situadas circularmente y unidas por arrecifes de modo que cada isla forma en el centro una laguna. No tienen agua y todas ellas son peligrosas para la navegación.

Una de las misiones de la fragata Magdalena, como ya hemos mencionado con anterioridad, era levantar un plano de esas islas, ese es el motivo por el que se permitió el lujo de cambiar el nombre a algunas, y tener que reconocerlas todas. Nunca creyeron que alguien hubiese pasado antes por aquel lugar, por lo que se extrañaron de encontrar una cruz muy antigua en una de ellas, concretamente en la llamada Tepujoé. Pero no pudieron averiguar su procedencia y mucho menos pensar que fuese erigida por los náufragos del San Lesme.

Sabían desde luego que el primer descubridor de este archipiélago, fue Pedro Fernández de Quiroz en 1606 pero según la relación del viaje que hizo el mismo Quiroz y escrita por Gaspar González, piloto mayor de aquella armada, no consta que desembarcasen en esa isla.

También les constaba que el Capitán Cook vio esta isla a la distancia de dos leguas el día 8 de marzo de 1769, nombrándola isla de la Cadena y la volvió a ver en su segundo viaje el 13 de agosto de 1773, sin tener oportunidad de abordarla, por lo que difícilmente pudieron descubrir su secreto.

No hay noticia de que hubiese estado otro cristiano allí salvo la tripulación de la fragata Magdalena, que fue quien la descubrió, en el año de 1772, entre los dos viajes de Cook.

¿Quiénes fueron los visitantes que erigieron esa cruz? En qué circunstancias lo hicieron. Nadie lo sabe. Pero todos pusieron sus ojos en la San Lesme, la única de la expedición de Loaisa que tomo un rumbo que podía llevarles directamente a este archipiélago. Todos supusieron o por lo menos creyeron, que se habían perdido en esta isla y los náufragos erigirían aquella cruz. Posiblemente únicamente para certificar su paso por allí ya que ahora sabemos que sobrevivieron a situaciones peores.

La nao Santa María del Parral

Sabemos que la nao Santa María del Parral logró cruzar el Pacífico y alcanzar las islas Célebes después de que la tormenta, a la salida del estrecho, dispersara las naves.

Una sedición preparada por los tripulantes Romay y Sánchez, dan muerte al Capitán, Jorge Manrique de Nájera, a su hermano y al tesorero. A su llegada embarrancan su nave en la isla de Sanguin, cercana a la isla de Cebú, en donde desembarcaron. Pero los indios los atacan, matan en la reyerta a varios de los españoles y capturan al resto.

Casi dos años después de estos hechos y diez meses más tarde de la llegada de Loaisa a las Molucas, concretamente en febrero de 1528 fueron rescatados por la expedición de Álvaro de Saavedra.

¿Quién es este personaje que aparece en escena?

Pospongamos la historia de los supervivientes de la Parral, pues nos estamos adelantando demasiado en el tiempo y veamos qué pintaba aquí el tal Saavedra.

## CAPITULO XV

### La expedición de Álvaro de Saavedra Los preparativos

Muy nervioso debía de encontrarse el emperador Carlos, cuando apenas un año después de la partida de la expedición de Loaisa ya quería tener noticias de ella e incluso del resultado de sus pesquisas.

Ignoraba, desde luego, que ésta se encontraba todavía a mitad del Océano Pacífico. Que el resto de la flota, o se había hundido como el Sancti Espiritu; habían desertado como La Anunciada o el San Gabriel o se perdieron como el San Lesme, La Parral o el patache Santiago.

Así es que encontrándose en Granada, el veinte de Junio de 1526 ordenaba a su secretario, Francisco de los Cobos, despachase una cedula a Hernando Cortes para que enviase, desde los puertos de la costa occidental de Nueva España algunas embarcaciones al Moluco para saber el paradero de las armadas que fueron de Magallanes y Loaisa.

En esa cedula le recordaba que el año de 1519 envió una armada de cinco naos, al mando del Capitán General Hernando de Magallanes a nuestras islas del Maluco y a otras en donde hubiese especiería y cayesen dentro del límite de nuestra demarcación.

Que algunas de esas naves llegaron a su destino, pero la Capitana (La Trinidad) hacia mucha agua y tuvo que quedarse allí con por lo menos cincuenta y siete hombres.

Que el año pasado (1525) envió otra armada con ocho (?) (Fueron siete) en las cuales iba como Capitán General Jofre García de Loaisa con la orden de cargar las naves más grandes (con especias) y regresar, mientras que las otras debían quedarse allí para gobernar las islas. Al mismo tiempo le informaba que este mismo año de 1526 había partido otra armada desde Sevilla, al mando de Sebastián Caboto, compuesta por tres naos y una carabela que igualmente tenían que desplazarse a esas islas.

Le reiteraba que la nao Trinidad todavía estaba allí, así como la gente que con ella quedó.

En definitiva quería saber cuando llegaron, los sucesos que habían acaecido y todo lo relacionado con las mismas. Se daba por enterado que Cortes tenía preparadas unas naos o carabelas para ese viaje y se comprometía a hacerle llegar los fondos necesarios para el buen fin de la expedición.

Con independencia de las naves que pudiese enviar Cortes, se le recomendaba que pusiese al mando: “una persona cuerda y de las que tengáis confianza de que lo hará bien”

Seguían después una serie de recomendaciones personales que debía transmitirle a la persona elegida por él, para comandar la expedición. Cortes eligió, como es natural, a un hombre de su más entera confianza, concretamente a un primo suyo. Álvaro de Saavedra. Pues según parecía en una época de intrigas y traiciones en que les tocaron vivir, nadie confiaba en nadie fuera del entorno familiar.

A Antonio Guiral, contador de la expedición, también le pasó las debidas instrucciones sin dejarse nada al albur. De todo debía quedar la debida constancia para que no quedase ninguna duda sobre su intervención.

La nueva escuadra iba a informarse en definitiva de todas las peticiones del Emperador, y cuyas respuestas esperaba encontrarlas en el mismo sitio, las Molucas. Aunque posteriormente no fuese así.

Como colofón les comunicaba que debían colaborar en el mantenimiento de la colonia allí formada, cediéndoles los hombres que pudieran ser prescindibles, les dejase los cañones, armas y municiones, para su defensa, que fuesen necesarios y sobre todo que tratasen de regresar con las bodegas repletas de especias para rentabilizar la operación. Se comprometía, por último, a que esas naos que regresasen volverían con nuevas ayudas.

Cuando Saavedra recibió las instrucciones y recomendaciones de su primo Cortes, comprendió

que pocas decisiones, salvo las puntuales, debía de tomar pues lo tenía todo por escrito y con un mínimo margen de maniobra. Lo malo de todo esto es que como muy bien dice el refrán: “Del dicho al hecho hay un buen trecho”. Y como resultado del mismo, poco de lo previsto ocurrió y tuvo que improvisar de nuevo.

Por suerte el escribano mayor de la armada, Francisco Granados, hizo honor a su oficio y nos dejó la debida constancia de lo ocurrido durante el viaje.

El viaje

La armada de Saavedra partió del puerto de Zaguatanejos, en la costa occidental de Nueva España, el jueves, víspera de Todos los Santos del año de 1527. Estaba compuesta por dos navíos y un bergantín, con todos los bastimentos y aderezos necesarios.

Tenían previsto les acompañase el patache Santiago, nave procedente de la expedición de Loaisa llegada unos meses antes, pero estaba tan comido por la broma que los técnicos desaconsejaron su participación. Aunque dado el escaso número de gente que pudieron reclutar para la escuadra, sí que incorporaron a parte de su tripulación distribuyéndola entre las restantes naves.

El capitán Álvaro de Saavedra mandaba la nao Florida con cincuenta hombres a bordo: treinta y ocho hombres de tierra y doce de mar.

La nao Santiago iba mandada por el capitán Luis de Cárdenas, natural de Córdoba, y portaba cuarenta y cinco hombres a bordo. Treinta y tres de tierra y doce de mar.

Y por último el bergantín Espíritu Santo mandado por el capitán Pedro de la Fuente, natural de Jerez de la Frontera, llevando a bordo únicamente a quince hombres, de mar y de tierra.

En total ciento diez hombres repartidos entre las tres naves. Dotación insuficiente para la aventura que iban a emprender. Pero era lo que había.

Como bien dice el refrán de que: “A perro flaco pulgas con él”. El primer día de navegación se nos murió el cirujano que llevábamos a bordo, se llamaba Maese Francisco y fue el primero que lanzamos al mar.

Los cuatro primeros días de navegación, del treinta de octubre al tres de noviembre solo recorrimos treinta y dos leguas ya que los vientos soplaban del oeste y noroeste y nos obligaron a tomar la ruta suroeste. Pero el día dos solo corrimos diez leguas hacia el sur, pues los vientos desfavorables así nos obligaron.

La semana siguiente fue más fructífera pues del lunes cuatro, al domingo once de noviembre, corrimos ciento veintiocho leguas, con rumbo oeste suroeste. Pero al octavo días de navegación, concretamente el día siete, se descubrió una vía de agua en la nao Florida.

Entraba desde luego por popa, por un perno de la quilla que tenía una anchura de por lo menos media ampolleta y que obligaba a dos hombres a estar permanentemente dándole a las bombas de achique.

Nadie pudo constatar exactamente en donde estaba la fuga, por lo que amainamos las velas y nos juntamos las tres naves, para decidir qué hacer, pues era demasiado pronto para comenzar con problemas. Hasta el mismo Álvaro de Saavedra bajó a la bodega intentando encontrar la fuga sin conseguirlo. Ni él ni nadie, pues en realidad solo lo pudimos averiguar, a nuestra llegada a Mindanao, dos meses y medio después.

Ese día se habló entre los capitanes la conveniencia de regresar al punto de partida para poder repararla. Finalmente Saavedra, ante la diversidad de opiniones, decidió consultar con el piloto. Que les dijo que por aquella agua no iba a dejar de seguir navegando ya que en peores condiciones lo había hecho.

Continuaron la marcha pero el capitán, debido al esfuerzo que significaba estar continuamente dándole a las bombas de achique, sustituyó “a los hombres inútiles de su nao por otros de más trabajos”.

Lógicamente como inútiles se refería concretamente a los que no participaban directamente en

las labores de navegación como pudiesen ser los contables, chupatintas y otros.

-Vuestra merced puede pasar al Santiago, en donde estaréis mejor atendido – le propuso Cárdenas.

-En la Florida partí y aquí estaré hasta llegar a mi destino. Me salve o perezca en el intento – fue su respuesta.

Para controlar el problema se llegaron a hacer hasta treinta trasiegos de personal entre las naves para poder ir descansando a los hombres. Pero lo peor es que por culpa de esa fuga de agua se echaron a perder treinta quintales de pan y alguna carne.

La semana del doce al dieciocho de noviembre el viento nos fue favorable y corrimos un total de doscientas cuarenta leguas a pesar del inconveniente del agua que penetraba en la capitana.

Sin embargo del diecinueve al veinticinco de noviembre solo recorrimos ciento dieciséis leguas. El motivo es que el miércoles de esa semana alguien dijo que el día anterior le pareció ver tierra y el capitán ordenó volver atrás para intentar localizarla. Todo ello puede parecer baladí y una pérdida de tiempo el hacer caso a la apreciación de un solo hombre. Pero hay que tener en cuenta que en esa ruta, según lo conocido, no iban a encontrar ninguna tierra hasta llegar a la isla de los Ladrones, que en esos momentos estaba lejisíma, y la posibilidad de encontrar otras islas, posicionarlas y tenerlas presente como base de abastecimiento, si no eran estériles, para futuros viajes era importantísimo. Después de volver atrás y voltejear durante unas horas sin encontrar nada, continuaron con la misma derrota.

Durante la semana del veintiséis de noviembre al dos de diciembre, recorrieron ciento noventa leguas de navegación. Pero el veintiocho se les abrió otra vía de agua, esta vez en la proa, y se les mojó un paño de pan que tenía setenta quintales y todo el aceite y vinagre que llevaban, entre otras cosas.

Pero antes de descubrir esta vía ya notaban como la nave no se dejaba gobernar de una forma correcta.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué no se deja gobernar? – preguntó Saavedra al Maestre.

-Lo ignoro señor...

-Mejor será que te des una vuelta por debajo de cubierta para comprobar lo que pasa.

-Es ya tarde. Está oscureciendo y no veré nada. Mañana al amanecer será lo primero que haga – Le prometió.

Saavedra asintió dando su conformidad.

Esa noche la situación se hizo insostenible pues otra vez la nao oponía una cierta oposición al timón y no se dejaba gobernar. Navegaban flanqueados por las otras dos naos. En una ocasión derivamos demasiado a babor estando a punto de abordar al Santo Espíritu, pero gracias a la ligereza del bergantín pudo esquivarnos.

La Florida era la más grande y lenta de las tres naves y marcaba el ritmo de la marcha, por ese motivo las otras dos retrasaron levemente su posición para evitar los problemas de una posible colisión.

Para colmo de males esa noche nos sorprendió un aguacero acompañados de fuertes vientos. El timonel que dirigía la nave en esos momentos tuvo un pequeño desliz propiciado por el mal comportamiento de la nao y atravesó la vela mayor encima de la jarcia, estando a punto de zozobrar. Finalmente pudimos bajar la vela y salir del apuro, pero mientras, las dos naos restantes nos adelantaron, empujadas por el viento, como alma que lleva el diablo.

Durante algún tiempo todavía vimos los fanales de popa pero al poco ya no había nada que mirar. Por nuestra parte encendimos muchos faroles para que nos viesan, pero nunca nos respondieron. Seguirlos resultaba imposible y finalmente el piloto se fue a dormir diciendo que ya no podía hacer más de lo hecho.

El día siguiente amaneció calmado como si la tormenta de la jornada anterior hubiese sido únicamente un sueño. Lo malo es que no se veía ninguna vela por el horizonte. Ese día navegamos treinta leguas.

Durante los treinta días siguientes anduvimos sin descanso, siguiendo la misma derrota y con la esperanza de alcanzarlos. No fue el caso.

A los sesenta días de navegación, siendo el día posterior de los Santos Inocentes, el veintinueve de diciembre, anduvimos veintidós leguas. Ese día el piloto ordenó cambiar el rumbo en busca de un archipiélago que aseguraba existía al suroeste de su posición. Era ya de noche y solo anduvimos una docena de leguas.

Al domingo siguiente nos topamos con una isla a la que llamamos de los Reyes por celebrarse su festividad ese día. Fuimos a ella y la bordeamos buscando algún sitio en donde fondear. A lo lejos vimos cinco o seis velas, fuimos a por ellas para saber qué tierra era esa, pero al ver nuestras intenciones salieron huyendo como si fuésemos el mismo diablo.

El piloto aseguró que era la isla de los Ladrones. De ser así la huida de los indígenas estaba justificada, aunque ellos lo ignorasen, después del rapto de una docena de indios efectuada por el Capitán de la Victoria, perteneciente a la expedición de Loaisa, unos meses antes, para que les ayudaran a achicar el agua que hacia la nao.

Aparte de la isla de los Reyes, antes mencionadas, había diez o doce islas más, todas ellas habitadas pero muy difíciles de tomar, pues a cien pasos de la costa no se podía tocar fondo ni aun lanzando ciento veinte brazas de cuerda. Y como por otra parte no se podía llegar a ningún puerto por existir bajos entre la tierra y nosotros, decidimos marcharnos a pesar de que salieron algunos indígenas a observarnos, aunque sin querer entablar contacto a pesar de nuestros intentos.

La gente de estas tierras, es alta, algo morena, de cabellos largos y no tienen ropa. Se cubren con unas palmas de las que también hacen velas para sus canoas y esteras para sus casas. Son tan primorosas estas esteras que en la lejanía brillan como si fuesen de oro y con ellas también se tapan y cobijan. Algunos lucen barba como los españoles y como armas solo llevan unas varas. No pudimos saber más de ellos pues no permitieron nos comunicáramos.

De ese lugar no pudieron sacar nada, especialmente provisiones que es lo que más necesitaban. Por otra parte las dos entradas de aguas les ocasionaron muchas pérdidas, sobre todo con respecto al pan que llevaban, que lo tenían racionado hacia ya bastante tiempo.

Saavedra aconsejado por el piloto dio orden de dirigirse a la isla de Bimian y si esta nos fallaba a isla Grande.

Dos días después se dieron con otras islas que tenían la misma pinta. Se metieron entre las islas, que no era lo aconsejable, por la extrema necesidad que tenían de agua. Finalmente lograron tomar un puerto en una de ellas que estaba despoblada. Saltaron a tierra todos en busca de leña y agua. Como las encontraron estuvieron allí durante ocho días que aprovecharon para intentar averiguar por donde les entraba el agua en la nao, sin conseguirlo.

La leña fue fácil de encontrar pues la había y en abundancia. No así el agua ya que no vieron ningún manantial ni riachuelo en donde abastecerse.

Al final no tuvieron más remedio que optar por hacer un agujero en la arena y cuando finalmente la encontraron resultó ser salada. No se desalentaron por ello ya que la necesitaban con urgencia y cavaron otro agujero en el extremo opuesto de la isla, que era un poco más elevado, y allí sí la hallaron. Esta sí era de bastante buena calidad. Llenaron doce pipas de agua.

De vez en cuando veían velas que se alejaban rápidamente apenas intentaban acercarse para mantener contacto.

Un domingo, después de la celebración de la Santa Misa, vieron como dos velas se acercaban a ellos desde una isla situada un poco más al norte. Se detuvieron a un tiro de lombarda de donde se encontraban.

Saavedra tuvo la sensación de que si se acercaban demasiado huirían por lo que se limitó a enviar a dos hombres para que trataran de averiguar quiénes eran y en donde estaban. Se acercaron a pie, pues se encontraban en un bajo y el agua apenas les llegaba a las rodillas.



Los nativos al verlos aproximarse se bajaron cuatro de ellos de sus canoas y salieron a su encuentro. Posiblemente la curiosidad era superior a su miedo. Estuvieron un rato hablando, posiblemente para llegar a entenderse aunque solo fuese por señas.

El capitán envió un tercer hombre para tratar de convencerles de que uno de ellos se acercase a hablar con él, mientras uno de los españoles se quedaba como rehén entre ellos para asegurar su vuelta.

No se fiaron ni incluso cuando se ofrecieron a quedarse como rehenes en sus barcas dos de los españoles hasta que regresase el parlamentario. No los lograron convencer y cuando se cansaron subieron a sus canoas y se marcharon.

El plazo que se tomaron para abastecerse de agua y leñas y de paso intentar solucionar el problema que tenían con las vías de agua se había terminado y decidieron partir.

Se dejaron dos amarres pues los fondos eran muy sucios y no pudieron soltarlos. Finalmente salieron atorando de allí, con gran esfuerzo y peligro, pues estaban completamente rodeados de bancos de arena. No sin antes dejar un mensaje en el interior de un botijo y al pie de un árbol para advertir a las dos naos perdidas, si por ventura se acercaban por allí, de la ruta que tomaban y donde podían encontrarlos. Como mal menor obtuvieron de allí hasta dieciocho pipas de agua que, por lo menos de momento, los sacaba del apuro.

Anduvieron dos semanas y media haciendo leguas hacia occidente. Unos días veían pájaros y otros maderos, ramas de árboles y en definitiva muchas señales de que la tierra estaba próxima, pero no la avistaron ni hicieron nada por encontrarla.

Mientras pasaron muchas cosas y ninguna buena. Un día el piloto Ortuño de Arango se puso enfermo. Al siguiente estaba muy malo y no entendía nada de cuanto le decían. Lo bajamos a la bodega para protegerlo, hizo testamento y poco después murió.

No tenían otro de reserva y Saavedra eligió para el cargo a un marinero llamado Vierco, que no sabía ni medir el sol, pero no se le podía negar que tenía mucha experiencia en las cosas de la mar. Era el sábado veinticinco de enero de 1528.

Mientras estábamos dándole mar al piloto, murió el herrero.

El sábado uno de febrero, vísperas de la candelaria avistaron otra tierra. Y a la mañana siguiente fueron sobre ella y fondearon. Estuvieron allí lunes y martes y ese último día murió un marinero al que llamaban Cansinola, aunque su verdadero nombre era García Alonso Cansino. Era popular en la nave por ser familia de los hermanos Pinzones de los que solía contar muchas anécdotas que entretenían a la gente.

Continuaron el viaje hasta llegar a un lugar llamado Ancón y fondearon en su puerto. Esa tarde pasó por su lado, a cosa de un tiro de mosquete de distancia, una canoa tripulada por siete hombres que no paraban de gritar “Castilla” “Castilla”, pero no hicieron nada por acercarse y mucho menos para detenerse.

El cinco de febrero de 1527 apareció otra canoa grande con catorce personas a bordo y esta vez sí se acercaron a la nave, les dijimos que queríamos hablar con ellos y nos respondieron que al día siguiente volverían.

Efectivamente así lo hicieron pero de ninguna de las maneras quisieron subir a bordo. Para convencerlos enviamos una barca. Se quedaron como rehenes tres de los españoles en la canoa, entre los cuales se encontraba el Maestro de Campo, para que dos de los indios accedieran a subir al esquife y dirigirse a la nave. No sacaron nada en claro pues solo acudieron para negociar con una sarta de cuentas sin ningún valor, ni intención de tratar otros asuntos. Visto el éxito de la entrevista pidieron regresar con la barca a sus canoas, pero todo había sido ardid perfectamente planeado para tratar de tomarla cuando estuvieron junto a su embarcación. Pero los castellanos estaban preparados y se libraron de ellos hiriendo a tres indios. Visto que no tenían nada que hacer allí partieron de nuevo.

El veintitrés de febrero levaron velas y fueron costeano por el lado sur de aquella isla. Recorrie-



ron ochenta leguas en cinco días. Esta isla grande se llamaba Mindanao. Esa misma tarde nos salió al paso un caraluz, que venía a ser como un bergantín pequeño, tripulado por catorce personas. Una de ellas les dijo ser el Rey del lugar y les invitó por señas a que fueran a su pueblo en donde nos darían arroz, cocos y agua y en donde podríamos conversar en la lengua de Castilla.

La posibilidad de que hubiese cristianos en el lugar les animó a seguirlos para que los llevaran a un lugar en donde pudiesen fondear y platicar de cosas esenciales y no únicamente las básicas que permitía la mímica.

Una vez en el lugar les invitamos a subir a bordo pero ellos se negaron. Entonces les tiramos botijos y cantaros para que los llenasen de agua y los trajeran.

Así lo hicieron pero a su regreso tampoco quisieron subir a bordo y tuvimos que subirlos con unos ganchos desde las canoas que los ofrecían.

Nos quedamos allí esperando la comida que también les habían prometido. Al día siguiente regresaron en son de paz pues traían a sus mujeres y niños que los observaban desde tierra a la distancia de un tiro de ballesta.

El Rey del lugar se llamaba Catonao y llegaba acompañado de su yerno, que también era rey, Se acercó el más joven, acompañado de tres personajes, que parecía gente importante, y de un niño que resultó ser su hijo.

No pusieron ningún problema para subir a bordo e incluso el mismo Saavedra tomó al niño en brazos para izarlo más cómodamente.

Les dieron abalorios, de comer y estuvieron en la nave como media hora. Para posteriormente expresar sus deseos de bajar a tierra.

El martes de carnaval llegaron de buena mañana once canoas repletas de arroz, cocos y gallinas. Otras traían unas cortezas de árboles de color verde que dijeron era canela, aunque a los españoles no se lo pareció.

Esa misma noche, sin que los castellanos se enterasen de nada, llegaron dos canoas cuyos tripulantes se lanzaron al agua para sacar una de las anclas de su lugar. Tiraron de la cuerda pensando que arrastrarían a la nave y al no conseguirlo cortaron la cuerda y se llevaron el ancla. Posteriormente regresaron, esta vez encima de un caraluz, portando un bejuco tan grueso como la muñeca de un hombre y que tenía trescientas brazas de longitud. Ataron el bejuco al cable y lo llevaron a tierra en donde unas trescientas personas tiraban de él tratando otra vez de arrastrar la nave a tierra.

Todas estas maniobras la hacían siguiendo el consejo de tres españoles que tenían esclavizados y procedentes de una nave de la expedición de Loaisa.

-¿Por qué no podemos arrastrar la nave? – preguntó el yerno de Catonao a uno de ellos.

-Posiblemente tengan otra ancla en el lado opuesto- le respondió el aludido- es lo que suele hacerse en estos casos.

Se acercaron sigilosamente a la proa de la nave para investigar. El centinela que estaba allí de vela los vio llegar, pero como tenía orden de no hacerles ningún mal a los nativos, este les dejó acercarse y cuando vio que con un alfanje estaban a punto de cortar la soga que unía el ancla a nave, les habló en voz alta.

Al detectar que habían sido descubiertos huyeron del lugar haciendo burla al centinela. Este no le dio más importancia al incidente.

Ese mismo día, al amanecer, saltó el viento de tierra y comprobaron que la nao garreaba. Halaron el cable y vieron que había sido cortado y que faltaba el ancla. Como el bejuco continuaba atado, no precisaban ser unos lince para darse cuenta de la traición que habían sido objeto.

Ya estaban sobre aviso pero a partir de entonces lo estuvieron más.

Era el miércoles de ceniza cuando al amanecer observaron la presencia de un hombre que medio escondido entre las piedras de la costa, trataba de llamar su atención por medio de señas con los brazos, mientras les hablaba en castellano.

Saavedra envió inmediatamente el batel para recogerlo y este al ver que se acercaba se lanzó al agua para salir a nado a su encuentro.

Lo trajeron a la nao y por él supieron de todo lo sucedido la noche anterior.

Se trataba de Sebastián de la Puerta, casado y con domicilio en la Fraxa de la Coruña, el cual había llegado hasta allí a bordo de la Santa María de la Parral, otra de las naves perdidas de la expedición de Loaisa.

Le dieron de comer y lo vistieron con decencia pues llegaba completamente desnudo. Desde la muerte del piloto de la Florida nadie sabía tomar el sol y desconocieron en todo momento el lugar y la latitud en que se encontraban.

-¿Sabes en que latitud nos encontramos? – pregunto el Capitán como si fuese lo único que le interesaba saber.

-Cuando llegamos aquí recuerdo que el Bachiller Tarragona, que era el encargado de esas cosas, lo pesó en una bahía cercana aquí y nos comunicó que estábamos a ocho grados

-¿Norte o sur?

-Me pedís demasiado...

-Por las estrellas es el norte – intervino un marinero veterano que no entendía de esas cosas pero, con solo observar el cielo, sabía en donde se encontraba.

-Gracias Bruno – se lo agradeció Saavedra.

-Lo que también sé – añadió Sebastián – es que nos encontramos en un archipiélago que llaman “Célebes”; sus habitantes son gente muy traicionera, les advirtió; tienen mucho oro que lo sacan de unas minas de su propiedad; visten buenos paños de algodón; son gente de tez blanca; tienen buena disposición y sus mujeres son hermosas. Tienen por armas unas espadas que llaman alfanjes, lanzas y flechas, pero los más peligrosos son unas cerbatanas que lanzan unas saeticas de un palmo de largo que tienen la punta emponzoñada con una hierba. Como protección gastan unas corazas de pescado (tortugas) y unos coseletes muy buenos de algodón. También tienen armas de bronce que disparan tiros con pólvora que fabrican ellos mismos. Sus reyes son inmensamente ricos, disponen de coronas deoros adornadas con piedras preciosas y disponen de comida en abundancia.

Saavedra estaba entusiasmado por la descripción que en pocos segundos les había hecho su nuevo compañero, de esas gentes. Y que con toda seguridad le hubiese llevado, en otro caso, meses de convivencia para conocerlas.

Después con más calma y durante la tertulia que acompañó a la cena de ese mismo día, tuvo la ocasión de contarles la historia de su cautiverio.

-En el galeón Santa María del Parral, venía como Capitán Don Jorge Manrique, en su compañía el Bachiller Tarragona y Agustín Varela como Maestre. Arribamos a esta isla que después supe se llama Vizaya, que tiene tres provincias: Bixalia, Catile y Ratabaluy. Pues bien, llegamos a un lugar de esta última en donde pudimos fondear. Recuerdo que era domingo y que después de la misa desembarcamos con el batel. Aparte de un servidor iba el Bachiller Tarragona, Andrés de Aragón y otros diez compañeros. Apenas tocamos tierra nos atacaron doscientos guerreros todos ellos muy bien armados y aunque intentamos defendernos no pudimos. Mataron al Bachiller y a otros ocho compañeros y solo no salvamos tres grumetes y yo. Me trajeron posteriormente a esta localidad que es la de Maluarbuco que está a veinte leguas de donde nos prendieron. El hombre que me compro es un tratante de canoas y en uno de sus viajes a Cebú me llevó con él y así pude enterarme por sus naturales que ocho prisioneros españoles, llegados con la expedición de Magallanes, habían sido vendidos a comerciantes chinos, hacía de ello cinco años, únicamente por unos bacanes de metal. También me he enterado que en estas islas no hay especiería, únicamente una forma salvaje de la canela de color verde y de muy baja calidad.

-Probablemente las cortezas verdes que nos ofrecieron el otro día – observó Saavedra arrepintiéndose casi inmediatamente de haberlo interrumpido ya que todo lo que decía resultaba interesante.

Sebastián asintió con la cabeza y continuó su relato.

-Son idolatras y de vez en cuando sacrifican hombres a su dios, al que llaman Amito y que también suelen ofrecerle comida y bebida.. Suelen vivir cerca de la costa y disfrutan mucho del mar montados en sus canoas.

-Y a los que quedaron en el galeón ¿Qué les pasó?

Sebastián se alzó de hombros.

-Lo ignoro a ciencia cierta, Pero por lo que he podido captar de aquí y de allá, sé que después de abandonar el lugar, tras la escabechina a que nos sometieron, pusieron rumbo sur y según los indios de Pojanes embarrancaron en un lugar de allí aunque se ignora el sitio exacto.

-¿Sabes algo del resto de la flota de Loaisa?

-Llegamos solo – le respondió negando a su vez con la cabeza para darle más fuerza a su afirmación – Pero hace un año o cosa así me topé con un indígena de la Isla de los Ladrones, que al conocer que era español, se interesó por hablar conmigo. Vive ahora en la isla de Vizaya en la provincia de Malecombuco. Me confesó que hacía poco tiempo una nao llegó a su isla. Que su capitán lo invitó a subir a bordo, junto con unos compañeros, y posteriormente ya nos los dejó bajar. Se los llevó consigo, hasta la isla de Vizaya en donde lograron escapar. Durante el trayecto los trataron bastante bien pues le daban de comer y beber cuanto quisieron, pero les tenían, por turnos, todo el día dándole a un palo sin saber el por qué.

-¿Qué nave sería esa? – se interesó Saavedra

-Me dijo que se trataba de una nao muy grande. ¡Enorme! Y que llevaba una negra que se decía María e iba con su hijo. Por esos datos y por otros que pude sacarle consideré que se trataba de la nao de Loaisa: Santa María de la Victoria que lleva a bordo una efigie con esas características.

-¿Lo crees seguro? De eso se deduce que la Victoria ha llegado hasta aquí...

-También la Parral y ahora está en el fondo del mar.- añadió Sebastián- Lo único que me desconcierta es que la descripción que me hizo de su capitán con concuerda con la imagen que recuerdo de Loaisa o Elcano.

-Igual han fallecido y es otro el que se encuentra al mando de la nao. – insinuó Saavedra.

-Posiblemente – certificó Sebastián – pero lo cierto es que si llegaron hace casi un año, seguro que han abandonado estas tierras y ahora se encuentran ya en el Maluco.

Sebastián quedó satisfecho de su relato. Contó todo lo trascurrido desde su llegada a las Célebes pero nada de la revuelta surgida en alta mar encabezada por Sánchez y Romay y secundada por parte de la tripulación, que terminaron con las trágicas muertes del Capitán Nájera, su hermano y el tesoro.

Solo Dios sabía si esos dos proscritos estaban todavía vivos, donde estaban y desde luego solo a él le correspondía impartir justicia. Si al final se tenían que enterar de todo lo ocurrido, que fueran otros los que hablasen, pues no sería él el que levantara la liebre.

Desde allí tomaron la dirección norte rumbo al Cabo Tacabna situado a cincuenta leguas de donde nos robaron el ancla. Tardaron dos días en llegar y cuando pasaron dos leguas de ese cabo les sorprendió un viento del norte por lo que tuvieron que amainar las velas y se pusieron al paio. Después saltó el viento este noreste y nos metimos dentro de una bahía buscando refugio. Buscaron fondo cerca de una isleta pero no pudieron encontrarlo. Amainaron la vela y fueron con la barca a tierra: el capitán, la Lengua, que es como llamaban cariñosamente a Sebastián por su labor de intérprete, y una docena de hombres bien armados para evitar sorpresas.

Apenas llegamos a un tiro de piedra de la playa salieron de la espesura unos cincuenta indios armados con espadas y paveses.

Sebastián actuó con celeridad antes de que alguien se lo pidiese.

-¡No tengáis miedo! ¡No venimos a haceros ningún daño! Solo queremos comprar alimentos y se os pagara por ello

Los indios se detuvieron y depusieron sus armas al ver que se les hablaba en su propio idioma. Cuando se repusieron de la sorpresa el que parecía estar al mando de todos ellos respondió.

-Eso lo tiene que decidir el Rey. Que tiene mal de pie – posiblemente gotoso – y no podrá venir con la celeridad que vosotros deseáis. Tenéis que esperar hasta nuestro regreso.

A pesar de lo dicho no tardó en presentarse. Para demostrar que venía en son de paz, llegó acompañado de su esposa y cuatro hijos, dos hembras y dos varones.

Uno de ellos portaba sus armas: una armadura de cabezas de plumas en una mano y la espada y la rodela en la otra.

Llegaba cojeando visiblemente, aunque trataba de disimularlo, y con un pie evidentemente hinchado. Se sentó en el suelo encima de unas mantas que le tendieron.

Solo entonces habló la lengua diciendo que allí se encontraba un capitán del Emperador de España, que llegaba para hacer la paz con ellos, tenerlos como amigos y no hacerles ningún mal ni daño.

-¿Qué es lo que queréis? – preguntó el Rey.

-Solo bastimento... y se os pagará por ello.

-No puedo entregaros nada hasta que no hagamos la paz...después tendréis lo que queráis.

-¿Cómo hacerla? – Sebastián sabía perfectamente en qué consistía la ceremonia, pero no quería demostrarles a los indígenas que estaba informado de sus costumbres ni ser él, el que tuviera que darle la desagradable noticia de en qué consistía la ceremonia que celebrarían a continuación a su superior. Si quería negarse que lo hiciese directamente y no posteriormente por su mediación.

-Hay que sangrar los brazos y cada uno debe beber la sangre del otro.

Era una costumbre conocida por los españoles ya que con anterioridad Magallanes en su viaje tuvo que celebrarla aunque según parece no le sirvió de nada.

Saavedra por su parte, recibía la traducción de las palabras del Rey casi inmediatamente, pero permanecía en la barca, presto a huir si la cosa se terciaba, ya que continuaban sin fiarse de nadie.

No tuvo ningún inconveniente en secundar la paz y aceptar la ceremonia aunque el método no le juzgase muy agradable.

Invitó al cacique a pasar a la barca.

-Mejor que seáis vosotros quien bajéis a tierra, pues como podéis comprobar yo estoy impedido por mi mal – le dijo por medio de la Lengua que les servía de interprete.

Saavedra, vistas las circunstancias, estuvo de acuerdo y cuando iba a bajar del batel con sus armas y a punto para la guerra. El Rey lo detuvo con un gesto de la mano mientras le decía.

-No bajéis armado, sino sin ellas. Pues temo me matéis o me hagáis cualquier otro agravio. Pues estáis armado y lo podéis hacer. Yo soy un hombre enfermo y no me puedo defender.- Tras una breve pausa en la que pareció cambiar de opinión continuó – mejor será que volváis a vuestra nave, que allí os enviaré todo el bastimento que haga falta.

Saavedra aceptó encantado, ya que las negociaciones se hubieran roto ya que no estaba dispuesto a bajarse del batel desarmado, pues aunque era cierto que el rey estaba inerme y medio lisiado, también era cierto que detrás tenía un ejército armado hasta los dientes. Sin más palabras regresó a su nave.

El problema surgió cuando la nao no pudo fondear en la bahía por ser muy profunda y, por lo tanto, no le fue posible echar el ancla. Quedó al paio.

Estando las cosas así, salto el viento del noroeste, viéndose forzados a izar las velas y salir de allí sin poder esperar a recibir los alimentos. So pena de que una ventolera los arrastrase hacia la costa y encallasen.

Después de recorrer unas diez leguas y a punto casi de salir de la bahía encontraron dos islas llamadas: Candiga y Sactagan.

Tomaron puerto en dicho lugar a eso del mediodía y antes de que pudiesen fondear salieron los naturales con un caraluz. Eran por lo menos veinte personas y entre ellos traía a dos españoles pri-

sioneros, completamente desnudos y con las manos atadas a la espalda.

-¡Somos de la armada de Loaisa! - Dijeron los cautivos en castellano. Estamos prisioneros desde hace cinco meses. Os rogamos nos rescatéis y no nos dejéis en este lugar dejado de la mano de Dios.

-No os preocupéis que aunque me pidan todo lo que tengo, que no sea el navío, yo os rescataré. Decirles a vuestros carceleros que vengo en nombre del emperador de España para hacer la paz con ellos. Decidles también que necesitamos bastimentos y que le pagaremos con gran placer.

Mantras la nave fondeaba los indígenas volvieron a su poblado para regresar cuando la maniobra estuvo terminada, en compañía de los dos españoles.

Los nativos insistieron que antes de cualquier intercambio debía realizarse la imprescindible ceremonia de paz. La cual se celebraba bebiendo la sangre de su oponente como ya queda dicho.

El capitán Saavedra ya comenzaba a comprender la idiosincrasia de los nativos y pidió a uno de ellos que subiese a la nave mientras enviaba a uno de sus hombres a tierra como garantía de que no habría ninguna celada. Roto el hielo, al día siguiente, con las mismas garantías, se presentó el Rey en la nave para realizar la indispensable ceremonia.

Después de celebrada, inmediatamente trajeron los bastimentos que parecía estaban ya preparados de antemano: gallinas, arroz, vino de la tierra, batatas y lo que más codiciaban los españoles: clavo y canela. Pues entre otras cosas Saavedra ya estaba pensando en el viaje de regreso con su nave colmada de especias. A cambio entregaron mantas y lujosos manteles de Nueva España.

Estuvieron tres días más disfrutando de las bondades del lugar a la vez que intentaban cerrar el trato para la liberación de los dos españoles.

Para el rescate los nativos solo aceptaban oro, pidiendo el equivalente a unos setenta pesos. Para lo cual, el capitán se los entregó separando un trozo de una barrita fundida y marcada. Cuando posteriormente los españoles subieron a bordo, ya liberados, pidieron además una barra de hierro que Saavedra no tuvo ningún inconveniente en darles.

Interrogados los dos españoles, les dijeron que los castellanos se encontraban en una isla llamada Tidore, que estaban en guerra con los portugueses y dicha isla distaba de allí unas cien leguas.

Nos hicimos a la vela con viento del norte y rumbo hacia el sur. Anduvimos durante cuatro días entre una multitud de islas, todas ellas pobladas, hasta llegar a la isla de Ternate en donde los portugueses tenían una fortaleza.

Al mediodía vimos acercarse tres coracoras, que son una especie de canoas de aquella zona, tripulada por cinco o seis portugueses. Una de ellas se acercó a nuestra nave y al decirles que éramos españoles y llegábamos desde Nueva España, sin ni siquiera respondernos ni decir cosa alguna regresaron todos alarmados a su fortaleza que estaba a unas diez leguas.

Ese mismo día, pero por la tarde, vinieron hacia nosotros otras tres coracoras con sendos españoles y algunos indios. Igualmente nos preguntaron quiénes éramos y al responderles que de España no nos creyeron, diciéndonos que tratábamos de engañarlos y que éramos portugueses.

-Mirad la enseña que no es precisamente la lusa, ya que luce las armas del Emperador.

-Cierto. Pero esa la puede poner cualquiera y seguro que a bordo lleváis otra francesa...

-¡Te juro por mi santa madre que soy de Cádiz! - le respondí uno de los tripulantes con claro acento andaluz.

-¿Cuándo salisteis de España? - preguntó el castellano que no terminaba de creerlos.

-Salimos hace tres meses de Nueva España, enviados por el gobernador de aquellas tierras Don Hernán Cortes, siguiendo un mandato del Emperador.

La duda que en un principio tenía el de la coracora es que no era posible que hubiese llegado ayuda de la península, que por otra parte no habían solicitado aunque la necesitasen, en tan poco tiempo, teniendo en cuenta las dificultades con que se habían encontrados ellos para llegar.

El hecho de que les dijese que llegaban de Nueva España resultaba mucho más factible y de paso les abría una puerta, que hasta ahora no habían contemplado, para un posible camino de regreso a la península mediante esa ruta.

Sin embargo aun tenía sus dudas; y después de hacer jurar a los de barcos, por las dos o tres cosas más sagradas que se le ocurrió, que eran españoles; y aquellos aceptar. Se atrevió uno de ellos a subir a la nave.

Una vez allí quedó completamente convencido al reconocer a uno de los castellanos recientemente rescatado y que conocía desde su etapa en la Coruña. Animó a sus dos compañeros a que lo imitasen.

Saavedra supo por ellos que apenas a unas diez leguas de allí se encontraba el Capitán Hernando de la Torre, con una dotación de ochenta hombres pertenecientes a la armada de Loaisa.

Después de un frugal refrigerio, uno de los españoles partió para dar la buena nueva a De la Torre, mientras los otros dos quedaban en la nao para conducirlos a buen puerto y los nativos partían con las dos coracoras restantes para informar al Rey Tillo que estaba a apenas a tres leguas de allí.

Pero las sorpresas todavía no habían terminado. El día siguiente, por la mañana, vieron llegar a una fusta, que iba remolcada por una docena de coracoras ya que el mar estaba en calma y no soplaban el viento. Llegaban con toda seguridad de Ternate, en donde estaban los portugueses, y trataban de acercarse a la nave, ya que los dos españoles que terminaban de acoger no reconocían esa embarcación como propia.

-Esos vienen para prendernos o echar a pique esta nave – le advirtió uno de los recién embarcados – Si estuviese en su lugar los recibiría con tiros de cañón para desviarlos, pues si los deja acercarse ellos tendrán ventaja.

-Pero no estás en mi lugar – le reprochó sus palabras – Aunque te lo agradezco pues sé que solo tratas de advertirme. Pero yo no he venido aquí a luchar con nadie... mientras ellos no se metan conmigo... Así es que esperemos acontecimientos antes de actuar.

-¿De dónde sois? – preguntó alguien desde la fusta que además dijo llamarse Ximón de Vera y hablar en nombre y representación del Capitán Hernando de Vanday.

-¡De Nueva España! – respondió Saavedra.

-Embarcar pues en nuestro batel en donde podremos hablar y agasajaros.

-Más cómodos estaríamos a bordo de esta nao...

-Mis superiores no me lo permiten.

Saavedra sabiendo por donde iban los tiros, cortó por lo sano pues tenía claro que cada uno temía una celada del otro.

-Pues entonces embarcar vos en vuestro batel que yo haré lo propio en el mío y nos encontraremos a mitad del camino entre ambas naves.

-No pienso abandonar mi nave – le respondió el portugués.

-Ni yo la mía. Si queréis platicar lo haremos en la distancia. ¿Hay españoles en esta zona? – le preguntó Saavedra yendo al despiste pues concretamente en este punto estaba bien informado.

-Hace siete meses llegó una nave desde España, les dimos bastimento y cargaron especias. Estuvieron unos días en nuestra fortaleza y regresaron a la península. Lo mismo podemos hacer con vosotros si aceptáis acercarse a nuestro fuerte.

-¡De acuerdo! – aceptó el español – ir delante mostrándonos el camino que os seguiremos.

-No podemos hacerlo si vos no venís conmigo.

-Entonces difícil lo veo...

-De no aceptar, tened en cuenta que todo lo que pueda pasar será por vuestra culpa.

-Si aquí no hay españoles tened por seguro que hará lo que vos decís y partiré inmediatamente, pero si los hay quiero ir en donde ellos están, pues al fin y al cabo son mis compatriotas y a ayudarles venía si lo precisaban.

-Ten por seguro que no los hay por toda esta tierra.

-¡Ah! Simón de Vera... ¡Porque no habláis verdadero?

Apenas escucharon esas palabras los de la fusta, viéndose descubierto, enviaron a su lombardero a prender fuego a un cañón cargados de piedras que tenían preparado en la popa.

Quiso Dios que no saliese ese disparo ni otros que les hicieron.

Visto lo que tramaban, Saavedra trató de responderles dándole fuego a su artillería que efectuó tres disparos, pero la fusta era tan pequeña y estaba tan cerca que los proyectiles pasaron por encima sin causarles daño.

Parecía que Dios quería imponerles la paz, pues repentinamente les envió un aguacero del sureste que hizo que cada nao cogiese la salvación por donde pudiese y los españoles tomaron la vía del puerto de Gilolo en donde se encontraban sus compatriotas.

Con el viento a favor los dejaron de popa, pero ellos, pertinaces, seguían a los españoles mientras les disparaban sus cañones, sin alcanzarlos, hasta que llegaron al puerto.

Los portugueses regresaron a su fortaleza, pero por el camino se encontraron con un bajel, fuertemente artillado, al mando de otro capitán que llegaba para reforzarlos. Después de un breve intercambio de opiniones, optaron por regresar a por los castellanos.

Cuando se pusieron a tiro comenzaron a darles de batería y los castellanos a ellos. Quiso Dios que solo uno de los disparos diese en el mastelero mayor, sin perjudicar a la vela que estaba ya recogida y cayese a cubierta con gran estropicio pero sin causar ningún daño.

Estuvieron cuatro horas bombardeándose mutuamente hasta que apareció una fusta que allí tenía el capitán Hernando de la Torre y que apenas la vieron los portugueses, al igualarse las fuerzas, salieron huyendo hacia su fortaleza.

Mientras todo esto ocurría y españoles y portugueses estaban inmersos en una guerra que nadie deseaba en el mismo culo del mundo, y de la que los mismos participantes poco beneficio iban a sacar; resultaba que el emperador Carlos estaba falto de dinero, ya que según parece al año siguiente (1529) tenía que ir a Roma para ceñirse la corona imperial, pero antes todavía debía comprar algunas voluntades.

Como ya estaba endeudado hasta la coronilla, no tuvo más remedio que empeñar a los portugueses, los únicos interesados en ello, sus derechos al Moluco.

Digo “empeñar” y no vender porque pensaba recuperarlos tan pronto tuviese el dinero necesario para pagar su deuda.

Que los portugueses pagaran los 350.000 ducados de oro que solicitó, demuestra que estos no tenían muy claro que dichas islas estuviesen en su demarcación y fuesen realmente suyas.

¿Pero qué pasó realmente alrededor de todo este enojoso asunto?

Con el tratado de Tordesillas los españoles trataban de quedarse con la parte más apetitosa del territorio que se iban a repartir y que no era otra cosa que las llamadas islas de la especias, que los portugueses, en cierta forma, ya estaban explotando.

El mundo entonces se creía más pequeño de lo que en realidad era, por lo que no tuvieron ningún inconveniente en trasladar la línea de demarcación de las cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde inicialmente prevista, hasta las trescientos setenta leguas en que quedaron posteriormente, aun a costa de ceder una parte importante de las costa Brasileña, para asegurarse su propósito.

¿Para qué alejarse tanto si con las cien leguas iniciales bastaban para satisfacer a todo?

Los portugueses no tuvieron más remedio que aceptar a pesar de sospechar que allí pudiese haber gato encerrado. En primer lugar porque el juez era español, el Papa Alejandro VI, y porque la fuerza, a pesar de los continuos pactos de familia, bodas entre los hijos de ambos monarcas, estaba de parte hispana.

Pero de momento esto no les afectó demasiado a los portugueses, ya que eran ellos quienes explotaban de momento dichas tierras y la posibilidad de que los españoles se presentasen allí, siguiendo



obligatoriamente la ruta que tenían asignada, era una autentica quimera, por lo que tampoco pudieron muchos inconvenientes. Era todo cuestión de dejar pasar el tiempo y posteriormente ya se vería quien tenía razón.

Cuando Elcano dio la vuelta al mundo, los cosmógrafos españoles, por los datos que aquel pudo proporcionarles, se dieron cuenta de que la opción de que esas islas fueran españolas no estaba demasiado clara y si los portugueses llegaban a enterarse de esos datos no tardarían en ejercer su derecho, por lo que lo urgente era ocuparlas antes de que eso ocurriese.

Ese y uno otro fue el principal motivo de la expedición de Loaisa y del interés del emperador en enviar continuas expediciones hasta consolidar su ocupación.

Pero las cosas no estaban saliendo como la tenía proyectada y sabiendo que eso era pan para hoy pero hambre para mañana y que cuando los portugueses se enterasen que la razón los acompañaba, no tendría más remedio que abandonarlas

Pero Carlos no se quería irse con las manos en los bolsillos y estos vacíos, pues bastante dinero le había costado la organización de tanta expedición, para dejarlo todo como estaba, por lo que decidió sacarle el máximo provecho al asunto.

Lo más fácil era tratar de venderle a uno lo que le pertenece. Supongo que habrá algún timo de esa clase en el amplio repertorio español, pero si no es así ellos lo inventaron.

El plan consistía en venderles esas islas a los portugueses por 350.000 ducados de oro, cantidad muy respetable en aquella época. La disfrazaron de una hipoteca para dar la impresión de que los españoles no pensaban deshacerse de ellas, para que no sospechasen, y que el motivo solo era el económico al tener la necesidad de recaudar fondos para ser elegido emperador. En el futuro le bastaría devolver lo recibido para recuperar plenamente sus derechos.

Para que los portugueses picaran hicieron correr la voz de que disponían de un mapa, en el que podían demostrar ante el Papa, juez de la contienda, que dichas islas caían dentro de la zona de influencia española. (Ver página 172)

Dicho mapa, que finalmente salió a la luz en el año de 1529, editado por un cosmógrafo alemán, previamente había sido encargado por la corte española para este fin. En el mismo aparecían las islas de las especias inmediatamente a la derecha de la línea de demarcación y por lo tanto en la parte española.

Según parece una copia de ese mapa fue robada de los archivos españoles y ¿misteriosamente? cayó en mano de los portugueses, que en el Tratado de Zaragoza se apresuraron a pasar una oferta a los españoles, antes de que estos presentaran dichas pruebas al Papa.

Con ello consiguieron un préstamo de los portugueses que en ningún momento tenían la intención de devolver, ya que la prenda en garantía no era suya.

XXXXX  
XXX  
X



Pero volvamos a la realidad del momento. Allí, en donde se encontraban fondeados, se encontraba la gente del Comendador Loaisa al mando del Capitán Hernando de la Torre, natural de Burgos, el cual tenía hasta ciento veinte hombres disponibles, correspondientes a los supervivientes de la nao Victoria y algunos hombres de Espinosa, capitán de la nao Trinidad de la flota de Magallanes, que después del fracasado intento de tornaviaje, allí los encontró.

Disponía además de dos docenas de piezas de artillería, desguzadas de sus naos. Y durante su permanencia en el lugar, ocho meses, construyeron una fusta, que es la acudió en auxilio de la Florida, porque navegaba mejor que las naos en el laberinto de islas en que se encontraban.

El capitán Saavedra y toda su tripulación, que ya no pasaba de los treinta individuos, desembarcaron y fueron agasajados por los españoles que los recibieron como agua de mayo, y por el Rey de Tidore, un tal Rasamira, que se alió con los españoles en contraposición de los portugueses que apoyaban a su rival de Ternate y le hacían la vida imposible.

El capitán de la Torre, les trató muy bien, aposentándolos en su fortaleza, pues en realidad creía que habían llegado para quedarse.

Pronto le sacó Saavedra de su error al informarles que sus instrucciones era entregarles bastimentos, principalmente armas y pólvora, y regresar a Nueva España cargado de especias. Le consoló parcialmente al saber que esto atraería la codicia de otros inversores y las caravanas de naos en el futuro procedentes de América, algunas de ellas para quedarse, se sucederían.

Los portugueses por su parte tenían la mosca detrás de la oreja pues la llegada de la Florida demostraba que los españoles podrían llegar desde Nueva España, al lugar del conflicto, antes que ellos desde la península y eso desnivelaba la balanza a favor de los castellanos y les quitaba una ventaja de la que hasta ahora habían disfrutado. Tenían que evitar a toda costa que el éxito de la Florida se propagase y les llegase un aluvión de naos desde América. Se hacía imprescindible capturarla o hundirla para evitar que regresase con la noticia. Lo que no sabían en esos momentos es que ellos no podrían impedirlo... pero la naturaleza sí.

Los españoles estuvieron allí durante dos meses, que emplearon en carenar su nave y averiguar por donde diantres hacia agua. Aparte de, poco a poco, ir abasteciéndola de productos no perecederos para el viaje de vuelta.

Para los portugueses de acuerdo con sus planes de capturar la nave, no los dejaban tranquilos. A los dos días de estar allí volvieron la fusta y el bajel para bombardearlos, aunque no consiguieron hacerles ningún daño.

Por ese motivo planearon no atacarles directamente sino con nocturnidad, alevosía y cuando las condiciones le fuesen totalmente favorables. Quince días más tarde regresaron la fusta y el bajel, aprovechando que la Florida se encontraba en seco mientras la reparaban, y la fusta de Hernando de la Torre, ausente, pues así se lo había informado un espía que enviaron con anterioridad.

Llegaron casi a hurtadilla, costeando y al amparo de la noche, para no ser vistos y con ánimo de sorprender a los castellanos. Pero fueron detectados a tiempo y les tendieron una emboscada. Llenaron la fusta de gente y pusieron de capitán a un tal Ríos, que era de Toledo y más militar que marino.

Le advirtieron que no se liara a bombazos pues entonces tendría las de perder, su misión consistía en abordarla y traer a su gente presa hasta nuestra fortaleza.

Así lo hizo. Se lanzó sobre la fusta, se aferró a ella y a base de escopetazos mató a mucha gente incluido el capitán Fernando de Vaday, viejo conocido nuestro.

Muerto este los restantes no tardaron en rendirse. Mientras el bajel, viendo el resultado de la batalla, en la que apenas tuvo la oportunidad de intervenir, y temiendo la aparición de la nao en cualquier momento, optó por huir, ya que toda la información facilitada por su espía, por lo menos hasta ese momento, estaba resultando falsa. Optó por curarse en salud.

La Florida se terminó de aderezar a finales de mayo de 1528 y fue entonces cuando se presentó un portugués, con una carta para Saavedra de parte de un tal Gonzalo Gómez de Acevedo, capitán

que terminaba de llegar de la metrópoli con cinco naves y doscientos hombres.

Le informaba, confidencialmente, que cuando arribó, el gobernador luso de la zona, Jorge Meneses (el que firmó de su puño y letra la orden de eliminar a todo español que se encontrase por la zona, según vimos en el apartado dedicado a la San Lesmes) le pidió cayese sobre los castellanos y los aniquilara. Él, desde luego, no tenía ninguna orden, de su Rey, en ese sentido y le manifestó que si él, si la tenía, se la enseñara. Lógicamente carecía de ella por lo que le contestó.

-Lo que vos no habéis querido hacer no me lo mandéis a mí.

De todas formas el citado Gonzalo Gómez deseaba conocer la versión española de la situación para hacerse una composición de lugar y no dejarse influir por los intereses privados del gobernador. Por lo que solicitaba de Saavedra se reuniesen para hablar del asunto.

Hernando de la Torre que ya comenzaba a conocer a los lusos como si los hubiese parido, sospechó inmediatamente que se trataba de una celada e impidió ese encuentro.

Saavedra visto que su nave ya estaba preparada para el viaje, no quiso complicarse la vida y pasó de la cita. A falta de únicamente un día para la partida se cargaron sesenta quintales de clavo que Hernando tenía preparado para el emperador. Y que serviría como señuelo, cuando la nao llegase a buen puerto, para que otros inversores se animasen a enviar nuevas expediciones al Moluco.

Estando ya para embarcarse se presentó ante Saavedra, un tal Ximón Brito, un portugués que llegó a esos lares con la expedición de Loaisa, rogándole le permitiese partir con él. El capitán de la Florida se mostró reacio en un primer momento, pero al decirle que era piloto y el carecía de tan importante personaje en la nao, hasta el extremo de no poder pesar el sol pues nadie conocía como hacerlo, lo aceptó siempre que Hernando de la Torre estuviese dispuesto a prescindir de sus servicios.

Este no tuvo ningún inconveniente, incluso acepto que otros cuatro portugueses que tenía a sus ordenes también lo hiciesen, pues en el fondo temía que en el futuro pudiesen pasarse al bando de sus compatriotas.

Después de acordar los sueldos correspondientes que percibirían los cinco hombres la nave de Saavedra partió el tres de junio de 1528 con treinta hombres a bordo.

## CAPITULO XVI

### La Santa María del Parral

#### Antecedentes

Hacia diez meses que estaban en Tidore los castellanos de la nao Victoria, cuando en octubre de 1527 llegaron unos indios de las islas Célebes que les manifestaron tener noticias de que en una isla llamada Sanguin se había perdido una nave cuyos tripulantes decían ser de Castilla.

Les dijeron que los naturales habían hecho presos a unos y muertos a otros de los que llegaron con ella; que habían robado la artillería, los bastimentos y todo lo que podía serles de utilidad. Incluso quemaron los restos de la nave para recuperar, entre las cenizas, todos los clavos que había en ella, pues de otra forma resultaba difícil hacerse con ellos.

Hernando de la Torre recordaba que cuando se disolvió la flota, el uno de junio de 1526, no supo la capitana nada de las otras dos naves que los acompañaban en aquel fatídico momento, y siguieron la dirección oeste. Ya que el patache tomó la ruta opuesta del éste y no esperaban toparse con él.

Esa nao perdida que ahora le comunicaba no podía ser otra que el San Lesme o la Parral. Y Hernando ardía en deseo de saber de cual se trataba y sobre todo rescatar a los supervivientes, ahora presos, que falta le hacían para incrementar sus manguadas huestes, claramente inferiores a las lusas.

Decidió enviar una expedición en su busca, pero la Victoria estaba prácticamente inservible y no tenía ninguna embarcación ni siquiera de remos y únicamente unos pocos paraoles insuficientes para trasportar a la gente necesaria.

Para colmo los portugueses estaban cerca, concretamente en Terrenate, apenas a cuatro leguas de distancia. Con una flota compuesta por una fusta, un batel, un bergantín y dos carabelas y sobre todo con una dotación del doble de gente que los castellanos.

La isla Célebes, como la de Gilolo, tenían la forma de una estrella de mar y su extremidad norte era una larga lengua de tierra que se prolongaba aun mas por medio de una serie de islas, la mayor de las cuales era Sanguin.

Estaba bastante lejos y por otra parte no podía acercarse a Sanguin con poca gente que cayese fácilmente en manos de los indígenas. Necesitaba ir con un número suficiente que los impresionara y se aviniesen a negociar el rescate. Pero eso significaba dejar desamparada la tierra que ahora dominaba y los portugueses, que siempre estaban al quite, aprovecharían con toda seguridad la oportunidad de hacerse con ella.

Optó por terminar una fusta, que casi estaba acabada en Gilolo y aprovechar unos paraoles que también se estaban construyendo en Tidore. Con la fusta se podía disimular más la gente y aparentar que eran superiores en número. Aparte que un par de lombardas situadas estratégicamente en ambos costados, daban más miedo que cien guerreros.

Terminada tanto la fusta como los paraoles, y cuando ya estaban a punto de partir para realizar aquellas averiguaciones, se vieron sorprendidos con la llegada de otra nao española que no esperaban.

No era otra que La Florida al mando de Hernando de Saavedra que recaló en el Moluco en Marzo de 1528 y procedía de Nueva España, lo que no dejaba de ser una novedad pues era la primera nave que recalaba allí partiendo del Nuevo Mundo.

La llegada de esa nave hizo que De la Torre aplazara, por lo menos momentáneamente, la expedición de rescate programada. Ya que aparte igualar las fuerzas con respecto a los portugueses, dicha nave, que anteriormente había pasado por la isla de Zarragan, portaba en sus entrañas a dos gallegos, llamados Sánchez y Romay, que habían rescatado y a un portugués, que salvaron cuando se encontraba huido de los nativos.

Los tres procedían de la nave Parral y los indígenas los tenían como esclavos desde que embarrancado.

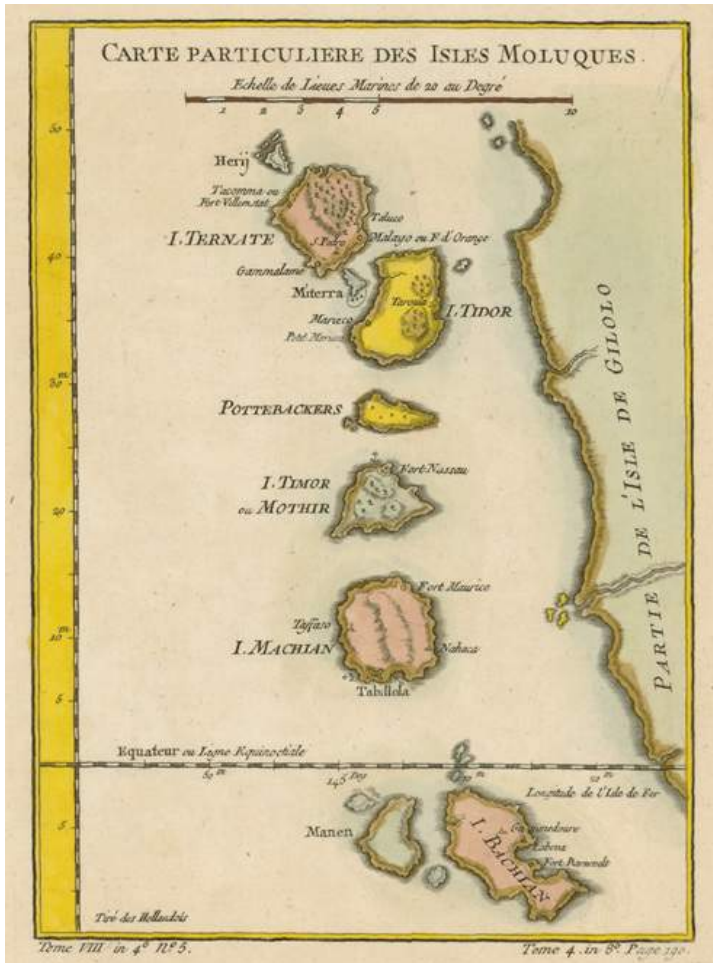
Recordemos que a los dos gallegos los recataron pagando sesenta pesos de oro y al otro, Sebastián

Porto, que ahora resultaba ser portugués, en su día se hizo pasar por gallego ante el temor de que por ser luso los castellanos lo rechazasen y no recogiesen. Pero como posteriormente aprovecharon sus cualidades como intérprete, llamándole incluso “La Lengua” por lo bien que se desenvolvía ante los nativos del lugar, dejaron de darle importancia a ese detalle.

Saavedra informó a De la Torre de su misión. Que vino desde Nueva España acompañado por otras dos naves que a la altura de la Isla de los Ladrones se perdieron, aunque tenía la esperanza de alguna de ellas, de un momento a otro, apareciese por allí.

Lo primero que hicieron ambos capitanes, antes de tomar cualquier medida para rescatar a los supervivientes de la nao siniestrada, fue interrogar a los rescatados.

XXXXX  
 XXX  
 X



Las declaraciones

Sebastián Porto fue el primero en hacerlo. Obviando lo ocurrido durante la travesía, que juzgo monótona y sin nada digno de destacar, Comenzó su relato con la llegada al Moluco.

“La primera isla que toco la carabela Parral, en donde iba, fue la de Bendenao, (Mindanao) y el puerto el de Bizaya. Enviaron a tierra el batel con catorce hombres a bordo al mando del Bachiller Tarragona con objeto de hacer la paz y conseguir la amistad de los naturales con objeto de obtener alguno de los bastimentos que precisábamos.

Salieron a su encuentro unos cuantos indios para saber que gente éramos. Se abrazaron en señal de amistad y el Bachiller inició las conversaciones para conseguir las provisiones.

Poco a poco fueron acudiendo muchos más indios, les dieron pruebas de que podían pagar los bastimentos que necesitábamos y quedamos que al día siguiente regresarían con algunos puercos y otros alimentos. Los nuestro por su parte regresaron con el batel a la nao en espera de acontecimientos.

El bachiller le contó a nuestro capital, Jorge de Nájera, lo ocurrido en tierra pues desde la nao no se apreciaba casi nada. Le dijo “...que de acuerdo” y que al día siguiente fuera a tierra, con el batel y catorce hombres, a recoger las provisiones prometidas.

Quedamos todos muy contentos pues por fin podíamos obtener las provisiones frescas que tanta falta nos hacían. Así pues a las diez de la mañana acudieron a la nave cinco canoas grandes repletas de alimentos, pero los indígenas también traían arcos, flechas, lanzas y escudos. Y el capitán, ordeno con mucha pena, que nadie rescatase nada y ni siquiera dejásemos acercarse a las canoas para evitarnos cualquier contratiempo.

Les dijimos que se marchasen que el batel iría a tierra y allí compraríamos los productos que nos ofrecieran más baratos. Ya que de esa forma exponíamos a los hombres que desembarcasen y no a la nave entera. Como vieron que la barca estaba a punto de salir nos hicieron caso.

Los de la nao quedamos esperando con mucho deseo de que regresasen repletos de alimentos para poder saciar el hambre que llevábamos retrasada.

Anocheció y todavía no había regresado el batel. Los optimistas se consolaban diciendo que el retraso se debía a que intentaban cargar el máximo de bastimentos, mientras que los pesimistas sospechaban que les hubiese pasado cualquier cosa con los indios y estábamos esperándolos en vano.

A medianoche disparamos un par de tiros para ver si los de tierra respondían de algún modo, pero no respondieron. Estuvimos esperándolos todo el día y toda la noche, pero el batel no volvió y lo dimos por perdido.

La gente mientras tanto estaba disgustada con el capitán. En primer lugar por haber rechazado las provisiones que nos trajeron las cinco canoas el día anterior por la mañana y que ya casi teníamos a bordo, probablemente por un exceso de celo en el cumplimiento de su deber, pero que hubiesen colmado nuestras necesidades sin exponer al batel y sus hombres, como finalmente ocurrió.

Después ante la evidente falta de alimentos y la imposibilidad de conseguirlos con prontitud, se-cuestró los pocos que teníamos, cerrándolos con llave, para evitar los desmanes que eran previsibles por el hambre que nos aquejaba.

Sebastián por su parte reconoció que el capitán Manrique no le miraba con buenos ojos y tenía un cierto enojo hacia su persona. Amenazándole en ocasiones con castigarle en cuanto tocasen tierra.

Con todo ese panorama por delante, Sebastián prefirió abandonar la nave, y esperar la llegada de otra nao castellana, que permanecer a bordo y continuar sufriendo todas las penas que le aquejaban”

-Mi historia particular ya no les importa a ustedes. Baste decirles que abandoné la nao esa misma noche, aprovechando la oscuridad de la noche y mis buenas dotes como nadador. No estuve ni veinticuatro horas libres y más que cogerme los nativos me entregué para poder salvar mi vida. Nada me importaba y solo tenía hambre, sed y sueño. Viví esclavizado hasta que el Capitán Saavedra se cruzó

en mi camino y me acogió. El resto de mi historia ya la saben.

Los otros dos rescatados, Romay y Sánchez, continuaron la narración a partir del mismo momento en que Sebastián la dejó.

“Al día siguiente por la mañana, cuando Don Jorge ordenó darle a la vela, fuimos costeano con intención de intentar darle la vuelta a la isla y reconocerla. En un momento dado y no muy lejos de nuestro punto de partida, vimos muchos indios en una playa, y por señas, del mejor modo que pudimos, les preguntamos por el batel y su gente.

Nos respondieron pasándose la mano por la garganta, dándonos a entender que todos habían sido degollados.

Continuó diciendo que la nao se alejó de aquel punto fatídico unas dos o tres leguas, para detenerse cerca de una punta y esperar a ver si los indígenas se acercaban y poder hacer algún intercambio.

Esperaron cinco días sin ningún resultado positivo y cuando estaban a punto de partir en busca de un lugar más idóneo, vieron acercarse dos o tres canoas con bastimentos. Iban armados con arcos y flechas, pero tampoco eso era una novedad e incluso resultaba lógico. El capitán tomó sus precauciones ordenándoles se acercasen de una en una para descargar. Así lo entendieron e hicieron y después de comprarlo todo se marcharon sin más incidencia.

El que parecía estar al mando de todos ellos les dijo que si querían y los esperaban, al día siguiente volverían con mas puercos y bastimentos.

Como parecían fiables e ignorábamos cuando tendríamos una oportunidad semejante, aceptamos.

Efectivamente al día siguiente volvieron, esta vez era siete u ocho canoas, completamente llenas de alimento. Demasiado apetitosas para despreciarlas. Sin necesidad de decirles nada, actuaron como el día anterior, se acercaba una y cuando terminaba su descarga, recibía la contrapartida y se alejaba unos metros para que se acercase la siguiente. Luego esperaban pacientemente a que terminasen las otras para alejarse juntas.

Cuando estaban descargando la última canoa ocurrió el terrible accidente. Estaban Don Jorge y su hermano Don Diego sobre la mesa de guarnición de popa ayudando en la carga, mientras que el tesorero Benavides permanecía en la tolda observándolo todo y valorando los bastimentos para entregar posteriormente un precio justo.

En un momento determinaron cogieron a los dos hermanos de la mano y los pies y los lanzaron al agua para ya no volver a aparecer. Reconozco que nos cogieron confiados y desprevenidos pues no esperábamos ese ataque. A falta de un mando los de la nao no sabíamos que hacer. Unos fueron a recoger sus armas, mientras otros ponían en posición de tiro la lombarda. Pero los que parecían hastiados en un segundo plano esperando el fin de la transacción comenzaron a dispararnos flechas, que después supimos estaban envenenadas, que alcanzaron al tesorero y a otros dos hombres. Disparamos inmediatamente la lombarda que la teníamos cebada, pero al ver nuestra intención se apartaron y no dimos en el blanco. Eran muchos y difíciles de alcanzar. Cebamos de nuevo el cañón, esta vez con metralla para causarles más daño pero durante el tiempo que empleamos se alejaron lo suficiente para hacer inútil el siguiente disparo. Cuando nos deshicimos de ellos buscamos afanosamente a los dos hermanos sin poder encontrarlos.

Por la noche murió Benavides y los otros dos hombres alcanzados por flechas entre grandes dolores; por eso supimos estaban envenenadas pues las heridas no eran para preocuparse.

Quedaron los hombres desconsolados, pues habían perdido en primer lugar el batel con catorce de nuestros compañeros y después el Capitán, su hermano y otros tres hombres entre los que se encontraba el tesorero.

Huímos del lugar más que nos marchamos de allí. Levamos el ancla sin pensarlo y cuando nos arrepentimos pues no sabíamos a donde ir, al ser poca la gente no pudimos evadir la maniobra. La corriente nos empujaba hacia la costa, por lo que nos vimos obligados a izar las velas y como éramos incapaces de gobernar la nave fuimos por donde los vientos y las corrientes quisieron llevarnos.

No teníamos piloto ni marineros capaces de manejar la nao y mucho menos que supiesen disponer el velame.

Por ese motivo cuando al tercer día llegamos a una isla que se llamaba Sanguin, y al acercarnos vimos una playa que nos podía venir bien para desembarcar, no nos lo pensamos dos veces. Con anterioridad ya reflexionamos la posibilidad que nos sorprendiera un viento fuerte o alguna tormenta de las que aquí son muy usuales y si llegaba y nos cogía en alta mar teníamos todas las posibilidades de irnos al fondo del océano.

Como tampoco teníamos el batel, decidimos lanzar la nave sobre tierra apenas soprase por popa una racha de viento favorable. Pero esta nos llegó de forma imprevista y nos lanzo sobre unas rocas existentes en un extremo quedando la nave de costado.

Después llegaron los indios de la isla a por nosotros. Los recibimos con una nutrida salva de tiros de escopeta y huyeron. Pero aquello solo fue pan para hoy y hambre para mañana, pues al día siguiente regresaron con un grupo más numeroso y comenzaron a batirnos con una lluvia de flechas, piedras, lanzas, azagayas y otras muchas armas.

Lograron matar a un criado de Don Jorge, llamado Sanmiguel, de una pedrada que le dio en la mejilla. Por suerte la carabela nos daba una cierta protección y pudimos defendernos más mal que bien.

Echamos el cuerpo del fallecido al mar y el resto nos refugiamos como pudimos en el alcázar de popa. En donde habíamos acumulado agua, armas y algunas provisiones.

Pero todo fue inútil, finalmente impusieron su número y asaltaron la nao. Mataron a algunos de nosotros y prendieron al resto, que no seríamos más de siete u ocho. Después nos repartieron por ahí y algunos posiblemente estén en otras islas o incluso en la China.

XXXXX  
XXX  
X



La sentencia

Luego que Hernando de la Torre supo lo ocurrido, a los cuatro o cinco días de la llegada a Tidore del Capitán Saavedra, mando armar tres paraoles para ir a aquella isla de Sanguin para rescatar a los dos navíos que habían quedado, la carabela y el batel, y a los prisioneros de la Parral.

Llevaban dichos paraoles diez castellanos, de los cuales uno era Sánchez y otro Sebastián Porto, ya que conocía la lengua de aquellas islas.

Poco antes de salir, era el día de Pascua de Pentecostés del año de 1528, fueron Sánchez y Romay a pedir licencia a de la Torre para conseguir unos bastimentos, en un lugar cercano de la isla, que pudiese llevarse el primero en la expedición, que se estaba organizando.

Como quedaba tiempo por delante el capitán no tuvo ningún inconveniente en concederles el deseo.

Pero ese mismo día, a las dos de la tarde, unos indígenas de la vecina población de Mariecu, trajeron a los dos amigos en camisa y atados de pies y manos, diciendo que los habían cogido cerca de Terrenate, distante cuatro leguas de allí y en donde estaban los portugueses, a punto de escapar.

Ellos lo negaron y se defendieron diciendo que nunca tuvieron tal pensamiento y solo se dirigían a un punto de esta isla en busca de una cabra.

El capitán lo creyó así y pensó que solo se trataba de una estratagema de los indios para robarles como efectivamente ya habían hecho.

A los dos días partieron los paraoles a la comisión que tenían encomendada con Sánchez a la cabeza.

Pasado cuatro días de esta salida, un sobresaliente de la armada de Tidore, llamado Pedro de Raigada y que sirvió en la capitana, fue a ver capitán de los castellanos para decirle que un día que Romay durmió en su posada y había abusado algo del vino que producen los nativos, algo debió pasar por su conciencia pues se acercó a él y en tono confidencia le preguntó si podía guardarle un secreto.

-Si puedes guardarme un secreto te confesare una cosa que aliviará mi conciencia.

El posadero no estaba para chácharas pero sabía por experiencia que la única manera de sacarse a un borracho de encima era precisamente haciéndole caso. Y ese fue el único motivo para atenderlo con cierta cortesía.

-Para secretos estoy yo, pero si me prometes que seguidamente te irás a dormir la mona y me dejaras tranquilo. Ya puedes soltarme tu secreto, que te prometo por la cosa más sagrada de este mundo que lo guardaré en lo más profundo de mi corazón.

-Tienes que saber que cuando nos cogieron los indígenas, Sánchez y yo huíamos a Terrenate.

-¿Por qué?

-Es cierto que en Bisaya los indios tomaron el batel de la carabela con toda la gente que iba a bordo, pero lo que contamos a continuación sobre la muerte del Capitán Jorge Manrique, de su hermano Diego y del tesorero Juan de Benavides es toda una burda mentira.

El posadero juzgo que la cosa se estaba poniendo interesante y temía que en cualquier momento retuviese su lengua, por lo que le animo a hablar.

-¿Qué pasó? ¿No murieron allí?

Romay negó con la cabeza mostrándose bastante apesadumbrado.

-Murieron... Murieron... hace mucho tiempo – dijo alzando la cabeza hacia el techo de la sala en que se encontraban tratando de recordar aquellos momentos.

-Cuéntame... ¿Dónde murió? – intentó el tal Raigada sonsacarle.

-Fue en alta mar. No recuerdo la fecha exacta. Lo he intentado olvidar mil veces pero no puedo. Era un hideputa. ¿Sabes tú? Era un maldito hideputa. Nos tenía a todos acobardados pero un buen día: Sánchez, yo, Fernández del Hoyo, Juan de Olave y cuatro o cinco más nos cansamos de sus impertinencias y lanzamos a Don Jorge Manrique al mar. Su hermano Diego y Benavides lo siguieron por tratar de impedirlo y amenazar con denunciarnos a las autoridades, en cuanto tocásemos tierra.



– hizo una pausa para tratar de reorganizar sus pensamientos – Estaban vivos e intentaban asirse a los cabos que generalmente cuelgan por la borda, por lo que no tuvimos más remedio que coserlos a lanzadas hasta que se soltaron. Luego lo de encallar la nao en Sanguin, la lucha con los indígenas y todo lo que ocurrió después, también es cierto.

–¿Por ese motivo intentaste huir a Terrenate?

–Temo que algunos de los que rescaten en la expedición que está en curso se vayan de la lengua y puedan delatarnos. ¡Tú no lo harás; ¿Verdad?

–Estate tranquilo.

Raigada creyó que en un principio se trataba de una fantasía etílica provocada por los efluvios del alcohol e intentó no hacerle mucho caso. Pero también recordaba que su madre le repetía constantemente, haciendo referencia a su padre, un sempiterno borrachín y a él mismo, que solo los niños y los borrachos solían decir la verdad.

Pero lo cierto es que el intento de fuga si se produjo y esos era claramente una evidencia en su contra.

Estaba dentro de un mar de dudas. Podía perfectamente dejar las cosas como estaban y no meterse en líos. Como debía haber hecho indiscutiblemente Sebastián Porto, testigo de todo ello, al estar presente en la Parral cuando ocurrieron los hechos, pero que había permanecido hasta entonces con la boca cerrada.

Finalmente decidió no decir nada y dejar las cosas como estaban.

El problema fue cuando se despertó esa madrugada porque una extraña visión había sacudido su cerebro.

¿Y si Sebastián Porto no había dicho nada porque también estaba en el ajo y era cómplice de todas esas fechorías? Cierto es que no había mencionado específicamente a Porto entre los cómplices, pero genéricamente si había implicado a otros cuatro o cinco y perfectamente el portugués podía ser uno de ellos.

Lo único cierto es que si finalmente salía a la luz todo este embrollo podían salpicarlo a él y ahora que tenía allí la vida encarrilada, con una floreciente posada incluida, no le apetecía nada perderlo todo por una insensatez.

Al fin y al cabo el no era ningún cura ni tenía porque guardar un supuesto secreto de confesión, que era obvio quería endosarle el tal Romay para apaciguar su conciencia. Si era eso lo que pretendía. ¡Que hubiese acudido a un cura y no a él!

De la Torre después de escuchar detenidamente a Raigada y sopesar los indicios que le proporcionaba, consideró que los hechos hubiesen podido pasar así, ordenó prender a Romay y pasó a hacerle ciertas preguntas sobre el asunto.

Inicialmente el gallego lo negó todo, alegando que existían varias personas que solo buscaban su perdición y así se mantuvo a pesar de que le aplicaron algunos malos tratos y tormentos.

Finalmente el capitán optó por dejarlo preso y esperar a la vuelta de Sánchez para saber la verdad. Pero como este podía aprovechar su viaje para escapar, envió otro paraol con dos nativos, que portaban una carta en la que advertía a sus hombres de lo ocurrido y les ordenaba prender al sospechoso.

Los mensajeros lo hallaron en el puerto de Zamafo y dieron a los castellanos la carta que portaban.

Sánchez estaba prevenido de lo que pudiese ocurrir y cuando vio como los indígenas le entregaban una carta a sus compañeros, pretextó una necesidad urgente para ir a tierra y marchar con la espada en la mano para no regresar jamás.

Los otros al leer la carta comenzaron a llamarlo sin obtener respuesta y buscarlo posteriormente, sin encontrarlo. A los pocos días supieron que se encontraba en algún lugar de Terrenate.

Los castellanos quisieron ir a por él pero los nativos no quisieron seguirles, alegando que los paraoles se perderían pues hacia mucho viento y la mar era mala. Optaron por regresar a Tidore.

Los españoles ya no volvieron a enviar gente para rescatar a los posibles supervivientes de la Parral, ya que parecía que habían desaparecido como por ensalmo. Quedando mientras tanto Romay preso hasta que se conociese la verdad.

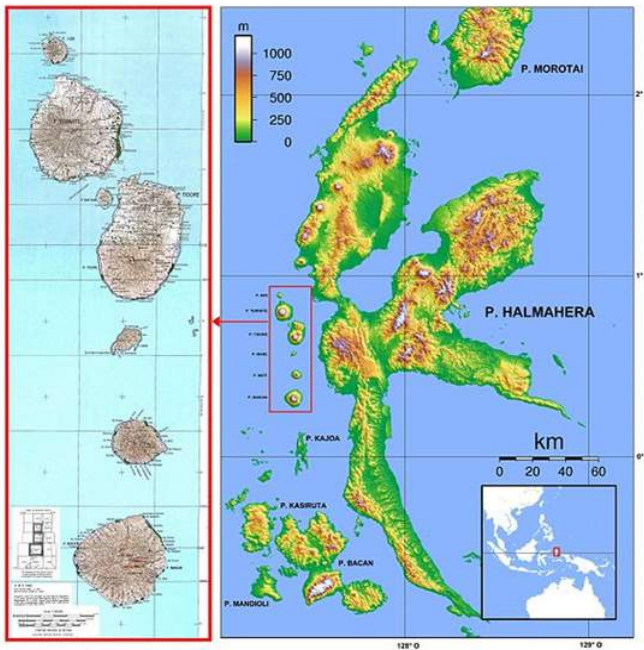
Para liar más el asunto o solucionarlo definitivamente, pocos días después De la Torre recibió una carta de un holandés, afincado en la isla Célebes y llamado Guillermo, confirmandole la pérdida de la nao Parral y certificando la participación de Romay y Sánchez en el asesinato de sus oficiales.

Con esa aparentemente nueva prueba se le aplicó al primero el tormento de la cuerda, que debió ser muy efectivo pues confesó al primer intento.

El portugués Sebastián Porto fue finalmente exculpado pues no se le pudo probar ninguna participación activa en los hechos. Probablemente porque continuaba siendo útil como intérprete y no se le ocurrió aplicar el tormento de la cuerda. Confesó que cuando ocurrieron los hechos a bordo la nave estaba durmiendo pues tuvo guardia la noche anterior.

-Por otra parte - añadió -de estar despierto e intentar ayudarles ahora estaría acompañando a los oficiales en el fondo del océano.

Romay fue arrastrado y posteriormente su cuerpo separado en cuatro cuartos y expuesto.



Islas de las especias

## CAPITULO XVII

### Sebastián Caboto

En un momento determinado de este relato mencionamos a un personaje, Sebastián Caboto, como un opositor al éxito completo de la expedición de Loaisa.

Efectivamente, se le pudo adelantar en el viaje y arrebatar el éxito, o ser el primero en explorar las costas occidentales del cono suramericano, aparte de descubrir preciadas islas en la zona. Recordemos que eran tierras ignotas pues aun faltaban más de diez años para que Pizarro y Almagro conquistaran Perú y Chile.

Eso hizo que Loaisa, innecesariamente, desviase una de sus naves, el patache Santiago, para contrarrestar esa posible acción de Caboto.

Considero que ha llegado el momento, después de narrarles la odisea de todas las naves de la expedición de Loaisa, de relatarles la aventura del veneciano.

Pero primero reconsideremos todo lo ocurrido hasta entonces.

La conquista del Moluco fue un fracaso, parcial si se quiere en objetivo, pero fatal en lo que se refiere a pérdidas tanto en barcos como en seres humanos.

La primera expedición, la de Magallanes, partió con cinco naos y solo dos, la Victoria y la Trinidad, llegaron a su destino. La primera pudo regresar por la ruta seguida por los portugueses y logró dar la primera vuelta a la tierra, que por otra parte no estaba previsto hacer, y al regresar, con la nao repleta de especias, reavivar el interés por conseguirlas. La segunda nao no pudo completar su intento de retorno siguiendo la misma ruta que a la ida y por lo menos demostró que esa opción, de momento, era imposible.

En la segunda expedición, la de Loaisa, partieron siete naves y solo lograron llegar dos, (Victoria y Parral) la segunda ocho meses después cuando ya nadie la esperaba. Otras tres se perdieron por el camino, una por naufragio (Sancti Spiritu) y las otras dos en extrañas circunstancias (San Lesme y Anunciada). Y por último las dos restantes lograron llegar, el patache Santiago a Nueva España y el San Gabriel, después de desertar, a Galicia, lo que tampoco puede considerarse un éxito.

La tercera expedición, la de Saavedra, fue la primera que partió desde la parte occidental del continente americano con una flotilla de tres naos de las cuales solo una, la Florida, logró llegar a su destino y conseguir su objetivo, que no era otro que aportar un soplo de aire fresco a los españoles que allí se encontraban atosigados por los lusos. Y posteriormente demostrar, casi definitivamente después de dos intentos, que regresar por el Pacífico no era factible. Hasta que Urdaneta se empeñó en probar lo contrario.

Resumiendo. De quince naves que partieron, solo cinco llegaron a las Islas Molucas y solo una volvió a España, después de pasar por allí, y no precisamente por el camino previsto. Es decir un 33% de éxito en alcanzar el objetivo y solo un 7% en completarlo, que no era otra cosa que regresar a la península cargada de especias. Y de las pérdidas humanas mejor no hablar.

En medio de todas estas expediciones, hubiese sido la segunda cronológicamente, hubo otra, la de Niño. Esta fue una mezcla de todas ellas, ya que aunque partió desde la península no siguió la ruta del estrecho de Magallanes y se dirigió al Caribe para atravesar el istmo de Panamá, trasladando las naves de un océano a otro por tierra, para zarpar de nuevo desde las costas del Pacífico. ¿Cómo lo hicieron? No lo sabemos pero no deja de ser otra hazaña

Las cuatros naves se perdieron y ya nunca se supo de ellas. Posiblemente los indicios de la presencia española en algunos puntos del Pacífico, atribuidos inicialmente a la San Lesme, que en algunos casos no se han podido confirmar, puedan ser de esta fallida expedición. Y digo fallida porque ninguna de las naos logro alcanzar su objetivo como ocurrió en los casos anteriores.

Tampoco he querido incluirlas en la estadística para no incrementarla desfavorablemente, pues no es esa mi intención.

Sebastián Caboto ignoraba, en el momento de su partida desde Sanlúcar, todas estas estadísticas desfavorables. Pero de tonto no tenía un pelo y únicamente examinando los resultados de la primera, por lo menos debía de intuirlo.

Su objetivo era ganar dinero y no entregar su vida por ninguna patria, ya que tenía tantas: Italia, Inglaterra, España que no pertenecía a ninguna. Así es que cuando llegó al Río, que comenzaban a llamarlo de la Plata, supuso que si lo llamaban así, por algo sería. Y cuando le confirmaron la presencia de este metal noble en el curso superior consideró que igual daba ir a las Molucas a conseguir especies y cambiarlas posteriormente por oro y plata, que ir directamente a por este ultimo metal y evitarse las penalidades de un largo y peligroso viaje.

Hagamos pues un breve relato de esta última expedición aunque solo sea para saciar la curiosidad del lector ya que no influye para nada o muy poco en el tema que nos ocupa.

Sebastián Caboto tenía unas instrucciones perfectamente detalladas de cuál era su misión.

“Ir por el estrecho de Magallanes que ahora llaman de Todos los Santos en demanda del Moluco y las otras islas que fueron descubiertas por el dicho Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano, como por otras cualesquiera personas e gente que fueron en la armada que yo mande despachar con el dicho Hernando de Magallanes a los de la especiería el año pasado de 1519 y las otras tierras e islas de Tarsis, Afir y el Catayo oriental e Cipango...”

También le dan la posibilidad de explorar la parte occidental del continente suramericano, si lo creía conveniente, desviando una nave.

“Por la costa de tierra firme, a la parte sur de donde Pedrería de Dávila está al presente por nuestro gobernador...”

Con ello le daba una opción que en su día negó a Loaisa y motivó la deserción consentida del patache Santiago.

La única prohibición que en realidad tenía Caboto, era la de traspasar los límites de la demarcación portuguesa. Al mismo tiempo en que se definían los términos en los cuales tenía que comerciar y tratar a los indígenas de cada territorio que visitase.

También manifestaba el emperador su interés para que se rescatasen a cuantos hombres perdidos se encontrasen de la expedición de Magallanes. En especial a Juan Serrano, probablemente cautivo de los indígenas en las proximidades de la Isla de Cebú, así como a Cartagena y al religioso que quedaron abandonados, por rebelión, antes de atravesar el estrecho de su nombre. Aunque el emperador no parecía tener muy claro este punto, pues dijo los buscasen a las espaldas de Brasil, cuando en realidad fue dejado cerca de la Patagonia.

Caboto partió de España desde el puerto de Sanlúcar en Cádiz en abril de 1526. Con cuatro naves y doscientos cincuenta hombres, cerca de un año después de su competidor directo que no era otro que Loaisa y cuando este creía que le estaba pisando los talones.

Llegó sin problemas a la costa brasileña en donde tuvo la mala suerte de que embarrancara la nao capitana en la isla Catalina.

Eso significó un duro golpe para el buen fin de la expedición pues era la de mayor porte y por su capacidad de carga esencial para la travesía del océano Pacífico.

Cuando desembarcaron se encontró con los supervivientes de la expedición de Solís que estaban al mando de Juan de Garay. Estos hombres habían convivido con los indígenas, explorado, con arreglo a sus posibilidades, el interior de esa tierra y lo más importante es que tenían constancia de que allí se podía encontrar grandes cantidades de oro y plata.

Prueba de ello era que muchos naturales del lugar lucían objetos fabricados con esos metales nobles sin ningún recato. Se hablaba mucho de una montaña de plata que fue el motivo de que el hasta entonces llamado río Solís pasase a denominarse de la Plata. Y la nación que posteriormente allí se formaría se la denominó Argentina que es el derivado del nombre latino de plata.

Aunque la dichosa montaña de argento se encontraba algo lejana, se podía llegar fácilmente na-

vegando por los ríos Paraná y Paraguay.

Fue entonces cuando Caboto optó por ir a por la plata que era uno de los metales más preciados de la época y que parecía tener al alcance de su mano y abandonar el enojoso viaje que tenía por delante.

Caboto consideraba tener una excelente excusa de cara al emperador, pues entre las capitulaciones firmadas entre ambos existía un párrafo que literalmente especificaba que:

“que si en tal tierras (las que visitase) vieres disposición de oro o perlas, o piedras preciosas, o especiería, sedas, brocados u otras cuales quiera cosas de valor que hallaseis, en dichas islas, como en cualquier otra isla o tierra firme que hallaseis y descubrierais en dicho viaje”

El problema es que también le recomendaba que todo ello pudiera hacerlo siempre:

“Que no sin mucho detenerse ni en estorbaros en cosa alguna vuestro principal viaje”

Sencillamente le exigía no perdiese mucho tiempo en esos menesteres si por culpa de los mismos demoraba en demasía el viaje... Y por culpa de los mismos lo retrasó por espacio de cinco años, aparte perder la oportunidad de realizarlo. Todo ello para no conseguir nada y regresar a la península con el rabo entre las piernas.

El motivo de su decisión fue, que ya en Pernambuco, en donde tuvo que recalar por el hundimiento de la nao capitana. Los portugueses, concretamente Jorge Gómez, le llenaron la cabeza de ínfulas, alabando la extrema riqueza de la zona. Le dijo que ascendiendo por el río Solís encontraría los naufragos de la expedición de Juan Díaz Solís, a la altura de una isla que llamaban Catalina y para reafirmarse en lo dicho se ofrecía para acompañarle como intérprete.

Posteriormente Caboto se internaría en el estuario del río de la plata y llegó hasta el puerto de Colonia, en donde al desembarcar se topó con un tal, Francisco del Puerto, otro antiguo integrante de la expedición de Solís que todos habían dado por muerto, pero logró sobrevivir al integrarse en la tribu de los charruás. Por ese motivo denominaron a ese puerto San Lázaro, en conmemoración de la figura bíblica de Lázaro, el muerto resucitado. Este también le habló de la inmensa cantidad de plata existente en el interior y terminó de convencerle.

En Santa Catalina efectivamente encontró a otros supervivientes de la expedición de Solís, como ya le anunció en su día el portugués Jorge Gomes, llamados Montes y Ramírez, que se casaron con indígenas y se establecieron allí. Todo cuadraba y cada vez estaba más seguro que cuanto le decían era cierto.

Estuvieron allí entre octubre de 1526 y abril de 1527, tiempo que aprovecharon para construir dos pequeños bergantines que les permitiera explorar aguas arriba.

Las continuas evidencias, pues cada vez que se encontraba con algún personaje importante residente en la zona iba cargado de plata, le empujaban cada vez más a dejar la misión encomendada por el emperador e ir únicamente a por la plata de la región.

Sin embargo muchos de sus oficiales se oponían a esta decisión.

Ya tuvieron sus más y sus menos ante de la partida de Cádiz, cuando Caboto se empeñaba en colocar como segundo a un íntimo colaborador suyo, Miguel de Rifos, pero algunos de sus oficiales se opusieron y gracias a los patrocinadores, lograron que el elegido fuera un hombre de su confianza, Martín Méndez, que rápidamente logró los apoyos de Francisco de Rojas, capitán de una de las naves, y Alonso de Santa Cruz un reputado cosmógrafo, que también participaba en la aventura.

Caboto pujó hasta el último momento para salirse con la suya, pero ante la evidencia no tuvo más remedio que claudicar.

No obstante, ya en alta mar, cuando era amo y señor de todos cuantos le acompañaban, deshizo lo hecho, y nombró como segundo a su protegido.

Lógicamente tanto Rojas como Méndez se opusieron, e incluso fueron arrestados sin que se presentase ningún cargo sobre ellos, lo que en si ya constituía otra irregularidad.

Finalmente cuando llegaron a Pernambuco, Caboto se lo pensó dos veces y fueron rehabilitados,

levantándoseles en esos momentos el arresto pero para entonces la situación ya era insostenible.

El capitán Rojas, ante la nueva irregularidad, se opuso con firmeza al proyecto de Caboto, y públicamente dio pruebas de su parecer.

-“Por ninguna cosa de este mundo debía dejarse el viaje que su majestad nos ha encomendado, y aunque trajésemos las naves cargadas de oro y plata hasta las gavias, no cumpliríamos con nuestra honra, y nos cortarían la cabeza” – todo ello dicho ante un amplio auditorio.

Tales declaraciones y los continuos enfrentamientos por cualquier nimiedad, provocó que Caboto desterrase de la armada a: Rojas y Méndez. Aprovechó la ocasión para también sacarse de encima una especie de grano que le estaba molestando en el trasero, en la persona de Miguel de Rodas, que aparte ser otro disidente, fue el responsable directo de la pérdida de la capitana en Santa Catalina al no realizar los sondeos oportunos cuando intentaron atracar allí.

Según dijo Caboto en el juicio que se celebró en la península por este motivo años después, se les dejó bajo la protección del cacique Topavera, mientras se realizaba la expedición y con la garantía de que serían recogidos a su regreso. Aunque Rojas, el único superviviente de los tres, aseguraba que los habían dejados cediéndolos como esclavos.

Si bien los otros oficiales en ese mismo juicio declararon en contra de Caboto, ya que era claramente el caballo perdedor, lo cierto es que en su momento y tal vez seducidos por las expectativas del oro que iban a conseguir no levantaron mucho la voz.

Por otra parte no cabía la menor duda que la situación en que habían quedado fue el motivo directo de su muerte, pues tanto Méndez como Rodas murieron ahogados, en algún momento de 1528, mientras intentaban escapar de la custodia del cacique charrúa y alcanzar la colonia portuguesa de Rio de Janeiro. Rojas, el único superviviente del trió, fue rescatado en Santa Catalina por Diego García de Moguer, cuando regresó derrotado de su exploración del río Solís.

Pero la rivalidad que experimentó Caboto con el resto de los integrantes de su flota no terminaba allí. Tenía claro que se consideraba el número uno y no tenía opositores.

Por ese motivo cuando García de Moguer lo alcanzó con su nave ascendiendo el río Paraguay a mediados de 1528, surgieron de nuevo los conflictos.

García sostenía, con razón, que su rival estaba invadiendo el terreno que la corona le había asignado para explorar.

Por su parte Caboto, que no debía estar allí, solo podía alegar que había llegado antes.

En la discusión posterior de quien los tenía más grandes, más hombres y cañones por supuesto, no cupo la menor duda de que el veneciano era el ganador.

Moguer tuvo que claudicar, por lo menos momentáneamente, y mientras ambos enviaban mensajes a la corona exponiendo sus razones y exigiendo justicia para solucionar el conflicto, no tuvieron más remedio que colaborar pues la solución no sería inmediata.

Exploraron el río Paraguay con intención de encontrar la mítica sierra de la Plata que todos imaginaban cercana, aunque los más pesimistas auguraban que era como el Arco iris, que por mucho que te acerques siempre está a la misma distancia.

Este acuerdo de colaboración tenía sin embargo fecha de caducidad, y con toda seguridad saltaría al más mínimo incidente.

Este fue sin ninguna duda la toma por los indígenas del fuerte de Sancti Spiritu, el único refugio de los españoles en la zona, por los indios guaraníes de la rama de los Chandul, en septiembre de 1529.

García de Moguer aprovechó el incidente para abandonar el río Solís que hasta entonces solo le había dado disgustos. Caboto por su parte persistió en el empeño y aun estuvo por allí unos pocos meses más.

En realidad continuaba con sus trece obligado por las circunstancias, pues después de desobedecer las órdenes imperiales no podía permitirse un fracaso y regresar con los bolsillos vacíos.

Pero finalmente: la desilusión, el hambre, las continuas pérdidas de hombres, quedarse sin basimentos y sobre todo al estar continuamente acosados por los indígenas le invitaron a marcharse.

Como alternativa a su fracaso, ambos hicieron escala en territorio portugués para tratar de sacar algún provecho a la expedición. La más adecuada en esos momentos era el tráfico de esclavos que los lusos ya habían iniciado, y a ello se dedicaron.

Regresaron finalmente a la península durante el año de 1530, sino con la cabeza alta por no menos no demasiado gacha.

García de Moguer salió indemne del fracaso, pues al fin y al cabo era una opción muy previsible en ese tiempo y que estaba contemplada de facto, aunque nadie la mencionase específicamente, en las capitulaciones. El emperador era un hombre de altas miras y en donde todos contemplaban una botella medio vacía él solía verla medio llena. Inmediatamente comprobó que aquel lugar, a pesar del aparente fracaso, tenía posibilidades y se apresuró a aprovecharlas.

No tuvo tanta suerte Caboto, que no solo no pudo capear las iras del emperador, sino que además se vio envuelto en un cumulo de reclamaciones. Bien fueran por parte del rey al no cumplir con las capitulaciones pactadas para el viaje, como por parte de la tripulación, los familiares de los fallecidos y sobre todo por parte de su contrincante más directo, García de Moguer y los armadores que lo apoyaban.

A las que había que añadir las acusaciones por malos tratos a los otros mandatarios de la armada como fueron los casos de Rojas, Méndez y Rodas.

Lo más grave sin embargo fue la desobediencia al rey que se le imputó con la siguiente acusación.

“Debiendo hacer su viaje directamente a las islas de las especies, como vuestra alteza le mandó, no lo hizo así, antes desvió su viaje a donde se le antojó, aunque por muchos oficiales de vuestra armada fuese requerido a regresar a la ruta inicialmente propuesta y no quiso hacerlo, excediéndose en los fines de vuestro mandato, de motivo por el cual y por su culpa y mala gestión, perdió mucha gente de dicha armada, dejándola ahogar o ser asesinada por los indios, y dio motivo para que esos indígenas robasen y quemasen muchas armas y recates.”

Por mucho menos de eso, en aquella época, se le cortaba a uno la cabeza, pero al final todo quedó en aguas de borrajas. Pues a pesar de ser declarado culpable en cuantos juicios se le iniciaron, solo fue condenado, independientemente de pagar costas e indemnizaciones, a un año de destierro en Oran.

A pesar de todo ello y que demuestra el talante optimista del emperador Carlos es que a medida que salían datos a la luz de lo que en realidad era la zona afectada, todos ellos negativos, más interesada estaba la corona en asegurar su control mediante una operación a gran escala.



## CAPITULO XVIII

### Objetivo cumplido

Esteban estaba contento. Por fin habían llegado a su destino y en teoría todas las penalidades habían terminados. Se había recuperado del trauma que le produjo las muertes de Rodrigo, Elcano y sobre todo la del Comendador Loaisa, que a pesar de ser aparentemente el más distante de todos, ahora reconocía que siempre estuvo pendiente de su persona como en su día le prometió a su tía.

Muertos los hasta entonces únicos amigos, tuvo que hacer de nuevo. No fue difícil, sobre todo cuando coinciden con periodos de penurias y desesperación, y estos los eran.

Ahora sus nuevos y asiduos compañeros de fatigas eran: el matasanos, que poco a poco iba enseñándole el oficio y sobre todo Urdaneta, al que en su tiempo libre se pegaba como una lapa.

La diferencia de edad entre ambos era de apenas tres años, los que iban de los dieciocho del vasco a los quince suyos. Pero ese desequilibrio que dentro de unos años no tendría la menor importancia, en la edad crítica en que se encontraban, era la diferencia entre ser un hombre, Urdaneta o un niño, él mismo.

Pero eso a Esteban no parecía importarle, y lo consideraba un igual o a lo sumo como un hermano mayor.

El lugar en que se encontraban era bellissimo. Playas tropicales con árboles en abundancia que llegaban a escasos metros del mar y que te permitían comer de sus frutos que nacían esporádicamente, casi sin tener que trabajarlos, y con una temperatura ambiente que te permitía vivir a la intemperie sin necesidad de una casa en donde refugiarse.

Después de las penalidad sufridas no estaba dispuesto a repetir la experiencia y en su interior ya había decidido quedarse allí. Si la flota partía de nuevo de regreso a España el desertaría como lo hizo Gonzalo de Vigo en la Isla de los ladrones.

Los indios de este lugar eran vasallos del Rey de Tidore, y tanto ellos como su gobernador, que decía llamarse Bubacar, se apresuraron a subir a bordo. Eso demostraba que estaban acostumbrados a la presencia de los europeos y no los temían como ocurrió en otras islas, en las que se precisaba intercambio de rehenes para obtener cierta seguridad.

Cuando comprobaron que además eran castellanos, se mostraron mucho más contentos de lo esperado y eso, para un observador perspicaz y Urdaneta lo era, demostraba que no estaban muy a bien con los lusos.

Indagaron entre los nativos para obtener información. Por suerte se toparon con un esclavo de los portugueses, que hablaba muy bien su idioma y con el que pudieron entenderse.

Les confirmó que los portugueses estaban en el Maluco y tenían una fortaleza, de cal y canto, en la cercana isla de Terrenate, distante de allí apenas unas cuatro leguas. Que solo unos días antes de la llegada de la Victoria habían derrotado al Rey de Tidore, el cual siempre estaba en guerra con los portugueses, desde que en su día abasteció de especias a las naves de Elcano y Gómez de Espinosa que cargaron clavo en su isla.

Por su parte el gobernador Bubacar, que el mismo día de su llegada les invitó a un succulento ágape en su residencia, les dijo que tanto el rey de Tidore como el de Gilolo eran grandes amigos de los castellanos y recordaban con nostalgia la época en que estuvo la anterior expedición al mando de Espinosa.

Martin Iñiguez aprovechó esta circunstancia favorable para acercarse a los nativos que parecían serle afectos. No ignoraba que los portugueses le superaban en efectivos y que además estaban aliados con los indígenas enemigos naturales del rey de Tidore. Una alianza con él le permitiría aumentar sus fuerzas y asegurarse los bastimentos necesarios para su supervivencia.

Navegar con la pesada nao por esa zona repleta de isla y poblada de escollos era una misión casi



imposible, ya que la misma resultaba lenta y especialmente peligrosa para la integridad de la nave. Por ese motivo solicitó al gobernador le facilitara una embarcación, más ligera, para visitar a ambos reyes y ofrecerles la paz y su colaboración en la lucha que mantenían con los portugueses.

Bubacar le facilitó un parao, que era un barco de remos, bien hecho y sutil, que se desplazaba con mucha facilidad por aquellas aguas; llevaba contrapesos a ambos lados para evitar que volcase; los nativos bogaban sentados en cuatro, seis u ocho andanas según la longitud de la nave y la boga se realizaba con, desde cuarenta a cien palas que servían de remos. Cuando los vientos eran propicios se ayudaban en la navegación izando una vela hecha de esteras delgadas pero resistentes que se fabricaban con hojas de palma.

En tiempos de guerra podían trasportar de sesenta a cien hombres para pelear, que se situaban sobre unos cañizos, hechos al efecto y colocados entre dos embarcaciones, que incluso podían llevar artillería ligera a base de unos versos y falconetes puestos en sus caballetes. El problema era que no resistían la artillería pesada y al menor impacto se iban a pique.

Esa misma tarde el capitán Ñiguez envió a Urdaneta, que ya se había convertido en su hombre de confianza, y al capitán Alonso de los Ríos, con otros cinco hombres entre los que se encontraba Esteban.

Este al cumplir los quince años, y ya cerca de los dieciséis, había dado un cambio radicar en su constitución anatómica. Estaba, tal vez, un poco delgado por las penalidades sufridas en los meses anteriores pero ya en franca recuperación. Sin embargo su cuerpo era pura fibra y energía, era mucho más alto que la media de su edad y ya lucía una barba incipiente con la que aparentaba un par de años más.

Durante el largo viaje y deslumbrado por la habilidad del Capitán Ríos que no cesaba de practicar ni un solo momento con la espada, Esteban se entretenía observando sus movimientos y reteniéndolos en su cerebro como solía hacer con las palabras. Y que posteriormente repetía y practicaba físicamente, oculto a la vista de los demás.

Ese interés no pasó desapercibido para el maestro y un buen día que no encontró rivales con los que practicar, lo invitó a enfrentarse a él. Sin haber tenido nunca una espada en su mano y solo con recibir las primeras recomendaciones, Esteban se comportó en el manejo de la espada como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

Lógicamente de ir la cosa en serio hubiese terminado atravesado por el acero del capitán, pero este quedó tan sorprendido y asombrado por la habilidad que mostraba el muchacho, a pesar de no haberle visto nunca con una espada en sus manos, que lo tomó como rival preferente en todas sus prácticas. Y eso en un individuo como Esteban significaba no quitárselo de encima en ningún momento. Los avances fueron tan espectaculares que no tardó en meterlo en dificultades en cada lance que mantenían.

Ese es el motivo de que no pusiera ninguna objeción, a que el muchacho los acompañase en la misión como escolta, cuando Urdaneta se lo pidió por la insistencia de Esteban.

Dicha misión consistía en entregar, a los reyes aliados, unas cartas escritas ex profeso por el emperador. A la vez que les comunicaban, pues lógicamente no esperaban que las leyesen y mucho menos que las entendiesen, que había llegado al puerto de Zamafo, la primera de las siete naves enviadas por el Emperador Carlos y que las restante no tardarían en arribar.

Martin Ñiguez sabía muy bien que eso no ocurriría y que muy bien podía pegarse con un canto en sus dientes si finalmente llegaban, consideraba que en mal estado y peores condiciones, un par de ellas.

Pero suponía que esa alentadora noticia alegraría los corazones de los reyes aliados y causaría desazón entre los portugueses cuando la misma llegase a sus oídos. Ya que con toda seguridad tendrían información procedente de la metrópoli anunciando la salida de la expedición de Loaisa de la península.

Urdaneta y Ríos, fueron informados por Iñiguez de la situación, sabían por ejemplo que el Rey de Tidore tuvo problemas recientemente con los portugueses, simplemente porque hacía tiempo vendió a Elcano y Espinosa clavo de su propiedad, y en cuando lo vieran tenían que pedirle que les mandase en cuanto quisiera pues ellos estaban allí para favorecerlo con su gente, naves y artillería, como leales amigos de su majestad que eran. A la vez que le pedirían que esa ayuda que ofrecían fuese reciproca y también se pudiesen beneficiar ellos de su colaboración si los portugueses, o sus aliados indígenas, les atacaban.

En primer lugar se dirigieron secretamente a un pueblo de la isla de Batachina en donde creían que su rey tenía la sede. Se encontraba, según los datos que les facilitaron, al suroeste y a treinta leguas del lugar en donde se encontraba fondeada la nao en esos momentos, aunque el viaje con el parao lo hicieron sin perder de vista la costa.

Cuando llegaron mandaron aviso al Rey de su presencia, pero este se encontraba en Gilolo, al otro costado de la isla de Batachina. Al día siguiente los castellanos atravesaron la isla por tierra hasta que llegaron a la costa de poniente y cuando el rey tuvo noticia de su llegada envió, para recibirlos, a un sobrino suyo llamado Quichil Tidore y otros caballeros importantes acompañado por diez paraos armados como prueba de su poder.

Montados en ellos llegaron a la población. Esteban estaba entusiasmado por la bienvenida que estaban recibiendo y solo con ello creyó compensadas las penalidades sufridas durante el viaje.

El rey les manifestó su alegría al recibirlos e hizo una llamada a todos sus caballeros, principales y gente de los alrededores para que estuviesen presentes en el recibimiento oficial de la embajada cristiana que se realizaría, con todo el esplendor posible, al día siguiente.

Alonso de los Ríos, que ocupaba en esos momentos el cargo de sobresaliente de la armada, se relacionó muy bien con el rey ganándose su confianza. Actuando como interprete el mismo Gonzalo de Vigo.

Le ratificó que el emperador le enviaba una armada a las islas del Moluco, para favorecerlo, defenderlo de sus enemigos, intercambiar con ellos la mayor cantidad de mercancía y hacerles todo el bien posible. Y en prueba de amistad le entregaba la carta del emperador y algunas dádivas.

El rey reconoció que con anterioridad estuvo aliado con los portugueses, pero que en la actualidad las relaciones se habían deteriorado bastantes por haber favorecido en su día a los españoles. Y ya que la nao de los castellano se había acercado a su tierra en son de paz, quería ser vasallo y servidor del emperador.

Como ofrenda quería entregarles un parao muy grande y se lo quería entregar al capitán para que con él pudiese construir una fusta y para tal fin añadía todas las tablas y ligazón que fuesen necesarias para ese menester. Posiblemente observó alguna expresión de escepticismo de que aquello fuese posible en la cara de sus invitados, pues inmediatamente le presentó a un levantisco llamado Simitre, para que les ayudase en darle la forma, si tenían dudas, e incluso a construirla si fuese preciso.

Los castellanos insistieron también en entrevistarse con el Rey de Tidore, pues cualquier ayuda que recibiesen sería poca. El de Gilolo no tuvo ningún inconveniente y mandó que aparejasen una nao a remos muy ligera; pero acordaron que solo fuesen a ver al rey de Tidore, Alonso de los Ríos con dos compañeros, quedando en Gilolo, Urdaneta con los otros tres.

No se trataba de una decisión caprichosa y la tenía bien meditada. Temía el rey, posiblemente asesorado por sus caballeros, que los portugueses los interceptaran o simplemente se toparan con ellos y los mataran para posteriormente cargarle el mochuelo. Conocía demasiado bien a los lusos para saber que eran capaces de ello y de mucho más. De esa forma siempre quedaba alguien para demostrar su inocencia ante el resto de castellanos.

Como compensación por la gente que tenían que dejar atrás, le ofreció a De los Ríos, la compañía de dos de sus caballeros que les sirviese tanto de protección como de guías, para que los acompañara a la Isla de Tidore, que se encontraba apenas a seis leguas de distancia, en dirección suroeste, de la

población de Gilolo.

El rey de Tidore era en esos momentos un muchacho demasiado joven y débil para gobernar, tras la muerte de su padre el Rey Almanzor. Envenenado por los portugueses, por haberles vendido clavo a los expedicionarios de Magallanes y posiblemente también por considerarlo culpable de la muerte de Serrão.

Los caballeros, que después de estos sucesos provisionalmente gobernaban hasta la mayoría de edad de su hijo, recibieron a los castellanos con alegría y se comprometieron en favorecerlos en lo que pudiesen hasta la muerte. A la vez que les rogaban que no dejaran de visitarlos con la nao, pues eso ayudaría a levantar los ánimos decaídos de la población, muy apesadumbrados por las últimas derrotas. Los nativos consideraban que los visitantes no se habían atrevido a llevarla hasta allí por miedo a los portugueses.

- Si no la hemos traído nos es por miedo – fue la respuesta de Alonso- sino porque resulta casi imposible, con una nao tan grande, navegar en medio de este entramado de islas.

El rey de Tidore, o más bien sus representantes, en agradecimiento enviaron con los castellanos a su regreso y como presente para su capitán, Martín Iñiguez, un par de caballero, llamados Guzmán y Bayano, que hicieran el papel de asesores y les sirvieran como enlaces.

El rey de Gilolo no quiso ser menos y cuando se enteró de la oferta de su colega, también les ofreció para ayudarles, aparte los materiales ya mencionados para construir la fusta, tres navíos de remo con su sobrino Quichil Tidore al mando, y a otros principales de la tierra para que acompañasen a Urdaneta y sus compañeros al lugar en donde estaba la nao Victoria.

Todo ello a cambio de que dejase a tres españoles con dos arcabuces grandes por si fuesen por allí los portugueses a rendir cuenta sabedores de que los castellanos se habían entrevistado con el rey y para demostrarles que ellos también tenían cañas para hacer ruido.

Cuando regresaron a Zamafo el capitán Martín Iñiguez recibió muy bien a los embajadores de Tidore y Gilolo, los obsequió con algunas dádivas y conociendo la voluntad de sus reyes de ver la nao de cerca, no dudo en darle a la vela para ir hasta el mismo Tidore. Aunque los de Gilolo deseaban que fuese primero a su pueblo, ya que Tidore estaba completamente destruido y sus campos quemados.

XXXXX  
XXX  
X

Esteban pasó en Gilolo unos días maravillosos. Los instalaron en una vivienda con todas las comodidades y con un servicio presto a satisfacer los más mínimos deseos de los invitados.

Su tiempo libre, que en realidad era casi todo, lo empleaba dando largos paseos por los alrededores de la población y quedando extasiado por la naturaleza exuberante que le rodeaba, junto con los bellos pájaros de múltiples colores que parecían insultarlo al trinar con estruendo desde lo alto de las ramas. Después de las tormentas tropicales que te sorprendían día sí y el otro también, disfrutaba viendo subir por los troncos de los arboles unos caracoles, en ocasiones achatados y en otras alargados, con unas conchas provistas de unos vivos colores que se alternaban con rayas oscuras que no tenían parangón con los observados en la península ibérica.

Las mujeres eran hermosas de rostro, algo menudas pero de cuerpo proporcionado y tal vez por el exotismo que desprendían por todas partes, resultaban apetecibles.

Les gustaba todo de ellas, sus ojos rasgados, su piel blanca con un ligero toque aceitunado y sobre todo la sempiterna sonrisa que siempre bailaba en sus labios.

Una de las muchachas que prestaban servicio en la casa le llamó inmediatamente su atención y le era literalmente imposible desviar la mirada cuando la tenía delante. A ella parecía ocurrirle lo mismo, pues los iniciales miramientos de reojo se convirtieron en otros más descarados hasta el extremo de aguarle la vista sin producir el menor pestañeo.

El problema es que no se entendían ni por supuesto iba a acudir a Gonzalo de Vigo para que le tradujese sus palabras. Por lo que tenían que emplear la mímica y un repertorio de gestos para lograrlo, Ese método tenía la ventaja de que acortaba las distancias entre ellos y de ahí a furtivos e inocentes contactos solo existía un paso.

Esteban sentía como un escalofrío recorría su cuerpo al más mínimo roce. Ella recibía esos diminutos y aparentemente accidentales tocamientos con una sonrisa y sin oponerse ni molestarse por ellos.

Por ese motivo un día en que se encontraban a solas, sin medir las posibles consecuencias la estrechó entre sus brazos y no pudo evitar darle un beso en la boca. Ella se extrañó pues parecía no estar acostumbrada a ese tipo de caricia y además la había cogido por sorpresa. Se limitó a retirarse de la estancia sin emitir ninguna queja y desde luego algo azorada.

Esteban creyó que lo había echado todo a perder y que los juegos con la muchacha, de una edad indeterminada pero que no aparentaba haber cumplido más de diecisiete años, habían finiquitado.

Esa noche se desfogó en la intimidad de su cama y al amparo de la oscuridad que lo protegían de la vista de sus compañeros. Lo hizo pensando únicamente con su amada que por esa regla de tres que rige el corazón de los humanos sustituía, en esos momentos y por primera vez a Lucia, la Marquesita de la Vega y el amor platónico de toda la su vida.

Debían tener ambas aproximadamente la misma edad y su relación con esta era menos etérea y más real, pues al fin y al cabo ya la había besado. Cosa que con la otra ni podía imaginárselo.

Al día siguiente apenas se dejó ver la muchacha por la mañana, sus encuentros, a pesar de que él continuaba buscándola, era fugaces, como si ella estuviese evitándolo.

Esa mañana Urdaneta le llamó para comunicarle que De los Ríos había partido ese mismo día de Tidore a Zamafo y que ellos partirían con toda seguridad a la madrugada siguiente.

Esteban no mostró ninguna oposición a su proyecto pues su estancia en Gilolo, después de lo ocurrido, ya no le importaba continuarla lo más mínimo.

Pero por la tarde cambiaron radicalmente las cosas. A la hora en que la muchacha parecía terminar sus obligaciones, o por lo menos disfrutaba de un prolongado descanso y disponía de tiempo libre, se presentó en su habitación.

No le dijo ninguna palabra porque con toda seguridad no se hubiesen entendido, ni tampoco empleó en esta ocasión la mímica. Se limitó a cogerlo de la mano e invitarle a seguirla.

Lo hizo ignorando que pretendía y suponía que quería trasladarlo a otro sitio más privado, fuera

de la posible presencia de sus compañeros de habitación que podían presentarse en cualquier momento, y pedirle explicaciones por lo ocurrido el día anterior.

Lo llevó a través de unos salones primero y después por un estrecho pasillo, hasta llegar a un diminuto habitáculo en el que apenas cabía un jergón depositado en el suelo y pare usted de contar.

Se desnudó por completo para lo que únicamente necesitó quitarse la especie de túnica o bata que portaba, y se echó sobre su cama invitándolo a imitarla.

Hicieron el amor.

¡Bueno! En realidad todo lo hizo ella. Esteban se limitaba a disfrutar de la situación que lo mantenía completamente alucinado.

Ambos quedaron tan satisfechos y disfrutaron tanto que la escena se repitió por la noche. A la mañana siguiente el muchacho se apresuró a buscar a Urdaneta para rogarle que le dejase allí en compañía de los dos compañeros que tenían que quedarse allí armados con escopetas, para evitar que cualquier incursión de los portugueses en el lugar, como ocurrió anteriormente en Tidore, no fuese un paseo militar.

-Solo disponemos de dos escopetas...

-Yo me las puedo arreglar con la espada.

-¿Por qué tanto empeño? Quedarte aquí resultará peligroso, en caso de ataque lo primeros blancos seréis vosotros.

-De todas formas insisto... - Esteban se limitaba a mirarlo implorante deseando aceptase su propuesta.

En realidad solo precisaba de unos días más para poder seguir disfrutando de la muchacha, conocerla más si cabe y solucionar su enojosa situación. Ignoraba todo de ella, si era una esclava y si al final tendría que comprarla, ya que con lo que tenía ahorrado podía hacerlo y eso no le quitaba el sueño. Aunque lo más seguro es que fuese una muchacha del lugar y tendría que casarse con ella, o lo que fuera, si así se lo exigían.

-Solo necesito unos días... - insistió ante la inseguridad que mostraba Urdaneta inmerso en un mar de dudas.

-Si me explicas lo que te pasa. Tal vez pueda ayudarte...

El muchacho negó con la cabeza, en primer lugar porque todavía no estaba muy seguro de lo que iba a hacer como para confesarlo y en segundo lugar temía que si confesaba su secreto tratarse de disuadirlo.

-¡En fin! Quédate si es lo que deseas - claudicó finalmente Urdaneta- aunque te advierto que tu presencia aquí, como la de Martin y Lucas - se refería a los otros dos soldados - no se prolongará mas allá de un par de semanas. Luego si tratas de quedarte no tendrás más remedio que desertar... con todo lo que ello conlleva - le advirtió.

-No te preocupes que no llegara la sangre al río. Mucho antes de cumplirse ese plazo estará todo solucionado.

-Así lo espero por tu bien... y el nuestro. Pues cada uno de nosotros, conforme están las cosas comienza a ser imprescindible. Como ya te he dicho no podemos proporcionarte una tercera escopeta, así es que en caso de ataque tendrás que arreglarte con la espada. Y si quieres aceptar un consejo de un amigo, procura buscarte un buen refugio en el bosque para que si atacan los portugueses y a los indios les da por huir que no te cojan desprevenido.

-No te preocupes que así lo haré.

Se despidieron con un abrazo.

Los primeros días de su estancia prolongada los empleó disfrutando de la muchacha y sobre todo adquiriendo experiencia en el arte del amor, al que no tardó en extraerle todos sus secretos. Que su cómplice también disfrutaba no le cabía la menor duda pues, aparte de mostrarse insaciable, en ocasiones tenía que taponarle la boca para que sus gritos, suponía que de placer, no terminasen des-

pertando a todo el vecindario.

Fue controlando a sus compañeros para saber las horas que se ausentaban de la casa, probablemente para hacer lo mismo que él, pero de una forma y en un lugar más discreto, para enseñorearse de la estancia en que dormían. Su cama era limpia, amplia y cómoda y se cambiaba todos los días, a diferencia del cuchitril en donde ella dormía. Al principio la muchacha era reacia a hacerlo en aquel lugar y mucho menos a plena luz del día ya que podían ser sorprendidos por cualquier persona del servicio de la casa. Por suerte eso nunca ocurrió aunque parece ser que poco les hubiese importado, pues una vez desatada la lujuria al menor contacto de sus cuerpos desnudos, estaban completamente ajenos a cuanto les rodeaba.

Lo hacían ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? O quizás incluso hasta cinco veces al día y es que no siempre se tienen quince años.

Pasada una semana y ya ahídos de placer fue cuando Esteban pensó en regularizar su situación

Durante los momentos de confianzas que seguían a los de placer, Salmea que así se llamaba la muchacha, le confesó que no dependía de nadie, sus padres habían fallecido y ella trabaja a sueldo en la casa. Era libre de marcharse cuando quisiera y estaba dispuesta a seguirlo a donde quisiera.

Más fácilmente no se hubiera podido resolver el problema. Por ese motivo pasados los quince días y recibida la orden de regreso a la nao, Esteban embarcó a la muchacha, con sus escasas pertenencias, en el parao ante el estupor de sus compañeros.

Cuando llegaron a Zamafo la nao Victoria no estaba en el lugar en donde la dejaron.

Esteban se sorprendió primero y luego comenzó a preocuparse después de que una sensación extraña se aposentase de su estomago, pues no había previsto la posibilidad de quedarse solo allí. Otra cosa era hacerlo junto con sus compañeros de aventuras.

Pero las penas con pan son menos penas y la bella Salmea se ocupó de disipar cualquier preocupación de su rostro.

De los pocos castellanos que habían quedado allí, la mayoría por haberse emparejado con alguna nativa y tener previsto establecerse en aquel lugar, ya tenían construida una pequeña cabaña en un lugar anexo al poblado. Viendo que Esteban llegaba acompañado no tuvieron ningún inconveniente en ayudarlo a edificar la suya.

A base de troncos de árboles y hojas de palma en un par de días estuvo terminada. Poca cosa. Apenas ocupaba un cuadrado de cuatro metros de lado, pero suficiente si la comparaban con el cuchitril en donde dormía Salmea e hicieron el amor por primera vez.

-No hay que ser muy exigentes – le dijo uno de los que le ayudaron – según los nativos al primer ciclón que venga por aquí se irá la cabaña al carajo... después todo será cuestión de reconstruirla.

XXXXXX

XXX

X

La Victoria partió del puerto de Zamafo el día dieciocho de noviembre, después de observar la latitud del lugar 1° 20' norte. Su misión visitar las islas del Malucos y demostrar a sus aliados que estaban allí dispuestos a ayudarles y a los portugueses que no pensaban marcharse.

Salieron por el mismo camino que habían entrado, concretamente entre las islas de Gilolo y Ravo. Al día siguiente ya posicionados en el cabo septentrional de la primera de ellas, pesaron de nuevo el sol y midieron 2° 20' latitud norte.

Estando ya fuera de la influencia y protección que contra el viento ejercía ese cabo, se vieron sorprendidos por un fuerte viento del suroeste y unas corrientes contrarias, que les obligó a correr de largo sin poder regresar al puerto de partida de Zamafo, forzándolos a rodear la isla del Moro.

Dicha isla tendría unas doce leguas de larga, por seis de ancha. Entre dos puntas intentaron fondear y cuando lo lograron estuvieron allí unos días esperando a que las condiciones les fueran favorables.

Aprovecharon para enviar el batel a tierra y procurarse algunas provisiones. Cargaron gallinas, pescados y otros bastimentos.

Cuando pudieron le dieron a la vela y rodearon la isla hasta llegar al mismo paraje, por donde habían salido del puerto de Zamafo unos días antes.

Estando allí y dispuestos a volver a entrar, aplazando la malograda expedición a una época más propicia, cuando volvió a darles mucho viento y fueron a parar a la parte sureste de la isla de Ravo. Demostrando una vez más que las naves de esa época no iban donde querían sino donde el viento las llevaba y de paso advertirles de las dificultades que tendrían para transitar por la zona.

El treinta de noviembre iban otra vez en busca del fondeadero de Zamafo cuando se les acercó un parao que llevaba a bordo a un portugués llamado Francisco Castro, quien era portador de un escrito de Don García Henríquez, a la sazón capitán de la fortaleza de Terrenate.

Mientras le entregaba la carta a Martín Iñiguez, le hizo ciertos requerimientos de parte de su inmediato superior, ordenándoles que tanto la nave como su gente debieran dirigirse a Terrenate en donde serían bien recibidos y agasajados. Por el contrario si hacían caso omiso de esta advertencia, echaría a pique la nao con toda su gente.

-¿A qué vienen tantas amenazas? - pidió explicaciones Iñiguez.

-Sencillamente porque todas las islas del Moluco y sus comarcas están por el rey de Portugal - respondió Henríquez.

-No tiene el porqué un capitán del Emperador someterse a las exigencias del Rey portugués. Si vos estáis en la isla de Terrenate protegido en vuestra fortaleza yo estaré en la de Tidore, pues si los portugueses la habían destruido yo me encargaré de reconstruirla - le explico entre otros razonamientos.

Iñiguez comprobó sorprendido que la carta que Henríquez le enviaba no estaba firmada. Y al redactar otra para responderle hizo lo propio.

Al comprobar Castro que faltaba la rúbrica no tardo en advertirle.

-¿Señor? Firme vuecencia, pues si Don García no lo hizo fue, por un lamentable olvido, debido a la prisas por enviarle este despacho.

-Pues dile a tu capitán que yo no dejo de firmar ni por olvido ni por las prisas, sino para que Don García se dé cuenta de que un emisario del Emperador responde a las palabras de la misma forma que se le habla y que posteriormente con las obras actuara de la misma forma.

Una vez despedido el luso, continuó el capitán de la nao hasta fondear al sureste de la isla de Ravo.

Estando en esa isla corrió la voz de que el Contador General Francisco de Soto se quiso levantar contra el Capitán Iñiguez. Como no hubo escándalo nadie lo supo con certeza, pero lo cierto es que Soto fue destituido, privándolo de su oficio aunque no fue arrestado por carecer de pruebas suficientes.

Inmediatamente se nombró a Hernando de Bustamante, uno de los veteranos que pudo regresar

con Elcano después de dar la vuelta al mundo, para ocupar su cargo y a Urdaneta como ayudante.

El uno de diciembre continuó con su labor de aprovisionamiento con objeto de tener la nave preparada para cualquier circunstancia, aunque la opción de huir de los portugueses no entraba en sus planes. Con el batel se dirigieron a la isla del Moro, distante apenas media legua al éste de la posición en que se encontraban. Consiguieron: arroz, gallinas y algunas cabras entre otros bastimentos.

Estuvieron otra vez parados unos días esperando que el viento les fuese propicio para visitar las islas del Maluco y explorar la zona. Mientras tanto aprovecharon para pesar el sol que en el fondeadero era de 2º y 24' latitud norte, prácticamente la misma latitud que la toma anterior.

Los paraos de Gilolo que les acompañaban, vista la larga espera que tenían que soportar, decidieron volver a su base.

Mientras tanto Hernando de Baldaya, factor de la fortaleza portuguesa no cesaba de importunarlos exigiéndoles se fuesen a otra parte, fuera de las islas del Maluco y las de Banda, pues de lo contrario volvería con una importante armada para desalojarlos o echarlos a pique.

Hasta en dos ocasiones repitieron sus amenazas sin que estas se cumplieran.

La respuesta siempre era la misma: oponerse a sus pretensiones y hacerles responsable de los daños y muertes que se produjeran.

El día trece por la mañana la fuerza del viento empujaba la nave sobre la costa a pesar de estar anclada, ya que esta garreaba continuamente. Decidieron darle a la vela a pesar de que el viento y las corrientes marinas eran contrarios. Eso los obligó a regresar a Zamafo.

Fondearon entre las dos islas pero un par de leguas más al norte de donde antes lo hacían., delante de un puerto que se llamaba Chiava, en donde volvieron a adquirir provisiones pues estas nunca estaban de sobra.

En la isla de Ravo se enteraron por los nativos de que los lusos estaban preparando una importante flotilla para ir a por ellos.

Martin Iñiguez consultó con su tripulación y decidieron que de ninguna forma les echarían de esas islas, aunque por ello les fuese la vida. Viendo el capitán tan buena voluntad entre su gente, el veintiocho partió de Chiava, para dirigirse a la isla de Tidore; pero al salir de su abrigo el viento calmó y anduvieron muy poco esa noche.

Por suerte al día siguiente el viento mejoró notablemente y pudieron continuar su camino con toda la artillería cebada y presta a ser disparada en caso necesario y la gente armada para repeler cualquier intento de abordaje. Ya que aquella aglomeración de islas se prestaba a cualquier emboscada. Y no se equivocaban.

Hay que tener en cuenta que desde Zamafo, para ir a Tidore, hay que pasar antes por las cercanías de Terrenate en donde se encontraba la fortaleza de los portugueses y el lugar ideal para que los mismos los interceptaran.

Cuando la nave estaba doblando el cabo de Gilolo, de detrás de una isla llamada Doy, les salió la armada de los portugueses que les estaba esperando para apresarlos.

Pero como su nave era grande, iba bien artillada y conocían la determinación de sus tripulantes, no se atrevieron a ponerse a tiro de sus cañones y la nave paso ante sus narices, sin hacer nada y hasta perderse de vista.

La armada portuguesa en la zona, al mando de Miguel Falcón, no era ninguna bagatela pues estaba compuesta por dos carabelas, una fusta, un batel grande, otros barcos artillados y todos ellos apoyados por unos ochentas paraos de sus aliados indígenas. Estos últimos individualmente poco mal podían hacerles, pero actuando en grupo y en el fragor de una batalla, junto a las otras naves, eran como un enjambre de mosquitos o abejas que están incordiando continuamente y no te dejan concentrarte en las que verdaderamente son peligrosas.

Allí se encontraban, como aliados de los lusos, los reyes de Bathán, Aquian, Motil y Terrenate en persona y aunque también invitaron al de Gilolo este se negó declarándose partidario de los



castellanos.

Los días siguientes lo emplearon en recorrer todo el archipiélago, tomar nota de la fisonomía de cada isla para poder distinguirla en la distancia y sobre todo dejarse ver por Gilolo, Terrenate y Tidore para que sus aliados se sintieran protegidos y los enemigos comprobaran que los lusos no poseían naves de tanta prestancia y potencia de fuego.

Los portugueses tampoco las tenían todas consigo. Sabían con certeza que todavía quedaban algunas naves por llegar y temían que un ataque sobre la Victoria, ahora, desembocase en una terrible venganza posteriormente.

Una vez inspeccionadas todas las islas, quedaron satisfechos de su trabajo, pues la totalidad eran fondables a un tiro de piedra de la costa y con cuarenta o cincuenta brazas de profundidad. Y no hallaron fondo a una mayor distancia.

El uno de enero de 1527 salieron del paraje de la isla de Tidore en donde habían fondeado la noche anterior y partieron al lugar en donde había estado su capital, destruida por la barbarie portuguesa y situada al sureste de la isla.

A las diez de la mañana siguiente fondearon ante ella. Acudió a bordo su Rey Raja-mira, acompañado por el gobernador y varios notables del lugar. Se complacieron por su presencia, les contaron sus cuitas y los castellanos pudieron comprobar toda la destrucción y quema de tierra que hicieron los lusos. Simplemente por estar al servicio del Emperador.

El Rey, junto con todos sus caballeros, juraron en su ley, ser amigos leales de los españoles y favorecerlos en todo lo que pudiesen ante sus enemigos, a los que los castellanos respondieron con el mismo juramento en reciprocidad.

Los portugueses, en caso de ataque, estaban bien protegidos en su fortaleza de Terrenate, mientras que ellos siempre estarían con el culo al aire, por carecer de un refugio en donde cobijarse. Principalmente si llegaban refuerzos desde Portugal y la superioridad lusas, ahora ya evidente, se tornara abrumadora.

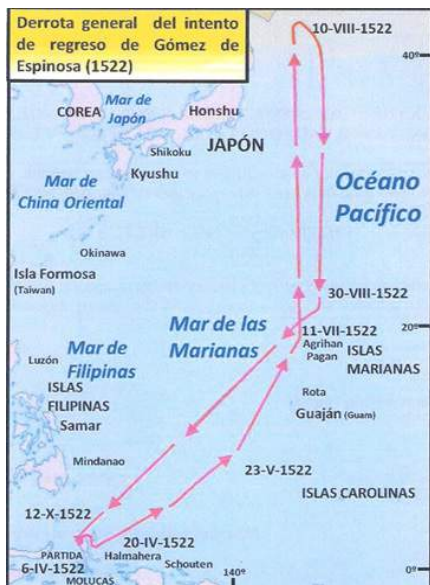
Iñiguez consideró que aquel lugar, ahora en ruinas, era el adecuado para edificar su fortaleza y no se lo pensó dos veces. Ayudados por los indígenas, incluso por sus mujeres, los castellanos comenzaron a construir tres baluartes de piedra, tierra y madera. Y al día siguiente ya habían desembarcado parte de su artillería, toda la mercancía y cualquier cosa prescindible que hubiese a bordo.

Trasladaron también la mitad de la dotación, pues estaban seguros que cuando los lusos se enterasen de la iniciativa irían prestos a atacarla y era mejor defenderla tanto desde la mar como desde tierra.

La nao llegó a las Molucas con ciento cinco tripulantes, perdiendo otros cuarenta durante su travesía desde el estrecho de Magallanes hasta la arribada. Y que eran por desgracia, la mayoría de ellos imprescindibles.

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos, el piloto Martin de Uriarte aprovechó para completar el reconocimiento de la isla de Gilolo, actualmente Halmahera, rodeándola y tomando nota de todos sus accidente geográficos, lugares en donde fondear en caso necesario y sobre todo tomar las distancias de un lugar a otro, para conocer incluso el tiempo necesario para recorrerlas y trasladarse de un lugar a otro.

Gilolo estaba fuera de la órbita de las islas del archipiélago del Maluco que tenían la exclusiva de la producción de clavo y otras especias y que eran: Terrenate, Tidore, Motil, Maquian y Vachan pero estaba bastante cerca, aproximadamente unas veinticinco leguas y constituía un excelente punto de apoyo dado la complicidad que existía con su rey.



A la izquierda ampliado las cinco islas productoras del clavo y que se disputaban portugueses y españoles. A la derecha la isla de Halmahera en cuya costa occidental a la altura de las islas de Ternate o Terrenate y Tidore se encontraba el reino de Gilolo. En la parte superior la isla de Morotai en cuya parte sur se encontraba la población de Zamafo.

## CAPITULO XIX COMIENZAN LAS HOSTILIDADES

Una vez construido el fuerte y debidamente artillado y protegido con la mitad de los cañones de la nao Victoria y cincuenta hombres de su dotación que quedaron al mando de Don Diego Salinas, un burgalés curtido en mil batallas, mientras Iñiguez de Carquizano quedaba al mando del buque con el resto de la tripulación.

Dentro del perímetro defensivo del fuerte se dedicaron a construir barracones, no solo para el resguardo de la tropa a las inclemencias del tiempo sino también para salvaguardar, bajo llave, las pertenencias más preciadas.

No tardaron sin embargo en acudir por allí los portugueses. El primero que se presentó fue Francisco de Castro, que anunció estar al servicio de D. Manuel Falcón, acompañado de otros tres compatriotas. Le hizo un nuevo requerimiento a Iñiguez ¿El enésimo? Pero esta vez debidamente acompañado de un escribano del Rey de Portugal con objeto de darle una mayor seriedad al acto.

Lo que ya no era una novedad era lo que iban a decir. Que no era otra cosa de que saliesen de allí y les acompañasen a la fortaleza de Terrenate, pues todos esos territorios eran propiedad de rey de Portugal y no del de Castilla. Y bla, bla, bla.

El Capitán Iñiguez por entonces ya había recibido un escrito de un amigo portugués, que estaba con el dicho Falcón, advirtiéndolo que no se fiase de sus compatriotas y en pocas palabras le decía que si accedía a sus pretensiones los harían a todos presos y no quedaría vivo ninguno de ellos, para que no le fueran con el cuento al rey de Castilla de todo lo que por allí pasaba y pidiese tomar represalias en la península.

Advertido Iñiguez, respondió que él no acataba las ordenes del rey portugués y como por otra parte no las tenía de su Rey en ese sentido, no tenía por que acudir Terrenate.

Los lusos se marcharon indignados, pero apenas cuatro días después el que se presentó fue Hernando de Baldaya, para requerir a los castellanos, de parte de su capitán García Henríquez, que se marchasen de esa isla si no querían que regresaran con una gran armada y los matasen a todos.

Martin Iñiguez que comenzaba a estar cansado de tanta bravata y palabrería, los despachó de mala manera.

Pasaron ocho días de relativa tranquilidad, hasta que por allí se acerco un negro, que dijo ser esclavo de los portugueses y que había decidido escaparse por “darle mala vida”, según sus propias palabras.

Debidamente interrogado les confesó que en Terrenate, Manuel Falcó estaba preparando una escuadra para ir sobre ellos.

Carquizano habló con el rey de Tidore y este prometió ayudarlos, juntando a todas sus huestes que en total eran unos cuatro mil hombres.

El diecisiete de Enero, a eso de media noche cuando la luna no alumbraba pues estaba a punto de iniciar un nuevo ciclo, se acercaron sigilosamente a la nao, que estaba fondeada junto al puerto de Tidore, una fusta, un batel y muchos paraoles. Su intención era abordarla y en último extremo golpear su ya deteriorado y casi podrido tablazón con grandes mazas, con objeto de abrir un boquete en varios sitios y echarla a pique.

Pero los españoles estaban alertas y no tardaron en escuchar el leve rumor de los remos mientras se acercaban. De guardia había seis o siete tripulantes estratégicamente distribuidos por el perímetro de la nave y relevados cada dos horas para que nadie tuviese la tentación de dormirse. El primero que creyó ver u oír algo, disparó inmediatamente una escopeta, mas con intención de alertar a sus compañeros que para infringir cualquier daño a los atacantes.

Los lusos, viendo que los castellanos los estaban esperando desistieron del abordaje y se dedicaron a bombardear la nao. Un disparo con un cañón grueso por suerte no acertó, pero si los hicieron

otros dos más ligeros que lograron abrir un boquete en el casco de la banda de estribor y causaron la muerte del grumete Jorge de Atan, e hirieron a dos o tres hombres más.

Los españoles respondieron disparando sus cañones a continuación y acertaron con dos impactos, uno de ellos en la fusta con lo que consiguieron que los atacantes se retirasen, refugiándose detrás de un cabo cercano, para enterrar a su muerto y atender a dos o tres heridos.

El primer encuentro termino en tablas en lo que se refería a bajas en el personal y material. Pero eso no satisfizo de ninguna forma a los castellanos, ya que los lusos disponían de más naves y podían traer refuerzos de sus colonias cercanas, mientras que los españoles, en personal tenían lo que tenían, y su nao era lo único que poseían y la precisaban para intentar regresar y pedir refuerzos.

Pero la batalla todavía no terminó. Al día siguiente, al amanecer, regresaron los combatientes que se retiraron la noche anterior.

Dispararon mucha artillería durante toda la mañana hasta que finalmente se retiraron de nuevo al mediodía. Lograron darle esta vez a la nao dos tiros gruesos, aunque en esta ocasión sin causar daño a la gente. Los castellanos repelieron el ataque pero era muy difícil acertar en barcos tan pequeños y que estaban continuamente en movimiento. No sabían exactamente el daño que pudieran haberles hecho, pero lo cierto era que en un momento dado dieron la orden de retirarse y se ocultaron de nuevo tras el mismo cabo de la noche anterior.

Aprovecharon la tregua, para desembarcar por la tarde unos quince escopeteros que auxiliados por un centenar de indios, se desplazaron por tierra hasta el lugar en donde acampaban los lusos detrás del cabo.

Tuvieron la mala suerte de toparse con un barranco, que no pudieron franquear, y les impidió caer sobre ellos de improviso mientras cenaban.

Para no perder el viaje decidieron tirotarlos desde la altura, causándole la muerte a dos portugueses, a dos caballeros de Terrenate así como provocaron varios heridos. Estos últimos les respondieron disparándoles desde la fusta sin causarles daños. Finalmente se retiraron los lusos.

Los castellanos por su parte, antes de que se pusiese el sol, regresaron a su nave.

Urdaneta observó durante la batalla que las gruesa y pesadas balas de su cañones, apenas acertaban en las pequeñas naves de la flota enemiga y desde luego no les causaban ningún mal, mientras ellos eran un blanco estático que si no estaban hundidos era porque los contrarios carecían de artillería pesada. Con gusto hubiese cambiado, en esos momentos, todos sus cañones por unos cuantos versos que resultaban más manejables, y que se podían disparar sobre blancos situados a corta distancia.

También se dio cuenta que la playa estaba cubiertas de guijarros de distintos tamaños y que si los disparaba como metralla en vez de las pesadas bombas, no hundiría ninguna nave pero causaría tal estropicio entre su gente que los obligaría a huir. El problema es que carecían del tiempo y personal necesario para abastecerse de esas piedras momentáneamente.

En ello estaba cavilando Urdaneta cuando los vio aparecer de nuevo. Los portugueses sensiblemente enfadados por lo ocurrido esa misma tarde, se desplazaban con un enorme cartel en la proa de la fusta que rezaba: "A sangre y fuego". Como si con ello pensarán atemorizarlos.

Dispararon muchos tiros, la mayoría de ellos alocadamente y aparentemente sin ninguna pretensión de hacer daño. Lógicamente lo lograron.

Los castellanos se limitaron a responder, hasta que los lusos decidieron retirarse como ya habían hecho en anteriores ocasiones.

Al día siguiente al amanecer se reanudaron las hostilidades.

Dispararon muchos tiros los lusos y lograron que tres hicieran impacto en la nao a la que causaron mucho daño. Los españoles respondieron y gastaron doce quintales de pólvora aunque sin obtener ningún beneficio ya que no acertaron en ningún blanco.

Por suerte lo que no pudieron hacer ellos lo hizo Dios, no sabemos si por la intercepción de Santiago Apóstol o San Jorge, pero lo cierto es que uno de sus cañones, probablemente de tanto gas-

tarlo, les explotó en sus narices causándoles tal estropicio que, creyendo que la nao estaba ya herida de muerte u no tardaría en hundirse, decidieron regresar a Terrenate y dar por concluida la batalla.

La única alegría ese día para los castellanos, aparte la retirada de los lusos, fue ver acercarse cinco paraoles llegados de Gilolo, llenos de vituallas y cosas de comer para la gente, que les compensó en parte las penalidades sufridas.

El día veinte los castellanos vieron salir de la isla de Motil, distante unas tres leguas, dos paraoles grandes que iban en dirección a Terrenate. Como la guerra ya estaba declarada abiertamente ambos bandos no perdían la oportunidad de perjudicarse mutuamente.

Aprovechando los cinco paraoles llegados desde Gilolo la tarde anterior y después de cargar en cada uno de ellos dos o tres escopeteros castellanos se lanzaron en su persecución.

Al anochecer alcanzaron al que iba mas rezagado y comenzaron a dispararles mientras le conminaban a rendirse.

En él viajaban un portugués y veintitrés esclavos. El luso levantó inmediatamente las manos en señal de rendición solicitando a su vez misericordia. Los escopeteros dejaron de disparar e invitaron al luso para que se lanzase al agua y acudiese a su lado en donde estaría a salvo. Mientras los indios de Gilolo, con su alfanje en la mano, nadaban hacia la nave enemiga para intentar abordar el parao.

Viéndolos ya dentro de su nave y acuchillando a los esclavos, el luso decidió lanzarse al agua para ir en donde estaban los castellanos, pero llevaba tanto peso encima que se hundió sin remisión, ante la desesperación de quienes intentaban salvarlo.

Los de Gilolo mataron a veintiuno de los veintitrés esclavos que portaba la nave e incluso a un criado del capitán de Terrenate, que viendo la matanza se defendió, eliminando a seis indios antes de caer abatido. Los mosqueteros castellanos tuvieron que amenazarles con sus cuchillos para evitar que terminasen también con los dos restantes.

Finalmente apresaron el paraol, tomando con él 120 quintales de clavo, un verso y un falconete pequeño. Mientras tanto el otro paraol consiguió huir dándole a la vela.

Ya de noche llegaron los de Gilolo muy contentos con veintiuna cabezas colgadas de los palos y pidiendo licencia para regresar a su isla y poder ofrecer los trofeos a su rey.

Fue entonces cuando supo Martín Iñiguez que los cinco paraoles llegados la víspera con alimentos no lo hicieron desinteresadamente, pues solo eran la excusa para solicitar refuerzos.

La petición llegaba avalada por los españoles allí residentes. Precisaban para un más que previsible ataque portugués, a veinte hombres, alguna pieza de artillería de gran calibre y varios versos.

Iñiguez solo pudo enviarles la artillería recientemente capturada al paraol de la isla de Motil, ya que no iba sobrado de ella, y algunas varas de paño. Luego con buenas palabras se ofreció mucho sin dar lo que no podía.

También aprovechó para enviar en los mismos paraoles a diversos oficiales para ayudar a acelerar la construcción de la fusta que tan bien negoció De los Ríos en su día y que después de los daños sufridos por la nao Victoria precisaban como agua de mayo.

No olvido añadir en el envío la clavazón y algunos aparejos, para que no hubiesen posibles y futuras excusas, ya que la madera corría a cargo del monarca.

La malparada nao Victoria fue enviada a Zamafo, en donde estaría resguardada de cualquier eventualidad, para reparar los daños sufridos, por suerte todos estaban por encima de la línea de flotación y no peligraba la nave. En Tidore le hicieron un apaño de emergencia y aprovecharon que estaba la mar en calma para poder hacer el trayecto.

Esteban vivía allí su peculiar luna de miel. Se consideraba establecido en el lugar, “in eternum”. Aparte la casa ya construida, con la colaboración de su compañera que era la única que entendía de labores agrícolas, comenzó a emplear sus horas libres cultivando verduras en una pequeña parcela de tierra que se agenció detrás mismo de su casa.

De todas formas echaba mucho de menos la acción y el hecho de que el fuerte español estuviese

en otra isla, la de Tidore, y no en la de Zamafo como todos creyeron en un principio, no sentó nada bien a sus residente, ya que de esa forma se veían expuestos a los ataque portugueses y algunos ya contemplaban la posibilidad de trasladarse a las cercanías de la fortaleza para estar más seguros.

Mientras que otros, Esteban incluido, consideraban que el fuerte seria el foco en donde los lusos centrasen sus esfuerzos y ellos, allí, estarían más seguros. Aunque eso sí. Preparándose un plan de huida de emergencia para ocultarse en la selva, si las cosas se tornaban negras.

Un día vieron los castellanos, gracias al vigía apostado en la gavia de la nao para prevenir cualquier ataque de sus enemigos, pasar por fuera de la bahía dos navíos a vela que según opinaba el mismo debían ser españoles pues no tenían pinta de ser lusos.

Aprestaron el batel para tratar de alcanzarlos, pero para cuando este pudo salir y coger viento ya estaban muy lejos y tuvieron que desistir.

Pero el capitán Martin Iñiguez ardía en deseos de saber de esos dos barcos, ya que si eran españoles los precisaba. Probablemente habían llegado a esos lugares en su ayuda, y no podía permitirse el lujo de dejarlos pasar y que se perdiesen, buscándolos en otro sitio, en el intrincado laberinto que formaban aquellas islas. Porque cuando hay un amplio campo que explorar, como este era el caso, no se pasaba nunca dos veces por el mismo lugar.

El batel se había mostrado insuficiente para alcanzarlos y lo más rápido, y único, que tenían por allí era un parao. Al mando del mismo iría Urdaneta, acompañado por varios castellanos a los que se unió inmediatamente Esteban y toda la tripulación india de esa nave.

Los que no cupieron, pues iban atestados de gente que no era desde luego lo adecuado para emprender una persecución, los seguían montados en canoas.

En primer lugar se dirigieron a la isla de Motil, que la tenían los portugueses; arrasaron el pueblo, mataron a cuantos se les opusieron, capturaron un par de paraos que allí estaban fondeados y se retiraron sin sufrir el más mínimo daño.

Luego pusieron rumbo a Tidore para completar allí las tripulaciones, pues los indígenas que iban con ellos, incluidos los que les seguían en canoas, eran insuficientes para manejar con destreza los paraos recién capturados.

Después, siguiendo las instrucciones de Martin Iñiguez, partieron en busca de las dos naves.

Pero antes el Capitán general considero que los soldados castellanos le hacían falta allí y solo permitió que partiesen: Urdaneta, Esteban y un nativo que era muy diestro en el manejo de la artillería y cuantos guerreros indios cupiesen en los tres paraos.

También advirtió a Urdaneta que esas naves, por el rumbo que llevaban, posiblemente se dirigirían a la isla de Veda, que se encontraba al sureste del maluco y donde le pareció que podían encontrarse. Pero anduvieron más de veinte días sin que ni en Vera, ni en otros lugares de los alrededores hallasen el menor rastro de esas naves, por lo que decidieron regresar al Maluco.

Durante el viaje de vuelta les faltaron los bastimentos y la gente se encontraba ya muy cansada.

El problema era que aquella zona estaba dominada por los portugueses y sus habitantes no querían indisponerse con ellos al proporcionarles alimentos, por lo que aunque Urdaneta estaba dispuestos a pagarlos no eran bien recibidos en ningún sitio.

Visto lo cual no tuvo más remedio que bajar a tierra, dejando a Esteban al mando de los paraos con la gente necesaria para defenderlos. Ni que decir que el muchacho no cabía de gozo en su cuerpo. Una vez allí encontró resistencia y Urdaneta no tuvo más remedio que emplear la violencia para lograr su objetivo.

Aquella gente era aguerrida y como estaban en inferioridad se refugiaron en sus casas. Sus indios, acostumbrados a la lucha directa, estaban dispuestos a ir casa por casa para desalojarlos y saquearlas. Pero aquellas casas tenían una altura considerable pues su tejados llegaban a la altura de la gavia de una nave de gran porte. Estaban edificadas sobre cuatro gruesos troncos que las separaba varios metros del suelo y solo se podía acceder a ellas por una escala de cuerda que en tales casos lógicamente

retiraban. Dichos postes sostenían un doble suelo de cañizo y sobre él se construía la cabaña que tenía el techo de paja de palmas.

Acceder allí era prácticamente imposible aparte de que el intento, sin garantía de éxito, significaría un número elevado de víctimas que no se podían permitir, ya que sus habitantes disponían de una ingente cantidad de piedras y flechas para lanzarles.

Urdaneta los contuvo fuera del alcance de sus armas, ordeno se encendiese una gran pira mientras improvisaban un parapeto de madera para que sus hombres pudieran acercarse sin peligro. Dos hombres lo portaban como escudos mientras otros dos provistos de sendos tizones los lanzaba sobre los techos de las cabañas. Rápidamente comenzaron a arder y el viento, que acudió en su ayuda, lo propagó a las casas vecinas.

Aquellos indígenas comenzaron a conocer ese día los secretos de las guerras modernas.

En media hora todo el pueblo era una autentica tea y los indios se tiraban desde la altura o descendían por sus escaleras huyendo de las llamas. Urdaneta y sus hombres solo tenían que matar a cuantos se resistieran y apresar a los que se rendían. Haciéndose de paso con todas las pertenencias que portaban e intentaban salvar.

Finamente hicieron 125 prisioneros y partieron de allí los tres paraoles.

Urdaneta se convirtió en un ídolo para sus hombres. Nunca en su vida de guerreros les habían dirigido tan bien en un ataque. Saliendo todos ellos indemnes del mismo, cuando en otro similar, hecho a su estilo, hubiesen perdido más del cincuenta por ciento de sus efectivos.

Desde allí se dirigieron a un pueblo llamado Gare en donde los recibieron en paz y les vendieron los bastimentos que precisaban a cambio de una parte de los esclavos que portaban.

Encontrar las naves que buscaban se había convertido en una quimera y ya comenzaba a dudar que realmente existieran a pesar de haberlas visto. Posiblemente serían lusas y el encuentro con ellas no sería aconsejable a menos que lograran sorprenderlas y eso tampoco era probable. Finalmente desistieron de intentar buscarlas y regresaron a Tidore.

La suerte no estaba de su parte y por el camino se toparon con ocho paraoles portugueses de los cuales dos eran tan grandes como los suyos. Trataron de evitarlos pero no pudieron. Los dos grandes se acercaron a dos de los suyos, precisamente en los que no iban montados Urdaneta y Esteban.

Lo fácil hubiese sido escarpar y largarse dejando a los indios en la estacada, pero el vasco no estaba hecho de esa pasta. Así es que ordenó dar media vuelta y dirigirse al mogollo de la batalla.

Con el afortunado tiro de culebrina del experto artillero que llevaba desbarató la proa de uno de los paraos lusos, matando a varios hombres y amenazando con hundirse. Eso desconcentró al enemigo que a partir de ese momento estuvieron más pendientes de salvarse que de atacar, por lo que aprovechó la ocasión para poner distancia entre el enemigo y su parao y continuar hostigando con flechas a los náufragos sin correr peligro alguno..

Después se acercó hacia donde se encontraba el otro, que estaba en serios apuros pues habían logrado abordarlo y se luchaba cuerpo a cuerpo. Al verlo acercarse los lusos y sus aliados, regresaron a su nave y huyeron.

Liberados sus dos paraos, se marcharon del lugar poniendo agua por en medio a base de remos. Mientras disparaban de vez en cuando su cañón para disuadir al enjambre de paraos más pequeños que no habían participado directamente en la lucha y persiguiéndoles pugnaban por alcanzarlos.

Por desgracia el incidente, a pesar de salir victoriosos, les costó perder toda la presa que portaban, unos cien esclavos, ya que en el fragor de la batalla y a pesar de estar atados, optaron con lanzarse al mar con la esperanza de ser rescatados por los portugueses, aunque algunos no lo lograron y perecieron en el intento.

Regresaron a Tidore con los tres paraos pero sin ningún beneficio para ellos. Salvo el inmaterial daño que provocaron en los lusos y aliados.

Por su parte perdieron algunos indios y otros resultaron heridos. Incluso Esteban resultó dañado

levemente en un brazo. Pero era su primera herida en combate y no quiso ocultarla pues se enorgullecía de ello.

Si hasta entonces los indios tenían a Urdaneta como un ídolo, ahora lo consideraban un dios, pues era la primera vez que uno de sus mandos regresaba en plena batalla en su rescate pudiendo salvarse huyendo fácilmente.

XXXXX  
XXX  
X



Esteban regresó a su casa y fue, aparentemente, agasajado por su compañera Salmea que se hizo cruces por la aventura que había pasado, aparte de disgustarse por no haberla advertido de su partida y tener que enterarse indirectamente por terceras personas del motivo de su ausencia. Lo que provocó tirantez en la pareja.

Todo ello pudo soportarlo estoicamente el muchacho, pero cuando después de pasar un mes de ayuno carnal obligado por su ausencia, se encontró con la negativa de tener acceso a las entrepieernas de su compañera, supuestamente como castigo, pero alegando ella una serie de circunstancias que solo las mujeres saben y los hombres no comprenden, ya no lo llevó tan bien.

Gato que no tiene comida en casa se va a cazar ratones. Eso enfureció todavía más a su compañera y Esteban decidió dejarla y buscarse la vida por su cuenta, que teniendo como tenía la planta que lucía no le sería muy difícil lograrlo entre las nativas.

Decidió dejarla y marcharse en donde estaba Urdaneta.

El veintisiete de marzo de 1527 se presentaron por la costas de Tidore dos paraos de portugueses bien armados que causaron el caos por toda la isla, capturaron a algunos pescadores y posteriormente envalentonados se situaron delante de la población exigiendo sus rendición.

Para contenerlos se embarcó, en el único parao existente en la isla de Tidore, y como capitán de los indígenas el mismo Quichilrade hermano del Rey y hombre muy bien dotado para la lucha. Y como refuerzo también se embarcaron Urdaneta y ocho castellanos entre los cuales estaba Esteban. Poco después, antes de que partiesen, se les unieron dos paraos procedentes de Gilolo, en los que habían embarcados seis castellanos de su guarnición.

Planificaron la salida de forma de que saliesen las tres naves en tropel, para embestirlos y sembrar el caos en sus filas. Pero los de Gilolo se negaron, respondiendo que los dejaran a ellos solos pues querían probarse contra los portugueses y sus aliados de Terrenate con la seguridad de que saldrían victoriosos.

Como no pudieron disuadirlos de su determinación, Urdaneta decidió actuar y acometerlos en solitario. Sus intenciones eran abarloarse con los lusos para abordarlos, pero cuando estos vieron sus intenciones no quisieron esperar y emprendieron la huida.

Urdaneta no cejó en su empeño, los persiguió ayudándose con la boga y no tardó ni legua y media en alcanzarlos, pero con el inconveniente que los otros dos paraos de Gilolo se habían quedado atrás.

Los hombres estaban agotados por el esfuerzo de la boga durante la caza, hacía mucho calor y los castellanos se quitaron la ropa para combatirlo. Entrar en combate en esas condiciones era una locura, así es que dejaron de remar y decidieron lanzarles un cañonazo por si sonaba la flauta por casualidad.

Los portugueses se encontraban en las mismas condiciones y no desaprovecharon ese breve descanso que sus oponentes les concedían, por lo que igualmente se detuvieron, a una distancia prudencial y presta a huir si se reanudaba la caza.

Su sorpresa fue ver que cuando dispararon la que volaba era la nave de los españoles y no la de ellos. Resultó que alguien dejó por descuido un barril de pólvora abierto y una chispa del disparo provocó su deflagración. La consiguiente explosión alcanzó a algunos castellanos y quince indios de los que posteriormente fallecieron seis a consecuencias de las quemaduras.

Uno de los afectados fue el mismo Urdaneta, que no se sabe si por el tormento del fuego que lo quemaba se lanzó al agua para apagar las llamas o cayó al agua a consecuencia de la onda explosiva. Sea como fuese lo cierto es que permanecía en la superficie semisumergido y aparentemente inconsciente, pues no hacía nada para salvarse nadando.

Los portugueses, visto el desastre, se acercaron para pescar en río revuelto, mientras los indios del parao que quedaron más o menos indemnes, comenzaron a bogar esta vez para emprender la huida.

Esteban vio a su amigo, inconsciente y a punto de hundirse y no se lo pensó dos veces. Se lanzó al agua y lo mantuvo a flote mientras veía con desesperación como su parao se alejaba y sus enemigos se acercaban.

Se percató de que Andrés todavía vivía y eso le impidió abandonarlo e intentar huir. Entre morir ahogado o caer en manos de los portugueses no sabían que opción era mejor, quizás ninguna, pero como los paraoles de Gilolo se acercaban a buen ritmo y en pocos minutos estarían allí, decidió resistir como fuera hasta que se aproximaran.

Los lusos por su parte no las tenían todas consigo y dudaban entre recogerlos o huir. La captura de dos indios, a menos que fuese gente principal, no significaba nada para ellos, pero dos castellanos constituían un excelente botín. Pero cuando comprobaron que carecían del tiempo necesario para rescatarlos decidieron disparar sobre ellos y matarlos.

Esteban cuando comprobó que los lusos no intentaban rescatarlos y más bien preparaban sus mosquetes para dispararles, esperó a que aplicasen la mecha a la cebadera para agarrarse a su amigo y hundirse en el agua los dos con la intención de eludir las balas o mitigar, por la oposición del agua, su impacto.

Aprovecharon el tiempo de recarga para regular su respiración y se hundieron de nuevo cuando presintieron iban a realizar el próximo disparo. Pero este no llegó a producirse y cuando emergieron de nuevo solo pudieron ver la cara de unos de los portugueses que con una sonrisa sádica en los labios apuntaba cuidadosamente para aplicar la yesca a la mecha.

Esperó resignados el disparo cuando algo silbo sobre sus cabezas y se incrustó en el pecho del sádico.

El paraol enemigo estaba claramente a menos de un tiro de flecha del que llegaba para rescatarlos y aquel ya comenzaba una desesperada boga para huir. Poco después unos de los paraos de Gilolo se interponían entre ambos, desistiendo de perseguir a los enemigos y proceder a rescatarnos.

Más de una docena de indígenas se tiraron al agua para ayudarles a subirlos a su nave. Esteban estaba completamente exhausto por su doble esfuerzo: el de intentar salvase él e impedir se hundiese su amigo.

Los portugueses aprovecharon el tiempo del rescate para huir y sus aliados no hicieron nada por perseguirlos, dado la gravedad que presentaban las heridas de uno de los rescatados. Urdaneta presenta quemaduras en rostro y parte de su cuerpo y presentaba síntomas de ahogo al haber tragado mucha agua. Por lo que decidieron dirigirse urgentemente a Tidore en donde podría ser atendido.

Durante los días siguientes Andrés estuvo entre la vida y la muerte y Esteban no se separó ni un momento de la cabecera de su cama. Apenas podía hablar pues se ahogaba, por el humo tragado, al menor esfuerzo que hacía y precisaba de una atención continuada. Bastante tenía con poder respirar. Por otra parte las quemaduras lo martirizaban y solo gracias a un remedio que le proporcionó un curandero indígena pudo mitigar su dolor.

Como bien dice un refrán: “el tiempo todo lo cura” y poco a poco fue recuperándose.

Días después de este suceso hubo un importante encuentro entre la armada de Gilolo ayudada por los españoles y la de Terrenate apoyados por los portugueses. En el combate participaron cincuenta paraos. La batalla duró seis horas hasta que los combatientes decidieron separarse sin obtener nadie claramente la victoria.

Unos y otros tuvieron muchos muertos y heridos, pero no se produjo ninguna baja entre los peninsulares de ambos bandos. Se diría que tenían un halo a su alrededor que los protegía y de ello se maravillaban los indígenas que los consideraban invencibles.

Durante esa pelea y después de ella hubo muchos requerimientos por parte de ambos bandos en el que mutuamente se decían que unos y otros debían abandonar esas tierras, ya que pertenecía a sus respectivos reyes.

Dicho combate se desarrolló en las afueras de Zamafo y la Victoria que allí estaba intentando

repararla participó activamente en el mismo, recibiendo barios bombazos y repartiendo otros.

Dice un refrán: “que a perro flaco pulgas con él” y eso parece ser que le paso a la nao, ya que estaba tan carcomida por la broma que los impactos directos que recibió apenas le causaron mal y la afectaron muy poco, pero como estaba descargada y puesta de banda para que no se hundiera, los disparos propios la perjudicaron más que los ajenos ya que los continuos retrocesos a que se vio sometida la resquebrajaron por todas partes.

Allí no había ningún lugar para ponerla en seco y donde lo había, en la otra parte de la isla, no se atrevieron a llevarla ya que temían pudiera hundirse o ser quemada por los portugueses si la interceptaban durante el trayecto.

Por ese motivo los españoles se dieron prisa en sacar todo lo que de valor contenía antes de que se fuese a pique.

El capitán Iníiguez por su parte, quería repararla pues era la única posibilidad que tenían de poder regresar a España, contarle al emperador lo que allí ocurría y poder solicitar refuerzos.

Para tal fin reclamo a su presencia cuantos carpinteros, calafates y marineros que entendiesen algo de aquella cuestión, haciéndoles jurar ante los Santos Evangelios si la nave tenia solución de continuidad o no.

Todos estuvieron de acuerdo en jurar que en aquella parte del mundo y con los pocos medios de que disponían era imposible salvarla. Más bien se maravillaban que hubiese podido llegar hasta allí y no se hubiese hundido en el camino. Ya que sus males comenzaron como consecuencia de los golpes en los genoles y curbarones producidos al embestir sobre la costa el día que le sorprendió una tormenta en el estrecho de Magallanes.

Finalmente optaron por vararla junto a la costa para evitar estar dándole continuamente a las bombas de achique para que no se hundiese.

La única solución que tenían en esos momentos era construir otra nueva y enviarla luego por el Cabo de Buena esperanza, como hizo en su día Elcano, para solicitar socorro a su Majestad.

Sus aliados indios también se afanaron en la construcción de paraos para poder tener una flota de acuerdo con la que apoyaba a los lusos.

El rey de Gilolo se envalentono al tener a los españoles en su isla e incordiaba más de lo aconsejable a los portugueses mientras protegía a los castellanos que de no ser por él lo hubiesen pasado bastante mal.

Diez o doce días después de la batalla en que la nao Victoria resultó seriamente perjudicada, se presentó en Tidore Manuel Falcón con su criado y un navío tripulado mayoritariamente por negros. Después de obtener permiso del Capitán Iníiguez para desembarcar, se entrevistaron sentados cómodamente debajo de una palmera mientras tomaban un refrigerio.

-¿Por qué nos hacéis la guerra? – preguntó este ultimo hastiado como estaba de tanto enfrentamiento.

-Yo la deseo tanto como vos. Pero me limito a cumplir órdenes de mi capitán. Él opina que no sois vasallos del emperador, sino corsarios que trabajáis por vuestra cuenta y riesgo y solo habéis llegado para apoderarse de lo que considera suyo – fue su alucinante respuesta.

-Vos sabéis que eso no es cierto. Solo hemos venido para saber que fue de las factorías que en su día dejó el Capitán Hernando de Magallanes y a prestar nuestra ayuda a los aquí quedaron abandonados. Por lo que os ruego no me hagáis la guerra, que por otra parte es inexistente entre nuestros respectivos reyes.

-Como ya sabéis, por mi no la habría. Pero... ¿qué puedo hacer? – respondió mientras alzaba sus hombros en señal de impotencia.

-Pues entonces marchar en paz pues por mi parte solo tendréis gestos de amistad. Yo solo espero tener noticias de mi rey para saber que quiere ordenarme.

Se despidieron cordialmente, pero todavía no habían pasado dos días cuando dos castellanos,

apellidados Soto y Palacios desertaron pasándose al bando portugués. Aunque en un principio le sentó muy mal a Iñiguez porque si el ejemplo cundía estaba perdido, posteriormente se alegró de que saliesen de allí dos hombres perversos que pudiesen contagiar al resto. Como ya había indicios de que intentaron hacerlo.

Tanto el Capitán García Iñiguez como el portugués García Henríquez, no podían negar que se llevaban muy mal. En realidad se llevaban fatal y no se podían ni ver, desde aquel hecho en que el primero se negó a firmar su escrito. Por otra parte este último no comprendía como el español acatará las órdenes de su emperador, sabiendo como sabía que aquello eran tierras portuguesas. Estaban convencidos que todo ello era una farsa, que actuaba por su cuenta y beneficio y que solo eran una pandilla de corsarios y ladrones.

A pesar de que Iñiguez trataba de convencerlo de lo contrario la situación no parecía tener salida. Pero era un hombre que no se rendía fácilmente y para tratar de solucionar este espinoso asunto solicitó un encuentro personal entre ambos para discutir la cuestión, y si por un casual tenían algún reparo en ello, como alternativa le proponía la formación de una comisión, con paridad de miembros entre ambos bandos, para su discusión.

El portugués estuvo a punto de aceptar esa comisión, que sin duda hubiese terminado con la confrontación, pero tenía claro que otros oficiales lusos no estaban por la labor y harían todo lo posible para boicotearla.

De todas formas las conversaciones entre ambos bandos en busca de una solución estaban bastante avanzadas cuando en Mayo de 1527, llegaron dos navíos, procedentes de Malaca, con el nuevo gobernador del Maluco, Jorge Meneses, que venía a sustituir en el cargo a Henríquez y tomar el mando de la fortaleza de Terrenate. Todos tenían claro que alguien se había ido de la lengua a instancias superiores y metido cizaña en donde no la había.

Lo primero que hizo el tal Meneses fue enviar una carta a los españoles solicitando una tregua mientras conversaban en lo que se debía hacer, siempre en beneficio de ambas partes.

Para comenzar no era una mala solución e inmediatamente Iñiguez le respondió:

“Que holgaría de cualquier concordia como fuese, sin perjuicio del derecho del Emperador y de la Corona de castilla, cuyas eran aquellas islas; que si quería, le parecía que las partes diesen cuenta a sus príncipes del estado en que se hallaban, para que ordenasen lo que se debía hacer y entre tanto estuviesen en paz.”

No debió agradarle esta respuesta al tal Meneses, pues su contestación fue demasiado cautelosa.

En principio se estableció una tregua y para consolidarla, Iñiguez envió a Urdaneta a entrevistarse con Meneses y mostrarles los documentos que autentificaban, por parte del emperador, su presencia en la zona.

Cosa que por otra parte conocían los portugueses aunque tratasen de disimularlo en su propio interés.

A pesar de todo, los esfuerzos fueron en vano, pues a los pocos días Meneses mostró sus cartas al enviar a un escribano, al aguacil y al alcaide del fuerte de Terrenate, para requerir a los castellanos que abandonasen esas tierras en nombre del rey de Portugal. A que se trasladasen a su fortaleza y si querían regresar a Europa, él les proporcionaría los medios, pues no ignoraba que carecían de ellos.

-Decirle a vuestro capitán, que si quiere entregarme su fortaleza que lo haga, pues al fin y al cabo estamos en tierras del Rey de España y le pertenecen. Nosotros estamos a su servicio y si por ello tenemos que morir no tendremos ningún inconveniente.

Los portugueses alucinaban de cuanto estaban escuchando y eso que todavía no lo habían oído todo.

-Decirle además – continuó – que lo requiero para que me entregue a su antecesor en el mando, el señor García Henríquez, ya que por su culpa se fue a pique la nao Victoria.

Añadió que todas las tierras del Maluco, de la Isla de Banda y sus alrededores, estaban dentro de

la demarcación correspondiente a la corona española y que por ese motivo tendrían que marcharse de allí.

Con su intervención en ningún momento quiso el castellano reclamar la entrega de su ya buen amigo y que de recibirlo lo hubiese hecho con todo los honores, más bien con ello trataba de enaltecerlo ante su sustituto endosándole, en su beneficio, la pérdida la nao Victoria.

Finalmente los lusos se dieron cuenta de que con palabras nunca llegarían a entenderse y se marcharon.

Meneses por su parte no ignoraba que con la guerra no podría echar de allí a los españoles, ya que aparte ser duros de roer, estaban demasiado arraigados en el lugar, se llevaban muy bien con los aliados indígenas, incluso mejor que él con los suyos, y decidió emplear las armas de la traición, que tan buenos resultados daban a quienes decidían acudir a ella.

En primer lugar solicitó a los reyes de Gilolo, y Tidore, y a otros indios principales aliados de los españoles, que los atacasen a traición, prometiéndoles por ello facilitarles artillería y ofrecerles grandes dádivas.

Ellos desde luego nunca aceptaron y descubrieron a Iñiguez sus intenciones para que no se confiase.

No por ello se descorazonó el tal Meneses, sino que se devanó la sesera para urdir nuevas artimañas, que no fueron otras que envenenar el pozo de donde se abastecían de agua los españoles.

Por suerte el religioso de los lusos tuvo conocimiento de tal fechoría y advirtió a su homónimo castellano que inmediatamente lo puso en conocimiento de Iñiguez, advirtiéndole que se haría tan pronto pudiesen enviar, con cualquier excusa, un compatriota al lugar.

Por ese motivo los castellanos decidieron cerrar el pozo y vigilarlo las veinticuatro horas del día para que eso no sucediese.

Por esa época tuvo noticias el Capitán general español, que en Gilolo habían diferencias entre Alonso de los Ríos y su sobrino Martín García de Carquizano y que entre otras cosas retrasaba la construcción de la fusta que tanta falta les hacía. Por ese motivo decidió hacerles venir a ambos y en su lugar enviar a Urdaneta ya casi restablecido de sus heridas.

Por ese motivo, Iñiguez, advirtió a Andrés que el Rey del lugar en ocasiones activaba los trabajos y en otras los ralentizaba sin causa aparente que justificase ambos criterios.

El enviado se intrigó por ello y a la primera ocasión en que pudo entrevistarse con el monarca le preguntó:

-¿Por qué no se realizan todos los trabajos de la fusta con la misma diligencia?

-Porque haciéndolos con los tiempos que yo marco, saldrá mejor – fue su escueta respuesta

Pero Urdaneta pensaba que el rey tenía otros intereses ocultos, que no le interesaba desvelar.

Finalmente comprobaron que no eran otros que los que marcaban sus predicciones astrológicas a la que era muy aficionado.

Iñiguez por su parte no permanecía ocioso y logró pactar otra tregua con los portugueses. Inmediatamente lo puso en conocimiento de su aliado el Rey de Gilolo para evitar que sus vasallos, por cualquier circunstancia ajena a la voluntad de ambos bandos, cometieran alguna imprudencia que la infligieran.

Pero como siempre, fueron los lusos quienes rompieron el pacto. No habían pasado todavía quince días de ello, cuando unas canoas de Terrenate abordaron otras de Gilolo que estaban pescando y mataron a sus ocupantes.

El rey se sintió traicionado y quiso vengarse, aunque en esos momentos no encontró como hacerlo. Urdaneta sensiblemente enojado y a la vez admirado por el proceder del rey que no se dejó dominar por una furia ciega, intentó mediar en el asunto y restablecer la paz.

Por ello fue en donde se encontraban los lusos, autores de la fechoría, portando bandera blanca y solicitando desde lejos que le diesen seguro de vida para poder parlamentar.

Se lo concedieron, pero los nativos que manejaban la canoa no terminaban de fiarse de ellos y se negaron a seguir arguyendo que aquellos hombres habían trasgredido la fe pública y no eran dignos de su confianza.

Andrés no tuvo más remedio que lanzarse al agua y nadar hasta donde se encontraban los lusos.

-Parece mentira que estando en tregua hagáis esa barbaridad – les dijo

-No era nuestra intención. Solo nos dirigíamos a Guamocomoda por vituallas y los indios que nos acompañaban tomaron esas canoas contra nuestra voluntad. En ocasiones son difíciles de controlar – se justificaron.

Urdaneta tomo nota en una hoja de palma del nombre de aquellos portugueses y de los capitanes indios que les acompañaban y que supuestamente cometieron la fechoría. Dándose momentáneamente por satisfecho se marchó.

El rey de Gilolo sin embargo continuaba enojado por haberse roto una tregua, que aparte de que Iñiguez le recalcó con insistencia que debía respetarse, había ocasionado la muerte de varios de sus hombres al estar confiados por esa causa.

- Lo que no puede ser es que nosotros la respetemos y ellos no lo hagan – insistió.

Por ese motivo decidió tomarse la justicia por su mano y levantó en armas a sus guerreros. Después convenció a Urdaneta de que por lo menos debían devolverles la pelota y en menos de ocho días aparejó varios paraoles, contó con la colaboración de los castellanos que estaban en su reino y puso a Urdaneta al mando de esas tropas. Ahora solo cabía esperar la oportunidad.

Un día descubrieron que un grupo de paraos portugueses marchaban de Maro a Terrenate cargados de vituallas y fueron a interceptarlos.

Tomaron doce naves e hicieron presos a muchos enemigos. El rey ordenó cortar la cabeza a los que eran de Terrenate y a los restantes los esclavizó. Cumplida su venganza se volvió a Gilolo.

Los portugueses inmediatamente se quejaron a Martin Iñiguez, que lo ignoraba todo, por lo que había ocurrido, sin mencionar ni recordar que fueron ellos los que inicialmente rompieron la tregua y comenzaron las hostilidades.

Iñiguez no terminaba de creérselo, pero juró a los presentes que si era cierto cuanto decían haría cortar la cabeza de Urdaneta. Estaba indignado y no concebía que una imprudencia de ese muchacho le abocase a una guerra que no estaba convencido de poder ganar.

Sin tiempo de averiguar todo lo ocurrido, se presentaron unos portugueses en Tidore con el pretexto de concertar una nueva paz. Eso tranquilizó y confió al castellano que los invitó a comer. En un descuido, Hernando de Baldaya, el mandatario portugués metió disimuladamente uno de sus dedos, cuya uña estaba impregnada de una ponzoña, en la copa en donde Iñiguez bebía su vino.

A partir de entonces comenzó a enfermar, aunque en un principio todo fue desconcierto pues se desconocía la causa de sus males. Fueron los mismos lusos los que posteriormente informaron a los españoles de lo que había pasado y si eso no fuese suficiente el mismo Baldaya lo confesó antes de morir, tratando tal vez de aligerar su consciencia.

Urdaneta por su parte fue sabedor, por un amigo, del juramento de su superior y acudió a su presencia, en Tidore, para justificarse y darle un descargo.

Le acompañaba en tal difícil trance Quichiltidore, en representación del rey de Gilolo que en parte también se sentía responsable y no quería dejar a Urdaneta solo.

Andrés dio toda clase de explicaciones, incluso delante de algunos portugueses que allí se encontraban y que no desmintieron las mismas, pero quien mejor se expresó y terminó por convencer a Iñiguez fue el tal Quichiltidore que con voz cavernosa y pausada expuso su opinión;

-“Mira Señor, cuando los enemigos no tienen palabra, juramento, ni vergüenza, que los apremien a cumplir lo que prometen, más seguros estamos en la guerra que en la paz, por muchas prendas que ofrezcan. Mi Rey, debajo de tu fe, hizo pregonar la paz que ha matado a sus vasallos; y con mas causa justa se debería quejar de ti que de los portugueses, y tú fuiste el primer ofendido en el rompimiento

de la tregua; y lo que mi rey y Urdaneta han hecho es restaurar la honra del emperador y la tuya, y no romper ninguna tregua, sino restaurar la ofensa que con tan poca vergüenza, en la mismas barbas del rey y ante su puerta se atrevieron a hacer, sobre seguro, a tu nación y a nosotros. Lo cual no lo hubiesen podido hacer sin contar con la confianza de la tregua. Mi rey te ruega que te lo tomes a bien y hagas mercedes a los castellanos que con el estaban; y te avisa de que te guardes de la gente que tan mal guarda su palabra y que por muchas treguas que acuerdes no piensa en confiarse mientras el rey de Terrenate no le devuelva, vivos, los capitanes que mataron sus vasallos incumpliendo la tregua: y aun tú, Señor, no estaría de más que por tu parte pidas enmiendas en las personas de los portugueses que con ellos estaban y que Urdaneta les habló y conoce sus nombres”

Martin se alegró mucho al conocer la verdad y deponiendo su enojo inicial abrazó a ambos aprobando cuanto habían hecho; se ofreció a gratificarles si tenía la oportunidad y dar a conocer los hechos al emperador para que les hiciese merced si lo juzgaba oportuno.

Envió su respuesta al Rey de Gilolo por medio de Urdaneta que debía volver acompañando a Quichiltildore al que agradeció sus consejos y se comprometió a seguirlos, aunque no pudo hacerlo debilitado en exceso por el veneno.

Falleció el once de julio de 1527.

Tal vez el lector se extrañe que casi todos los nombres de los reyes y caballeros de esas tierras aparezcan con el prefijo Quichil. Sepan que equivale a nuestro Don y si españolizáramos su nombre sería Don Tildore Don Rade etc.

XXXXXX

XXX

X



Urdaneta se alegró de su nueva misión. Ir a Gilolo era lo mejor que le podía pasar en esos momentos. Allí se alojaría en unas dependencias anexas a la residencia del Rey. Estaría maravillosamente atendido y dispondría de todas las comodidades. Incluso la de disponer de su amada.

Andrés era la segunda vez en su vida que recibía una deflagración de pólvora, La primera fue en el estrecho, mientras caminaba para rescatar a los supervivientes del Sancti Spiritu y trataba de reavivar una hoguera para asar un par de patos. Aquello careció de importancia si la comparáramos con esta que le marcó para toda su vida y sobre todo influyó mucho en su autoestima.

Durante la convalecencia tuvo momentos de debilidad y pensó que tal vez hubiera sido mejor morir que quedar en este estado. La quemadura cubría parte de su cara y después de una época en que tuvo parte de su rostro en carne viva, poco a poco la herida fue cicatrizando y disimulándose un poco con el resto de su faz.

Quedaban sin embargo, incrustadas en su piel como siniestro tatuajes, unas manchitas oscuras, como consecuencia de las partículas de pólvora no quemada y que en su día no fueron retiradas de la herida por no causarle más daño del que ya sufría.

Trataba de disimular su cicatriz cubriéndose la cabeza con un lienzo que sujetaba con un sombrero en tiempos de paz y con el reglamentario morrión en los de guerra. Eso, aparte protegerlo del sol, le cubría la parte de su cara perjudicada, bien fuera directamente o por la sombra que sobre ella proyectaba.

Cierto es que Urdaneta, con un espíritu mas clerical que seglar no era muy dado a las mujeres, pero tampoco despreciaba la ocasión si se ponía alguna a mano. Después del suceso ya no se atrevió a acercarse a ninguna, tal vez para evitar el gesto de rechazo que en algunas pudo observar.

Pero en Gilolo todo era diferente, allí le esperaba la bella Amida a la que conoció en mejor época y posteriormente no le importó, o por lo menos disimulo convenientemente, lo sucedido.

En el viaje lo acompañaba Esteban, que si con anterioridad eran como carne y uña, después de jugarse la vida por salvarle se habían transformado los dos en una única persona.

El muchacho, como en ocasiones solía llamarlo, llevaba bastante bien su separación de Salmea, casi incluso parecía tenerla olvidada pues evitaba el hablar de ella cuando Andrés trataba de recordársela.

Conseguir mujeres en la isla, siendo castellano, no resultaba muy difícil si lograbas captar el sentimiento y la forma de ser de esas hembras.

Esteban descubrió que cuando te topabas con alguna que te gustase, la tenías que mirar fijamente a sus ojos. Si ella desviaba la mirada y no te hacia el menor caso, mejor dejarla porque por mucho que insistieras no conseguirías nada. Pero si por el contrario mantenía su mirada, te acercabas y la hablabas como a una igual y la galanteabas, ella misma se encargaba de llevarte a la cama.

Tenía que reconocer que sus mujeres eran muy libidinosas y una de ella, según dijo natural de la isla Célebes, después de mantener unas más que exitosas relaciones sexuales se empeñó en examinar detalladamente su miembro para comprobar la inexistencia de unas piedrecitas redondeadas que sus compatriotas solían tener metidas en la zona genital entre el cuero y la carne. Según aseguraba: "Cuanto más de ellas tenían más placer obtenían a su bestial delectación"

Ni que decir tiene que Esteban lo probó en la primera ocasión que tuvo y aquello fue como tener metida una china en el zapato... y de la piedrecita, cuando todo terminó, nunca más se supo.

El éxito conseguido en la mayoría de las mujeres que trató, le tenía satisfecho y aunque en el fondo reconocía que hacer el amor con otras no era exactamente lo mismo que hacerlo con Salmea, únicamente el orgullo le impedía regresar con ella.

Por otra parte su condición de soltero lo tenía igualmente satisfecho, sobre todo después de cierta historia que le contó Gonzalo de Vigo, no deseaba entrar en el gremio de los casados por ninguna de las formas ya que los consideraba unos cornudos consentidos, debidos a algunas de las extrañas costumbres que mantenían, aunque en su descargo podía añadir que no todas eran iguales.



Según Gonzalo de Vigo y refiriéndose en concreto a los indígenas de la isla de los Ladrones con los que convivió durante algunos años, pudo cohabitar con muchas mujeres sin tener necesidad de casarse con ninguna y tener la posibilidad de procrear hijos. Lo supo con certeza por el aspecto europeo de algunos de los nacidos en aquella época en la isla en comparación con los restantes. Que tampoco quería decir que fuesen hijos de sus esposos, pero en ese caso por lo menos todo quedaba en casa.

Según él:

-“Existía una costumbre en esa isla, la de los ladrones, en que todos los hombres solteros que estuviesen en condiciones de procrear llevaban dos varas en las manos y todos ellos, y ellas también, llevaban siempre sendas esportillas de estera muy bien labradas, y dentro de ellas llevaban unas piñas, que los indígenas mascaban continuamente diciendo que con ello fortalecían las encías. Dichos indios solteros que portan la vara, tienen la libertad de poder entrar en la casa de cualquier indio casado que les agrade su mujer y hacer uso del matrimonio con ella, lo que quisiera y con seguridad. Si el esposo está en la casa se le entrega la esportilla de piña y sale el marido fuera, quedando el mancebo en su interior. No ha de regresar hasta que sepa con certeza que el otro se ha marchado”

Para continuar

-“Durante la primera época, en la que realmente solo era un esclavo, observé esta extraña costumbre, y desde luego no me atreví a tanto. Pero poco a poco conseguí un estatus social similar al de los otros y decidí jugármela para ver qué pasaba. Desde hacía algún tiempo le tenía echado el ojo a una muchacha a la que no me atreví a abordar pues eso en la práctica te obligaba a casarte con ella, lo que en realidad significaba, ser un cornudo consentido y no tener libertad para marcharme con el primer barco que pasara como era mi intención.. Pues bien. Todavía no llevaba quince días de casada, cuando me agencié dos varas y me presenté en su casa. El marido me miró extrañado, pues no esperaba que fuese yo uno de los que hiciesen uso de la costumbres, le entregué la esportilla con la piña y sin decir nada salió de su casa. Ella por su parte me acogió como la cosa más natural del mundo. Cumplió con su obligación y en ningún momento exteriorizó el placer que pudiese sentir con el acto. Pero he yacido con las suficientes mujeres para saber cuándo fingen, cuando disfrutan y cuando no sienten nada. Y esta tuvo por lo menos un par de orgasmos y tal vez por primera vez en su vida.”

-¿Volviste con ella? – preguntó Esteban sensiblemente interesado en el tema.

-No era aconsejable repetir para evitar posibles rencillas, y sencillamente porque los otros no lo hacían y no podía significarme. Aunque no puedo negar que me hubiese agradado. Me limité a elegir nuevos prados en donde pastar. Pero me gratificaba verla y cuando no tenía más remedio que consolarme en solitario, ella era el espejo de todas mis fantasías. Me emocioné cuando comprobé que estaba preñada. Y seguí minuciosamente el desarrollo de todo su embarazo hasta que pude comprobar que su hijo también era el mío

Esta conversación la tenía Esteban siempre en la mente y se lamentaba de que su relación con Salmea no hubiese dado sus frutos. Ignoraba si en el caso de quedar embarazada tendría que casarse con ella, pero después de lo oído... Por suerte esa bárbara costumbre parecía que no regía para los indígenas del lugar y no tenía porque preocuparse, aunque quizás hubiese otras... posiblemente peores. Tendría que enterarse llegado el caso.

Con esas cavilaciones estaba cuando un día se presentó allí, en Gilolo, Alonso de los Ríos, estuvo conversando con Urdaneta de otras cuestiones importantes y por la noche quedaron para cenar. Él también estaba invitado.

Esta trascurrió sin nada digno de mencionar, hasta que De los Ríos, como si se hubiese acordado de repente de algo importante, interpeló a Esteban.

-¿Cómo te llevas con la chica con la que conviviste una temporada?

El muchacho levanta los hombros sin comprender exactamente a qué santo venía esa pregunta.

-¿Por qué lo dice?

Cuando uno no sabe que contestar lo mejor es responder a una pregunta con otra, mientras piensas la respuesta adecuada.

-Por nada... - añadió despreocupado -pero el otro día la vi en la puerta de la que fue tu casa amamantando un bebe de pocos días, e ignoro él porqué me viniste a la cabeza.

Esteban ni siquiera se dio cuenta del tono de chanza que podían esconder las palabras de su conocido y solo se quedó con lo único que le interesaba

-¿Salmea ha tenido un niño? - respondió silabeando la frase para comprobar que había escuchado bien.

- Si. Y desde luego su padre es español - añadió con toda seguridad.

De los Ríos lógicamente no llevaba la cuenta, ni recordaba exactamente cuándo diantre y durante cuánto tiempo los dos jóvenes convivieron juntos. También era cierto que cuando una nativa abandonaba o era abandonada por un europeo lo lógico es que lo sustituyese por otro, bien fuese por el rechazo de sus compatriotas o porque les hubiese agradado el cambio.

El cerebro de Esteban actuó rápidamente como solía hacerlo. Si terminaba de nacer y no era siemesino, que era una posibilidad y él solía contemplarlas todas, ese niño, no cabía la menor duda, fue concebido en la época en que permanecieron juntos.

-¿Cómo sabes que su padre es europeo? - preguntó únicamente para ir atando cabos y confirmar definitivamente que ese niño era su hijo.

-Sus cabellos no son tan oscuros, como el de los naturales, ni sus ojos son tan rasgados. Pude ver al niño de cerca y estuve hablando con ella. Incluso intente ser más indiscreto que lo habitual pero finalmente no lo juzgue prudente.

-Ese hijo es mío. No me cabe la menor duda. Y yo aquí haciendo el idiota. - murmuró entre dientes mientras se levantaba dispuesto a partir.

-Tienes mi permiso para marcharte cuando quieras -cortó la acción Urdaneta con cierta sorna en su voz - pero yo esperaría a que amaneciera...por lo menos.

Esteban asintió con la cabeza y se sentó de nuevo. Pero inmerso en sus cavilaciones apenas prestó atención a la conversación que mantenían sus interlocutores. Ni por supuesto acudió a la cita que esa noche tenía concertada con una doncella del lugar.

A la mañana siguiente ya estaba antes del amanecer en el puerto de Gilolo. Se estaban terminando de cargar varios paraos con distintos destinos. Inquirió por el que iba a Zamafo y cuando le informaron se dirigió a su capitán preguntando si podía llevarle.

Con el tiempo había aprendido el idioma de la isla, que era el que empleaba en las conversaciones con Salmea y se entendía bastante bien con los otros dialectos que se hablaba en las distintas islas. Eso le beneficiaba en su relación con los nativos ya que por el simple hecho de hablar la misma lengua lo consideraban más cercano a ellos y eliminaba la desconfianza con la que se comportaban con los que no podían entenderse. En contraposición con los otros castellanos indolentes que se negaban o evitaban cualquier esfuerzo por aprenderlo. Él quizás también lo hubiese hecho pero su relación con Salmea lo cambió todo. Comenzaron por inventarse un quirigay, mezcla de los dos idiomas con el que trataban de entenderse, lo consiguieron y posteriormente todo fue cuestión de perfeccionarlo.

El patrón del parao lo atendió con simpatía al comprobar que podían entenderse perfectamente. Incluso no le cobró nada cuando intentó negociar el coste del pasaje. La presencia de españoles a bordo, aunque en este caso solo fuese uno, siempre era bienvenida pues era una garantía de que otros indios rivales no lo atacasen, ante el temor de que pudiesen llevar armas de fuego.

Llegaron a Zamafo por la tarde del día siguiente e inmediatamente se presentó en casa del Salmea, que también era la suya aunque parecía lo hubiese olvidado.

Lo recibió con frialdad y sin mostrar ningún entusiasmo por el encuentro inesperado, pero que en fondo de su corazón añoraba.

Esteban inmediatamente, por lo menos así lo deseaba, reconoció a ese niño como su hijo. Era hermoso y parecía fuerte, con esa belleza enigmática que caracteriza a los mestizos.

La mujer negó en un principio que fuese hijo suyo, como inicialmente se había prometido le diría llegado el caso, aunque posteriormente sus propias lágrimas delataron que mentía.

-¿Estás sola?... - pregunto con cierto reparo. No quería ni imaginarse que pudiese convivir con otro hombre.

-¡Qué crees! Que cuando te marcharte busque inmediatamente a otro que calentase mi cama, como seguro que tu si has hecho - le reprochó con firmeza, seguras de sus acusaciones, aunque careciera de pruebas.

-Solo era una forma de preguntarte si mi presencia te incomoda... - se disculpó.

-Tu presencia nunca me ha molestado, ni antes ni ahora. Ahora bien. Si lo que deseas es saber si he compartido mi cama con otros hombres... - hizo una pausa con suspense - ¡Te diré que no ¡ - añadió furiosa - aunque ocasiones no me han faltado.

Eso desmentía su primera afirmación de que el hijo no era suyo. Y como inmediatamente comenzó a llorar desconsoladamente, la estrechó entre sus brazos fuertemente, pues ella pugnaba por desasirse. La calmó susurrándole en su oído palabras que sabia le gustaba escuchar, para terminar besándola apasionadamente como hizo espontáneamente el día que logró que ella se lo llevase a la cama.

Salmea se entregó a él como siempre había deseado.

Esteban para poder reconciliarse acepto inmediatamente todas las condiciones que ella le impuso y sobre todas las referente al servicio a la corona, que difícilmente podía cumplir.

Quizás la única que no hubiese aceptado sería la de casarse con ella si se lo hubiese propuesto, pues no estaba dispuesto a consentir, que el día menos pensado, se presentase en su casa un indio con dos varas en sus manos reclamando un derecho de pernada que él nunca consentiría... por lo menos por únicamente un trozo de piña de mascar...

## Capítulo XX

### La guerra continúa

A rey muerto rey puesto. Si los portugueses creían que eliminando a su capitán terminarían con los españoles estaban equivocados.

Muerto Martín se realizó una votación para designar un nuevo candidato al puesto. Era la última opción que el protocolo, para subsanar esta cuestión, ofrecía. La lista confeccionada en su día en España, antes de la partida, para designar sucesor ya hacía tiempo que quedo obsoleta, pues sus candidatos o bien habían desertado o estaban criando malas.

El elegido fue un capitán, Hernando de la Torre, aparentemente sin ningún merito y que unos días antes solo era teniente. La gente ya no elegía únicamente por los posibles meritos o el rango de los candidatos, ya que allí estaban Martín García de Carquizano, sobrino del anterior capitán y que ocupaba el cargo de tesorero o el contador Hernando de Bustamante, que además era un antiguo superviviente de la expedición de Magallanes y tenía experiencia en la zona.

La gente eligió al montañés, Hernando de la Torre, simplemente porque los tenía bien puestos y era el único con capacidad para sacarles del atoladero en que se encontraban.

Pero los portugueses no cesaban en su empeño de perjudicar a los castellanos. Un día apareció por allí un individuo, que nadie conocía ni había visto antes, fingiéndose español y fugitivo de los portugueses.

Dijo llamarse Francisco Pérez, ser natural de Écija, y como hablaba correctamente el castellano con el peculiar acento de su tierra andaluza, nadie sospechó de él pues además llegó como su madre lo trajo al mundo, completamente desnudo.

Pero como ya ninguno se fiaba de los lusos y nadie lo identificó como un viejo integrante de la flota de Loaisa, a los que se acercaban por allí solían interrogarlos haciendo preguntas capciosas para ver si caía en el engaño.

-¿Estuviste en la Trinidad? – preguntó uno de los supervivientes de esa nao esperando que picase.

La Trinidad era la otra nave, junto con la Victoria de Elcano, que llegó al Moluco con la expedición de Magallanes e intentó el tornaviaje cruzando el pacífico en sentido contrario sin conseguirlo. Al regresar fueron detenidos por los portugueses y vendidos a los chinos como esclavos. Unos pocos malvivieron escondidos y salieron a la luz con la llegada de sus compatriotas.

El hombre no era tonto, estaba preparado para cualquier eventualidad y contó una rocambolesca historia que ya tenía preparada de antemano.

-Fui capturado mientras pescábamos en las costas atlánticas africanas por los componentes de una carraca portuguesa. Nos resistimos y mataron a cinco de los nuestros, apresando al resto, que éramos tres. Como venían hacia aquí nos trajeron con la intención de esclavizarnos, pues los europeos están muy cotizados en China. Uno murió durante el viaje por unas fiebres que cogió, el otro ignoro donde pueda estar. Yo fui vendido a un fabricante chino que reside en Malaca y que viene de vez en cuando para comprar clavo. Yo le acompaño como intérprete pues no he tenido más remedio que aprender el chino y conozco el portugués. Pero no me trataba muy bien y aquello no es vida. Así es que cuando me enteré de vuestra presencia, a la primera ocasión que tuve logré escapar.

Satisfechos de la explicación y como gente afín no era precisamente lo que sobraba fue inmediatamente acogido en el grupo y tratado lo mejor que pudieron.

Quince días después de su llegadas y cuando ya nadie podía relacionar una cosa con la otra, se presentaron unos portugueses, otra vez en demanda de paz, y a los que tampoco hicieron mucho caso, pues no eran gente principal y no se fiaban de ellos. Los despidieron inmediatamente, aunque los respetaron como embajadores que eran, pero buscaron y tuvieron la ocasión de pasarle al fugitivo, el tal Pérez, unos artefactos incendiarios que en definitiva era a lo que habían venido.

El plan era el siguiente. Debía lanzarlo sobre la nave que los castellanos estaban construyendo

en Tidore, para incendiarla, después debía dirigirse a una punta determinada de la costa, detrás de la cual lo estarían esperando, le enviarían una canoa y lo rescatarían. El plan resultaba perfecto y se desarrolló conforme estaba planeado.

El problema fue que el navío en cuestión que debía ser incendiado no estaba todavía embreado y las llamas no prendieron, por lo menos con la intensidad necesaria para destruirlo, y apenas recibió daños.

El suceso solo sirvió para que la guerra entre ambos se agudizase, pues finalmente comprendieron los castellanos que estaban más seguros haciéndose la guerra, pues siempre estaban alertas, que ejerciendo la paz. Sabias palabras que en su día ya predijo el caballero indio Quichiltidore a Carquizano, cuando se presentó ante él como enviado de Gilolo.

De todas formas y como si estuviese predestinada a su destrucción esa nueva nave nunca llegó a botarse.

Todo buen carpintero conoce que la madera exige una época en concreto para ser talada y evitar que se pudra. Los españoles conocían el ciclo del comportamiento de las maderas europeas, pero de las tropicales de aquella zona lo desconocían por completo. Solo se dieron cuenta, cuando la madera empleada para fabricar la tablazón de los costados les salió tan podrida, que la nave no lograba mantenerse sobre el agua. Perdiéndose inútilmente todo el trabajo realizado y los materiales empleados.

Zamafo era un puerto importante de la zona en aquella época, situado en el suroeste de la isla de Morotai. Era la puerta de entrada de las Molucas y el primer lugar que visitaban las naos llegadas de las Filipinas. Pero no siempre se ha tenido muy claro su localización, pues en la actualidad no existe, por lo menos con ese nombre.

Navarrete, en su detallada crónica sobre este viaje, lo sitúa en un lugar indeterminado de la costa oriental del norte de Gilolo. Diciendo:

“Eramos a luego desta isla (Gilolo) por la parte de leste, haciendo camino al sur” Que puede traducirse como: Navegábamos a lo largo de esta isla (de Gilolo), por su parte oriental haciendo camino hacia el sur. En ningún momento menciona que, dicho puerto, pueda estar en la isla de Morotai (Moro) aunque si menciona las islas de Ravo y Moro pero únicamente para decir que la nao pasa entre la primera y Gilolo, camino del sur para buscar Zamafo.

Sin embargo en un mapa inglés que reproducimos a Zamafo lo coloca en la parte sur de la isla de Morotai y James Burney, en sus escritos sobre Cook, lo sitúa, en el mismo lugar y a 2° 30' de latitud norte.

Actualmente Crespo Francés confirma esta segunda hipótesis al narrar el primer intento de tornaviaje de la nao Trinidad de Espinosa con las siguientes palabras: “El seis de abril de 1522, con 54 hombres y 1500 quintales de clavo. (Parte la Trinidad) Desde Tidore navegando cuarenta leguas hasta el puerto de Zamafo situado en la isla de Morotai.”

Igual da en donde estuviese o quisiéramos colocarlo lo cierto es que el granero de Tidore era Zamafo, lugar en donde residía Esteban y su compañera, y regularmente partían hacia allí, enviados por De la Torre, grupos de paraos, que custodiados por seis o siete castellanos, cargaban arroz y otros bastimentos para el consumo de la guarnición. La travesía era tan monótona que en la mayoría de las ocasiones esas naves regresaban dispersas, partiendo apenas recibían la carga, y sin tomar las debidas precauciones.

Un día las atacaron unos paraos de Guamocomoda, que era aliados de los portugueses, logrando tomar algunos paraos, matando a varios indígenas y a los castellanos; Montoya y Marquina.

Los restantes pudieron salvarse huyendo.

Los españoles no podían dejar de lado esta afrenta y juraron vengarse, pero de momento lo dejaron de lado pues el horno, con sus aliados de Tidore, no estaba para bollos y, como muy bien dice el refrán, la venganza debe tomarse en frío para que no te siente mal.

Resultaba que desde que murió el rey Almanzor de Tidore, siendo su hijo y futuro rey menor

de edad, confió el gobierno de su reino a un criado llamado Derrota, muy dispuesto y de su entera confianza.

Recordemos que dicho rey ayudó en su día a las naves de la escuadra de Magallanes comandadas por Elcano y Espinosa, facilitándoles el clavo que les permitía regresar a Europa cargados de especias y que a raíz de ello fue asesinado por los portugueses.

El problema fue que la reina, a la que las largas noches en solitario se le hacían eternas, se enamoró de él. Derrota lo aprovechó para aumentar su influencia y allí solo se hacía lo que él mandaba.

Los principales de la isla no veían con buenos ojos esta relación y comenzaron a quejarse a los únicos que podían, los castellanos. Diciéndoles que un criado del rey y hombre por otra parte de baja estofa no debía mandar a tantos caballeros entre los que se encontraban hermanos e hijos de reyes. Y para coaccionarles, no hacían nada que pudiese beneficiar los intereses del emperador Carlos.

Hasta entonces todas esas quejas se realizaron extraoficialmente y De la Torre que no quería meterse en líos de faldas hacia verdaderos equilibrios sobre la cuerda esperando que el asunto se olvidase por sí solo y todo regresase a la normalidad.

Pero un día se presentó ante él una comitiva de principales y su portavoz le habló claro y raso.

-Estas islas y tierras están al servicio del emperador, y lo han estado siempre como muy bien sabes por experiencia. Por culpa de ello los portugueses nos quemaron nuestras casas y tierras. Ahora que el rey Almanzor a muerto y su hijo es un niño que no puede gobernar, consideramos que os corresponde a vos hacerlo, pues sois el enviado del emperador y os nombró gobernador de estas tierras para que así lo hicieseis.

Hernando de la Torre ya intuía por donde iban los tiros, pero quería que la solución se la ofreciesen sus súbditos y no saliese de su boca, aunque en el fondo sabía de sobra que sus respectivos intereses en ese punto coincidían plenamente.

-En definitiva...- ¿Qué pretendéis?

-Que no nos mande Derrota

-¿Y de qué forma queréis que lo haga para que posteriormente no halla alborotos ni escándalo en esta tierra y que todo ello vaya en beneficio del emperador y vuestro rey?

Nadie se atrevió a responder a esa pregunta ya que su interlocutor directo permaneció callado y solamente pidió permiso para reunirse con sus cómplices, realizar una rápida consulta y poder responderle.

-La única solución es matar a Derrota – anunció el que llevaba la voz cantante cuando regresaron.

-¿Y a que esperaréis...?

-Tememos la reacción de la reina. Mejor sería que ese desagradable asunto lo hicieseis vosotros...

- el portavoz pronunció estas palabras con un hilo de voz que apenas resultaba audible.

-Yo llevo poco tiempo en este lugar y desconozco quien es o no servidor del rey y me temo que si me entrometo puedo equivocarme. Por lo que considero debe ser cosa vuestra, aunque extraoficialmente contéis con mi apoyo.

Esta última frase, como anteriormente lo hizo el indígena, la pronunció De la Torre en voz baja y de forma casi inaudible, para que solo fuese escuchada por su interlocutor y no por el resto del conciliábulo que termino unos minutos más tarde.

-Necesitamos por lo menos la participación de alguno de vuestros hombres.

-¿Para qué?

-Únicamente como apoyo. Su sola presencia contendrá a los opositores y todo será más fácil.

-Sea. Cuando estéis preparados mandarme aviso y os haré llegar diez o doce hombres.

Al día siguiente, como acostumbraba, Derrota visitó a la reina. Tenía después la sana costumbre de acercarse al mar para darse un baño, por lo que los confabulados estaban esperándolo en una esquina próxima a los aposentos reales y a la vera del camino por donde debía de transitar.

Sería la del alba cuando Derrota. Sensiblemente satisfecho y despreocupado, salió de la habita-

ción de la reina y como acostumbraba tomó el sendero que conducía a la playa.

Varios indios y cuatro castellanos, que lo esperaban en una esquina, le salieron al paso. Viendo que los primeros no reaccionaban fue un español el que mientras le hablaba le asentó una estocada que le hizo caer al suelo. Mientras que los atacantes se confiaban creyéndolo herido de muerte.

Derrota, que no esperaba este ataque, pues en un principio creyó, que el grupo de hombres que le salió al paso solo se trataba de un refuerzo a la guardia palaciega por alguna alarma que desconocía. Pero cuando se repuso de la sorpresa y como la herida no parecía haberle afectado ningún órgano importante, aprovechó la confusión para salir huyendo y refugiarse en las habitaciones de su amada en las que él se consideraba seguro y sus atacantes no se atreverían a entrar.

Inmediatamente se presentaron dos mil indios en el lugar, previamente convocados, armados hasta los dientes y dispuesto a hacerlo pedazo. El alboroto que formaban se escuchó en toda la isla, que era precisamente lo que Hernando de la Torre no deseaba. Al ver que se había refugiado en los aposentos en donde se encontraba la reina y el heredero, lugar inviolable para ellos, cesaron en sus amenazas y se hizo el silencio.

El problema es que habían llegado demasiado lejos y la cosa no podía quedar así. Era peor dejar las cosas como estaban que terminarlas definitivamente. Así es que no le sirvió de nada su estrategia pues se metieron en la cámara dos castellanos, hirieron a dos esclavos que se pusieron por delante para evitar lo inevitable y el amante terminó el día pagando todas sus maldades.

Muerto el perro se terminó la rabia o por lo menos eso parecía. Porque la reina se tomó su muerte muy a pecho y quedó muy afectada por el suceso. Pasaba los días llorando en unas circunstancias que no presagiaban nada bueno.

Por su parte De la Torre creía que todo esto podía afectar desfavorablemente al joven y futuro rey, por lo que decidió separarlo de su madre y lo entregó a su hermano Quichilrade para que lo custodiase, lo educase y rigiese estas tierras en su compañía hasta que fuese mayor de edad.

Con todo ello los caballeros y demás gente de la isla quedaba contentos y España se aseguraba su fidelidad.

Sin embargo la guerra con los portugueses no cesaba y todavía estaba pendiente la venganza por el apresamiento de los paraos procedentes de Zamafo y la muerte de los dos españoles

A principios de noviembre de ese año, partieron de Gilolo diecinueve paraos con la intención de sorprender una escuadra procedente de Terrenate. Pero en ella iban muchos portugueses, hombres de guerra, que además tenían espías en todas partes y conociendo las intenciones del enemigo, se anticiparon aumentando el número de sus efectivos hasta treinta paraos y salieron a su encuentro.

La batalla se celebró a tres leguas de Gilolo y duró desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde de forma ininterrumpida. Murieron por ambas partes algunos indios y resultaron heridos varios peninsulares.

Finalmente ambos bandos se separaron, más por cansancio que derrotados, aunque finalmente la victoria se la adjudicó al bando de los españoles por el simple hecho de haber recogido más calabais.

Eran estas unas cañas tan largas como dardos, con las puntas quemadas para endurecerlas y reforzarlas. Las arrojaban los indígenas con una especie de zurriaga y las lanzaban en tal cantidad que parecía estuviese lloviendo, pues habían paraos que llevaban hasta cincuenta guerreros provistos con esta arma y algunos incluso más. Ninguno de esos arqueros llevaba menos de cien calabais.

La mayoría de estas flechas no hacían blanco y solían caer al mar. Y como no eran fáciles de fabricar al terminar el combate los guerreros procedían a rescatarlas para su posterior reutilización.

El bando que más recogía tradicionalmente se adjudicaba la victoria y quedaba dueño del campo o el mar en donde se desarrollaba la batalla. Por lo tanto no era de extrañar que muchos gastasen más ímpetu en este último aspecto que en la lucha misma.

Como esta victoria fue más moral que efectiva, los de Gilolo, días después, fueron a refrendarla, tomando un pueblo aliado de los lusos. Se llamaba Dondera y distaban unas cinco leguas de su



punto de partida.

Los habitantes del lugar se comportaron bravamente y de los atacantes resultaron muertos varios indios y entre los heridos se encontraba Urdaneta dañado en una pierna. Lo peor es que no consiguieron nada de provecho.

Esteban cuando se enteró del percance de su amigo lo invito a su casa hasta que se repusiera, pero no insistió demasiado al comprender que estaría mejor atendido en las dependencias reales de Gilolo, en compañía de su amada Amida, que en su humilde morada.

Quiso entonces ir, aunque solo fuese para visitarlo, pero Salmea no se lo permitió. Él no insistió. Esteban se encontraba disfrutando de una segunda luna de miel y su compañera esperando su segundo hijo.

XXXXX  
XXX  
X





Por suerte para los españoles, los portugueses también tenían sus diferencias y mientras entre ellos se pelaban dejaban tranquilos a los castellanos.

Días después de su intento de quemar la nave que estaban construyendo, García Henríquez, apoyado por los soldados de la guarnición de Terrenate, se alzó contra Jorge Meneses, lo detuvo, lo encerró en una celda y lo cargó de cadenas.

Comenzó entonces a despotricar de él, diciendo, al que quisiera escucharlo, que el monarca no lo había enviado para hacer la guerra con los castellanos y añadía que haciéndola no solo desobedecía al Rey sino incordiaba a ambos bandos al enfrentarlos.

Ponía como ejemplo más reciente la quema de la nave que estaban construyendo los hispanos, no para hacerles la guerra a ellos, sino únicamente para poder enviar noticias a su rey.

En realidad todo ello lo hacía por venganza y para devolver la pelota a su rival, que no hacía mucho tiempo, también lo encerró, aherrojó y estuvo en un tris de matarlo.

Los partidarios del caído en desgracia, que no eran pocos, huyeron, en primer lugar a las montañas de Terrenate para no seguir los pasos de su jefe. Pero como eso era únicamente una solución temporal y las cosas parecían ir para largo, se pudieron en contacto con Hernando de la Torre para que los acogiese y amparase a cambio de ponerse a su servicio y hacer la guerra a los enemigos del emperador, mientras Meneses estuviese preso o desde la metrópoli enviasen a alguien a poner paz.

Esto provocó en Hernando de la Torre una situación enojosa. Pues a los que iba a proteger, si aceptaba, eran sus enemigos más acérrimos, mientras que tendría que enfrentarse, para defenderlos, con el que en realidad mejor se entendía y se llevaba de los lusos.

Eso por otra parte era meter el enemigo en casa y mostrarles sus flaquezas y debilidades que no eran pocas, por lo que al final sería pan para hoy y hambre el día de mañana.

Dudaba y dudaba, pero una situación como esta no podía desaprovecharla pues dividía a sus enemigos, aun a costa de meter a buena parte de ellos en su casa y estar expuestos a que a la primera ocasión que tuviese lo traicionaran.

Finalmente aceptó aunque tomando sus precauciones.

-Acepto, con las siguientes condiciones – le dijo al mensajero que las escuchó estoicamente – Deben entregar las armas, las haciendas y como rehenes a ciertos hijos de gente principal, que de aceptar mi propuesta ya determinaríamos en que monto se haría. Y sobre todo – recaló las palabras que pronunció seguidamente – presten juramento de no hacerle más la guerra al emperador, por lo menos mientras estuviesen en el Maluco. Únicamente aceptando la totalidad de estas condiciones atenderé su petición.

Posteriormente le entregó un escrito en el reiteraba lo dicho para que no hubiese confusión ni diese lugar a malas interpretaciones.

El mensajero, que no quiso o no estaba autorizado a aceptarlas sin antes consultar con sus compañeros, pidió un plazo de reflexión y regresó a sus dominios.

El problema, si es que lo hubo en algún momento, fue que mientras todo esto se discutía, Meneses y Henríquez se habían reconciliado y podía decirse que comían en el mismo plato.

Efectivamente, todavía no habían pasado treinta días desde el comienzo de la confrontación, cuando soltaron a Meneses y para evitar un nuevo conflicto de intereses entre ellos, hicieron el correspondiente reparto de bienes. García se fue a un punto distante unas tres leguas de la fortaleza de Terrenate, aunque eso sí, llevándose toda la artillería, armas, municiones, navíos y fustas y todo lo demás que quiso; dejándole el resto, que salvo las armas no era poco, a Don Jorge.

Todo esto ocurría el veintinueve de diciembre de 1527.

Como los lusos, a pesar de todo, no terminaban de ponerse de acuerdo e incluso la guerra entre ambos bandos, a pesar de las apariencias de tranquilidad, continuaba soterrada y podía estallar en cualquier momento, los indígenas partidarios a su causa comenzaron a ponerse nerviosos pues no sabían a qué bando acogerse.

En la isla de Maquian reinaba por entonces un monarca llamado Quichilumar, que hasta entonces estuvo con los lusos y decidió cortar por lo sano y pasarse al servicio de los castellanos.

Para confirmar y hacer válida su petición entregó a de la Torre una Juanga, que era una nave bastante mejor que cualquier paraol. Y para protegerse de las más que probables represalias de los portugueses le rogó le enviase seis castellanos: "...para proteger las tierras que ya eran del emperador".

De la Torre aceptó la oferta y le remitió seis hombres con un arcabuz para defenderse.

La juanga, que en realidad no le hacía ningún papel se la obsequio al rey de Tidore

Pero todo ello no lo podían permitir los portugueses y las represalias no se hicieron esperar. No habían pasado ni diez días cuando García Henríquez, con una carabela, una fusta y un batel, con sesenta soldados portugueses a bordo y acompañados por una flota de veinte paraoles con varios centenares de indios afines, atacaron Maquian.

Los nativos, ayudados por los castellanos resistieron durante dos días pero finalmente tuvieron que claudicar.

Hubo muchos muertos, entre ellos un español llamado Martín de Somorrostro, cogieron prisionero a otro, Pablo Marinero, que estuvo preso durante siete meses hasta que logró fugarse y se trasladó a Tidore. Los otros cuatro lograron escapar adentrándose en la jungla con los lugareños, pero antes, conociendo las intenciones de los lusos, incendiaron quinientos quintales de clavo, que eran de ellos, y sin que el enemigo lograra salvar nada.

Esto encorajinó a los lusos que los persiguieron con saña, matando y robando a quienes se pusieron por delante. Se contaron posteriormente historias espeluznante de lo allí acontecido como fue el caso de un hombre que viendo la crueldad con que se comportaban los soldados portugueses, fue a su cabaña y mató a su esposa y tres hijos para después acercarse hasta donde estaban los soldados abrazar a uno de ellos y clavarle un puñal en el pecho. Quiso repetir la operación con otro pero fue abatido.

Los españoles permanecieron escondidos hasta que sus enemigos se marcharon y posteriormente buscaron los medios para trasladarse de nuevo a sus bases.

Finalmente los castellanos lograron terminar la fusta que estaban construyendo en Gilolo y que tanta falta les hacía y la trasladaron a Tidore el dieciocho de enero de 1528. Hicieron capitán de la misma a Alonso de los Ríos y a Urdaneta lo nombraron tesorero de la mar. No era gran cosa pero sí la única fuerza naval, con independencia de los paraoles, que tenían para enfrentarse a sus enemigos.

Las escaramuzas no cesaban y seis días más tarde fueron a castigar ciertos lugares de la isla de Terrenate, concretamente los poblados que participaron, junto a los lusos, en el ataque a Maquian y de paso sacarle provecho a la fusta recién estrenada. Durante el camino se tropezaron con un paraol grande, que iba precisamente a Maquian procedente de Motil. Cuando divisaron a los españoles intentó huir a su lugar de procedencia. Iban a bordo, aparte la dotación de lugareños, tres portugueses a cargo de un verso para su protección. Pero como vieron que sus perseguidores estaban cada vez más cerca decidieron encallar el paraol en una playa y montar la artillería en un baluarte cercano en donde pudieran defenderse, por lo menos durante algún tiempo.

Finalmente no tuvieron más remedio que huir internándose en la selva y los castellanos para no meterse en más líos ni abandonar la fusta los dejaron marchar. Tomaron el paraol para regalárselo al rey de Tidore y cogieron el verso para ellos pues no iban muy sobrados de ellos.

Colmadas sus pretensiones para el viaje y ante la imposibilidad de poder manejar las dos naves por falta de personal, ya que el paraol tuvieron que remolcarlo, regresaron a Tidore dejando su aventura en Terrenate para mejor ocasión.

Casi un mes después acudió a Gilolo Quichilrade, acompañado por unos castellanos y una armada de trece paraoles, para unirse a la del rey del lugar y poder hacer frente a otra armada de Terrenate que estaba bloqueando un puerto llamado Zalo, que eran protegidos de los castellanos.

Ambos bandos pelaron valerosamente, como si con ella se decidiese el destino de esta cruel gue-

rra. Murieron muchos indígenas por ambas partes, incluso un soldado portugués; y hubo muchos heridos.

Después de gastar una ingente cantidad de munición que no sobraba, por lo menos por parte de los castellanos, ambos bandos se retiraron.

No fue una batalla más, nunca en esas islas hubo tanto llanto como el que se produjo al final de la misma y motivos hubo para ello, pues ambas partes echaron el resto y pusieron en combate a la totalidad de los efectivos que tenían.

Parecía que el conflicto había llegado a su fin, pero por desgracia no había hecho más que comenzar. Mientras los castellanos la dieron por finalizadas y fueron a Gilolo, para posteriormente trasladarse a Tidore. Los lusos solo hicieron un conato de huida pues a los cinco días ya habían regresado para terminar el trabajo que dejaron pendiente en Zalo, con una galera y una fusta. Como no los esperaban cogieron a los naturales desprevenidos, mataron mucha gente y arrasaron la población quemándola.

La humareda se vio desde Tidore. Aquello no tenía solución y de nada serviría ir en su ayuda pues no encontrarían a nadie con vida.

Decidieron vengarse yendo con la fusta y algunos paraoles a la isla de Terrenate, en donde se encontraba el bastión portugués y darles donde más les dolía atacando el pueblo de Toloco, que era considerado uno de los lugares más fortificados de la isla. Lo destruyeron y mataron mucha gente, ganándose mucha reputación ante los lusos, demostrando una inusitada osadía al atacar ese lugar y demostrarles de paso que desde luego no estaban acabados.

El diez de marzo se decidieron castigar la incursión portuguesa a Maquian que todavía tenían pendiente ya que parte de la isla todavía estaba en poder de los lusos. El lugar elegido para atacar fue Guaza, población bastante importante, y por lo tanto la participación castellana también lo fue ya que acudió con la fusta y treinta soldados. Independientemente de los indios y paraoles que les acompañaban.

Los naturales se defendieron tan bien que para someterlos fue necesario emplear todos sus efectivos. Finalmente se rindieron con la condición de que se respetase sus vidas y prometiendo que a partir de entonces estarían al servicio del emperador. La propuesta fue finalmente aceptada si iba acompañada de una importante indemnización.

La cosecha de clavo de ese año estaba en su punto y dispuesta para la recolección. Los lusos se apresuraron a hacerlo para evitar incendios intencionados por parte de los españoles como los cometidos en Maquian y que sus rivales repetían con harta frecuencia.

En los almacenes tampoco la cosecha estaba segura, por lo que Don García decidió trasladar, por lo menos su parte, que era la del león, a Malaca. Para ello, a mediados de Marzo, cargó todos sus barcos con el clavo y partió, dejando a Don Jorge para la defensa del territorio con una galera real, una fusta, un batel y de sesenta a ochenta hombres de la metrópoli y una ingente cantidad de guerreros indígenas al mando del capitán Quichil de Roes, que era gobernador de la provincia, hermano del rey y en definitiva el que les sacaba las castañas del fuego a sus aliados en la mayoría de las ocasiones.

Con ello las fuerzas se igualaron provisionalmente aunque, en el aspecto naval, los lusos continuaban siendo superiores.

Aprovechando la situación favorable, el rey de Gilolo pidió ayuda a los castellanos para tomar una isla distante tres leguas de su reino, llamada Tuluabe, partidaria de los portugueses y que con sus incursiones hacían mucho daño en su isla.

Hernando de la Torre, que no se podía negar a esa colaboración, se alió con el gobernador de Tidore, que era a su vez hermano del anterior, y acordó armar diez paraoles en los cuales enviaría una treintena de castellanos con escopetas y ballestas, seis versos, dos arcabuces y todo ello apoyados por ochocientos guerreros de Tidore.

Se dirigieron en primer lugar a Gilolo para unirse a la flota preparada por su rey, que fue a reci-

birlos a su llegada, montado en una canoa, para informarles de las últimas novedades.

Resultaba que el mismo Quichil de Roes, gobernador de Terrenate, estaba allí para la defensa de la isla y contando con la ayuda de trece paraoles. Les informó que únicamente iba a añadir cinco paraos más a su escuadra porque el resto ya los tenía en esa isla bloqueando la escuadra enemiga y la posible huida de De Roes.

Les recomendaba que partiesen lo más rápidamente posible, para evitar una posible huida del enemigo.

Partieron esa misma tarde y a medianoche los paraoles de Gilolo y Tidore divisaban a los delos enemigos que estaban junto a la playa en donde pensaban desembarcar. Un paraol de Terrenate fue a su encuentro creyendo que eran refuerzos de los suyos y que llegaban para ayudarlos, pero al reconocerlos como enemigos salió huyendo.

Estuvieron persiguiéndolo durante cuatro horas, pero al no conseguir alcanzarlos y ser noche cerrada regresaron a Gilolo.

A la mañana siguiente al amanecer partieron de nuevo. Tres horas después ya se encontraban juntos ambos bandos. Comenzaron a embestirse haciendo uso de la artillería y otras armas de fuego. Pero la batalla era confusa, todos estaban muy juntos, abordándose unos a otros, y era muy fácil caer bajo el fuego amigo.

La lluvia de calabayes caía como el granizo, matando e hiriendo indiscriminadamente. El enemigo hasta en dos ocasiones hizo amagos de huir, pero la gente fue retenida por sus mandos. Ya que si lo intentaban con sus naves, serian alcanzados y vencidos más fácilmente y si se tiraban al agua para alcanzar la isla a nado, posteriormente serian cazados como alimañas.

Decidieron aguantar.

En esos momentos, a los castellanos comenzó a faltarles la pólvora, por lo que no tuvieron más remedio que menguar su fuego, hasta casi desaparecer. Por su parte los portugueses creyeron que los españoles daban la batalla por finalizada y también cesaron en su fuego, entre otras cosas porque tenían al jefe supremo Quichil de Roes herido en el pecho por una disparo de verso y mucha gente también herida o muerta.

Ante lo inesperado del suceso, los indios se quedaron mirándose sin saber qué hacer. Llevaban tres horas luchando y los de Gilolo, ante la duda, se apresuraron en rescatar los calabayes de la superficie del mar para poder adjudicarse la victoria, aunque solo fuese moralmente. Mientras los españoles desesperaban pues tenían la victoria al alcance de sus manos y la dejaban perder.

Regresaron a Gilolo.

Los lusos aportaron a la batalla un número similar de efectivos que los españoles, concretamente veintiocho, pero poseían catorce versos e iban mejor armados que los castellanos.

Realizado el recuento de las bajas, por los hispanos solo estaba la del artillero Roldan, al que un disparo de verso le destrozó la mandíbula; los indios de Gilolo tuvieron ocho muertos y treinta heridos; y los Tidore: quince y cuarenta respectivamente.

Por parte de los portugueses murió un artillero y hubo varios heridos de diversa consideración y por parte de sus aliados indios hubo ochenta y cinco muertos y más de un centenar de heridos.

Juntando y comparando las bajas y sobre todo por la recogida de calabayes, los de Gilolo y aliados resultaron claros vencedores. Pero su rey nunca tenía bastante y cinco días después ya estaba de nuevo pidiendo ayuda a los españoles para atacar a los enemigos de nuevo en el mismo lugar.

Nuevamente De la Torre no se pudo negar y le envió de nuevo treinta hombres. Pero esta vez la batalla no duró tres horas como la vez anterior. Hubo un sitió y este se prolongó durante treinta días sin conseguir por otra parte nada positivo. Durante el mismo falleció uno de los españoles llamado Paniagua, previamente herido de un escopetazo, y otro al que llamaban Fibes.

Demasiado coste para tan poco bagaje.

Precisamente el día que por fin estaban rematando la faena y asaltando a sangre y fuego la pobla-

ción. Apareció por el horizonte una nao a vela que por alta mar iba sin duda en dirección al Maluco y que por su rumbo pasaría junto al pueblo en que estaban combatiendo.

En un principio creyeron que era portuguesa y tal vez se dirigía allí en auxilio de los sitiados, pero la silueta de todas las naves lusas era de sobra conocida y esta no se parecía a ninguna.

Posiblemente pudiera ser española, y en este caso no podían dejarla pasar como hacia algunos meses con las otras dos que ya nunca habían vuelto a dejarse ver. En un principio pensaron en encender una gran hoguera con abundante humo para llamar su atención, pero esa también era una técnica que empleaban los indios para atraerlas y posteriormente asaltarlas, por lo que si no tenían ganas de líos ni ninguna necesidad imperiosa de conseguir agua o bastimentos, podían perfectamente obviar el aviso y pasar de largo.

La mejor manera de llamar su atención era disparar armas de fuego con lo que tendrían la seguridad de que se trataba de cristiano y por lo menos se detendrían para ver qué pasaba y averiguar quiénes eran.

Cuando consideraron que se encontraban ambos los más cerca posibles, desde la playa, dispararon un arcabuz y tres o cuatro escopetas. Esperaron ansiosos una respuesta para saber si habían sido escuchados. Cuando segundos después, que se hicieron interminables, les respondieron con otros tres disparos y amainaron su marcha. Los gritos de júbilo se escucharon en la misma nave.

Inmediatamente los castellanos se presentaron ante el rey de Gilolo para contarle lo ocurrido y solicitarle un paraol para presentarse ante los visitantes y saber con certeza de que gente se trataba, no fuesen a ser portugueses y caer en una emboscada.

El rey les cedió tres paraoles para que otros tantos castellanos se presentaran ante ellos y lo verificaran.

El rey se los mando dar bien aderezados y partieron al encuentro de la nave, que se encontraba al paio a una distancia prudencial de la costa, esa misma noche. Amanecieron junto al navío.

- ¿De dónde sois? – preguntaron después de saludarle.

- De España y vasallos del Emperador

Después les mostraron una enseña real para refrendar sus palabras y aceptaron su invitación para subir a bordo.

## CAPITULO XXI LA LLEGADA DE LA FLORIDA

Lo que relatamos a continuación tan vez lo recuerde como contado en otro capítulo de este libro, concretamente en el referido a la llegada de la nao Florida a las Molucas. Pero aquel esta contado desde la perspectiva de los tripulantes recién llegados y este de los españoles que ya comenzaban a vegetar en estas tierras y con su llegada recibieron un soplo de aire fresco que volvía a darles vida. No solo por la posibilidad de recibir refuerzos, sino también ante la perspectiva de poder enviar noticias de su situación al emperador y recibir ayuda.

Alguna historia posiblemente se repita, pero lo seguro es que ambas se complementen y den una proyección más exacta de lo allí ocurrido al lector.

Se quedaron en el buque dos hombres, uno de los cuales era Gonzalo de Vigo, mientras que el tercero se fue inmediatamente a Gilolo para advertir a su rey que el navío era de Castilla, a la vez que le pedía una paraol para llegarse a Tidore y darle la buena nueva a Hernando de la Torre.

Le advirtió también que según le habían dicho esa nave estaba acosada por los portugueses y no estaría de más que enviase a la fusta, recién construida, en su apoyo, ya que tal vez en esos momentos estuviesen algunos navíos lusos bombardeándola pues muchos aseguraban haber escuchado los disparos.

De la Torre no podía ser, de ninguna forma, rácano en este asunto, ya que esa nave era, ni más ni menos, que el salvoconducto para todo el colectivo de españoles que allí se encontraba. Y que por nada del mundo podía permitir que la destruyeran o lo que era peor, que la apresaran.

La fusta ya estaba apercebida para acudir en su ayuda si fuese necesario y esa misma noche partió con cuarenta hombres a bordo, armados hasta en los dientes.

Mientras tanto los portugueses, informados de su llegada inmediatamente partieron en su persecución, y se acercaron a la nao ignorando que ya hubiese dos castellanos, con los que habían estado combatiendo, a bordo.

-¿Quiénes sois? – preguntaron aunque lo sabían de sobra.

-Españoles...

-¿Dónde vais?

-Al Moluco

-Esas tierras no son de emperador.

-No son esas mis noticias. Pero sí sé que allí hay un Capitan General del Emperador, al que llevo provisiones.

-Allí no hay ningún capitán ni gobernador. Cierto es que hace algún tiempo llegó una nave española, con gente del Comendador Loaisa a bordo, que se perdió en el puerto. Con sus restos y nuestra ayuda pudieron montar otra nave con la que partieron de regreso a España. Estas tierras son del rey de Portugal,- continuó – pero si os desplazáis con nosotros a la fortaleza de Terrenate, podréis confirmar todo lo que os digo y conseguir toda la ayuda que precisáis para poder continuar vuestro camino.

El capitán de ese buque estaba perfectamente informado de la situación y no se dejó engañar.

-Lo siento pero no tengo órdenes de mi emperador de acudir a la fortaleza del rey de Portugal. Mi misión es ir directamente a las islas del Moluco, concretamente a Tidore, y si no los encuentro si iré directamente a la fortaleza del monarca luso, pero para pedir explicaciones. Así es que apartaros de mi camino para que pueda cumplir mi misión, sino queréis que sea yo quien os barra a cañonazos.

El capitán portugueses viendo que no podía convencerlo, y probablemente con instrucciones en ese sentido, quiso anticiparse a sus amenazas e intentaron dispararles un pedrero grande que tenían preparado en la proa de su fusta. Pero a pesar de que hasta en tres ocasiones intentaron prender la mecha del pedrero no lo lograron.

Los de la nave no respondieron a ese intento de ataque, pero como los lusos insistieron disparando otros cañones más pequeños que portaba la fusta, se inició inmediatamente un intercambio de disparos.

Esto no convenía a los españoles que se estaban jugando la única nave que tenían y cualquier disparo afortunado de sus adversarios podía echar al traste todas sus expectativas.

Aprovecharon un momento en que el viento les fue favorable, para dejar plantados a los lusos e introducirse en la bahía que formaba el puerto de Gilolo y fondear allí, ya que la alternativa de llegar al puerto de Tidore no era posible, por lo menos, en esos momentos.

Los portugueses enviaron aviso esa noche a la isla de Terrenate para que se presentase inmediatamente allí el batel

Al día siguiente, por la mañana, se colocaron ambas naves detrás de una punta para bombardear al navío. Por suerte, a pesar de poseer una excelente artillería y disparar de cerca, solo acertaron a darle a un mastelero sin causar mayor daño. Pero todo era cuestión de tiempo y más pronto que tarde podía llegar algún disparo afortunado que impactase en algún lugar clave de la nao

Como un fantasma entre las brumas del amanecer apareció la fusta que los españoles enviaron la noche anterior, y se dirigió con determinación sobre las dos naves portuguesas.

Ante tanta audacia y con ese halo de superioridad con que llegaron sus adversarios consideraron que debía de estar muy bien artillada y como a ellos ya se les estaba terminando la pólvora de tanto disparo que hicieron, optaron por tomar las de Villadiego y partir con rumbo a Terrenate.

Después de festejar la victoria y realizar las presentaciones de rigor, consideraron prudente que la nao se desplazase a Tidore, en donde bajo la protección de la artillería del fuerte estaría más segura que en ese lugar. Como los vientos continuaban siendo desfavorables requirieron la presencia de varios paraoles para que la remolcase cuando fuese necesario. Con ellos y la protección de la fusta para prever cualquier ataque llegaron a Tidore el treinta de marzo.

Ese navío, como todos ustedes deben haber supuesto no era otro que la nao Florida que al mando de Don Álvaro de Saavedra Cerón, partió de Nueva España, hacia algunos meses, en compañía de otras dos carabelas que se perdieron durante el camino, pero que todos esperaban se presentasen de un momento al otro.

Llevaba a bordo cuarenta y cinco hombres que eran pocos para las necesidades de personal que por entonces había en la colonia, pero menos daba un clavo si se tenía en cuenta que solo se habían perdido a cinco tripulantes durante el trayecto, con independencias de las dos naos desaparecidas.

Los allí presente se sorprendieron en primer lugar que no llegasen directamente de España y si de las colonias americanas.

Por la noche, tras una opípara cena para agasajar a los recién llegados, todos esperaron a la sobremesa para que Saavedra les contase la aventura de su viaje, mientras degustaban el vino del lugar.

-Todo empezó - dijo Saavedra - cuando a Nueva España llegó el patache Santiago que confirmó que por lo menos tres naves, después de atravesar el estrecho de Magallanes, continuaron su viaje rumbo al Moluco a través del Mar del Sur. Esas era: la Victoria, la Parral y el San Lesmes. Pero para entonces ya le había llegado a nuestro gobernador Herman Cortes una petición del Emperador para que enviase, lo más rápidamente posible, unas naves que se estaban construyendo en la costa occidental de Nueva España. No solo se preocupaba por esas naves, sino también por la Trinidad, de la expedición de Magallanes, y sobre el destino de otra flota, partida desde Sanlúcar de Barrameda, después y con el mismo destino que la de Loaisa, y que actualmente nadie sabe en donde se encuentran. Mi misión es buscar y tratar de localizar esas naves, de ahí mi jolgorio por encontraros a vosotros pues parte de la misión ya está cubierta.

-¿Partisteis vosotros solos?

-Partimos tres naves, pero poco antes de llegar a la isla de los Ladrones nos separamos después de soportar una tormenta y ya no he vuelto a saber de ellas.



-¿Cuánto tiempo tardasteis en el viaje? - pregunto Urdaneta deseoso por conocer el mayor número de datos posible.

-En sesenta días llegamos a estas islas, pero posteriormente perdimos el piloto y al no haber ninguna otra persona a bordo capaz de manejar el astrolabio ignorábamos el lugar en donde nos encontrábamos y la forma de llegar hasta aquí. Yo creo que más nos han traído las corrientes que hemos llegado nosotros - sonrió Saavedra al pronunciar estas palabras - Finalmente y como anécdota les diré, que hace algunas semanas en una isla y puerto llamado Bisaya, rescaté a tres hombres de la carabela Santa María del Parral, que se perdió en aquellas islas, y los he traído conmigo.

-¿Hubieron más supervivientes? - preguntó otra vez interesado Urdaneta.

-Posiblemente haya alguno más escondido en la selva o perdido por ahí. Pero por lo que me han contado a la mayoría los mataron los indígenas y a los restantes los vendieron como esclavos. De los que llevé pude rescatar a dos de ellos y el otro logró escapar al divisarnos y se unió a nosotros, pero según parece muchos fueron vendidos a comerciantes chinos y solo Dios sabe en donde se encuentran. ¡Por cierto...! ¿Sabéis algo de la nao Trinidad?

Todos callaron mirándose entre sí, siendo Urdaneta el que se atrevió a responder a la pregunta.

-Intentó regresar por el mar del Sur, para llegar a Nueva España. Pero entre que la nao no estaba en las mejores condiciones y nunca encontré vientos o corrientes favorables que facilitasen el camino, tuvo que desistir y regresar para caer en manos de los portugueses que los detuvieron a todos. Por ahí se dice que el tornaviaje por el mar del sur es imposible, pues hay fuerzas sobrenaturales que lo impiden.

-Pues yo tengo que regresar por ahí... - dijo haciendo una mueca con la cara que al principio estaba destinada a ser una sonrisa.- ¿Vos que creéis?

-Yo creo que si se intenta por un paralelo más septentrional las corrientes pueden ser favorables.

Saavedra en realidad no hizo mucho caso a Urdaneta. ¿Qué iba a saber de navegación un hombre tan joven e inexperto...?

Al principio todos los allí presente se preocuparon de que la Florida tuviese ordenes de regresar inmediatamente para pasar su informe, y no se quedase allí, con su tripulación, para ayudarles. Pero tenían claro que no serían ni mucho menos suficientes como para igualar sus fuerzas con la de los portugueses y lo esencial es que partiesen para pedir refuerzos y regresasen acompañados por una gran flota, totalmente necesaria si el emperador realmente quería apropiarse de esos territorios.

Lo esencial de momento es que pudieran facilitarles los materiales de guerra que precisaban y de los que parecía llegaban bien provistos.

Los castellanos tenían mucha necesidad de: plomo, de pelotas de verso y de los otros tiros como eran las balas de mosquete y arcabuz y sobre todo de pólvora que mas que escasear casi podía decirse que no quedaba.

En realidad carecían de todo. Por ese motivo se apropiaron de cuanto pudieron desprenderse como: medicinas, ungüentos y otras cosas necesarias para curar heridas; ballestas, coseletes, escopetas, lanzas y plomos

De las tres piezas de bronce que llevaba la nave, dejó allí dos, así como siete u ochos arcabuces de hierro y otros útiles.

Lo que más les maravilló es que todo eso pudiese obtenerse en las colonias americanas, ya que la gran mayoría de ellos las desconocían por completo al no haber estado nunca en ellas y creían que sus compatriotas allí residentes habitaban todavía casas de palma y se alimentaban de los productos que podían obtenerse en los bosques.

Desde el mismo momento en que la nao Florida fondeó en el puerto de Tidore, la única preocupación de Hernando de la Torre fue adecuarla para el difícil viaje de vuelta que tenía por delante. Para ello dedicó a todos los carpinteros y calafates para que la carenasen y la pusieran a punto y sobre todo se dedicaron a buscar esas fugas de agua, que ignoraban en donde se encontraban, pero



que tantos disgustos y esfuerzos extras les dio achicando agua, en el viaje de ida.

También se preocuparon de abastecerla de comida y el día veintiocho de abril envió De la Torre un paraol a la isla de Maquian, con cuatro castellanos a bordo, para traer unas cabras que por allí se criaban.

Al mando de ellos iba el capitán Martín de Islares que llegó hasta una isla distante unas quince leguas de Tidore, donde quemó un pueblo y prendió a mucha gente, con la intención de emplearla como moneda de cambio de la mercancía que iba a adquirir.

No pensó que los pobladores de las islas vecinas, que también eran aliados de los portugueses, verían el humo y les mandarían aviso.

Los lusos reaccionaron inmediatamente y salieron en su busca. Cuando lo encontraron comenzaron a cañonearlo. Intentaron huir pero no pudieron regresar a Tidore, así es que optaron por dirigirse a la isla de Batachina, en donde lograron esconderse.

En unas islas tan cercanas unas de otras, y en donde habían espías por todas partes dispuestos a informar al enemigo de cualquier circunstancia que se produjese no tardó Hernando de la Torre en enterarse de que su enviado había sido atacado.

Temiendo estuviese preso o cercado en algún lugar y defendiéndose, mando aparejar la fusta para que fuesen a buscarlo.

Cuando llegaron al lugar se enteraron de que habían logrado escapar y que los lusos se habían retirado a Terrenate. No sabiendo en donde buscar y entendiendo lograrían regresar por sus propios medios, La fusta volvió a Tidore.

El día cuatro de Mayo se dio la alarma en Tidore y el gobernador Quichil Rendo, aviso a los castellanos, de parte de su rey, que muchos paraoles de Terrenate iban sobre el pueblo de Zoconora, probablemente como represalia a la acción del capitán Islares. Le rogaban les ayudase la fusta pues tenían pocos paraoles disponibles para poder enfrentarse a los portugueses.

Como si estuviese todo previamente planificado y de acuerdo se presentó también allí Hernando de Baldaya, capitán de una galera muy bien armada, en donde decía iban únicamente cuarenta portugueses. Le enviaba una carta a De la Torre desafiándolo a que saliese con la galera recién llegada que tenía y tripulada por igual número de gente.

La nao no estaba en condiciones de combatir. Sencillamente porque en esos momentos estaban reparándolas. Pero aunque estuviese en condiciones los castellanos no la hubiesen expuesto a un combate en la que pudiese salir malparada.

Conocían de sobra las intenciones de los lusos, que no eran otras que impedir a toda costa que esa nave pudiese partir de vuelta a España o a las colonias americanas, que tanto daba, en busca de refuerzos. Y para ello estaban dispuestos a poner en juego todas las argucias disponibles.

Pero De la Torre no podía eludir la celebración de ese combate singular entre ambos bandos, so pena de ser tachado de cobarde y perder la confianza que sus aliados indígenas pusieron en él.

Por ese motivo ordenó aderezar la fusta, la puso al mando de Alonso de los Ríos con únicamente treinta y cinco hombres a su cargo. Para chulo él, ya que le daba ventaja de salida, tanto en la calidad del material, como en el número de tripulantes empleados.

La colocó entre las isla de Mare y Tidore y quedó a la espera de que llegase la carabela portuguesa. Finalmente llegaron estos y se pusieron a jugar con la artillería.

La fusta llevaba por la proa un pedrero de bronce, muy bueno por cierto; y distribuidos por el resto de la nave: dos sacres, también de bronce; dos falconetes de hierro; un verso de bronce, recientemente tomado de un parao luso y dos arcabuces. Total ocho piezas.

Los portugueses por su parte armaron su galera con un cañón pedrero en la proa y por el resto de su galera: una media culebrina y un sabage grande, todos ellos de tiro grueso, y además tres falconetes grandes y catorce versos que sumaban veinte tiros.

Pero a los castellanos no les interesaba esa táctica pues estaban en clara desventaja en lo que

se refería a la artillería, pero personalmente iban bien armados y con excelente ánimo, por lo que decidieron abordar el navío luso. Por tres veces lo intentaron sin conseguirlo, perjudicados por la diferente altura de sus bordas, pero a la tercera, como bien dice el refrán, lo lograron.

Los portugueses se defendieron peleando reciamente y como eran mas y estaban armados con escopetas tardaron los españoles una hora en someterlos.

Más que contentos por la victoria lo estuvieron por el material tomado. Ya que toda la artillería era de bronce y de excelente calidad, excepto un par de tiros gruesos de hierros que también hacían su papel.

Tomaron además de esa galera mucha pólvora, pelotas, escopetas, armaduras para el cuerpo, que en las batallas navales nadie se ponía pues si caías por la borda, y aun siendo un excelente nadador, estabas perdido, pero que en tierra eran la diferencia entre la vida y la muerte.

De los castellanos hubo cuatro muertos y ocho heridos de diversa consideración, pero que posteriormente se repusieron todos ellos.

Por los portugueses hubo ocho muertos, entre ellos el capitán de la galera, Hernando de Baldaya; cinco huyeron echándose a la mar, siendo uno de ellos el piloto de la nave y se desconoce cuál fue su destino; diez salieron muy mal heridos y fueron hechos prisioneros y el resto, otros diez, lograron salir completamente ilesos. Aparte de ellos capturaron a los ocho esclavos que se dedicaban únicamente a bogar.

Pero las alegrías para los españoles no habían terminado, pues una vez concluida la lucha el marinero Juan Grego, fue a popa y encontró un cofre cerrado que tuvo que hacer pedazos para poder abrirlo. En él encontró una taza y tres cucharas de plata, paños de rescate que eran muy apreciados por los indígenas que los cambiaban por cualquier bastimento y otras más cosas. Pero lo más importante resultó un documento, al que al principio no hicieron mucho caso, pero que una vez inventariado todo fue entregado al bachiller Diego de Ayala, el único que sabía leer del grupo y entendía el portugués, y cuando lo leyó en voz alta se le pusieron los pelos de punta pues decía lo siguiente.

“Fernando de Baldayan, si tomardes los castellanos y la galera, no dejéis ninguno de ellos vivos, porque vienen a tomar y levantar las tierras del Rey nuestro Señor de Portugal, y envolverlos en una vela de la galera, y echarlos en medio de la canal de la mar, porque no quede ninguno de ellos, ni halla quien fuese a decir a Castilla lo que pasa en estas tierras. Lo cual haced so pena de muerte y perdimientos de vuestros bienes.”

De los Ríos, cuando terminó de escuchar el contenido del escrito, tuvo la certeza de que Baldaya hubiera cumplido la orden por las penas que el no hacerlo comportaba, estuvo tentado de echarlos a todos al agua cargados de cadenas y con el lastre de alguna que otra piedras, pero aquellos desgraciados no tenían la culpa de ello y se prometió que si alguna vez caía en sus manos el firmante del escrito sufriría la muerte que a ellos les tenía destinada.

Dicho documento estaba firmado por Jorge de Meneses y lo tomó el capitán Hernando de la Torre para guardarlo.

Por entonces ya nadie se acordaba de los sufrimientos y penalidades sufridas en la construcción de la fusta, ya que les costó más de un año en poderla terminar. Simplemente por los extraordinarios servicios prestados en las pocas semanas de su vida activa, desde que fue botada, la consideraban ya amortizada.

Estos comenzaron por el auxilio que le prestó a la nao Florida a su arribada y terminaban en la batalla que acababa de concluir, sin contar otras acciones realizadas en el ínterin de menor importancia. Todo ello de por sí, ya justificaba su construcción. Pero a pesar de todos estos éxitos parciales no podían olvidar que continuaban estando en clara desventaja, pues ellos eran pocos y tenían el auxilio lejos y los lusos eran muchos y lo tenían cerca.

Por otra parte los nativos no cesaban en sus peticiones, así es que Quichilhumar, el rey de Maquian, fue a entrevistarse con De la Torre pidiéndole.

-Ya que voluntariamente somos vasallos del emperador, a cuyo servicio nos hemos entregado en persona y puesto en peligro nuestra tierra, ahora que nuestros enemigos han perdido una galera y ya no eran peligrosos para hacernos mal. Te requiero en nombre del emperador, para que me ayudes a recuperar todas las tierras perdidas y que en la actualidad se encuentran ocupadas por los de Terrenate.

El capitán Hernando de la Torre consideró aceptable su petición, pues efectivamente las tierras perdidas fueron en su empeño por ayudarle.

Mandó pues aviar la fusta, bien aderezada y con treinta y cinco castellanos a bordo, y a la que se le unieron treinta paraoles de Gilolo y Tidore y en lo que iban tres mil guerreros al mando de Quichilrade, gobernador de Tidore.

Les acompañaba el rey de Maquian para que les asesorase en lo que se debía hacer y requerir a sus ex súbditos que se entregasen sin lucha ya que serían bien tratados por el Emperador.

Estos sin embargo respondieron inmediatamente: "que antes preferían morir".

El capitán de los castellanos quería evitar una masacre y por segunda vez les requirió su rendición, asegurando, en nombre del emperador, de que sus vidas y bienes serían respetados e incluso se les obsequiaría con nuevas dádivas, pero que en caso contrario les amenazaba con destruirlo y quemarlo todo.

No quisieron entregarse.

En vista de la negativa se reunieron el capitán De los Ríos, con Quichilrade y el rey de Maquian, para resolver que debían hacer.

-Lo único que podemos hacer es entrar en el poblado a sangre y fuego, hasta que se rindan - arguyeron inmediatamente ambos indígenas.

-Sea... - fue la escueta respuesta del español.

A la mañana siguiente desembarcaron el capitán de los Ríos con veinte castellanos, casi todos ellos escopeteros y ballesteros y que además llevaban un verso. Les acompañaban una multitud de indígenas, todos ellos guerreros de calidad.

Sería el mediodía, pues el sol caía del pleno sobre ellos, cuando llegaron al pueblo. El recorrido desde la playa en donde desembarcaron había sido de unas dos leguas y llegaron tan cansados, con hambre y sin provisiones, que creyeron que no tendrían fuerzas para regresar.

Los aliados indígenas cercaron inmediatamente el lugar, a la vez que los castellanos comenzaron sus descargas de escopeta mientras los artilleros disparaban el verso hacia el poblado desde un promontorio cercano que lo dominaba y desde donde hacían mucho daño.

Los defensores en condiciones de combatir no pasaban de los cientos cincuenta, pero estaban bien fortificados y continuamente lanzaban piedras, lanzas y calabais, con la punta reforzada al fuego, que parecía que estaba lloviendo. Por otra parte su defensa era heroica, a vida o muerte, pues no tenían ninguna posibilidad de poder huir.

Con esta situación los castellanos intentaron entrar tres o cuatro ocasiones en el poblado, pero el perímetro defensivo estaba lleno de ajros y atravesarlos se había difícil, ya que sus pinchos atravesaban la suela de sus zapatillas. Recordemos que de los zapatos y vestidos originales apenas quedaba nada y los españoles, salvo en corazas, cascos y otros elementos de protección que únicamente usaban durante las batallas, se habituaron a vestir como los nativos y apenas se diferenciaban de ellos.

Aparte las heridas en los pies recibieron alguna que otra pedrada en el rostro, la única parte de su cabeza totalmente desprotegida, quedando alguno mellado para el resto de su vida.

Ya estaban los castellanos por incendiar las zarzas y ahogar con el humo a los defensores, cuando una mujer que parecía gente principal por su forma de vestir, se encaramó sobre lo alto de un muro para pedir la paz, añadiendo que se quería entregar. Después se supo que era la gobernadora del lugar y quiso terminar con aquel disparate, pues tenía un hijo, por entonces todavía un muchacho,

que intentaban salvar de la vorágine.

No portaba bandera blanca pues no era costumbre entre los indígenas y en el fragor de la batalla apenas se escuchaba lo que decía y lo poco que podía oírse no se entendía.

Un escopetero la puso en su punto de mira, creyendo estaba arengando a los suyos, y acertó el tiro en pleno pecho, cayendo al suelo. Los defensores no cesaron en su lucha, pero quizás desalentados por lo ocurrido bajaron la intensidad de la misma.

Finalmente los españoles lograron entrar en el perímetro y quemar una veintena de casas, pero los nativos reaccionaron y lograron rechazarlos.

El rey de Maquian lamentaba el castigo que por su culpa estaban experimentando ambos bandos, especialmente en lo que respecta por parte castellana que le estaban ayudando desinteresadamente, y les pidió que se retirasen para poder ir él personalmente a parlamentar con los suyos y solucionar con palabras lo que parecía no tenía arreglo a base de lucha.

Les dijo que los españoles no les querían mal, ni les harían ningún daño si se declaraban vasallos de su emperador, pero si se negaban no se marcharían de allí hasta dejarlo todo reducido a cenizas.

Oyendo esto, aceptaron la propuesta pero con la condición de que los castellanos no entrasen en el lugar. Lo que se les concedió.

De esta forma tan sencilla cesó el combate entre ambos bandos que comenzó al mediodía hasta casi el anochecer.

Hecho el balance se supo que entre los vencidos hubo quince muertos, incluido el de la gobernadora, y el doble de heridos. Por parte de los aliados no hubo ninguna baja, pero algunos resultaron bastante malparados.

Los vencidos, como era costumbre, entregaron algunas pertenencias a modo de indemnización, que se repartieron indios y europeos. Por la noche buena parte de los invasores se retiraron a Tidore.

Como rehenes se llevaron al nuevo gobernador, hijo de la fallecida que desde lo alto de la tapia intentó salvarlo, y otras personas principales.

Quedaban sin embargo en la isla muchos lugares en la misma situación y que hubiese resultado una tarea de titanes someterles a todos. Pero la acción había servido como ejemplo y como nadie quería verse sometido a igual suerte, poco a poco sus habitantes fueron ofreciéndose como vasallos del Emperador y el diecisiete de mayo quedó toda la isla bajo el mandato de su rey y al servicio del Emperador. La armada abandonó totalmente la isla y el rey Quichilhumar fue restituido.

El veintidós de mayo llegaron desde Malaca, para socorrer a los portugueses de Terrenate, una escuadra de seis navíos, formada por una galeota, un bergantín, tres carabelas y un junco grande, al mando del capitán Gonzalo García de Acevedo. Traía también a ciento cincuenta hombres de refuerzo para añadir a los ciento noventa que guardaban la fortaleza.

## CAPITULO XXII

### La aventura de la Trinidad

A la llegada de la nao Florida, Urdaneta dio un breve esbozo, a pregunta de Saavedra, de lo ocurrido a la Trinidad, nao de la escuadra de Magallanes. Ya que tenía que pasar a Hernán Cortes, para que lo hiciese seguir al Emperador, un informe completo de todo lo que le habían encomendado y ese era uno de ellos.

Allí ya no quedaba ningún antiguo tripulante de esa nave que pudiese informarlo, y pronto comprendió que el único que podía hacerlo era Urdaneta. Fue a su caza y captura y no tuvo ningún problema para que le concediera una extensa charla.

- ¿Tenéis más datos sobre la Trinidad de los que expusisteis el otro día? – Andrés se limitó a asentir con la cabeza - ¿Cómo los habéis conseguido?

- Tengo buenos amigos entre los portugueses y algunos llevan mucho tiempo aquí...

- El Emperador está interesado en conocer que fue de su gente... por si todavía se puede hacer algo por ellos.

- No sabéis cuanto me alegran vuestras palabras. Os invito a cenar esta noche en mi casa y conoceréis, por lo menos, todo lo que yo sé.

Saavedra fue puntual a su cita.



-Cuando tras la muerte de Magallanes, Espinosa y Elcano se hicieron cargo de las únicas dos naves que les quedaban: la Trinidad y la Victoria. Discutieron sobre la forma de regresar a España. Espinosa era partidario de hacerlo por la ruta española, cumpliendo las órdenes del emperador, mientras Elcano apostaba por la otra alternativa, la ruta portuguesa, para no tener que jugárselo todo a una única baza. Finalmente así lo hicieron. De Elcano imagino que lo sabéis todo y no voy a insistir sobre el tema – su interlocutor asintió con la cabeza – por lo que voy a centrarme exclusivamente en lo que le ocurrió a Espinosa. La nao Trinidad era la que en peores condiciones se encontraba y tuvieron que trascorrir tres meses, desde la partida de la Victoria, de arduas reparaciones para dejarla a punto para el viaje. Espinosa partió de Tidore el 6 de abril de 1522 con la Trinidad.

Lo acompañaban cincuenta y cuatro hombres e iba cargada con mil quinientos quintales de clavo, que de lograr llegar a España representaban la riqueza para todos ellos y la posibilidad de poder conseguir los fondos suficientes para organizar una nueva expedición. Navegaron cuarenta leguas para llegar a Zamafo, puerto que como ya sabéis se encuentra en la isla de Morotai, perteneciente al rey de Tidore y en donde completó los bastimentos necesarios para el viaje. Partieron, y una vez en alta mar convocó a su tripulación para consensuar la ruta que deberían tomar. La tripulación mayoritariamente desestimó tomar la ruta del estrecho, del que no tenían buenos recuerdos, y tomar la de Panamá, en donde sin duda obtendrían ayuda y de la que apenas le separaban dos mil leguas. La nave arrumbó hacia el noreste, pero los vientos contrarios que les llegaban desde levante les impedían tomar esa ruta y los obligaban a tener que ascender cada vez más hacia el norte. Cuando se encontraban a unos 5° de latitud norte se encontraron con unas islas, que bien podían ser las Carolinas o Palao y que ellos denominaron San Antonio y San Juan. Continuaron hacia el norte y a partir de allí comenzaron a sufrir los rigores del frío que ya no recordaban desde su estancia en el estrecho de Magallanes, aparte de enfrentarse a un mar muy picado y olas descomunales. Como las desgracias nunca vienen solas comenzaron a faltar los alimentos y aparecer los primeros síntomas de escorbuto en algunos tripulantes. Cuando llegaron a los 42 grados fueron sorprendido por una tempestad que duró cinco largos días y estuvo a punto de hundir la nave. Se salvaron cortando el castillo de proa y posteriormente también tuvieron que hacer lo mismo con el de popa y adecentar los estragos producidos por el mastelero mayor que se había partido en dos. Las velas estaban hechas jirones, pero lograron arreglarlas cosiendo como pudieron los trozos que pudieron recuperar. En esos momentos ya se habían producido treinta muertos y la moral de los supervivientes estaba tan baja que Espinosa no tuvo más remedio que proponer el regreso de la nave al Moluco e intentar el regreso por la vía portuguesa como en su día hizo Elcano. Ya que temía que el camino que le quedaba por recorrer pudiese ser peor que el ya recorrido. En esos momentos se lamentaba el no haberle hecho caso y no estar en ese momento navegando por el Índico o cruzando el Cabo de Buena Esperanza rumbo al atlántico. Lógicamente su propuesta fue aprobada de inmediato y por unanimidad y yo creo que se equivocaron pues se encontraban en el lugar idóneo para sentir ya las corrientes que sin ninguna duda les empujaría hacia las costas americanas.

—¿Estás seguro? — se atrevió a interrumpirlo Saavedra.

—Segurísimo. Si alguna vez te ves en esa tesitura no dudes en lanzarte hacia el norte. Las aguas no pueden embolsarse en occidente y en algún lugar tienen que regresar a su punto de origen. Pero por desgracia todo esto todavía no está demostrado y solo podemos especular con lo que conocemos con certeza. Lo cierto es que en agosto de 1522 emprendieron el camino de regreso y se arrimaron a una isla en donde pudieron fondear. Era una isla pequeña y árida, probablemente una de las que se encuentran más al norte en el archipiélago de Los Ladrones. Esta poblada por únicamente cuarenta personas y si la memoria no me falla creo recordar se trata de la llamada Mao. Pero esos detalles ahora crecen de importancia, basta deciros que está a 12 o 13 grados de latitud norte. Allí recogieron caña dulce y algunos frutos que sirvió para que la gente se recuperase y unas quince pipas de agua que les solucionó el problema del preciado líquido. De allí al Moluco solo quedaban 300 leguas. Tras mes y medio de navegación en los que todavía debieron sufrir la pérdida de mucha gente por culpa de los padecimientos y enfermedades que arrastraban y cinco meses de navegación desde su inicio regresaron de nuevo al puerto de Zamafo. Los lugareños les informaron que unos quince días después de su partida habían llegado a las Molucas cinco o siete naves portuguesas al mando de Antonio de Brito para tomar posesión de las Molucas y levantar una fortaleza en Ternate. Debo recordaros que la última presencia portuguesa en estos Territorios se remonta a la época en que Serião los exploró en 1512 para luego abandonarlos. Después posiblemente alertado por la presencia de Espinosa y Elcano y al acuerdo que llegaron con su rey Almanzor para que les vendiese clavo los alertaron y vinieron para tomar posesión de estas islas obviando que nosotros ya lo habíamos hecho

antes y nos pertenecen atendiendo al derecho de ocupación. En realidad no tardaron quince días desde la partida de Espinosa, sino mes y medio ya que su fuerte no comenzaron a construirlo hasta el 24 de junio de 1522, según consta en los escritos de Juan de Barros. Pero Gonzalo de Espinosa desconocía las intenciones de Brito pues suponía que las relaciones con los portugueses, como ocurría en la península, eran de paz y no se le ocurrió otra idea que escribir una carta al gobernador de Terrenate solicitando su ayuda. A tal efecto se la entregó al escribano Bartolomé Sánchez que pudo llevarla a bordo de una nao que se prestó a ello. En ella le informaba que la mayoría de la tripulación murió durante el viaje y que los supervivientes estaban tan débiles que les era hasta imposible trasladar su nave a Tidore. Pero la carta no obtuvo ninguna respuesta y haciendo de tripas corazón no tuvieron más remedio que salir de allí, para no darse de través con la costa, ya que carecían de anclas apropiadas para fondear y únicamente una pequeña que no podía impedir que la nao garreara continuamente. Así es que izaron velas como pudieron y navegaron hasta el puerto de Benaconora, en donde estarían más seguros. Al poco tiempo de llegar se presentaron allí Simón Abreu y Duarte Rager, seguidos de varias naves al mando de las cuales se encontraban capitanes como García Manrique y Gaspar Gallo. Traían una carta de Brito, fechada el 21 de octubre de 1521, y como repuesta a la que Espinosa le remitió días antes. En ella le conminaba a entregárselo todo, aunque no hubo necesidad de hacerlo pues los emisarios lusos, bien alleccionaron, aramblaron con todo lo que se puso por delante: cartas de navegación, astrolabios, derroteros, elementos de marear y en definitiva cuanto encontraron que les pudiera resultar útil. Mientras tanto los marineros portugueses se habían apoderado de la nave y la condujeron hasta el puerto de Talagomi que se situaba entre las islas de Ternate y Tidore. Llegaron solo diecisiete supervivientes de los cincuenta y cuatro que embarcaron. Y todos ellos gravemente enfermos. Los llevaron al fuerte que Brito había levantado en Terrenate. Espinosa pidió testimonio de todo lo que le habían arrebatado, pues era propiedad del rey de España. Brito le respondió que si volvía a importunarlo lo colgaría de la más alta de sus torres. Toda esta documentación fue remitida inmediatamente a Lisboa para provecho del monarca portugués, acompañado de una carta en la que denostaba el poder de navegación de los españoles, con frases como la siguiente: “hallaron vientos escasos, porque no supieron tomar el monzón y fueron a los 40 grados norte” y otras como la descripción del mítico estrecho tan buscado por todos. “Este estrecho está a 52 grados largos de latitud sur y tiene 10 leguas de ancho (longitud) cumplidas, y corre norte – sur la mayor parte de él. A lo largo hay lugares a cinco leguas, a una legua, a media legua y a un cuarto de legua (su anchura en diversas partes) El destino de los supervivientes fue lamentable pues a pesar del estado en que se encontraban fueron obligados a realizar trabajos forzados, en primer lugar en las misma construcción de la fortaleza de Terrenate durante cinco meses y cuando allí no hicieron falta fueron trasladado a una prisión de la isla de banda en donde estuvieron cuatro meses más. Según he sabido han pasado por Java y Malaca en donde los entregaron al gobernador Jorge de Albuquerque pues no sabían qué hacer con ellos y nadie quería cargar con el muerto de hacerlos desaparecer. Lo último que supe es que fueron trasladados a Conchin y allí se termina el rastro. Si logras comunicar todo esto al Emperador dile que los más probable es que estén todos muertos o a lo sumo pudriéndose en alguna remota prisión de esta zona e incluso de la misma Lisboa. Y ojo al loro, pues si no recibimos pronto refuerzos ese es el porvenir que nos aguarda a cada uno de nosotros.

XXXXX

XXX

X



Se acercaba el momento de la partida de la nao Florida, por lo que los castellanos estarían otra vez en franca desventaja. Hernando de la Torre entregó al capitán de la nao Álvaro de Saavedra, el diario de navegación de la Victoria, en el que se contaban todas las incidencias habidas desde su salida de la Coruña aquel, ya lejano día de julio de 1525.

Ahora el once de junio de 1528, casi tres años después, acompañaba a ese diario una completa información de todo lo acaecido en el Moluco desde su llegada hasta esa fecha.

Le manifestaba al Emperador, que allí sufrían mucha hambre, por haberse encontrado con la tierra quemada y destruida y porque la mercancía traída para comerciar era demasiado caras para el poder adquisitivo de los naturales. Ya que casi carecían de monedas y las que poseían apenas daban para adquirir una vara de paño. Lo único que tenían de valor era el clavo si se lograba trasladar a Europa pero allí solo servía para almacenarlo, por falta de medios de transportes, en lugares inadecuados hasta que se estropeaba.

Por otra parte tampoco les interesaba tomarlo en exceso, por ese mismo motivo y para no incrementar artificialmente su precio.

Por todo ello tenían que malvender los paños, cuchillos y otra clase de mercancía que trajeron, para conseguir algo de dinero y poder abastecerse.

Daba como ejemplo que una vara de paño que en España costaba un real, aquí se vendía por cincuenta picis, siendo muy optimistas pues la realidad era muy distinta.

A cada miembro de la expedición se le entregaba diariamente, para mantenerse, mercancía por valor de treinta y cinco picis, pero al intentar vendérsela a los indígenas solo conseguían veinte. Por lo que la gente, o pasaba hambre, o tenía que buscarse la vida por su cuenta.

Informaba de todo ello a su majestad para que proveyera a la gente que allí enviase con mejores sueldos más acordes con sus necesidades. Y que solucionase lo que debía hacerse con la parte correspondiente a los difuntos, cada vez más numerosos.

De todo lo que ocurría allí echaba la culpa a los portugueses, que en definitiva eran los que perjudicaban la relación entre la oferta y la demanda y que eran la madre de todos sus males.

Posteriormente puntualizaba la labor realizada por algunos miembros de la tripulación ya fallecidos y que merecían una mención especial. Como era el caso de Alfonso de Oro, un calafate que literalmente salvó la nao Victoria y permitió que llegase al Moluco. Todo ello lo hacía para decirle al emperador que ese ejemplar marinero había dejado esposa e hijos en La Coruña y que los tuviera presente a la hora de premiar sus servicios.

En fin no quiero hacer más larga esta relación para no entretener en demasía a los que pierdan su preciado tiempo en leer este relato. Solo les diré que no olvidó a nadie, e incluyó incluso a muchos de los vivos, como es el caso de Alonso de los Ríos o el mismo Saavedra que muy bien podían defenderse por sí solos.



## CAPITULO XXIII

### El regreso de la Florida

Aparejado de todo lo necesario el navío de Álvaro de Saavedra, partió de Tidore en Junio de 1528, cargado con setenta quintales de clavo y con una tripulación de treinta hombres.

Era el mínimo de gente que debían llevar pues debía afrontar una larga y penosa singladura, llena de imprevistos y dificultades.

Pero no todos los que llegaron en su día deseaban volver. Arribaron con la intención de hacerse ricos allí ya que de momento no lo habían conseguido en el continente americano, donde la competencia era feroz. Por otra parte tampoco querían afrontar, por lo que allí habían escuchado, un viaje de vuelta que muchos preveían casi imposible y lleno de peligros. Si finalmente se podía volver, pensaron, que fuesen otros los que abriesen el camino.

Lógicamente también había otros, pertenecientes a la expedición de Loaisa, que creían todo lo contrario y consideraban que todo aquello se había convertido en una ratonera de la que por lo menos saldrían todos escaldados sino muertos. Y que cuando más pronto saliesen de allí. Mejor.

Se hizo pues una selección de hombres para poder cubrir las dos misiones que tenían entre manos y que resultó satisfactoria para ambos capitanes, De la Torre y Saavedra, y no hubo más que hablar.

Saavedra solo ansiaba un piloto que lo guiase. Y una vez conseguido que con él volviere Macías del Poyo, se dio por satisfecho. Si además tenía como invitados de última hora a los portugueses: Simón de Brito Hidalgo y Bernardino Cordero, que se habían escapado de los portugueses y ambos aseguraban ser excelentes marineros capaces de pesar el sol si se terciase, aquello le pareció miel sobre hojuelas a Saavedra, pues no hay nada que se aprecie más que aquello de lo que se ha carecido durante mucho tiempo, un piloto. Y eso es lo que le ocurrió durante el viaje de ida, tras la muerte del suyo.

Sobre el carácter e intenciones de los portugueses existían serias perspicacias, pero como hacía falta gente no dudaron un momento en aceptarlos en la expedición que estaba a punto de salir inmediatamente en dirección a Nueva España. Para a continuación pasar a la península, rendir pleitesía, besar las manos de su Majestad y hacerle relación de todo lo que ocurría en aquellas tierras

De la Torre es el que menos se fiaba de ellos, pero era menos peligroso tenerlos aislados en medio del océano, que aquí en tierra y cerca de sus compatriotas.

¡Cuán equivocado estaba;

Hernando de la Torre se preocupó de enviar en la nave a Gutierre de Tuñón, que sería el encargado de hacer de embajador y llevar sus cartas y avalarlas, primero en Nueva España y si fuese necesario presentarse ante el Emperador, para defenderlas allí.

Así y todo aun quedó varias plazas por cubrir, lo que demostraba que la gente, a pesar de todo, no estaba tan mal en esa tierra prometida y persistía en quedarse. Finalmente se tuvo que echar mano de los prisioneros de la galera capturada recientemente a los lusos. Era peligroso mantenerlos allí, pues podían ser liberados o escaparse en cualquier momento e incrementar de nuevo las fuerzas de sus enemigos.

Se convenció al patrón de dicha galera, Fernán Romero, y a otros prisioneros para que completasen la dotación. A cambio de ello se les ofreció la libertad, un salario que se ajustó en esos momentos y que se igualaba al percibido por los tripulantes castellanos y en las mismas condiciones. Y por último la posibilidad, de que una vez en América, regresasen a Portugal si lo deseaban.

Con el viento soplando de suroeste, navegó Saavedra con rumbo noreste; pero la cosa no comenzó muy bien pues a los tres días, cuando todavía no habían salido de esa zona, hubo una calma que los mantuvo parados cerca de un mes. Con lo que menguaron mucho sus provisiones.

Sin embargo, con poco que mejoró el viento, anduvieron doscientas cincuenta leguas y llegaron a la isla de Oro, que es una del archipiélago de las Papúas, al éste del Maluco.

El puerto en donde pudieron fondear era grande; sus habitantes tenían la piel del cuerpo negra, de cabellos crespos y andaban completamente desnudos como si no conociesen la ropa.

A diferencia de los pobladores de la isla de los Ladrones si conocían el hierro pues sus armas eran de ese metal y las espadas que lucían de buena calidad.

Estuvieron durante treinta días allí, descansaron y consiguieron provisiones a cambio del rescate que llevaban y que los naturales del lugar apreciaron en lo que valía.

Fue entonces cuando ocurrió lo indeseado. Estaba el capitán Saavedra en tierra tomando las últimas decisiones justo antes de la partida, cuando Simón de Brito, y Fernán Romero y otros portugueses, procedente todos del grupo de los cautivos que se enrolaron a última hora, se metieron en el batel y se fugaron con él. La excusa que dieron a los restantes tripulantes de la nave es que iban a tierra para recoger unas provisiones.

Nadie sospechó pues era de locos intentar huir tan alejados como estaban de su lugar de procedencia.

Cuando Saavedra se enteró montó en cólera, más que por la fuga en si, por la pérdida de la barca. Eso significaba que tendrían dificultades para desembarcar en cualquier tierra y la prueba era que tuvieron que improvisar una balsa para poder regresar a la nave,

Esto que en principio solo parecía una anécdota, condicionaba el viaje por los motivos antes apuntados ya que no podrían abastecerse de provisiones por sus propios medios.

Lo lógico hubiese sido construir un nuevo batel, pero la isla carecía de la madera adecuada y no contaban con el tiempo necesario para su construcción, ya que la calma chicha del principio en la que perdieron un mes, y el otro de descanso que ahora se habían tomado había retrasado en demasía su viaje.

De momento no le dieron demasiada importancia al hecho y tomaron la equivocada decisión de continuar su marcha en esas condiciones.

Como el viento era del sur y bastante favorable, recorrieron otras cien leguas, sorteando diversas islas. En una de ellas les salieron al paso unos paraos, con gente de piel negra que comenzaron a lanzarles piedras. Los castellanos respondieron disparando un verso al aire y haciéndoles huir. Pero tres de ellos cayeron del susto al agua y abandonados por sus compañeros no tuvieron más remedio que rescatarlos los castellanos, que decidieron llevárselos al estar faltos de personal.

No creían que les sirviese de mucho, pero cuando recobrase el sosiego siempre habría un trabajo para ellos, aunque solo fuese darle a las bombas de achique, con lo que se ganarían el sustento.

Continuaron su camino e hicieron otras doscientas cincuenta leguas hasta que se encontraron a 7º de latitud norte, en donde hallaron otras islas, esta vez poblada con gente de piel blanca y barbas pobladas, que salieron al paso de la nave con gesto desafiante y amenazándoles con lanzarles piedras con las hondas que portaban. Los españoles se maravillaron de encontrar en una relativa corta distancia, a gente de razas tan variables.

Saavedra no les hizo caso y como de momento no precisaba de bastimento no quiso hacer tratos con ellos.

Así es que siguieron su rumbo al norte y noroeste hasta alcanzar los 14º de latitud norte, en donde apareció el terrible viento continuo de éste noroeste que les impedía seguir avanzado y les obligaba a dirigirse hacia la Isla de los Ladrones, que estaba, según mediciones previas, a trescientas ochenta leguas del Maluco. Cuando ellos, según sus cálculos, ya habían recorrido seiscientas leguas.

No la pudieron tomar por su parte sur y se vieron obligados a navegar hacia el oeste, hasta la isla de Mindanao y la costa de Bisaya.

Estaban a cuatro pasos como se dice de las islas del Maluco y tuvieron claro que la única opción que tenían era regresar y construir si acaso otro batel. Y sopesar de nuevo la forma en cómo regresar ya que habían sufrido en sus propias carnes la imposibilidad de navegar hacia el éste por el Pacífico.

Antes de emprender el retorno al punto de partida de ese viaje, decidieron pasarse por la isla de

Zarragan, ya que durante el viaje de ida dejaron allí a un compañero, un tal Grijalva, por encontrarse enfermo. Preguntaron por él y le dijeron que el rey del lugar lo tenía consigo para protegerlo. Pero al final resultó ser toda mentira, pues en realidad lo vendieron en su día como esclavo y posteriormente se le localizó en Malaca.

Saavedra por su parte, al no tener el batel, no podía hacer leña y aguada en cualquier tierra que tocara, aunque le esperase buen viento. Recaló en la isla de Meao, distante únicamente una veintena de leguas de las Molucas, por lo que decidió pasar de largo y seguir hasta su destino.

Finalmente llegaron a Tidore el 19 de noviembre de 1528, tras seis meses de viaje.

XXXXXX  
XXX  
X

¿Qué fue de los ladrones?

Cuando los portugueses se llevaron el batel, se escondieron en la isla esperando que los de la nave, se cansasen de esperarles o fuesen a buscarles en otro sitio, y partiesen. Después robaron algunas provisiones en la isla y trataron de regresar al Maluco.

Pero no resultó tan fácil, pues faltos de una orientación exacta estuvieron perdidos durante mucho tiempo, ya que las grandes corrientes marinas de aquella zona les llevaban de un sitio para otro. Finalmente llegaron a una isla en donde decidieron dejar el batel y algunos portugueses optaron por quedarse. En realidad lo hicieron todos los fugitivos, excepto: Simón de Brito, Fernán Romero y un esclavo suyo, casi un niño, que siempre los acompañaba.

Los primeros, porque no tenían ganas de enfrentarse de nuevo a Meneses que con toda seguridad los juzgaría por considerarlos unos cobardes al haberse rendido en la lucha con la fusta castellana y perdido la galera.

En el mismo caso se encontraba Fernán Romero, pero Brito, que tenía la misión secreta de desbaratar el retorno de la Florida y consideraba, como así fue, que lo había conseguido únicamente con dejarla sin el batel, lo convenció al decirle que contaría con el perdón de Meneses cuando le dijese que le había ayudado activamente en el cumplimiento de la misión.

Este aceptó y cuando lograron hacerse con una canoa, reanudaron su retorno a Terrenate.

Iban de isla en isla, comían de lo que encontraban, abastecían la canoa y descansaban el tiempo que necesitaban. Poco a poco fueron acercándose a su destino.

Llegaron hasta la parte éste de la isla de Batachina, a cincuenta leguas de donde se encontraban los castellanos. Estaban cansados, la zona no era la más recomendable de hacer en una canoa, estaban a punto de entrar en la zona dominada por los españoles y lo último que deseaban es tropezarse con ellos.

Decidieron esperar hasta recuperarse.

Pero como ya hemos dichos en muchas ocasiones los espías pululaban por todas partes y un buen día llegó a oídos de De la Torre que en Guayamelin, un lugar de la isla de Batachina merodeaba un grupo de portugueses que decían se habían perdido por esos parajes.

No era lógico, pues allí, por lo escaso de los efectivos y aunque solo fuese por eso, nadie dejaba abandonada a su gente y no le constaba que los lusos estuviesen buscando a unos soldados perdidos. Decidió averiguar quiénes eran y envió a Urdaneta con dos soldados españoles y diez paraoles de moros para que lo comprobaran.

No les extraña al lector que ahora a los lugareños los llamemos moros, pues conforme fue pasando el tiempo y cuando los castellanos se dieron cuenta que los nativos practicaban la religión islámica, en recuerdo de cómo los denominaban en España, antes de la expulsión y por supuesto después, de lo que por otra parte no hacía mucho tiempo, comenzaron a llamarlos moros y así se les quedó.

Urdaneta y sus acompañantes llegaron al lugar sin demasiado problemas y tuvo que reconocer que se le cayó el mundo encima cuan reconoció a Brito y a Romero pues se temió lo peor.

- ¿Qué ha pasado con Saavedra y su nao? – preguntó el capitán mirando directamente a Brito a los ojos para saber si le mentaba.

- La nave se perdió. Un grupo logramos salvarnos con el batel. Este también se estrelló contra los acantilados de una isla. Algunos murieron, pero los que nos salvamos estamos intentando llegar a Tidore por nuestros propios medios – mintió - ¡Gracias a Dios! que nos habéis encontrado y salvado.

Urdaneta no terminaba de creerse la versión de los hechos que el luso le ofrecía y que el otro respaldaba únicamente con signos afirmativos de su cabeza. El joven esclavo, con cara de asustado, permanecía mudo como si le hubiesen cortado la lengua. Aherrojó a los dos hombres para evitar que escapasen y regresó a su fortaleza de Tidore para aclarar allí las cosas.

Todo el tinglado de mentiras que Brito maquinó durante el trayecto para justificarse ante De la

Torre cuando llegasen a su destino, se desmoronó cuando al llegar a Tidore vieron fondeada a la nao Florida. Que como ya sabemos a causa de los vientos contrarios y no poder abastecerse por el robo del batel, se vio obligada a regresar a su punto de partida.

A Urdaneta no le cupo la menor duda de que la huida estaba perfectamente planificada para evitar que el navío, falto del batel, que le impedía desembarcar en cualquier lugar para abastecerse, lo había obligado a regresar. Y que todo ello estaba hecho al servicio del rey de Portugal, para que el emperador no supiese lo que pasaba en el Maluco, ni que los lusos estuviesen ocupando tierras que le pertenecían. Y eso era traición y no una simple travesura de unos hombres que desertaron, según decían ahora, por miedo a perderse en la inmensidad del océano.

Ante tanta evidencia los dos portugueses confesaron sin tener que recurrir al tormento, pues al final el resultado hubiese sido el mismo y se evitaban el sufrimiento.

Lo que no pudieron evitar es la consiguiente condena a muerte, promulgada por el mismo De la Torre como consecuencia del perjuicio ocasionado. A Brito, principal impulsor de los hechos se le condeno a ser arrastrado por toda la población de Tidore, a que le cortasen posteriormente la cabezas y por ultimo lo partiesen en cuatro cuartos para colocarlos clavados en estacas alrededor de la isla, por donde los lusos solían pasar muchas veces, para que lo vieran. A Romero se limitaron a colgarlo.

La condena se ejecutó el mismo día.

Desde que llegó a Tidore la nao Florida lo primero que hicieron fue proporcionarles un batel. Consideraban que con este detalle y un buen aprovisionamiento estaría disponible para realizar de nuevo el viaje de retorno. Pero una revisión más profunda de su casco demostró que estaba prácticamente comido por los gusanos, la vulgarmente llamada broma que no es otra cosa que un bivalvo científicamente llamado *Teredo navalis* que infecta las naves escavando galerías en su tablazón. Por ese motivo hacia agua por todas partes y para no tener que estar continuamente dándole a la bomba de achique, no tuvieron más remedio que revestirla con una segunda capa de tablas de madera que embadurnaron con un betún que allí se emplea para embrear los paraoles.

Una vez completados los bastimentos solo quedaba partir de nuevo.

Hernando de la Torre era partidario de que, como Elcano, regresasen a España siguiéndola ruta portuguesa del Cabo de Buena Esperanza, que tal vez no era la más segura, principalmente por el problema de ir por mares dominados por los lusos, pero si la más factible. Ya que si continuaban navegando en dirección a naciente, encontrarían de nuevo los vientos contrarios y los mismos problemas que ya sufrieron en el reciente viaje y que en definitiva les obligaron a regresar, como en su día le ocurrió a la nao Trinidad de la expedición de Magallanes.

Saavedra no quería atravesar territorios portugueses, entre otras cosas porque tenía órdenes estrictas de su Majestad para no hacerlo. Tal vez por eso se empeñó en viajar a Nueva España que al fin y al cabo era su destino. Posiblemente en su decisión influyera el tiempo que empleaban los lusos para llegar a la metrópoli que era de seis o siete meses. Después tendría que esperar a buscar acomodo en otra nao que le trasladase a Nueva España y con toda seguridad tardaría en el viaje más de un año. El doble de lo que emplearía si lograba atravesar el Pacífico.

Andrés de Urdaneta, en un apartado que tuvo con Saavedra cuando le contó la aventura sufrida por la Trinidad y antes de que partiera. Ya le recomendó que cuanto más al norte navegase antes de rolar al éste más posibilidades tenía, que tanto los vientos como las corrientes marinas les fuesen favorables. Para ello tenía que superar por el norte el grupo de islas de Cipango y pasar de largo los 40° de latitud norte.

No consideró, por su reacción, que su interlocutor le hiciese mucho caso pues se limitó a mover afirmativamente su cabeza, mas por educación que como signo de conformidad.

A Urdaneta sin embargo le bastaba con eso, pues no ignoraba que si al final no lograba su objetivo de encontrar los vientos favorables, recordaría estas palabras y antes de claudicar avanzaría hasta

los cuarenta o cincuenta grados norte si fuese necesario. Y tal vez con un poco de suerte lo lograrse.

En mayo del año 1529 partieron de nuevo.

Mientras todo esto ocurría, la guerra con los portugueses no conocía tregua. A Jorge Meneses que por una maldición divina siempre le iba mal cuando se enfrentaba a los castellanos, empleaba cuantos medios fuesen necesarios para causarle cualquier mal por muy ínfimo que fuese este.

Un día el clérigo español, que para poder confesarse tenía que recurrir a su homónimo portugués y no había viceversas porque los lusos tenían varios y estaban bien servidos en ese aspecto. Para aliviar su conciencia y recibir la comunión tenía, cada vez que se consideraba en pecado, que desplazarse a la fortaleza portuguesa de Terrenate.

Antes de ello tenía que pedir el correspondiente “seguro de vida”, que era una especie de salvoconducto para no sufrir ningún contratiempo.

Meneses se lo ofreció gustoso e incluso se lo envió por medio de una persona principal. Luego que el clérigo llegó a la fortaleza y desembarcó, Meneses saltándose a la torera todo el protocolo por otra parte sagrado en aquella época, lo mandó prender, junto con un joven que lo acompañaba, y los encerró en la torre en donde los mantuvieron aherrojados durante siete meses.

Lo de quedarse sin cura no era una cuestión baladí, pues los españoles no podían confesarse antes de entrar en combate y si tenían la desgracia de morir en el mismo era un autentico drama por entonces. Las quejas eran constantes, e incluso algunos se negaban a ir a misiones que pudiesen ser peligrosos.

Finalmente De la Torre no tuvo más remedio que negociar y conseguir la libertad del sacerdote a cambio de la de cuatro portugueses que tenían presos los castellanos y que eligió personalmente el mismo Meneses.

En la isla de Gilolo, que en realidad era una península integrada en la isla de Batachina, los castellanos tenían una guarnición de veinte hombres en defensa de su Rey que era muy amigo de ellos y servidor del emperador. Por otra parte el gobernador de Tidore Quichilrade, hermano del anterior, había solicitado en infinidad de ocasiones a Hernando de la Torre, gente y artillería para ir al Moro, que estaba en la parte occidental de la península de Gilolo, para quemar algunos lugares y castigar a sus habitantes. Pero nunca se los quiso conceder, entre otras razones porque nunca tuvo sobra de ellos y cualquier acción casi siempre ocasionaba alguna baja que no se podía permitir.

Le argüía, cada vez que se lo solicitaba, que bastante tenía con guardar su gobernación que era Tidore, y estando además aquellos castellanos en Gilolo, no tenía más efectivos para emplearlos en otras empresas.

Por entonces, sería el mes de octubre, murió el rey de Terrenate y Quichilrade comunicó a De la Torre que era costumbre en aquella tierra, que cuando fallecía un rey, no combatir durante los cuarenta días siguientes. Por ese motivo le volvía a pedir hombres y artillería para combatir al moro ya que durante ese plazo no debía temer ningún ataque de los portugueses.

Viendo De la Torre las muchas veces que no había atendido su petición y que si se la volvía a negar, terminaría por no enviarle más provisiones a la isla ,como solía hacer, y tendría que conseguir las más caras en otra parte, con el consiguiente alboroto de su gente.

Finalmente decidió hacerle caso y concederle nueve versos y dieciocho hombres, para que fuesen en sus paraoles, con la condición de que regresasen antes de los cuarenta días que duraría la tregua.

Aprovechó la ocasión para pedirle al gobernador un paraol y al rey de Gilolo otro, para por su cuenta ir a la isla de Sanguin, para rescatar a los supervivientes de la nao Parral, que según sus noticias se encontraban allí esclavizados. Y que de rescatarlos le vendría muy bien para reforzar su tropa. Cerraron el acuerdo.

Para cumplir esas misiones partieron el veinte de octubre de 1529, por una parte cinco paraoles al mando de Alonso de los Ríos y los moros necesarios de Tidore y Gilolo. Rodearon la isla Batachina hasta la parte oriental, que resultaba más fácil y cómodo que atravesarla a pie, y destruir unos pobla-

dos, aliados de sus enemigos, que estaban a unas cincuenta leguas de las islas del Maluco.

Por otra parte Quichilrade, con sus hombres, otros tantos paraoles y seis castellanos al mando de Urdaneta, se dirigieron al moro pero al llegar a un lugar llamado Zugal les salieron al paso seis paraoles de Terrenate con portugueses a bordo emprendiéndose una pelea entre ambos bandos.

Los castellanos apresaron un paraol a los contrarios, mataron a su capitán y a la mayor parte de la tripulación. Visto lo cual los restantes paraoles emprendieron la huida. Con la presa conseguida Quichilrade se daba por satisfecho, por lo que decidieron ir a Zamafo para dejarlo antes de regresar a Tidore.

XXXXXX

XXX

X

El contador General de Su Majestad, Fernando de Bustamante, simpatizaba con los portugueses de los que presumía tener buenos amigos e incluso se permitía el lujo de visitar la fortaleza de Terrenate, sin cita previa y desde luego sin el necesario requisito de conseguir un seguro de vida.

Intuía, con razón, que aquella aventura terminaría como el rosario de la aurora, es decir de mala manera, y ya iba haciéndose la cama en otro sitio para curarse en salud y cubrirse las espaldas.

Se cartaba frecuentemente con los lusos para obtener información a cambio de paja. O por lo menos eso era lo que le decía a De la Torre, cuando lo veía receloso por tanto trasiego de escritos.

Por ese motivo no debió extrañar a nadie que cuando salieron ambas expediciones de Tidore advirtiese a “sus amigos” que lo mejor de los soldados españoles y la flor y nata de los guerreros indios había partido en sendas misiones y que allí prácticamente no quedaba nadie. Ya que los castellanos se reducían a treinta y siete hombres al mando de Hernando de la Torre y de los indígenas solo quedaba la población civil: mujeres, niños y viejos que ya no tenían edad para combatir.

No perdió el tiempo Jorge Meneses y el 28 de octubre de 1529 se presentó en Tidore una gran armada compuesta por portugueses y algunos indios amigos. Lo que desmentía, por lo menos en parte, la cuarentena para luchar queregonaba unos días antes el gobernador del lugar Quichilrade.

De los treinta y cinco españoles solo estaban disponibles unos veinticinco pues los diez restantes estaban enfermos o eran grumetes o pajes, gente no disponible para la lucha.

Por otra parte el pueblo era grande, con un gran perímetro defensivo, imposible de cubrir en su totalidad al no tener soldados disponibles para repartirlos por el mismo, máximo si además había que prescindir de algunos para defender la galera fondeada en el puerto.

Por ese motivo los portugueses no tuvieron ninguna dificultad para introducirse en la población por la fuerza de las armas, matando a un castellano, hiriendo gravemente a dos y apresando a unos cuantos. A la vez que mataban a muchos indios, robaban sus haciendas y quemaban la ciudad.

El resto de los españoles se refugiaron en la fortaleza que fue rápidamente sitiada a la vez que se les conminaba a rendirse, pues en caso contrario los batirían y matarían a todos.

Hernando de la Torre al que no le gustaba tomar en solitario las decisiones que afectaba a todos, consultó con ellos. Hubo de todo. Los que optaban por luchar hasta la muerte defendiendo el honor de Su Majestad, entre otras cosas porque conocían al tal Meneses y sabían cómo se las gastaba con los vencidos. Recordemos la célebre carta en la que ordenaba no hacer prisioneros. Otros por el contrario, aunque ya se daban por muertos, opinaban que si había una oportunidad de salir con vida de ese trance era únicamente la rendición.

La opción intermedia de hacer un conato de defensa, para salvar el honor y posteriormente rendirse no tuvo muchos adeptos. Pues la opinión generalizada era que si herían o mataban a un portugués estaban irremediamente perdidos pues ya nadie saldría de allí con vida.

Como siempre solía ocurrir, ante la disparidad de opiniones Hernando de la Torre hizo lo que le dio la gana y optó por la solución intermedia, la que menos adeptos tenía pero indiscutiblemente la más honrosa. Así que ordenó al condestable que disparase unos cuantos tiros gruesos.

Bustamante lógicamente se opuso, aduciendo que el tiempo de lucha ya había terminado y llegado la hora de embarcar y salir de aquel infierno. El condestable que ya estaba previamente conchabado con Bustamante, se negó a hacerlo y otro soldado flamenco que en teoría era el encargado directo de efectuar los disparos, también se negó saliendo inmediatamente de la lombardería con las mechas encendidas en sus manos.

No por ello De la Torre se amilanó, pues el mismo y otros que le fueron leales prendieron otras mechas y comenzaron a disparar ellos mismos los cañones que estaban cebados.

Los lusos al recibir los primeros disparos comprendieron que la cosa iba en serio y que los cercados no se rendirían fácilmente y antes se llevarían a más de uno por delante. Eso no convenía a nadie y se aprestaron a negociar.

Enviaron a uno de ellos con bandera blanca requiriéndolos se entregasen. Hernando de la Torre



y sus leales le respondieron que solo intentaban defenderse y gracias a Dios podían hacerlo porque contaban con mucha artillería y la suficiente pólvora para aguantar hasta que los restantes habitantes de la isla se apercebieran y llegaran para ver que ocurría y socorrerlos. Entonces es cuando pensaban salir de su bastión para junto a ellos expulsarlos de la isla.

Con esta respuesta volvió a sus filas el portugués.

Mientras todo esto ocurría, Bustamante estaba minando la moral de los restantes defensores, recordándoles que ya estaban a finales de año 1529, que hacía más de tres años desde que comenzó esta aventura y allí no había acudido ninguna armada de Su Majestad para ayudarles, salvo el Florida que ya se había marchado y durante su estancia había sido más un incordio que una ayuda, y él personalmente opinaba que no llegaría nunca. Añadió que si verdaderamente querían medrar en esa isla y hacerse rico, la mejor y única solución que tenían era pasarse al bando de los portugueses.

Mientras hacía todo esto, a espaldas de su superior, remitió un aviso a Meneses para que enviase un nuevo requerimiento de rendición, alegando que en esos momentos la moral de los defensores estaba tan debilitada que con toda probabilidad aceptarían.

De la Torre desde luego, estaba dispuesto a aceptar la rendición pero antes intentaba obtener alguna ventaja de la situación que ya consideraba insostenible. Les propuso que les devolvería la isla de Maquian, la galera que les había tomado con toda su artillería, así como otros tiros apresados de otros navíos y todos los portugueses que tenía cautivos.

Pero Meneses, que creía tener todos sus ases en la manga, no aceptó y les advirtió que estaba dispuesto a ir a por ellos.

Amenaza baldía, pues los castellanos continuaban con sus trece y eso a Meneses tampoco le interesaba. Tendría que entrar inmediatamente a sangre y fuego con gran pérdidas de vidas humanas, de primera calidad, al considerarlas difícilmente sustituibles, como era el caso de los europeos. Otro cantar era la de los nativos que eran reemplazados más fácilmente. Pero el cerco a que estaba sometiénolos no podía ser eterno, ya que en esa zona las noticias más que correr volaban y nadie le garantizaba que no regresase cualquiera de las dos armadas que habían salido y le cogieran entre dos fuegos.

Decidió negociar de nuevo pasando a su vez una contraoferta:

Quería todos los soldados y esclavos de la galera apresada; todos los indios y esclavos y esclavas que en su día abandonaron Terrenate para huir a Tidore, la galera con toda la artillería y la munición que hubiese en la fortaleza de Tidore y fuese sido tomada al Rey de Portugal mientras él estaba al mando de las tropas lusas. Y finalmente ofrecía a Hernando de la Torre y toda la gente que quisiese seguirlo y que se marchase de Tidore y otras islas del Moluco, antes del mediodía siguiente, se pudiesen llevar sus haciendas y cuanto cupiese en un bergantín pequeño que tenían y dos paraoles que Meneses les prestaba, para retirarse a Zamafo, en donde en principio estuvieron con la nao que les trajo a estas tierras, o cualquier lugar que no fuesen las cinco islas en donde se cultivaba el clavo; y estuviesen allí hasta que ellos o los portugueses recibiesen instrucciones de sus respectivos gobiernos, en cuyo caso quedaban obligados a comunicárselo unos a los otros.

El bergantín solo podía estar armado con un cañón de bronce y dos versos de hierro, aparte claro estaba de sus armas personales.

De la torre finalmente aceptó entregando el baluarte con toda su artillería. Quedándose únicamente con veintitrés leales, alguno de ellos herido. Mientras que los once restantes decidieron pasarse a las órdenes del Rey de Portugal; a los cuales, antes de partir, los hizo pregonar como traidores y anunciándoles que les serían confiscados sus bienes, cuando pudiese, a favor de la cámara y fisco de su Majestad.

Los que siguieron a su capitán fueron: El teniente Pedro de Montemayor; el tesorero Martin García de Carquizano; el factor Diego de Salinas; Martin Islares, Pedro Rodrigo Ramos; Diego de Ayala y otros.

Entre los que desertaron se encontraban: Un primer lugar el contador general Hernando de Bustamante, que además se llevó consigo los libros de contabilidad; los testamento, incluidos los de la gente que murió durante el viaje y todos los documentos importantes que como contador que era tenía en su poder. Y para escarnio diremos que algunos de los que le siguieron fueron: El maese Ans, holandés y condestable de los lombarderos; Arthus, lombardero flamenco; Francisco de Godoy, sobresaliente; el clérigo Juan de Torres, que ya estuvo preso durante siete largos meses y no quiso repetir y otros de menos importancia y que no merecen ni ser mencionados.

Recordemos que otros españoles estaban de servicio en esos momentos en otros lugares y no participaron en este negocio, como es el caso de Urdaneta y que lógicamente no aparecen en ninguna de estas dos relaciones.

Mientras nuestro amigo Esteban, ajeno a cuanto ocurría a pocas leguas de distancia, disfrutaba en Zamafo de su compañera mientras se dedicaba a criar a sus hijos.

Los castellanos que no quisieron marcharse a Zamafo y quedarse en Tidore mezclándose entre los nativos, fueron bien acogidos por la gente del lugar que a cambio de dinero les proporcionaban cuanto necesitaban.

La casa almacén fue saqueada por los portugueses apenas tomaron el bastión, haciéndose con todo lo que allí había: Cobre, hierro, holandas, paños para hacer vestidos, cuchillos, mucha mercería, vidrios y un largo etcétera que haría esta relación interminable.

Con ello los castellanos perdieron cuanto necesitaban para contratar con los indios y conseguir bastimentos y el dinero necesario para pagar la nomina de los soldados. Así como las armas no incautadas anteriormente a los lusos y que por lo tanto no entraban en lo pactado tras la rendición. Habían en ese almacén: seis piezas gruesas de artillería, veinticinco piezas de hierro, ocho falcones y otros tiros pequeños.

Se hicieron finalmente con todos los esclavos de los españoles y con respecto a los bienes materiales que no podían llevarse se limitaron a quemarlos para que nada se pudiese aprovechar. Entre ellos una fusta muy buena que tenían los castellanos que ardió mientras los lusos pregonaban que era el castigo por el mucho daño que esa nave le había hecho al gobernador de las tierras del Rey de Portugal.

Fernando de la Torre y los veintitres hombres que lo siguieron, se desplazaron a Zamafo en donde fueron bien recibidos por Quichilbubacar, gobernador del lugar y por supuesto por Esteban que comenzaba a añorar a sus compañeros.

Cuatro días después de estos sucesos, el tres de noviembre de 1529, regreso el gobernador de Tidore Quichilrade, con tres paraos y acompañado de Andrés de Urdaneta y seis castellanos, dejando en el Moro, que esta al noreste de la isla de Batachina, la otra armada al mando de Alonso de los Ríos

Partieron de allí inmediatamente que tuvieron noticias de sitio de Tidore pero durante el camino recibieron otras que indicaban que el poblado ya había sido tomado y los españoles estaban cercados en el baluarte.

Cuando llegaron todo había terminado.

En vista de ello rogó Urdaneta a Quichilrade le cediese un paraol armado para ir a Gilolo en donde todavía estaban doce castellanos, que no querían pasarse a los portugueses. Suponía, conforme estaban las cosas, que cuanto menos se lo pensasen mejor, por lo que convenía ir a por ellos inmediatamente para atraerlos a su causa.

Al fin y al cabo se había perdido una batalla pero no la guerra y él era uno de los que estaban convencidos que más pronto que tarde llegaría una armada de su Majestad y podría las cosas en su sitio.

Gilolo era un país fuerte, no estaba aliado con los portugueses y eran amigos de los españoles y allí se podían defender muy bien.

Quichilrade se enteró a su llegada que el rey de Tidore había firmado la paz con los portugueses.

Pero no se fio de la paz que le ofrecieron a él como gobernador de la isla y viendo el buen propósito que tenía Urdaneta le ofreció el paraol bien armado que le pedía, para que junto con dos compañeros pudiesen llevar y manejar dos versos de bronce.

El gobernador tampoco quería quedarse en Tidore pero allí tenía a su esposa e hijos y no podía abandonarlos pues temía que si huía tomasen represalias con ellos. Por ese motivo pactaron que se quedase y lo preparase todo para la huida, ya que cuatro días después, y en secreto, aparecería en Tidore, Urdaneta, para rescatarlo junto con su familia, para llevarlos a Gilolo junto con los castellanos.

Efectivamente al cuarto día se presentó el español con una armada de Gilolo para recoger a Quichilrade y su familia. Otros personajes importantes de la isla quisieron imitarles y también querían abandonar la isla con sus familias aun a costa de perder sus casas y enseres.

Quichilrade siempre fue un muy buen amigo de los castellanos y su traslado a Gilolo fue bien recibido por el Rey y contó con el apoyo de sus caballeros.

El rey de Gilolo por su parte ofreció a todos los castellanos que estuviesen al servicio de su majestad el Emperador, trasladarse allí, hasta que recibiesen la ayuda de la armada que nadie dudaba llegaría. De momento les daría de su peculio particular todo lo que necesitasen, para comer y vestir, techo en donde cobijarse y sobre todo favorecerlos en todo lo que le fuera posible. Y a fe que cumplió su palabra.

Los paraoles que rodearon la isla de Batachina al mando de Alonso de los Ríos, después de partir del Moro, llegaron a Mare, que era un lugar de la isla de Tidore y allí se enteraron de lo ocurrido y todo eran malas noticias. Supieron que la fortaleza había caído, que los nativos del lugar estaban en paz con los portugueses, que estos eran los que dominaban la isla y lo mejor que podían hacer es no dejarse ver si no querían caer presos. Por lo que decidieron regresar a Gilolo, en donde estarían más seguros.

El problema fue que los castellanos estaban distribuidos en diversos paraoles tripulados por los indígenas y no todos querían regresar a Gilolo. Algunos se dirigían a Tamalo, situado en otro lugar de esa isla, preocupados por sus familias. Le pidieron a Del Rio que los llevase en el suyo con él y este acepto, pero los nativos no quisieron perder más tiempo llevándolos a su lado y partieron inmediatamente. Y cuando finalmente desembarcando en el mencionado pueblo de Tamalo fueron apresados por los portugueses y llevados a Terrenate.

A los diez o doce días tuvieron en Gilolo las noticias de lo ocurrido a la armada de Tidore que estaba en el Moro y había regresado a su isla, lo más preocupante era que según la versión que daban los portugueses la mayoría de los castellanos se habían pasado a ellos, excepto Alonso de los Ríos que estaba retenido en Batachina escondido en una montaña del interior junto con tres compañeros y no tenían ninguna posibilidad de llegar hasta allí.

Pero como también se decía que habían logrado conservar dos versos y sus respectivas escopetas y eso era un tesoro en aquellos momentos. Así que Urdaneta no dudo ni un instante en marchar a rescatarlos. Aparejó un parao ligero, bien armado y se acercó a donde creía que estaban, logrando traerlos a Gilolo

Hicieron recuento en esos momentos y sumaron que eran diecinueve compañeros.

Tardaron apenas cinco días en aparejar en Gilolo tres paraos para unirse al capitán Hernando de la Torre que se encontraba en Zamafo, con veintitrés hombres y hacerse allí fuertes. Por otra parte ese puerto era el ideal para detectar la armada de su Majestad cuando llegase a esa zona y que pacientemente esperaban.

Pero el rey de Gilolo no quiso desprenderse de tan buenos colaboradores y trató de convencer a Urdaneta, que en vez de trasladarse a Zamafo, fuesen los de allí los que viniesen a su reino para estar todos juntos y les ofreció veinticinco piscis diarios a cada soldado para su mantenimiento.

Urdaneta embarcó en un parao, junto con Alonso de los Ríos y otros cuatro castellanos, que acompañados por un embajador del rey, tratarían de convencer a De la Torre.

Una vez llegado allí este les respondió que aceptaría de buen gusto, pero que tenía un pacto de no agresión con los portugueses, avalado por su juramento y si regresase a Gilolo sería rómpele, por lo que no podía retornar hasta que se presentase la flota de su majestad.

De todas formas autorizaba a lo que ya estaban allí a permanecer en el lugar si consideraban que el trato que recibirían sería más favorable. Incluso se avino a remitirle una carta al Rey de Gilolo para rogarle les protegiera.

Pero también les advertía, como aviso a navegantes, que Meneses después de termina con la resistencia de Tidore se aprestaban a caer también sobre Gilolo y destruir la ciudad. Eso indiscutiblemente traería consecuencias desagradables para los que allí estuviesen, por lo que si alguno quería quedarse con él los recibiría gustoso. Cinco de los compañeros de Urdaneta aceptaron la oferta.

Los presagios de De la Torre se cumplieron, pues solo dos días después de la llegada de Urdaneta a Gilolo se presentó allí la flota portuguesa dispuesta a tomar la ciudad. Prevenidos como estaban se defendieron sin darles opción a desembarcar y los lusos, a la vista de una resistencia que no tenían prevista, regresaron a Terrenate sin hacerles ningún daño.

## CAPITULO XXIV

### Segundo intento de regreso de la nao Florida

Mientras todo esto ocurría en las Molucas, la nao Florida, al mando de Saavedra, realizaba su segundo intento de regresar a Nueva España.

Recordemos que partieron durante el mes de Mayo de 1529, poniendo rumbo éste noreste y llegaron, sin mayores problemas, a las islas en donde el viaje anterior tomaron cautivos a tres de sus naturales.

Dos de ellos, cuando reconocieron su isla y vieron que podían alcanzarla a nado, no dudaron en escapar lanzándose al agua. El tercero, que se había convertido al cristianismo, estaba aleccionado para que convenciera a sus antiguos compatriotas, que los castellanos llegaban de buena fe y no querían causarles el más mínimo daño.

Los españoles no tenían ninguna intención de echar el batel al mar para que no hubiese ninguna posibilidad de quedarse sin él como les pasó la vez anterior, ya que por culpa de los fugados que lo robaron no pudieron completar el viaje y tuvieron que regresar.

El indio les dijo que no hacia ninguna falta pues perfectamente podía llegar a la isla nadando como habían hecho sus compañeros. Se lanzó al agua y nado hacia la costa, pronto le salió al paso una canoa que en principio todos creyeron iba a recogerlo, pero ante el estupor de los que contemplaban la escena desde la nave, en vez de sacarlo del mar la emprendieron a golpes con él, hasta martarlo o permitir que se ahogase, mientras gritaba desesperadamente pidiendo auxilio. Por la rapidez en cómo se produjeron los hechos y la distancia que los separaba los castellanos no pudieron hacer nada para salvarlo.

Con toda seguridad los que escaparon con anterioridad había prevenido a sus compañeros de lo ocurrido durante el viaje anterior y las intenciones que ahora llevaban, conchabados con el otro indígena, por lo que reaccionaron de esa manera.

En esas condiciones allí no tenían nada que hacer y no era conveniente desembarcar en una isla, cuyos habitantes les eran hostiles, máxime con el escaso número de efectivos que llevaban. Por lo que decidieron continuar el viaje sin cargar los bastimentos, el agua y la leña que tenían previsto conseguir.

La cosa comenzaba a complicarse.

Continuaron con la ruta prevista que era éste noreste y que les acercaba a su objetivo. Durante el camino encontraron otras cinco islas pequeñas, una tendría unas cuatro leguas y las restantes apenas llegaban a una. La poblaban gente de piel oscura, los hombres lucían barba e iban casi completamente desnudos, vistiendo únicamente unos calzones hechos con hojas de palma.

Cuatro o cinco hombres se acercaron con un parao a donde estaban, indicándoles por señas que se detuviesen. Amainaron su velocidad pero como la nave iba lanzada y no se dejaba dominar tan fácilmente continuaron la marcha a una velocidad reducida. No podían hacer otra cosa pues tenían arriadas todas sus velas y la nao marchaba únicamente por la inercia.

Uno de aquellos indios, posiblemente enfadado por el hecho de que no se detuviesen completamente, lanzo una piedra sobre el costado que hendió una de las tablas. Para evitar males mayores, Saavedra ordenó efectuar un disparo, únicamente para asustarlos y sin tirar a dar. Los indígenas huyeron despavoridos y los castellanos aprovecharon para izar de nuevo las velas y continuar su viaje. Estas islas, según los cálculos que hicieron, se encontraban a siete grados de latitud norte y a una distancia de mil leguas de Tidore, quedándoles otro millar de leguas para alcanzar Nueva España. Estaban pues a mitad del camino y tanto les daba continuar como volver.

Sin embargo, por culpa de los incidentes relatados anteriormente, estaban faltos de provisiones y la única isla conocida en la que podían abastecerse era la de los Ladrones, que por desgracia no estaba al éste de su posición, sino al oeste y por lo tanto tenían que desviarse de la ruta que llevaban

inicialmente en contra de sus intereses.

Por otra parte en esas islas también tenían cuentas pendientes con ellos, aunque buena parte de los componentes de la tripulación no lo supiese. Recordemos la docena de nativos que la nao Victoria de la expedición de Loaisa tuvo que esclavizar para hacer funcionar las bombas de achique y evacuar el agua que entraba a raudales evitando se hundiese.

Sabían que en estos casos los indios ni olvidan ni perdonan y alguno de los tripulantes de aquella nao viajaba ahora en esta, por lo que temían pagar los platos rotos, Informaron a Saavedra de este hecho que ignoraba y decidieron que no era aconsejable visitarlos.

Decidieron seguir el rumbo noreste y ochenta leguas más adelante se toparon con unas islas bajas que dudaron pudiesen estar habitadas, pero de detrás de una de ellas aparecieron unas canoas que se acercaron. Cosa extraña en ellos portaban incluso una bandera desconocida y Saavedra, para evitar incidentes como los del pasado, ordeno se detuviesen completamente pero sin echar el ancla para poder escapar a la mínima señal de peligro.

Siete de los paraos fondearon cerca de la proa de la nao y el capitán ordenó les echasen una manta y un peine, que ellos tomaron a la vez que pedían permiso para subir a la nave. Lo hicieron unos veinte hombres y entre ellos se encontraba una mujer, de edad avanzada, esta se limitó, ante la expectación de todos los miembros de la tripulación, en colocar su mano sobre el hombro de cada uno de ellos sin pronunciar palabra alguna.

Después supimos que se trataba de una suerte de hechicera que con ese simple gesto sabría qué clase de gente éramos y si se podía confiar en nosotros.

Debimos de pasar con nota el examen pues no hicieron nada por marcharse y como el capitán los trató con esmero regalándoles cosas y tratándolos bien, quedaron como amigos.

La cosa fue tan bien, que uno de los castellanos, a pesar del riesgo que comportaba, se atrevió a bajar con ellos a tierra y tratar de averiguar más cosas sobre los lugareños.

Allí lo recibieron con la mayor de las cortesías y muchos caciques fueron a verle, lo llevaron a sus casas, que eran amplias y confortables y con los techos de hojas de palma.

La visita resultó tan placentera que cuando informo a Saavedra no tuvieron ningún inconveniente en bajar todos a tierra.

Era la oportunidad que estaba esperado para recoger los bastimentos necesarios para el viaje que tenían por delante. El problema, por lo que podían apreciar, es que allí había poco que recolectar y se hacían cruces para intuir de donde podrían sacarlos y que hubiese lo suficiente para comer todos y poder llevarse algunos. Pero lo cierto es que parecía no faltarles de nada.

Para verificarlo esa noche les ofrecieron una opípara cena y el que parecía el jefe invitó a Saavedra a visitar su bohío mientras la gente cantaba y otros tocaban una especie de tamboriles.

Se entendían como podían y el Jefe se interesó por una escopeta que uno de los miembros de la tripulación llevaba con disimulo por si las cosas se torcían. Saavedra amablemente le dio a entender de qué se trataba pero el cacique no lo entendía muy bien y pidió una demostración práctica. Para ello cogió un arco, pidió una fecha, la coloco en su sitio, todo ello mirando a los castellanos tras cada paso, y finalmente la lanza acertando en el centro del tronco de una palmera. Luego pidió que le entregaran la escopeta. Como estaba descargada no tuvo Saavedra el menor inconveniente en dejársela, luego la miro y levantó sus hombros como queriendo decir ¿Y ahora qué? El castellano no tuvo más remedio que complacerlo.

Cogió el arma, la cargó imitando el mismo ceremonial que el otro empleó para colocar la flecha en el arco y disparó. Fue tan grande el impacto que recibieron que muchos cayeron al suelo temblando, mientras que los que se repusieron más o menos pronto o estaban lo suficientemente alejados salieron corriendo hacia el bosque como almas que lleva el diablo.

Por suerte el Señor del lugar y algunos de los que le acompañaban se quedaron quietos, aunque asombrados. El cacique considero que el proceso de carga era posiblemente muy lento y mientas

tanto uno de sus guerreros hubiese podido disparar cuatro o cinco flechas, pero los efectos del disparo nadie dudaba equivalían a por los menos mil flechas lanzadas y eran devastadores, aunque milagrosamente, y tal vez porque los castellanos no quisieron, nadie resultó herido.

Poco a poco la gente fue regresando y reuniéndose en el poblado. A la mañana siguiente partieron en sus paraos por lo menos un millar de hombres, que sin decir nada se dirigieron a una isla vecina distante unas tres leguas del lugar.

Los castellanos se quedaron en esa acogedora isla durante ocho días, entre otras razones porque Saavedra se encontró repentinamente enfermo y para que la gente se recuperase. Entre tanto regresaron los indios con los paraos llenos de provisiones y les ayudaron a cargar ocho pipas de agua, dos mil cocos y mucho pescado, una parte salada y otra secada al sol.

No les ofrecieron ni dieron más cosas porque no las tenían. La gente de allí era blanca y llevaba pintados los brazos y diversas partes de su cuerpo, las mujeres eran hermosas y con cabellos negros, generalmente largos y lacios. Andaban sin pudor las hembras medio desnudas, tapándose sus vergüenzas, con una, muy delgada, estera hecha con hojas de palma. Como armas los hombres solían llevar únicamente una vara de madera con la punta reforzada al fuego, aunque algunos, muy pocos, exhibían arcos y flechas y alguna que otra onda para lanzar piedras.

Su dieta básica eran cocos y pescado que era lo único que habían podido ofrecerles. Midieron el sol un mediodía y la isla estaba situada a ocho grados latitud norte. Era un lugar paradisíaco y a algunos no les hubiese importado quedarse, por lo menos una larga temporada, pero tenían una misión que cumplir y debían hacerlo; pues la vida de muchos compañeros, en las Molucas, dependía de ellos.

Partieron de esa isla con viento este noreste, dirigiéndose al norte y capeando como podían. Lograron llegar a la latitud norte de veintiséis grados, en donde murió Álvaro de Saavedra por la enfermedad que lo aquejaba.

Calcularon que desde que salieron de la isla de Tidore habían recorrido, en línea recta, una distancia de trescientas quince leguas.

Poco antes del óbito y al sentirse morir, reunió a toda la gente y les pidió que si a él le ocurriese algo, navegasen por lo menos hasta los treinta grados y si entonces no encontraban los vientos favorables, que los condujera al éste, tenían su permiso para dar la vuelta y regresar al Maluco y ponerse a las ordenes de Hernando de la Torre.

Saavedra a pesar de hacerse el desentendido cuando escucho la información que intentaba pasarle Urdaneta, porque entonces solo lo consideraba un joven inexperto y presuntuoso que creía saberlo todo, si tomo buena nota de ello y cada día que pasaba se daba cuenta que tenía razón.

Ahora sabía perfectamente que si quería encontrar vientos favorables tendría que pasar del paralelo cuarenta para encontrarlos. Pero también sabía que si la tripulación era consciente de ello se rebelarían y exigirían volver por lo que debían ignorarlo.

Nombro como sucesor al Capitán Pedro Laso y en un apartado que tuvo con él poco antes de su muerte le confesó que llegar únicamente al paralelo treinta sería insuficiente para encontrar esos vientos favorables pero así se lo había prometido a la gente al intuir que tenían ya la mosca tras la oreja, al creer que se estaban desviando demasiado de su ruta original y si finalmente era un fracaso como comenzaban a creer todo lo que subieran ahora lo tendrían que bajar después.

Pero lo que más les preocupaba era permanecer en una zona de calma chicha durante mucho tiempo y quedarse sin provisiones.

Así y todo le hizo jurar a su sucesor que aunque fuese trampeando y a espaldas de sus hombres, los llevase hasta el paralelo cuarenta y solo entonces regresase, de no encontrar los vientos favorables. Eso significaba recorrer doscientas cuarenta y cinco leguas de más.

A pesar de todo, este le juró que así lo haría, pero tuvo la fatal desgracia de fallecer a los ocho días. Quedaban entonces como responsable de la nave el maestre y el piloto, que no tenían otra promesa



que cumplir que la inicial, que solo era llegar a los treinta grados.

Continuaron la navegación hacia el norte hasta alcanzar los treinta y un grados, siempre navegando penosamente con vientos contrarios que los desviaban constantemente hacia el oeste.

Se encontraban a mil doscientas leguas del Maluco, es decir doscientas leguas más alejados que en la anterior ocasión que midieron, pero continuaban encontrándose a mil leguas del continente Americano. Como si hubiese una barrera invisible que los rechazara constantemente y no les dejase pasar de ahí.

Se reunieron de nuevo para decidir qué hacer, ya que tanto el Maese como el Piloto no querían ser los únicos responsables de la decisión que se tomase.

Hubo división de opiniones pues según unos, Laso les había confesado que tenía la intención de continuar hasta el grado cuarenta, que significaba recorrer ciento sesenta leguas más, pero la mayoría no estaban de acuerdo pues esa distancia que con vientos favorables se podía recorrer en cuatro o cinco días, con vientos en contra como los que estaban sufriendo podían estar meses navegando.

El debate se zanjó cuando uno de los presentes mencionó.

-Recuerdo que un tripulante de la nao Trinidad que conocí en el Maluco me dijo en cierta ocasión que cuando Espinosa intentó el retorno en el año 1522, llegó a la costa septentrional de Cipango, más arriba de los 40º, sin encontrar viento del oeste y tuvieron que regresar. A mí me da la impresión que por mucho que norteemos no los vamos a encontrar.

-No estoy muy seguro que eso sea así, ten en cuenta que ellos navegaron por una longitud más al oeste – medió otro que tenía ganas de regresar a casa o simplemente por poner alguna pega.

-Cierto. Pero eso tampoco nos garantiza que ahora los encontremos.

Finalmente decidieron regresar. Habían cumplido las órdenes recibidas, todos las habían escuchado y tenían la conciencia tranquila. Nadie podría reprocharles nada.

Con vientos favorables apenas tardaron unos días en llegar a la isla de los Ladrones, para detenerse únicamente un día, tomas alimentos frescos y reabastecer la nave. Lógicamente algo de hierro les tenían que robar, pues con eso ya contaban, y en este caso fue una de las anclas. Al la mañana siguiente, al intentar llevarla, solo encontraron una soga colgando.

Intentaron detenerse en la isla Desaya, pero no la pudieron tomar y continuaron hasta la de Tavaole, que se encontraba a solo ciento veinte leguas de las del Moluco. Pero también pasaron de largo al no poder fondear. Ya no les importaba pues después de todas las penalidades y retrasos sufridos durante el viaje de ida ahora les parecía que ya estaban únicamente a un tiro de piedra de casa.

Finalmente llegaron a la isla de Morotai, cerca de Gilolo, y fondearon en el puerto de Zamafo.

Llegaron el ocho de diciembre de 1529, ocho meses después de su partida. Allí estaba Hernando de la Torre, que cuando los vio entrar en el puerto, sintió como si un jarro de agua fría cayese sobre su cabeza. Realmente no los esperaba, en su fuero interno consideraba que ya habían llegado a Nueva España y que en esos momentos ya se estaba preparando, si en que no habían ya salido, una escuadra de su Majestad que llegaba en su ayuda.

Los veintidós tripulantes que regresaron fueron bienvenidos pues en aquellos momentos cualquier ayuda era de agradecer. Se lamentaron las muertes de Saavedra, la del toledano Pedro Laso y las de otros tres compañeros fallecidos.

Les pusieron al día de la situación en que se encontraban y visto esto mucho lamentaron no haberse quedado en la paradisíaca isla poblada de bellas mujeres de cabellos largos, aunque tuviesen que sufrir una dieta para el resto de sus vidas de únicamente coco y pescado.

Pero la vida continuaba. La carabela estaba tan comida por la broma que difícilmente hubiese llegado a su destino de mediar el más mínimo inconveniente y no hablemos si hubiesen tenido que soportar un temporal. Ya en casa se hundiría al menor impacto de un pedrero que sufriera.

Allí no había trabajo para todos ni dinero para mantenerlos, así es que se les dio completa libertad para elegir lo que más les conviniese. Unos optaron por quedarse en el lugar y otros por desper-



digarse para buscarse la vida donde pudiesen. Estos últimos, dispersos y desprotegidos, fueron los primeros en caer presos de los portugueses y ser entregados a un capitán, llamado Jorge de Castro, que los llevó a Malaca, acusados de invadir territorio luso, ya que se les consideraba como nuevos invasores por no estar incluidos en el pacto entre Meneses y De la Torre.

El capitán de la fortaleza portuguesa en Malaca les propuso: asignarles un sueldo, si se ponían al servicio del rey de Portugal o únicamente el sustento como presos que eran.

Ante la posibilidad de tener que enfrentarse a sus compatriotas el día de mañana, eligieron esto último.

Indiscutiblemente para ellos no fue una decisión acertada, pues durante los dos años y medio que estuvieron presos en condiciones penoso, fallecieron diez o doce de fiebres y otras enfermedades. Finalmente cansados de ellos o para evitar les pidiesen posteriores responsabilidades, se deshicieron de los supervivientes enviándolos al enclave de Goa en la India en donde residía el Gobernador General luso de la zona, Nuño de Acuña.

Como ayuda o tal vez para tapparles la boca, ante una más que posible repatriación, les entregaron diez ducados por barba. Advirtiéndoles que el conflicto pendiente de las Molucas estaba ya solucionado entre ambos príncipes, a favor del Rey de Portugal, que la guerra entre ambos había terminado y podían hacer lo que les viniese en gana.

Fue entonces cuan un tal Vicente de Nápoles le pidió licencia para trasladarse a Lisboa y desde allí ir a donde le placiera. El gobernador aceptó, ofreciéndole embarcarse en la próxima nao que saliese hacia la metrópolis y que no fue otra que la llamada Flor del Mar, al mando del capitán luso Tristán de Loroña y en la que partió desde Conchin el veintiocho de enero de 1534, desembarcando en Lisboa el quince de agosto del mismo año.

## CAPITULO XXV EL REGRESO DE LA FLORIDA

Los castellanos de Zamafo notificaron al rey de Gilolo la llegada de la nao Florida y este a su vez les advirtió que en Terrenate se estaba preparando una armada portuguesa para ir contra ellos y tomarles la carabela para evitar que partiese de nuevo.

No tenían armas con que defenderse y la nao no soportaría ni el primer envite y visto que los portugueses no iban a respetar Zamafo como lugar neutral, De la Torre hizo caso a la recomendación de Urdaneta y Del Rio y se trasladó a Gilolo, en donde los otros ya se encontraban, pues todos juntos se sentían más seguros.

Convocó una junta entre los castellanos de Zamafo, en la que acordaron trasladarse a Gilolo para poder defenderse mejor. Sobre todo contando con la ayuda de las tropas indígenas del lugar y que no les faltarían las provisiones, y sobre todo teniendo en cuenta que las de allí, que en su día les proporcionó el rey del lugar, ya se estaban terminando.

Embarcaron en la carabela y el bergantín partiendo todos para Gilolo.

Esteban tuvo un dilema. Se sentía a gusto en Zamafo sobre todo mientras hubiesen españoles a su alrededor pero quedarse solo no le apetecía. Al principio puso como excusa que no quería abandonar a Salmea y a sus hijos, Pero De la Torre consentía a que cada uno pudiese llevarse a su esposa e hijos e incluso, para no perder gente, estaba dispuesto a hacer la vista gorda si solo se trataba de la querida.

Lo consultó con su compañera y esta decidió quedarse. Allí estaban tranquilos y si se iban los castellanos todavía más, pues los portugueses ya no tendrían ningún interés en ir a importunarlos. Le recordó que allí tenían el alimento asegurado con lo que cosechaban en la pequeña huerta que cultivaban, lo que recolectaba en la selva y la caza que él mismo conseguía en el bosque. En otro lugar no tendrían más remedio que comer de la caridad que les diesen.

Cierto es que perdería su paga como soldado pero lo cierto es que hacía ya algunos meses que no la cobraba y no la había echado en falta. Ante la carencia de pólvora, practicaba y se había convertido en un excelente tirador de ballesta, con la que salía al bosque y cazaba una especie de puerco silvestre que por allí abundaba, pues los nativos como musulmanes que eran lo despreciaban, y que con un solo ejemplar les proporcionaba carne para toda la familia durante un par de semanas.

Por otra parte si aceptaba ir a Gilolo volvería a ser un soldado, la guerra con los portugueses tenía todos los indicios de reanudarse y volvería a estar expuesto a todos los peligros en cualquier misión en que participase y esa era una incertidumbre que Salmea no estaba dispuesta a afrontar, máxime con los dos hijos pequeños a su cargo. Decidió quedarse.

Las naves partieron ante su triste mirada y el contento de su esposa. El bergantín llegó a Gilolo sin problemas pero la carabela no pudo doblar una punta de esa isla al encontrarse con vientos contrarios y se vio obligada a retornar a Zamafo. Con el agravante de que en el bergantín estaba lo poco que se había podido salvar del desastre de Tidore y no tenían con que alimentarse. Por lo que optaron por marcharse a otro pueblo de la isla llamado Tomilinga, en donde demandaron la ayuda de un grupo de paraoles que la remolcaría cuando fuese necesario, hasta meterla en el puerto de Gilolo.

Estaban todavía fondeados allí, cuando se presentaron en Zamafo dos paraoles de Terrenate con dos personajes principales a bordo para que les pagasen parias como ya lo hacían los nativos de Tidore. Para evitarse problemas los nativos decidieron pagar, sin preguntar a los españoles. Cuando Esteban se enteró fue a consultarlo con Montemayor, persona con conocimientos, que enfermo se había refugiado a estas tierras después de la rendición de Tidore.

-Según los acuerdos alcanzados allí con los portugueses en modo alguno tenemos que pagar impuestos, prebendas ni ninguna otra cosa. ¡Lo que nos faltaba! Y menos a esos indígenas hijos de perra. Seguro que solo son una banda de bandidos que intentan sacar tajada de la situación.

Visto lo oído Esteban advirtió al cacique del pueblo que no pagasen nada ya que con ello no se

iban a incomodar los portugueses que en definitiva eran los únicos a los que debían temer, ya que si solo se presentaban guerreros de Terrenate para pedir cuenta, los de Zamafo se bastaban para aclararlas.

Finalmente no pagaron y la reacción de los recaudadores fue que uno de sus hombres, por despecho, se lanzase al agua y cortase la cuerda del ancla de la nao.

Sin tiempo para reaccionar y viendo que la nave podía embarrancar en la costa no tuvieron más remedio que darle a la vela e intentar salir a la mar abierta. Los de Terrenate, después de su hazaña optaron por replegarse para evitarse problemas.

La nao estuvo durante nueve días dando vuelta por donde el viento la llevaba y haciendo lo imposible para intentar llegar al puerto de Gilolo por sus propios medios. Por suerte el tiempo durante esas jornadas fue benigno y finalmente se toparon con los paraoles que el rey envió en su ayuda y gracias a Dios el dieciséis de enero de 1530 pudieron llegar a buen puerto.

Hicieron recuento de personal y comprobaron que allí se habían reunido sesenta hombres. Un número suficiente para que pudieran enfrentarse a los portugueses de ser necesario. Y con esa condición el rey del lugar se obligó a mantenerlos.

Estaban por su parte recibía la estima de sus convecinos al que ya lo consideraban y miraban con respeto. Hizo amigos, aprendió a pecar y cada mañana, que la huerta no requería su presencia, salía en un parao junto a un grupo de nativos a la captura de peces. Al final de la jornada recibía su parte como los demás, y ya no tenía la necesidad de mendigar esa parte de los alimentos que consumía. Cada vez iba integrándose más en esa sociedad.

Los de la carabela Florida, igual que con anterioridad habían hecho los otros, pidieron a De la Torre que los asentara a todos por oficiales del Rey, en todos los oficios de la armada y del mar. Con partidas reservadas para los que habían muerto durante la aventura con el único objetivo de que en su día pudiesen recibir los beneficios que la ley vigente y el emperador pudiese otorgarles. Lo cual fue debidamente cumplimentado en los libros correspondientes por el escribano. Con ello también trataban de resguardarlos de los portugueses, ya que como hemos visto anteriormente los que quisieron campar por su cuenta habían sido detenidos y tratados de forma ajena al pacto suscrito tras la capitulación de Tidore.

Con todo solucionado, atado y bien atado, renovaron con nuevos bríos la guerra la guerra contra los lusos, solapada o no, que sostuvieron hasta mediados de ese año de 1530. Durante ese periodo de tiempo muchos desertaron y otros murieron a consecuencia de la mala vida de sacrificios que llevaban. Aunque en honor a la verdad hay que admitir que siempre contaron con la ayuda del rey de Gilolo y la de su capitán en todo momento.

Pero dicho rey ya tenía mucha edad, con los achaques propios de ella y era notorio que se encontraba muy enfermo y próximo a la muerte. Los castellanos lo visitaban continuamente y por parte del Capitán de la Torre, que por sus muchas ocupaciones no podía acudir con la frecuencia que deseaba, iba Urdaneta, que era su boca y sus oídos, y con el que se consoló.

El Rey tenía un hijo de seis años que sería quien heredase la corona, pero en los tiempos que corrían iba a ser la marioneta de unos y otros. En los únicos que confiaba era en los españoles, por ese motivo le rogó a Urdaneta que su hijo hallase en ellos el favor y la amistad que ellos mismos encontraron en su padre. Muchos les respondieron, con mucha disposición, que así lo harían. Pero el viejo monarca no las tenía todas consigo y pidió a Andrés, que acompañado con gente principal de su reino para que diesen fe de todo ello, hablase con De la Torre y el Rey de Tidore para recomendarles a su hijo y reino.

Al fallecer dejó como regentes a dos sobrinos: el uno llamado Quichiltidore y otro Quichilbuni. Este último era un caso especial, pues en su día trató de matar a su tío ya que estaba convencido de que había usurpado un reino que le correspondía por derecho. El rey lo perdonó la vida penándolo únicamente con el destierro y ahora lo reclamaba de su largo exilio para velar por los intereses de su

hijo sin darse cuenta que estaba metiendo el zorro en su propio gallinero.

Mientras tanto los indios de Terrenate se sentían agraviados por los portugueses, que siempre fueron sus aliados, pero como llevaban las de perder en la probable disputa lo disimularon esperando una mejor ocasión. Aunque se notaba a la legua que estaban inquietos, y que aquello podía explotar en cualquier momento.

Los lusos, presintiendo el peligro propusieron un pacto de no agresión con los españoles. Mientras tanto los indios del Maluco se unían, con la pretensión de traicionar a los europeos y matarlos a todos para librarse de ellos.

Andrés de Urdaneta que hablaba muchas de las lenguas del lugar y entendía las otras. Conversaba frecuentemente con mucha gente y príncipes importantes de las islas de los alrededores y no tardó en tener noticias de la traición que se estaba tramando, lo que comunicó a su capitán, con objeto de que los castellanos estuviesen preparados.

En el verano de 1530 trataron los españoles de restablecer la paz entre ambos bandos. Urdaneta por su parte y de momento no tenía problemas con los nativos de su área de influencia, concretamente los de Gilolo y Tidore. Pero no ocurría lo mismo en Terrenate cuyos indígenas continuaban en sus treces de terminar con los lusos.

Como existía un pacto de no agresión entre los dos países ibéricos, Urdaneta, acompañado de varios príncipes de Gilolo, fueron a Terrenate para advertir a Jorge Meneses de la traición que se estaba fraguando.

Este era tan retorcido que a pesar de estar en paz con los castellanos, no dio crédito a sus palabras. Es más creyendo que solo era una treta para acabar con él, habló en secreto con quienes los acompañaban, los caballeros de Gilolo, prometiéndoles una gran recompensa si mataban a todos los españoles que ocupaban sus tierras.

Como no le hicieron caso, ocho días después Jorge Meneses contactó de nuevo con los de Gilolo, esta vez con el gobernador Quichilbuni, también llamado Catarabuni, aquel sobrino díscolo del antiguo Rey que intentó asesinarlos y ahora estaba encargado de la custodia de su hijo, el futuro rey, para reiterarse en su petición y conseguir que asesinaran a todos los españoles a cambio de una importante recompensa.

En aquella época el tal Catarabuni no estaba a bien con los castellanos, pues estos no confiaban en un personaje con sus antecedentes, ni creían que habiendo intentado atentar contra el padre para ocupar su puesto no lo hiciera ahora, a pesar de tener encargada su custodia, con el hijo por la misma razón. Por ese motivo lo tenían continuamente vigilado.

Él persistía en su intención de proclamarse rey, por lo que para ello, tenía que deshacerse del niño, pero al sentirse vigilado no se atrevía a acometer la empresa a pesar de contar con un número elevado de partidarios. Por ese motivo cuando recibió la propuesta de Meneses vio el cielo abierto y se comprometió a matar a los españoles.

Pero Quichiltidore, que también era primo del futuro Rey, pero no tenía ningunas intenciones aviesas sobre su persona, se enteró de lo que tramaba su familiar y avisó a los castellanos, que desde entonces iban armados hasta los dientes, y ordenó a sus hombres que reforzaran las guardias por las noches y estuviesen alertas

Estos, que ya se sentían acosados por los partidarios de Catarabuni que no paraban de importunarlos, y que con gusto ya se hubiesen pasado al bando portugueses para estar más tranquilos, si no fuese porque tenían una fe ciega en la inminente llegada de la escuadra prometida por los españoles para redimirlos y juzgaban que su presencia en esos momentos la beneficiaría mucho, incrementaron también la vigilancia.

A finales de ese verano, por fin Meneses se dio cuenta que los malos de la película eran los indígenas y no los españoles, y que eran aquellos los que querían terminar con el mandato portugués de

la zona. Y de paso con la vida de todos los europeos. No sabía de su asombro al comprobar que el mismo que él pagaba para terminar con los españoles quisiese hacer con ellos lo mismo.

Inmediatamente envió aviso a los castellanos como si el fuese el auténtico descubridor de la conspiración. Estos aprovechando que los indígenas no estaban en esos momentos protegidos por los portugueses y cansados del acoso al que estaban sometidos, quisieron hacer justicia con sus manos. Pero tratándose de quienes se trataban, nada menos que el regente y sus acólitos quisieron tener el consenso de los príncipes y gente importante de la población.

Estos en un principio les autorizaron a que derribasen sus casas para hacer un escarmiento pero con la condición de que respetasen sus vidas pues no querían llegar tan lejos. Pero inmediatamente se arrepintieron y se apresuraron a perdonarlos a cambio de que fuesen ellos los que corriesen con los gastos de mantenimiento de los españoles.

En Terrenate no ocurrió lo mismo ya que a Meneses, su madre lo había parido así y no había nadie que lo cambiase, una vez confirmó que existía una confabulación en su contra, citó en la fortaleza en secreto al Rey, que era solo un muchacho, al gobernador y a algunos principales. Cuando estos, confiados, llegaron al lugar, los encerró a todos ellos.

Posteriormente ordeno dar tormento a algunos que lógicamente confesaron su culpa. Meneses se apresuró a impartir justicia. A Quichil de Revés, gobernador de la isla y el hombre más temido le cortó la cabeza. Lo mismo hizo con cuatro o cinco de los principales caballeros de la isla como escarmiento para los demás y al joven rey lo mantuvieron preso, como rehén, en la torre.

Pero la jugada no le salió a Meneses como preveía, pues apenas se enteró el pueblo de lo ocurrido a sus principales jerarcas se alzaron en armas y los lusos no se atrevían a salir de la fortaleza y alejarse de la misma a más de un tiro de arcabuz de distancia.

Visto lo ocurrido en Terrenate los castellanos se pusieron en estado de alerta, aunque la sangre no llegara al río, pues en su caso no habían hecho nada punible y contaban con el apoyo de varios parientes del Rey que se ofrecieron a ayudarles si el gobernador intentaba ir sobre ellos. Pero la gente estaba inquieta, las noticias recibidas no eran claras y la ropa no les llegaba al cuerpo. Para salir de dudas marchó Urdaneta esa misma noche a la fortaleza de los portugueses en una canoa pequeña y acompañado por cinco remeros para averiguar exactamente lo ocurrido y ofrecer, de parte de su capitán, toda la ayuda que los lusos pudiesen necesitar.

En realidad lo que pretendía es que esa ayuda fuese mutua, pues ellos estaban, sin fortaleza en donde refugiarse, más necesitados de ella que sus vecinos europeos, que por otra parte y con independencia de su magnífico refugio siempre podían recurrir a solicitar la ayuda de sus colonias cercanas en caso necesario.

El capitán portugués agradeció su oferta y se ofreció a actuar recíprocamente. Urdaneta lo dejó todo por escrito, atado y bien atado, para que llegado el momento nadie pudiese escaquearse impunemente. Quedaron todos pues como amigos y decidieron olvidar rencillas pasadas. Inmediatamente regreso a Gilolo por el peligro que corría en esas tierras en caso de ser descubierto.

Cuando regresó a Gilolo encontró la ciudad tan revuelta que incluso se sorprendió desagradablemente de ver al Capitán Hernando de la Torre, con los cuarenta hombres que tenía, eso sí, bien armados y aguerridos, haciéndose fuerte en unas atarazanas grandes y bien dispuestas, y cebada toda la artillería que tenía disponible.

Viendo eso fue directamente a la casa del Rey en donde halló al gobernador con mucha gente armada y presta para la lucha. Delante de todos los interpeló en su lengua como si fuese uno más de ellos.

-Bien sabéis que desde que llegamos los castellanos al Maluco con nuestra nao, siempre los de Gilolo y nosotros mismos nos hemos beneficiado mutuamente hasta la muerte. Cierto es que hemos recibido del rey muchas mercedes, pero él también todos los servicios que le hemos podido hacer sin excusa ni pretexto. También es cierto – continuó – que si algún día llegase a estas tierras la armada

que su Majestad nos tiene prometida, les serian pagadas con creces esas mercedes que los castellanos recibimos ahora diariamente, haciéndolo el mayor rey del Moluco que la historia a conocido. Si hasta ahora nos hemos favorecido los unos a los otros y hemos sido como una sola persona, y nos ha ido bien. Lo lógico es seguir con la misma tónica de aquí en adelante. Que tanto los de Terrenate como los portugueses, nuestros potenciales enemigos, se destruyan entre ellos que nosotros ya sacaremos provecho en el futuro.

Los principales allí presentes se miraron unos a otros tratando de averiguar que opinaban sus vecinos, pero la plática de Urdaneta les había llegado tan hondo en su corazón que esa misma tarde ya volvían a ser todos amigos y reeditados todos sus pactos de amistad.

Días después llegó a Terrenate una galera, un navío y un junco, con setenta portugueses a bordo y todos ellos al mando de Gonzalo de Pereira, para poner orden allí y sustituir en el cargo al controvertido Meneses causante de todos los males en esa zona. El veinte de diciembre los españoles ratificaron con el nuevo gobernador todos los pactos suscritos anteriormente con el anterior.

Después, y una vez tomado posesión de su cargo, ordenó prender a Meneses acusándolo de la muerte del gobernador Quichil de Rores y causante de todos los males que aquejaban a la colonia con la consiguiente pérdida de beneficios. Y para evitar que aun preso causase perjuicio lo envió a la India portuguesa, bajo la custodia del Gobernador General, a principios de 1531.

La misma nao que llevaba a Meneses a Goa y que después de la escala con toda seguridad continuaría hasta Lisboa, embarcó un caballero portugués muy amigo de Hernando de la Torre. Se trataba de Aníbal Cernichi.

El español vio la oportunidad de enviar al emperador un informe con todo lo que allí ocurría y ordenó a Urdaneta que lo preparase a la mayor celeridad posible como así lo hizo.

Aquel caballero juró ante un ara consagrada, de conducir ese informe a España, si no tenía la desgracia de fenecer durante el viaje y darla al emperador en propia mano o morir en el intento.

Urdaneta y de la Torre juraron a su vez, que no descubrirían, ni dirían a nadie, en el plazo de dieciocho meses, el negocio que se traían entre mano, pues era notorio que su posible descubrimiento ocasionaría inmediatamente la muerte del correo.

Solo supieron que dicho caballero llegó a Portugal, pero murió inmediatamente sin que nadie especificase las causas.

XXXXX

XXX

X

La llegada de Pereira y la destitución del antiguo gobernador apaciguaron los ánimos de los indios que pidieron la paz. Pero su rey continuaba preso en la fortaleza y la primera petición que hicieron fue su libertad.

Pereira creía que si lo liberaba perdía la baza de presión que tenía contra ellos y se negó. No midió bien sus actos ya que los indios se enfadaron por el desplante y el veintisiete de mayo de 1531 mataron a traición al capitán y a muchos soldados portugueses de la fortaleza mientras trataban de liberar a su rey.

Pero no anticipemos hechos y veamos cómo pasó. El plan era el siguiente. Con la excusa de llevar agua y piedras para el servicio de la fortaleza. Los indígenas introdujeron armas y alguna gente en ella. Por otra parte tenían la costumbre de bañar periódicamente a su rey y eligieron ese día para hacerlo. El agua caliente la traen los encargados dentro de unas cañas huecas y en su interior metieron unas tridas, una especie de daga. Las mismas eran indetectable pues nadie podía voltear las cañas para comprobarlo so pena de perder el liquido y mucho menos meter la mano en agua casi hirviendo. Por otra parte ya estaban acostumbrados a esta ceremonia y tampoco le hicieron mucho caso.

A su vez una multitud de indígenas se encontraban emboscados alrededor de la fortaleza esperando que sus puertas se abriesen, para entrar en ella, cuando despachasen al capitán de los lusos.

Pero un soldado portugués que intentaba llegar a la fortaleza desde el exterior vio la inusitada concentración de indios a su alrededor y gritando "Traición" comenzó a correr hacia la puerta para refugiarse en ella, pero aunque los del interior intentaron ayudarlo fue abatido. Pero desde entonces solo tuvieron ojos para observar lo que ocurría fuera, cuando en realidad el enemigo ya lo tenían dentro.

Visto todo por los indígenas que ya estaban en su interior aceleraron los hechos, y con las tridas, los encargados de bañar al rey, mataron al capitán y a un criado suyo, mientras los restantes iban eliminando a los sorprendidos soldados lusos con los que se tropezaban por los pasillos ya que la mayoría estaban en las murallas disparando sus armas.

Pero cuando pudieron recomponerse todo cambio. Mientras unos disparaban desde la muralla causando gran mortandad entre los sitiadores, otros se dedicaban a la caza de los infiltrados. Mataron a cinco o seis de ellos, incluso al que había asesinado a su capitán. Mientras que el gobernador de los indígenas se refugiaba junto al rey en la torre, pero quedando a su vez presos.

Los indios ante la imposibilidad de entrar en la fortaleza se dedicaron a saquear y quemar las viviendas de los alrededores que pertenecían,, y en donde vivían, los portugueses de la guarnición en tiempos de paz.

La revuelta corrió como la pólvora y se extendió por todas las islas del Maluco cuyos habitantes se levantaron en contra de ellos, excepto en Gilolo que no se manifestaron por uno u otro bando por respeto a los castellanos.

Pero los rumores de lo ocurrido llegaron a oídos de los españoles que quisieron cerciorarse y conocer de primera mano lo ocurrido.

Para ello organizaron una expedición para acercarse a Terrenate y entrevistarse con los lusos, pero la madre del rey cautivo no los dejó pasar y para evitar más problemas no tuvieron otra alternativa que regresar.

Pero los ánimos estaban tan alterados en todas partes que incluso contemplaron la posibilidad de que sus amigos de Gilolo se alzasen en armas contra ellos.

Alguien debió iluminar la mente de la reina madre de Terrenate cuando finalmente decidió acudir a los castellanos, así como a los indios de Gilolo, rogándoles no socorriesen con alimentos y armas a los portugueses y si además la ayudaban en esta lucha a liberar a su hijo y terminar con los lusos, ella igualmente daría obediencia al emperador como ya lo hacían los de Gilolo.

La propuesta era tentadora: tener a todos los indígenas de la zona a su favor en contra de los

portugueses. Pero de la Torre tenía la cabeza bien sentada sobre los hombros y comprendió inmediatamente que era una misión imposible derrotar a los portugueses, ni aun en esas tan favorables condiciones.

En primer lugar porque no precisaban de su ayuda, ya que disponían para defenderse de una fortaleza y artillería que la hacía prácticamente inexpugnable para los indígenas, que por otra parte no la podían rendir por hambre ya que disponían de una galera, una carabela y dos bergantines, con las que podían socorrerse con los bastimentos que diariamente les llegaban de Malaca. Aparte claro estaba de los refuerzos que si los precisaban no tardarían en recibir.

Se negaron por tanto los castellanos ayudándose de buenas razones.

Comprendió inmediatamente que la mejor opción era ayudar a los portugueses, pues aparte de apuntarse al bando ganador que en toda lucha era lo más aconsejable, no ignoraba que en caso de derrota de los portugueses, por muchas promesas que ahora les hicieses, inmediatamente se alzarían contra ellos, sabiendo que eran muy pocos y que no tenían ni un simple bastión en donde refugiarse.

El veintidós de julio llegó a Gilolo una Galera bien armada, enviada por los lusos, con una carta para el capitán Hernando de la Torre, pidiéndole por favor que les diese provisiones a cambio de dinero, pues los suministros se habían retrasado y tenían mucha necesidad de ellos. Igualmente le informaban que el nuevo capitán, Vicente de Fonseca, que era quien firmaba la carta y había sustituido a Pereira, ya había despachado un mensajero a la isla de Malaca, contando lo ocurrido y solicitando ayuda.

El problema que tenía De la Torre era convencer a los de Gilolo que colaborasen pues ellos carecían de todo y no les podían proporcionar nada. Así se lo hicieron saber al capitán de la galera. Pero se dieron tanta maña negociando con el gobernador y restantes próceres del reino que con ese dinero no solo llenaron la nave lusa sino que incluso pudieron descuidar buena parte de lo conseguido para su consumo personal.

Los indios de Terrenate a la vista de esa ayuda depusieron su aptitud y levantaron un cerco sobre los lusos que nos les había servido de nada. Hernando de la Torre aprovechó la oportunidad para mediar en el conflicto. Como ya tenía la confianza de los portugueses solo le faltaba el de la reina madre de Terrenate. La ventaja que tenía es que sabía que por su hijo haría todo lo que le pidiese y así se lo hizo saber a los portugueses. Se entrevistó con Fonseca y le dijo que si persistía en su actitud tendría un conflicto detrás de otro.

Consiguió, después de muchas reuniones que se celebraron en la tierra neutral de Gilolo, la libertad del rey a cambio de que la reina indemnizara a los portugueses por los daños sufridos: en sus casas, haciendas y esclavos. Consiguió que tanto los lusos como los naturales de Terrenate volviesen a ser amigos y finalmente consiguió el agradecimiento de ambos que quedaron muy amigos de los castellanos.

La reina que vio el buen trato que habían dado al rey, su hijo, suponía que por la intervención de los españoles, se proclamó súbdita del Rey de Castilla, lamentando no haberlo hecho con anterioridad, por no conocerlos en profundidad.

Por su parte los hispanos tuvieron la seguridad de encontrar en ella una aliada para lo que quisiesen. Les invitó a visitarla, con la seguridad de que les correspondería con grandes obsequios.

El capitán Fonseca le pidió a de la Torre que se confirmase la paz entre los dos países ibéricos. Y así se verificó y autentificó mediante escrituras.

Por medio de los portugueses tuvieron noticias los castellanos que el hecho de que no se hubiese presentado la escuadra, que unos temían y los otros esperaban, en esas tierras, era motivado por que el Emperador había empeñado las islas al Rey de Portugal y por lo menos de momento no podía ejercer ningún derecho sobre ellas.

Ante esta circunstancia había que seguir otros cauces, por lo que De la Torre solicitó de Fonseca, basándose en la amistad que los unía, les facilitase los medios para enviar un embajador al goberna-



dor portugués en la India, que era la máxima autoridad de la zona, y saber a qué atenerse.

Fonseca le facilitó una embarcación en la que Pedro de Montemayor pudo desplazarse a la India, para entrevistarse con el gobernador Nuño de Acuña y que este le certificase el acuerdo suscrito entre ambos reinos sobre la contrata en las islas en disputa, ya que hacía mucho tiempo que llevaban en ese lugar y carecían de noticias al respecto. Y si efectivamente todo era así, les facilitara bastimentos y una nave para ir a España y dejar esas tierras a los portugueses, todo ello acompañado de un salvoconducto para que ningún capitán del rey de Portugal pudiera detenerles o ponerles impedimentos durante su viaje.

## CAPITULO XXVI LOS ULTIMOS DEL MOLUCO

Todo lo planificado anteriormente se concretó cuando Pedro de Montemayor en enero o marzo de 1532, los cronistas no se ponen de acuerdo, partió del Maluco con destino a la India y realizar esas gestiones.

Para entonces los españoles ya no llegaban en número a la treintena, porque los demás murieron en combate o por las heridas y dolencias debido al esfuerzo realizado que se reflejaban no solo en su espíritu sino también en su cuerpo.

De los vestidos y calzados originales ya no quedaba el menor rastro y solo se diferenciaban de los nativos por ciertos rasgos de la cara, pues vestían, andaban, calzaban y se comportaban como ellos.

El rey de Gilolo ya se hacia el remolón para avituallarlos y como tampoco recibían su paga correspondiente tenían que arreglárselas como podían. Organizaban partidas por los montes cercanos para cazar los puercos monteses que abundaban extraordinariamente pues los naturales, como musulmanes que eran, tenían prohibido comerlos. Los castellanos si lo hacían aunque fuese a escondidas para no levantar susceptibilidades, pues en caso contrario aun lo hubiesen pasado mucho peor, pues negocios como el de abastecer a los portugueses cuando estaban cercados en su fortaleza no se presentaban todos los días.

Nueve meses después, como si de un parto se tratase, y elijan ustedes la fecha pues los cronistas continúan sin ponerse de acuerdo, regresó Montemayor, Sería el mes de octubre o noviembre de ese año. Llegó acompañado de un capitán portugués llamado Tristán de Taide, que aparte convertirse en el futuro gobernador del Moluco sería el encargado de gestionar la repatriación de los españoles.

Arribó acompañado de dos carabelas que venían a reforzar todavía más su posición en la zona, y sin casi tiempo para tomar posesión de su cargo, despachó un paraol a Gilolo con sendas cartas dirigidas una a su rey y la otra a Fernando de la Torre. En las que en primer lugar les agradecía mucho su intervención en la resolución del conflicto surgido entre la reina de Terrenate y sus compatriotas, y se ponía a su entera disposición.

Por su parte el gobernador de la India contestaba a los castellanos sobre los conciertos establecidos por los dos monarcas ibéricos, salvo las copias refrendadas de algunos escritos recibidos en los que se confirmaban estos hechos. También les enviaba una nao de doscientos toneles, al mando del capitán Jordán de Fretes, natural de la isla de Madeira, para trasladarlos a la India, aparte dos mil cruzados, que les anticipaba por cuenta del emperador para que pudiesen sufragar los primeros gastos.

Aunque el capitán Tristán no se los quiso entregar a los castellanos, mientras no abandonasen Gilolo y se reuniesen con los portugueses de Terrenate. Si les entregó sin embargo la célula que les daba inmunidad ante los lusos.

La primera medida que tomo De la Torre fue encargar a Urdaneta una lista con todos los castellanos que quedaban en Gilolo.

-En esto que te ayude De los Ríos, que esta mas impuesto en el tema que tu – le advirtió para que no tuviese excesivas dificultades – En otra me detallas los hijos que puedan tener y deseen trasladar a la península y por ultimo una relación de sus esposas y mancebas aunque estas últimas no creo tengan ninguna oportunidad.

-Aunque Amida murió... Tengo a mi hija... - respondió Urdaneta

-De tu hija no te preocupes pues tiene el viaje garantizado De eso me ocupo yo.

Urdaneta fue a ver inmediatamente a Alonso de los Ríos, pues le gustaba despachar inmediatamente las comandas que recibía.

Lo encontró encima de un promontorio cercano contemplando el ocaso del, en esos momentos, enorme sol que intentaba ocultarse debajo del mar por la zona de occidente.

-Maravilloso espectáculo – le dijo Urdaneta a modo de saludo.

-Cuantas veces lo he odiado y ahora que apenas me quedan cuatro días para poder seguir contemplándolo, es cuando más me alegra verlo. Pero te conozco demasiado para saber que no has venido para acompañarme en esta maravillosa puesta de sol. ¿Qué se te ofrece?

-Cuantos quedamos... - fue directo al grano

-¿De españoles?

-Naturalmente

-Veintisiete o veintiocho...

-No me seas ambiguo. Alonso. Sé que lo sabes exactamente e incluso podrías recitarme todos sus nombres de carrerilla si te lo pidiese.

-Veintisiete aquí. Salvo si existe alguno que se halla hecho pasar por muerto y viva amancebado con alguna nativa en el monte. Pero... -hizo una pausa de suspense – si contamos a tu amigo. Que creo continua viviendo en Zamafo, entonces son veintiocho.

-¡Esteban! ¡Es cierto! Ya casi me olvidaba. Habrá que avisarlo.

-Si quieres mañana envío dos hombres en un parao para que lo traigan.

-No es preciso, iré personalmente. Dudo que quiera volver con nosotros y si ese fuese el caso aprovecharé la ocasión para despedirme de él.

-Puedo hacerle llegar una carta...

-Estas cosas no se solucionan por escrito.

A la mañana siguiente Urdaneta se puso en contacto con el gobernador para que le facilitase una pequeño canoa y tres o cuatro remeros para desplazarse de Gilolo a Zamafo.

Este le ofreció un paraol grande, debidamente aderezado, pero no quiso aceptarlo. Quería evitar cualquier signo de ostentación y como irían costeando, no correrían ningún peligro y con la canoa bastaba.

Apenas una hora después se pusieron en camino.

Llegaron a Zamafo casi al anochecer. Entregó unas monedas a sus acompañantes para que se buscasen la vida por su cuenta, mientras le esperaban, y se encaminó a la casa de Esteban.

Este estaba leyendo, a la luz de un candil y recostado en una hamaca fabricada con hojas de palma, un libro de navegación en portugués. Hablaba perfectamente ese idioma e incluso podía hacerse pasar si quería por uno de ellos pues su acento gallego lo ayudaba.

Salmea, mientras tanto, cocinaba un trozo de carne en un fogón instalado fuera de la cabaña, adosado a una de sus paredes y protegido del sol y las inclemencias de tiempo por un tejado de madera cubierto de hojas de palma. Ya que la casa se les estaba quedando pequeña, por el incremento familiar, y pedía a gritos una ampliación.

Salmea continuaba preciosa como siempre y se notaba como Dios había bendecido de nuevo la casa pues su abultado vientre anunciaba la inminente llagada de un nuevo vástago, que en poco tiempo acompañaría a los dos mayores en los juegos que ahora practicaban.

La sorprendió besándola en la mejilla pues confianza tenía para ello, y ella le respondió con una sonrisa pero con evidentes signos de preocupación en su rostro. Ya que aunque la visita le complaciera no se producía por nada y temía sus consecuencias.

-¡Esteban! ¡Esteban! - lo llamó en un perfecto castellano - ¡Mira quien ha venido!

Ambos hombres se abrazaron y mantuvieron el abrazo incluso más de lo estrictamente correcto. No parecía un saludo de bienvenida, sino más bien uno de despedida, como si después de esto ya no volverían a verse.

Salmea en el fondo se alegró. Todavía no sabía exactamente a qué se debía la visita, pero presentía que no era para arrebatarle a su amado.

-¿Qué te trae por aquí? ¡Viejo bribón! - le saludo el dueño de la casa a pesar de que por entonces ambos tenían veinte y veintidós años de edad.

-Noticias que te conviene saber. Luego tú, decides.

-No sé si son buenas o malas, pero mejor dejarlas para después de la cena, que huele apetitosamente y quiero disfrutarla.

Cenaron antes los niños y después Salmea los acostó para que no molestasen al recién llegado con sus inoportunas preguntas. Después se sentaron en el suelo del porche sobre una estera hecha de hojas de palma y hablaron de cosas intrascendentes mientras masticaban el puerco recién asado y aderezado por unas caras especias, que desde luego en Europa no se hubieran podido permitir, y que aquí las usaban los niños para jugar.

En ese lugar la religión mayoritaria era el islam y ni el mismo Esteban sabía si su esposa la profesaba o no, pues nunca la había visto practicándola. Ahora ya comenzaban a verse los primeros cristianos entre los nativos influenciados por los curas lusos. Salmea se había limitado a seguir las costumbres de Esteban, Si este comía puerco, ella también y al principio, si por ello se vio en la obligación de manipularlo, antes de comerlo, simplemente lo hizo.

Esteban le confesó que allí vivían muy bien, sin problemas entre los nativos y que en caso necesario se hacía pasar, por uno de ellos, por luso o por castellano según le conviniese, para que los forasteros, cuando se acercaran por allí, no lo molestasen.

Había ampliado sus tierras de cultivo, la caza y la pesca le proporcionaban las proteínas necesarias y una cabra que compró a buen precio, la leche necesaria para complementar la alimentación de sus hijos.

-¿Qué más puedo desear? – añadió – Salvo, claro está, recibir la visita de un buen amigo de vez en cuando.

Brindaron con vino de la tierra y un licor fuerte fabricado a base de cocos.

Salmea, intuyendo que la conversación importante iba a comenzar de un momento a otro, se ausentó de la mesa con la excusa de echar un vistazo a sus pequeños que con toda seguridad se encontraban ya en el quinto sueño, y con la intención de enterarse de todo lo hablando esa noche entre ambos hombres, poco después, mientras disfrutaba del contacto del cuerpo de su esposo en la cama.

No pudo sin embargo esperar tanto, pues la espera se le haría insoportable. Después de comprobar que los niños estaban dormidos, se apostó sigilosamente al lado de una ventana y a través de la cual pudo escuchar toda la conversación.

Esteban sabía perfectamente que ella estaría escuchando, pero no le importaba. No había secretos entre ambos y desde luego no iba a decir ni hacer nada que pudiese importunarla.

-Nos vamos... – fue lo primero que dijo Urdaneta, e inmediatamente cortó la conversación para contemplar la reacción en el rostro de su amigo.

-¿Cómo que nos vamos? – le interpelo con sorpresa no fingida.

-El emperador ha cedido o mejor dicho ha empeñado sus derechos sobre estas tierras al rey de Portugal mientras esperan para saber a quien realmente les pertenece. Así es que de momento ya no pintamos nada, pues nada tenemos que defender.

Le contó brevemente lo poco que en realidad sabía sobre el tema.

-Y el siguiente pasó ¿Cuál es? – pregunto un asombrado Esteban que todavía no se creía lo que estaba escuchando.

-Estamos confeccionando una lista para los portugueses con el nombre de los que serán repatriados. Y el verdadero motivo de mi visita es saber, aparte de verte y tener el placer de hablar contigo, si debemos incluirte en esa lista.

A Salmea, desde detrás de la delgada pared que los separaba, notó como se le paraba el corazón. No sintió su palpar ni en uno, dos, tres, cuatro y cinco interminables segundos, luego lo volvió a notar en su pecho. En realidad no llegó a pararse nunca pero ella así lo sintió.

La sangre también se le heló en sus venas y contuvo la respiración esperando su respuesta; pero, ante tantas dudas, esta se demoró tanto que tuvo que reiniciarla.

-No sé... Esta Salmea y los niños...

-Por los niños no hay problemas, yo tengo una hija y no pienso dejármela aquí. Pero con las mujeres es diferente, pero si nos empeñamos tampoco creo tengamos ningún problema.

-¿Qué problema hay?

-El portugués hideputa que se encarga de todo esto, según me confesó Montemayor, le dijo: que los españoles tenían el viaje garantizado; que si se empeñaban demasiado y para que no le tocaran los cojones, sus hijos también; pero que no iba a consentir que ninguna... - hizo una pausa para comprobar que Salmea no estaba a la vista y escuchando, aunque sin sospechar que lo pudiese hacer a través de la delgada pared - ...puta ni manceba de nadie se embarcaría en ninguna de sus naos. Me confesó que estuvo a punto de atravesarlo con su espada.

Salmea comenzó a llorar silenciosamente en su habitación, estaba convencida que Esteban no llegaría al sacrificio de quedarse solo en esta tierra por ella y mucho menos pudiendo llevarse a sus hijos, a los que no ignoraba adoraba.

Esteban por su parte sonrió forzado sin saber que contestar.

-Debió atravesarlo... Por lo menos para hacer válida aquella máxima que me contó un día Quichil... no se cuanto - quiso recordar el nombre de alguno de aquellos señores que no le salía por la boca - ...que más o menos decía así: "lo que un castellano no alcanza con los dedos de sus manos lo logra con la punta de su espada"

-No te preocupes que vendrá con nosotros aunque por ello tenga que apostar mi honor...

Salmea tuvo un rayo de esperanza al escuchar esas palabras, pero se hubiese alegrado todavía más si hubiese podido ver a su amado negar con la cabeza.

-Salmea nunca querrá venir con nosotros y si finalmente lo hace por amor a mi persona no voy a permitirlo. Ella nunca será feliz en España, no se acostumbrará al frío de las estepas castellanas, ni siquiera a la eterna lluvia de Galicia aunque allí haga menos frío. No es que aquí no llueva, de hecho lo hace todo los días, pero son chaparrones que apenas duran dos horas y después sale de nuevo el sol y la vida vuelve a renacer, Allí se pasan días y días sin ver la luz del astro rey y la lluvia parece que no llega a mojar te pero se cola hasta el corazón de tus huesos,

-Todo es acostumbrarse - arguyó Urdaneta

-Los niños posiblemente, pues todavía son muy pequeños. Pero ella... - negó otra vez con la cabeza - Lo siento en el alma, pero me quedo con ella.

Salmea en su habitación ahogó como pudo un grito de alegría y si hubiesen estado solos con toda seguridad habría salido para abrazarlo y hacer el amor con él. Pero se contuvo. Ahora ya estaba tranquila y su amado recibiría su recompensa como todas las noches sin importarle tener invitados y aunque cayesen rayos y truenos.

-¿Te lo has pensado bien? - insistió su amigo aunque sabía que tenía la partida perdida - Cuando ya no estemos nosotros las cosas con toda seguridad no volverán a ser iguales.

-Lo sé, pero ya he capeado situaciones peores y no me importa, aunque para ello tengamos que escondernos en las montañas de esta isla. Ni el ejército mejor preparado me encontraría - sonrió.

-¿Qué harás a partir de ahora?

-Continuar viviendo con los míos... y esperar...

-¿Esperar a qué?

-¿A que volváis; ¿Tú crees que el emperador abandonara estas tierras tan ubérrimas? Si ahora lo hace es probablemente porque lo necesita y sus múltiples problemas le obligan a desatenderlas. Pero algún día regresaréis, posiblemente no tu, querido Andrés. Pero si algún día lo haces, búscame por estas tierras pues sin ninguna duda estaré esperándote. Yo seré la punta de lanza que guie a la nueva generación de españoles que se acerquen por estas tierras con la única intención de quedarse.

Urdaneta no pudo esa noche soportar el continuo traqueteo del catre en donde Esteban se acostaba con Salmea. Definitivamente iría a pasar la noche a la pensión, acompañado por la primera

furcia que encontrase en su camino. De esta forma se evitaba de paso la dolorosa despedida del día siguiente.

Se despidió escribiendo una breve nota sobre una hoja de palma y la dejó sobre la mesa junto a una cierta cantidad de dinero.

“Probablemente ya no nos volvamos a ver, pero ten la seguridad que te llevaré en el corazón toda mi vida como hermano mío que eres. No te quepa la menor duda que si regreso algún día por estas tierras, cosa que dudo y para que no tengas la menor esperanza de que ello pueda ocurrir, lo primero que haría sería buscarte.

Las monedas que te dejo no son ninguna limosna, es la parte que te corresponde del socorro remitido por el emperador.

Un fuerte abrazo de tu hermano.

Andrés Urdaneta”

XXXXX

XXX

X

Los indios de Gilolo sabían con certeza que los castellanos querían pasarse a los portugueses, pero cuando percibieron que ello era realmente evidente lo sintieron mucho. En realidad se sentían traicionados por los españoles y ese fue el principal motivo para que comenzaran a amotinarse. Sabían de sobra que sin su apoyo los lusos caerían sobre ellos y los aplastarían. Por eso querían engañarse pregonando que antes de que eso ocurriese los matarían a todos.

Por otra parte se dieron cuenta que los portugueses eran, y habían sido, la causa de todos sus males, por lo que comenzaron por cortarles el suministro de alimentos. Un día el capitán Tristán de Taide se los pidió como siempre y estos se lo negaron, y ante la reacción un poco altiva del enviado, les declararon la guerra. Era la excusa que estaban esperando.

Los castellanos, que por entonces solo eran diecisiete y la mitad se encontraban enfermos, no estaban para muchos trotes, se negaron a colaborar con ellos y decidieron quedarse al margen.

Los portugueses que no creían que los indios pudieran declararles la guerra en solitario, consideraron que los españoles estaban detrás, aunque no diesen la cara, y en realidad eran los inductores de todo lo que pasaba. Por lo que les amenazaron con matarlos a todos si no solucionaban el problema evitando la guerra. La realidad es que estaban cogidos entre dos fuegos.

Tristán de Taide fue finalmente a Gilolo con una importante armada y los indios, para su defensa, dispusieron la artillería que habían dejado los españoles, lo mejor que pudieron.

Los castellanos no querían ayudarlos, pero ante la amenaza de muerte que pendía sobre sus cabezas finalmente asintieron, aunque lo hacían a regañadientes e intentaban nadar entre dos aguas.

Así es que cuando Tristán llegó a Gilolo buscó un lugar en donde desembarcasen sus hombres. Iba en un batel inspeccionando la costa cuando un castellano, oculto en un manglar, lo vio y se dispuso a dispararle.

Cuando lo tuvo a una distancia en que lo difícil era fallar, hizo el disparo por encima de su cabeza a la vez que pronunciaba la frase: “Por alto”

Tristán vio el fognazo a corta distancia y como el autor del mismo se retiraba no sin antes levantar el brazo en señal de paz.

Tristán comprendió inmediatamente que si ese hombre hubiese querido en esos mismos momentos estaría muerto. Y si le había disparado era porque no tenía otra alternativa más que la de fallar adrede. Por ese motivo dio órdenes inmediatamente, tanto a sus compatriotas como a los indígenas que lo acompañaban que no hiciesen ningún mal a los castellanos.

Al día siguiente desembarcaron los lusos y tomatón la ciudad de Gilolo. Porque una vez los naturales comprobaron que los españoles no querían luchar abandonaron sus posiciones y huyeron hacia el monte. Momento que aprovecharon los castellanos para unirse a los portugueses.

Pero siempre hay un despistado en todas las guerras y cuando salieron para entregarse a alguien se le escapó un disparo e hirió al factor Diego de Salinas que falleció días después.

Tristán de Taide quedó impresionado por el aspecto famélico que presentaban los castellanos, por lo que apenas lo tuvo delante le dijo:

-¿Por qué estáis en esta isla en la que se os están muriendo todos los hombres de hambre?

-¿Tengo otro remedio? – fue su escueta respuesta

-Venir conmigo a tierras de cristianos pues no tenéis ninguna necesidad de vivir en las de moros.

-Mientras tenga una misión que cumplir no puedo hacerlo.

-Aquí no tenéis ya nada que hacer. Si venís conmigo a Terrenate yo haré que os envíen inmediatamente a Portugal. – y para refrendar sus palabras le mostró un documento - ¡Ved esto;

En el mismo se decía que el Moluco, de acuerdo con un pacto suscrito en Zaragoza, pertenecía al rey de Portugal, porque el emperador se los había cedido, por treinta años, a cambio de un préstamo de mucho dinero que precisaba para hacer la guerra en Italia.

Visto lo cual los castellanos los acompañaron a su fortaleza en Terrenate.

Tristán, quemó y destruyó todo el lugar de Gilolo, llevo a su fortaleza toda la artillería allí exis-

tente y las armas que encontró. Es ese mismo instante entrego a los castellanos los dos mil cruzados anticipados por el emperador para sufragar sus primeros gastos y como compromiso para que no se volvieresen atrás en su decisión.

Les indicó que lo repartiesen entre ellos como tenían costumbre y les autorizaba a quedarse con todo lo que él no pudiese llevarse.

De la Torre firmó el correspondiente recibo en nombre de su majestad.

La estancia en Terrenate no fue muy larga para algunos, ya que el dieciséis de febrero de 1534 De la Torre embarcó con la mayoría de sus hombres y partió de la fortaleza portuguesa en la carabela de Jordán de Fretes, con rumbo a la isla de Java.

En primer lugar fueron a Ambon, en donde se abastecieron; para después hacer una escala en Banda antes de llegar a la Isla de Java en donde estuvieron por espacio de dos meses, abasteciéndose de víveres para partir posteriormente a Malaca, en donde llegaron el quince de agosto del mismo año.

Cuando dejaron el Maluco, aparte Esteban, también quiso quedarse un grumete que iba en la nao Victoria, de origen francés, que se casó, después de redimirla, con una negra que pertenecía a un portugués. En Malaca quiso quedarse Diego de Ayala con dos hijos que tuvo con una india del Maluco, el cual se empleó posteriormente como escribano en una nao portuguesa, que partió rumbo a la China. Hernando de Bustamante fue anteriormente a la India desde el Maluco después de desertar con otros compañeros de la fortaleza de Tidore, Tuvieron que detenerse en primer lugar en Malaca, para abastecerse, y fue entonces cuando, por causas que se desconocen, el capitán de la nao no lo dejó seguir a él, aunque si a sus hombre.

Después de muchos ruegos logró que lo embarcasen en otra nave en donde lo envenenaron durante la travesía. ¿Era así como Portugal, como en su día hizo Roma, pagaba a los traidores? O quizás solo ocurrió que sabía demasiado.

De los restantes españoles que viajaron con el capitán Hernando de la Torre con destino a la India, cuatro fallecieron por su extrema debilidad durante el viaje, por lo que a su destino solo llegaron diez de los supervivientes del Maluco. Entre los que estaba incluido su jefe.

Estos fueron recibidos por el gobernador con todos los honores, y les facilitaron todo lo necesario hasta que embarcaran de nuevo, esta vez ya con destino a Portugal.

Andrés de Urdaneta no se quedó, pero sí retraso su partida del Maluco con poderes de Hernando de la Torre para realizar todas las gestiones y finiquitar todos los asuntos que se habían quedado pendientes. Entre ellas la de cobrar de los indios algunos débitos a favor de Su Majestad, al mismo de la Torre y otros compañeros. Para ayudarle en todas estas gestiones también se quedó el piloto Macías del Poyo.

Tristán del Taire cuando se enteró que el español estaba intentando cobrar dinero de los indios, se lo prohibió tajantemente, aun en el caso de que esa deuda realmente existiera. Y advirtió seriamente a los reyes del Maluco y a sus gobernadores, que aunque debiesen algo a los castellanos, no tenían porque pagarles.

Por lo que Urdaneta no tuvo más remedio que desistir de esos cobros, y si su misión allí había terminado tendría que pensar en regresar a la península sin demora y para ello reunirse con De la Torre en la ciudad de Conchin en donde habían quedado.

Pero el gobernador portugués tenía otros planes para ellos, ya que tenía noticias de que en las Islas Célebes había mucho oro y madera de sándalo, que por allí interesaba mucho. Y si se ofrecía en pedazos grandes y gruesos podía llegar a pagarse hasta cuarenta ducados el vahar, que equivalía a cuatro o cinco quintales, en la misma malasia. Lo que era dinero en mano, contante y sonante, pues no existía el peligro de perder esa mercancía en un largo y peligroso viaje.

Para ello les prometió a Urdaneta y a Poyo proporcionarles una carabela para hacer el viaje y obtener todos unos pingues beneficios.



Pero De la Torre ya les había advertido que la fecha tope que tenían para regresar era la de 1535, en la que debían partir hacia la India en un junco propiedad de un mercader llamado Lisarte Cairo y que tuviesen en cuenta que nadie en esas islas, incluso su gobernador, tenía potestad para retenerlos en contra de su voluntad.

No quedaba tiempo para realizar ese viaje, por lo que los dos españoles obviaron esa invitación y decidieron marchar a Malaca.

Sin embargo cuando estaban a punto de partir de Terrenate se presentó ante ellos un caballero de Tidore, llamado Bayarnir, para decirles que venía de parte de su Rey y recordarles que continuaban al servicio de Su Majestad el Emperador, pero que no se había atrevido a manifestarse públicamente por miedo a la iras portuguesas. Le rogaba que así como él se fiara de Urdaneta, que este a su vez guardase el secreto que le iba a confiar. El mensaje era para S.M., de parte del Rey de Tidore para rogarle que se acordase de aquel vasallo que allí dejaba en aquellas tierras lejanas y que por servirle y favorecerle, su gente se había ganado la furia de los portugueses. Que habían destruido su poblado, arrasado sus tierras y matado a mucha de su gente. Que continuaba tratándolos muy mal, simplemente porque en su día acogió a los navíos de Juan Sebastián Elcano, Espinosa y tantos otros que solicitaron su ayuda y él no tuvo el valor de negárselas. Por lo que le rogaba, como rey poderoso que era, enviase allí una potente escuadra para poder remediar todos sus males.

Impactado por estas palabras el guipuzcoano le prometió que así lo haría y el quince de febrero de 1535, partieron de las islas del Maluco tanto Urdaneta como Del Poyo, en el junco de Lisarte Cairo y el quince de marzo llegaron a la isla de Banda en donde encontraron dos navíos portugueses que estaban en proceso de carga.

Las islas de Banda eran siete y producían nuez y macia en grandes cantidades y sin que hubiese otra isla que pudiese ofrecer esos productos. Estaban apenas a ochenta leguas del Maluco y situadas a 4 ° de latitud sur. Sus naturales eran comerciantes y grandes amigos del rey de Tidore y por derivación de los castellanos.

Se daba la circunstancia que cuando los portugueses desalojaron a los españoles de su fortaleza de Tidore se encontraban en su puerto siete juncos de la isla de Banda para comerciar con ellos. Confundiéndolos con sus aliados también los atropellaron y robaron y todo ello todavía no lo habían olvidado.

Mientras allí esperaban tanto Urdaneta como Del Poyo, Vieron con sorpresa que allí fondeaba una escuadra de Tidore y Gilolo, en los que entre otras gentes iban Quichilcaraburne y Quichiltildore. Este último, cuando se dio cuenta de su presencia, se abrazó a él, y con lágrimas en sus ojos recordando su vieja amistad, no perdió la oportunidad de recordarle todas las recomendaciones que el enviado del Rey de Gilolo le hizo antes de su partida y que no son necesarias repetir.

El español a todo asentía emocionado, aunque en el fondo no ignoraba que poco podía hacer. Pues cuando un rey de tanta importancia como era el emperador, que tiene muchos asuntos que tratar, cuando toma una decisión la cumple y más si con ello empeñaba sus palabra.

Había cedido sus derechos sobre el Maluco por lo menos en los próximos treinta años y nada se podía hacer. Pero aquello era muy grande, existían riquezas por todas partes y la isla en donde se encontraban era un claro ejemplo de ello.

Ya había o estaba tomando nota de todo ello, las riquezas de todas sus islas las corrientes o los vientos que facilitaban o impedían transitar por ellas, el tipo de barcos que se necesitan. Había sacado detallados mapas de todo ello y entre su equipaje llevaba un cofre con toda esta documentación y tenía la confianza que cuando se lo mostrara al Emperador y a la vista de todo ello tomaría las disposiciones oportunas para contentar a todos.

La estancia en las islas de Banda se prolongó más de lo debido a la espera de un tiempo favorable para partir. Por lo que cuando finalmente se decidieron izar las velas no llegaron hasta el puerto de Panaruca, en la isla de Java, hasta el mes de Junio.

Recorrieron doscientas cincuenta leguas y en esos momentos se encontraban a 7 ° de latitud sur aproximadamente

La isla de Java era muy grande y allí las naves podían abastecerse de: arroz, vacas, búfalos, puercos, cabras, gallinas y allí se podían encontrar hasta... ¡caballos;

Los indios del lugar eran gentiles, que es como los naturales llamaban a los cristianos, por lo que hacían muy buenos brebajes a base de un arroz colorado, aparte de hacer un buen vino de palma.

La isla tenía yacimientos de oro que se vendía en Malaca y los portugueses se acercaban a Java para comprarlo y hacer negocio. En esa ciudad de Panaruca siempre había generalmente fondeaba una nao portuguesa, porque su rey era amigo de ellos,

Los naturales de la isla eran muy belicosos y traicioneros; `poseían mucha artillería de bronce que se fabricaban ellos mismos; escopetas; lanzas, casi iguales a las existentes en Castilla y otras muchas clases de armas entre las que no faltaban; los arcos, cerbatanas y azagayas. Nadie iba por la calle sin su correspondiente puñal en el cinto.

Para el trasportes terrestre usaban unos carros arrastrados por búfalos. Para navegar la nao mas empleada eran los juncos, pero tenían unos navíos a remos que llamaban calaluces muy rápidos y fustas que habían aprendido a construir las después de obtener los planos de los portugueses.

La isla estaba dividida en varios reinos que gobernaban reyes poderosos, que indistintamente eran cristianos que moros. El más importante de todos ellos era el rey moro de Dama, que en esos momentos estaba en guerra con los lusos. Dicho rey tenía la exclusiva de la pimienta de Zunda que era mejor que la que se cosechaba en las Indias Portuguesas por ser de un tamaño más grueso. La enviaba en su totalidad a China obteniendo pingues beneficios.

Finalmente partieron de este puerto con dirección a Malaca, distante de allí unas doscientas leguas, llegando a su destino a finales de julio de 1535. Dicha ciudad tenía un enclave portugués con una guarnición de quinientos hombres y era el centro comercial de una amplia zona, que abarcaba las islas de Banda, Timor, Java, Sumatra, toda la India, Ceilán y otros muchos sitios que harían la lista interminable. Su puerto estaba siempre abarrotado de navíos llegados de esos puntos e incluso de lugares más lejanos. También los había de la China, que según aseguraban los portugueses no existía lugar mejor que aquel sitio.

Durante el tiempo que estuvieron por allí Urdaneta y Poyo, todos los días se perdían por el puerto tratando de averiguar las diversas clases de mercancías que llegaban y su procedencia, tomando debida nota de todo ello.

De Timor llegaba el sándalo, de Pallacaci y Bengala la ropa de algodón, de Pegú los bastimentos, de Pera el estaño y de Zanatra, Cian y Patán el oro. Llegándose a negociarse en un solo día la cantidad de siete quintales de ese metal noble y finalmente de la China llegaba; la porcelana, el almizcle y otras cosas muy ricas.

En Conchin era en donde tenían que reunirse con De la Torre para dar el salto definitivo a Europa.

Partieron de Malaca en el junco propiedad de un portugués, llamado Álvaro Preto, el quince de noviembre de 1535. Aunque antes tuvimos que pasar por Ceilán para recoger un cargamento de canela cuyo destino final era Lisboa.

Llegaron a Conchin a mediados de diciembre. Allí, De la Torre les informó que durante su estancia el gobernador les había tratado muy bien, igual que al resto de sus hombres. Y que desde Diu, en donde se encontraba, dio la orden para que les facilitaran el correspondiente pasaje para dirigirse a Portugal.

Los españoles no las tenían todas consigo. Temían que cuando embarcaran ninguno de ellos llegase vivo a España, pues entre todos guardaban muchos secretos, que incluso no convenía que se enterasen de ellos hasta los mismos portugueses que les aguardaban en Portugal.

Cuando Hernando de la Torre le informó al guipuzcoano que la orden para embarcan ya estaba

en su poder le dijo que se preparase, que eligiese compañeros de viaje, pero en la nave que optaran por ir, no fuesen más de cuatro o cinco juntos y que los restantes se embarcasen distribuidos en otras naos de la flota. Pues recelaba que de ir todos juntos los lanzasen al mar o los envenenasen para que de ellos nunca se supiese. Los castellanos tomaron con alegría esta medida, aunque con el consiguiente temor.

Todos recordaban, porque se comentó hasta la saciedad en las largas veladas durante sus estancias en las islas, que cuando regresó la Trinidad de Gonzalo Gómez de Espinosa, después de su intento fallido de tornaviaje por el océano Pacífico; cuando apresaron a toda la tripulación, al único que envenenaron los lusos, fue a un genovés que iba en la nao y que su única culpa fue la de ser el piloto de la misma.

El único que con toda seguridad sabía demasiado.

Los castellanos se repartieron en tres de las naves que componían la escuadra de regreso a la metrópoli. Andrés de Urdaneta y el piloto Macías del Poyo, embarcaron en la nao llamada San Roque cuyo capitán era el ya conocido Martín de Fretes.

Como la comida no la tenían asegurada durante el viaje, tuvieron que proveerse de los correspondientes bastimentos y pagar cincuenta ducados por el alquiler de un lugar en donde depositar sus pertenencias y las provisiones adquiridas sin, por otra parte, tener derecho a guardar la llave del mismo.

Desde que salieron de Gilolo hasta que llegaron a España siempre se mantuvieron a su costa, gracias al dinero que les adelantó en su día el Capitán Tristán como anticipo del emperador, excepto unos fardos de arroz, un poco de pescado y unos serafíes que les dieron en Conchín.

El serafíes era una moneda de oro que equivalía a unos trescientos maravedíes, que les ayudo en su momento a comprar alguna que otra voluntad.

En otra nao fue el marinero Francisco de Paris y otros dos compañeros, que tuvieron la desgracia de morir mientras navegaban a la altura del cabo de Buena Esperanza. Se ignoran las causas pues aparentemente se encontraban en bastante buenas condiciones de salud.

¿Fue solo la confirmación de sus sospechas y celos iniciales? Nadie lo supo.

Fernando de la Torre y cuatro castellanos más se quedaron en Conchín y no partieron en la tercera nave que tenían asignada. ¿Sospecha confirmada? ¿Simple precaución? No se sabe con certeza pero eso tal vez detuvo la conjura de eliminarlos a todos durante la travesía.

Finalmente lo hicieron en la Gallega, cuyo capitán parecía de confianza al ser pariente del Conde de Castañera, pero aun así antes de partir tomaron sus precauciones. No para salvar sus vidas, pues eso resultaba difícil de prever, pero sí por lo menos para salvar su legado.

De la Torre, previniendo cualquier accidente que pudiese terminar con su vida, le entregó a Urdaneta una relación de todo lo ocurrido durante el viaje, repitiéndoselo también de palabra para que él lo memorizara y lo expusiera llegado el caso. También escribió una carta en donde mencionaba los muchos y leales servicios que Urdaneta hizo en esas tierras, para que los tuviese en cuenta el emperador y lo premiase llegado el momento.

El día doce de enero de 1536 partieron de Conchín con destino a Lisboa, Urdaneta y Del Poyo, esa jornada en vez de las tres naos inicialmente prevista, fueron cinco las que desplegaron sus velas, quedando en el puerto otras dos en proceso de carga y una de ellas era la Gallega en la que embarcaría De la Torre ocho días después.

En la que iba Urdaneta, antes de llegar a San Lorenzo, dejó su capitán Martín de Fretes atrás las otras naves al ser la suya más marinera. El treinta de marzo avistaron el cabo de Buena Esperanza para dirigirse a la isla de Santa Elena en donde fondearon e hicieron aguada.

Esta isla se encuentra a mitad del atlántico a 16° de latitud sur. Estuvieron allí durante ocho días y tomaron muchas calabazas verdes, granadas, naranjas y pescado fresco para comer, con lo que se refrescó mucha gente evitando de ese modo el mal del escorbuto que ya comenzaba a acecharles. En

sus montes habían cabras y puercos de lo que también se abastecieron.

La isla era pequeña pues apenas tenía cuatro leguas de circunferencia, y aunque posteriormente se hizo famosa al albergar a un ilustre general francés como fue Napoleón, en donde se dice que murió envenenado, en aquellos momentos solo era el refugio de un ermitaño portugués que vivía en solitario.

Finalmente, ya todos repuestos, partieron de esa isla y llegaron a la ciudad de Lisboa el veintiséis de junio de 1536.

El piloto Macias del Poyo tenía en la caja que custodiaba Urdaneta, todas las escrituras, libros, actas, testamentos, cartas y toda la documentación que no se llevó en su día Bustamante y pudieron reunir antes de su partida.

Pero cuando desembarcaron en Lisboa, el guarda mayor de las naos que llegaban de la indias, puso inmediatamente el ojo sobre los castellanos y nos les trató igual que a los otros pasajeros, a los que dejó pasar sin apenas importunarlos, aunque alguno tuviese que depositar unas monedas en sus blancas manos.

A Urdaneta con toda seguridad lo estaba esperando o alguien le advirtió de su presencia en el San Roque, pues apenas pusieron pie a tierra con su equipaje les hicieron pasar a una amplia sala de un edificio cercanos y revisó cuidadosamente todo el contenido de la caja y resto de su equipaje.

Leía con sumo cuidado y como si dispusiera de todo el tiempo del mundo cada uno de los documentos, aunque en ocasiones le bastaba una simple mirada para discernir cual era, si o no era importante. Aunque ante la duda siempre caía en el montón de los sospechosos.

Allí fueron a parar las cartas relación que De la Torre escribió a Su Majestad, el libro de contabilidad de la nao Victoria de la expedición de Loaisa, otro libro grande escrito por Urdaneta en donde estaban descritas todas las rutas y observaciones realizadas personalmente, la documentación y esbozos de mapas en las que estaban situadas exactamente las islas del Maluco, la de Banda y otras muchas más. Incluso la carta de recomendación dirigida personalmente al Emperador a favor de Urdaneta. El guarda mayor se le quedó mirando y no comprendía como aquel hombre con la cara quemada y aspecto de intelectual fuese el autor de todas esas hazañas desde que prácticamente era un niño.

Toda esta documentación estaba cerrada y lacradas como las cartas para que se pudiesen pasar más disimuladamente, aunque de nada les sirvió la estrategia. Allí se encontraban también las derrotas de las dos naves que llegaron al Maluco, la Victoria de Loaisa, desde España y la Florida de Saavedra desde Nueva España. El guardián se relamió los labios cuando vio en su poder esa documentación y que valdrían algunas piezas de oro cuando se las presentara al Rey. No la dejó en ninguno de los montones y se limitó a ocultarla debajo de su casaca.

No les hizo igual caso a las cartas a sus familiares de los que decidieron quedarse en aquellas tierras y entre las que había una de Esteban destinada a su tía explicándole su decisión. No eran comprometedoras y en un principio decidió devolverlas al castellano, pero posteriormente lo pensó mejor y las guardó para destruirlas. Los que habían usurpado las tierras de su rey y encima decidieron quedarse desobedeciendo las órdenes de expulsión recibidas no merecían ninguna consideración.

Después el Guardián Mayor debió pensárselo mejor y los dos montones realizados se convirtieron en uno solo, no fuese que se le hubiese escapado alguna información importante y se perdiese por las prisas.

Se negó a devolver el más mínimo de los documentos a pesar de los gritos de protesta de Urdaneta y la amenaza del mismo de que todo esto no quedaría así. El guardián trató de tranquilizarlo asegurándole que solo se retendría esa documentación un par de días más, el tiempo necesario para un estudio más a fondo y entonces se lo devolverían.

Lógicamente le habían engañado exclusivamente para ganar tiempo. Comenzó entonces una especie de peregrinaje por diversas instituciones para realizar reclamaciones, tanto de palabra como

por escrito, sin resultado positivo. Hasta que un alma compasiva se apiadó de él y le confesó que no perdiese su tiempo en tales demandas, ya nadie podía hacer nada por recuperar esa documentación que en esos momentos ya se encontraba en poder del mismo monarca portugués en la ciudad de Évora.

No por eso se amilanó el bueno de Urdaneta que decidió ir hasta esa población para quejarse y pedirle cuentas al mismo rey. Dejó a su hija y los efectos personales a buen recaudo en la embajada española y partió inmediatamente hacia Évora. Allí se puso en contacto con Luis de Sarmiento, embajador de su majestad ante el rey de los lusos, que enterado de todo lo ocurrido le aconsejó que no se quejase por eso ante el monarca luso, pues no valía la pena. Ya le habían llegado noticias que sus continuas reclamaciones se habían convertidos en una china en el zapato de algún alto cargo y su vida en esos momentos corría serio peligro.

Le aconsejó que no comiese ni bebiese nada que antes no se hubiese preparado él personalmente y que saliese lo antes posible de esas tierras.

-Marcha a Castilla inmediatamente y pon al corriente al emperador de todo lo ocurrido y que sea él quien disponga lo que deba hacerse. Tú ya has hecho demasiado.

-Mi hija está en Lisboa...

-No te preocupes yo haré que llegue sana y salva a la corte. Y que la guarden hasta que la reclames.

Así lo hizo Urdaneta. Tomó inmediatamente el camino de España. Dejando al cuidado de la esposa del embajador a su hija y equipaje al no poder regresar a por ella.

Se dirigió a la Corte.

Pero mientras Urdaneta hizo el viaje a Évora, el monarca luso se enteró de la presencia del Vasco y de Del Poyo en Lisboa por lo que envió inmediatamente un piquete para que los prendiesen.

Urdaneta ya no estaba por lo que solo pudieron llevarse al piloto. Tuvo la suerte que quisieron cubrir las apariencias y no lo aherrojaron inmediatamente, llevándolo con disimulo. Así es que apenas llegaron a la ciudad logró despistar a sus captores y refugiarse en la embajada española. El embajador le insinuó que ni allí estaba seguro por lo que debía ausentarse lo más pronto posible. A ese efecto le proporcionó un caballo, en el que se trasladó a Castilla.

La nao San Roque, en la que viajaban Urdaneta y Del Poyo, fue la primera que llegó a su destino; le siguió la otra en la que viajaba Francisco de Paris y la última en llegar fue la nao La Gallega, en la que viajaba Hernando de la Torre que no sufrió molestias alguna al no llevar consigo ninguna documentación.

Cuando Urdaneta llegó a la Corte se encontró con que el Emperador no estaba presente, pues se encontraba, desde el año anterior, en una campaña en Túnez.

Los portugueses pudieron quitarle toda la documentación que portaba pero no su extraordinaria memoria, que guardaba celosamente en su cerebro.

No solo la de producción propia, sino también la ajena que había asimilado después de agotadoras jornadas de lectura nocturna.

Aprovechó la ausencia del Emperador para plasmar en el papel todo lo que custodiaba su cerebro.

FIN

## INDICE

Página 001	Portada
Página 002	Capítulo I La Coruña 17 de julio de 1525
Página 014	Capítulo II La Coruña 22 julio 1525 Dos días antes de la partida
Página 031	Capítulo III Del 24 al 28 de Julio. De la Coruña a La Gomera
Página 045	27 julio 1525 A bordo del Santa María de la Victoria
Página 050	28 y 29 de julio. A bordo del Sancti Espiritu
Página 056	31 de julio de 1525 A treinta leguas de la isla de Madeira
Página 063	Capítulo IV Llegada a la Gomera.
Página 069	Día 4 de agosto y siguientes
Página 080	Capítulo V De la Gomera al golfo de Guinea
Página 089	Capítulo VI Del Golfo de la Guinea hasta Suramérica
Página 116	Capítulo VII La aventura americana
Página 132	El hundimiento del Sancti Espiritu
Página 137	Capítulo VIII El invierno terrible y la no menos dificultosa travesía del estrecho
Página 137	La aventura de la Santa María de la Victoria
Página 146	Capítulo IX Comienzan las deserciones
Página 150	La primera aventura del San Lesme
Página 152	La trama de Acuña
Página 156	La deserción de la Anunciada
Página 159	De vuelta al Rio Santa Cruz
Página 159	A bordo del Santiago
Página 173	Capítulo X La aventura del San Gabriel
Página 185	¿Qué fue de Rodrigo de Acuña?
Página 188	Capítulo XI Un largo paseo por un Océano no tan Pacífico.
Página 228	Capítulo XII Llegada al Moluco
Página 238	Capítulo XIII La aventura del Patache Santiago
Página 248	Capítulo XIV La segunda aventura del San Lesme.
Página 255	Capítulo XIV La nao Santa María del Parral
Página 256	Capítulo XV La expedición de Álvaro de Saavedra
Página 256	Los preparativos
Página 258	El Viaje
Página 279	Capítulo XVI La Santa María del Parral.- Antecedentes
Página 281	Las declaraciones
Página 285	La sentencia
Página 290	Capítulo XVII Sebastián Caboto
Página 298	Capítulo XVIII Objetivo Cumplido
Página 314	Capítulo XIX Comienzan las hostilidades
Página 339	Capítulo XX La guerra continua
Página 354	Capítulo XXI La llegada de la nao Victoria
Página 365	Capítulo XXII La aventura de la Trinidad
Página 371	Capítulo XXIII El regreso de la Florida
Página 375	¿Qué fue de los ladrones?
Página 388	Capítulo XXIV Segundo intento de tornaviaje de la nao Florida
Página 396	Capítulo XXV El regreso de la Florida
Página 407	Capítulo XXVI Los últimos del Moluco

## TABLA DE ILUSTRACIONES

- Página 001 Mapa antiguo del Moluco  
Página 013 Flota de Loaisa en el puerto de la Coruña  
Página 030 La escuadra navegando por aguas del atlántico  
Página 062 Foto de la Gomera e Islas Canarias  
Página 068 Bahía de Todos los Santos  
Página 079 Recorrido de la armada de Loaisa  
Página 098 Isla de San Mateo  
Página 145 Estrecho de Magallanes  
Página 155 Puertos próximos al estrecho de Magallanes  
Página 172 Mapa de 1529 Demuestra que las islas de las especias están en el lado español  
Página 187 Derrota seguida por la expedición de Loaisa  
Página 226 Mapa del Moluco  
Página 227 Mapa de la zona del Moluco  
Página 229 Mapa de las islas del Halmahera y Morotai  
Página 231 Mapa de Ternate y Tidore  
Página 289 Mapa antiguo de las Islas de las especias  
Página 313 Mapa de Gilolo con detalle de las islas  
Página 366 Derrota del intento de tornaviaje de la Trinidad  
Página 372 Derrota del primer intento de tornaviaje de la nao Florida  
Página 387 Derrota del segundo intento de tornaviaje de la nao Florida

